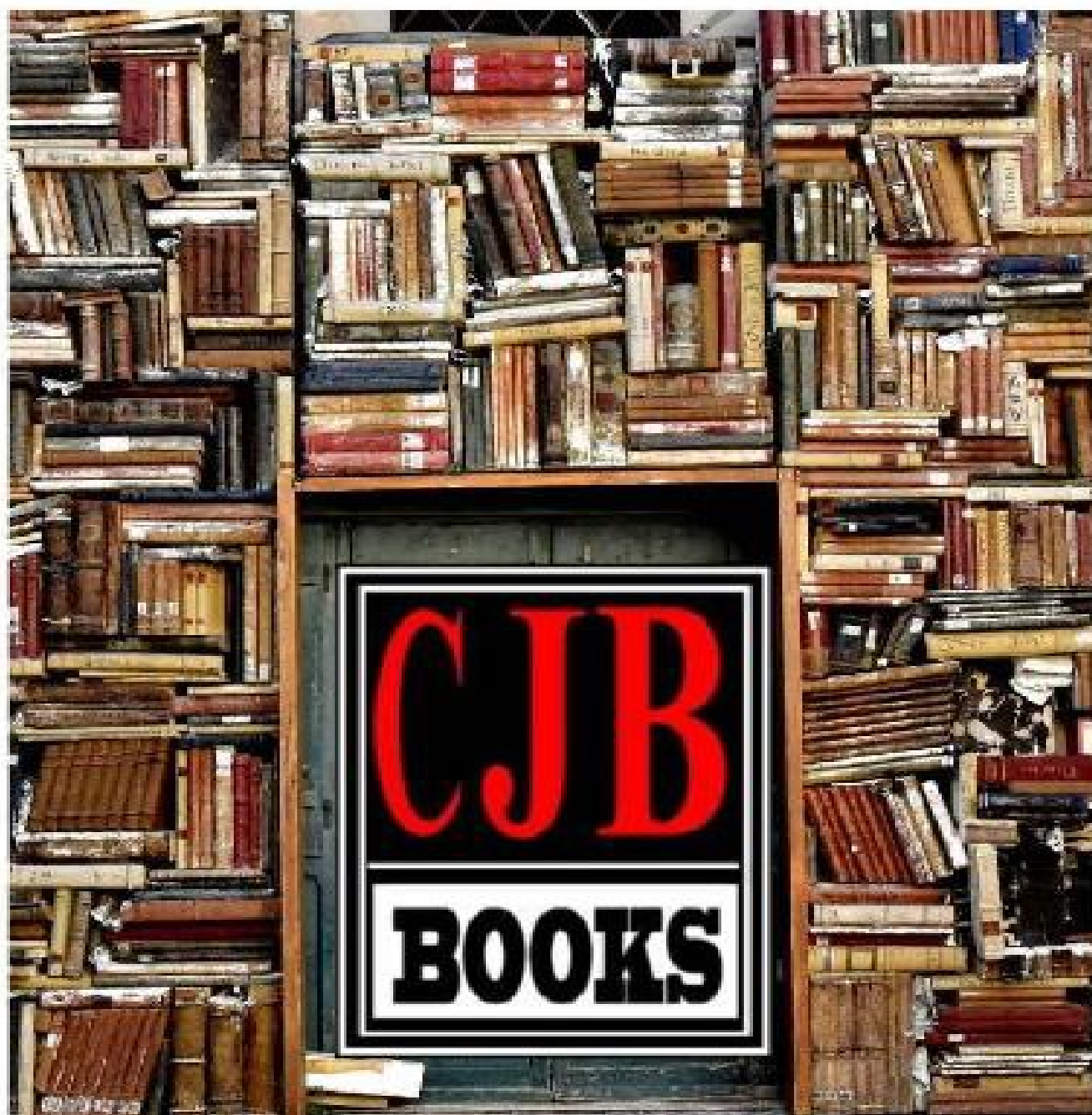


MEGAPACK LA ESENCIA DEL DESTINO

C. J. BENITO

Disfruta La esencia completa



C. J. Benito

MEGAPACK La esencia del destino

Disfruta la esencia al completo

Contacto con el autor

Correo electrónico: cjbenitoemm@gmail.com

Grupo de facebook: L@s fieles lector@s de C. J. Benito

ÍNDICE

[MEGAPACK La esencia del destino](#)

[Contacto con el autor](#)

[La esencia del destino](#)

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Joe y Brenda](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[No te enamores de mí](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Nada me separará de ti](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Mi vida a cambio de tu amor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[MUESTRAS DE OTRAS NOVELAS DISPONIBLES](#)

[LACARTA](#)

[OTRAS OBRAS DEL AUTOR](#)

© 2014 Safe Creative
All rights reserved
Imagen de portada: Pixabay.com

La esencia del destino

Agradecimientos

Dedicado a ti, que has comprado este libro y con ello contribuyes a apoyarme y permitir que siga creando historias.

Capítulo 1

Lucy aparcó el viejo Chevrolet en el callejón y escuchó un fuerte chasquido en el motor, probó a arrancarlo, pero fue inútil, el coche había pasado a mejor vida.

Salió del coche y abrió la puerta trasera, despertó a su hija y esta la miró sonriendo con sus bonitos ojos color miel, acariciándose su pelito negro y brillante.

Lucy había conseguido una entrevista para un trabajo en un supermercado, ahora debía correr hasta una casa particular que hacía de guardería, no muy legal que digamos, pero no tenía opciones, sin familia ni amigos, estaba sola.

Le entregó un zumo a su hija que no tardó en abrirlo y devorarlo, llevaban años sin comer decentemente y la niña estaba muy delgada para su edad, a sus seis añitos ya había pasado demasiadas penalidades.

—¡No quiero quedarme aquí! —protestó la niña.

—Dalia Parker, no discutas, a mí tampoco me gusta pero no puedo dejarte sola en la calle. Mañana buscaremos un colegio.

—¡No quiero estudiar!

—¡Dalia, no me hagas enfadar!

La niña hizo un mohín de fastidio y entró en la casa tras su madre. Una mujer de unos cincuenta años les recibió y las invitó a ver las humildes instalaciones.

Lucy salió corriendo de la casa, o se apuraba o llegaría tarde a la entrevista. Aunque le gustaba esa mujer, odiaba tener que dejar a su hija, pero no tenía alternativa.

Corría por la acera, esquivando a la gente, cinco minutos para llegar o perdía la entrevista. Dobló por una calle para acortar y corrió hasta la puerta del supermercado, se paró en seco, se miró en un cristal, se acomodó un poco sus cabellos y enderezó su vestido retorcido por la carrera. Entró en el supermercado y caminó hacia una cajera.

—Perdona, tengo una entrevista con el señor Benson.

—La escalera del fondo, sube y encontrarás su despacho, no tiene pérdida.
—le contestó la cajera.

—Gracias.

Caminó hasta las escaleras y subió peldaño a peldaño memorizando todas las respuestas que tenía en la cabeza. Tocó a la puerta y una voz bonachona le gritó que pasara.

Benson era un tipo entrado en carnes, calvo y con unos ojillos verdes que la miraban con curiosidad.

—Soy Lucy Parker, tengo una cita para una entrevista de trabajo. —dijo Lucy nerviosa.

—¡Ah sí! Siéntate, por favor.

Lucy se sentó en una silla junto a la mesa, entrelazó sus pies y lo miró algo temerosa.

—Lucy, veo que tienes experiencia, pero el problema es que ayer cubrí la vacante y en estos momentos tengo toda la plantilla cubierta.

—Por favor señor Benson, necesito el trabajo, tengo una hija pequeña y no consigo ningún empleo. Trabajaré por horas, me da igual atender a los clientes o limpiar.

Benson se recostó en el sillón, que tembló bajo su peso, se rascó la cabeza con la mano derecha y la miró.

—Está bien... pero solo puedo ofrecerte un trabajo a media jornada, quinientos dólares al mes.

Lucy suspiró, con eso no podría buscar un apartamento, entre colegio, seguro médico y comer, poco quedaría, tendrían que dormir en el coche.

—Me parece bien, señor Benson.

—Busca a Becky, ella te dará el uniforme y te explicará tu trabajo.

Lucy asintió con la cabeza, se levantó y caminó hasta la puerta del despacho.

—¡Lucy! Me gustaría poder ofrecerte más, pero me es imposible, tienes mi palabra de que si trabajas duro, haré lo imposible por darte un aumento. —dijo Benson que parecía seriamente preocupado.

Lucy asintió de nuevo con la cabeza y trató de sonreír. De vuelta en el supermercado, preguntó a las chicas de las cajas por Becky, una de ellas la llamó por megafonía y no tardó en aparecer una mujer de unos cincuenta años, delgada, alta, de pelo blanquecino y ojos negros que la miraron con seriedad.

—¿En qué puedo ayudarte?

—El señor Benson me ha contratado a media jornada.

—¡Perfecto, acompáñame!

La mujer la llevó hasta la zona reservada para el personal, abrió una pequeña habitación que contenía material de oficina, la miró de arriba abajo y entró en un pequeño apartado del que regresó con dos juegos de uniformes, rojo el pantalón y blanca la blusa.

—¿Media jornada? Menuda mierda, en fin, como están las cosas hasta por eso hay que dar las gracias hoy en día. Bien, estos son tus uniformes, creo que te quedarán bien. Yo soy la encargada de la zona de caja, tú trabajarás bajo la supervisión de Jensen, es un cabrón, te lo advierto. Hace que esto funcione y me temo que me supera en autoridad, de manera que cuidado con él.

Lucy asintió, cogió los uniformes y siguió a Becky que la acompañó fuera de la habitación, cerró la puerta con llave y le indicó dónde estaban los vestuarios femeninos. Entró en el vestuario y se cambió rápidamente, dejó su ropa encima de una taquilla y salió. Becky aprobó su uniforme, una vez más su vista no le había fallado con las tallas, la guió hasta la zona de almacén donde debía estar Jensen.

Cuando Lucy vio a Jensen, sintió como las piernas le flaqueaban, era un tipo alto, bastante corpulento, de pelo negro corto y ojos color miel que te atravesaban, por desgracia con crueldad.

—Jensen, esta es Lucy, el señor Benson la ha contratado a media jornada, asígnale sus funciones. Lucy, me alegro de que estés con nosotros.

Lucy le dedicó una sonrisa cómplice y regresó la mirada a su jefe.

—En ese cuarto de ahí atrás tienes un carrito con productos de limpieza, limpia la zona de congelados.

Lucy asintió, caminó hasta el cuarto.

—¡Lucy! —gritó Jensen.

Lucy se giró.

—Estás a media jornada, pero eso solo significa que te pagarán esas horas. ¡Espabila y date prisa o tendrás que echar horas extras gratis!

Lucy corrió hasta el cuarto, agarró el carrito y salió de él rápidamente, no quería perder el trabajo. No se equivocaban con Jensen, era un bastardo.

Durante toda la mañana estuvo limpiando a conciencia, necesitaba impresionar a su jefe y conservar ese trabajo.

Jensen apareció tras ella, se cruzó de brazos y miró el pasillo que acababa

de limpiar.

—El suelo está sucio. —gruñó.

Lucy dio un respingo, se giró y lo miró extrañada.

—Acabo de limpiarlo.

Jensen agarró el cubo de agua sucia del carrito de limpieza, lo dejó en el suelo y lo volcó de una patada.

—Te dije que estaba sucio, cambia el agua y límpialo.

—Bastardo. —masculló Lucy.

—¿Has dicho algo? —preguntó Jensen con malicia y soberbia.

—No. —respondió sumisa Lucy.

Capítulo 2

—Lucy, fin de jornada. —comunicó Jensen sin ni siquiera mirarla.

Ella respiró, después de tanto tiempo sin trabajar estaba muerta de cansancio, pero ahora llegaba lo peor, recoger a su hija, pensar qué darle de comer y... dormir en un coche. Sintió un escalofrío al pensar en eso, cualquier loco podría atacarlas y nadie se enteraría, pero no podía pagar un motel ni nada parecido, solo le quedaban unos trescientos dólares.

Por la noche, Dalia se acomodó en el asiento trasero, se acurrucó bajo su manta rosa polar y se durmió con una sonrisa en los labios. Lucy lloraba, adoraba a su hija y lo valiente que era, pero darle de cenar un batido y un panecillo, le partía el alma. Dio un bocado a un trozo de pan duro y trató de masticarlo como pudo. Si al menos pudiera hacer fuego...

A la mañana siguiente, Lucy estaba barriendo el almacén cuando Jensen empezó a observarla, nerviosa trató de centrarse en barrer rápido y bien, pero ese hombre parecía querer despedirla por cualquier estupidez. Al cabo de unos minutos pareció cansarse y se marchó. Lucy respiró, pero dio un respingo al sentir una mano en su hombro.

—¿De manera que te relajas en cuanto no me ves? —dijo Jensen con cara de pocos amigos.

—Por favor, necesito el trabajo, lo hago lo mejor que puedo, te lo ruego, no me despidas, esto es todo lo que tengo para mantener a mi hija.

—Me importa un carajo tu hija y menos tú. Si te vuelvo a pillar parada, estás despedida. —dijo Jensen con una sonrisa diabólica.

Lucy continuó barriendo y ordenando el almacén, aguantando las lágrimas. ¿Por qué todo en su vida tenía que ser sufrimiento?

El resto de la mañana discurrió sin incidentes, se limitó a hacer todo lo que Jensen le pedía. Él siempre la miraba con esa expresión de superioridad y desprecio.

—¿Cómo te va con ese cabrón? —preguntó Becky.

—Prefiero no responder.

—Tranquila, no temas, conmigo tus palabras son un secreto, nadie lo aprecia en este sitio, pero como todos le temen... Supongo que debe tener algún trauma, como que su pene sea tan pequeño que se la tenga que buscar con una lupa cada vez que va a mear. —dijo Becky riéndose.

Lucy sonrió tímidamente, tenía tanto miedo de que ese despreciable apareciera tras ella que no se atrevía ni a hablar.

Empezó a colocar los precios de una estantería, trató de centrarse pero había dormido tan mal y comido tan poco que la vista se le nublaba en algunos momentos.

—¡Maldita sea, los has colocado mal! ¿Es que no ves que has puesto el precio de los frijoles a las latas de atún?

—¡Lo siento! Ahora mismo los coloco correctamente.

—No sé, creo que tendré que hablar con Benson, dos días y ya te he pillado vagueando y ni siquiera eres capaz de hacer tareas básicas.

—¡Por favor, te lo ruego, no lo hagas! Me esforzaré, haré lo que me pidas, trabajaré más horas por el mismo sueldo. —suplicó Lucy.

—Bien, por esta vez lo pasaré por alto, pero te quedarás una hora más y limpiarás los baños.

Lucy miró a Jensen, juraría que estaba disfrutando. ¡Maldito bastardo sin alma!

Por la tarde, Lucy llevó a Dalia al parque infantil para que jugara un poco, se sentó en un banco de madera y se perdió observando a su hija, la única razón por la que seguía luchando.

Jensen terminó su turno y decidió atajar por el parque para llegar a su apartamento, estaba cansado y harto de aguantar idiotas. Caminaba por uno de los senderos de losetas grises cuando algo llamó su atención. Miró hacia un banco y se rascó la barbilla con la mano.

—Así que la zorra no mentía, tiene una hija. —negó con la cabeza y siguió su camino.

Por la noche, Lucy echó los asientos delanteros lo más hacia delante que era posible y colocó cartones en el espacio que quedaba entre el asiento trasero y los delanteros, así estaría más cerca de su hija, guardó un cuchillo bajo su manta y trató de dormir un poco, pero hacía demasiado frío.

Jensen se ajustó la sudadera y se tapó la cabeza con un gorro, Boston era bastante frío en noviembre. Le gustaba correr de noche, cruzó varias calles y

atajó por un callejón, se detuvo un instante para recobrar el aliento y se puso en alerta al escuchar un ruido cerca de él. No sería la primera vez que le tenía que partir la cara a un delincuente. Se fijó en un coche viejo que había aparcado en el callejón, algo se movía en su interior. Examinó el vehículo que estaba cubierto por una débil capa de nieve y con cuidado retiró un poco de la ventanilla trasera. No podía creer quién estaba allí. ¿La inútil del supermercado?

Tocó a la ventanilla y sintió como ella se revolvía en el interior.

—¡Lárgate o te rajo, estoy armada!

—¡Sal o te dejo sin trabajo!

—¿Jensen? —Lucy no salía de su asombro. ¿Qué diablos hacía allí? De mala gana, abrió la puerta del coche y salió.

—¿Qué carajo haces durmiendo en un coche?

—No tengo dinero para un alquiler... y ni siquiera con el primer mes de sueldo podría pagar una habitación.

—¡Maldita descerebrada! —Jensen miró al interior del coche y vio a la niña envuelta en unas mantas, se llevó las manos a la cabeza, desesperado—. ¡Estás loca, tu hija podría morir de frío!

—¡Y qué quieres que haga! —gritó colérica Lucy.

—Hablar con asuntos sociales, mejor que tenga un techo a que se muera de frío.

Lucy sacó el cuchillo y se lo puso frente a la cara.

—¡Nadie me va a separar de mi hija, nadie!

—Muy buena madre para amenazarme, pero no has tenido dos ovarios para darle un techo a tu hija.

Lucy dejó caer el cuchillo al suelo y empezó a llorar.

—¡Mamá! ¿Qué te pasa? —preguntaba Dalia ya entre lloros.

—Nada hija, todo está bien, duérmete.

Jensen se alejó de ellas para tomar aire, le daban ganas de llamar a la policía y que le quitaran la niña a esa loca descerebrada, pero ver la niña llorando y preocupada por su madre, le hizo hacerse una idea del calvario que pasaría si las separaba. Gruñó furioso, se giró y caminó hasta Lucy que lo miraba nerviosa.

—Escúchame, cogeréis vuestras cosas y os vendréis a mi casa, tú no me importas una mierda, pero no voy a consentir que esa niña muera de frío en la calle. Niégate y llamo a la policía ahora mismo.

Lucy titubeó, él era un extraño, pero también era su jefe, no tenía alternativa y en cuanto vio a Jensen sacar el móvil se asustó.

—¡Está bien, acepto!

Jensen de muy mala gana les ayudó a recoger sus cosas y las acompañó hasta su casa que no estaba muy lejos. Lucy llevaba una maleta pequeña en la mano izquierda y con la derecha trataba de controlar el paso de su hija que caminaba medio dormida. Jensen llevaba dos maletas enormes, no dejaba de gruñir fastidiado. Lo último que quería era convivir con una mujer que encima de tener una hija, era la estúpida novata del trabajo.

Tomaron el ascensor y subieron hasta la cuarta planta, Jensen se adelantó, abrió la puerta y metió las dos pesadas maletas en el apartamento. Dalia entró, se sentó en el sillón de tres plazas, se cayó de lado y se quedó dormida. Jensen sonrió al verla caer dormida de forma tan cómica, pero dejó de sonreír cuando Lucy entró.

—Al fondo está la cocina, la puerta de la derecha es el baño y ese será vuestro dormitorio, solo hay una cama pero es grande. ¿No tendréis piojos?

Lucy lo miró ofendida, estaba furiosa, ese cerdo le hablaba como si fuera basura o algo peor.

—No tenemos piojos.

—Bueno, no me importa, no os vais a acostar en esa cama sin haberos duchado antes. —masculló Jensen caminando hasta la puerta para cerrarla.

—Gracias. —dijo Lucy.

Jensen cerró la puerta con llave, caminó hasta ella y la señaló con el dedo índice mientras sus ojos despedían furia.

—Dejemos las cosas claras, no me gustas, no soy tu amigo y solo os tengo aquí porque no quiero que la muerte de una niña pese sobre mi conciencia. Sí, tengo conciencia, pero me la reservo para gente que merece la pena. ¡Ah! Si le dices a alguien del trabajo que vives aquí, mando mi conciencia a paseo y os largo a la calle. ¿Queda claro?

—Muy claro. —contestó Lucy con seriedad.

—Bien. En el baño hay toallas limpias. ¡A la ducha! —ordenó Jensen malhumorado.

Capítulo 3

Por la mañana, Jensen salió de su dormitorio y entró en la cocina, llevaba puesto el uniforme del supermercado.

—¿Tú quién eres?

Jensen se giró y vio a la niña, sentada en un taburete junto a la isleta central. Jugaba con los cereales, los movía distraídamente sin dejar de mirarlo.

—Me llamo Jensen y por un tiempo viviréis aquí.

—¡Bieeeeeen! No me gustaba ese coche viejo, olía muy mal, como a pis.

Jensen cogió un vaso del aparador y abrió el frigorífico, agarró la botella de leche, se sirvió una cantidad generosa y la guardó. Buscó en un armario el bote de café y le echó al vaso cuatro cucharadas colmadas, removiéndolo y lo probó, repugnante, pero recargante como a él le gustaba.

Lucy entró en la cocina, miró a su hija y a Jensen, temerosa de que aquel tipo huraño le hubiera dicho algo para molestarla.

—Buenos días.

Jensen se giró, dio un sorbo a su café y la miró con frialdad, no sabía por qué esa mujer despertaba en él tanto desprecio.

—Hasta que compres algo de comida puedes usar lo que hay en el frigorífico y en los armarios. Veo que ya has encontrado los cereales.

—No quería despertarte y la niña tenía hambre. —dijo Lucy temerosa.

—¿En qué colegio está la niña?

—Aún no la matriculé, la he dejado en una guardería.

Jensen cogió el teléfono y marcó un número, se lo acercó a la oreja y esperó.

—Hola Stiff, me ha surgido unos papeleos y llegaré tarde. Por cierto, la nueva irá por la tarde en lugar de por la mañana. De acuerdo, adiós. Bien, vamos a buscar un colegio a esa niña.

—Gracias, de verdad, muchas gracias.

—No me las des, no lo hago por ti, solo trato de evitar que esta niña acabe como la fracasada de su madre.

Lucy lo miró aturdida, deseaba agarrar algo y estampárselo en la cabeza, pero no podía, por el bien de su hija debía aguantar a ese bastardo.

La niña apuró los cereales, saltó del taburete y corrió hacia Jensen para ofrecerle el tazón.

—¿Qué quieres? —gruñó Jensen.

—Que lo pongas en el fregadero, ¡no ves que no llevo para dejarlo yo! —protestó Dalia con seriedad.

Jensen sonrió al ver la cara de indignación de la niña, pero apretó los labios nada más ver aparecer a Lucy con un viejo abrigo rojo y otro pequeño de color azul para su hija.

Jensen observó el abrigo de la niña y sintió un nudo en la garganta, estaba muy viejo y tenía varios zurcidos. No te metas Jensen, no es tu hija y se irán muy pronto de aquí.

Lucy colocó la sillita de Dalia en el asiento trasero, ella no tardó en acoplarse en él y empezar a cantar una canción de Barrio Sésamo. Jensen esperó sentado al volante del viejo Chevrolet, Lucy cerró la puerta y ocupó el asiento delantero junto a él.

—Cerca del supermercado hay un colegio, conozco al director y tal vez me haga el favor de aceptarla a pesar de estar ya el curso empezado.

—Gracias.

—No quiero que me des las gracias, solo haz lo que te pida mientras estés en mi casa, procura hablar poco y no habrá problemas. —dijo Jensen con frialdad.

Lucy lo miró desconcertada, ¿a qué problemas se referiría, sería de esos tipos agresivos? Desde luego su carácter parecía forjado en el mismísimo infierno.

Jensen se incorporó al tráfico, cedió el paso a un vehículo y condujo hasta el colegio. Dalia no dejaba de cantar con esa voz de pitufo que dibujaba una sonrisa en la cara de Jensen, pero que trataba de ocultar a toda costa.

—¡No, no quiero ir a clase! ¡No quiero!

—¡Dalia Parker, irás a clase y se acabaron las protestas!

Jensen salió del despacho del director y contempló la batalla entre madre e hija.

—He hablado con el director, espera aquí hasta que llegue la profesora de

Dalia, te entregará el material escolar y la acompañará a su clase.

—¡No voy a ir a ninguna clase! —protestó Dalia.

Jensen se inclinó hacia Dalia y la miró fijamente a los ojos.

—Irás a clase.

—¿Sí, porque tú lo digas? —respondió Dalia con ojos cubiertos de lágrimas.

—Pensaba traerte una bolsa de dulces para después del colegio, pero si no vas a clase... no habrá dulces.

—¿Cómo de grande? —preguntó Dalia con ojos curiosos.

—Enorme y si no vuelves a enfadarte por ir a clase, te garantizo que no te faltarán los dulces. —dijo Jensen.

—¡Está bien! Lo que tiene que hacer una niña por comer chucherías. —dijo Dalia limpiándose las lágrimas con la mano.

—Tengo que irme, aquí tienes una copia de las llaves del apartamento, cuando termines procura comprar algo de comida. —dijo Jensen entregándole las llaves.

Lucy lo miró, deseaba agradecerle todo lo que hacía por ellas, pero era un hombre desagradable que se enfadaba con solo escuchar la palabra “gracias”.

Jensen estaba colocando unas cajas de detergente cuando vio a Lucy entrar en el supermercado, continuó con su trabajo, pero no podía evitar seguirla con la mirada, aquella mujer era tan... diferente a todas que... ¿Pero qué demonios hace? Jensen dejó en el suelo una caja de detergente y caminó hacia ella que llevaba el carro repleto de latas de comida.

—¿Qué haces con eso? —preguntó Jensen fastidiado.

—Comprar comida.

—Eso no es comida, no pienso permitir que esa niña coma esa basura. Compra productos frescos y cocina.

—No sé cocinar. —admitió Lucy avergonzada.

Jensen se llevó las manos a la cabeza, estaba furioso, aquella mujer era el mayor desastre con el que se había topado jamás. Le quitó la libreta donde llevaba apuntada su lista de la compra, arrancó la hoja y la tiró al suelo, le quitó el bolígrafo y empezó a anotar cosas.

—Bien, compra esto, yo cocinaré, pero más te vale aprender, no pienso teneros en mi casa toda la vida. —gruñó Jensen mientras se alejaba de ella.

Lucy miró la lista y se sorprendió, ese puñetero bastardo sabía cocinar pero... ¿por qué tenía que ser tan desagradable con ella?

Jensen terminó su turno, caminó hacia los vestuarios para coger las llaves del coche, le había dicho a Lucy que se esperara, tenía miedo de que aquella inútil acabara perdiendo o tirando las bolsas al suelo de camino al apartamento. Abrió la taquilla, cogió las llaves, el móvil y se marchó. Lo cierto es que el apartamento no quedaba muy lejos de allí, unos diez minutos andando, pero prefería ir en coche. Lucy, que estaba sentada en la entrada del supermercado, se levantó nada más verlo. Jensen pasó junto a ella sin decirle nada y mucho menos ayudarle con las bolsas. Ella lo miró con asco, era normal que todo el mundo lo odiara, no tenía educación, ni modales. Lo que tú digas Lucy, pero es el único que te ha ayudado desde que acabaste en la calle, embarazada y sin dinero. Agarró las bolsas y caminó tras él. Menudo desperdicio de hombre, era guapo a pesar de esa barba de varios días y esa mirada de desprecio en sus ojos. Su cuerpo la hacía temblar, ancho de espaldas, con poderosos brazos y ¡vaya culo! Lucy, no seas zorra y no te fijes en ese bastardo.

Jensen abrió el maletero y para sorpresa de Lucy la ayudó a guardar las bolsas. Ella estuvo a punto de soltarle alguna ironía, pero decidió que mejor no tentar a la suerte.

— ¡Dios mío! —exclamó Lucy.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jensen que se disponía a entrar en el coche.

—Que me has cambiado el turno y ahora no estaré para recoger a la niña. ¿Y quién se va a quedar con ella?

—La recogeré yo, de todas formas no pensaba salir hasta la noche. —dijo Jensen simulando fastidio, aunque la verdad es que esa niña le hacía gracia, posiblemente era la única mujer que soportaba.

Lucy lo miró indecisa, el bastardo sin alma cuidando a su hija... pobre niña y ¿podía fiarse de él?

—Como veo que te lo piensas, mejor que le den a tu hija, que regrese sola al apartamento.

— ¡No, está bien! Pero que meriende algo.

— Sí, claro, la madre perfecta me va a enseñar a alimentar a su bebé. ¡No me jodas!

Lucy lo miró rabiosa, subió al coche y se sentó, ahora sí que tenía ganas de reventarle la cara a guantazos.

Jensen introdujo la llave en el contacto y encendió el motor, acercó la mano a la radio y la activó, buscó una emisora de música clásica y una vez la encontró, aceleró y se alejó del supermercado.

—Vaya música más aburrida. —dijo Lucy con fastidio.

—Mi coche, mis normas, además es normal que no te guste, esta música solo la pueden apreciar personas inteligentes.

—¿Qué insinúas?

— No insinúo nada, eres una barriobajera, sin educación, ni modales, caminas como si llevaras dos kilos de piedras en las bragas.

— ¡Eres un cerdo! —chilló Lucy desesperada con tanto ataque injustificado.

— Prefiero vivir en un coche a soportarte, ya tengo bastante con aguantar tu mierda en el trabajo.

— Tú misma, una llamadita y adiós a tu hija, me la suda.

— Eres un bastardo sin alma.

— No más que el que te hizo la barriga y luego os abandonó.

Lucy se recostó en el asiento y miró por la ventana, en eso tenía razón, su ex era el mayor hijo de puta, pero Jensen lo seguía de cerca, muy de cerca.

Jensen se concentró en conducir, hablar de ex le había traído muy malos recuerdos, recuerdos de cuando era un buen hombre y no el hijo de perra en el que se había convertido y que se negaba a dejar de ser. No, ya no permitiría que le hicieran daño.

Capítulo 4

Jensen aparcó frente al colegio, agarró la bolsa con golosinas y caminó hacia la entrada. Las madres se quedaron mirándolo con descaro, con esos pantalones vaqueros tan ajustados que resaltaban sus bien torneadas piernas, la camiseta roja con la imagen de un águila y una chaqueta de cuero negro, provocaba en ellas un gran morbo. Dalia salió corriendo y se frenó al ver a Jensen.

—¿Y mi mami?

—Trabajando.

—Pues yo contigo no me voy, mi mamá me dijo que no me fuera nunca con extraños. —dijo la niña cruzándose de brazos.

Jensen suspiró, sacó el móvil y llamó a Lucy.

—¿Sí?

—Parece que al menos has sido capaz de hacer algo bien. Tu hija no se quiere venir conmigo porque soy un extraño.

Jensen acercó el móvil a Dalia que lo cogió, alzando su naricilla con orgullo. Asintió a lo que su madre le decía y le devolvió el teléfono.

—Bien, ¿nos vamos? —preguntó Dalia sonriendo y arrancando la bolsa de dulces de las manos de Jensen.

Él la miró entre divertido y sorprendido, meneó la cabeza negativamente y siguió a la niña que se paró en seco al ver a la gente que se acercaba por ambos lados de la acera. Miró a Jensen y le tendió la mano asustada.

—¿Qué quieres? —preguntó él molesto.

—Dame la mano, me da miedo cruzar la calle sola y hay muchos extraños. —dijo la niña.

Jensen resopló y le cogió la mano, era una sensación muy rara caminar de la mano de una niña y encima esta no dejaba de dar saltos esquivando peligros imaginarios. Cruzaron la carretera y Jensen la sentó en la sillita, pero por más que lo intentaba no era capaz de ajustar el cinturón.

Dalia lo observaba mientras devoraba una esponjita de fresa, empezaba a impacientarse, tardaba mucho.

—Eres muy torpe, mi mamá me abrocha el cinturón de la sillita en menos de un minuto.

Jensen la miró y la imitó poniendo voz de niña. Dalia lo miró primero sorprendida y luego soltó una carcajada.

—¡Otra vez, imítame otra vez! —gritó Dalia riendo.

Jensen volvió a imitarla, una y otra vez hasta que él mismo acabó riéndose.

En cuanto entendió como iba la sillita y como debía ajustarla, cerró la puerta y entró en el coche. Encendió la calefacción y puso la radio.

—¡Qué rollo de música! —protestó Dalia—. Quiero música moderna, pon Chisol 34.

—La madre que...

—¿Qué pasa con mi madre? —preguntó Dalia con curiosidad.

—Que tu madre llegará tarde. —respondió Jensen con seriedad. Pulsó el botón de búsqueda y seleccionó la radio que la niña repelente quería. No tardaron en escucharse esos grupos que él tanto aborrecía.

Aparcó el coche frente al pequeño edificio de apartamentos, uno de los pocos que había en esa zona de Boylston street. Era una construcción pasada de años y con poco estilo arquitectónico, siempre soñó vivir en una casa y a punto estuvo de conseguirlo pero la vida le negó la oportunidad de ser feliz. Apretó los dientes y abrió la puerta trasera, desabrochó el cinturón y liberó a la niña de la sillita.

—¿Por qué estás tan amargado? —preguntó Dalia.

—¿Por qué piensas que estoy amargado?

—Siempre estás muy serio, parece como si estuvieras comiendo limones. —dijo Dalia con su carita de enterada.

Jensen soltó una carcajada, cogió de la mano a Dalia y caminaron calle abajo.

—¿A dónde vamos? —preguntó Dalia.

—A una tienda, vamos a comprar una cosa. —respondió Jensen.

Jensen entró en la tienda de ropa y comenzó a mirar los chaquetones, sin duda buscar ropa de niña no era lo suyo.

—¿Le puedo ayudar en algo? —dijo una de las dependientas.

Jensen la miró, era una chica bastante llamativa, alta, de pelo rubio y ojos verdes.

—Necesitaba un chaquetón para la niña.

—Creo que este chaquetón rosa le quedará muy bien, este estampado con ositos está teniendo mucho éxito.

Jensen contuvo el deseo de decir a la dependienta que no era su hija, la realidad era mejor ocultarla. La niña agarró el chaquetón y tiró de la mano de él hasta el vestidor.

—¡No!, espera, yo no voy a entrar en el vestidor contigo. Ya eres mayorcita, pruébatelo tú solita.

La niña frunció el ceño y con fastidio entró en el vestidor y se puso el chaquetón. Se miró como pudo, a ella le gustaba pero...

—¡Jen, veeeeeen!

Jensen se acercó al vestuario y la miró, estaba radiante, no dejaba de sonreír, pero cuando se fijó en el resto de su ropa, se llevó las manos a la cabeza. El jersey estaba muy desgastado, los pantalones tenían algunos zurcidos y uno de los calcetines tenía agujeros. ¡Maldita sea, no es tu hija!

Jensen llevaba cogida de la mano a Dalia y con la otra agarraba como podía todas las bolsas. Sin duda eso afectaría a su presupuesto mensual, pero no podía ver a esa pobre niña vestida como una vagabunda, los niños pueden ser muy crueles y no quería que tuviera problemas en el colegio. Pero... ¿por qué le importaba tanto aquella niña?

Nada más entrar en el apartamento, Jensen entró en el cuarto de las chicas y dejó todas las bolsas sobre la cama.

—¿Quieres tarta?

—¿De qué es? —preguntó Dalia.

—¡Qué más da de qué sea! —protestó Jensen mientras caminaba hacia la cocina.

—Es muy importante saber de qué es, podría ser de cerezas y a mí me dan mucho asco las cerezas, tampoco me gustan las tartas con mucha crema, mi mamá dice que son muy malas para la salud porque tienen mucho azúcar.

Jensen empezó a imitarla con la boca, al principio la niña no se dio cuenta pero cuando lo vio, soltó una risotada que lo pilló desprevenido.

Agarró un par de platos pequeños y los colocó en la isleta, abrió el frigorífico y sacó un tupper con la tarta. Cortó un par de trozos y los dispuso en los platos, se giró y cogió dos cucharillas de un cajón. Le entregó un plato de tarta a la niña y se quedó mirando como corría hasta el salón. Dalia encendió la televisión y buscó un canal con dibujos, luego se sentó en el

sillón. Jensen agarró su plato y la siguió, se sentó en el sillón guardando las distancias con la niña. Dalia comía su tarta sin dejar de mirar la televisión, se pegó a Jensen y este se apartó un poco, volvió a pegarse y este se apartó de nuevo, la niña no dejaba de pegarse y Jensen de apartarse hasta que el sillón se acabó y terminó cayéndose al suelo. El plato de tarta voló en el aire hasta acabar aterrizando en su cabeza, quedando como si fuera un sombrero. Dalia soltó una risotada, dejó su plato en la mesa y se tiró en el sillón riendo de forma histérica.

Jensen gruñó fastidiado pero al final acabó riéndose él también. Hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien y eso le dio una idea. Recogió el plato y con ayuda de unas servilletas limpió la tarta del suelo, más tarde se encargaría de pasar la fregona. Entró en el baño y se lavó la cabeza, le daba fatigas ese olor a nata por toda la cara.

Cuando salió del baño, cogió el móvil y llamó a Stiff.

—Hola Stiff, mira he pensado que a partir de ahora la nueva se quedará en el turno de tarde. Sí, claro que estoy seguro. Adiós Stiff, mañana nos vemos.

Jensen miró a la niña y sonrió, le gustaba estar con ella, pero jamás lo admitiría.

—¿Que a partir de ahora tendré turno de tarde?! —respondió Lucy extrañada y nerviosa.

—¿Algún problema con eso? —preguntó Stiff con seriedad.

—No. —respondió Lucy tratando de no parecer muy cortante.

Stiff se alejó de allí y se puso a hablar con Becky. Lucy estaba rabiosa, ahora no tenía forma de recoger a la niña del colegio, estaba aterrada, no le quedaba mucho dinero y no conocía a nadie de confianza.

Tiró del carrito de limpieza y empezó a fregar los pasillos. ¡Maldito Fred! Me hiciste tantas promesas... y después de dejarme embarazada te asaltaron todas las dudas. ¡Hijo de perra!

Jensen estaba preparando la cena, pizza casera de queso y atún. Dalia estaba sentada en un banquillo junto a la isleta, se entretenía pintando en un cuaderno, a la vez que observaba a Jensen de reojo.

Lucy abrió la puerta del apartamento y entró con cautela. Salir del trabajo reventada para luego meterse en la ciénaga del ogro era pedir demasiado.

Caminó hasta la cocina y le dio un beso a Dalia, que gritó al verla.

—¡Mamaaaaá, mira lo que me ha comprado Jen!

Jensen gruñó, no le gustaba que lo llamara Jen, pero por alguna maldita

razón no era capaz de decirle a la niña nada.

Dalia tiró de la mano de su madre hasta el dormitorio y nada más llegar, comenzó a sacar la ropa de las bolsas. Lucy se quedó sin palabras, encima de la cama había todo tipo de prendas, vestidos, pantalones, blusas, ropa interior, zapatillas, zapatos, un chaquetón... Dejó a su hija revisando su ropa nueva y regresó a la cocina. Sus ojos amenazaban con soltar una lluvia de lágrimas de agradecimiento, pero Jensen la vio venir.

—Antes de que me digas nada, he comprado esa ropa porque tengo una reputación y no quiero que los vecinos vean salir de mi casa a una niña mal vestida. Que te quede claro que no me importáis nada, estoy deseando que Stiff te suba el sueldo o encuentres otro trabajo para que os larguéis.

Lucy lo miró sin hablar, ahora lo que sentía no era agradecimiento.

—Stiff me ha cambiado el turno y me ha dejado de forma indefinida por la tarde... no puedo recoger a la niña.

—Ese es tu problema. —gruñó Jensen.

—Tendré que buscar a alguien que pueda recogerla, tal vez algún vecino o alguien del supermercado... Sacó el monedero y miró el dinero que le quedaba, apenas cien dólares.

—¿Se puede saber por qué me cuentas tu vida? No somos amigos, vete a contarle tus neuras a alguien que le importe.

Lucy lo miró. ¿Cómo alguien podía ser tan odioso?

Cruzó el salón y entró en el dormitorio, su hija seguía registrando las bolsas.

—Dalia, ¿ese bastardo sin alma te ha hecho algo, te ha tratado mal... en mi ausencia?

—No, Jensen es muy bueno conmigo. Me ha comprado todas estas cosas, luego me ha dado tarta y después me ha llevado al parque. Mamá, ¿podemos quedarnos a vivir para siempre con Jen?

Lucy sintió como si un ácido recorriera su estómago solo de pensar en vivir toda la vida con ese bastardo. Antes de vivir con él me quito las bragas y me estrangulo con ellas, pensó. Al menos con la niña parecía portarse bien.

Jensen cortó parte de la pizza y la colocó en un plato para que Dalia empezara a cenar. La niña le dio un bocado y sonrió satisfecha.

—¡Está buenísimaaaaa! Es mejor que las del súper, esas saben a caca de perro.

Lucy sonrió al ver a su niña tan feliz, de reojo miraba a Jensen que parecía

evitarla y centrarse en Dalia.

—Espero que no me molestes más. No voy a consentir que Dalia sea recogida por un extraño, yo me encargaré de cuidarla, pero en cuanto Stiff te cambie el horario...

Capítulo 5

Dalia se quedó dormida nada más tocar la cama, Lucy en cambio, estaba muy nerviosa. Jensen estaba siempre muy enfadado con ella y no entendía por qué. Le hubiera gustado pagarle toda esa ropa pero no tenía dinero y aún quedaban tres semanas para cobrar. Se giró para dar la espalda a Dalia y se tapó la boca con la mano para no despertarla. No podía dejar de llorar, ¿por qué la vida era tan injusta con ella? ¿por qué él tenía que ser tan cruel?

La semana fue pasando lentamente, las broncas de Jensen eran una constante, sus malos modos en casa también, pero Dalia rebosaba felicidad, el maldito bastardo sin alma la trataba bien.

Por la tarde, Jensen le compró una bolsa de palomitas a Dalia y los dos pasearon por el parque Emerson.

—¿Qué te pasa Dalia?

—Nada.

—¿No piensas contármelo?

—¡Y a ti que más te da! Tú no me quieres. —repuso Dalia enfadada.

—¿Por qué dices eso, acaso no te trato bien?

La niña se quedó pensando, soltó su mano y se sentó en un banco de madera. Jensen se sentó junto a ella.

—Este sábado es mi cumpleaños. —confesó la niña.

—¿Y qué tiene eso de malo para que te pongas así?

—¡Odio mi cumpleaños! Nunca tengo tarta, siempre es una magdalena con una vela y nunca tengo buenos regalos ni vamos a ningún sitio.

Jensen se recostó en el banco, él siempre tuvo fiestas a lo grande, la casa se llenaba de familiares y amigos y desde luego nunca faltaron los regalos.

—¿Qué te gustaría que te regalaran?

Dalia lo miró con curiosidad en un intento de averiguar si aquello era un juego o realmente iba en serio.

—Quiero ir al cine. —respondió la niña tímidamente.

—Eso no es un regalo. —objetó Jensen.

—No he ido nunca. —confesó Dalia abatida.

—¿No has ido nunca al cine? —preguntó Jensen incrédulo.

La niña lo miró con tristeza y negó con la cabeza.

—Está bien, este año tendrás tarta, regalos y te llevaré al cine. —anunció Jensen sin mucho interés.

Dalia se puso de pie en el banco y le dio un abrazo muy fuerte, luego lo besó.

—¡Te quiero mucho Jensen!

Jensen tragó saliva, no estaba acostumbrado a recibir muestras de cariño y con razón, todos lo odiaban y él odiaba a todos.

—¿Tú me quieres Jen?

Jensen tragó saliva de nuevo, eso de los sentimientos no era lo suyo. Dichosa niña, ¿no tiene bastante con que celebre su cumpleaños? ¿también tengo que decirle que la quiero?

—¿Me quieres o no? —gruñó impaciente Dalia.

—Sí. —susurró Jensen con fastidio.

Dalia le dio otro abrazo y lo besó en la mejilla.

—Le dije a mi mamá que quiero que vivamos los tres juntos toda la vida.

Jensen suspiró, aquella niña lo tenía dominado.

Por la noche, Dalia recibió a su madre como ya era de costumbre, dando gritos y chillando de alegría. Lucy disfrutaba viendo a su hija en ese estado, ella era su energía, su motor y verla feliz compensaba el calvario que estaba viviendo.

—Mamá, Jensen me ha dicho que me va a comprar una tarta, un regalo y me va a llevar al cine en mi cumpleaños.

—Dalia, no podemos pedirle que haga eso. —dijo Lucy con tristeza.

Jensen salió de su cuarto, vestido con ropa de deporte, ajustó el cronómetro de su reloj y se preparó para marcharse.

—Jensen, mi mamá dice que no puedo pedirte que celebres mi cumpleaños. —dijo Dalia con tristeza.

Jensen se puso en cuclillas y con la mano derecha levantó la barbilla de la niña.

—Tú no me has pedido nada y soy yo quien quiere celebrarlo. ¿Queda claro?

Dalia asintió con la cabeza y se lanzó en un abrazo. Jensen seguía sin

acostumbrarse a tanto cariño. Lucy lo miraba, conteniendo las lágrimas.

—Dalia, ve al dormitorio y prepara tu ropa para mañana, ahora voy yo. —ordenó Lucy.

En cuanto la niña desapareció de escena, se levantó del sillón y se acercó a Jensen con cautela, temía sus reacciones.

—No me queda dinero para el resto del mes, no puedo celebrar su cumpleaños como tú quieres.

Jensen la miró con desprecio, no le cabía en la cabeza que una madre no removiera cielo y tierra por dar esa ilusión a su hija.

—Yo pagaré todo. —contestó Jensen con tono cortante.

Lucy quería darle las gracias, pero él activó el cronómetro del reloj y se marchó.

¿Por qué me odias? Yo solo quiero darte las gracias, pensó Lucy mientras caminaba cabizbaja hacia su dormitorio.

Jensen corría por los callejones, trataba de no pensar, sus zapatillas se clavaban en la nieve llegando a calarle los calcetines, pero le daba igual. No le importaba enfermar, odiaba la vida, solo deseaba que el final llegara de una vez. La imagen de Dalia apareció en su mente y una sonrisa ocupó su boca, ella era ahora su única razón para seguir adelante. Cada tarde con esa niña, era un bálsamo para su alma atormentada. Cruzó una calle y continuó por la avenida Davis. Se detuvo junto a una cafetería y trató de recuperar el aliento.

—¡Quita de en medio imbécil! —gritó un tipo alto y con cara de pocos amigos.

Jensen se irguió frente a él, no era de los que se arrodillaban.

—¿A quién llamas imbécil, saco de mierda?

—¡Te voy a reventar la cara! —gritó el tipo a la vez que le lanzaba un directo.

Jensen no solo lo esquivó sino que le agarró la mano y le provocó una luxación de muñeca bastante dolorosa, no conforme con eso, le asestó una feroz patada en los testículos que hizo que el tipo se cayera al suelo agarrándose sus partes. Tras ellos, se escuchó como alguien aplaudía, Jensen se giró y vio a un tipo calvo, no muy alto, pero con mirada turbia, no era alguien de fiar, eso estaba claro.

—Rápido y eficaz, me ha gustado. Soy organizador de combates privados, si te interesa, aquí tienes mi tarjeta. —dijo el tipo ofreciéndosela.

Jensen agarró la tarjeta, la guardó en un bolsillo del chándal y se marchó

reanudando la carrera. Quién sabe, igual estaba bien poder romper los huesos a algún idiota.

Una hora más tarde, bajo la ducha se esforzaba por apartar de su mente aquellos recuerdos que tanto daño le hacían y que habían provocado un cambio tan drástico en su personalidad. Cerró los grifos y se secó con una vieja toalla.

Lucy acariciaba el pelo de su hija, un auténtico ángel, con sus ojitos cerrados y esa sonrisa eterna. No quería que ella siguiera sufriendo y haría lo que hiciera falta porque fuera feliz, lo que fuera. Se levantó de la cama y caminó hacia la puerta de su dormitorio, sin dejar de mirarla.

—Te quiero Dalia, por ti todo merece la pena.

Jensen cerró el portátil y se dejó caer en la cama. Las cuentas estaban cada vez más ajustadas, mantener a esas dos lo llevaría a la ruina. Cerró los ojos y trató de dormir, pero no tardó en volver a abrirlos al escuchar abrirse la puerta del dormitorio.

Lucy estaba frente a él, mirándole con timidez ¿o era miedo?

—¿Qué quieres? —preguntó Jensen.

—No tengo dinero para pagarte los gastos que te ocasionamos, ni siquiera cuando cobre mi primer sueldo. —Lucy tragó saliva y trató de reunir valor—. Estoy dispuesta a pagarte de otra forma. —dijo mientras se llevaba las manos a los tirantes del camisón y con cuidado lo dejaba caer al suelo quedando desnuda frente a él.

Jensen ocultó la sorpresa inicial, apretó los dientes y miró su cuerpo, que era a falta de otras palabras, perfecto.

—Me parece bien, pero ahora no tengo ganas. Lo haremos cuando y donde yo quiera, ahora... ¡Márchate y no me molestes!

Sentía como los ojos le quemaban, se puso el camisón y se marchó, pero no se atrevía a entrar en su dormitorio y despertar a su hija. Abrió la puerta del baño y la cerró con llave, se sentó en el suelo y lloró amargamente. Se sentía como una esclava trabajando por una basura de sueldo y ahora obligada a prostituirse para que su hija no pasara hambre. ¿Por qué la vida era tan cruel con ella? ¿Por qué?

Capítulo 6

El sábado, tanto Jensen como Lucy terminaron su turno sobre las tres de la tarde, era el único día que Dalia pasaba en una guardería. Jensen sonreía solo de pensar en lo nerviosa que debía estar la niña, por la mañana parecía un auténtico terremoto, chillaba, reía...

Esperó a Lucy en el coche hasta que la vio salir del supermercado, mirándola bien era una mujer muy llamativa, aunque desde luego no tenía ni idea de maquillarse o vestir. No pudo evitar fijarse en su delantera, ahora su cuerpo estaba disponible para él, respiró profundamente para calmarse. ¿Cómo podía sentir desprecio y deseo por la misma mujer?

Lucy entró en el coche y lo miró con sus bellos ojos negros, se ajustó el cinturón de seguridad y esperó a que Jensen arrancara, pero por alguna razón no lo hacía. Él parecía pensativo, le pasaba a veces, lo descubría mirando al vacío, como si estuviera en otro mundo donde tampoco parecía ser feliz.

Jensen volvió en sí y arrancó el motor, sus recuerdos seguían torturándole, recordaba a sus amigos, a su familia, todos mirándole, todos tristes...

—¿Te encuentras bien? —preguntó Lucy.

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Pareces triste.

Jensen negó con la cabeza y ella se calló pensando que lo había molestado, no quería bronca el día que su hija cumplía años.

—No entiendo por qué me preguntas, jamás he tratado tan mal a nadie como te trato a ti. —dijo Jensen en un tono muy diferente al que solía usar con ella.

—Estaríamos en la calle de no ser por ti, sé que no te gusta que te de las gracias, sé que estás deseando que nos marchemos y aunque te cueste admitirlo, estoy segura que dentro de ti hay un buen hombre.

—Lucy... era un buen hombre, pero... ya no lo soy, te aconsejo que te alejes de mí en cuanto tengas oportunidad. —dijo Jensen casi susurrando.

Lucy guardó silencio, estaba claro que él no quería hablar más sobre ese asunto. Aparcó en frente de la guardería y Lucy salió del coche. Jensen la observó alejarse, debajo de esa capa de dejadez había una mujer capaz de derretir su frío corazón y eso le asustaba, no podría soportarlo, otra vez no, seguiría solo y si era necesario conseguiría que lo odiara a muerte.

Dalia empezó a chillar en cuanto vio a su madre, sabía que pronto irían de celebración y estaba fuera de sí, hasta tal punto que su madre pensó en darle una infusión de tila.

Nada más salir a la calle, Dalia se soltó de la mano de su madre y corrió hacia Jensen, que estaba sentado en el capó del coche. Saltó a sus brazos y él la tomó como si no pesara nada. Lucy no podía creer que su hija hubiera llegado a querer tanto a un extraño en tan poco tiempo, un extraño que a ella la trataba mal y encima pronto haría con ella lo que quisiera.

Lucy ayudó a vestirse a Dalia con un bonito vestido azul marino con estampados florales, le colocó una felpa en el pelo y después de darle un beso, le dejó que saliera del dormitorio.

Jensen se puso unos pantalones vaqueros negros, una camiseta gris con el logo de una marca de whisky y una chaqueta de cuero marrón. Se estaba peinando, mirándose en el espejo de su habitación cuando Dalia irrumpió como un huracán.

—¿Estoy guapa? —preguntó Dalia.

Jensen la miró, parecía una princesita de cuento.

La tomó en brazos y le dio un beso en la mejilla, hasta él mismo se sorprendió por tener esa reacción.

—Estás preciosa, como siempre. —dijo Jensen.

—Pero hoy llevo un vestido y estoy más guapa. ¿Verdad?

—Estás más guapa. —respondió Jensen sonriendo.

—Mi mamá te llama bastardo sin alma. —dijo Dalia—. ¿Qué es el alma?

—El alma es una cosa mágica que tenemos dentro del cuerpo y que cuando nos tenemos que ir de este mundo nos lleva a uno muchísimo más bonito.

—¿Y qué es un bastardo?

—Bastardo es una persona que te parece muy simpática. —respondió Jensen sonriendo.

—¡Ah, vale! Si yo estaba segura de que mi mamá también te quería.

Jensen dejó a la niña en el suelo y los dos caminaron hasta el salón y una vez allí, como ya era de costumbre, se sentaron juntos en el sillón para ver la

televisión.

—Ya estoy. —dijo Lucy.

—¡Mamá, estás guapísima! Jensen ¿A que mi mamá es muy guapa?

—Sí, es muy guapa. —respondió Jensen tratando de no mostrar nerviosismo.

—Pues te podías casar con ella, más guapa no la vas a encontrar.

Jensen se puso rojo y Lucy miró a su hija con ojos de espanto.

Los tres salieron del apartamento y esperaron a que llegara el ascensor. Un vecino subió las escaleras y se cruzó con ellos, era un hombre alto y de avanzada edad que solía ser muy amable con la niña.

—Hola Dalia, estás muy guapa.

—Gracias bastardo. —contestó Dalia con una gran sonrisa.

El anciano miró a Lucy y a Jensen y se alejó meneando la cabeza negativamente. Jensen soltó una carcajada y Lucy se quedó sin saber qué hacer. Entraron en el ascensor y Lucy miró a su hija con severidad.

—¿Por qué has llamado bastardo a nuestro vecino? Él siempre ha sido amable contigo. —dijo Lucy enfadada.

—Jensen me dijo que así se llaman las personas que son simpáticas. —se defendió Dalia.

Jensen acercó sus labios a la mejilla de Lucy y le susurró.

—Sé que me llamas bastardo sin alma, de manera que corta ya la bronca a tu hija. —dijo Jensen con malicia.

Lucy se sobresaltó, no podía creer que su hija la hubiera delatado, pero ya no le extrañaba, parecía que lo quería más a él que a ella.

Jensen condujo hasta el centro comercial, aparcó y los tres caminaron hasta la entrada principal. Dalia se subió la cremallera de su chaquetón, tenía frío. C cogió a Jensen por una mano y con la otra la de su madre y ya puestos aprovechó el apoyo para dar saltos y hacer alguna pirueta.

El centro comercial estaba lleno de vida, la gente hacía sus compras, almorzaban en los restaurantes o simplemente paseaban. Dalia se quedó mirando la cartelera.

—Quiero ver esa, El oso Toby y el tesoro oculto. —dijo Dalia con gran seguridad.

Jensen suspiró fastidiado, menudo rollo le tocaba aguantar. Miró el reloj y de reojo se dio cuenta de que Lucy lo estaba mirando.

—Bueno, vamos a almorzar. ¿Qué quieres comer? —dijo Jensen.

—¡Hamburguesaaaaaaa! —gritó Dalia dando saltos.

—Estoy de acuerdo y conozco un sitio muy bueno. —contestó Jensen cogiendo a Dalia en brazos a la vez que se encaminaba a un restaurante cercano.

Lucy alucinaba, ¿cómo podía ser tan adorable con su hija y tan bastardo con los demás?

Se sentaron en una mesa cercana a la salida y pidieron tres refrescos de cola. Dalia cantaba una canción sobre un sapo que había aprendido en clase y Jensen no pudo evitar sonreír ante aquella voz de pitufo. Lucy no podía despegar sus ojos de él, era como ver a otro hombre, Dalia lo transformaba en un ser dulce.

Un camarero le tomó nota y quince minutos después los tres estaban saboreando una jugosa hamburguesa hecha a la brasa y condimentada de forma muy variada. En cuanto Dalia la apretó, un chorrito de ketchup manchó su plato y sus manitas. Jensen dio un bocado y se manchó toda la boca de salsa. Dalia le señaló con el dedo y soltó una risotada. Jensen acercó su boca manchada a la niña y fingió querer darle un beso lo que provocó más chillidos y risas.

Lucy no recordaba haber visto nunca tan feliz a su hija, sintió una punzada en el pecho al pensar que tarde o temprano tendrían que marcharse y la niña se entristecería.

Después de acabar con unos helados, los tres caminaron hacia la entrada del cine. Jensen se acercó a la cabina y compró las entradas, era consciente de que Lucy lo observaba. Dalia parecía tener el estómago de un elefante. ¿Cómo podía comer tanto una cosa tan pequeña?, pensó Jensen extrañado. Le compró un refresco y una bolsa de palomitas y entraron en la sala que ya empezaba a llenarse. Dalia se sentó entre Lucy y Jensen, agarró sus palomitas y empezó a devorarlas. Minutos después, las luces se apagaron y la película comenzó.

Jensen suspiró aburrido, no entendía muy bien qué hacía allí, debió pagarles las entradas y que madre e hija aguantaran solas ese rollo de película.

Dalia comía palomitas y miraba la gran pantalla, estaba impresionada por el sonido y ver esos muñecos tan grandes que parecían de verdad.

Lucy se llevó la mano derecha a la cara y la usó para ocultar que estaba llorando. Ver a su hija tan feliz... habría hecho lo que fuera porque Jensen la aceptara, habría tirado su vida por la borda con tal de que a su hija no le faltara de nada, Dalia parecía tan feliz con él.

En cuanto la palabra fin apareció en la pantalla, Jensen suspiró aliviado, un minuto más y se cortaba las venas a mordiscos. Estaba tan agobiado que abandonó la sala y las esperó fuera. Madre e hija no tardaron en salir, Dalia lo miró enfadada.

—¿Por qué no me has esperado? —gruñó Dalia.

—Yo he cumplido mi parte, he soportado al osito idiota ese, pero ya no podía más. —contestó Jensen fastidiado.

—¿No te ha gustado, pero si ha sido fantástica? —replicó Dalia alucinada.

Jensen comprendió que no iba a ganar esa discusión, así que optó por ignorar a la niña y caminar hacia el parking.

Lucy tomó de la mano a Dalia y lo siguieron hasta el coche. La niña saltó a su sillita y esperó pacientemente a que su madre la atara. Jensen encendió la radio y se relajó con Wagner. Lucy cerró la puerta trasera y se sentó delante, junto a Jensen, todo por aparentar normalidad ante Dalia, cuando ella lo que quería era estar lo más lejos de él.

—¡Esa música me encanta! —exclamó Dalia sonriendo.

Jensen miró a Lucy y le guiñó un ojo. Ella lo miró furiosa y luego desvió la vista hacia el frente, aquel hombre era odioso, sabía cómo hacerle daño en todo momento.

Lucy dejó que su hija se sentara en el sillón del salón, entró en la cocina y pensó qué podían cenar. Jensen se había marchado y no había dejado la cena hecha. Eran más de las ocho y media de la noche y la niña tenía hambre. Se disponía a abrir el frigorífico cuando escuchó el timbre de la puerta, extrañada se acercó y miró por la pequeña mirilla de cristal, era Jensen. ¿Por qué no usaría las llaves? Abrió la puerta y entonces lo comprendió todo. Jensen llevaba dos cajas de pizza y encima de estas, una gran tarta con la imagen de una princesa Disney. Lucy no conseguía reaccionar, se limitó a apartarse y dejarlo pasar.

Jensen le hizo una señal con la cabeza a Dalia y esta se levantó de un brinco y lo siguió hasta la cocina.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Dalia sin comprender.

—Pizza de atún con queso, otra de carbonara y tarta de cumpleaños para mi princesita.

Dalia corrió hacia Jensen y se abrazó a sus piernas, lo que este no preveía es que la niña empezara a llorar. La tomó en brazos y miró a Lucy que también estaba llorando. ¡Joder, joder, joder, no hay quien entienda a estas locas! —

pensó Jensen sin saber qué hacer.

Cuando por fin las dos se calmaron, Jensen cortó las pizzas y empezaron a comer. Dalia cerraba los ojos, parecía disfrutar cada mordisco. Él sintió un nudo en el estómago, cuando la recogió de la calle estaba muy delgada, verla comer así lo animaba, deseaba con toda su alma que la niña engordara un poco y perdiera ese aspecto demacrado. Miró a Lucy y sintió un escalofrío al notar que ella se había quitado el sujetador y ahora el vestido marcaba con suavidad sus pechos.

Dalia observaba con esos grandes y preciosos ojos miel su preciosa tarta, sopló y apagó las velas a la vez que una gran sonrisa se apoderaba de su cara.

Lucy le cantó cumpleaños feliz y Jensen se limitó a mover los labios y desear que acabara pronto tan bochornoso momento.

Lucy cortó la tarta y sirvió a los dos. Dalia se veía cansada, pero seguía emocionada por estar celebrando por primera vez su cumpleaños, al menos como ella soñaba. Dos trozos de tarta más tarde, Dalia se frotaba la barriga con satisfacción, sus ojos se agrandaron como platos al ver aparecer a Jensen con dos paquetes rojos con lacitos.

—Un cumpleaños no es un cumpleaños si no hay regalos. —dijo Jensen entregando uno de los regalos a Dalia—. Este es el mío.

Lucy lo miró extrañada, ¿el mío, y de quién era el otro?

Dalia rompió el papel y abrió la cajita, chilló al ver aquella muñeca rubia y todos esos accesorios. Sin soltar la muñeca, miró a Jensen que comprendió lo que quería.

—Este es el regalo de tu madre.

Lucy miró a Jensen sin comprender nada.

Dalia rompió el papel y chilló de nuevo al ver una radio mp3, su primera radio y era rosa con imágenes de gatitos.

Jensen se acercó al frigorífico, sacó una botella de cola y vertió parte en un tubo de cristal, luego le añadió un buen toque de whisky. Algo turbaba su mente, no podía sacárselo de su cabeza.

Lucy acostó a Dalia que ya estaba agotada, la pobre no pudo con tanta emoción y se quedó dormida nada más tocar la cama. La tapó y se quedó mirándola unos instantes.

Jensen se terminó su bebida de un trago y dejó el tubo en el fregadero.

—Dalia se ha quedado dormida, la has hecho muy feliz. —dijo Lucy.

—Lucy, márchate. —pidió Jensen dándole la espalda.

—No quería molestarte, solo... —Lucy se acercó a él, no entendía a qué se debía ese cambio—. Si te he molestado en algo dímelo y trataré de...

Jensen se giró, la agarró de los brazos y la empujó hasta la isleta, una vez allí, la tomó de la cintura y la subió a ella. Lucy respiraba con agitación, sus pechos subían y bajaban. Jensen introdujo sus manos bajo el vestido, agarró sus bragas y tiró de ellas hasta quitárselas, luego le bajó los tirantes y tiró de ellos hasta que sus pechos quedaron a la vista.

Jensen dudó, aquella mujer despertaba en él toda su ira, pero también la deseaba.

—Te dije que te pagaría como fuera, tienes mi permiso. —dijo Lucy.

Jensen se apartó de ella, ¡no!, él no era de esos, había cambiado mucho, era arrogante, frío, pero no era de esos... bajó la vista y abandonó la cocina. Lucy escuchó como entraba en su cuarto y cerraba la puerta con brusquedad. Pero... ¿por qué no quiso poseerla? Él sabía que ella no se negaría.

Capítulo 7

Dalia se levantó de un salto, corrió hacia el cuarto de Jensen pero la habitación estaba vacía. Molesta, regresó a su dormitorio y despertó a su madre para que le preparase el desayuno.

La mañana dio paso a la tarde, la tarde a la noche y Jensen seguía sin regresar.

El lunes por la tarde, Jensen estaba en el vestuario, cambiándose para marcharse y recoger a Dalia cuando Lucy entró en la pequeña habitación.

—Ayer no apareciste, ¿estás bien?

Jensen la miró con desprecio.

—Es mi casa, soy libre de ir o venir cuando quiero y no te debo ninguna explicación. —contestó Jensen con arrogancia mientras se ataba los cordones de los zapatos—. Os he sacado de la calle, os doy de comer, ¿qué más quieres de mí?

—No quiero nada para mí, pero Dalia estaba muy triste, te echaba de menos. —repuso Lucy con seriedad.

Jensen cogió su mochila y caminó hacia la salida, la miró y se marchó. Lucy se sentó en el pequeño banco de madera y se acarició la barbilla con la mano. No podía dejar de pensar en aquella noche, sentir sus manos, verse desnuda ante aquellos ojos que la devoraban con deseo, por primera vez en muchos años se sintió mujer.

Dalia pasó junto a Jensen sin hablarle y este resopló, no estaba para rabietas infantiles. ¡Joder, que no era su padre!

—¿Me vas a colocar el cinturón hoy?

—Mira niña, no me vaciles o pongo tu sillita en el maletero. —Amenazó Jensen.

—¿No eres capaz? —provocó Dalia.

—Lo que me faltaba, un bebé chuleándome.

Jensen agarró la silla y la levantó en el aire sacándola del coche con

cuidado.

—Te vas a enterar, te voy a meter en el maletero que huele a patatas podridas.

—¡Nooooooo! —chillaba Dalia sin dejar de reír.

—¿Te ríes?

—¡Sí!

—¿Por qué? —gruñó Jensen.

—Porque soy tu princesita y tú nunca me meterías en un sucio maletero. — dijo Dalia agarrando la cara de Jensen con sus manitas para acercarle y poder darle un beso.

Jensen la introdujo en el coche y ajustó el cinturón de seguridad a la sillita, cerró la puerta y se recostó contra ella. Sus ojos se humedecieron y él sacó toda la rabia que pudo reunir para contener las lágrimas. No quería ser el que era antes, no quería volver a sufrir.

Lucy estaba colocando unas cajas de cereales cuando sintió un fuerte tirón en su cintura, se giró y sonrió al ver a su hija.

—¿Qué haces aquí?

—Jen me dijo que tenía que hablar unas cosas con sus amigos del supermercado.

Lucy tuvo que contener una carcajada, amigos y supermercado eran conceptos opuestos a la realidad. Todo el mundo lo odiaba allí, ni siquiera a Stiff parecía agradaarle, pero como bien decía Becky, todos le temían y el supermercado funcionaba como un reloj suizo.

Jensen estaba dirigiendo a unos empleados que descargaban un camión, estaba rabioso, no se concentraban y aquellos palets de mercancía no parecían muy estables. El que llevaba la carretilla elevadora ajustó las palas con brusquedad y una de las cajas de la parte superior que no estaba bien sujeta se cayó. Jensen saltó sobre el compañero que estaba cerca del palet y evitó que la caja le impactara en la cabeza, pero en la caída rodó por el suelo y se golpeó la cara contra una columna, Jensen perdió el conocimiento de forma instantánea.

Becky pasó corriendo junto a Lucy, que supo por su expresión preocupada que algo grave había pasado. Cogió de la mano a su hija y corrió tras Becky, cuando llegaron a la parte trasera del supermercado donde se encontraba la zona de carga, giró a su hija para que no viera a Jensen tirado en el suelo con la cara ensangrentada.

—¿Qué pasa mamá?

—Es Jensen, ha tenido un accidente y no quiero que te asustes al verlo.

—¿Está bien? —preguntó Dalia llorando y asustada.

—Sí, está bien, pero ahora será mejor que dejemos que le atiendan.

—¡Quiero ver a Jen!

—Luego, ahora debemos dejarlo tranquilo.

Becky agarró un botiquín que un compañero le ofreció y comenzó a desinfectarle la herida, por suerte era una magulladura por el golpe.

Jensen volvió en sí, se apartó de Becky y gritó.

—¡Tod! —se giró y miró a Becky asustado—. ¿Dónde está Tod?

—Está bien, Derek lo ha llevado al vestuario para que se siente un rato.

Por lo que me han dicho, si no es por ti, no lo cuenta.

Jensen intentó levantarse, pero se mareó y se volvió a sentar.

—Parece que no eres tan cabrón como dicen y te esfuerzas en intentar aparentar. Sé que has recogido en tu casa a Lucy y a su hija.

Jensen la miró furioso, no podía creer que Lucy hubiera traicionado su confianza. Becky pareció leerle la mente.

—Tranquilo, ella no me ha dicho nada, pero su hija habla de ti a todo el mundo cada vez que viene al supermercado, y cuando su madre no ha dejado que se acerque a ti, se ha puesto a llorar.

—¿La niña me ha visto?

—No, Lucy la giró a tiempo y se la llevó de aquí.

Jensen respiró aliviado, reunió fuerzas y se levantó del suelo.

—Gracias Becky por curar mi herida.

Becky le puso la mano en el hombro y lo miró con ternura.

—Sabes Jensen, dicen que hay dos formas para lograr que la gente te respete, que te amen o que te teman. ¿No crees que ya te han temido bastante?

—¿Me han? ¿Tú no me tienes miedo? —preguntó Jensen sorprendido.

—Cariño, en cuanto te vi, supe que eras una buena persona a la que la vida lo había tratado muy mal. No sé qué te pasó, pero las personas que te rodean no tienen la culpa y no merecen el trato que les das.

Jensen la miró por unos segundos y se alejó de allí.

Cuando llegó al apartamento, no tuvo tiempo de introducir la llave en la cerradura, Lucy abrió la puerta y sin preguntar nada, lo agarró del cuello y le miró la frente con preocupación. La herida estaba tapada con un pequeño vendaje y Jensen parecía algo aturdido. Dalia corrió hacia él y se abrazó a su pierna derecha, empezó a hacer pucheros y acabó llorando. Jensen se apartó con cuidado de Lucy y cogió en brazos a Dalia, caminó hasta el salón y se sentó en el sillón.

—¿Por qué lloras princesa?

—Te has hecho daño y mi mamá no me dejaba acercarme a ti. —respondió Dalia.

Jensen la besó en la mejilla y la abrazó mientras que con su mano derecha le acariciaba el pelo.

—Tu mamá hizo bien, solo me di un golpe y no quería que te asustaras. Ahora estoy aquí y como puedes ver me encuentro bien. ¿Te apetece cenar pasta?

—¡Siiiiiiiiiiii! —gritó Dalia saltando de sus rodillas al suelo y corriendo hacia la cocina.

Jensen se levantó con cuidado, lo llevaron al hospital para hacerle unas pruebas, pero todo parecía en orden, no obstante, la visión a veces se le nublaba un poco. Lucy lo cogió de la mano y lo llevó hasta la cocina. Jensen se sentía tan extraño al caminar junto a ella, sentir su suave mano... recordó la noche del sábado cuando casi la hizo suya.

Capítulo 8

Dos meses más tarde

Lucy estaba cansada de su horario de tarde, nunca podía recoger a su hija del colegio, ni llevarla al parque. Entró en el despacho de Stiff dispuesta a protestar.

Stiff se levantó y se sirvió una taza de café, la vio en la puerta y le hizo una señal para que entrara.

—Dime Lucy. ¿En qué puedo ayudarte?

—Verás Stiff, llevo ya mucho tiempo en el turno de tarde y eso me impide poder ver a mi hija. Necesito que me cambies el turno para que al menos no siempre esté de tarde. No entiendo por qué me has asignado ese horario.

—Yo no te lo asigné, fue Jensen y yo lo acepté. —dijo Stiff dando un sorbo a su taza de café.

Lucy se quedó sin palabras, ¿por qué le habría mentido Jensen?

—En cualquier caso me gustaría tener un horario más normal.

—Me parece bien, a partir de mañana vendrás por la mañana y la semana siguiente por la tarde, aunque a partir de esa semana tu horario se incrementará. —anunció Stiff.

—¿Más horas? —preguntó Lucy sin comprender.

—Se acabó la media jornada, en unos días firmarás el nuevo contrato a jornada completa.

Lucy dio un abrazo a Stiff y lo besó en la mejilla.

—Muchas gracias. —dijo Lucy con lágrimas en los ojos.

—Nada de gracias, has trabajado muy duro y te lo mereces.

Jensen estaba en el parque con Dalia cuando recibió la llamada de Stiff. Lucy sabía lo de su horario y encima ahora tenía sueldo completo, temía lo que pudiera significar eso.

Lucy llegó sobre las ocho de la noche, Jensen le había servido la cena a Dalia que comía unos filetes de pavo con guarnición, mientras miraba la

pequeña televisión de la cocina.

—¿Jensen puedes venir? —pidió Lucy con tono frío.

Jensen entornó la puerta de la cocina y se acercó a Lucy que lo esperaba sentada en el sillón. De mala gana se sentó y esperó el sermón.

—¿Por qué me obligaste a tener ese horario?

—Porque no te aguanto. —respondió Jensen.

—Eso lo entiendo, pero no me sirve. ¿Por qué cambiarme el horario a sabiendas de que no podría hacerme cargo de Dalia? —Lucy se contestó a sí misma nada más terminó de pronunciar esas palabras.

Jensen quería mucho a Dalia, eso se veía a leguas, le había cambiado el horario para pasar más tiempo a solas con la niña.

—¿Fue por estar con Dalia, verdad?

Jensen asintió sin mirarla.

—Stiff me ha contratado a jornada completa y con el aumento de sueldo he pensado en buscar un apartamento y mudarnos Dalia y yo. Podrías ir a vernos si quieres.

—¿Ir a veros? Por mí os podéis ir al infierno hoy mismo, solo sois una carga para mí. —contestó Jensen malhumorado.

Se levantó del sillón y se marchó a su cuarto. ¡Maldito bastardo sin alma!, pensó Lucy.

Jensen se sentó en la silla junto a su escritorio y revisó su hoja de Excel, hacía un mes que sus cuentas estaban en números rojos. La ropa de Dalia, el dentista, el material escolar... Sacó una caja de cereales y cogió un puñado, se los metió en la boca y los masticó con asco. Hacía ya dos semanas que preparaba la comida para Lucy y Dalia y él fingía haber comido, no había suficiente dinero para los tres.

En el trabajo, más de una vez había perdido el equilibrio por la debilidad, no podía seguir así pero no sabía qué hacer, no permitiría que Dalia volviera a pasar penalidades.

Apagó el portátil y se miró al espejo del armario, estaba más delgado, debía haber perdido unos seis kilos. Alimentarse a base de cereales, agua y café no era una dieta muy sana, pensó en trabajar unas horas en el puerto como estibador. Se dejó caer en la cama y trató de dormir.

—¿Mamá por qué Jen ya no come con nosotras?

—Jen come fuera de casa. —respondió Lucy.

—¡Pues yo quiero que coma con nosotras! —protestó Dalia.

—¡Venga, al baño! Lávate los dientes y a la cama. —ordenó Lucy.

No podía evitar pensar que algo pasaba, Jensen adoraba a su hija y últimamente no almorzaba, ni cenaba, ni siquiera comía nada delante de ellas. No se tragaba eso de que comía fuera de casa, no tenía sentido, él le ocultaba algo y lo iba a averiguar.

Dalia se abrazó a su osito de peluche y se quedó dormida. Lucy se levantó con cuidado de la cama y salió del dormitorio. Tocó a la puerta de Jensen y sintió un nudo en la garganta al escuchar como él se levantaba de la cama. Cuando abrió la puerta, Lucy se quedó sin palabras, Jensen solo llevaba puestos unos slips muy ajustados. Su aspecto, aunque seguía siendo imponente, había cambiado, estaba más delgado y su rostro... Miró hacia su escritorio y vio una caja de cereales abierta. Empujó a Jensen hacia un lado y agarró la caja de cereales.

—¿Por qué comes esta mierda?

—¿Y a ti que te importa? —gruñó Jensen desviando la mirada.

—Ese cuento de que comes fuera de casa es mentira... ¿verdad?

Jensen se abalanzó sobre ella, la tomó de un brazo y levantó la mano derecha, solo levantó el dedo índice pero Lucy apartó la cara como si creyera que él la fuera a golpear.

Jensen soltó su brazo, dio un paso atrás, estaba pálido, ¿tanto había cambiado? Caminó de espaldas hasta que su cuerpo chocó contra la pared y se dejó caer hasta el suelo.

Lucy abrió los ojos, cuando vio que la agarraba y levantaba la mano pensó seriamente que iba a pegarle. Miró a Jensen, estaba sentado en el suelo, con ojos vacíos, no parecía él.

—Yo nunca te haría daño, puedo ser un bastardo sin alma, pero jamás pegaría a una mujer, yo no soy de esos, no lo soy... —susurró Jensen acercando sus rodillas a su cara y ocultando su rostro contra ellas—. No lo soy, yo nunca quise ser así...

Lucy caminó hasta él y se sentó a su lado, no podía creer que aquel hombre furioso y de aspecto brutal pudiera estar tan afectado, de repente era como si otro hombre hubiera ocupado el cuerpo de Jensen.

—Perdóname, te acercaste tan rápido... me asusté, en la calle me topé con hombres que me pegaron por no querer acostarme con ellos, otros me golpearon para robarme. —confesó Lucy.

Jensen levantó la cabeza y la miró con ojos húmedos. Lucy observó

aturdida como las lágrimas resbalaban por sus mejillas, y por primera vez lo vio tal y como era... un hombre que ocultaba su dolor bajo una coraza de odio.

—Lo siento. —dijo Jensen casi en un susurro.

—¿Qué sientes?

—Haber sido tan cruel contigo desde el día que te conocí.

—¿Por qué me odias tanto? —preguntó Lucy que no podía aguantar por más tiempo esa duda que le corroía las entrañas.

—No te odio, me das miedo. —contestó Jensen volviendo a apretar el rostro contra sus rodillas.

—¿Yo, te doy miedo? ¿Cómo puedo darte miedo?

Jensen se levantó y Lucy lo siguió, no estaba dispuesta a quedarse sin respuesta, la merecía por todos los malos modos que había recibido por su parte.

—¡Respóndeme! —gritó Lucy.

Jensen le tapó la boca con la mano y señaló hacia el cuarto donde dormía Dalia.

Los dos salieron del dormitorio y entraron en la cocina. Jensen se quedó mirando la calle, de buena gana habría salido corriendo, pero esta vez no podía escapar.

—Al principio no sabía por qué sentía esa repulsión hacia ti, solo deseaba hacerte daño, despreciarte... con el tiempo comprendí que trataba de alejarte de mí.

—¿Alejarme de ti?

—Me gustas, por eso hago todo lo posible para que me odies.

—¿Pero... por qué? ¿qué tiene de malo que te guste?

Jensen se giró hacia ella, furioso, no podía más, necesitaba alejarse de ella.

—No quiero amar a nadie, ¡odio a todas las mujeres!

—¿A Dalia también?

—Dalia es una niña, no la odio, es como mi hija... digo, es una niña especial.

Jensen trató de salir de la cocina pero cuando pasó junto a Lucy, ésta le agarró del brazo.

—Aquella noche cuando me desnudaste. ¿Querías aprovechar mi oferta de pagarte o me deseabas de verdad?

Jensen se soltó de su agarre y la miró con tristeza.

—Si no me contestas, mañana mismo Dalia y yo nos marcharemos y no nos volverás a ver nunca más.

Jensen se detuvo junto a la puerta y respiró profundamente.

—¿Qué más da la razón? Como bien dijiste soy un bastardo sin alma, os irá mejor lejos de mí.

—¡Maldito bastardo! —gritó Lucy entre lágrimas—. Disfrutas haciéndome daño y cuando por fin muestras algo de humanidad y sensibilidad huyes como la rata cobarde que eres. ¿No quieres amar? ¡Pues yo sí quiero amarte! —gritó Lucy.

Jensen se giró y la miró. ¿Realmente lo decía en serio? ¿Ella quería amarle?

—¿Cómo puedes querer amarme? ¡Ah, claro! Quieres un padre para tu hija, ¿es eso? Quieres desperdiciar tu vida a mi lado porque tu hija parece quererme y piensas que así ella será feliz. ¿No?

Lucy caminó hasta él, rodeó su cuello con sus brazos y lo besó.

—Dalia no te quiere, te adora y yo solo tengo motivos para odiarte, pero sin embargo desde aquella noche en que me tocaste por primera vez, solo pienso en amarte.

—Lucy yo...

—No te pido que seas un hombre perfecto, solo te pido que te arriesgues y si de verdad te gusto, te atrevas a quererme.

—Lucy, mi corazón está demasiado dañado, no sé... tú y Dalia os merecéis un hombre mejor.

—Es cierto, nos merecemos un hombre mejor, alguien que nos ayude cuando todos nos den la espalda, alguien que trate a una niña delgada y triste con tanto cariño que la transforme por completo, alguien que sea capaz de no comer con tal de que a nosotras no nos falte de nada. Eres un bastardo sin alma, pero eres mi bastardo sin alma y al menos yo al día de hoy sé que te quiero. —dijo Lucy besándolo esta vez con mayor deseo e intensidad.

Capítulo 9

Jensen se quedó quieto, no tenía palabras, temblaba como un niño pequeño. Sentía verdadero terror a abrir su corazón a una mujer, no se atrevía ni a tocarla, como si ella fuera un espejismo que desapareciera en cuanto sus dedos rozaran su piel.

Lucy lo tomó de la mano y lo llevó hasta el dormitorio. Cerró la puerta y se desnudó ante él. Dejó que la contemplara unos minutos, pero no tardó en acercarse, lo necesitaba como nunca había necesitado a nadie. Le obligó a quitarse los slips y lo miró llena de deseo al ver su virilidad.

—Tumbate en la cama. —pidió Lucy con voz entrecortada.

Jensen obedeció, aquella mujer lo tenía dominado, no era capaz de enfrentarse a ella, todo el desprecio y el odio había desaparecido como por arte de magia.

Lucy se tumbó sobre él y Jensen se estremeció al sentir su sedosa piel y aquellos labios carnosos besando su cuello.

—¿Me deseas? —preguntó Lucy mirándolo fijamente a los ojos.

—Sí. —respondió Jensen con voz quebrada.

Lucy llevó su mano hasta el miembro de él y lo introdujo en su vagina húmeda y receptiva. Los dos se arquearon al sentir tan íntimo contacto, Jensen se incorporó lo justo para poder besar sus pechos y provocar que ella se desbocara al sentirse amada y deseada. Con cada movimiento él entraba más y más dentro de ella, transportándola a un estado donde todas las desgracias que ambos habían vivido, desaparecían sin dejar rastro. Lucy gimió y Jensen se dejó llevar por el orgasmo mientras se abrazaba a ella y sus labios se encontraban.

Lucy se tumbó a su lado y él la miró, aún se podía ver el temor en sus ojos.

—¿Cuánto hace que no comes como es debido? —preguntó Lucy.

—Demasiado tiempo. —admitió Jensen.

—¿Por qué no me lo dijiste? Pudimos haber aplazado alguna compra o el

dentista de Dalia.

—No quiero que le falte nada, me niego a que vuelva a vivir esa pesadilla. Me da lo mismo comer asfalto con tal de que ella y tú tengáis un plato de comida sobre la mesa.

—El mes que viene nos irá mejor, en cuanto cobre mi aumento. Hasta entonces, reduciremos las raciones pero comerás con nosotras, Dalia te necesita fuerte y ahora que tengo un horario decente, los tres saldremos por ahí a pasear.

Jensen la abrazó como si temiera perderla, era algo irracional lo que sentía pero de repente ella lo era todo, había pasado de estar solo a tener una familia.

Por la mañana, después de dejar a Dalia en el colegio, los dos se marcharon a trabajar. Jensen trataba de mantener su actitud borde, pero todos notaban que algo pasaba, no era el de siempre.

Becky agarró del brazo a Lucy y la miró divertida.

—Zorrón, tú te has beneficiado a Jensen y no me digas que no, que ese bastardo lleva toda la mañana sin pegarle la bronca a nadie. ¡Joder, parece humano!

Lucy le dedicó una sonrisa y se alejó empujando su carrito de limpieza. Mi bastardo está tratando de ser bueno y yo estoy deseando llegar a casa para ser muy mala con él.

Jensen estaba colocando unas cajas con cosmética cuando escuchó voces en la línea de caja, esperó a que Becky se acercara, pero las voces eran cada vez más fuertes. Dejó una caja en el suelo y se quitó los guantes.

—¡Maldita imbécil! ¿No sabes ni buscar un código? Llevo ya diez minutos esperando que termines de pasar todo y me cobres. —protestó el cliente, un tipo alto y pasado de kilos.

—Lo siento señor, he pedido a un compañero que me diga el código de las patatas, pero aún no me lo han dado.

—Mira idiota, ese es tu problema, ¡date prisa!

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó Jensen con tono glacial.

—Esta idiota que no es capaz de atenderme como es debido. —gruñó el tipo.

—Sí, hace unos minutos que estoy escuchando como la insultas, se ve que tienes muchos huevos con las mujeres que te tratan con una educación que desde luego no mereces. —dijo Jensen.

—Mira gilipollas, a mí no me vaciles que...

—Te vacilo lo que me venga en gana y te diré algo. —Jensen lo agarró del cuello con una mano y puso su cabeza sobre la cinta de carga de la caja—. Vas a pedirle perdón a mi compañera y después te vas a largar, no quiero ver tu puta cara nunca más. ¿¡Queda claro!?! —gritó Jensen.

El tipo asintió con la cabeza y en cuanto Jensen lo dejó libre, miró a la cajera con expresión temerosa.

—Perdóneme señorita, no volveré a faltarle al respeto. —dijo el tipo y sin dejar de mirar hacia atrás, se alejó corriendo del supermercado.

—¿Estás bien Lana? —preguntó Jensen.

—Ahora sí, gracias Jensen.

Jensen asintió con la cabeza y regresó a su puesto, tenía mucho trabajo.

Por la tarde, Dalia caminaba, como tanto le gustaba, cogida de la mano de su madre y de Jensen. Los miraba intrigada, algo pasaba, Jensen miraba raro a su madre y no era tan borde como de costumbre. Su madre era la más rara de los dos, no dejaba de sonreír y cuando lo miraba tenía cara de boba.

Jensen entró en el coche y cambió la emisora, sintonizó una emisora local de música rock. Lucy lo miró sorprendida.

—No es mi música favorita pero es un cambio. —dijo Lucy sonriendo.

—¿Quieres que ponga otra emisora? —preguntó Jensen.

Dalia los miró ceñuda, era pequeña pero no idiota.

—¿Vosotros sois novios? ¿verdad?

Jensen y Lucy miraron a la niña y se miraron entre ellos, desde luego no había quien pudiera con Dalia.

—¿¡Sois novios o no?! —gritó Dalia impaciente.

—Algo así Dalia. ¿Te parece bien? —preguntó Lucy sonriendo.

—Sí, pero si tú estás con Jen... ¿entonces Jen es como mi padre?

—¡La madre que la parió! —gritó Jensen.

—Lucy. —respondió Dalia.

—¿Qué? —preguntó Jensen aturdido.

—¿No acabas de preguntar la madre que me parió? Pues Lucy es mi mamá. ¿Entonces te llamo papi a partir de ahora?

Jensen se dio un cabezazo contra el volante, aquella niña era terrible. Lucy soltó una carcajada y Dalia acabó chillando divertida.

Por la noche, Jensen se quedó apoyado contra el bastidor de la puerta, le encantaba ver dormir a Dalia, parecía tan feliz. Lucy se cogió a su cintura.

—Te tiene loco esa revoltosa.

—Sí, ella ha sido mi talón de Aquiles, ha acabado con mi coraza. —dijo Jensen.

—¿Y yo no he influido nada? —replicó mosqueada Lucy.

Jensen cerró la puerta de Dalia y abrazó a Lucy.

—Tú... no sé explicarlo, pero yo quiero estar contigo. ¿Serás capaz de aguantarme?

—Lo intentaré. —contestó Lucy guiñándole un ojo.

Jensen depositó un beso en su cabeza y tiró de ella hasta el dormitorio. A partir de ahora, ella dormiría con él, ya no quería volver a dormir solo nunca más.

La vida de Jensen había dado un giro de ciento ochenta grados, ahora la gente estaba más relajada en el trabajo. Ironías de la vida, las ventas subieron y los compañeros trabajaban con mayor eficiencia y agrado y eso se notaba en el trato al cliente. Stiff no comprendía nada, pero le daba igual mientras todo funcionase.

Una tarde que Lucy trabajaba, Jensen entró en el supermercado con Dalia cargada a hombros. Las cajeras se reían porque la niña le tiraba de las orejas y le gritaba ¡Arre burro, arre!

Jensen se paseó por todo el supermercado, saludó a los chicos del almacén y buscó a Lucy que estaba muy liada colocando productos de droguería. Una sonrisa se dibujó en su cara al verlos, no podía creer lo feliz que se sentía y mucho menos que aquel bastardo sin alma se hubiera convertido en un auténtico príncipe azul.

Capítulo 10

A medida que pasaban los meses, su relación se hacía cada vez más íntima. Jensen poco a poco se mostraba más abierto, aunque aún mantenía ciertas reservas y contenía sus sentimientos. Lucy se conformaba con eso por ahora, pero solo por ahora, tenía planes para ellos y el primero sería abandonar ese apartamento de alquiler y buscar una casita.

Jensen entró en el apartamento, dejó su mochila en el suelo y cogió al vuelo a Dalia que le saltó encima.

—¿Qué ha hecho hoy mi princesita? —preguntó Jensen sonriendo, pero la sonrisa le duró poco.

Jensen llevó a la niña hasta la cocina y le miró los ojos bajo la luz de la enorme lámpara central. Un escalofrío recorrió su espalda, él no sabía nada de medicina pero la parte blanca de los ojos estaba amarilla y según una serie de médicos que había visto, eso podría significar problemas de hígado. Jensen la besó en la frente y la tomó en brazos.

—¡Lucy! —gritó Jensen.

Lucy salió del baño extrañada, hacía ya mucho que Jensen no le gritaba.

—Tenemos que ir al hospital. —dijo Jensen asustado.

Lucy comprendió que Jensen no quería asustar a la niña y se apresuró a vestirse, agarró su bolso y los documentos de la niña.

La espera fue desesperante, Jensen no era capaz de quedarse quieto. Lucy tardaba mucho en salir y nadie le informaba de nada. O salían pronto o le pegaba una patada a la puerta y obligaba al doctor a darle una explicación.

Cinco minutos después Jensen vio como la puerta se abría y un enfermero colocaba a la niña sobre una camilla. Un sudor frío recorrió su frente, ¿qué demonios estaba pasando? Lucy y el doctor salieron de la consulta y se acercaron a él.

—¿Doctor qué le pasa?

—Dalia tiene un problema en el hígado, aún es pronto para dar un

diagnóstico. Sin las pruebas necesarias desconozco la gravedad de su estado, por el momento la ingresaremos y permanecerá en observación.

Jensen siguió al enfermero que ya cruzaba el pasillo empujando la camilla, cogió a Lucy de la mano y los dos guardaron silencio.

Las horas pasaron y las pruebas se sucedían, Lucy trataba de aparentar normalidad para que la niña no se asustara, pero Jensen, sencillamente no podía verla así. Salió de la pequeña habitación y trató de respirar, pero sentía como si sus pulmones hubieran dejado de funcionar, no soportaba verla con todos esos cables por su cuerpo. Si le pasaba algo a Dalia... ¡No, no lo permitiría!

Lucy salió de la habitación y se abrazó a él, ya no podía aguantar por más tiempo sus ganas de llorar.

—Dalia se ha despertado y quiere verte.

Jensen la besó y la dejó en el pasillo. Entrar en la habitación le costó mucho, con paso lento se acercó hasta la cama. Tuvo que concentrarse para no pensar en todos esos cables y monitores.

—¿Por qué lloras? —preguntó Dalia soñolienta.

—No lloro, un idiota estaba limpiando y me ha salpicado con un líquido. —argumentó Jensen.

—¿Qué me pasa?

—Nada, el médico quiere verte esos bonitos ojos que tienes y cuando termine nos vamos a casa.

—¿Y por qué no le hace una foto a mis ojos y nos vamos ya? —protestó Dalia.

Jensen sonrió y le dio un beso en la mejilla, la niña se quedó dormida con la misma facilidad con la que se había despertado. Lucy entró en la habitación y se sentó en un sillón. Jensen salió fuera, tenían que comer algo, les apeteciera o no, Dalia los necesitaba.

Cuando regresaba de la cafetería, se cruzó con el médico que lo miró con seriedad, algo que no le gustó nada.

—Jensen será mejor que me acompañe.

Los dos caminaron hasta la puerta de la habitación de Dalia, Lucy salió nada más verlos y se agarró al brazo de Jensen.

—Las pruebas confirman un fallo hepático, lo bueno es que con el tratamiento adecuado puedo garantizarle que Dalia se recuperará y no habrá secuelas. El problema es que...

—¿Qué ocurre doctor? —preguntó Jensen.

—Me temo que el seguro no cubre el tratamiento.

—¿Cuánto cuesta el tratamiento? —preguntó Jensen.

—Unos treinta mil dólares y duraría un mes.

—Usted trátela, yo conseguiré el dinero. —contestó Jensen tajante.

—Hoy mismo comenzaré a administrárselo, trataré de que en administración les den la mejor financiación posible. —dijo el médico con seriedad—. Aquí tienen mi tarjeta, cualquier duda comuníquense conmigo.

Jensen leyó su nombre en la tarjeta, Mikel Dabersam.

—¿Qué vamos a hacer? No tenemos ese dinero. —dijo Lucy alarmada.

—No te preocupes, lo financiaremos. —la atajó Jensen.

—¿Por qué nos tiene que pasar esto ahora? Cuando creía que nuestras vidas por fin iban a colmarse de felicidad. —dijo Lucy con tristeza.

Jensen agarró a Lucy con suavidad y la miró.

—Escúchame, todo va a salir bien y en un mes Dalia estará en casa. Yo me encargaré de todo. ¿Queda claro?

Lucy lo besó y regresó a la habitación. Jensen estaba desesperado, si no aprobaban la financiación no tenía ni idea de cómo conseguir esa cantidad.

Por la mañana, muy temprano, Jensen llamó a Stiff, sacó fuerzas y trató de explicarse.

—Hola Stiff, perdona que te llame tan temprano. Estoy en el hospital.

—¡Dios mío Jensen! ¿Qué te ha pasado?

—A mí nada, es la hija de Lucy, se puso enferma y me temo que es grave.

—¿Y te ha avisado a ti para ir al hospital? Bueno olvídalo, no he dicho nada. Dile que no se preocupe, ya nos iremos arreglando, pero a ti te necesito aquí.

—Estaré allí, pero necesitaré un horario más flexible por si tengo que regresar al hospital. —dijo Jensen.

—Sin problema, tómate dos días libres. Espero que Dalia se mejore pronto y si necesitáis algo dímelo.

Jensen colgó y se acercó a la habitación, se agachó y despertó a Lucy.

—Tengo que irme, volveré esta tarde. —dijo Jensen con tristeza.

Lucy asintió con la cabeza y lo besó, acarició su mejilla y cerró los ojos de nuevo.

Una hora más tarde, Jensen estaba recorriendo las casas de empeño, había empeñado el reloj de oro que le había regalado Stiff por ser el empleado del

año, su equipo de pesas y una colección de comic de gran valor. Apenas había conseguido mil quinientos dólares, el móvil vibró en su pantalón, le había quitado el sonido por temor a despertar a Dalia.

—Dime, ¿ocurre algo?

—Me han llamado del departamento administrativo, nos rechazan la financiación, no tengo suficiente antigüedad en el trabajo.

—¿Le dijiste que yo estaba dispuesto a hacerme cargo?

—Sí, pero tampoco te conceden el préstamo, no tienes ninguna propiedad que pudiera servir de aval. —respondió Lucy con tristeza y ojos húmedos.

Jensen le dio una patada a una papelera y esta cayó al suelo desde su anclaje en un árbol.

—Da igual, conseguiré el dinero, díselo al médico, pagaremos en efectivo. ¿Me has oído? Dalia se pondrá bien.

—Te quiero Jensen. —dijo Lucy entre lágrimas y colgó.

Jensen se sentó en un banco de madera y trató de clarificar sus pensamientos, debía dejar de pensar en Dalia si quería salvarla. Escuchó un altavoz que repetía un mensaje monótono acompañado de una música horrible. Se levantó y miró calle abajo hacia una furgoneta blanca con los laterales rotulados.

—Puede valer.

Jensen marcó el teléfono que venía escrito en el lateral de la furgoneta, justo cuando esta ya se alejaba calle arriba.

—Empeños a domicilio. —contestó una voz seca y cortante.

—Me gustaría que vinieran a mi apartamento, tengo algunas cosas que quisiera empeñar. —dijo Jensen.

—Ok, solo aceptamos cosas con valor, electrodomésticos, obras de arte, etc... —respondió aquella voz desagradable.

—Perfecto. ¿Cuándo pueden venir?

—Deme la dirección y en dos horas más o menos iremos a verle.

Jensen le dio su dirección y condujo hasta su apartamento. Aunque era de alquiler, todo el mobiliario lo había comprado él, esperaba sacar un buen precio por todo.

Lucy apartó los dulces que Jensen le había comprado y se levantó del sillón, le dolía cada hueso de su cuerpo, esos malditos sillones de hospital parecían diseñados para acabar con tu salud. Dalia estaba despierta, sus ojos tenían una tonalidad muy anormal y costaba mantener la entereza al verla así.

Acarició el pelo de su hija y la besó en la mejilla.

—¿Has podido descansar algo?

—Mamá, quiero irme. —dijo Dalia con fastidio.

—Ten paciencia, estás malita y te están curando.

—¿Y Jensen? —preguntó Dalia mirando en todas direcciones.

—Ha salido, luego viene.

—¡Me aburro! —protestó Dalia.

Lucy sacó su móvil y unos auriculares y se los entregó a su hija que no tardó en acoplarlos en sus orejitas y buscar una emisora de radio, pocos segundos después ya estaba cantando.

—Caballero le puedo dar por todos los muebles seis mil dólares, no son nuevos, ni tampoco lo mejor del mercado. —dijo el de la casa de empeños.

—Ese televisor cuesta dos mil pavos y el frigorífico tres mil, diez mil y no hablamos más. —zanjó Jensen alargándole la mano.

—Ni para ti ni para mí, nueve mil quinientos. —replicó el tipo de los empeños.

Jensen estrechó su mano y esperó pacientemente a que aquel tipo de escasa estatura y prominente perilla contara el dinero. Agarró el fajo de billetes y lo guardó en el bolsillo, caminó hasta la cocina y se sentó en la isleta. En apenas una hora los chicos de la casa de empeños habían vaciado su apartamento, no quedaba nada salvo las paredes y los muebles que no les interesaron. Era desmoralizante ver las paredes vacías y los huecos de los electrodomésticos, aun así no era suficiente, solo había conseguido once mil dólares y hasta treinta mil restaba un largo camino. Tragó saliva y abandonó el apartamento, aún le quedaba algo por vender.

Capítulo 11

Jensen caminó hasta la parada de autobús, cuatro mil dólares le habían pagado por su coche. Seguía necesitando quince mil y eso contando con que la factura del hospital no aumentase, se atusó el pelo muy nervioso y se recostó contra el cristal de la parada. Fue entonces cuando recordó al tipo calvo, no era la solución ideal, pero no dejaría a Dalia sin su tratamiento. Sacó la cartera y buscó la tarjeta que le había dado, rebuscó el móvil en su chaqueta y marcó el teléfono.

—¿Sí?

—Me diste tu tarjeta, ¿sigues buscando gente para pelear?

—Eso depende, ¿qué experiencia tienes?

—Le partí la cara a tu amigo.

—Tú eres el cabronazo de pelo negro y ojos miel. Yo soy muy bueno para las caras, me gustó como le paraste los pies. Mañana a las diez, edificio Venler.

—No tan deprisa. ¿Cuánto pagas?

—Quinientos si pierdes, mil quinientos si ganas.

—Allí estaré. —contestó Jensen colgando el teléfono y guardándolo en la chaqueta. Tendría que partir muchas caras si quería reunir el dinero a tiempo.

El autobús se estacionó junto a él y todos los de la parada comenzaron a empujarse para pillar un asiento.

Sobre las nueve de la noche, Jensen entró en la habitación, estaba agotado pero al menos tuvo tiempo de darse una ducha y cenar algo. Miró con enfado que los dulces seguían allí, sacó de una bolsa un bocadillo y se lo ofreció a Lucy.

—No me apetece. —dijo Lucy.

—No te he pedido opinión y si no quieres que vuelva el bastardo sin alma más te vale comer.

Lucy lo miró entre divertida y sorprendida, la faceta humorística de Jensen

le era del todo desconocida. Rompió un poco el envoltorio y le dio un bocado, pollo, lechuga y una salsa deliciosa. Jensen suspiró aliviado al verla comer, se sentó en el otro sillón y se quedó mirando a Dalia que estaba dormida. Aquel tratamiento debía incluir sedantes o al menos eso prefería creer él.

Lucy miraba a Jensen, menudo cambio había dado, seguía siendo algo frío, pero cuando la miraba ya no veía ese odio o desprecio, ahora era un hombre distinto. Terminó el bocadillo y tiró el envoltorio a una pequeña papelera, se levantó y se sentó en el regazo de Jensen que la abrazó de esa forma que tanto le gustaba a ella, como si temiera que fuera a desaparecer.

—¿Qué tal el día? —preguntó Lucy.

—Stiff me ha dado unos días, pero tendré que ir a trabajar pronto, se acerca una remesa de mercancía importante y los chicos se agobian si no estoy allí. Tú puedes estar tranquila aquí, Stiff no cuenta contigo por ahora. Toma. —Jensen sacó cien dólares del bolsillo—. Por si no puedo venir, para que compres bebida y comida.

Lucy acarició su cara y lo besó, le enternecía esa mirada de hombre tímido y temeroso, jamás pensó que pudiera ser dulce.

—No me acostumbro a que estemos juntos. —dijo Jensen mirándola fijamente.

—¿Te arrepientes? —preguntó Lucy nerviosa.

—No, pero temo no estar a la altura. Ojalá me hubieras conocido antes, cuando aún era un buen hombre.

—Eres mi ángel, no imagino un hombre mejor que tú. —dijo Lucy besándole con suavidad y reprimido deseo.

Jensen se preparó para el combate, se ajustó el vendaje en las manos y se puso un pantalón de full contact. No era luchador profesional, pero sabía cómo defenderse, como buen cajun sabía apañárselas solo, por unos instantes recordó sus paseos en barca por el río Atchafalaya en Louisiana. Sonó un timbre y Jensen supo que había llegado el momento, pensó en Dalia y en Lucy y apretó los dientes.

*Cajun: son un grupo étnico localizado en el estado de Luisiana (Estados Unidos). Descienden de exiliados de Acadia durante la segunda mitad del siglo XVIII, tras la incorporación de los territorios franceses de Canadá a la Corona británica. También comprende otra gente con la que se unieron después, como españoles, alemanes, y criollos franceses. Información citada de Wikipedia.

Coner, el tipo calvo que organizaba la pelea, estaba sentado en un sillón de madera de aspecto demasiado sobrio, no en vano estaban en un sótano donde en otros tiempos hubo actividad industrial. La gente se agolpaba formando un círculo, el otro luchador, un tipo de color, más alto que él y con una buena musculatura lo miraba sonriendo. Sonó la campana, una campana que Jensen no vio por ningún lado y que supuso que no era otra cosa que un tono de móvil usado para la ocasión.

El tipo de color corrió hacia Jensen y le lanzó un directo, pero pudo esquivarlo, lo que no pudo esquivar fue el impacto de la rodilla de su oponente en su estómago. No esperaba ese juego sucio, grave error, estaba en una pelea ilegal, allí todo valía.

El tipo de color intentó darle un derechazo, pero Jensen ya había comprendido las reglas y él también sabía jugar sucio. Le dio una patada en la rodilla y sintió como esta crujía, otra patada en el estómago y en cuanto el tipo se dobló sobre sí mismo por el dolor, lo dejó sin sentido de un codazo en la cara. Su estilo no era bonito ni depurado, pero era eficaz.

La gente aplaudió eufórica, aquella pelea se salía de lo normal y Coner lo miró fijamente mientras aplaudía. Mil quinientos dólares, pensó Jensen.

Coner entró junto con uno de sus matones, se sentó en uno de los bancos de madera y lo miró complacido, sacó el dinero y lo dejó encima del banco.

—El viernes que viene te espero, si vences te pagaré dos mil, si pierdes nada.

Jensen recogió el dinero y asintió con la cabeza, no lo admitiría jamás, pero tenía miedo. ¿Qué sería de sus chicas si un loco lo mataba en un combate?

Dos semanas después

A una semana del final del tratamiento, Jensen seguía sin reunir la totalidad del pago. Los combates se habían hecho cada vez más frecuentes y le costaba ocultar los moratones. Sacó una libreta y revisó sus cuentas, había conseguido veinticinco mil dólares, pero aún faltaban cinco mil.

Lucy arropó a su hija que no tardó en quedarse dormida, Dalia estaba mucho mejor, sus ojos ya tenían un color normal y sus preciosos ojos miel la miraban con alegría cuando estaba despierta.

—Duerme mi niña, pronto nos iremos de aquí y te prometo que tu vida será muy feliz. —dijo Lucy en voz baja.

Jensen guardó la libreta en cuanto vio venir a Lucy, la cogió de la cintura y

la sentó en su regazo.

—¿Qué ha dicho el doctor? —preguntó Jensen.

—La semana que viene terminará de administrarle el tratamiento y dará el alta a Dalia. —Lucy miró hacia la cama con tristeza.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Jensen acariciando la mejilla de Lucy.

—¿Tendremos el dinero a tiempo? No sé cómo vamos a pagar. —Lucy besó en el cuello a Jensen y apoyó la cabeza contra su pecho, fue entonces cuando se dio cuenta de que algo iba mal.

Hacía días que Jensen aparecía con moratones en la cara, él siempre decía que eran golpes tontos en el trabajo y en casa, estaba muy preocupado por Dalia y no prestaba atención a lo que hacía. Con cuidado Lucy abrió el cuello de la camiseta de Jensen y revisó su pecho que estaba plagado de manchas oscuras.

Lucy se puso en pie y miró a Jensen con rabia.

—Entra en el cuarto de baño y desnúdate. —ordenó Lucy.

—No creo que sea el momento ni el lugar. —contestó Jensen divertido.

—Se acabaron las mentiras, no me creo que esos moratones hayan sido provocados por accidentes laborales.

Jensen se puso serio, se sentía descubierto y eso no le agradaba.

—No voy a desnudarme, dejemos el tema.

—O me das una explicación o te marchas por esa puerta para no volver jamás. Se acabó el tipo duro y bastardo, no voy a consentir nunca más que me tomes por tonta. Quiero una explicación y la quiero ahora.

Jensen tembló solo de pensar en perderlas, bajó la cabeza con sumisión y entró en el baño donde se desnudó hasta quedar en bóxer. Lucy entró en el baño y a medida que Jensen se quitaba la ropa no pudo más, se llevó las manos a la boca y sintió como las lágrimas quemaban su cara.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado?

—Lo he vendido todo, he trabajado más horas en el supermercado, incluso hice horas extra como estibador en el puerto, pero es inútil, no reunía el dinero para el tratamiento. —dijo Jensen ya sin ocultar su dolor—. Conocí a un tipo que organiza peleas y acepté. Ya tengo veinticinco mil dólares, unas cuantas peleas más y lo dejo, te lo prometo.

Lucy abrazó a Jensen, no podía dejar de llorar, hasta qué punto ese hombre las amaba que ya ni su propia vida le importaba.

—No, buscaremos el dinero de otra forma. No permitiré que te maten. Ni

Dalia ni yo estamos dispuestas a perderte.

—¿Pero Lucy?

—Se acabó esta conversación, no más peleas, encontraremos otro modo de pagar. —dijo Lucy con tono tajante y lo besó.

A la mañana siguiente, Becky entró en la habitación, sonrió al ver a Lucy acurrucada en el regazo de Jensen. Menudo cambio había dado ese hombre en tan poco tiempo.

Lucy abrió los ojos y sonrió al ver a Becky, se levantó y caminó hasta ella para darle un abrazo.

—¿Cómo está la niña? —preguntó Becky mirando hacia la cama con tristeza.

—Cada vez mejor, en una semana podría estar en casa.

—Mira Lucy, los chicos del súper y Stiff hemos hecho una colecta y bueno no es mucho, pero hemos reunido cinco mil dólares, casi todo lo ha puesto Stiff y no sabes lo apenado que está por no poder daros más. El supermercado no va muy bien y está ahogado con las deudas a los proveedores.

Lucy abrazó de nuevo a Becky y la besó en la mejilla.

—Gracias, dale un beso fuerte a todos de nuestra parte. —dijo Lucy emocionada.

—Bueno ¡ya! Que tengo que irme al trabajo y no quiero llegar llorando. —dijo Becky esquivando a Lucy y acercándose a la cama para dar un beso a Dalia—. Llamad en cuanto haya alguna novedad y dile a Jensen que Stiff le ha dado vacaciones hasta que termine esta pesadilla y tranquilos que os pagará el sueldo completo.

En cuanto Becky se fue, Lucy se puso de rodillas frente a Jensen y lo despertó.

—¡Jen, lo conseguimos!

Jensen aturdido, abrió los ojos y la miró, le gustaba verla sonreír.

—¿Qué ocurre?

—Becky ha estado aquí, los chicos del súper y Stiff nos han dado los cinco mil que nos hacían falta. Se acabó nuestra pesadilla. —dijo Lucy besándolo, por fin sus vidas volverían a la normalidad.

—Mamá tengo sed. —dijo Dalia.

Jensen se levantó, cogió una botella de agua y llenó un vaso de plástico que entregó a la niña.

—Jen. ¿Qué te pasa en la cara? —preguntó Dalia.

—Me he peleado con tu osito, no veas que mal genio tiene.

Dalia sonrió, le entregó el vaso y como si fuera una muñeca, en cuanto se tumbó, cerró los ojos y se quedó dormida.

—¡Joder qué envidia! Ojalá yo fuera capaz de dormir así. ¿Son los sedantes? —preguntó Jensen.

—No, es una dormilona. —contestó Lucy riendo.

Capítulo 12

El viernes por la mañana, Jensen llevó todo el dinero para pagar en administración. Lucy preparó a su hija, la enfermera ya le había avisado que el doctor pasaría pronto para darle el alta.

Jensen revisaba sus mensajes en el móvil cuando vio llegar al doctor, guardó el móvil en el bolsillo y se levantó para saludarle. El doctor tenía una expresión muy seria y Jensen se preocupó.

—Doctor ¿pasa algo? —preguntó Lucy que al igual que Jensen, se había dado cuenta de que el doctor no parecía muy contento.

El doctor apretaba los dientes, estaba furioso y no sabía cómo decirles eso, pudo haber dejado que administración se ocupara, pero no quiso hacerlo.

—Dalia tiene ya el alta firmada y se puede marchar a casa.

—¿Entonces por qué esa expresión nerviosa en su cara? —preguntó Jensen.

—Debido a no haber financiado o pagado el tratamiento dentro de la primera semana, les han cobrado intereses y eso sumado a que hubo un problema con el último envío de virales...

—Por favor hable claro. —pidió Jensen nervioso.

—Deben pagar cuarenta mil dólares, lo siento, no puedo hacer nada. —dijo el doctor apenado.

—¿Cuánto tiempo tenemos para pagar? —preguntó Lucy.

—Dos semanas, pasado ese plazo, el hospital podría tomar medidas legales, puedo intentar conseguir una semana más. —dijo el doctor—. Aquí tenéis el documento de alta, lo siento. —dijo el doctor abandonando la habitación.

—¿Qué vamos a hacer, ya no tenemos a quién pedir ayuda? —se lamentó Lucy.

Jensen caminó hasta la ventana y se quedó mirando el parque cercano. Había alguien a quien podía pedirle ayuda, alguien a quien había evitado a

toda costa durante seis años.

—No te preocupes, conozco alguien que puede ayudarnos. —repuso Jensen—. Confía en mí.

Lucy terminó de vestir a Dalia que los miraba con seriedad, era pequeña, pero no tonta y sabía que las cosas no iban bien.

Jensen salió al pasillo y agarró el móvil con manos temblorosas, marcó un número que no quería marcar y se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Sí, dígame?

—Papá.

—¡Por el amor de Dios! ¿Jensen, eres tú?

—Sí.

—¿Estás bien?

—Sí, necesito tu ayuda, siento llamarte después de tanto tiempo y sé que no merezco vuestra ayuda, pero no es para mí.

—Olvida el pasado y cuéntame qué pasa.

—Conocí a alguien, es una buena chica, tiene una hija que enfermó de gravedad. Hemos intentado reunir el dinero del tratamiento pero... nos ha sido imposible.

—¿Cuánto necesitas?

—Diez mil dólares.

—¿La quieres?

—Sí.

—Bien, te daré el dinero con una condición y no es negociable.

Jensen se atusó el pelo muy nervioso y apoyó la espalda contra la pared.

—¿Cuál?

—Regresa a casa y ayúdame con la fábrica. Tu madre está muy mal, vive a base de antidepresivos y somníferos, te echa demasiado de menos y no haber sabido nada de ti en todos estos años... Yo tengo sesenta y seis años, estoy cansado, de buena gana cerraría la fábrica, pero ya sabes lo que eso significaría para este pueblo.

—La ruina de muchas familias y negocios. —respondió Jensen—. Papá os echo de menos pero aún no he olvidado lo que pasó, el dolor, la vergüenza...

—Todo eso está en tu mente, aquí todos me preguntan por ti, sobre todo Joe.

Jensen sonrió al pensar en Joe, su alocado amigo cazador de caimanes.

—Hijo te necesitamos, no quiero hacerte chantaje, pero no podemos vivir

sin saber de ti.

—No puedo ir, la niña no está en condiciones de viajar y... no tengo ni coche ni medios, lo vendí todo para pagar los gastos médicos.

—Hijo, sabes que no soy rico pero puedo ayudarte con eso, dame tu dirección y te enviaré una tarjeta de crédito.

—Papá... yo...

—Ya habrá tiempo para hablar del pasado, ahora centrémonos en el futuro. En cuanto la niña mejore, saca unos billetes de avión y venid a casa. Y otra cosa, llámanos como mínimo una vez a la semana. —pidió su padre.

—Te envío la dirección por sms. Gracias papá.

—Me alegro de oír tu voz, adiós hijo mío.

Jensen colgó y guardó el móvil en el bolsillo del pantalón. Caminó hasta la habitación y sintió un impacto en las piernas.

—¡Aaaay! ¡Qué daño! —se quejó Dalia.

Jensen la cogió en brazos y la besó en la mejilla.

—¿A dónde ibas tan deprisa?

—Te buscaba.

—¿Y me encontraste? —preguntó Jensen divertido.

—¿Eres tonto? Pues claro, ¿acaso no estoy en tus brazos?

Jensen soltó una carcajada y abrazó a la niña, echaba de menos sus quejas infantiles y ocurrentes.

—Se acabó, he hablado con mi padre, me dejará el dinero que resta.

—No sabía que tuvieras familia. —dijo Lucy sorprendida.

—¿Acaso sabes algo de mí? —respondió Jensen irónico.

Lucy agarró la pequeña maleta de Dalia y tomó la mano que le ofrecía Jensen y juntos abandonaron el hospital.

—No me gusta el autobús, huele a sudor y a calcetines sucios. —se quejó Dalia.

—Pues acostúmbrate porque ya no tengo coche y tendremos que usarlo todos los días.

Dalia miró a Jensen con su naricilla arrugada y cara de pocos amigos. Lucy se reía, por fin todo volvía a la normalidad.

Nada más entrar en el apartamento, Dalia empezó a correr, entró en su dormitorio, salió y corrió al dormitorio de Jensen, salió y corrió a la cocina, regresó al salón y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Nos han robado todo! —gritó Dalia asustada.

Jensen y Lucy se miraron y se rieron, algo que a la niña le molestó bastante, no entendía qué tenía de divertido que les hubieran robado la televisión y todas sus cosas.

Jensen aprovechó que Lucy iba a bañar a su hija para bajar a la calle, ironías de la vida, ahora debía buscar en alguna tienda de empeños una de esas cocinas portátiles de camping y un refrigerador.

Dalia jugaba en la pequeña bañera, Lucy contenía las lágrimas, no podía creer que estuviera sana y en casa y todo gracias a Jensen.

—Mamá, ¿mañana iré al colegio?

—No Dalia, tienes que descansar una semana y luego podrás ver a tus amiguitos.

—Yo no estoy cansada y aquí me voy a aburrir seguro. —gruñó Dalia.

Lucy le dio un beso en la cabeza y continuó bañándola.

Jensen tomó un taxi hasta el apartamento, se bajó del coche y con ayuda del taxista, bajaron el refrigerador del maletero, por suerte no era muy grande, debió pertenecer al minibar de algún hotel. Pagó al taxista y colocó la cocina encima del refrigerador, lo agarró como pudo y entró en el edificio. Aún le dolían las costillas por los golpes recibidos y los brazos le temblaban más de lo normal, estaba débil, necesitaba comer y descansar.

Tomó el ascensor y con gran esfuerzo sacó el refrigerador del estrecho habitáculo. Lo arrastró hasta la puerta del apartamento y sacó las llaves, abrió la puerta y empujó el aparato al interior. Después de cerrar la puerta, agarró la cocina eléctrica que era una simple base metálica que incorporaba una pequeña placa vitrocerámica y la colocó en la encimera, la conectó al enchufe y suspiró aliviado al ver que los fuegos funcionaban. Corrió hasta el salón y agarró el refrigerador que colocó en el sitio que antes ocupaba su fantástico refrigerador de dos puertas, quedaba patético pero es lo que podían permitirse.

—¡Mierda! —gritó Jensen al recordar que no había nada de comer en el apartamento. Con fastidio y malhumorado volvió a salir a la calle, no hay como no poder parar cuando el cuerpo te grita que quiere descansar.

Capítulo 13

Jensen estaba sentado en la cama, mirando la tarjeta de crédito que le había mandado su padre, no quería regresar, pero siempre fue un hombre de palabra, por otro lado ellos no merecían ese trato.

Dalia terminaría el colegio en unos días, y en el supermercado ya lo había hablado con Stiff, no estaba muy contento con su partida, pero lo comprendía.

Lucy entró en el dormitorio y se sentó a su lado, no le gustaba verlo así.

—¿Qué te pasa?

—No dejes de darle vueltas al asunto. Aquí tienes trabajo y podrías quedarte con este apartamento, Dalia tiene amigos. Soy yo quien debe regresar a Morgan City, vosotras podéis quedaros aquí.

—¿No quieres que te acompañemos? Yo creía que me querías —contestó Lucy confusa.

Jensen se levantó y caminó hacia la ventana, el dolor lo consumía, regresar a Morgan era revivir su historia, allí no podría escapar, todo el mundo sabía lo que pasó.

—Te quiero Lucy, pero temo que en cuanto regrese a Morgan vuelva a cambiar.

—¿Qué pasó allí?

—Lo siento Lucy, no quiero hablar de eso.

Lucy se levantó de la cama, caminó hasta Jensen y se abrazó a su cintura.

—Iré donde tú vayas, me da igual lo que te haya pasado, te quiero y no pienso alejarme de ti.

Jensen se giró y le acarició la mejilla, ¿cómo era posible que ella le quisiera tanto?

—Mereces un hombre mejor.

—No quiero un hombre mejor, te quiero a ti. —respondió Lucy.

—No te merezco, pero no creo que pudiera vivir sin vosotras. —dijo Jensen.

—No te vas a librar de nosotras tan fácilmente. —dijo Lucy sonriendo pícaramente.

Jensen la besó y sus manos se apoderaron de su cuerpo, pero ahí tuvo que quedarse la cosa porque Dalia entró en la habitación.

—¿Ya estáis otra vez liados? ¡Qué asco! —protestó Dalia.

Lucy soltó una carcajada y Jensen salió corriendo tras Dalia que nada más verlo acercarse, chilló y corrió hacia la cocina.

Jensen no entendía por qué tenían que ir al supermercado, ya tenían todo listo para el viaje y habían firmado todos los documentos de fin de contrato.

Malhumorado entró en el supermercado y se quedó sin palabras al ver la enorme pancarta que decía: “Adiós “Jensen te echaremos de menos”.

Desde que Lucy consiguiera que bajara sus escudos y se mostrara más humano, todos habían pasado de odiarle a quererle. Becky abrazó a Jensen que se quedó sin saber qué hacer.

—Jamás pensé que diría esto, pero este súper no va a ser lo mismo sin ti. Al final has conseguido sacar al buen tío que llevabas dentro.

—Becky yo...

—Tranquilo, sé que los sentimientos no son lo tuyo. El súper está cerrado, hoy toca celebrar tu nueva vida en Morgan City.

Jensen sintió un escalofrío al escuchar ese nombre, ¿nueva vida? Allí quedó enterrada su auténtica vida.

Stiff lo agarró del brazo y lo llevó hasta una mesa donde habían colocado toda la bebida.

—¡Joder! Esto no va a ser lo mismo sin ti, ya sabes que siempre fuiste mi mejor hombre y los chicos se están poniendo nerviosos. ¿Seguro que tienes que irte? —preguntó Stiff.

—Me temo que sí, Alan sería bueno para llevar el almacén, Luck podría ocupar el puesto de Becky y ella es la más indicada para sustituirme. —aconsejó Jensen.

—Lo haré, si algo he aprendido contigo durante todos estos años, es que siempre tienes razón.

Jensen se sirvió un ron con cola y se giró para ver a sus chicos, sus chicos... costaba creer que no los volvería a ver más. Lucy reía divertida con las chicas y Becky no dejaba de abrazarla.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando pensó en la gente de Morgan City, ¿cómo lo acogerían? Su madre estaba entusiasmada con su regreso, su padre le

había comentado que el médico le había retirado los antidepresivos y que parecía llena de vida. Lucy sentía curiosidad por conocer a sus padres y la ciudad donde se crió, Dalia contra todo pronóstico era la que más ilusión tenía con marcharse.

Después de varias horas de abrazos y despedidas y con algunas copas de más, Lucy y Jensen se despidieron de sus compañeros.

Cogidos de la mano, pasearon de camino al colegio de Dalia.

—Es increíble cómo puede cambiar la vida en cuestión de meses. —dijo Lucy.

—A mí me la cambió en un solo día. —respondió Jensen.

—¿Me contarás algún día lo que te pasó?

—Algún día.

Dalia salió corriendo, chillaba como una loca y Lucy no pudo evitar reírse.

—¿Qué te pasa Dalia?

—Mamá, algo de unas tuberías, no sé qué pasó, pero el caso es que ya hemos terminado el colegio. ¿Jensen nos podemos ir ya a Morgan?

Jensen se encogió de hombros, al fin y al cabo ya nada los retenía allí y tampoco serviría de mucho postergar lo inevitable.

—¿Entonces, nos vamos? —preguntó Lucy.

—Sí. —respondió Jensen sin mucho interés.

—¡Bieeeeeeeeeeeeeeeeeen! —gritó Dalia.

Dos días después embarcaron rumbo a Louisiana, desde allí tomarían el tren hasta Morgan. Dalia se empeñó en sentarse junto a la ventanilla del avión, Jensen junto a ella y Lucy que tenía miedo a volar en el asiento más cercano, al pasillo.

—¿Jensen, este avión se va a estrellar? —preguntó Dalia.

Lucy miró a su hija con los ojos fuera de las órbitas y se agarró a los reposabrazos del sillón, estaba a punto de entrar en shock.

—No Dalia, este avión no se va a estrellar. —gruñó Jensen nervioso, no es que fuera supersticioso, pero... ¡Joder con las ocurrencias de la niña!

Acarició la mano de Lucy y esta se la agarró con tanta fuerza que le clavó las uñas en cuanto el avión comenzó a acelerar los motores. Dalia asustada, le agarró la mano a Jensen y al igual que su madre, le clavó las uñas cuando el avión despegó.

¡La madre que las parió! Pensó Jensen para sí mientras trataba de aguantar

el dolor que aquellas dos gatas le estaban infringiendo.

En cuanto el avión recuperó la posición vertical, se encendió la luz indicando que ya podían desabrochar los cinturones de seguridad. Una azafata sacó un carrito con bebidas al pasillo y comenzó a ofrecer refrescos y botellas de agua, cuando llegó a ellos les preguntó con esa voz monótona, típica de azafata.

—¿Qué desean tomar?

—Una Pepsi. —pidió Dalia.

—Una botella de agua. —pidió Lucy.

—Tiritas y desinfectante. —dijo Jensen enseñándole a la azafata sus manos arañadas.

La azafata lo miró sorprendida, entregó la Pepsi junto con un vaso a Dalia y la botella de agua a Lucy.

—Caballero, enseguida viene una compañera para curarle.

A las nueve de la mañana, el avión aterrizó con normalidad en el aeropuerto de Louisiana, Dalia se despertó y empezó a dar saltos de alegría. Lucy se levantó y cogió su equipaje de mano, un par de bolsos grandes donde guardaba sus cosas y las de Dalia. Jensen ya las esperaba junto a la puerta del avión, parecía afectado.

Dalia se aferró a la mano de Jensen y los tres abandonaron el avión. Cruzaron la pasarela hasta la terminal y una vez allí, bajaron unas escaleras mecánicas hasta la cinta transportadora en la que con suerte, encontrarían sus maletas.

—Sí papá, en unas dos horas estaremos allí. Yo también tengo ganas de veros. —Jensen colgó el teléfono y trató de relajarse, tenía un nudo en la garganta.

Jensen acopló las maletas en el portaequipajes de su vagón, mientras Lucy y Dalia buscaban sus asientos. Dalia estaba nerviosa, acababa de bajar de un avión y ahora subía a un tren, nunca pensó que su vida estaría tan llena de aventuras. Lucy la miraba divertida, la niña estaba como loca mirándolo todo, revisando cada compartimento, observando a los otros pasajeros.

Jensen se acercó a la cafetería y compró tres bocadillos y dos refrescos de naranja y una cerveza, la necesitaba. Regresó hasta donde estaban sus chicas, Lucy y Dalia ocupaban asientos contiguos por lo que él se sentó frente a ellas, solo una delgada mesita los separaba. Les entregó los bocadillos y los refrescos y Dalia no tardó en romper el papel de aluminio que cubría su

bocadillo, los ojos se le iluminaron al probarlo, aún con tomate, su favorito. Lucy dio un mordisco al suyo y sonrió, pavo con salsa César. Para Jensen tal vez no significaran nada esos detalles, pero para ella lo eran todo, nunca nadie se había preocupado de memorizar sus gustos y tratar de complacerlos, incluso en los sitios más insospechados.

Jensen devoró el bocadillo, no por hambre sino porque no quería marearse y no estaba seguro de que fuera a conformarse con una cerveza.

A medida que el tren se acercaba a Morgan, los paisajes se le hacían cada vez más familiares, miles de recuerdos regresaban a él, incluido el que provocó su huida.

—¿Queda mucho para llegar? —preguntó Dalia.

—Veinte minutos más o menos. —respondió Jensen sin prestarle mucha atención.

—Mamá me estoy meando.

—Dalia, se dice orinar.

—Jen siempre dice que se está meando.

Jensen se llevó las manos a la cara y trató de ocultar su risa, adoraba a Dalia.

Lucy miró ceñuda a Jensen que se limitó a encogerse de hombros.

—Vamos al servicio. —dijo Lucy cogiendo a Dalia de la mano y arrastrándola por el pasillo. La niña se giró y le guiñó un ojo a Jensen que no dudó en devolvérselo.

Diez minutos después, Lucy regresó, Dalia corrió a sentarse y ella se quedó de piedra al ver como Jensen hablaba con una rubia de ojos azules y cuerpo que quitaba el hipo. Lucy se sentó y miró ceñuda a Jensen, no le hizo ni chispa de gracia verlo reír con aquella tipeja.

—Lucy, te presento a Corin, fuimos juntos al instituto de Morgan.

—Encantada de conocerte Lucy. —dijo Corin sonriendo.

Lucy se limitó a sonreír forzadamente, aquella zorra se había agarrado al brazo de Jensen y el muy imbécil parecía estar en la gloria, ya lo pillaría a solas, nadie tocaba lo que era suyo. ¡Te vas a cagar, niño! Pensó Lucy.

—No sabes lo que me alegro de que hayas decidido volver. ¿Sabes Lucy? Jensen es toda una leyenda en Morgan.

Lucy se sorprendió al oír eso y Dalia colocó sus pequeños bracitos sobre la mesa y se dispuso a escuchar con gran atención, todo lo referente a Jen le interesaba.

—Cazó un caimán de más de cuatro metros, le dieron un premio y no queda ahí la cosa, campeón de tiro con rifle de caza, campeón de lanzamiento de cuchillo, no hay nadie en Morgan que no conozca su nombre. Su familia es muy influyente, no en vano, medio pueblo vive directa o indirectamente de su fábrica.

—¿Tienes una fábrica? —preguntó Dalia sorprendida—. ¿Eres rico?

—No, Dalia, no soy rico y no tengo una fábrica, es de mi padre.

—¿Y qué fabricas? —preguntó Dalia.

—Lápices. —respondió Jensen sin interés.

—¡Me encantan los lápices! —gritó Dalia provocando que todos rieran.

Corin se despidió de ellos, se bajaba una parada antes de Morgan y Lucy suspiró aliviada por perderla de vista.

Dalia se puso sus auriculares y comenzó a cantar Enter sandman de Metallica. Jensen la miró sorprendido, esa niña era de todo menos convencional.

—No me gusta que dejes que te agarre la primera tipa que se te acerca.

—¿En serio? ¿estás celosa?

—Esa te comía con la mirada y no dejaba de agarrarte el brazo. De buena gana le hubiera arrancado su preciosa melena rubia de bote.

Jensen soltó una carcajada y Lucy se encendió, no le hacía gracia que se burlara de ella, así empiezan las broncas, por lagartas. Se levantó y se sentó junto a él, sus ojos echaban chispas.

—Te vas a reír de tu madre. ¡Te enteras!

Jensen la tomó por las mejillas y la besó. Lucy bajó la guardia, eso era trampa.

—Corin es mi prima, está casada y tiene tres hijos.

—Pero dijiste que fuisteis juntos al instituto.

—Y así fue.

—Lo siento. —respondió Lucy bajando la mirada, se sentía como una niña boba.

Capítulo 14

—Próxima estación, Morgan City. —dijo una voz ronca que salía de un viejo altavoz.

Jensen se puso en pie y ayudó a las chicas a coger sus cosas, otra vez tenía ese nudo en la garganta. Agarraron las maletas y pasaron al compartimento de salida, donde esperaron a que el tren se parara. Minutos más tarde, el tren frenó con suavidad y las puertas se abrieron. Lucy agarró una maleta y con la otra mano tiró de Dalia hacia el exterior. Jensen fue sacando las maletas al andén, cuando dejó la última y pesada maleta en el suelo, escuchó un gruñido que le era muy familiar.

—¡Maldita rata sarnosa! ¿Cómo tienes la poca vergüenza de volver? —dijo un tipo alto, bastante fornido y de ojos negros penetrantes.

Jensen se quedó mirando al tipo, vestido con unos desgastados pantalones vaqueros de color azul, una camisa gris con algún que otro agujero y esa gorra de los Saints desvencijada.

—¡Cierra tu puta boca o te la cerraré yo! —gruñó Jensen.

Lucy se asustó, nada más llegar y ya un tipo quería pegarle a Jensen, ¡menudo sitio! Dalia se agarró a la pierna de su madre.

Aquel tipo rudo miró a Jensen y levantó el puño, una sonrisa se dibujó en su cara y los dos hombres se unieron en un fuerte abrazo.

—¡Bastardo! Te he echado de menos. ¿Vienes para quedarte o de visita?

—Ya veremos. ¿Has visto a mi padre? —preguntó Jensen.

—Está en la fábrica, en cuanto me enteré de que venías, insistí en recogerte.

—Espera. ¿En cuánto te enteraste de que venías? ¿Cuánta gente sabe que he vuelto?

—Haber, deja que piense... —el tipo empezó a contar con los dedos mientras parecía echar cuentas—. Todo el mundo.

Jensen se llevó las manos a la cabeza y ganas le dieron de tirarse a las

vías cuando vio un tren acercarse.

—Señora, me llamo Joe, soy el único amigo de verdad que tiene Jensen. Disculpe si la he asustado, aquí somos un poco bruscos.

—Encantada. —respondió Lucy aliviada.

—¿Y esta niña tan guapa quién es? —preguntó Joe.

—Me llamo Dalia. ¿Por qué vistes como un pobre?

—Rico no soy. —dijo Joe con ese acento rudo que le caracterizaba.

—Hueles fatal. —dijo Dalia.

—¡Dalia compórtate! —le gritó Lucy avergonzada.

—Tranquila señora, la niña tiene razón, vengo de cazar caimanes y esos bichos no huelen nada bien.

—¿Caimanes? —preguntó Dalia con los ojos muy abiertos.

—Si quieres, un día te enseño uno. —dijo Joe—. Bueno, vamos a cargar las maletas en la furgona que la gente nos espera y tengo ganas de papear.

Lucy miró a Jensen desconcertada, no había entendido nada de lo que había dicho Joe. Jensen colocó su brazo rodeando el hombro de Lucy.

—Dice que carguemos las maletas en su furgoneta, seguramente nos espera un recibimiento y tiene hambre. Joe es buena gente pero muy bruto, a veces pienso que su madre en lugar de parirlo lo arrancó de la tierra.

Lucy soltó una carcajada y se quedó mirando a Dalia que no dejaba de sonreír mirando a Joe.

—Joe me cae bien, es un bastardo. —dijo Dalia.

—Creo que va siendo hora de explicar a Dalia lo que significa bastardo, no me gustaría que llamara así a nuestro reverendo. —dijo Jensen divertido.

Joe ayudó a Jensen con las maletas, aunque al final le tocó a él llevarlas todas dentro de la casa. Susan, la madre de Jensen, salió a recibirlos, llevaba puesto un vestido gris y un delantal amarillo, miró a su hijo sin poder creerlo. ¿Realmente estaba allí? Se acercó a Jensen, ignorando al resto y se abrazó a él, no pudo más y empezó a llorar.

—Hijo mío... te he echado mucho de menos.

—Lo siento mamá, pero tuve que hacerlo. —dijo Jensen con tristeza.

—Lo sé hijo, lo sé, pero no vuelvas a hacerlo nunca más.

Susan se separó de su hijo y sonrió al ver a Lucy y a Dalia.

—Tú debes ser Lucy y esta princesita Dalia. —dijo Susan acercándose a ellas para darle un abrazo y fuerte beso.

Lucy sonrió al escuchar a Susan llamar princesita a Dalia, la misma

costumbre de Jensen. Susan tenía el pelo rubio, era una mujer alta y con porte elegante a pesar de sus humildes ropas, desde luego ya sabía de quién heredó Jensen sus ojos, aunque los rasgos de ella eran más suaves y agradables.

—Bueno Dalia, ¿quieres limonada?

—Sí ¡Por favor! —gritó Dalia cogiéndose de la mano de Susan.

Lucy miró a Jensen que parecía pálido, aquello le estaba afectando demasiado y temía por él, ya no era la roca fría e inhumana que ella conoció.

Joe y Jensen subieron las maletas a la planta superior siguiendo las indicaciones de Susan que dispuso el cuarto de invitados para Lucy y Jensen y el antiguo dormitorio de él para Dalia. A Jensen le sorprendió lo moderna que se había vuelto su madre.

Fuera se escuchó como varios coches aparcaban en el jardín delantero. Jensen se asomó a la ventana y Joe le pasó el brazo por el hombro.

—Llega la caballería. ¿Preparado? —dijo Joe mientras se alejaba de él dispuesto a recibir a los invitados.

—No. —respondió Jensen.

Jensen bajó las escaleras y a mitad del trayecto se encontró con su padre, Jim. Seguía igual, con su pelo canoso, su aspecto físico imponente y esos ojos azules que tanto gustaban a su madre.

—Hijo, ven aquí.

Jensen se abrazó a su padre, ya no recordaba lo que era estar con su familia.

—Hubiera preferido que estuviéramos solos. —se quejó Jensen.

—No dije nada a nadie, no sé cómo demonios se han podido enterar. Joe lo supo nada más verme, al día siguiente de haber hablado nosotros por primera vez.

—Joe es Joe. —replicó Jensen sonriendo.

Padre e hijo salieron al jardín donde ambos se quedaron perplejos al ver como sus amigos entraban y salían cargando bebidas, todo tipo de carnes y una gran barbacoa.

—Me alegro de verte Jensen.

—Yo también Sheriff Banks. Veo que sigue luciendo calva y aspecto de boxeador.

—Ya sabes que a Daisy le gustan los chicos de color, bien musculosos.

Jensen soltó una carcajada al escuchar eso, le dio una palmada en el hombro y juntos se acercaron a saludar al resto de amigos.

Lucy no podía creer lo que veía, todo tipo de personas entraban y salían trayendo comida y bebida, aquello parecía una gran celebración. ¿Tan importante era Jensen para ellos? Y pensar que no hacía muchos meses parecía ser alguien a quien todos odiaban. Hombres y mujeres ataviados con ropas caras, charlaban amigablemente con otras personas de aspecto rudo y descuidado, allí todos parecían sentirse como iguales a pesar de las notables diferencias que había entre ellos.

Joe se quedó mirando a Jensen, era su mejor amigo y lo conocía, algo iba mal.

—Banks, te robo a Jensen, me tiene que echar una mano con algo. —dijo Joe.

—¡Vale! Pero no te lo lleves muy lejos.

Joe agarró dos cervezas con una mano y con la otra cogió del cuello a Jensen y tiró de él hasta la casa. Subieron las escaleras y tal y como hacían de niños, salieron al tejado donde se sentaron con cuidado.

—No me engañas, sigues sin superarlo. —dijo Joe.

—No lo consigo, lo he intentado todo. —respondió Jensen con tristeza.

—¿Ella lo sabe?

—No.

—Deberías contárselo, a menos que ni ella ni su hija signifiquen nada para ti.

—Lo son todo, ellas me rescataron, me cambiaron, no sabes en qué hijo de puta me convertí.

—Seguro, tú no serías un cabrón ni aunque te entrenaras para ello y ellas son la prueba. Tu padre me contó lo de la niña.

—Joe...

—¡Cállate imbécil! Desde cuando tú y yo necesitamos hablar tanto, bebe y relájate, toda esa gente espera al antiguo Jensen, el orgullo de Morgan City.

Jensen dio un trago a su cerveza y contempló la pequeña ciudad, todo había cambiado, él también lo hizo y no para bien.

Pasaron las horas y todos agasajaban a Jensen, parecía como si fuera el presidente de la nación. Lucy se aferró a él en cuanto lo dejaron libre, lo miró fijamente, ella estaba llena de vida, feliz de verlo rodeado de personas que lo apreciaban.

—¡Te quieren muchísimo Jensen!

—Te equivocas Lucy... quieren al antiguo Jensen, no a mí.

Los dos se alejaron un poco del gentío que ya superaba las cincuenta personas y caminaron hasta el jardín delantero en busca de algo de intimidad.

—Lucy. ¿De verdad me quieres?

Lucy rodeó su cuello con sus brazos y lo besó.

—Sí, y cuanto más bajas la guardia y me dejas conocerte, más te quiero. ¿Y tú?

—Hay algo que tengo que contarte, solo te pido que no me interrumpas o no podré terminar la historia.

Lucy asintió, lo cogió de la mano y juntos salieron a la calle para tomar distancia de la fiesta.

—Hace ya más de seis años, estuve a punto de casarme. Darsy era mi novia desde el instituto, era una chica pelirroja, con unos bellísimos ojos azules, estaba muy loca, la amaba con toda mi alma. —Jensen tragó saliva y trató de reunir fuerzas para seguir hablando—. Mi padre me nombró encargado en su fábrica y fue entonces cuando decidí pedirle matrimonio. Una noche, cerca del pantano, organicé un pequeño picnic, ella supo enseguida que algo pasaba porque yo era demasiado rudo para tener ese tipo de detalles. Le pedí que se casara conmigo y aceptó. Los dos empezamos a buscar una buena casa, donde vivir felices y criar a nuestros futuros hijos, pagamos para reservar una casa cerca de aquí. Lo teníamos todo previsto... —Jensen ya no pudo disimular más y las lágrimas brotaron—. El día de la boda, ella se retrasaba, pasaron horas y yo me impacienté, me sentía ridículo con la iglesia llena de gente que murmuraba. El reverendo suspendió la boda y yo la odié por haberme abandonado. —Jensen dejó de hablar como si lo que fuera a decir a continuación fuera demasiado para él—. Al día siguiente, el Sheriff Banks llamó a mi puerta. Darsy vivía al otro lado de la ciudad, de camino a la boda, un alce se cruzó en el camino del coche y al tratar de esquivarlo, su padre perdió el control del coche y cayeron al río. Su padre sufrió heridas de gravedad y hasta esa misma mañana estuvo sin conocimiento. Darsy murió ahogada, el traje de novia se convirtió en una trampa mortal que le impidió salir del coche. Intentaron evitarlo pero no lo consiguieron, fui al tanatorio, necesitaba verla. Mi chica perfecta reposaba sobre aquella fría camilla de metal, ya nunca más me abrazaría, ya nunca más me besaría, ya nunca más estaríamos juntos. Me quedé horas allí de pie, mirándola, sintiendo como toda mi humanidad desaparecía, mientras yo la odiaba por creer que me había abandonado, ella moría atrapada en el coche. La besé por última vez y me

marché.

—¡Dios mío, es horrible! No puedo ni imaginar lo que debiste sufrir.

Jensen se limpió las lágrimas con la mano y miró a Lucy.

—¿Te fijaste en la cicatriz que tiene Joe en la mejilla izquierda? — preguntó Jensen.

—Sí.

—Yo se la hice. —contestó Jensen.

—¿Pero yo creía que erais muy buenos amigos?

—No somos amigos, somos más que hermanos. Después de salir del tanatorio, monté en mi coche y conduje como un loco hasta el puente donde ella tuvo el accidente, me disponía a saltar cuando Joe se interpuso, debió seguirme. Lo golpeé con todas mis fuerzas, necesitaba reunirme con Darsy, no podía vivir sin ella. De no ser por Joe, ahora estaría muerto y esa cicatriz es el recordatorio.

Lucy se abrazó a Jensen, ahora comprendía por qué era tan frío y cruel con los demás, no deseaba querer a nadie, ni que lo quisieran, se había autocondenado a vivir en soledad, sin amor.

Regresaron a la fiesta y Jensen no tardó en ser agarrado y llevado hasta la barbacoa donde estaban preparando asado de caimán.

Lucy caminó hacia Joe y le dio un beso en la mejilla.

—¿Y esto? —preguntó Joe divertido.

Lucy acarició su cicatriz y él sintió que sus ojos se humedecían, abrazó a Lucy y le dio un beso en la frente.

—Aquí seréis felices, os lo garantizo y si alguien os molesta me lo dices que lo arrojo al pantano para que los caimanes se los coman. —dijo Joe con seriedad.

—¿Es broma, verdad? —preguntó Lucy entre divertida y preocupada por no entender bien el humor de Joe.

—Claro. —dijo Joe, aunque en el fondo sería capaz de hacer cualquier cosa por Jensen.

—¡Panda de burros! ¿Esto es música? —dijo Joe.

Jensen tomó de la cintura a Lucy y la besó en la mejilla, le agradaba que ella despertara en él su antigua personalidad.

—Prepárate, Joe va a hacer de las suyas.

Joe revisó la lista de canciones que había en el ipod y seleccionó Roar de Katy Perry. Agarró una mazorca de maíz y la usó como micrófono. Empezó a

mover la boca mientras pasaba su mano derecha en un movimiento que él creía sexy, se quitó la gorra y la lanzó al aire, mientras daba un salto y una torpe patada en el aire. Corrió hacia Lucy, la agarró de la cintura y se la llevó al centro del jardín para seguir bailando. Cuando Jensen se quiso dar cuenta, todos sus amigos estaban bailando, imitando los movimientos de Joe. Dalia se agarró a la pierna de Jensen y lo miró sonriendo.

—¿Joe está loco?

—Sí Dalia, muy loco. —respondió Jensen cogiendo a Dalia y subiéndosela sobre los hombros.

La niña comenzó a chillar y a reír cuando Jensen empezó a correr por el patio.

Capítulo 15

Después de despedir a los invitados, Jim y Susan se retiraron a su dormitorio, estaban exhaustos pero felices. Jensen entró en su antiguo cuarto, se sentó en la cama y se quedó allí, mirando como Dalia dormía, su princesita rebelde. Lucy entró en el dormitorio y se abrazó a él.

—¡Ojalá fuera mía! —dijo Jensen.

—No conoció a su padre, tú eres lo más parecido a una figura paterna que ha tenido.

—Siempre estaré para ella, siempre, pase lo que pase.

—¿Y qué pasa conmigo? —protestó Lucy juguetona.

Jensen se levantó de la cama, tomó en brazos a Lucy y la llevó hasta el cuarto de invitados. Giró el pomo de la puerta y echó el pestillo, luego la dejó en el suelo.

—Desnúdate. —ordenó Jensen dedicándole una mirada cargada de deseo.

Lucy disfrutó aquella mirada y con cuidado se desnudó, prenda a prenda, procurando hacerlo sufrir.

Jensen se desnudó, caminó hacia ella, se le había acabado la paciencia, le arrancó las bragas y la dejó caer sobre la cama.

—Te has pasado con la provocación y ahora te lo voy a hacer pagar. —dijo Jensen colocándose encima de ella.

Lucy gimió al sentirse penetrada, se abrazó a él y se dejó amar como jamás pensó que un hombre pudiera hacerlo.

A la mañana siguiente, Jensen acompañó a su padre a la fábrica.

—¿Cómo va la fábrica?

—Ya te dije que la cosa no va bien y para empeorarlo más, Briam ha anulado el último pedido y es nuestro mayor cliente. Temo tener que empezar a despedir, son buena gente y el pueblo no pasa por su mejor momento.

Jensen paró la camioneta junto a la entrada de la fábrica, saludó con la mano a varios conocidos y se giró hacia su padre.

—Entra, yo tengo que solucionar unas cosas antes. Nos vemos luego.

—Como quieras hijo.

Jensen miró en la guantera y buscó una caja de muestras que su padre siempre solía llevar por si tenía la oportunidad de captar algún cliente nuevo.

Condujo hasta la oficina de Briam, iba a dejar las cosas muy claras, ese hijo de puta, tacaño de mierda...

Aparcó la furgoneta a la entrada del pequeño edificio donde se encontraba la oficina de Briam y de nuevo saludó a un par de mujeres. Costaba escapar de su fama, su padre fundó la fábrica con el único objetivo de dar trabajo y levantar aquella comunidad resentida por la crisis y era normal que la ciudad les estuviera agradecidos.

Entró en el edificio y subió las escaleras, la secretaria que ya conocía el temperamento de Jensen, trató de frenarlo, pero Jensen la apartó con delicadeza y entró en el despacho. Briam se le quedó mirando, confundido.

—¿Así que los rumores de que el hijo pródigo había vuelto eran ciertos?

—¡Maldito cabrón! Ahora que mi padre más te necesita dejas de comprarle, se te ha olvidado muy pronto que gracias a su fábrica tú tienes todo esto.

—Jensen, no es nada personal, son negocios, mis nuevos proveedores tienen precios más competitivos.

Jensen miró con desprecio las muestras de lápices que Briam le ofrecía. Agarró los cuatro lápices y apretó la mano sin hacer mucha presión, los débiles lápices se partieron y Jensen los dejó caer sobre su escritorio.

Le lanzó la caja con lápices de muestra a Briam que la cogió al vuelo.

—Prueba a romper los lápices de mi padre. Te diré algo, por mí puedes vender esa mierda a tus clientes, será divertido ver cómo te arruinas.

Jensen salió del despacho sin ocultar su ira, cuando pasó junto a la secretaria, acarició su barbilla con cariño.

—Perdona mi rudeza Mirian.

Mirian lo miró agradecida y más tranquila, asintió con la cabeza y Jensen se marchó.

Briam sacó los lápices de la caja y trató de romperlos pero no pudo, se llevó las manos a la cara y suspiró pensativo.

Jensen paró junto a una floristería y compró un gran ramo de rosas, esquivó la mirada de la dependienta y regresó a la camioneta. Condujo hasta el cementerio, podía sentir como los nervios lo consumían.

Lucy observaba a su hija jugar en el jardín mientras ayudaba a Susan con la comida, se había prometido a sí misma que aprendería a cocinar y la madre de Jensen se había ofrecido a enseñarle.

—Gracias Lucy.

—¿Gracias? ¿Por qué? —preguntó Lucy secándose las manos en un paño.

—Por haberme devuelto a mi hijo y por haber conseguido que sus ojos brillen de nuevo.

—Jensen hizo lo mismo por nosotras, se lo debemos todo. —respondió Lucy.

—Sé lo que hizo mi hijo, Jim me lo contó y también lo mal que se portó contigo y con la gente del supermercado.

Lucy se quedó boquiabierta, no creía que Jensen fuera a contarles esos detalles.

—Soy consciente de que mi hijo no está bien y no es el que era, pero tengo la esperanza de que con tu amor consiga ser feliz.

—Susan yo... soy un desastre de mujer, de no ser por Jensen, a estas alturas ya habría perdido la custodia de mi hija o algo peor. —dijo Lucy llorando—. No sé si conseguiré que Jensen quiera seguir conmigo mucho tiempo.

Susan la abrazó y la besó en la mejilla.

—He visto como te mira, te ama con locura, pero es un chico rudo por naturaleza, le cuesta demostrar sus sentimientos.

—Me contó lo de Darsy.

—Fue una tragedia, toda la ciudad quedó conmocionada.

—No sé si yo estaré a la altura de Darsy. —dijo Lucy en un susurro.

—Cariño, deja el pasado donde debe estar y céntrate en el presente, él te quiere y estoy segura de que si no te ha pedido ya matrimonio es por ese miedo que no consigue vencer.

Jensen limpió la lápida de Darsy, dejó las rosas junto a ella y cerró los ojos. Apenas unos segundos más tarde, sintió posarse una mano en su hombro, abrió los ojos y se giró.

—Hola Jensen.

Jensen se levantó y lo abrazó, no pudo contener las lágrimas. El hombre lo apartó con suavidad para examinarlo con atención.

—Te veo bien. Perdona que no fuéramos ayer a tu fiesta, pero Wanda está mal de la espalda, la edad no perdona.

—No te preocupes, no importa.

—Jensen, ha llegado la hora de que te pida un favor.

—Lo que quieras Matt.

—Quiero que no vuelvas a visitar la tumba de mi hija.

Jensen lo miró conmocionado, ¿por qué le pedía eso?

—¿He hecho algo malo? ¿Te he molestado?

—No Jensen, pero no pienso permitir que vivas consumido por el dolor. Ella te quería y estoy seguro de que no le gustaría verte así. He escuchado que estás con una chica.

—Sí, pero... no sé qué pasará, no puedo evitar sentir que si soy feliz con ella estoy traicionando la memoria de Darsy.

Matt agarró a Jensen por los hombros y lo zarandeó con fuerza.

—¡Olvida eso! Darsy, donde quiera que esté, te seguirá queriendo y tú siempre tendrás un hueco en tu corazón para ella, pero ha llegado el momento de que rehagas tu vida, esa chica y su hija te necesitan. Jensen, te quiero como a un hijo y como padre tuyo que me siento, te ruego que me hagas caso. Wanda y yo queremos verte feliz. ¿Lo harás por nosotros y por Darsy?

—Lo haré, pero no te prometo dejar de venir a ver a Darsy.

Matt acarició la mejilla de Jensen, le dedicó una sonrisa y se marchó.

Capítulo 16

Los días pasaban y Lucy se iba adaptando a su nueva vida, Dalia hizo muchos amigos y en contra de lo que nadie pudiera imaginar, deseaba que acabaran las vacaciones y empezar el colegio en Morgan.

Jensen se fue de caza con Joe, hacía tiempo que su amigo se lo había pedido y al final claudicó. Los dos hombres circulaban en una pequeña barca a motor por los canales del Atchafalaya.

Joe se acercó a una de las cuerdas que había colgado de un árbol, estaba tensa, lo que indicaba que un caimán había mordido el anzuelo, el cebo a base de pollo en descomposición, más su salsa secreta, no solía fallar. Joe agarró la cuerda de nylon y tiró de ella, al principio despacio para tantear a la bestia. Jensen agarró el rifle y se preparó para disparar, los caimanes tienen una piel muy dura y solo hay un punto donde pueden ser abatidos y tiene el tamaño de una moneda, justo bajo la nuca. El caimán se enfureció y golpeó la barca, Joe se mantuvo firme, tratando de mantener la cabeza del animal fuera del agua. Jensen disparó y acabó con el caimán, dejó el rifle en lugar seguro y ayudó a Joe a meterlo en la barca.

—Gracias amigo, tu sacrificio no es en vano. —dijo Joe mirando al animal—. Te agradezco que hayas venido conmigo, Murray está enfermo y hoy es el último día para completar mis etiquetas.

—Tranquilo, necesitaba salir de la fábrica. Me asfixio en esta ciudad. —dijo Jensen.

—Bueno, pues te toca acostumbrarte porque si se te pasa por la cabeza volver a irte te cuelgo de una cuerda y te uso de cebo. —dijo Joe regresando al timón y poniendo en marcha el motor.

—¿Dalia quieres galletas? —preguntó Susan.

—Sí, abuela. —contestó la niña.

—¿Abuela? —preguntó Susan sonriendo.

—Sí, mi mamá es la novia de Jen y tú eres su mamá. —respondió Dalia

con altivez.

—¡Ah, es cierto! ¿Bueno y qué le parece a mi nieta si luego nos vamos a comprar un bañador?

—¿Un bañador? ¿Tenéis piscina? —preguntó Dalia con los ojos como platos.

—Sí, está tapada, por eso no la viste. Tu abuelo la va a limpiar hoy con ayuda de los chicos y en unos días será toda para ti.

—¡Bieeeeeeeeeeeen! —gritó Dalia que salió corriendo en busca de su madre para darle el notición.

—Bueno tío, se acabó la temporada, bichos entregados y dinero cobrado, ahora toca empezar la temporada de chapuzas a domicilio. —dijo Joe sonriendo.

—¿No prefieres trabajar en la fábrica?

—Ni hablar, el único techo que quiero sobre mí es el cielo, yo no podría trabajar en esa lata de sardinas enorme. Pero gracias de todos modos.

—¿Una cerveza? —sugirió Jensen.

—Por mí bien, en el bar de Pit que se muere por verte.

Nada más entrar, todos se giraron, ¡Joder con la puñetera fama local! Varios hombres se acercaron para hablar con Jensen, el orgullo de la ciudad, su mejor deportista y un hombre que como buen cajun siempre estaba ahí cuando necesitabas su ayuda.

—¡Chicos, chicos, dejadlo en paz o saco el bate y os hago pensar! —gruñó Pit, el pelirrojo más bruto de la ciudad.

—¡Dame esa mano cabronazo! —gritó Pit.

Jensen se la estrechó y sufrió el típico aplastamiento de huesos marca Pit. Se zafó del agarre y se acarició su dolorida mano.

—¿Qué vais a tomar? Tengo un whisky que os va limpiar los intestinos.

—Pues whisky para los dos. —respondió Joe.

Pit sonrió satisfecho y se alejó en busca de la botella y un par de vasos.

—¡Joder tío, lo que me alegro de tenerte aquí! —gritó Joe tamborileando con los dedos sobre la barra de madera torpemente pulida.

—Me gustaría ser menos conocido. —gruñó Jensen.

—¡Te jodes! Desde que te conozco, tu padre y tú siempre habéis ayudado a todo el mundo. Aún recuerdo cuando vendiste tu deportivo para ayudar a Pit con la licencia de bebidas. La gente te quiere y si no te gusta. ¡TE JODES! Bueno, cambiando de tema, me gusta Lucy, está bien buena y es bien guapa,

¿Cuándo le vas a echar el lazo?

Jensen agarró el vaso de whisky que le ofreció Pit y se lo tomó de un trago, solo pensar en matrimonio era demasiado para él.

—¿Qué le pasa? —preguntó Pit a Joe.

—Nada, tenía ganas de probar tu whisky. —repuso Joe divertido.

—Pues aquí está la botella, invita la casa.

—¿Todavía sigues con esa manía de invitarme? —dijo Jensen molesto.

—Escúchame bien, tu dinero no vale nada aquí y cállate la boca o te doy una tunda. ¿Queda claro?

—Tranquilo que a mí no me importa que me invites. —dijo Joe guiñándole un ojo.

Pit gruñó y luego soltó una carcajada. ¡Pero qué bestia es el tío! Pensó Jensen.

—Mira tío, sé que este tema duele, pero va siendo hora de que vendas ese miedo y por otro lado si no te casas pronto con ella, lo haré yo.

Jensen lo miró para ver si lo decía en serio, apretó el puño derecho y se lo enseñó a Joe.

—¡Joder era broma! No aguantas nada, antes eras más divertido, soso de mierda.

—Me casaré cuando tú vistas de traje. —retó Jensen.

—Ya te dije que no uso traje porque me dan alergia esos cuellos apretados y las sogas.

—¿Sogas?

—Sí, eso que te atas al cuello con el traje.

—¡Serás bestia! Se llaman corbatas.

—Dará igual, solo sirven para estrangularte. —gruñó Joe a la vez que agarraba la botella de whisky y se llenaba otra vez su vaso.

—Hola, soy el hermano de Lucy Parker. ¿Me puedes poner con ella?

—Lo siento, Lucy ya no trabaja aquí. —respondió Becky.

—¡Dios mío, no me dijo nada! Verás, nuestra madre está enferma y debe haber cambiado de número, no sé cómo localizarla.

—Se fue hace tiempo a Louisiana, Morgan City creo que era.

—Gracias, trataré de localizarla.

Becky colgó el teléfono y caminó hacia la línea de caja, tenía un mal presentimiento. Llamó a Lucy y se sorprendió al ver que ella no tardó en responder.

—Lucy, soy Becky, creo que he metido la pata.

—¿Qué ocurre?

—Tu hermano llamó preguntando por ti, dice que tu madre está mal.

—No te preocupes, luego lo llamo. —respondió Lucy.

—¿Entonces, todo bien? —preguntó Becky preocupada.

—Todo bien, tranquila.

Después de ponerse al día con los chismes del supermercado, Lucy colgó, dejó el móvil sobre la cama y sintió una fuerte presión en el pecho. Ella no tenía familia y solo conocía a una persona que usaba la técnica de hacerse pasar por su hermano para localizarla, Fred, el padre de Dalia. Ese maldito canalla que las abandonó a su suerte, llevaba tiempo buscándolas por eso se pasaron la vida huyendo. Él no la quería, ni siquiera a su hija, se enteró que perdió su trabajo y desde entonces se había obsesionado con buscarlas. ¿Por qué tenía que aparecer ahora cuando empezaba a ser feliz? Rompió a llorar y se dejó caer en la cama. Susan que estaba en el cuarto de Dalia guardando ropa, corrió al escucharla llorar.

—Mi niña. ¿Qué te pasa?

—El padre de Dalia, no le bastó con abandonarme cuando estaba embarazada... tiene que arruinarnos la vida, cueste lo que cueste.

—¿Pero qué quiere ese hombre?

—Dinero, no le importamos nada, pero aun así no me deja en paz, cada vez que se entera de que tengo trabajo me busca y ahora que está Dalia, tengo miedo de que nos haga daño.

—Cariño, nadie te va a hacer daño, ahora eres una cajun y el que quiera hacerte daño no sabe a lo que se enfrenta.

Lucy se abrazó a Susan y trató de controlar su llanto, Dalia estaba en la planta baja con Jim.

Jensen llegó a casa a última hora de la noche, saludó a su madre y a su padre y se excusó para no cenar. Subió las escaleras y como ya era su costumbre, se aseguró de que Dalia dormía tranquila, suspiró al ver a su princesita. Encajó un poco la puerta y entró en el cuarto de invitados, Lucy estaba sentada en la cama con los ojos en blanco.

—Te daría un beso, pero me temo que después de estar en los canales debo oler a rayos.

Lucy se levantó y corrió hasta él, se abrazó con fuerza y sollozó. Jensen la separó un poco con delicadeza para verla bajo la escasa luz.

—¿Qué ocurre?

—Mi ex ha vuelto y nos busca a las dos.

—No lo entiendo. ¿No te abandonó poco antes de tener a Dalia?

—Sí, pero cada vez que se queda sin blanca nos busca. Me obliga a enviarle dinero bajo la amenaza de hacerle daño a Dalia o a mí.

Jensen apretó los dientes y gruñó furioso, ¿por qué tenían que existir cerdos así? Él pudo tener a la mujer y la hija perfecta y, en lugar de ser feliz, se esforzaba en destrozarles la vida.

—Que venga, no me da ningún miedo. —gruñó Jensen.

—Fred es peligroso. —replicó Lucy asustada.

—Me muero de miedo. Voy a ducharme, cuando salga no quiero oír hablar más de él, si viene en busca de lo que es mío, haré que se arrepienta de haber nacido.

Jensen se desnudó y entró en la ducha, abrió el grifo del agua fría y disfrutó del chorro que caía sobre su cuerpo, relajándolo.

Lucy entró en el baño, se desnudó y se metió en la ducha. Jensen se giró para poder verla mejor, la besó y la aprisionó contra la pared.

—No sé qué sería de mí sin ti. —dijo Jensen.

—Eres el hombre de mi vida. —contestó Lucy sonriendo.

—¡Vaya! Yo creía que era un bastardo sin alma. —bromeó Jensen.

—Lo eras, pero entre Dalia y yo te convertimos en un príncipe azul. —dijo Lucy riendo.

—¡Joder, qué dulzona eres!

—¿Quieres que sea picante? —susurró Lucy mientras su mano se apoderaba del miembro de Jensen.

—¿Quieres guerra? —dijo Jensen ya dominado por el deseo.

La tomó por los muslos y ella se aferró a su espalda con las piernas, mientras sus brazos rodeaban su cuello. Jensen la penetró, disfrutando al máximo de cada contacto, de cada roce, de cada unión.

Fred se bajó del tren, hacía mucho que no pasaba por Morgan City, más de seis años desde que dejara tirada allí a Lucy. Era una noche calurosa, se secó el sudor de la frente con la mano y cargó al hombro su macuto, debía encontrar un sitio para pasar la noche, por la mañana averiguaría el paradero de esa zorra egoísta.

Capítulo 17

Esa mañana, Jim estaba muy atareado revisando los pedidos de sus clientes, cuando sonó el teléfono de su despacho.

—¿Sí?

—Tú ganas viejo zorro, quiero el pedido de siempre. —gruñó Briam.

—Lo tendrás preparado para mañana. —contestó Jim y colgó—. No entendía ese cambio de parecer, a no ser... ¿Jensen? Sí, estaba seguro de que él había tomado cartas en el asunto.

Lucy agarró el móvil y contestó, esperaba la llamada de Jensen.

—¡Hola Jensen!

—¿Jensen? No, ya sabes quien soy. Sabes, esta gente de Morgan es muy simpática, ya sé dónde vives y hasta me han dado tu teléfono.

—¿Qué quieres?

—Parece que tu noviete tiene pasta, quiero veinte mil dólares.

—No puedo conseguir ese dinero. —Fred colgó.

Jensen sintió que lo agarraban del brazo y se giró para ver quién era.

—¡Hola Jensen! Me gustaría pedirte algo.

Jensen se quedó mirando a Claus, bajito, regordete, de pelo blanco y siempre vestido con colores muy claros, a veces chillones.

—Dime.

—Como alcalde de Morgan, quiero que tú inaugures las fiestas, nada complicado, dos palabras y cortar la cinta del recinto ferial. ¿Lo harías por mí? —preguntó Claus poniendo cara de pena.

—No veo a quién le puede importar que yo corte la cinta.

—Todos quieren que seas tú, entre tú y yo, el año pasado fue Marisa Bliz, pilló tal borrachera que no era capaz de atinar a cortar la cinta. Sería bueno que nuestro chico preferido aceptara.

—Bueno si te hace ilusión, pero ya sabes que hablar en público no es lo mío.

—Será perfecto. ¡Muchas gracias! —gritó Claus y se alejó lo más rápido que aquellas piernecitas le permitieron.

Fred sonrió satisfecho, aquella cabaña era perfecta, estaba alejada y resguardada entre el espeso bosque. Debía llevar años abandonada, porque todo estaba cubierto de polvo y encontró una zarigüeya muerta en el dormitorio. Pronto tendría allí atada y a su merced a aquella ramera y a esa que ella decía era hija suya.

Lucy puso el bañador a Dalia y las dos juntas bajaron las escaleras. Susan ya estaba chapoteando en el agua y Joe estaba preparando unas salchichas en la barbacoa, pronto llegarían Jim y Jensen.

—¡Madre mía! Lucy si te hartas de Jensen que sepas que yo soy un buen partido, casi sé cocinar y a veces bajo la tapa del wc. —bromeó Joe.

Lucy soltó una carcajada, tomó a su hija en brazos y saltó a la piscina. Dalia chilló divertida y nada más quedar libre del abrazo de su madre, corrió hacia la que ella ya consideraba su abuela.

—¡Mi mamá está loca! ¡Jajajajaja!

Joe sacó una cerveza de la pequeña nevera, le quitó la chapa con los dientes y dio un largo trago, mientras iba moviendo las salchichas.

—Esta noche comienzan las fiestas en Morgan, verás qué bien nos lo vamos a pasar y lo mejor... ¿Sabes quién las va a inaugurar? —dijo Susan riendo.

—Ni idea. —respondió Lucy.

—Jensen. Jim me ha llamado para contármelo, imagina la vergüenza que va a pasar. —Susan soltó una carcajada.

—Sois muy importantes para esta ciudad, nunca había conocido nada parecido, os quieren mucho.

—Mi marido lo ha dado todo por Morgan, su dinero, su salud... y Jensen siempre destacaba en todo: deportes, estudios, conquistador...

—¿Jensen conquistador?

—Era todo un romeo, hasta que sentó cabeza con...

—Darsy. Debió ser una gran chica. —contestó Lucy.

—Lo fue sin duda, pero tú también eres una gran mujer. Cuando veo a Jensen contigo y con Dalia... nunca lo había visto tan feliz.

Lucy bajó la vista, preocupada, el bastardo de Fred venía dispuesto a acabar con su felicidad.

—¿Ya estás otra vez pensando en ese malnacido?

Lucy asintió con la cabeza, no podía evitarlo, solo pensar que Fred pudiera hacer daño a Jensen, le provocaba un fuerte escalofrío.

—Lucy, esto no es una ciudad normal, ya lo comprenderás. Los cajun estamos hechos de otra pasta, con nosotros estáis a salvo.

Lucy la miró con ojos agradecidos, Dalia se agarró a su cuello y comenzó a chapotear como podía, no nadaba muy bien que digamos.

—Esta niña parece que tiene un motor en lugar de piernas. ¡Dalia, deja de salpicar! —gritó Susan riendo.

Jim y Jensen entraron en el jardín, Jim agarró una cerveza y se la lanzó a su hijo y tomó otra para él, el calor en Louisiana era espectacular por aquellas fechas.

—¿Has quemado ya la comida? —preguntó Jensen a Joe.

—Te voy a quemar los testículos como no me dejes tranquilo. —gruñó Joe.

Jensen sonrió y caminó hacia la piscina, se paró justo en el borde y miró a sus tres chicas.

—Creo que la cerveza me está sentando mal. —dijo Jensen dejándose caer al agua.

—¡Estás loco! —gritó Lucy divertida.

—Un poco. —contestó Jensen dando un trago de su cerveza.

—Espero que esa ropa estuviera limpia o te sacudiré de lo lindo ese culo tuyo —dijo Susan con seriedad.

—Tranquila madre, apenas si he sudado mucho.

—¡Qué asco! —gritó Dalia tratando de alejarse de Jensen, pero este la agarró de una pierna y tiró de ella hasta atraparla.

—¡Papi déjame! —gritó Dalia.

Jensen se quedó mirando a Lucy que se limitó a sonreír y encogerse de hombros.

Por la noche, la familia al completo marchó hacia el recinto ferial, nada más aparcar, Jensen comprobó que la gente ya se arremolinaba a la entrada, y Claus vestido con su traje blanco favorito, charlaba animadamente con el Sheriff. Lucy caminaba de la mano de su hija y Jim hacía lo propio con Susan.

Jensen se alejó de ellos dispuesto a acabar con aquel acto embarazoso, lo más rápido posible.

—¡Hola Jensen! —gritaron casi al unísono Claus y Banks.

—Hola chicos, creo que tengo una cinta que cortar y unas cuantas cervezas que tomarme. —dijo Jensen sonriendo.

Claus entregó las tijeras a Jensen y los dos se acercaron a la cinta roja que habían colocado en la puerta del recinto. La gente coreaba el nombre de Jensen, y Lucy se sentía impactada ante tanto reconocimiento, Susan apretó la mano de Jim que le sonrió divertido.

—¡Señoras....! Iba a decir señoras y caballeros pero la verdad es que no veo aquí a ningún caballero, solo veo a una panda de impresentables deseando entrar y llenarse la barriga.

La gente rió, Banks soltó una carcajada y Claus se limitó a sonreír.

—Bueno, no me enrollo, pasad y disfrutad todo lo que podáis. —dijo Jensen cortando la cinta.

Lucy y Dalia se sintieron un poco desplazadas porque todo el mundo parecía querer hablar con Jensen. Joe apareció vestido con un pantalón negro, sus botas viejas y una camisa gris que al menos parecía nueva.

—¿Dónde está mi nena preferida? —dijo Joe fingiendo buscar a Dalia a pesar de tenerla justo al lado.

—¡Estoy aquí! —gritó Dalia.

—¡Dalia! Te escucho pero no te veo. ¿Dónde estás?

—¡Qué estoy aquí! —gritó Dalia tirándole de los pantalones.

—¡Anda, estabas aquí! ¿Por qué no me dijiste nada? —dijo Joe agarrándola y colocándosela a hombros—. ¿Bueno qué, vamos a tomar algo?

Jim meneó la cabeza negativamente y entró en el recinto acompañado de su mujer, Lucy siguió a Joe que poco a poco empezaba a convertirse en un buen amigo para ella.

El recinto estaba compuesto por un gran escenario donde solían tocar grupos locales, numerosas casetas en las que se servía abundante alcohol y comida de lo más variada.

—Espera Lucy, quiero probar el caimán frito. ¡Davis, dame un trozo! —gritó Joe acercándose a la caseta.

Davis lo miró, agarró un trozo, lo ensartó en un palillo de madera y se lo entregó. Joe lo agarró y se metió el trozo de carne en la boca, lo masticó, puso cara de asco y lo escupió.

—¡Maldito seas, Davis! Siempre me haces lo mismo.

—Y tú siempre picas, toma una ración para que te quites el mal sabor de boca e invites a estas bellas señoritas.

Lucy y Dalia se quedaron mirando la carne con desconfianza, no parecían dispuestas a probarla.

—Tranquilas chicas, está buenísimo, lo que pasa es que la carne de caimán tiene una grasa blanca que sabe a rayos y este sinvergüenza todos los años me ofrece un trozo con grasa y yo nada, que no aprendo la lección.

Lucy cogió un trozo de la cajita de papel que Joe tenía en las manos, la probó y sonrió, estaba buena, cogió otro trozo y se lo entregó a Dalia que la miró como diciendo. ¡Estás loca!

Jensen seguía hablando con unos y otros, parecía empezar a relajarse y Lucy se sintió agradecida por ello, ya habían sufrido bastante los tres.

Jim se sentó en una gran mesa junto a Susan y no tardaron en empezar a charlar con una pareja de vecinos. Dalia agarró un refresco que le ofreció un camarero y se dispuso a probar todos los platos de comida que llegaban a la mesa. Lucy se quedó mirando a Jensen.

Joe la agarró de la mano y tiró de ella hacia la pista de baile donde un grupo cajun amenizaba la velada.

—¿Te contó su secretillo? —preguntó Joe agarrándola de la cintura para imprimirle el ritmo de la canción.

—Sí.

—¿Eres consciente de que él, por más que te quiera, nunca te va a pedir matrimonio?

Lucy lo miró confundida, no había pensado en eso, estaban bien, pero era cierto que preferiría avanzar más en su relación.

—Mira chica, no es mi problema, pero Jensen es como mi hermano y vosotras sois buenas chicas, por eso me preocupo.

—¿Qué sugieres?

—Sí él no te lo pide, pídeselo tú a él. No te confundas, Jensen solo tiene que decir que busca novia y media ciudad lo perseguirá, ya has visto que aquí es una celebridad.

—¿Entonces nada de anillo y petición romántica? —bromeó Lucy.

—No, si quieres algo tendrás que cogerlo tú.

—Lo tendré bien presente y en cuanto a esas zorras, si se acercan a Jensen las agarraré del pelo y las arrastraré por toda la ciudad.

—¡Esa es mi chica! —gritó Joe bailando con más fuerza y provocando que Lucy chillara y soltara una carcajada.

Jensen regresó por fin junto a los suyos, miró a Joe y a Lucy y sonrió, caminó hacia ellos y se paró a su lado fingiendo estar celoso.

—¿Qué haces con mi chica? —gruñó Jensen.

—¡Ya llegó el aguafiestas! Bueno Lucy, lo dicho, si te hartas de este patán me avisas.

Lucy se abrazó a Jensen y este empezó a moverse, pero sus movimientos no tenían nada que ver con los de Joe, Jensen bailaba de forma suave y perfecta, una vez más la estaba sorprendiendo.

—Jensen, hay una cosa que te quiero decir.

—¡Dispara!

—No, ahora no, te la diré cuando llegue el momento. —dijo Lucy de forma misteriosa.

—Ya veremos si esta noche te saco la información.

—No podrás.

—Puedo ser muy persuasivo.

—Y yo puedo hacer que te olvides de sacarme información. —contestó Lucy con tono sensual.

Ya de madrugada, Lucy y Dalia fueron al servicio, entraron en la pequeña caseta y justo cuando se disponían a entrar en uno de los baños, Lucy sintió un escalofrío al ver el reflejo de un rostro muy conocido en el pequeño espejo.

—Hola Lucy.

—No tengo el dinero.

—No importa, tengo una idea para conseguirlo. —dijo Fred levantándose la camiseta lo justo para dejar a la vista su pistola—. Acompañadme, no me lo pongas difícil o correrá la sangre.

—¿Por el amor de Dios Fred, es tu hija?!

—Sí, claro. ¡Vamos!

Fred las condujo hasta la puerta trasera y desde allí cruzaron el recinto hasta la salida, donde les obligó a montar en un todoterreno.

—¡Extiende las manos! —dijo Fred mientras sacaba unas esposas que no tardó en ajustárselas hasta hacerle daño—. Ahora la familia feliz se va a ir de excursión, si tu novio paga os dejaré libres... tal vez, pero si no paga, os arrojaré a uno de esos canales infestados de caimanes.

Dalia estaba callada, no entendía nada y que su madre hubiera dicho que ese tipo era su padre, la tenía confundida. Si era su padre, ¿por qué parecía querer hacerles daño?

Capítulo 18

Jensen se impacientó, Lucy tardaba demasiado, hacía más de media hora que se fueron al servicio. Se levantó de la mesa y Joe lo acompañó, los dos estaban tensos, se acercaron hasta la caseta de los servicios, revisaron los baños y Joe miró a Jensen, que gruñó pensando en Fred. Tenía un mal presentimiento. Salieron de la caseta por la puerta trasera y comenzaron a buscar a las chicas, Claus se acercó a ellos.

—¡Chicos, lo estáis pasando bien!

—¿Has visto a Lucy y a Dalia? —preguntó Jensen.

—Espera, déjame que piense... sí, iban con un tipo alto, me acuerdo de él porque tenía el pelo muy rojo. ¿Pasa algo? —preguntó Claus preocupado.

—Creo que ese tipo se llama Fred, era el ex de Lucy y mucho me temo que las haya secuestrado.

Claus gruñó y salió corriendo en busca de Banks, no soportaba a los delincuentes, pero mucho menos que actuaran delante de sus narices.

Jim se quedó sentado en el sillón del salón, Susan preparó limonada para todos, solo habían pasado unas horas y la ausencia de Lucy y Dalia provocaron un enorme sentimiento de vacío en la familia.

Banks preparó un dispositivo en un intento de evitar que Fred pudiera escapar de Morgan, pinchó el teléfono de la casa y esperaron a que aquella sanguijuela llamara. Susan había insistido en que Lucy le previno de que ese tipo buscaba dinero.

Las horas pasaban y no había noticias de Lucy ni de Dalia. El teléfono de la casa sonó y Jensen corrió hacia él, descolgó y respondió.

—¿Diga?

—Tengo a tus chicas, si quieres volver a verlas con vida, quiero treinta mil dólares, tienes un día para reunir el dinero. Te llamaré para darte instrucciones.

—¡Espera! ¿Cómo sé que están vivas?

Jensen escuchó gritar a Dalia y a Lucy llorar, se maldijo por no haberlas acompañado al servicio, si algo les pasaba...

—Ya tienes tu prueba.

—Si te pago, ¿las dejarás libre?

—Por supuesto.

Jensen colgó el teléfono, por su tono de voz estaba seguro de que no cumpliría su palabra. Uno de los hombres negó con la cabeza y Banks gruñó, no pudieron localizar la llamada.

—Jensen, la encontraremos. —dijo Banks—. ¡Chicos, nos vamos! Quiero a todo el mundo registrando la ciudad.

Jensen subió las escaleras hasta su antiguo dormitorio que ahora ocupaba Dalia, abrió el armario y registró un compartimento secreto del que sacó una maleta alargada con cerradura de combinación. La colocó sobre la cama, marcó la clave y la abrió. Allí estaba su rifle de caza y sus dos machetes. Sacó las fundas de los machetes y se las ajustó al cinturón para que quedaran ocultas a su espalda. Cogió un pequeño bote con lubricante y engrasó el arma, luego buscó en la maleta hasta encontrar una caja con balas, cargó el arma y guardó el resto de la munición en los bolsillos. Cuando vio alejarse a Banks y a sus hombres, bajó las escaleras y pasó delante de sus padres que se limitaron a mirarle y guardar silencio.

Salió de la casa y se montó en la camioneta, arrancó el motor y escuchó ruido en el asiento de atrás. Joe estaba tumbando en el asiento trasero con una pajita de heno en la boca.

—¿Qué haces aquí? —gruñó Jensen.

—¿Tú qué crees imbécil? No voy a dejar que vayas solo.

—¿Y tú qué sabes a dónde voy?

—Déjate de estupideces que ya nos conocemos, sabía que no dejarías que el Sheriff se ocupara de encontrar a Lucy y a Dalia.

—¿Estás armado?

Joe levantó la mano y le mostró su rifle. Jensen sonrió, metió la marcha atrás y abandonó el jardín delantero de la casa y se incorporó a la escasa circulación. Joe saltó al asiento delantero y tiró la pajita por la ventana.

—¿A dónde vamos?

—A la cascada de los Gleids. —contestó Jensen.

—¿Alguna razón para ir allí?

—Cuando ese cerdo llamó, pude escucharla de fondo, creo que debe estar

en la antigua granja de los Forrester.

—¿Eres consciente de que para ir allí hace falta una barca? —preguntó Joe.

—Sí, pensaba robarte la tuya.

Joe meneó la cabeza negativamente y sonrió, agarró su arma y comprobó su estado.

De camino al puerto, Jensen notó un incremento del tráfico, varias motos les seguían, luego aparecieron varias furgonetas, miró a Joe que se encogió de hombros.

—Ya sabes cómo son los cajun, si uno necesita ayuda...

—¿Y tú los avisaste, verdad?

—Culpable. —contestó Joe.

Jensen aparcó la furgoneta cerca del embarcadero, contempló como todos aquellos hombres armados con rifles de caza se amontonaban cerca de él.

—Chicos, no tenéis por qué hacer esto. —dijo Jensen.

Pitt se acercó, estaba masticando tabaco, escupió a un lado y lo miró con fiereza.

—Tú siempre has estado para nosotros, ahora nosotros estamos para ti.

Jensen asintió con la cabeza, aquellos tipos no eran de los que cambiaban de opinión.

—La zona a cubrir es la cascada de los Gleids, buscamos a un tipo de pelo rojo, alto y muy peligroso, tiene a mi novia y a su hija. No dudará en matarlas si le damos la menor oportunidad.

—¿Pues entonces qué carajo hacemos perdiendo el tiempo aquí? ¡Chicos, a las barcas! Cerveza gratis durante un mes para el que capture a ese tío. —dijo Pitt.

Los hombres circulaban por el pantano con las luces apagadas para no ser vistos, era una práctica peligrosa pero necesaria. Joe y Jensen tomaron un canal que los llevaría directos al pantano Bateman y desde allí a la cascada, el resto desembarcarían al otro lado de la misma y desde allí tomarían posiciones.

—Joe.

—Sí.

—No vaciles si la cosa se pone fea.

—Tranquilo hermano, capturaremos a ese tío y se lo haremos pagar.

—¿Si ese tipo les ha hecho algo?! —gruñó Jensen.

—Si las toca, lo lanzaré al Atchafalaya y me aseguraré de que un caimán lo devore. —respondió Joe con seriedad.

Dalia estaba atada a una silla y Lucy se desesperaba al ver a su hija en ese estado, trataba de no llorar y mostrarse fuerte, pero las fuerzas flaqueaban.

—Veremos lo que te quiere ese novio tuyo.

—Por favor Fred, déjanos libres, esto es una locura.

Fred le pegó un puñetazo y Lucy sintió como su mandíbula temblaba, la mente se le nubló y se desmayó, de no tener las manos esposadas al respaldo de la silla se habría caído al suelo. Dalia gritó y chilló muy asustada.

—¡Tú cállate o te tiro al río! —gritó Fred.

En cuanto tuviera el dinero, le metería un tiro en la cabeza a las dos y las arrojaría a uno de los canales, jamás las encontrarían y sin cuerpos no podrían acusarle de asesinato.

Los grupos de cazadores se dispersaron para cubrir más terreno, entre ellos se comunicaban imitando el sonido de aves, por lo que difícilmente Fred podría enterarse de su presencia.

Joe y Jensen corrieron campo a través hacia la granja de los Forrester que tal y como sospechaban, no seguía abandonada. Por los ventanales se dejaba ver la luz de unas lámparas de gas, Jensen usó la mira telescópica del rifle para escrutar el interior. Lo que vio lo dejó frío, Fred le dio un puñetazo a Lucy. Sintió como todo rastro de humanidad abandonaba su cuerpo y su alma se ennegrecía. Echó otro vistazo y vio a Dalia llorando y atada a una silla.

—Están atadas, Dalia junto a la ventana de la izquierda y Lucy al fondo, junto a la chimenea. Llama a los otros.

Joe comenzó a imitar el sonido de un búho barrado, poco a poco los otros cazadores fueron respondiendo y pocos minutos después se dejaron ver con disimulo.

Jensen se puso en cuclillas y les hizo señas para que rodearan la casa. Dio un manotazo en el hombro de Joe y los dos avanzaron arrastrándose hasta la casa.

—Joe, la niña es tuya, yo me ocupo de Lucy.

Joe asintió y continuaron avanzando.

Lucy volvió en sí, abrió los ojos y se quedó mirando a Dalia con tristeza, no tenía esperanzas de salir con vida de allí, conocía el carácter de Fred y

ahora parecía estar fuera de sí. Fred le quitó las esposas y la levantó de la silla, le puso de nuevo las esposas dejándole las manos a la espalda.

—Ahora tú y yo vamos a pasar un buen rato juntos, como en los viejos tiempos. —dijo Fred mirándola con desprecio y deseo.

La ventana se hizo pedazos y Joe cayó al suelo, rodó hasta Dalia y plantó su rifle al frente, nadie tocaría a la niña. Jensen atravesó la otra ventana y rodó hasta detrás de una mesa.

Fred los miró asombrado, pero no vencido, sacó la pistola y colocó el cañón en la sien de Lucy.

—Puedes quedarte a esa bastarda, pero me llevo a la zorra. —tiró de Lucy hacia la puerta y la abrió con cuidado, los dos salieron fuera y caminaron hacia el canal donde Fred tenía su barca. Esos putos paletos no eran rivales para él, pensó. Cerca de ellos se escucharon crujidos de ramas podridas y pisadas, cuando Fred se dio cuenta de lo que pasaba, estaba rodeado de una veintena de hombres armados con rifles y pistolas.

Jensen pasó entre sus amigos y se colocó a varios metros de Fred.

—Se acabó, entrégame a Lucy y salvarás la vida. Mátala y te daré una muerte sumamente lenta y cruel.

—No me das ningún miedo. —dijo Fred encañonando con más fuerza a Lucy que no dejaba de llorar.

—¡Tirad las armas o le vuelo la cabeza a esta zorra! ¡no lo pediré dos veces! —gritó Fred.

Jensen hizo una señal a su grupo y todos tiraron sus armas al suelo.

—¡Ahora tú! —gritó Fred.

Jensen dejó caer el rifle al suelo y se llevó las manos a la espalda. Fred lo miró satisfecho, ahora él controlaba la situación.

—Todo este numerito que has montado ha sido inútil, me largaré de esta puta ciudad y te mandaré la cabeza de esta puta como recuerdo. —dijo Fred apartando con la pistola a Lucy, Jensen aprovechó la ocasión y se llevó las manos hasta los machetes que ocultaba a su espalda, los agarró con fuerza por las empuñaduras y le lanzó un machete a la mano derecha y otro al hombro izquierdo. Fred dejó caer la pistola y cayó al suelo, la sangre empezó a cubrir su ropa, debía pensar en algo, no permitiría que esa zorra y su bastarda fueran felices, ¡jamás!

Lucy corrió hasta Jensen y se abrazó a él, lloraba desconsolada.

—Tranquila, todo ha pasado, la policía se encargará de él. —dijo Jensen

acariciándole el pelo y depositando un beso en sus labios.

Fred retiró el machete de su mano y lentamente, aprovechando un descuido de sus captores que ya había recogido sus armas, cogió la pistola.

—¡Muere zorra! —gritó Fred.

Se escuchó un disparo, pero la bala no procedía del arma de Fred. Joe le encajó un disparo en el pecho que hizo caer a Fred, pero al ser este de constitución muy fuerte, consiguió levantarse. Joe se disponía a abrir fuego de nuevo cuando un caimán salió del canal. Fred no se había dado cuenta de lo cerca que estaba del canal y ese fue su mayor error. El caimán cerró sus fauces atrapando su pierna derecha, Fred comenzó a dispararle pero las balas no penetraban la gruesa piel del animal. El caimán tiró de él hasta el agua y a pesar de la celeridad con la que todos corrieron hasta el canal, solo llegaron a tiempo de presenciar como el agua se cubría de sangre y el rostro pálido de Fred se hundía en las aguas para no reaparecer nunca más.

Jensen se quedó atrás consolando a Lucy. Dalia salió corriendo de la casa, seguida de cerca por Pitt, que se había quedado a su cargo.

—¡Mamá! —gritó Dalia asustada y con la cara bañada de lágrimas.

Jensen hizo una señal a Pitt que se relajó y mantuvo las distancias.

—Se acabó, Fred nunca más os hará daño, te dije que os protegería.

—Y cumpliste tu palabra. —susurró Lucy.

—¡Vámonos! ¡Aquí ya no hay nada que ver! —gritó Pitt al grupo.

El grupo se dispersó, Joe cogió en brazos a Dalia y Jensen ayudó a Lucy a caminar entre la vegetación agreste.

Diez minutos después, Joe conducía la barca hacia el puerto. Jensen acariciaba el pelo de Dalia y miraba a Lucy con ojos llenos de amor. Había fallado a Darsy, pero al menos con Lucy pudo evitar un final desgraciado.

Una vez en el puerto, Jensen se despidió de sus amigos y de Joe. Dejó a Dalia en el asiento trasero donde se quedó inmediatamente dormida. Lucy subió al vehículo y suspiró, Jensen arrancó el motor y condujo hasta la casa de sus padres.

Capítulo 19

—¿Qué pasó? —preguntó el Sheriff Banks.

—Las tenía retenidas en la granja de los Forrester, cuando Joe y yo entramos en la cabaña, él salió corriendo. —mintió Jensen.

—¿Y cómo sabías que estaban allí?

—Salimos a buscarlas y tuvimos suerte. —contestó Jensen con frialdad.

—¿Qué fue de Fred?

—La última vez que lo vimos estaba nadando en un canal. —dijo Jensen.

—Ese hijo de perra está loco, ¿escapar nadando en canales infestados de caimanes? Mañana a primera hora comenzaremos su búsqueda, en cualquier caso me alegro de que las chicas estén a salvo.

Jensen asintió con la cabeza y acompañó al Sheriff hasta la puerta de la casa. Banks bajó los escalones de la entrada y subió al coche patrulla.

—Nadando en los canales. ¡Los cojones! —agarró el intercomunicador de la radio y pulsó el botón—. Amanda, las chicas están en casa, su agresor ha desaparecido en los canales, seguramente esté muerto, mañana organizaremos una batida para encontrar su cuerpo.

Pasaron las semanas y el cuerpo de Fred continuaba sin aparecer, el Sheriff cerró el caso y dejó de hacer preguntas, su familia favorita ya había sufrido bastante.

Jensen regresó de la fábrica a las ocho de la noche, saludó a su familia y subió a su cuarto para ducharse. No dejaba de ver en su cabeza las imágenes de lo sucedido en el pantano, la culpa llenaba su corazón, ellas jamás debieron pasar por eso.

Se desnudó y se metió en la ducha, como siempre abrió solo el grifo de agua fría. Se quedó un buen rato bajo el chorro de la ducha tratando de relajarse.

El mes de agosto estaba siendo uno de los más calurosos de la historia de Louisiana, por suerte su casa estaba equipada con un buen sistema de aire

acondicionado y por supuesto la piscina ayudaba mucho.

Se secó y se ajustó unos pantalones cortos, iba a ponerse una camiseta pero decidió no hacerlo, tenía demasiado calor. Bajó las escaleras y entró en la cocina, revisó el frigorífico y sacó una cerveza. Susan entró en la cocina y le sacó un plato del horno.

—Guiso criollo. —dijo Jensen relamiéndose.

—Estamos viendo una película con Dalia, ven con nosotros al salón. —pidió Susan.

—Mamá, prefiero cenar fuera, en el jardín.

Susan le dio un beso en la cabeza y se marchó al salón, era su madre y sabía que Jensen no había superado lo ocurrido en el pantano, por eso no insistió.

Jensen agarró el plato, cogió una cuchara, la cerveza y salió fuera. Se sentó en una silla junto a la gran mesa de madera y empezó a cenar. Lucy no tardó en aparecer, se abrazó a su cuello y después de depositar un reguero de besos por su cara, se sentó a su lado.

—¿Día duro en el trabajo?

—Como siempre. —dijo Jensen con seriedad.

—¿Qué te pasa? —preguntó Lucy.

—Nada.

—No me engañas, sé que te pasa algo.

—No quiero hablar de ello. —gruñó Jensen.

—¿Es por lo que pasó en el pantano?

Jensen apartó el plato vacío y dio un sorbo de cerveza, no quería hablar de ello.

—¡Maldita sea Jensen! —gritó Lucy—. No soy de cristal, no me voy a romper porque me cuentes lo que te pasa.

—No temo que tú te rompas, temo romperme yo.

—Pues si te rompes, yo me encargaré de recomponerte pedacito a pedacito. —dijo Lucy acariciando la mejilla de Jensen.

—Tengo grabada la imagen de Dalia atada y llorando y... cuando vi a ese malnacido pegarte... —confesó Jensen con ojos húmedos—. No puedo vivir con eso, debí haber sido más listo, debí haberos protegido mejor.

Lucy lo abrazó, no podía quererlo más. ¿Cómo pudo reprimir durante tanto tiempo ese corazón tan hermoso?

—Dalia está bien y yo también, ahora lo único que queremos es que nos

quieras mucho. —dijo Lucy sonriendo.

Jensen la abrazó con rudeza, debía controlar su fuerza, pero a veces el amor sacaba su lado torpe.

—¿Recuerdas que te dije que había algo que tenía que contarte? —dijo Lucy misteriosa.

—Sí.

—Sube y lávate los dientes. —ordenó Lucy.

—¿Qué tiene que ver lavarme los dientes con tu secreto?

—Nada, pero no te lo voy a contar mientras no te los hayas lavado.

Jensen se levantó, recogió el plato, la cuchara y la botella de cerveza y lo llevó todo a la cocina. Diez minutos más tarde regresó.

—Ya está. —dijo Jensen sentándose en la silla.

Lucy se levantó y se puso en cuclillas ante él, Jensen la miró extrañado y su sorpresa aumentó cuando ella sacó una cajita azul, la abrió y le mostró un anillo de plata que tenía grabadas las palabras amor eterno. Jensen palideció, ¿sería lo que él pensaba...?

—¿Jensen Krauson, quieres casarte conmigo? —dijo Lucy.

Jensen se quedó mirándola con los ojos muy abiertos y cara de sorpresa.

—No eres muy tradicional que digamos. —dijo Jensen tímidamente.

—Tú eres un cobarde para estas cosas, así que decidí tomar yo la iniciativa. ¿Qué respondes?

—No quiero. —respondió Jensen y Lucy sintió un fuerte escalofrío recorriendo su cuerpo—. Así no. —contestó Jensen que se alejó corriendo, entró en la casa y subió las escaleras, caminó hasta su cuarto y rebuscó en un cajón.

Lucy seguía en cuclillas sin reaccionar, reunió algo de entereza para sentarse en un banco de madera y se quedó mirando al frente con ojos vacíos. Después de todo, él no deseaba tener una relación de verdad con ella.

Jensen regresó, se puso de rodillas frente a ella y le cogió las manos.

—Lo cierto es que... —Jensen sacó una cajita gris, la abrió y le mostró a Lucy un anillo con incrustaciones de diamantes—. Yo compré esto, pero reconozco que no me atrevía a...

—¿Pero por qué? —preguntó Lucy emocionada.

—Tú eres tan maravillosa que... no siento que te merezca.

Lucy alzó la barbilla de Jensen y lo besó.

—¿Lucy, quieres casarte conmigo y hacer a este bastardo sin alma el

hombre más feliz? —pidió Jensen mirándola con timidez.

—Sí. —respondió Lucy saltando sobre él.

Los dos cayeron al suelo, Lucy lo besaba con ansiedad, como si con cada beso necesitara expresarle el amor que sentía por él.

Una semana después, la actividad de la familia se desbordó, la boda sería al domingo siguiente y todo debía estar perfecto. Habían encargado mesas, sillas, adornos, Jim hizo venir a una organizadora de bodas. Lucy soportaba con paciencia las numerosas pruebas de vestidos y Dalia estaba encantada porque pronto podría llamar oficialmente papá a Jen.

Lucy estaba colocando algunas antiguas prendas de vestir cuando Jensen entró en el dormitorio. Miró una chaqueta que había sobre la cama y se quedó atónito.

—¿Esa chaqueta?

Lucy la miró sin darle importancia, la cogió y la olió.

—Hace mucho que la tengo, la usaba como manta para Dalia, me trae buenos recuerdos. —contestó Lucy sonriendo, pero la sonrisa se disipó cuando vio la expresión de sorpresa en el rostro de Jensen—. ¿Qué ocurre?

—Esa chaqueta es mía. —dijo Jensen con voz temblorosa.

—¿Cómo va a ser tuya?

—Mira el bolsillo interior de la chaqueta, mi madre bordó mi nombre y apellido sobre él.

Lucy la revisó, miró el bolsillo y se quedó boquiabierta.

—¿Pero cómo es posible que yo la tuviera? Yo no te conocía por aquella época.

Jensen se dejó caer en un pequeño sillón y acurrucó su cabeza entre sus manos.

—¿Estás segura de que no me conocías?

—Segurísima.

—Ahora lo recuerdo todo Lucy.

—No entiendo nada, por favor explícate o me vas a volver loca.

—Cuando pasó lo de Darsy no pude más, todo el mundo me miraba por la calle, todos sentían pena por mí y yo sencillamente no soportaba estar en Morgan, todo me recordaba a ella. Me marché a la estación de autobuses, no me despedí de nadie, no podía. Cuando me disponía a sacar mi billete, delante de mí había una chica embarazada que no dejaba de gritar al tipo de la cabina. Al parecer le faltaban veinte dólares para comprar su billete, la chica le

suplicó, pero el tipo se negó a perdonarle la diferencia. Cuando la chica se alejó de la ventanilla, saqué mi billete y me senté en la sala de espera, mi autobús no tenía prevista la salida hasta dentro de tres horas.

Lucy lo observaba, ella también empezaba a recordar, se sentó en la cama y lo escuchó atentamente.

—Cuando anunciaron mi autobús, crucé la sala y vi a la chica, estaba acurrucada sobre varios asientos. Recordé su problema de dinero, metí cien dólares en el bolsillo de mi chaqueta y la tapé con ella. Lucy... ¿te das cuenta? Esa chica eras tú.

Lucy sintió como sus ojos se humedecían, no podía creer que la persona que la ayudara hacía más de seis años, fuera Jensen. Como si de un juego del destino se tratara, él la ayudó en el pasado y ahora por culpa de ese mismo juego estaban a punto de casarse.

Lucy se levantó de la cama y se sentó en el regazo de Jensen, lo besó y se acurrucó, no pudo evitarlo y empezó a llorar.

—Te quiero Jensen. —dijo Lucy.

Jensen la atrajo contra su pecho y depositó un beso en su cabeza.

—Es increíble lo que nos pasó, cuando yo estaba desamparada y nadie parecía estar dispuesto a ayudarme, tú lo hiciste y seis años después volvemos a encontrarnos, y tú una vez más fuiste la única persona que nos tendió una mano.

—Esa es la esencia del destino, nos conocimos en el pasado y volvimos a encontrarnos cuando ambos más nos necesitábamos.

El martes por la tarde, Jensen y Lucy regresaban de dar una vuelta por la ciudad, pero al llegar a casa de sus padres, Jensen pasó de largo.

—Te has pasado la casa de tus padres.

—Lo sé. —dijo Jensen sin dar ninguna explicación y continuó conduciendo hasta llegar al final de la calle.

Aparcó junto a la acera y bajó de la furgoneta que bordeó corriendo hasta llegar a la puerta de Lucy que lo miraba sin comprender por qué se paraban allí.

Jensen la obligó a salir de la furgoneta y se quedó mirando la casa de dos plantas. Lucy observó la casa, era muy bonita, repleta de detalles que recordaban a esas casas de los cuentos de hadas.

—Te presento a nuestra casa. —anunció Jensen.

—¿En serio? ¿Vamos a vivir en esta casa tan fea?

Jensen la miró sorprendido sin saber qué decir.

—¡Picaste! —gritó Lucy echando a correr hacia la casa.

—¡Serás sinvergüenza! —gritó Jensen corriendo tras ella.

Jensen abrió la puerta y los dos entraron dentro de la casa que estaba vacía.

—Es preciosa, ¡me encanta! —dijo Lucy emocionada—. ¿Pero cómo vamos a amueblarla?

—Viviremos con mis padres un tiempo y poco a poco iremos comprando los muebles. —respondió Jensen.

Los dos salieron fuera de la casa y contemplaron la bonita piscina y el enorme jardín.

—Me da igual esperar, lo que importa es que estamos juntos. —dijo Lucy besando a Jensen.

Fuera, en la calle, sonó una bocina, luego dos y a los pocos minutos el ruido era ensordecedor. Los dos decidieron salir a la calle para averiguar qué pasaba y cuando salieron se llevaron la sorpresa del siglo.

—¡Vamos patanes, no tengo todo el día! ¡Tú, eso con cuidado o te rompo los huevos de una patada! —gritó Pitt desde la parte de atrás de un camión.

Joe subía las escaleras cargado con varias sillas, le guiñó un ojo y entró en la casa ante la sorprendida mirada de Lucy y Jensen que no entendían nada. La calle se estaba llenando de camionetas, furgonetas y coches, todos traían algún tipo de mueble o adorno para la casa.

Lucy contempló aquella escena y no pudo evitar acabar llorando por la emoción.

—¿Pero... por qué hacen esto? —preguntó Lucy entre lágrimas.

—Son cajun y nuestra naturaleza es ayudarnos. —respondió Jensen con orgullo.

—¿Es que no piensas ayudarnos, pedazo de vago? —dijo Joe sonriendo.

Jensen lo miró, le dedicó una sonrisa y bajó corriendo las escaleras para ayudar a uno de sus amigos a transportar el cabecero de una cama.

Joe pasó un brazo alrededor del cuello de Lucy y le dio un beso en la mejilla.

—No te haces una idea de lo agradecida que os estoy a todos. —dijo Lucy llorando.

Joe le secó las lágrimas con la mano, le incomodaba verla así y provocaba que a él también le dieran ganas de llorar.

—No tienes nada que agradecemos, solo le devolvemos a Jensen todos los favores que tanto él como su familia han hecho a esta ciudad. Además, ya era hora de que este tío se fuera de casa de sus padres. —dijo Joe soltando una carcajada.

Capítulo 20

El sábado por la mañana, Joe acababa de recoger su traje de la tienda, aún le duraba el enfado porque Lucy le hubiera obligado a vestirse así, pero no podía negarle nada a la que él ya consideraba su hermanita.

Tomó un desvío por la noventa hasta la zona más apartada dónde él vivía, cerca de la mansión de los Clanion. De camino, se topó con una mujer que apoyada en su coche, le hizo señales para que parase.

Joe paró tras su coche y se bajó de la camioneta, por primera vez en su vida, tuvo un ataque de timidez, aquella mujer de pelo rojo y ojos azules parecía todo un ángel.

—¡Vaya, tenía que parar el vagabundo del pueblo! —gruñó la chica.

Joe la miró sorprendido, ¿ángel? No sabía ni su nombre y ya lo estaba insultando, aquella mujer era un demonio.

—Mire señora, si me va a hablar así, me largo. —gruñó Joe fastidiado.

—El motor se ha parado y echa humo. —contestó ella con un tono más neutral.

Joe pasó a su lado, abrió la puerta del coche y accionó la palanca del maletero, lo abrió y ajustó la varilla para dejarlo alzado. Revisó el motor y no tardó en encontrar el problema.

—Señora, el radiador está muerto, puedo llamar al de la grúa.

—Primero, ¿qué es eso de señora? Segundo, no pienso quedarme aquí parada bajo este maldito sol hasta que venga una grúa.

—Podemos hacer una cosa, llamo a la grúa para que recoja el coche y lo lleve al taller y yo la acerco a casa. —propuso Joe.

La chica lo miró, era un hombre rudo, vestido con una camiseta llena de agujeros, un pantalón gris desgastado y unas botas marrones que no debió haberlas limpiado en su vida, aun así, en sus ojos había algo que le inspiraba confianza.

—Me parece bien. —contestó la chica con altivez.

Joe sacó el móvil, se lo acercó a los ojos y con un dedo empezó a tocar en la pantalla táctil, pero no conseguía entrar en el menú de agenda.

—¡La madre que parió al que inventó este maldito aparato! —gritó Joe.

—¿Qué ocurre? —preguntó la chica sorprendida.

—Yo tenía un móvil de esos viejos que parecen un ladrillo y me iba de maravilla, se me cayó al pantano y cuando fui a la tienda ya solo tenían estos móviles tatoes que no hay quien los entienda. —se quejó Joe.

—Táctiles.

—Eso he dicho yo, tatoes.

La chica le quitó el móvil de las manos y pulsó con el dedo en agenda.

—¿Cómo has grabado el número de la grúa?

—Con los dedos, ¿cómo lo iba a hacer?

La chica puso los ojos en blanco, no podía más, ese paleta la ponía de los nervios.

—¿Qué nombre has puesto? —preguntó ella mirando la pantalla del móvil dispuesta a buscar el nombre que él le dijera.

—Tonto de la grúa.

La chica lo miró sin poder creer lo que escuchaba, regresó la vista a la pantalla, buscó el nombre y lo marcó, luego se lo entregó a Joe.

—Patt, ven para la noventa a recoger un coche y se lo llevas a Billy, espera... es un pochie.

—¡Porsche! —gritó la chica agitando los brazos enfadada.

—Eso he dicho yo, un pochie. Bueno en media hora está aquí.

—¿Y voy a dejar el coche aquí parado con las llaves puestas? —preguntó la chica con incredulidad.

—El coche está roto y aquí la gente es muy honrada. ¡Nos vamos o qué!

—¡Está bien! —gruñó la chica y los dos caminaron hasta la camioneta.

Cuando la chica abrió la puerta y vio el interior de la camioneta se quedó con los ojos muy abiertos.

—¿Esperas que me suba aquí? ¿Has pensando en limpiar este trasto alguna vez?

Joe giró el cuello, siempre se le agarrotaba cuando se enfadaba y ya empezaba a sentir molestias.

La chica se sentó de mala gana y con asco trató de no apoyar las manos en nada.

—¿Qué te trae a Morgan?

—Mi vida privada no es de su incumbencia.

—Solo trataba de ser amable.

—Pues ahórrate tu amabilidad.

—¿A dónde vamos? —gruñó Joe deseoso de perder de vista a esa maldita estúpida.

—A la mansión de los Clanion.

—¡Anda, mi cabaña está justo al lado de la mansión!

—¿No te habrás hecho una cabaña ilegal en mis tierras?

Joe la miró furioso, trataba de ayudarla y ser amable, pero tenía sus límites.

—Theodore Clanion le regaló a mi padre esa cabaña y la tierra donde está construida como pago por sus leales servicios.

—¡Ah, vale! Tú padre era el lameculos de mi abuelo.

Joe frenó en seco y la chica tuvo que agarrarse al salpicadero para no golpearse.

—¡Estás loco! —gritó la chica.

—Loco por perderte de vista, niñata malcriada. Te he socorrido con tu coche, te llevo a tu casa, no espero que seamos amigos, pero lo mínimo que te pido es que cierres esa maldita boca llena de veneno o te dejo aquí mismo en mitad del camino.

La chica abrió los ojos de forma exagerada, torció la boca en un mohín de orgullo y se cruzó de brazos.

Joe aceleró y tomó varios desvíos hasta enfilar el camino de la mansión, no veía el momento de deshacerse de la chica. Aparcó la camioneta cerca de la entrada y la miró.

—Me llamo Joe.

—Brenda. —respondió ella de mala gana.

La chica se bajó de la camioneta y caminó hacia las escaleras de la mansión, por supuesto sin darle las gracias. Joe giró la camioneta dispuesto a alejarse pero decidió que necesitaba una recompensa.

—¡Brenda!

La chica se giró y lo miró, ¿qué querría ese tipejo?

—¿Qué?

—¡Que digo yo que a ver si echas un polvo, igual así se te pasa la mala leche! —gritó Joe soltando una carcajada.

Brenda bajó las escaleras corriendo y Joe aceleró para alejarse de allí. La

chica agarró una piedra y se la lanzó a la luna trasera que se hizo añicos tras el impacto.

—¡La madre que la parió! Tiene genio la pava. —dijo Joe sonriendo—. ¡Y qué culo tiene!

El sábado por la noche, Jensen se negó a ir de despedida de soltero, prefería quedarse en casa con Dalia. Lucy fue literalmente obligada por Corin a salir con sus amigas de Morgan.

Dalia estaba sentada en el jardín con la mirada perdida, Jensen la vio y le sorprendió aquella actitud triste, caminó hasta ella y se sentó en el césped.

—Dalia, te veo seria y eso no me gusta.

—Jen, ¿ese hombre del pantano era mi padre?

—Sí. —respondió Jensen con seriedad.

—¿Por qué no me quería si era mi padre?

—No lo sé Dalia, hay personas que son malas por naturaleza.

—Tú eras malo con mamá y sin embargo me querías mucho.

Jensen la miró divertido, como siempre Dalia demostraba que se daba cuenta de todo. Abrazó a la niña y le dio un beso en la cabeza.

—Olvídate de ese cerdo, mañana yo seré tu padre oficialmente y te garantizo que yo sí te quiero con locura.

Dalia sonrió complacida por la respuesta, se agarró al cuello de Jensen y le preguntó.

—¿Me quieres mucho?

—Muchísimo. —respondió Jensen.

—¿Me quieres tanto que estás dispuesto a ver esta noche mi colección de Dora la exploradora? —preguntó Dalia.

—Por supuesto. —contestó Jensen tragando saliva.

Lucy reía con Corin y las chicas, pero no podía negar que no se lo pasaba bien sin Jensen, él lo era todo para ella y tampoco podía estar sin su hija. Cuando Corin se ofreció para llevarla a casa, ocultó como pudo su alegría. Varias chicas tomaron un taxi, se habían pasado con las copas y no dejaban de reírse y bromear.

—¡Vamos Lucy! Verás mañana qué dolor de cabeza van a tener esas locas. ¡Jajajajaja! —dijo Corin.

—Gracias Corin por tener este detalle conmigo.

—De nada, ahora somos familia y la familia está para eso. Me encanta ver a Jensen tan feliz, vuelve a ser el que era, cuando regresó estaba muy raro,

parecía un amargado.

Lucy asintió, el cambio personal que experimentó Jensen fue espectacular, pero comprendía su dolor y el hecho de que a pesar de estar pasando un momento tan duro, las acogiera en casa... ¡Dios, Jensen, cómo te quiero! Pensó Lucy.

Corin se despidió de ella y Lucy se quedó observando las luces del coche alejándose en la oscuridad. Entró en la casa y subió a su dormitorio, le resultó extraño no encontrar a Jensen allí, pero era una familia supersticiosa y decían que traía mala suerte que el novio viera a la novia antes de la boda. Joe quedó con Jensen para recogerle y llevárselo a su casa.

Se dejó caer en la cama y extendió la mano hacia el lado que solía ocupar Jensen. No podía creer que al día siguiente estarían casados e irían a vivir a su propia casa. No es que estuvieran mal con sus padres, pero le agradaba la idea de tener más intimidad, pensaba hacer el amor en cada cuarto de su nueva casa, bueno, salvo en el cuarto de Dalia. Soltó una risotada al pensar lo loca que estaba, se levantó y caminó hasta el baño, tocaba desmaquillarse y ducharse. Por la mañana, Corin y Marian, su amiga peluquera, vendrían para maquillarla, peinarla y ayudarla a vestirse.

Capítulo 21

Jensen se puso el traje y gritó enfadado.

—¡Maldito seas! ¿Qué carajo me diste anoche? Faltan quince minutos para la boda, ¡no llego, no llego!

—Yo no te obligué a probar mi whisky y si quieres llegar, ayúdame a ponerme este disfraz. —gruñó Joe colocándose los pantalones del traje.

—¡No es un disfraz, animal! ¡Es un traje! —gritó Jensen.

—¿Pero por qué me gritas tanto?

—Porque es mi boda y estoy muy nervioso.

Joe se puso la camisa, se abrochó los botones y se colocó la chaqueta.

—¿Cómo se hace el nudo de la soga?

—¡Ven para acá! —le ordenó Jensen que con un par de movimientos rápidos le hizo un nudo no muy elegante. —¡Vamos! Coge las llaves de la camioneta y ¡Vámonos!

Jensen corrió hacia la camioneta y Joe lo siguió.

—¿Pero a dónde vas así? —gruñó Jensen.

—¿Así cómo? —preguntó Joe sin comprender.

—¡Estás descalzo! —gritó Jensen.

—¡La madre que me parió! Si es que me tienes loco con tanta prisa y tantas voces. ¡Joder, ni que me casara yo!

—¡Mamá, estás preciosa! Pareces una princesa.

Corin se afanaba apretando el vestido y cerrando la cremallera mientras la peluquera trataba de moldear su pelo y luego hacerle un recogido elegante.

Una hora después, Lucy bajaba las escaleras acompañada de su hija. Jim, que le tocó hacer el papel de padrino, esperaba junto al coche que había pedido prestado a su banquero, un BMW nuevecito que las chicas habían llenado de lacitos y flores.

—¿Eres la primera novia que veo que no parece nerviosa? —dijo Jim sorprendido.

—La verdad es que estoy muy tranquila, se ve que estas cosas no me afectan. —dijo Lucy y cayó al suelo desmayada.

Susan agarró a su hijo por las solapas y le susurró al oído.

—Jensen, o te relajas o te doy un guantazo...

Jensen la miró sorprendido, estaba atacado de los nervios, la iglesia estaba llena y la gente murmuraba, los malos recuerdos del pasado regresaron a su mente y estaba temblando. Sonó la marcha nupcial y Jensen se giró nervioso. Allí estaba Lucy, agarrada del brazo de su padre, caminando por la larga alfombra roja, tan bella como siempre.

Susan agarró la mano de Jensen y lo zarandeó.

—¡Ves como no merecía la pena tantos nervios!

Jensen suspiró en cuanto Lucy quedó situada a su lado, la miró y se dio cuenta de que tenía un moratón en la frente.

—¿Qué te ha pasado?

—No quise salir de casa de tus padres sin despedirme del suelo del jardín delantero. —dijo Lucy sonriendo.

Jensen la miró divertida, bella y maravillosa. ¡Qué ganas tenía de que llegara la noche!

Dalia apareció a sus espaldas, portando los anillos, se colocó entre los dos y les dedicó una sonrisa cómplice.

—¡Ya no te escapas! —gritó Dalia y toda la gente de la iglesia empezó a reírse.

Lucy se puso roja como un tomate y miró a Jensen que se encogió de hombros.

—Tiene razón, ya no me escapo.

El reverendo comenzó la ceremonia y todos se levantaron. Lucy estaba muy emocionada, Jensen nervioso, Jim se secó las lágrimas con la mano y Susan sonreía todo el rato.

—¿Lucy Parker, aceptas a este hombre en sagrado matrimonio? —preguntó el reverendo.

—Sí, acepto. —contestó Lucy.

—¿Jensen Krauson, aceptas a esta mujer en sagrado matrimonio? —preguntó el reverendo.

—¡Más te vale o me la quedo yo! —gritó Joe.

Lucy soltó una carcajada, Jensen miró a Joe con ganas de asesinarlo y una vez más, todo el mundo empezó a reírse.

—¡Joe, luego te quiero ver en el confesionario! —gritó el reverendo.

—¡Mejor no, reverendo! ¡Tengo tantos pecados que tendría usted que cerrar la iglesia para poder tener tiempo suficiente para confesarme! —gritó Joe y una vez más, todos rieron a carcajadas.

—Bien, continuemos. ¡Joe, si abres la boca te enteras! —amenazó el reverendo.

—¿Jensen Krauson, aceptas a esta mujer en sagrado matrimonio? —preguntó el reverendo.

—Sí, acepto.

—Puedes besar a la novia.

Jensen alzó el velo y besó a Lucy conteniendo el tremendo deseo que ya lo dominaba.

Todos los invitados comenzaron a aplaudir y ahora sí que empezó a llorar Susan. Jim la cogió de la cintura y le dio un beso.

Joe caminó de espaldas hacia la puerta cuando sintió un golpe en su espalda.

—¡Aaaay! —gritó una voz que no le era del todo desconocida.

Se giró y la vio.

—¿Pava?

—¿Paleto?

—Me debes una luna. —gruñó Joe.

—Te la pagaré cuando aprendas educación. —dijo Brenda apartándolo de su camino con desprecio.

¡Serás bruja! Pensó Joe.

Durante el banquete todos los invitados disfrutaron de la velada, una banda de música contratada por Brenda Clanion entonaba canciones locales y de fama internacional que a todos parecían agradar.

Dalia corría de un lado para otro con los hijos de Corin y otras niñas de la familia, estaba como loca.

Jensen tomó de la mano a Lucy y la llevó hasta la zona habilitada para bailar, una enorme carpa redonda con los laterales abiertos y decorados con columnas de flores.

La banda empezó a tocar “At Last” de Etta James y Jensen decidió que había llegado el momento de bailar algo a su estilo. La tomó de la cintura y los dos comenzaron a bailar al compás de la música. Los invitados se quedaron mirándolos, hacían muy buena pareja y desde luego se les veía muy

enamorados.

—Te amo Lucy. —dijo Jensen besándola con pasión.

—Yo también te amo, mi príncipe cajun. —respondió Lucy.

—¿Y yo qué!? —protestó Dalia.

Jensen la cogió en brazos y los tres bailaron, esta vez con un ritmo más alocado que provocó que Dalia chillara divertida y Lucy sufriera un ataque de risa.

Fin

C. J. Benito

La esencia del destino 2

Joe y Brenda

© 2015 Safe Creative
All rights reserved
Imagen: Pixabay.com

Agradecimientos

Dedicado a ti, que has comprado este libro y con ello contribuyes a apoyarme y permitir que siga creando historias.

Capítulo 1

Brenda se llevó las manos a la cabeza, la maldita mansión de su abuelo estaba en ruinas y debía arreglarla. ¡Dichoso testamento! Estaba muy enfadada con los contratistas locales, no trabajaban a buen ritmo y no le gustaba lo más mínimo el acabado de las obras.

—¡Le digo que no me gusta cómo ha dejado la escalera! —protestó Brenda, visiblemente irritada—. Me dijo que estaría lista en una semana y llevan un mes, pero claro, es normal, se pasan todo el día haciendo el vago.

—¿Sabe qué? ¡Al infierno! Renuncio. —gruñó el contratista—. ¡Chicos, recoged las cosas! ¡Nos vamos!

—¿Cómo que se van?

—No la aguanto, y no pienso seguir soportando sus faltas de respeto y sus manías.

—¿Manías? ¡Yo no tengo manías! —gritó Brenda.

¡Puñetera loca! Pensó el contratista mientras se alejaba por el pasillo que daba a la puerta principal.

Brenda se llevó las manos a la cabeza, agarró el móvil y marcó el teléfono de Adam, el abogado de su abuelo.

—Adam, necesito un contratista para la obra.

—¿Otro? Ese era el último de mi lista de contratistas en Morgan y cercanías. Lo siento, tú sabrás qué les haces a los contratistas para que no terminen la obra. No pienso buscar ningún contratista más, estás sola en esto y te recuerdo que el tiempo corre y no has cumplido ninguna de las dos condiciones para recibir la herencia.

Brenda colgó, introdujo el móvil en el bolsillo de su pantalón y gritó. No tenía ni idea de qué iba a hacer, caminó hasta la cocina y se sentó a la mesa. Su ama de llaves la miró, se cruzó de brazos y suspiró. Brenda se la quedó mirando, Adele estaba rellenita, tenía cincuenta y cinco años, pelo castaño, plagado de canas y gozaba de un carácter difícil.

—Brenda, no te aguanta nadie, como sigas así te vas a quedar sola y encima pobre, no te veo yo cumpliendo las dos condiciones que te impuso tu abuelo.

—Mi abuelo me ha demostrado lo poco que me quería. ¿Restaurar esta mansión en ruinas y casarme?

—Tu abuelo te quería mucho y solo deseaba lo mejor para ti, le aterrorizaba la idea de que murieras sola.

—No necesito a ningún imbécil a mi lado, cuando quiero sexo lo busco y punto.

—¡Marranaaaaa! Como vuelvas a decir eso, te vas a enterar. —amenazó Adele—. Mira, conozco a un chico que es un amor y suele dedicarse a hacer arreglos en las casas.

—¿Sí? ¿y cómo se llama? —preguntó Brenda con los ojos muy abiertos.

—Joe.

Espera, Joe, ¿de qué me suena ese nombre? Se preguntó Brenda, ¿no será...?

—¿Joe es un tipo alto, ojos negros, pelo castaño, fornido, que va mal vestido?

—¿Lo conoces? —preguntó Adele sorprendida.

—¿Conocerle? Ese idiota, guarro y maleducado me trajo a casa cuando se me averió el coche.

—¡Brenda! ¡Espabila! No hay nadie más, o él o no cumplir una de las condiciones. Recuerda que tu abuelo quería que la mansión la arreglara alguien de Morgan o cercanías.

—No lo olvido. —respondió Brenda dejándose caer sobre la mesa y cerrando los ojos.

Joe apuraba su cerveza mirando el lago Palourde, se sentía solo, aburrido y nervioso. Jensen se pasaba la vida viajando y hacía meses que no lo veía. Era normal, ahora tenía una familia y poco tiempo para estar con amigos. Escuchó como sonaba su móvil, intentó sacarlo del bolsillo del pantalón vaquero, pero era tan estrecho que no hubo manera, se levantó de la vieja mecedora de madera y lo sacó.

—¿Sí?

—Soy Brenda Clanion, me han dicho que usted es contratista.

—Contratista exactamente no, pero... ¿tú eres la bruja que me rompió la luna de la camioneta?

—¡Bruja tu madre! —gritó Brenda.

—Doscientos pavos por la luna o no cuentas conmigo. —dijo Joe divertido.

Brenda retiró el móvil de la oreja y lo mordió enfadada, ese idiota la tenía entre la espada y la pared, solo de pensar en tener que aguantarlo todos los días...

—Está bien, te pagaré, te espero esta tarde en la Mansión Clanion.

—Allí estaré, zeñorita Clanion.

Brenda colgó y contuvo las ganas de arrojar el móvil por la ventana. ¿Zeñorita Clanion? ¿En serio? Menudo palurdo, ignorante y paleta le había tocado aguantar.

Joe sacó otra cerveza de la nevera portátil y sonrió, le encantó hacer enfadar a esa bruja. Últimamente no tenía trabajo, de manera que aceptaría soportarla por un tiempo. Miró hacia la izquierda y contempló la mansión Clanion, apenas unos quinientos metros la separaban de su cabaña. El abuelo de esa pava era buena gente, le vendió aquel terreno por una miseria en cuanto conoció su historia.

—Theodore, con lo bueno que eras, ¿cómo pudiste tener una nieta así? ¡Joder!

Por la tarde, Joe aparcó la camioneta junto a la entrada de la mansión, bajó del vehículo y miró el edificio, estaba en muy mal estado. Paneles enteros de madera carcomidos, la pintura mejor ni hablar y las ventanas...

Subió la escalinata de la entrada y pulsó el botón del timbre. Adele no tardó en abrir y mirar con seriedad a Joe.

—Trata bien a mi niña o te corto las pelotas.

Joe la agarró de la cintura y la alzó en el aire para acercarla y darle un beso en la mejilla.

—¡Suéltame, animal! —protestó Adele.

—Adele, Adele, si tuvieras unos pocos años menos...

—Pórtate bien o agarro el mazo de alisar la carne y te doy en la cabeza. —amenazó Adele, mirándole con seriedad.

Joe le lanzó un beso y borró su sonrisa en cuanto vio aparecer a la chica de pelo rojizo, ojos azules y un carácter que haría enfadar a un santo. Joe extendió la mano derecha y le mostró la palma a Brenda.

—Mi pasta o me voy.

Brenda sacó su monedero y cogió dos billetes de cien, de mala gana se los

entregó.

—El trabajo sería...

—No te molestes, eres famosa en Morgan, todos mis amigos contratistas te odian. Sé lo que le pasa a esta bella mansión. —dijo Joe acercándose a una columna agrietada. La acarició con delicadeza y suspiró.

—Esos eran unos imbéciles.

—Necesitaré personal para ayudarme, ¡más te vale pagar bien! Otra cosa, si acepto el trabajo, será bajo mis condiciones.

—¿Qué condiciones?

—La primera, no hables con ninguno de mis trabajadores. Segunda, guárdate tus sugerencias, haré lo mejor para esta casa y la tercera... cada vez que hables conmigo, estarás en ropa interior.

Brenda lo miró ceñuda y ojos centelleantes mientras se cruzaba de brazos, trató de contener las ganas que tenía de darle un buen guantazo. Contrólate Brenda, que no tienes opciones.

—Vale, la tercera es opcional. ¿Qué me dices?

—El dinero no es problema, pero quiero rapidez. —respondió Brenda.

—Bien, me marcho, tengo que intentar convencer a mis amigos para que vuelvan a pisar terreno maldito.

—¿Terreno maldito?

—¿No lo sabes? Te llaman la bruja de Morgan.

Brenda gruñó, ladeó la cabeza, enfurecida, y entró en la mansión, cerrando la puerta con un sonoro portazo. Joe soltó una carcajada, iba a ser divertido enfurecerla a diario y encima ganar dinero. Ahora tocaba ir a Morgan y pagar una buena borrachera a esos malnacidos para conseguir que trabajaran con él.

—Ni de broma vuelvo a trabajar con esa loca. —gruñó Bill.

—No trabajarás con ella, trabajarás para mí. Además, he hablado con la bruja y le he impuesto mis condiciones, una de ellas es que solo puede hablar conmigo. —dijo Joe mientras agarraba la jarra de cerveza para dar un trago.

—¿Seguro que no hablará con nosotros? —preguntó Bill dudoso.

—Tienes mi palabra.

—Está bien, yo pongo a mis hombres, pero oficialmente el contratista eres tú.

Joe asintió y dio un sorbo a su cerveza, recordó a la pelirroja, estaba buena, pero también loca.

Brenda se sentó en la cama y suspiró. Si ese idiota reformaba la mansión,

cumpliría una de las condiciones, pero aún seguía estando la otra condición. ¿Cómo iba a casarse? Tenía que conseguir la fortuna de su abuelo, no solo era por mantener su ritmo de vida, eran muchas empresas, muchos trabajadores que se podrían ver en la calle y sus padres no tenían una pensión muy alta. ¿Pero quién se casaría conmigo?

Joe se tumbó en la cama, si no estaba borracho, poco le faltaba. Resopló un par de veces, tenía frío y ninguna gana de quitarse la ropa y taparse con las mantas. No tenía fuerzas. Su móvil empezó a sonar, ¿por qué habría puesto ese sonido de teléfono antiguo, tan molesto?

—¿Sí?

—¿Tienes ya tu equipo para la reforma?

—Zip, pelo no ze zi te van a aguantal.

—¿Estás borracho?

—Zip. —respondió Joe y colgó.

El teléfono volvió a sonar y Joe miró la pantalla, aparecía la palabra Bruja.

—¡A mí no me cuelga nadie! —gritó Brenda y colgó.

Está como un cencerro esta bruja loca, pensó Joe y se quedó dormido con el móvil en la mano.

Por la mañana, Brenda desayunaba en la cocina unas tostadas con mermelada y mantequilla, mientras miraba las últimas noticias en su tablet.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Adele.

—No lo sé, pero soy una chica muy guapa, alguien habrá dispuesto a casarse conmigo. —respondió Brenda, mientras pasaba el dedo por la pantalla del tablet y seleccionaba una página.

—Cariño, tienes que ser más dulce o ningún hombre bueno se acercará a ti.

—¿Hombre bueno? ¿Eso existe?

Adele la miró, no sabía si reírse o reñirle.

—Mi Cedric era un buen hombre, algo tonto, pero... lo echo de menos cada día.

Brenda se quedó mirándola con cierta envidia, ella nunca tuvo lo que se dice un novio formal, solo rollos de una noche, usar y tirar.

—Si sigues así, tendrás que pagar a alguien para que se case contigo. —gruñó Adele mientras se giraba hacia el lavadero y cogía unas blusas que quería lavar a mano.

Brenda se quedó mirándola con asombro, ¡eso es! Pagaré a un tío para que finja ser mi marido, así me ahorro aguantar a un idiota, hará lo que yo diga en

todo momento y punto. ¡Genial!

Capítulo 2

Joe aparcó la camioneta cerca de la entrada de la mansión y esperó a que llegara Bill con sus hombres. Aunque la mansión estaba cerca, les separaba un largo muro, que le obligaba a dar un rodeo de varios kilómetros y no quería perder tiempo, ni darse una caminata.

Bill apareció seguido de sus hombres, bajaron de las furgonetas y comenzaron a descargar sus herramientas.

—Tú mandas, ¿Por dónde empezamos? —preguntó Bill.

—Terminad la escalera, y haz que varios de tus hombres revisen la instalación eléctrica.

Bill asintió con la cabeza, complacido, le alegraba ver que Joe parecía tener las mismas ideas que él.

Brenda salió de la mansión y se cruzó de brazos, mirando como los operarios agarraban sus herramientas y entraban dentro de la casa, sin mirarla, ni dirigirle la palabra. Se tuvo que morder la lengua para no soltarles una bordería.

—Buenos días, veo que cumples mis normas, me alegro, así todo irá más rápido. —dijo Joe.

—¿Qué van a hacer? —preguntó Brenda.

Joe la agarró de la cintura y la apartó hacia un lado, pero no tuvo tiempo de esquivar la madera que se desprendió del techo del porche.

—¡Dios mío, estás sangrando! ¿Me has salvado la vida?

—No seas melodramática, solo he evitado que te llevaras un golpe.

Brenda lo agarró de la mano y tiró de él hasta el interior de la mansión, cruzaron un pasillo y entraron en un servicio.

—Siéntate en el wc. —ordenó Brenda.

Joe obedeció de mala gana, prefería hacerlo a discutir, le dolía la cabeza por la resaca y aquella loca era muy gritona.

Brenda agarró un bote de agua oxigenada y algodón, preparó un trozo y lo impregnó de desinfectante, luego apartó el pelo de Joe hasta ver la herida. No

era grave, ni siquiera necesitaría puntos, eso sí, tendría un buen chichón. Acercó el algodón y lo pasó por toda la zona.

—¡Aaaaaah! —gritó Joe.

—¡Serás quejica! Esto no duele, ni escuece, es agua oxigenada.

—Me estás apretando.

—Es cierto, no he podido evitarlo. —mintió Brenda, que estaba disfrutando, apretando el algodón contra la herida, para hacerle daño. ¡Te jodes! Esto por llamarme bruja.

—Bueno, te agradezco la cura, pero tengo trabajo y me imagino que tú tendrás cosas que hacer, aunque no tengo claro qué hace una ricachona como tú.

Brenda lo miró, destilando odio por los ojos, se concentró y respiró profundamente.

—¿Qué planes tienes para la reforma?

—Pronto lloverá, así que voy a empezar por el interior de la casa, electricidad, fontanería, comprobar el estado de la madera de las paredes y finalmente el exterior. Si quieres mantener el jardín, puedo llamar a un buen jardinero.

—Me parece bien, si necesitas consultarme algo, estaré en mi despacho, en la planta de arriba.

Joe se quedó mirándole el culo y ella se percató, pero se limitó a salir del servicio y marcharse. ¡Puñetero cerdo!

—¡Vamos chicos! Daros vida, que quiero los trabajos listos cuanto antes.

—Joe, la escalera estará terminada entre hoy y mañana, pero la instalación eléctrica solo está actualizada en algunas zonas de la mansión.

—Bien, voy a subir a preguntarle por la instalación de internet. Que los chicos trabajen duro, cuanto antes acabemos esta reforma, mejor.

Bill asintió y se marchó. Joe subió las escaleras, esquivando a los dos carpinteros, que estaban sustituyendo las maderas de los escalones, caminó por el pasillo principal hasta el despacho, que en otros tiempos ocupara Theodore. Recordó cuando firmó la compra de su terreno, recordó por qué tuvo que hacer esa compra y sintió un nudo en la garganta. No pienses en ello Joe, ya es agua pasada. Tocó a la puerta y esperó a que le dijera que podía pasar, al no hacerlo, se hartó y abrió la puerta. Brenda dio un respingo y se tapó con una blusa los pechos.

—¡No te dije que podías pasar! —gritó Brenda enfurecida.

—¿Estás loca?, ¿pero quién diantres se cambia de ropa en un despacho?

—No me estoy cambiando de ropa, me estaba probando una blusa que compré por internet.

—Existe una cosa que se llama sujetador. —replicó Joe con malicia.

—¡Qué quieres, idiota! —gritó Brenda, en el fondo fastidiada porque ese cerdo le hubiera podido ver los pechos y por cómo se mordía el labio inferior, debió de haberlos visto.

—Estamos con la instalación eléctrica, ¿quieres que introduzcamos la instalación de internet en las paredes, o la dejamos tal cual está?

—Mejor en el interior.

Joe asintió y se dispuso a salir, abrió la puerta y se giró.

—Por cierto... ¡bonitas tetas!

Brenda agarró un jarrón que tenía en el enorme escritorio y se lo arrojó. Joe lo esquivó de milagro, la miró con los ojos muy abiertos y se marchó.

—¡Joder con la bruja! Está que alucinas en colores, menudo calentón he pillado.

Durante toda la semana, los chicos se afanaron, pero la mansión estaba prácticamente en ruinas, llevaría tiempo arreglarla, mínimo hasta primeros de diciembre, y estaban en noviembre. Joe empezaba a impacientarse, ya no era tan divertido trabajar con ella, cada día estaba más fría y sus bromas no causaban ningún efecto. Algo le pasaba a la bruja y no tenía ni idea de qué podía ser, para colmo, Jensen y su familia estarían fuera de Morgan hasta finales de diciembre. Estaba aburrido y no podía evitar pensar en cosas que le torturaban, los secretos, que ni siquiera había compartido con Jensen, su mejor amigo.

Brenda no dejaba de hacer llamadas a sus antiguos pretendientes, pero la idea de casarse les aterraba lo mismo que a ella.

—Hola Cris.

—¡Hola guapa! ¿Cuánto tiempo?

—Cris... necesito un favor, un enorme favor.

—Pues, tú dirás.

—Necesito que... te cases conmigo.

Brenda notó como se hacía el silencio al otro lado del teléfono, normal, estaría asustado, como todos.

—¡Vaya! No te andas con chiquitas.

—Sería temporal.

—Lo siento Brenda, pero tengo pareja y por primera vez, voy en serio.

—Bueno, no pasa nada, me alegro por ti. Adiós Cris.

—Adiós Brenda.

Dejó el móvil sobre la mesita de noche y se metió en la cama. La presión era enorme y no parecía tener ninguna posibilidad de encontrar a nadie dispuesto a representar esa farsa matrimonial.

Joe no dejaba de soñar con Brenda, pero aquella noche, los sueños eran mucho más intensos. Se despertó, agarró una botella de agua que solía dejar junto a la cama y dio un trago. Aquella maldita bruja se le había metido en la cabeza y no sabía qué hacer para sacarla de allí.

El viernes por la mañana, Joe entró en el despacho de Brenda, esta vez esperó a recibir la aprobación.

—Necesito que vengas conmigo a un almacén de materiales, hay que elegir varias cosas.

Brenda apagó el portátil y caminó hasta una percha donde tenía colgado su chaquetón, no le apetecía lo más mínimo salir y menos para ir a escoger materiales.

—Iremos en mi coche. —ordenó Brenda de forma tajante.

—Es mejor la camioneta, es un camino bastante abrupto.

—¡Iremos en mi coche! —gritó Brenda.

—Ok, iremos en tu coche.

El coche no dejaba de golpear los bajos contra el suelo, el porche no estaba diseñado para circular por caminos de tierra, llenos de desniveles. Con cada golpe, Brenda hacía una mueca de dolor y Joe sonreía. ¡Jódete, por mandona!, Pensó Joe, divertido.

Aparcó junto a la oficina y se bajó del coche, estaba furiosa. Joe estaba serio, pero podía ver en sus ojos que estaba disfrutando.

—Bueno, empezaremos por los suelos para las habitaciones. —dijo Joe, agarrándola de la mano y tirando de ella hacia uno de los pasillos del sucio almacén.

Brenda se sorprendió al sentir que le cogía la mano, su primer impulso fue gritarle, ¿cómo se atrevía a tomarse esas confianzas? Era su cliente, no su novia. Estaba como hipnotizada, la colonia de Joe le gustaba, la delicadeza con que ese bruto le cogía la mano... ¡Brenda, es un paleta! Un paleta que está buenísimo y que en esos momentos la miraba con seriedad.

—¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

—Sí, claro. —mintió Brenda.

—Estas maderas son muy buenas para las paredes, pero creo que estos azulejos quedarían bien en el servicio, sin embargo, para los dormitorios prefiero estos otros. ¿Qué piensas?

—Estoy de acuerdo contigo, pero en lugar de esos azulejos blancos, con manchitas azuladas, prefiero estos, con manchitas grises. —respondió Brenda.

—Ok, tu casa, tus preferencias. Puedes esperarme en el coche y yo voy haciendo el encargo en la oficina.

Brenda asintió con la cabeza y caminó hasta la salida, en unas horas, los obreros se irían a casa y no regresarían hasta el lunes. El dilema era ¿qué hacer durante el fin de semana?

Media hora más tarde, Joe abandonó el almacén y entró en el coche, parecía sonriente.

—Te he conseguido un descuento.

—Perfecto, por cierto ¿hay algo interesante para hacer en esta ciudad?

—No sé, ¿qué le gusta hacer a una ricachona?

Brenda clavó su mirada en él y él se la devolvió sin dudar.

—Puedes ir al cine, pasear por el centro comercial, hay museos y bares de copas.

—Ya veré lo que hago. ¿Tú que sueles hacer?

—Pescar en el lago, cazar cuando se puede y los sábados por la noche me voy al Rincón de Morgan, es un bar de un amigo, pero no te lo recomiendo.

—¿Por qué?

—No es para estiradas como tú.

—¿Te sientes más hombre cuando me insultas?

—¿Y tú más mujer cuando me insultas?

Brenda arrancó el motor y abandonó aquel maldito almacén. ¿Cómo un tío era capaz de tener ese tacto al cogerte la mano y ser un imbécil?

Por la noche, Brenda seguía enfadada, ¿qué, ese bar no era para estiradas? Pues iría y le demostraría que ella iba donde le daba la real gana. ¿Pero quién se creía ese paleta que era?

Se ajustó su vestido rojo y estrecho, se maquilló, maldita ciudad que la odiaba sin conocerla de nada. Se puso unos zapatos negros de tacón y dejó su dormitorio. ¡Idiota! Bajó las escaleras y abandonó la mansión. Se quitó los zapatos para conducir mejor y recorrió las calles de la ciudad, no tenía ni idea de dónde se encontraba ese bar. No había cenado mucho y lo cierto es que

solo quería ir a ese bar, restregarle en la cara su presencia y marcharse al poco tiempo. Se detuvo junto a la acera y bajó la ventanilla.

—¡Perdone! ¿El Rincón de Morgan?

El anciano la miró, se llevó la mano derecha a la cabeza y se arrascó la nuca.

—Señorita, ese no es el mejor bar para una mujer.

—¿Sabe dónde está, o no? —preguntó Brenda, harta de aguantar machistas dominantes.

—Tercera calle, a la izquierda, hasta llegar al semáforo, luego continúe por la avenida, hasta el final, y tuerza a la derecha, tiene un letrero luminoso.

—Gracias.

Inició la marcha y respiró profundamente, puñetera manía de decirle dónde podía ir y dónde no.

Cuando llegó al bar, vio el luminoso y muchas motos aparcadas en la puerta. ¡Joder, menudo antro!

Aparcó y se puso los zapatos, se iban a enterar esos paletos. Cruzó la calle y subió los cuatro peldaños que había hasta llegar a la puerta principal. Nada más entrar, supo que no había sido una buena idea, olía a cerveza hasta apestar, y estaba lleno de moteros y tipos con el mismo aspecto desaliñado de Joe. Entró y se acercó a la barra, revisó el bar y comprobó que él no estaba. ¡Joder, estúpida! No se paró a pensar que igual podía no ir ese día. Un motero, con el pelo largo, se acercó a ella y se colocó a su lado. El olor a sudor casi le hizo desmayarse, pero reunió fuerzas y se contuvo.

—¿Qué desea beber la señorita? —preguntó el barman

—Un Martini.

—Ahora mismo. —respondió el que suponía debía ser el amigo de Joe, un tipo gordo, alto y con el pelo negro azabache.

—Dime nena, ¿has venido sola? —preguntó el motero.

—Eso no es de tu incumbencia. —replicó Brenda.

—¡Guauuu! La gatita tiene uñas.

—Sí y no dudaré en usarlas.

—Dime, ¿Cuánto cobras?

Brenda abrió los ojos y le dio un sonoro guantazo. El motero la miró rabioso y levantó la mano con intención de devolverle el golpe. Brenda, casi cierra los ojos, aterrada por lo que ese bestia pudiera hacerle, pero alguien le agarró el brazo. Espera... ¿ese es?

Joe agarró el brazo del motero y le obligó a girarse para poder verle bien la cara.

—No se pega a una mujer.

—Es una zorra. —replicó el motero.

—Bien, pídele perdón y márchate.

—No voy a pedirle perdón a esa zorra.

—¿Es tu última palabra?

—¿Algún problema? —respondió el motero, acercando su cara a la de Joe.

—Ninguno. —dijo Joe y le pegó un cabezazo tan fuerte, que el motero cayó al suelo, sin sentido.

Brenda se quedó mirándolo, estaba agradecida por haberla defendido, pero ¡Joder, qué bestia! Miró al motero y luego a Joe, que la cogió de la mano y la obligó a salir del bar. Por el camino, Brenda aprovechó para clavar los tacones en la mano del motero.

Una vez fuera, Brenda se libró de su agarre y se revolvió como una fiera.

—Te dije que este no era lugar para ti. —gruñó Joe.

—Yo voy donde quiero, ¡te enteras! —chilló Brenda.

Joe apretó los dientes, miró hacia un lado y trató de calmarse, solo de pensar lo que ese cerdo u otro podía haberle hecho, se ponía enfermo.

—Se acabó, ¡vete a casa, ahora mismo!

—¿Vete a casa? ¿Ahora mismo? ¿Te crees mi dueño?

Joe se agachó, le agarró una pierna y Brenda tembló al sentir sus manos. Le cogió el pie derecho y le rompió el tacón del zapato.

—¡Estás loco! Me acabas de romper mis zapatos nuevos y estos zapatos valen más que tu mugrosa camioneta.

—Márchate o te rompo el otro zapato, y si es necesario, el vestido.

—¿No serás capaz?

—Pruébame.

Brenda caminó como pudo, tambaleándose como si estuviera coja, hasta el coche. Abrió la puerta, se quitó los zapatos y los tiró al asiento de al lado, estaba furiosa.

Capítulo 3

Joe caminó hasta su camioneta y se dispuso a seguirla, no se fiaba de que aquella loca se atreviera a volver. Cogió el teléfono y llamó a su amigo Matt.

—Matt, carga lo que te haya pedido la loca del vestido rojo a mi cuenta y si alguna vez la ves aparecer, me llamas.

—Tranquilo Joe, yo tampoco quiero a esa loca aquí, será un placer avisarte si la vuelvo a ver.

Joe arrancó el motor y se incorporó al tráfico, la seguiría a distancia.

Durante todo el camino fue molesto, no le gustaba tratarla así, pero cuando vio a ese animal dispuesto a pegarle, sintió que se le revolvía el estómago. Si le llega a pegar...

Brenda conectó la radio en un intento vano de relajarse y no pensar, su mente estaba dividida entre el odio que sintió cuando él le dio órdenes y el agradecimiento por haberla salvado de ese cerdo. Miró por el retrovisor y sintió una punzada al ver la camioneta de Joe, por unos instantes, vino a su mente la imagen de él cogiéndole la mano en el almacén, sentir sus dedos en su pierna... Enfiló el camino que llevaba a la mansión y detuvo el coche. Joe tuvo que frenar en seco, para no embestirle con la camioneta, no esperaba encontrarla allí parada, y menos, a la vuelta de un recodo.

Brenda se bajó del coche y caminó hacia la camioneta, enfurecida, deseosa de arrancarle la cabellera. Joe no era de los que huían, se bajó del vehículo y la miró fijamente.

—¿Qué quieres? ¿No te basta con romperme el zapato y hacerme sentir como basura?

—Yo no quería eso.

—¿No? Reconócelo, has disfrutado humillando a la bruja ricachona.

Joe le dio la espalda y apoyó las manos sobre el capó de la camioneta, entrecerró los ojos y guardó silencio.

—¿Qué pasa, se te ha comido la lengua el gato?

—Cuando vi que ese tipo iba a pegarte... Lo siento, no debí romperte el

zapato, pero no podía pensar con claridad, solo quería alejarte de allí, tenía miedo de que te hicieran daño. —dijo Joe, girándose y mirándola con ojos temblorosos y voz vibrante.

Brenda se quedó sin palabras, verlo así, tan afectado, cuando ella pensaba que la odiaba, la dejó paralizada.

—Mira, yo no soy como esos hombres educados que conoces, no sé comportarme y no tengo modales. Quise ayudarte, pero lo hice de la peor manera. —añadió Joe, dispuesto a marcharse.

Brenda se acercó a él, se agarró a su cuello y lo besó, luego reaccionó y se apartó como si el contacto con Joe fuera a electrocutarla.

—Yo... no sé qué me ha pasado, nunca nadie me había defendido y...

—Por favor, no vuelvas a ese sitio. —dijo Joe, tratando de mantener un aspecto frío, pero sin conseguirlo—. Nos vemos el lunes por la mañana.

—Sí, hasta el lunes. ¿Joe?

—¿Sí?

—Gracias.

Joe asintió con la cabeza, abrió la puerta de la camioneta y entró dentro del vehículo, miró por última vez a Brenda y encendió el motor, necesitaba largarse de allí lo más rápido posible.

Brenda subió al coche y regresó a la mansión, sacó el mando de la verja y la abrió, entró y aparcó en una de las plazas de aparcamiento, con techo de teja. ¡Mierda, mierda! ¿Por qué lo has besado? Ahora ese idiota te hará la vida imposible, el lunes vendrá, pavoneándose, y seguro de sí mismo.

Joe aparcó la camioneta junto a la cabaña y entró en ella, necesitaba una ducha fría y cerveza, mucha cerveza. Abrió la puerta y cerró con llave, se desvistió y se metió en la ducha, le agradaba bañarse con agua fría.

Brenda llenó la bañera de agua caliente, echó sales de baño y se metió dentro, necesitaba relajarse. No podía olvidar el beso, sentir sus labios... ¡Brenda, es un paleta! Sí, pero tiene un culo y un cuerpo espectacular, si no fuera tan dejado, con esos pelazos siempre en la cara y esa cara de idiota. ¿Cara de idiota? ¡Es guapísimo!, ¡vale!, pero es un idiota y de vez en cuando habla como un inculto, no lo soporto.

Joe se pasó el fin de semana en la cabaña, no tenía ganas de nada, ese beso lo había devuelto a la realidad, estaba solo, envidiaba a Jensen, él tenía a Lucy, Dalia y a sus padres, pero él estaba completamente solo. Sacó una cerveza de la nevera portátil, tiró de la anilla para abrirla y dio un trago.

Escuchó que un coche se acercaba y se extrañó, nadie, salvo Jensen, solía visitarle y nunca lo hacía los domingos, además le constaba que no estaba en Morgan. Cuando vio aparecer el morro del Porsche, tragó saliva, lo que le faltaba.

Brenda abrió la puerta del coche y salió fuera, el aire frío acarició sus mejillas y por unos segundos la hizo temblar. Caminó hasta la parte delantera de la cabaña, y vio a Joe sentado en una vieja mecedora de madera.

—Hola. —dijo Brenda.

Joe se limitó a asentir con la cabeza y dar otro trago de cerveza. Brenda subió los escalones del porche y se sentó en la otra mecedora, que había junto a la de Joe.

—No sabía que éramos vecinos.

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Adele.

—¿Y qué te trae por aquí?

—Quería saber cómo estabas, le diste un buen cabezazo a ese tipo.

—Tengo la cabeza dura, ventajas de tener poco cerebro.

—¿Por qué hay veces que hablas como un paleta y otras no?

—Supongo que me falla el cerebro.

Brenda sonrió y él apartó la vista, estaba arrebatadora con ese chaquetón tan ajustado y esos pantalones negros tan apretados, que lo marcaban todo. ¡Joder Joe, cálmate, que es la bruja!

—Te ofrecería una cerveza, pero las ricachonas sois más de champán.

—¿Por qué siempre tienes que tratar de ofenderme? —preguntó Brenda, hastiada por esos cambios de humor.

—No lo sé, no puedo evitarlo, supongo que es una medida de defensa para evitar que las chicas guapas se enamoren de mí.

Brenda sintió una punzada en el corazón, ¿me acaba de soltar un cumplido? ¡Naaaaa, imposible!

—¿Piensas quedarte solo para siempre?

—¿Crees que una chica estaría dispuesta a vivir conmigo, en mi cabaña? Soy un solitario, qué le vamos a hacer.

—Lo cierto es que yo también soy una solitaria.

—Pues nada, si un día nos hartamos de estar solos, podemos vivir juntos y discutir a diario. —dijo Joe sonriendo y mirando al lago.

Brenda recordó la segunda condición, debes estar casada por lo menos un

año. Ningún hombre quería estar casada con ella, ni aun sabiendo que sería una farsa, nadie quería convivir con ella. Por unos instantes, se le humedecieron los ojos, y a punto estuvo de llorar.

—¿Estás bien?

—Sí, no suelo salir mucho últimamente y este ambiente me provoca que los ojos me lagrimeen mucho. —mintió Brenda.

—Es noviembre y hace mucho frío, deja que llegue diciembre, y verás.

—No creo que esté aquí en diciembre. En cuanto esté terminada la obra, me marcho.

Joe dio un sorbo a su cerveza, por alguna extraña razón, no le agradó escuchar eso.

—Bueno, debo irme, mañana nos vemos.

Joe la miró fijamente y asintió con la cabeza, le costaba expresarse desde que lo besó.

Brenda caminó hacia el coche y lo miró, parecía tan triste, allí sentado. Entró en el coche y regresó a la mansión.

El lunes por la mañana, los obreros continuaron su trabajo, pero Joe no apareció por allí en todo el día. Brenda, nerviosa, decidió llamarle por la tarde.

—¿Sí?

—¿Ocurre algo? —preguntó Brenda.

—No.

—Hoy no has venido.

—Los chicos saben lo que tienen que hacer, no te preocupes, está todo controlado.

—¿Mañana vendrás?

—Veo que tienes ganas de verme, ¿no te habrás enamorado de mí?

—¿Yo, enamorada de ti? ¡Vete al carajo! —gritó Brenda y colgó—. Esto me pasa por preocuparme por un paleta, idiota y engreído.

Joe dejó el móvil encima de la mesita y se giró en la cama, no podía dejar de pensar en Brenda, por eso no fue a trabajar, necesitaba algo de tiempo.

El martes por la tarde, Joe aparcó la camioneta, agarró una carpeta y caminó hacia la mansión. Bill salía en ese momento en busca de unas herramientas.

—Hola Joe.

—¿Qué tal todo?

—La bruja nos deja trabajar y todos lo agradecemos.

Joe sonrió, abrió la carpeta y buscó un folio en el que había hecho algunos dibujos e indicaciones.

—Mira, esto es lo que quiero que hagáis, estaré fuera esta semana.

Bill miró el papel y asintió con la cabeza, le pareció bien el trabajo que Joe le había asignado. Para no ser un contratista, se le daba de maravilla, no sería ninguna locura pedirle que se asociara con él.

Brenda se asomó a la ventana al escuchar la camioneta, apartó la cortina con cuidado y observó como Joe hablaba con Bill, esbozó una sonrisa, que se disipó en cuanto vio a Joe regresar a la camioneta, y alejarse. ¿Estaría enfadado por el beso? Soltó la cortina y caminó hacia su escritorio, se sentó en el sillón y suspiró.

Joe decidió no coger el teléfono si ella lo llamaba, necesitaba sacar su frialdad y dejar de pensar, no podía creer que se hubiera enamorado de una bruja. Un beso y ya estaba enamorado como un idiota, menudo imbécil estaba hecho. En diciembre se marchará para siempre y no se acordará de un paleta como tú, se dijo a sí mismo.

Capítulo 4

Dos semanas después

Joe bajó de la camioneta y se quedó mirando la fachada de la casa, sus chicos ya habían empezado a repararla. Sustituían las maderas enmohecidas y carcomidas por otras nuevas, cuando empezaran a pintar, recuperaría su esplendor. Entró en la mansión y buscó a Bill, que estaba supervisando la instalación eléctrica.

—Hola Bill, veo que recibiste mis mensajes. La fachada está quedando genial, y por lo que veo, la instalación eléctrica está casi terminada.

—La verdad es que la casa estaba mejor de lo que parecía, hemos terminado la escalera, la fontanería y parte de los suelos. He contratado a más gente para acelerar el proceso, tal y como me pediste. —informó Bill.

Joe asintió y se giró al escuchar una voz inconfundible.

—Hola Joe.

—Hola Brenda.

—¿Podemos hablar? —pidió Brenda.

Joe la acompañó por uno de los pasillos, que daba a la parte trasera de la casa, aquella parte aún estaba cubierta por la maleza.

—¿Tú dirás?

—¿Estás enfadado conmigo? ¿Por eso no has aparecido estas semanas?

—No me encontraba bien, debí coger la gripe. —mintió Joe.

—¿Cuánto crees que le queda a la obra? —dijo Brenda, cambiando de tema, porque desde luego lo de la gripe no se lo creía.

—Seguramente para finales de la primera quincena de diciembre estará lista, y podrás perderme de vista para siempre. —contestó Joe, sonriendo.

Brenda sintió una punzada en el estómago, no había pensado en eso, y por alguna extraña razón, le molestaba.

—Morgan se quedará sin su bruja.

—Así es. —dijo Joe.

—¡Eres un imbécil y un maleducado! Te ha faltado tiempo para darme la

razón.

—Tú te has llamado bruja, a mí no me culpes.

—Pero podías haber dicho que no era una bruja.

—Es que lo eres.

—¡Imbécil! —gritó Brenda entrando en la casa enfurecida. Los obreros se quitaban de en medio en cuanto la veían, nadie se atrevía a mirarla a los ojos.

Joe entró en la mansión y ayudó a Bill, cuanto antes acabaran, mejor, y todavía quedaban tres semanas de trabajo.

Al mediodía, los chicos y Joe salieron al jardín delantero para almorzar, cada uno acudió a su vehículo para coger su tartera. Joe sacó un bocadillo y se sentó junto a Bill, que miraba con deseo su estofado de ciervo.

—Siempre comiendo bocadillos, cuando seas viejo lo pagarás. —gruñó Bill.

—Como que si tú no estuvieras casado, estarías ahora comiendo estofado. —bromeó Joe.

Brenda los observaba desde su despacho, ese idiota paleta la ponía a cien por hora, pero en el mal sentido, qué ganas de partirle la cara a guantazos. Joe levantó la vista y la vio, no dudó en guiñarle un ojo, lo que provocó que ella se apartara de la ventana de un salto y chillara histérica.

Los chicos hablaban de caza, pesca y deportes, pero Joe estaba en su mundo, daba un bocado tras otro a su bocadillo de salami y queso, el que siempre se preparaba, por dos razones, le gustaba y no sabía cocinar, vivía a base de latas en conserva y precocinados. No seas cerdo Joe, deja de pensar en sus tetas, y no imagines más, o a ver cómo explicas que tu pene crezca rodeado de tíos.

Se levantó y se sacudió las manos, caminó hacia la mansión y entró dentro. Adele estaba como de costumbre en la cocina, su lugar favorito, según ella. Joe entró, le dio un abrazo y un beso en la mejilla, encendió la radio y buscó una emisora con marcha, no tardó en escucharse Trouble, de Pink. Tiró de Adele hasta el centro de la cocina y la obligó a bailar con él, al principio ella maldecía y gruñía, pero acabó riendo.

—Eres mi chica favorita, que lo sepas.

—Eres un sinvergüenza, que lo sepas. —replicó Adele.

—Lo sé, por eso ninguna chica me quiere, me conocen y están en estado de alerta máxima.

Brenda, que había bajado porque sus tripas ya pedían algo de comida, y

amenazaban con hacerla gritar de dolor, contempló la escena. Apoyó la cabeza contra la puerta y se quedó mirándolos, no sabía que Joe pudiera ser divertido.

—¿Qué te parece mi niña?

—Guapa, con un cuerpazo...

Brenda sonrió al escuchar esas palabras.

—Y con un carácter de bruja insoportable.

Brenda gruñó, entró en la cocina y clavó sus ojos en Joe, se cruzó de brazos, pero el olor a carne asada la distrajo y acabó mirando el horno.

—Tengo hambre. —dijo Brenda.

—La bruja tiene hambre. —dijo Joe, y Adele le dio un codazo en el estómago que lo hizo doblarse de dolor, si llega a ser más bajita, imagínate dónde habría recibido el golpe.

Brenda sonrió satisfecha, le encantó verlo doblegado por el dolor, Adele siempre la defendía con uñas y dientes.

—Mi niña, siéntate a la mesa, que ahora mismo saco el pollo, y tú Joe, también. Seguro que te has comido un bocadillo de salami con queso, como siempre. —dijo Adele, mientras apagaba el horno y preparaba unas manoplas para sacar la bandeja.

—No quiero comer contigo. —gruñó Brenda.

—Yo tampoco, pero Adele me da miedo y no quiero hacerla enfadar. —confesó Joe.

—¿Bocadillo de salami con queso?

—No sé cocinar y no soy una bruja ricachona, no tengo nadie que me haga la comida. Además, ¿y a ti qué te importa lo que coma?

—Como os vuelva a escuchar discutir, os vais a enterar, todo el santo día de bronca. Pues sabéis el refrán, ¿no? “El que se pelea, se desea”. —dijo Adele.

—Un carajo. —respondieron Joe y Brenda a la vez, se miraron sorprendidos y ambos gruñeron fastidiados.

—Esa boca niños, esa boca...

Adele preparó unos platos y los acercó a la mesa, luego colocó una botella de vino y dos copas y continuó trayendo cosas.

—¿Tú no comes Adele? —preguntó Brenda.

—Ya he almorzado, mi niña, tú lo haces muy tarde. —respondió Adele, que se quitó el delantal y los dejó solos en la cocina.

Joe cortó un poco de pollo y lo probó, no tardó en cerrar los ojos y sonreír.

—Sí, claro, me voy a creer que un paleta como tú come con cuchillo y tenedor un muslo de pollo.

Joe la miró, se le estaban encendiendo las mejillas, pero sabía como enfurecerla. Agarró el muslo de pollo con las manos, sin tener el menor cuidado de no mancharse, le dio un fuerte bocado y la salsa resbaló por su boca hasta cubrirle la barbilla.

—Por fin se muestra la bestia tal y como es. —dijo Brenda, con asco.

—Si sigues cortando trozos tan pequeños, cuando termines el pollo tendrás sesenta años. —dijo Joe, con la boca llena y procurando enseñar la comida.

—¡Qué asco! ¡Cierra la boca o me harás vomitar!

—¿Po qué? ¿No te guzta cómo como?

—Es repugnante.

—Pues te jodes, no haberte metido conmigo. —respondió Joe, agarrando un trozo de carne con las manos.

Brenda se apuró todo lo que pudo, estaba deseando terminar de comer y alejarse de ese cerdo, que debía de comer las sobras que le echaban en su corral. ¿Cómo has podido besarlo? Ahora tendré que hacerme analíticas por si me ha pegado la sarna o lo que sea que pueda tener este animal.

Joe entró en uno de los servicios y dio un respingo al encontrarse a Brenda en él.

—¡Joder, echa el pestillo! —gritó Joe.

—¿Te asusta pillarme semidesnuda?

—No, me asusta encontrarte cagando.

Brenda abrió los ojos como platos, lo apartó con una mano y salió del baño, pero no estaba dispuesta a dejarlo correr y volvió a entrar.

Joe se giró y escondió las manos a la espalda. Brenda lo miró ceñuda y se cruzó de brazos.

—¿Qué escondes?

—Nada que te importe.

—Enséñamelo. —ordenó Brenda.

Joe se abrió la cremallera del pantalón y Brenda lo miró con ojos de loca.

—¡Eso no, lo que escondes!

—¡Ah, bueno! Ya me extrañaba a mí que fueras capaz de ponerte caliente.

Joe, de mala gana y por no escucharla, le mostró algo envuelto en papel de aluminio, lo desdobló y sacó un envase alargado con dentífrico, y un cepillo de dientes.

—De manera que sí te preocupa tu higiene..., y entonces... ¿por qué has comido como un cerdo?

—Por fastidiarte, y ahora lárgate o me bajo los pantalones y te enseño el culo.

—Tranquilo, me voy, no quiero ver tu sucio culo de paleta. —respondió Brenda, con tono altivo.

Por la noche, Brenda estaba revisando unos documentos de su abuelo, cuando encontró un contrato de venta a nombre de Joe, se apellidaba Hill y sabía que se trataba de él porque hablaba del terreno contiguo a la mansión.

No sabía nada de él, nunca lo había escuchado hablar de su familia, ni siquiera cuando estaba con los obreros. Ahora, en frío, recordó su enfrentamiento durante el almuerzo y en el baño, y no pudo evitar sonreír, aunque no tardó en ponerse seria. ¡Al carajo el paleta! No estaba dispuesta a pensar en él.

Joe estaba duchándose, se enjabonó la espalda y pasó la esponja por ella, podía sentir las cicatrices. Su expresión se endureció, solía bañarse en público con una camiseta, fingía caerse al agua con ella, pero en realidad lo hacía por no descubrir su secreto. No quería la compasión de nadie, era un hombre fuerte y seguro de sí mismo.

Dejó que el agua fría recorriera su cuerpo y sonrió al pensar en la bronca que había tenido ese día con Brenda, echaría de menos esos momentos.

Por la mañana, se preparó un café y miró el lago, le encantaba ese momento del día, tranquilidad, soledad y su querido lago. Se tomó el café y se metió un bollo en la boca, se le hacía tarde y los chicos lo necesitaban. Montó en la camioneta, con una mano conducía y con la otra iba dándole bocados a lo que quedaba del bollo, suerte que era un camino por el que nadie solía pasar.

Brenda, sentada en su sillón, apuraba su café mientras veía llegar a los obreros por la ventana de su despacho. Como siempre, Joe era el último en llegar y el primero en irse, típico de los jefes.

Joe ayudó con el transporte de madera, tanto al interior, como al tejado de la mansión, durante todo el día, estaba sudando, así que se quitó el jersey y se quedó en camiseta interior, de tirantes. Los chicos lo miraban como si estuviera loco, pero a él le daba igual, tenía calor y punto.

Brenda bajó las escaleras para ver cómo iban las obras, se acercó a un obrero y le preguntó por Joe.

—Está en el jardín trasero, cortando maleza. —informó el obrero, sin

mirarla a los ojos.

Brenda, acostumbrada a esos desaires, se limitó a recorrer el pasillo y salir al jardín, allí lo vio y no pudo evitar sentir otra vez esa maldita electricidad que le producía escalofríos, se mordió el labio y se quedó mirando a Joe. Estaba cubierto por el sudor, podía ver sus brazos musculosos y parte de su torso. ¿Si no fuera un paleta?

—No des un paso, estoy sudando y estoy demasiado cansado para que me digas que soy un cerdo. Hoy no estoy para juegos.

—Solo quería preguntarte cómo van las cosas. —alegó Brenda en su defensa.

—El interior de la mansión está casi terminado, queda el exterior y la zona ajardinada. Espero comenzar a pintar la semana que viene y ya he avisado a un equipo de jardinería. —informó Joe, sin dejar de cortar maleza.

—Te vas a resfriar. —dijo Brenda.

—¿Ahora te preocupa mi salud? —respondió Joe, confundido. Dejó el enorme machete junto a un árbol y caminó hacia Brenda—. Tengo sed, déjame pasar.

Brenda se apartó y respiró aliviada, Joe era de esas pocas personas que no tienen un sudor fuerte, capaz de reventarte las fosas nasales. Nunca pensó que él pudiera oler bien, pero aquello la descolocó, supuso que la naturaleza le quiso compensar su estupidez.

Joe no tardó en salir de la cocina, pasó junto a ella sin mirarla y siguió cortando maleza. Brenda estaba como hipnotizada, no podía dejar de mirarle.

—Cuando termines de admirarme, puedes irte a tu despacho y hacer como que trabajas.

Brenda lo miró con los ojos muy abiertos, levantó la nariz, y se marchó ofendida.

Joe estaba nervioso, ella no dejaba de observarle últimamente. Dichosa ricachona, que se compre una revista de tíos en pelotas y me deje en paz.

Brenda revisó el contrato que Bill le había facilitado y en el que constaban los datos de Joe, vio la fecha de nacimiento, no entendía para qué incluían ese dato, sería una costumbre local, se sorprendió al ver que el viernes era su cumpleaños. Él no le había dicho nada, pero ¿por qué debía hacerlo? No eran amigos ni nada parecido, se sintió como una estúpida.

Entró en internet y se centró en buscar unos datos que necesitaba, en poco más de dos semanas, esa maldita ciudad sería historia y ella regresaría a

Washington. No sabía cómo solucionar el tema del matrimonio, sus últimos intentos habían fracasado. ¡Joder!

Capítulo 5

Joe se pasó la semana trabajando duro, consiguieron terminar el interior. La parte externa seguía a medias y amenazaba con llover, debían terminar el tejado y la fachada o todo su trabajo se iría al garete. Los chicos recogían sus herramientas y empezaban a marcharse, él mismo se iría pronto, pero quería ver por sí mismo los acabados.

Brenda se acercó tímidamente a Joe, solo quería ser educada, pero con ese salvaje, nunca se sabía.

—Felicidades.

Joe se giró y la miró extrañado.

—Gracias.

—Me imagino que hoy te harán una fiesta de cumpleaños.

—No, el único que suele hacer eso está fuera de la ciudad. No me gusta celebrarlo.

—¿Pero, por qué? A mí me encanta celebrarlo.

—¿Qué debo celebrar? ¿Estar vivo? Para la vida que llevo, mejor estar muerto.

—No digas eso. —le recriminó Brenda—. Me gustaría celebrarlo.

Joe se puso con los brazos en jarra y la miró con seriedad.

—No escuchas, ¿verdad?

—Sí escucho, pero me parece una aberración que alguien no quiera celebrar su cumpleaños. Además, tus chicos parecen necesitar el dinero y sería una lástima que decidiera cancelar la obra y dejarlos sin trabajo.

—¿Me estás haciendo chantaje?

—Sí, celebración o desempleo. Tú decides, además solo sería cenar aquí, no te estoy pidiendo que saltes desde un avión, sin paracaídas.

—Está bien, pero que conste, que lo hago por los chicos y como me cantéis Adele o tú, cumpleaños feliz, me tiro por una ventana. —dijo Joe malhumorado.

—Te lo prometo, ninguna de las dos cantaremos. —respondió Brenda, intentando poner cara angelical.

Por la noche, Joe se puso unos pantalones vaqueros, azules, no muy gastados, una camiseta negra, nueva, que había comprado de oferta y por supuesto sus botas de piel de serpiente, que aunque eran viejas, le encantaban. Miró en su armario en busca de una chaqueta, pero todas eran tan anticuadas, que sintió vergüenza. Últimamente no ganaba mucho, de hecho, de no tener pagada la cabaña y su terreno, tendría que elegir entre tener un techo o comer. Hastiado, agarró una americana básica, negra.

Cerró la puerta de la cabaña y caminó hasta la camioneta, fijo que ella estaría vestida con uno de esos trajes caros y él parecería un vagabundo.

Brenda estaba en el cuarto de baño, terminando de arreglarse, miró la estantería, y suspiró. Los hombres siempre la veían como una chica guapa, de cuerpo perfecto, pero todo tenía un precio. Si engordaba más, aparecería la celulitis, si no usaba cremas, se le notaban las ojeras, y ojo con la barriguita y el chocolate. De buena gana, tiraba todos esos botes de cremas, se quedaba en pijama y se abandonaba. El paleta sí que tenía suerte, no le preocupaba su aspecto, ni lo que pensarán los demás de él.

Adele abrió la puerta del baño y se quedó mirando a Brenda, con una sonrisa en los labios.

—Mi niña preciosa, me gusta que hayas tenido ese detalle con Joe, mi pobre chico ha tenido una vida muy dura.

—No entiendo por qué mi abuelo le vendió un terreno, a un precio tan ridículo.

—Tu abuelo quería mucho a Joe.

Brenda se giró y la miró sorprendida.

—¿Mi abuelo tenía relación con Joe?

—Sí, por eso le vendió el terreno.

—¿A qué te refieres con que ha tenido una vida muy dura?

Adele se acercó, le dio un sonoro beso en la mejilla.

—La vida de Joe es cosa de él, no me corresponde a mí desvelar sus secretos. Me voy, tengo club de lectura.

—¿Qué? ¡Oh, madre mía! —Brenda no se acordaba de ese pequeño, pero importante detalle, se iba a quedar a solas con el paleta.

Miró el reloj de su muñeca y salió corriendo hacia el dormitorio, abrió el armario y pensó qué ponerse. Este es muy de ricachona, ¡joder, ya hablo como él! Este es muy serio, este muy sexy, ¡a que lo recibo en pijama! Agarró un vestido negro, bordado estilo Boho y cogió unos zapatos de tacón de igual

color. Revisó su joyero, y se quedó pensando, ¿me robará este tío? Mejor ir poco llamativa. Sacó unos pendientes de bisutería y un collar de conchas que compró en un mercadillo de la Riviera Maya, con eso bastaría, pensó.

Joe se bajó de la camioneta y vio como Adele salía de la mansión, lo que lo descolocó.

—¿A dónde vas?

—A mi noche de lectura.

—¡No!, espera, no me puedes dejar solo con esa loca.

—¡Madura! —le gritó Adele mientras abría la puerta de su coche.

Joe se pasó la mano por la cara, a solas con la bruja, lo que tiene que hacer uno por los amigos.

Tocó al timbre y esperó a que le abrieran, le tocó esperar bastante. Brenda abrió la puerta y se encontró a Joe, sentado en los escalones, con la cabeza entre sus manos, y la mirada perdida.

—Perdona, no había terminado de vestirme.

—Típico, ¿te importa traer una maza y golpearme para ver si así siento los músculos?

—Mejor entra y te sientas junto a la chimenea. —respondió Brenda con tono cortante.

Joe se levantó del suelo, la miró y entró en la casa que tan bien conocía. Estaba quedando muy bien, pasó al salón y se sentó en un sillón, frente al fuego de la chimenea. Miró la enorme mesa de roble, estaba repleta de comida y aperitivos.

Brenda apareció diez minutos después, como siempre, bien vestida, y con aspecto sofisticado. Joe se levantó, se quitó la americana y la dejó sobre el respaldo de una silla.

—¡Felicidades otra vez! —gritó Brenda.

—Gracias. —respondió Joe incómodo.

—Adele nos ha preparado todo esto, siéntate y empezamos. ¿Pongo música?

—Por mí vale. —dijo Joe, que no sabía qué hacer o qué decir, de repente parecía un niño pequeño, se sentía tan raro.

—Espero que te guste todo, hay montaditos de salmón, paté y queso, ensalada, asadillo de carne y bueno, todo lo que ves.

—¿Por qué haces esto? Yo creí que me odiabas.

—Míralo como una obra de caridad. —respondió Brenda, con una sonrisa

malévola.

—¿Eres así de mala o de niña te diste un golpe?

—Es mi naturaleza.

—Eres como una pantera, bella, pero muy peligrosa. —gruñó Joe.

—¿Empezamos a comer o sacamos las pistolas de duelo? —replicó Brenda.

Joe agarró un montadito de queso, se lo metió en la boca y cerró un ojo, contuvo las ganas de vomitar, masticó rápido y se lo tragó. No quería ser desagradecido, pero ese queso sabía a rayos.

—¿Quieres otro montadito de queso?

—No, gracias, prefiero probar otra cosa.

Brenda se quedó mirándolo de reojo, aunque no venía muy bien vestido, se veía que había tratado de adecentarse, ella ya esperaba que viniera con pantalones viejos y camiseta con agujeros.

Joe la miraba de reojo, estaba muy guapa y eso le intimidaba. ¡Dichosa bruja! Agarró un tenedor y probó la ensalada que sí estaba a su gusto, luego continuó probándolo todo, estaba hambriento. Y pensar que esa noche iba a cenar una pizza recalentada... Ojalá él fuera como Jensen, todos le admiraban en la ciudad, las chicas se peleaban por él. Joe no tenía tanta suerte, debido a sus trabajos físicos, estaba en muy buena forma y sus músculos estaban bien desarrollados, de hecho, era más corpulento que Jensen, pero nunca tuvo dinero para ropa y sus rasgos duros intimidaban a las chicas. Poco a poco, se fue cerrando al amor y allí estaba, sentado con una chica bella que jamás lo miraría como a un hombre deseable.

—¿Te pasa algo Joe?

—No, ¿por qué?

—Te has quedado muy serio de repente.

—No siempre tengo energías para meterme contigo.

—Me gustas más cuando no lo haces.

—¿Te gusto?

—Quiero decir que te soporto mejor. —dijo Brenda con las mejillas visiblemente sonrojadas.

—Ok, en ese caso, tú también me gustas cuando no gritas, no insultas y actúas como una persona normal.

Brenda lo miró ceñuda, evaluando si estrellarle la fuente con la ensalada o la de la carne.

—Adele me dijo que no habías tenido una vida fácil.

Joe se puso pálido y la miró con ojos desencajados.

—¿Qué te contó Adele?

—Nada, por eso te pregunto. ¿Tienes familia?

—Ya no, pero tengo buenos amigos. Jensen y su familia son lo más parecido a familia que tengo.

—Háblame de ellos.

—Jensen es toda una celebridad por aquí, el tipo de hombre perfecto que os gusta a todas, nada que ver conmigo. Solo tiene un problema.

—¿Cuál?

—Está casado y tiene una hija.

—No pensaba ligármelo.

—Tú no eres tan horrible, lo que pasa es que no te cuidas lo más mínimo, y tu ropa...

—Te has parado a pensar que a lo mejor visto lo mejor que puedo, además ¿para qué me voy a arreglar? No tengo que impresionar a nadie.

Brenda vio la tristeza en los ojos de Joe y se estremeció, por unos segundos sintió el deseo de abrazarlo y consolarlo mientras se lo tiraba encima de la mesa. ¿Pero qué estás pensando? ¿Hacértelo con el paleta?

Brenda cogió el mando de la cadena de música y conectó la radio, estaba empezando a escucharse Far away de Nickelback.

—Cuéntame cosas de tu infancia.

Joe se levantó, la tomó de la mano y la llevó junto a la chimenea, la cogió de la cintura y se movió lentamente. Mejor bailar que hablar de algo que odiaba. Brenda no podía salir de su asombro, el paleta bailando y encima lo hacía bien, no era de los que te pisaban cada dos por tres y sentías que tus dedos pasaban a mejor vida. Joe recordó cuando vivía con su padre, y de forma instintiva, se abrazó a Brenda mientras se movía al ritmo de la música. Ella sintió un escalofrío que recorrió toda su espalda, nunca había sentido nada parecido, sentir sus manos rodeándola le pareció tremendamente erótico.

La canción terminó y Joe se apartó de ella con cuidado. Ella pudo ver su dolor en la mirada, sea lo que fuera que le pasara en el pasado, no quería hablar sobre ello.

—No tengo más hambre, mejor me marcho.

—Ni hablar, ahora viene la tarta.

—¿Tarta? ¿en serio?

—Sí, tienes que apagar las velas, como no sabía tu edad, he puesto solo una.

—30.

—¿De verdad? Yo te echaba por lo menos 50.

—Yo a ti, por tu madurez 14. —contraatacó Joe.

—No sé si traer la tarta para que soples la puta vela o para estrellártela en la cara.

—Tú misma, pero si me tiras la tarta a la cara, le pincharé las cuatro ruedas a tu coche. —amenazó Joe.

Capítulo 6

Joe se disponía a soplar la pequeña llama de la vela, cuando escuchó una canción que no le agradaba nada.

—Te dije que no quería que me cantaras cumpleaños feliz.

—Ni Adele, ni yo te hemos cantado, técnicamente he cumplido mi palabra porque esto es una grabación reproducida en mi móvil.

—Te odio.

—Ya tenemos algo en común. —respondió Brenda guiñándole un ojo.

Joe esperó impaciente a que terminara la canción y sopló la vela.

—¿Has pedido un deseo?

—No.

—¡Tienes que pedir un deseo! —chilló Brenda, enfadada.

—Vale, ya está.

—¿Qué has pedido?

—Si te lo digo, no se cumplirá.

—Pero tú no crees en esas cosas.

—Pesada.

—Paleto.

—Bruja.

Brenda cogió el cuchillo y dos platos, sirvió primero a Joe y luego se cortó un buen trozo de tarta para ella.

—Luego te pongo el resto de tarta en una tartera.

—Como quieras. —dijo Joe, que no tenía ganas de discutir.

—¡Anda, mira, fuegos artificiales en el lago! —gritó Brenda

—¿Fuegos artificiales? —dijo Joe extrañado.

Joe se levantó y miró por la ventana, se puso tenso, sus manos se agarraron a los bastidores de la ventana y apretó los dientes.

—¿Qué pasa? —preguntó Brenda, preocupada por su reacción.

—No son fuegos artificiales, mi cabaña acaba de explotar.

Joe sacó el móvil, entró en la agenda y marcó el teléfono de los bomberos.

Brenda apretó los dientes, manejaba su teléfono táctil a la perfección, lo que significaba que cuando su coche se estropeó, le estaba tomando el pelo, se hacía pasar por paleta.

—John, ven rápido, mi cabaña está ardiendo. No, la cabaña está perdida, pero el fuego podría extenderse y llegar al bosque. Gracias, estaré allí en unos minutos.

Joe guardó el móvil en el bolsillo, agarró su americana y miró a Brenda.

—Te agradezco lo que has hecho por mí, ha sido una obra de caridad muy satisfactoria, creo que te has ganado el cielo con ello.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, prefiero ir solo. Adiós Brenda.

—Adiós Joe.

No podía creer lo que veía, su cabaña en llamas, el techo o mejor dicho, lo que quedaba de él, se desplomó ante sus ojos. Los bomberos no tardaron mucho, pero ya era tarde. Lo poco que tenía, lo había perdido, las lágrimas amenazaron con surgir, pero él se negaba a mostrar debilidad. Caminó hacia el lago y se sentó en una pequeña mesa de madera que había construido con deshechos.

Tardaron una hora en apagar el incendio, John lo miró cabizbajo, se acercó a él y se sentó a su lado.

—¿Tienes dónde quedarte?

—Ya me las apañaré. —respondió Joe, con la mirada fija en los restos humeantes de su cabaña.

—Sabes que las puertas de mi casa están abiertas, ¿no?

—Sí y te lo agradezco.

John le dio una palmada amistosa en el hombro y se levantó de la mesa. Joe se limitó a observar como recogían las mangueras, se montaban en el pequeño camión y se marchaban.

Hacía frío, pero él sentía el calor de la ira, entró en la camioneta y se dejó caer en el asiento. Al día siguiente iría al centro comercial y compraría una tienda de campaña, suerte que no guardaba su dinero en la cabaña, al menos algo salía bien. ¿Gracias vida por este regalo de cumpleaños?

El sábado, sobre el medio día, Brenda decidió ir a ver a Joe, aunque dudaba si se encontraría allí, dado que la cabaña ya no existía. Recorrió el camino de tierra, que al menos estaba en mejor estado que el camino al almacén de construcción. Suspiró aliviada al ver la camioneta de Joe, se bajó

del Porsche y caminó hasta los restos de la cabaña.

—Hola Joe.

—Brenda.

—Menudo desastre. —dijo Brenda, mirando los restos quemados.

—Sí, ha quedado poco. Estoy rebuscando entre los escombros para ver si algo se ha salvado.

—¿Y qué tal va la cosa?

—Mal, solo ha sobrevivido el contenido de unas cajas metálicas en las que guardaba cosas personales, documentos y bueno... recuerdos.

—Lo siento Joe.

Joe la miró, pero no pudo mantener la mirada, no quería que ella notara que estaba destrozado. Aquella cabaña no era solo madera, fue su único refugio, el primer hogar en el que se sintió feliz.

—¿Te importa guardarme las cajas en tu mansión?

—Será un placer. —respondió Brenda, sin saber si debía acercarse a él, mantener las distancias o qué decir.

Joe agarró una de las cajas y la apiló sobre la otra, cogió la de abajo y trasladó las cajas hasta el maletero del coche de Brenda. Ella se apuró para abrir y observó como las depositaba en él.

—¿Estás bien? ¿Tienes dónde quedarte? —preguntó Brenda muy preocupada al verle tan abatido.

—Tranquila, estoy bien y tengo donde vivir.

—Si necesitas algo, ya sabes donde encontrarme. —dijo Brenda.

Joe se limitó a asentir con la cabeza y se alejó en dirección a lo que quedaba de la cabaña para seguir rebuscando entre los escombros.

Brenda entró en el coche, encendió el motor y, por unos segundos, se quedó mirándole. ¿Por qué tenía ese deseo irrefrenable de consolarle?

Nada más llegar a la mansión, Brenda entró de una en una las cajas y las dejó sobre la mesa del salón, lo pensó mejor y las fue trasladando hasta su despacho, allí estarían más seguras.

Por la noche, Joe había terminado de montar la pequeña tienda de campaña. Compró algo de ropa, un hornillo de gas y una bombona pequeña. Guardó la ropa en un maletero metálico que él mismo fabricó y colocó en la trasera de la camioneta, hacía años, ese sería su armario por un tiempo. No tenía dinero suficiente como para reconstruir la cabaña y la idea de vivir en la ciudad le aterraba, prefería dormir en una tienda de campaña.

Brenda cenó algo ligero y se marchó a su despacho, debía seguir con su misión, encontrar marido. Subió las escaleras y contempló los pasillos, Joe estaba haciendo un buen trabajo, jamás lo hubiera pensado. Entró en el despacho y cerró la puerta, se sentó con pesadez en su sillón y suspiró. Se quedó mirando las cajas metálicas, estaban un poco deformadas, algo normal teniendo en cuenta por lo que habían pasado. No mires su contenido, no puedes invadir su privacidad, sé fuerte, pensó Brenda. Se levantó y llevó las cajas hasta su escritorio. Abrió una de ellas, no sin esfuerzo, rebuscó entre los papeles, no había nada interesante. Abrió la otra caja y más de lo mismo, nada le llamaba la atención, pero notó que había un trozo de cartón en el fondo y bajo él asomaba parte de un papel. Retiró todo el contenido y luego quitó el cartón, miró los papeles, que por alguna razón, Joe había ocultado, y gruñó.

—¡Maldito imbécil! —gritó Brenda.

Todo ese tiempo se había reído de ella, lo que no entendía es por qué él ocultaba así esos documentos. Había muchos diplomas de cursos, informática, electricidad, fontanería, carpintería... Joe tenía más formación de lo que nadie pudiera imaginar, pero cuando llegó al último diploma, se quedó sin palabras.

—¿El paleta es abogado?

Joe cerró la cremallera de la tienda y se tumbó sobre la esterilla, quizás luego se metiera en el saco para dormir, por ahora estaba bien así. Había cenado una lata de frijoles que había calentado en el hornillo y se había pasado con las cervezas.

El domingo por la mañana, Joe se montó en la camioneta y se marchó a la ciudad, compraría comida en algún sitio, no le apetecía comer de latas otra vez, ya tendría tiempo para hartarse.

Pensó en ir a un restaurante, pero en esos momentos era la comidilla de la ciudad. Acabó pasando por un Burger con servicio para coches, aparcó la camioneta junto a una pequeña ventanilla y esperó a que lo atendieran.

—Hola, ¿qué desea? —preguntó un chico joven y con la cara llena de granos.

—Un bizcocho, no te jode. —gruñó Joe.

—¿Perdón?

—Dos hamburguesas grandes, con todo, patatas y refresco de cola. —dijo Joe con tono brusco.

—En seguida. —respondió el chico, perdiéndose en el interior del Burger. El móvil empezó a sonar en su bolsillo, metió la mano y lo agarró.

—¿Sí?

—Hola Joe.

—Brenda.

—¿Te apetece venir a cenar esta noche? —preguntó Brenda.

—No me viene bien. —dijo Joe.

—Por favor, necesito ultimar unos detalles de la obra.

—Podemos hacerlo mañana.

—Mañana por la mañana tengo que mandar un informe al banco para hacer una previsión de fondos.

Joe apretó los dientes y puso los ojos en blanco, lo que le faltaba, aguantar a la bruja.

—¡Aquí tiene señor! —dijo el chico del Burger.

—Te dejo, tengo prisa. —gruñó Joe y colgó.

Brenda dejó el móvil sobre la mesa y suspiró, entendía que Joe debía estar muy agobiado, pero sintió una punzada de tristeza en el corazón. Ahora que parecía ser más educado, vuelve el paleta imbécil.

Ella también tenía problemas, su última opción se había esfumado. Nadie estaba dispuesto a casarse con ella, la herencia estaba perdida. Tenía algunos ahorros, tal vez podría montar algún pequeño negocio, pero le preocupaba la suerte que pudieran correr las empresas de su abuelo. Si se vendía, lo más probable es que todos los trabajadores fueran despedidos, y ella no era una bruja.

¿Dónde encuentro yo alguien, dispuesto a casarse conmigo? Me veo pagando a un imbécil. Brenda abrió los ojos, miró las cajas metálicas. ¿Imbécil? ¡Joe!

Capítulo 7

Joe aparcó la camioneta, se había lavado un poco en el lavabo de una gasolinera y se vistió con lo que tenía, unos vaqueros grises, una camiseta roja con el símbolo de un águila y su americana. Sentía vergüenza de presentarse así, ante doña Armani, huelo a Dior, me baño con Dolce.

Adele abrió la puerta y Joe se quedó con el dedo a unos centímetros del timbre.

—¿Eres vidente?

—No, iba a sacar la basura. —contestó Adele—. Mi niña te espera en el salón pequeño.

—¿Quieres que tire yo las bolsas? Parecen pesadas.

—Gracias amor, puedo yo sola, no la hagas esperar.

Joe asintió con la cabeza y entró en la mansión, cruzó dos pasillos hasta llegar al pequeño salón que Theodore solía usar para cenar.

—Hola Joe.

—Brenda.

De mala gana se sentó a la mesa, que para su gusto era muy estrecha, le hubiera gustado tener a la bruja más lejos de él.

—Tú dirás, ¿qué te hace falta, con tanta urgencia?

—Nada, solo quería que por una noche cenaras algo caliente y casero.

—Puedo cuidarme solo, esta tarde he almorzado en un restaurante.

—A otro perro con ese hueso, escuché la musiquita de Burger Thomas. —replicó Brenda mirándole con malicia.

Joe miró la comida, sopa de almejas a la Nueva Inglaterra, Tamal a la cazuela y de postre tarta de moras, todo dispuesto en un carrito junto a la pequeña mesa. De no estar hambriento, se habría levantado de la mesa y la hubiera dejado allí sentada con su sonrisa de suficiencia.

Brenda se levantó y empezó a servir dos platos de sopa, llenó uno y se lo ofreció a Joe, que lo cogió y se esperó a que ella se sentara. ¿El paleta tiene modales?

Mientras probaba la sopa, Joe recordó la primera vez que la vio.

El sábado por la mañana, Joe acababa de recoger su traje de la tienda, aún le duraba el enfado porque Lucy le hubiera obligado a vestirse así, pero no podía negarle nada a la que él ya consideraba su hermanita.

Tomó un desvío por la noventa, hasta la zona más apartada donde él vivía, cerca de la mansión de los Clanion. De camino, se topó con una mujer, que apoyada en su coche, le hizo señales para que parase.

Joe paró tras su coche y se bajó de la camioneta, por primera vez en su vida, tuvo un ataque de timidez, aquella mujer de pelo rojo y ojos azules parecía todo un ángel.

—¡Vaya, tenía que parar el vagabundo del pueblo! —gruñó la chica.

Joe la miró sorprendido, ¿ángel? No sabía ni su nombre y ya lo estaba insultando, aquella mujer era un demonio.

—Mire señora, si me va a hablar así, me largo. —gruñó Joe fastidiado.

—El motor se ha parado y echa humo. —contestó ella con un tono más neutral.

Joe pasó a su lado, abrió la puerta del coche y accionó la palanca del maletero, lo abrió y ajustó la varilla para dejarlo alzado. Revisó el motor y no tardó en encontrar el problema.

—Señora, el radiador está muerto, puedo llamar al de la grúa.

—Primero, ¿qué es eso de señora? Segundo, no pienso quedarme aquí, parada bajo este maldito sol, hasta que venga una grúa.

—Podemos hacer una cosa, llamo a la grúa para que recoja el coche y lo lleve al taller y yo la acerco a casa. —propuso Joe.

La chica lo miró, era un hombre rudo, vestido con una camiseta llena de agujeros, un pantalón gris desgastado y unas botas marrones, que no debió haberlas limpiado en su vida, aun así, en sus ojos había algo que le inspiraba confianza.

—Me parece bien. —contestó la chica con altivez.

Joe sacó el móvil, se lo acercó a los ojos y con un dedo empezó a tocar en la pantalla táctil, pero no conseguía entrar en el menú de agenda.

—¡La madre que parió al que inventó este maldito aparato! —gritó Joe.

—¿Qué ocurre? —preguntó la chica, sorprendida.

—Yo tenía un móvil de esos viejos que parecen un ladrillo y me iba de maravilla, se me cayó al pantano y cuando fui a la tienda, ya solo tenía estos móviles tatoes que no hay quien los entienda. —se quejó Joe.

—Táctiles.

—Eso he dicho yo, tatoles.

La chica le quitó el móvil de las manos y pulsó con el dedo en agenda.

—¿Cómo has grabado el número de la grúa?

—Con los dedos, ¿cómo lo iba a hacer?

La chica puso los ojos en blanco, no podía más, ese paleta la ponía de los nervios.

—¿Qué nombre has puesto? —preguntó ella, mirando la pantalla del móvil, y dispuesta a buscar el nombre que él le dijera.

—Tonto de la grúa.

La chica lo miró sin poder creer lo que escuchaba, regresó la vista a la pantalla, buscó el nombre y lo marcó, luego se lo entregó a Joe.

—Patt, ven para la noventa a recoger un coche y se lo llevas a Billy, espera... es un pochie.

—¡Porsche! —gritó la chica, agitando los brazos y muy enfadada.

—Eso he dicho yo, un pochie. Bueno, en media hora está aquí.

—¿Y voy a dejar el coche aquí, parado, con las llaves puestas? —preguntó la chica con incredulidad.

—El coche está roto y aquí la gente es muy honrada. ¡Nos vamos o qué!

—¡Está bien! —gruñó la chica, y los dos caminaron hasta la camioneta.

Cuando la chica abrió la puerta y vio el interior de la camioneta, se quedó con los ojos muy abiertos.

—¿Esperas que me suba aquí? ¿Has pensando en limpiar este trasto alguna vez?

Joe giró el cuello, siempre se le agarrotaba cuando se enfadaba y ya empezaba a sentir molestias.

La chica se sentó de mala gana y con asco, trató de no apoyar las manos en nada.

—¿Qué te trae a Morgan?

—Mi vida privada no es de su incumbencia.

—Solo trataba de ser amable.

—Pues ahórrate tu amabilidad.

—¿A dónde vamos? —gruñó Joe, deseoso de perder de vista a esa maldita estúpida.

—A la mansión de los Clanion.

—¡Anda, mi cabaña está justo al lado de la mansión!

—¿No te habrás hecho una cabaña ilegal en mis tierras?

Joe la miró furioso, trataba de ayudarla y ser amable, pero tenía sus límites.

—Theodore Clanion le regaló a mi padre esa cabaña, y la tierra donde está construida, como pago por sus leales servicios.

—¡Ah, vale! Tú padre era el lameculos de mi abuelo.

Joe frenó en seco y la chica tuvo que agarrarse al salpicadero, para no golpearse.

—¡Estás loco! —gritó la chica.

—Loco por perderte de vista, niñaata malcriada. Te he socorrido con tu coche, te llevo a tu casa, no espero que seamos amigos, pero lo mínimo que te pido es que cierres esa maldita boca, llena de veneno o te dejo aquí mismo, en mitad del camino.

La chica abrió los ojos de forma exagerada, torció la boca en un mohín de orgullo y se cruzó de brazos.

Joe aceleró y tomó varios desvíos hasta enfilar el camino de la mansión, no veía el momento de deshacerse de la chica. Aparcó la camioneta cerca de la entrada y la miró.

—Me llamo Joe.

—Brenda. —respondió ella de mala gana.

La chica se bajó de la camioneta y caminó hacia las escaleras de la mansión, por supuesto sin darle las gracias. Joe giró la camioneta, dispuesto a alejarse, pero decidió que necesitaba una recompensa.

—¡Brenda!

La chica se giró y lo miró, ¿qué querría ese tipejo?

—¿Qué?

—¡Que digo yo, que a ver si echas un polvo, igual así se te pasa la mala leche! —gritó Joe soltando una carcajada.

Brenda bajó las escaleras corriendo y Joe aceleró para alejarse de allí. La chica agarró una piedra y se la lanzó a la luna trasera, que se hizo añicos tras el impacto.

—¡La madre que la parió! Tiene genio la pava. —dijo Joe sonriendo—. ¡Y qué culo tiene!

—¿En qué piensas? —preguntó Brenda intrigada.

—Estupideces del pasado. —respondió Joe—. ¡Po sieto ta zopa ta de muelle!

—Puedes ahorrarte tu numerito de paleta, abogado.

—¡Has registrado mis cosas! ¡Serás bruja!

—No te entiendo, vives en una cabaña, bueno, vivías. Podías estar ganando una pasta como abogado y te pasas la vida haciendo chapuzas.

—Me gusta hacer chapuzas. ¿Te importa servirme el siguiente plato?

Brenda recogió los platos y los dejó en uno de los compartimentos del carrito. Cogió dos platos llanos y sirvió el Tamal, dejó caer el plato de Joe con brusquedad y se sentó a la mesa.

—Casi me manchas. —gruñó Joe.

—No creo que se notara mucho, eres un cerdo.

—Ahora que recuerdo, ¿qué hacías en la boda de mi amigo Jensen?

—Tenía que hablar urgentemente con el alcalde.

—Como siempre, interrumpiendo la vida de los demás.

—Yo no interrumpo nada, solo quería que cenaras decente. —dijo Brenda llevándose las manos a la cara, y comenzando a sollozar.

Joe se quedó paralizado, nunca la había visto llorar, siempre estaba enfadada. Incómodo, no sabía qué hacer o decir.

—Lo siento, soy muy burro con las mujeres.

Brenda abrió levemente los dedos para ver la expresión de Joe, parecía asustado y arrepentido, había colado su falso lloriqueo.

—Mira, mejor me voy, estarás mejor sola. —dijo Joe levantándose de la silla.

Brenda se quitó las manos de la cara y lo agarró del brazo. Joe la miró sorprendido, pasó un dedo por la mejilla de Brenda y esta se estremeció.

—No tienes ni una sola lágrima. ¡Serás bruja! ¿Disfrutas torturándome?

—No, bueno un poco sí, pero es que te estabas poniendo muy desagradable. ¿Tarta?

Joe la miró con los ojos muy abiertos, esa pava estaba loca de remate, pero la tarta tenía buena pinta.

—Vale, pero en cuanto termine, me voy.

Capítulo 8

El lunes por la mañana, la fachada estaba terminada, solo quedaba que Brenda diera el visto bueno para empezar a pintar y llamar al jardinero.

Brenda sacó un pequeño cofre de marfil de uno de los cajones, lo había visto antes, pero nunca le dio por abrirlo. Lo colocó sobre el escritorio y lo abrió.

—¡La leche! —exclamó Brenda al ver el minúsculo revolver.

Lo agarró y apuntó hacia la puerta, que en ese momento se abrió. Joe la miró, paralizado.

—¡Tú estás loca! ¿Qué haces apuntándome con un arma?

—No te apunto a ti, has abierto la puerta y te ha parecido eso. Además, esto ni dispara, está todo oxidado. —dijo Brenda, sin darse cuenta de que apretaba el gatillo.

La pistola se disparó y Joe se llevó la mano al brazo derecho. Brenda lo miró horrorizada, ¿cómo podía ella saber que ese trasto estaba cargado?

—¡Bruja loca!

Brenda se levantó del sillón y corrió hacia Joe, pero este se apartó.

—No te me acerques.

—Te llevaré al hospital.

—Sí claro, para asegurarte de que no llego vivo. Quédate con tus papeles y quita esa pistola de mi vista. —gruñó Joe, cerrando la puerta de un portazo.

Bajó las escaleras corriendo y buscó a Bill, lo encontró fuera, junto a una furgoneta, hablando con uno de los chicos. Bill se quedó mirándolo horrorizado, al verlo aparecer con la camiseta manchada de sangre y con la mano izquierda agarrándose el brazo.

—¿Qué te ha pasado?

—La bruja me ha disparado, llévame al hospital.

Brenda no dejaba de andar de un lado a otro, recorriendo el despacho, preocupada. ¿Perdería el brazo? No, eso era imposible ¿o no?

Joe estaba sentado en la camilla, con la manga de la camiseta remangada,

observaba como el médico le daba puntos de sutura después de extraerle la pequeña bala.

—Has tenido suerte, no hay daños graves, pero debes curar esta herida para que no se infecte.

—Lo haré doctor, lo haré. ¡Joder! —exclamó Joe al ver entrar al sheriff—. ¿Qué haces aquí?

—Bill me ha informado, ¿quieres poner una denuncia?

Joe pensó divertido en la cara de terror de Brenda, ahora mismo debía estar subiéndose por las paredes, solo por eso había merecido la pena recibir un disparo.

—No, fue un accidente. La chica cogió la vieja pistola de Theodore, no se imaginaba que estuviera cargada y la muy idiota ni se debió dar cuenta de que apretaba el gatillo.

—¿Estás seguro?

—Totalmente Sheriff, puede irse tranquilo, no es un peligro, solo un incordio.

El Sheriff ladeó la cabeza, dudoso, pero acabó asintiendo con la cabeza, dio media vuelta y abandonó la habitación.

El móvil empezó a sonar con la melodía de Dark Vader, el tono que le había asignado a la bruja. Miró al doctor y con un gesto le indicó que guardara silencio. El doctor lo miró sin comprender, pero siguió a lo suyo.

—¿Sí?

—¿Cómo estás? ¿Es grave?

—Voy a perder el brazo, espero que estés satisfecha.

El doctor lo miró con los ojos desencajados y Joe contuvo una carcajada.

—¡Dios mío! Yo no quería, te lo juro, fue un accidente, no lo hice queriendo. —dijo Brenda ya entre lágrimas, y esta vez eran de verdad.

—Brenda, es mentira, estoy bien, solo curarme la herida durante unos días y ya está.

Al otro lado, se hizo el silencio.

—¿Brenda?

—¡Serás hijo de perra! Cuando te pille te voy a arrancar la cabellera y te pienso dar una patada en todos los...

Joe colgó el teléfono y lo dejó caer en la camilla, ya no podía aguantar por más tiempo la risa.

Por la tarde, Joe regresó a la mansión, aunque dolorido, podría conducir.

Bill aparcó junto a su camioneta y lo miró.

—Esa tía está loca.

—Sí, pero estamos aquí por dinero, no por placer. ¿Recuerdas?

Bill asintió con la cabeza y salió del vehículo, Joe lo siguió. Ahora tocaba subir a la camioneta y largarse antes de que la loca lo persiguiera con la pistola, y esta vez no sería un accidente.

Brenda observó furiosa como salía huyendo, pero estaba loco si se creía que iba a salirse con la suya. Cruzó el despacho y bajó las escaleras corriendo, enfiló el pasillo, que daba a la entrada, y buscó a Bill, que se tensó nada más verla. ¿Le pegaría un tiro también a él?

—¿Dónde puedo encontrar a Joe?

—No lo sé.

—Muy bueno eso del compadreo entre machos, pero o me dices dónde está o no pienso pagaros.

—En su terreno.

—Allí no hay nada, salvo escombros.

—Duerme en una tienda de campaña.

—¿Qué?

—Ese animal es muy terco, le dije que se viniera a mi casa, pero nada. No hay quien lo saque de allí.

Brenda corrió hacia el coche, arrancó, dio marcha atrás, y giró hasta enfilear el camino que cruzó como una exhalación.

Por el camino, recordó las palabras de Joe cuando se conocieron:

“Theodore Clanion le regaló a mi padre esa cabaña y la tierra donde está construida, como pago por sus leales servicios.”

¿Por qué le mentiría? Su abuelo no le regaló la tierra, se la vendió. No entendía nada y ¿esa forma de comportarse?, siempre haciendo el idiota con los obreros y hablando mal. ¿Por qué fingiría ser un inculto? Joe empezaba a convertirse en un misterio que no tenía claro si deseaba resolver.

Brenda paró el coche, bajó de él y caminó hacia la pequeña tienda de campaña, podía ver la sombra de Joe en el interior, agarró un trozo de madera del tamaño de un bate de baseball y en cuanto lo tuvo a tiro, aprovechó que la espalda de Joe estaba cerca de uno de los laterales de la tienda, para atizarle con fuerza.

El grito de Joe debió escucharse en todo el pantano, abrió la cremallera de la tienda y salió fuera, con expresión de sorpresa.

—¿Estás loca, primero me disparas y ahora me golpeas?

—¡Bastardo! Casi me da un infarto con tu broma. ¿Y qué demonios haces viviendo aquí?

—Vivo donde quiero. —respondió Joe con chulería.

Brenda le atizó en el brazo izquierdo y lo miró desafiante. Joe cerró los ojos y contuvo su ira.

—A mí no me hables así, no pienso permitir que vivas aquí, rodeado de suciedad y que se te infecte la herida.

—No me moveré de aquí.

Brenda le atizó en la pierna y Joe contuvo una lágrima de dolor.

—Coge tus cosas, móntate en tu mierda de camioneta y te vienes conmigo a la mansión. Vuelve a chulearme y el próximo golpe va a la cabeza.

Joe la miró, esta vez con ojos resignados, parecía el niño al que la madre le había reñido a la salida del colegio. Recogió sus cosas de la tienda de campaña y las dejó en la trasera de la camioneta. De muy mala gana, se montó en el vehículo y arrancó. Brenda corrió hacia su coche y lo siguió. Joe aceleró y la bruja lo seguía de cerca, frenó en seco y el morro del Porsche se estampó contra la trasera de la camioneta.

Joe se bajó del coche y miró la parte delantera del Porsche, faros rotos, morro abollado. Se acercó a la ventanilla y comprobó que Brenda lo miraba con ojos de auténtica loca.

—Perdona, mi mierda de camioneta se ha calado. —dijo Joe, pero en cuanto vio que Brenda agarraba el palo, corrió hacia la camioneta y aceleró para alejarse de ella.

Nada más llegar a la mansión, los dos se bajaron de los vehículos, Brenda, aún con el palo en la mano, siguió a Joe, que bajó la vista cuando Bill y los chicos lo miraron sonrientes. Brenda los fulminó con la mirada y esta vez fueron ellos los que bajaron la mirada y empezaron a recoger sus cosas.

Joe subió las escaleras hasta la planta de arriba y una vez allí, se quedó parado, esperando a que Brenda llegara.

Brenda no soltó el trozo de madera, señaló con él una puerta y miró a Joe.

—Ese dormitorio será el tuyo.

—Ni hablar, los dormitorios de esta mansión no tienen cerrojo, no pienso dormir aquí. —dijo Joe.

—¿Qué crees que te puede pasar aquí? —respondió Brenda, poniendo los ojos en blanco.

—No sé, ¿qué una loca me pegue con un palo o me dispare?

Brenda lo miró y levantó la madera, ese idiota la estaba poniendo a mil.

—Mañana a primera hora, quiero tus datos del seguro. —gruñó Brenda, malhumorada.

—No tengo seguro. —contestó Joe.

—¿No tienes seguro? Vete a tu dormitorio y no quiero saber nada de ti hasta mañana.

—Sí, mamá. —se burló Joe y entró en el dormitorio cerrando la puerta tras él.

Brenda cruzó el pasillo y entró en su dormitorio, dejó la madera apoyada contra la pared y chilló con todas sus fuerzas.

Joe se dejó caer en la cama, sacó el móvil y se puso a navegar por internet, estaba deseando que pasara la noche para que llegaran los chicos.

Un par de horas después, Adele tocó a la puerta y Joe le abrió. Llevaba una pequeña bandeja, con un plato de pastel de carne, pan y un vaso con limonada.

—Toma, y no des más guerra a mi niña, que la tienes loca. —se quejó Adele.

—Ella no me deja en paz.

—Niños. —gruñó Adele y se marchó.

Joe miró la bandeja y sintió que empezaba a babear, la colocó sobre una especie de escritorio, buscó en el móvil el canal de youtube y pulsó en un vídeo. Agarró los cubiertos y empezó a cenar mientras veía un vídeo de un tipo que hacía trucos con fuego.

Capítulo 9

Brenda se iba a acostar, cuando se acordó de Joe y la pinta que tenía su vendaje. Se puso la bata para tapar su camisón corto y sexy, y entró en el cuarto de baño para revisar si tenía todo lo que necesitaba en su botiquín o debía bajar a la planta baja.

Joe cerró los ojos e intentó dormir, pero la puerta se abrió y dio un respingo al ver a Brenda.

—Tengo que cambiarte el vendaje.

—No, quiero dormir.

—¿Lo hacemos por las buenas o voy a por el palo? —dijo Brenda mirándolo con los ojos inyectados en sangre.

Joe se quitó el jersey y se quedó en camiseta interior de tirantes. Brenda sintió la punzada ya conocida y cuyo significado no deseaba esclarecer. Se acercó a la cama y esperó a que él se sentara en el borde. Retiró el vendaje para ver bien la herida, cogió un poco de algodón, lo empapó en betadine y desinfectó la herida con cuidado.

—¡Aaaaaarg! Serás salvaje, y luego vas de fina.

—¡Cállate! No quiero ni verte, me has destrozado el coche y eres tan pobre que no puedo ni demandarte.

Joe bajó la vista, eso le había dolido, era la verdad, pero no por ello dejaba de doler. Brenda se percató de su reacción y apretó los labios, ahora era ella la que se había pasado.

Colocó un apósito con adhesivo sobre la herida y sonrió satisfecha, ahora sí se quedaba tranquila. Con las prisas, derramó un poco de betadine sobre la camiseta blanca de Joe.

—Dame la camiseta y la echaré a lavar.

—No.

—No seas niño. ¡Quítatela y dámela!

—¡No me la voy a quitar! Mañana yo mismo se la daré a Adele. —dijo Joe, con un tono exaltado que sobrecogió a Brenda.

Brenda recogió el material que había usado para curarle, y se marchó sin

mirarlo. Joe bajó la vista, no le gustaba hablar así a nadie, pero no quería que viera su espalda. Esperó sobre media hora para salir de la habitación, necesitaba coger algunas cosas de la camioneta y algo de ropa para el día siguiente.

Procuró no hacer ruido al recorrer el pasillo, pero cuando pasó junto al despacho de Brenda, vio luz, algo que le extraña, pues parecía vestida para irse a dormir. Miró por el hueco que dejaba la puerta entreabierta y la vio, parecía abatida y sintió un enorme remordimiento. Brenda tenía la cara oculta entre sus manos, podía escucharla sollozar, eso lo superó, abrió la puerta y entró tímidamente.

—¿Estás bien?

Ella apartó las manos y lo miró con los ojos enrojecidos, parecía avergonzada.

—Estoy bien.

—Lo siento, ¡joder! Sé que te sonará ridículo, pero no me gusta que me vean desnudo, ni siquiera sin camiseta.

Ella lo mira, todo en él acaba siendo una sorpresa, pero aunque no puede negar que deseó arrancarle la camiseta y hacérsela tragar, no cree que merezca sentirse así.

—No es por ti Joe.

Joe se acerca al escritorio, se pone colorado al ver la bata abierta mostrando su camión y parte de su escote. Ella lo mira fijamente y no hace nada por taparse, le gusta hacerlo sentir incómodo.

—¿Entonces?

Brenda se queda unos segundos evaluando si debe contarle su problema o no.

—Mi abuelo me dejó como única heredera.

—No veo el problema.

—Para heredar, debo cumplir dos condiciones, la primera, reformar esta mansión para que recupere su esplendor.

—¿Y la segunda?

—Casarme.

—No creo que tengas problema para eso, algún ricachón habrá. Eres una mujer muy guapa y sexy.

Brenda lo mira con los ojos muy abiertos, ¿el paleta la acaba de llamar guapa y sexy? ¿Hola, el mundo al revés?

—Tengo que casarme antes del 31 de diciembre.

Joe la mira ceñudo y suspira, no imagina quién estaría dispuesto a casarse con esa bruja, por muy buena que esté.

—¿No tienes novio, amante o lo que sea? —pregunta Joe, extrañado.

—No tengo novio y nadie quiere casarse conmigo. Les he dicho que el testamento deja claro que solo se me exige estar casada un año, pero aún así, nadie quiere.

—No me extraña. —susurra Joe.

—¿Has dicho algo?

—¿Yo? Nada, pero creo que deberías irte despidiendo de tu fortuna.

—¿Tan superficial me crees?

—Sí.

Brenda se levanta y la bata se abre más, por lo que Joe trata de mirar al techo, pero ese camisón dibuja demasiado bien su figura y no puede evitar mirarla.

—Mis padres no son ricos y no andan muy bien de salud, en especial mi padre. Las empresas de mi abuelo... tengo miedo de que alguien las venda y todos los trabajadores se queden sin empleo, pero no puedo hacer nada para evitarlo.

—Te queda un mes, sigue buscando, alguien habrá dispuesto a casarse contigo y si no, le pagas a algún imbécil para que lo haga.

Joe se concentró para dejar de mirarla y salir del despacho, algo en su pantalón empezaba a cobrar vida.

Brenda no deja de pensar y pensar, ¿aceptaría el paletó? No le queda tiempo y casarse requiere papeleos, no es tan rápido o tan fácil.

Joe baja las escaleras y camina hasta la puerta de la entrada, no tiene llaves, así que atranca la puerta con un paragüero de forja y corre hasta la camioneta, hace mucho frío. Salta al interior de la trasera y suelta un grito, se le olvidó la herida en su brazo y ahora lo está pagando, el dolor es intenso, como si te clavaran una aguja de punto en una pierna. Abre el maletero y saca todo lo que necesita, lo mete en una bolsa de basura, que ha cogido del suelo de la trasera, y salta fuera, esta vez, con más cuidado.

Brenda apaga el portátil y se marcha a la cama, está cansada y solo tiene ganas de llorar. De camino al dormitorio, suena su teléfono, lo saca del bolsillo de la bata y descuelga.

—¿Cómo llevas lo del testamento?

—Duncan, sé que estás disfrutando, pero lo conseguiré y haré que te tragues tus palabras. —responde Brenda, pulsa el botón de colgar y lo vuelve a guardar en el bolsillo.

Por la mañana, Joe entra en la cocina, agarra uno de los bollos que ha preparado Adele y se dispone a marcharse. Adele le corta el paso con el rodillo de amasar en la mano.

—¿Es que todas las mujeres de esta casa desean pegarme?

—Siéntate a la mesa y desayuna como está mandado.

Joe la mira fastidiado, no suele desayunar y tiene prisa, los chicos están llegando. Brenda entra en la cocina, enfundada en su bata, esta vez bien cerrada.

—Buenos días.

Adele le da un beso en la mejilla y Joe se limita a asentir con la cabeza y untarse el bollo con paté.

—¿Qué tal la herida? —pregunta Brenda mientras se sirve un café y se sienta junto a él. No se sienta enfrente, está en la silla de al lado.

—Bien, solo duele cuando me despisto y hago un esfuerzo o al dormir me giro sobre ese lado.

—No sabes cómo lo siento. —responde Brenda con sarcasmo, deja la taza en la mesa y coge un bollo que unta con mermelada—. Por lo menos aquí comerás en condiciones.

Joe prácticamente se traga el bollo, coge el vaso de zumo, que le acaba de preparar Adele, y se lo toma. Le pone nervioso estar tan cerca de ella, ¿cómo puede ponerse caliente con solo sentir el roce de su pierna?

—Tengo que hablar con Bill y darle instrucciones, me voy.

Brenda lo observa mientras se acerca, ese pantalón le marca bastante su culito y eso la excita más de lo que quisiera, no puede evitar recordarlo, cortando maleza, y se muerde el labio.

—Bill, ¿cuánto crees que tardarán los chicos en acabar el exterior?

—Este viernes se quedará listo, la semana que viene empezamos a pintar. El jardinero vendrá en unos días, dice que en una semana podría dejar el jardín terminado si consigue reunir a su cuadrilla.

—Vale, eso confirma mis estimaciones, a mediados de diciembre... ¡Adiós bruja!

Joe no puede trabajar por culpa de la herida, pero al menos estar con los chicos le entretiene. Solo de pensar en estar a solas con ella, se estremece, y

eso no le agrada lo más mínimo.

De mala gana, al medio día entra en la mansión, las tripas no dejan de gritarle que es hora de comer. Cruza el pasillo principal y entra en la cocina, donde Adele está poniendo los platos sobre la mesa, tres. ¡Genial! Eso significa que Adele almorzará con ellos.

Brenda no tarda en llegar, está distraída, mirando algo en su tablet. Se sienta junto a Joe y este gruñe fastidiado. ¿Por qué se acerca tanto?

Adele saborea el estofado y almuerza en silencio. Brenda combina cucharadas con buscar cosas en el tablet y Joe traga lo más rápido que puede para huir de allí cuanto antes.

Por la noche, Brenda se echa en la cama, abatida, lo va a perder todo y no puede hacer nada. ¡Putos hombres! ¿Hablando de hombres? Se levanta de la cama y prepara los útiles para curar a Joe.

Joe sale de la ducha con la cintura enrollada en una toalla, se acerca a la ventana y mira el lago, eso siempre le relaja.

—¡Dios bendito! —grita Brenda que ha entrado en el dormitorio sin llamar—. ¿Qué te ha pasado en la espalda?

Capítulo 10

Joe se gira, tiene los ojos muy abiertos, desea gritarle, pero no puede, la cara de Brenda desprende un inmenso dolor, está horrorizada.

—Prefiero no hablar de ello y te agradecería que no le hablaras a nadie de lo que has visto.

Joe se sienta y no se molesta en taparse, ¡para qué! Ya lo ha visto. Brenda deja la pequeña bandeja con los útiles de la cura encima de la cama, retira el apósito y comienza la cura.

—¿Un accidente?

—Ojalá. —responde Joe cabizbajo.

Brenda mira de reojo su espalda mientras aplica una capa de betadine sobre la herida, siente un escalofrío y una punzada en el corazón, reconoce esas marcas en la espalda, alguien debió golpearle con un cinturón. ¿Cómo alguien podría ser tan cruel?

—¿Hace mucho tiempo?

Joe la mira con ganas de mandarla al carajo, pero una vez más la expresión afligida de ella le hace contenerse.

—Doce años.

Brenda empieza a echar cuentas, sabe que Joe tiene treinta años, ¿dieciocho años? ¿Qué clase de animal le haría eso?

—Te agradezco lo que estás haciendo por mí, los Clanion siempre me trataron bien. Se ve que tenéis debilidad por ayudar a fracasados, lo has heredado de tu abuelo.

Brenda recoge y levanta la bandeja, mira a Joe y duda.

—No eres un fracasado, solo has tenido mala suerte.

Joe se levanta y la mira fijamente, se ajusta un poco más la toalla y se acerca a ella.

—¿Guardarás mi secreto? —pregunta Joe con ojos temerosos.

—¿No lo sabe nadie?

Joe niega con la cabeza.

—Guardaré tu secreto, pero quiero algo a cambio.

—¿El qué?

—Cásate conmigo. —dice Brenda sintiendo como sus mejillas le arden.

Joe da un paso atrás, como si le hubieran acercado una antorcha llameante, la mira sorprendido.

—No sería de verdad, bueno, sí sería de verdad, pero solo por un año.

—No, no puedo hacer eso.

—Te pagaré quinientos mil dólares, tendrás dinero de sobra para hacerte otra cabaña. —replica Brenda en un intento de convencerle, no tiene más opciones.

Joe siente como su cuerpo empieza a temblar, está muy nervioso, ¿casarse? ¿con ella? El dinero le vendría bien, necesita una cabaña nueva, pero no sabe si podrá soportar estar junto a ella, interpretar un papel que le aterrera.

—Brenda... nadie se lo creería, yo soy un paleta y tú una ricachona, no sé moverme en tu mundo, nos descubrirán y lo perderás todo. ¿Podrías contratar un actor?

—El abogado de mi abuelo investigará los antecedentes de mi marido, trabajo, amigos... ¡Por favor Joe! Piensa en todas esas familias que pueden perderlo todo, hazlo por ellos, sé que te importa la gente, eres un buen hombre.

—¿Cuándo...? —Joe no era capaz de pronunciar esas palabras.

—Nos casaríamos en cuanto la mansión esté terminada y nos marcharíamos a Washington.

—¿Washington?

—Allí está la sede de mis empresas y mi casa.

Joe se sentó en la cama, todo le daba vueltas, se sentía mareado. ¿Irse de Morgan? Nunca había salido de allí, ni se planteó jamás alejarse de todos sus amigos. Brenda se sentó a su lado, se cogió las manos y entrelazó los dedos.

—Un año de infierno y serás libre, con dinero para cabaña y una camioneta nueva. —dijo Brenda para tentarle.

—Lo haré.

Brenda se arrojó a sus brazos y los dos cayeron sobre la cama. Joe se quedó mirando los ojos de Brenda, sentir su cuerpo encima. ¡Oh, no! ¡Maldita sea, no crezcas traidora!, piensa Joe nervioso. Ella lo mira fijamente, se ha puesto colorado y nota algo duro en su pelvis, aguanta las ganas de reírse y se quita de encima. ¡Al paleta le pone caliente la bruja!

Durante toda la semana, el humor de Brenda había mejorado hasta el punto de que Adele la miraba raro.

—Niña, ¿estás bien? —dijo Adele sin dejar de amasar la masa para hacer pan.

—¡Lo conseguí! —gritó Brenda levantando los brazos en señal de triunfo —. ¡Ya tengo marido!

—Me alegro mi niña, ¿quién es?

—Joe. —Adele soltó una carcajada, pero cuando vio que Brenda permanecía seria, gruñó.

—Tú eres mi niña, pero él es mi niño, cómo os hagáis daño, os voy a dar lo vuestro.

—Tranquila, es solo una operación comercial entre los dos.

—Un matrimonio nunca es una operación comercial, el roce hace el cariño y luego vienen los llantos.

Brenda suspiró y siguió mirando las noticias en su tablet, necesitaba regresar a Washington cuando antes, le resultaba muy difícil dirigir su imperio desde la mansión. Joe le había asegurado que en dos semanas la obra estaría terminada.

Dejó el tablet sobre la mesa y se asomó al jardín trasero, ya habían empezado a cortar las ramas de los árboles para sanearlos, replantaban todo tipo de flores y ya empezaba a parecer un jardín de verdad. Un operario pasaba una cortadora para recortar el césped, su abuelo estaría satisfecho, ojalá estuviera viéndolo todo desde el cielo.

Joe estaba muy aburrido, el brazo le impedía hacer cualquier trabajo físico y eso lo mataba. Viernes por la tarde y él no podía ir a tomar una cerveza, ¡joder! En esa casa no había cerveza y estaba que se subía por las paredes, y no tener televisión en su dormitorio terminaba de rematarlo. La única televisión, estaba en una sala de estar, en la que siempre estaba Brenda con el mando a distancia en la mano.

Joe se sentó en la escalera de la entrada y contempló por una cristalera como los chicos se marchaban. Un sudor frío recorrió su cuerpo al recordar que había aceptado la proposición indecente de Brenda, ¿sería capaz de aguantarla un año? Lo más duro sería abandonar su amada Morgan y a sus amigos, su única familia. Adele se quedaría en la mansión, para cuidarla, de manera que no tendría a nadie conocido y amigo a su lado. ¿Se creería alguien que eran marido y mujer?

Brenda se dejó caer en el sillón de la salita y encendió la televisión, fue pasando de canal en canal hasta llegar a uno de telenovelas.

Joe iba a entrar y cuando la vio, dio media vuelta para irse.

—¡No muerdo!

Joe se giró y miró el televisor, ¿telenovelas? ¿en serio?

—No pienso ver eso, si quieres que cumpla el pacto, quiero un televisor en mi dormitorio.

—Alguien no puso toma de antena en los dormitorios. —dijo Brenda con ironía—. Te dejo el mando para que pongas algo a tu gusto, yo seguiré mirando cosas en mi tablet.

Joe entró de mala gana en la salita, se sentó lo más alejado que pudo de ella en el sillón y cambió de canal. Pasó un canal, luego otro y otro y otro más.

—Me vas a volver loca con tanto cambiar, ¿es que no te gusta nada? —protestó Brenda.

—Esto me gusta. —respondió Joe señalando el televisor.

—¿House?, por qué será que no me extraña.

—No voy a tomar más sedantes, prefiero aguantar el dolor a tener este mareo y pasarme todo el día con sueño.

—Tienes que tomarlos junto con los antibióticos, eso o que se te infecte y acaben teniendo que cortarte el brazo. —dijo Brenda con malicia.

Joe se limitó a apretar los dientes e ignorarla, poco a poco se fue relajando y acabó quedándose dormido. Brenda pulsó en el icono de google y siguió buscando noticias sobre la bolsa, de reojo lo miró, parecía un angelito así tan dormido. El recuerdo de sus cicatrices hizo que se le formara un nudo en la garganta, debió haber sufrido mucho. Se acercó a él y le tocó la mejilla con un dedo, Joe ni se inmutó, los sedantes hacían su efecto. Se puso de rodillas en el sillón y se acercó más, recordó la noche que lo besó y no pudo reprimirse, acercó sus labios a los de él y sintió como su cuerpo se estremecía, se apartó y se alejó. Necesitaba cumplir las condiciones de su abuelo, pero... ¿a qué precio?

Capítulo 11

El sábado por la mañana Adele se marchó, Brenda le había dado el fin de semana libre. Caminó hasta el jardín y se quedó mirando la mesa y las cuatro sillas, el pequeño porche y el balcón. Todo estaba quedando tan bien, que deseó tener esa mansión en Washington. Su apartamento estaba en uno de los edificios más lujosos y era bastante grande, pero no se podía comparar con esas vistas, escuchar los pájaros, el lago, la naturaleza rodeándote. Echaría de menos Morgan, ¿quién lo hubiera dicho?

Joe se marchó a su dormitorio nada más desayunar, se lanzó a la cama y suspiró aburrido, no tenía ni idea de qué iba a hacer esos dos días, empezaba a odiar los fines de semana. Sacó el móvil y miró en los contactos, sintió el deseo de llamar a Jensen y contárselo todo, pero no podía. Dejó caer el móvil en la cama y se quedó mirando el techo.

Brenda miró el refrigerador y se relamió, Adele los había dejado bien surtidos de comida. Sacó una fuente con lasaña de carne y la introdujo en el horno, seleccionó el tiempo, los grados y salió de la cocina. Saber que cumpliría las condiciones le hacía feliz, pero convivir con el paleta un año...

Cruzó la puerta y regresó al jardín, su sitio favorito desde que lo estaban arreglando. Se sentó en una silla, apoyó los codos en la mesa y posó su barbilla entre sus manos.

Joe, que estaba mirando el lago desde su ventana, bajó la vista y la vio. No parecía encontrarse bien, no entendía nada, ¿acaso no había conseguido lo que deseaba? No bajaría, no le preguntaría, no deseaba estar junto a ella, ya tendrían tiempo para fingir.

Brenda miró el reloj y corrió al interior. ¡Se quema, se quema!

Se puso unas manoplas y abrió la puerta del horno, ¿serás idiota? No se acordaba que había puesto el tiempo, la lasaña estaba perfecta. Sacó la bandeja y la puso sobre la mesa de madera, ella no era tan detallista como Adele. Cogió un par de platos y tenedores, dos copas y una botella de vino, con eso bastaría, pasaba de florituras.

Subió las escaleras corriendo y llamó a la puerta de Joe.

—¡A comer!

Joe abrió la puerta, estaba vestido con una camiseta blanca, poco ceñida, y un pantalón corto, gris, la calefacción en la mansión estaba a demasiados grados para su gusto.

—¿Qué tal tu brazo?

—Bien, por cierto, con todas esas empresas que debes tener, ¿no tienes que irte de viaje?

—¿Me estás echando?

—Sí, quiero el mando de la televisión solo para mí.

Brenda soltó una carcajada y Joe pensó que ese era el sonido más bello que hubiera escuchado jamás. ¡No, Joe, no!

Bajaron las escaleras y caminaron juntos hacia la cocina. Joe se sentó, iba a servirse un poco de lasaña cuando ella le golpeó con suavidad en la mano derecha.

—Te sirvo yo, no quiero que destruyas la lasaña.

Joe se limitó a ignorarla, cogió las dos copas y las llenó de vino, la de la bruja más que la suya, con un poco de suerte le daría sueño y la perdería de vista.

Brenda le sirvió una generosa porción y le acercó su plato, luego tomó el suyo y se echó poca cantidad, había que mantener la línea.

—Me gustaría salir esta noche. —dijo Brenda mirándole fijamente a los ojos.

—¡Genial! Así tengo la televisión para mí.

—Me refería los dos juntos, no conozco la ciudad y no sé a dónde ir.

Joe se atragantó, se concentró para pasar el nudo, cerró los ojos y respiró aliviado en cuanto notó que se le pasaba.

—¿Tantos años y no conoces esta ciudad?

—Nunca he estado en Morgan, al menos que yo recuerde, mi abuelo siempre nos visitaba en Washington. Por favor, necesito salir, estoy muy tensa.

—No sé por qué, has conseguido lo que quieres. La mansión estará lista en dos semanas y tienes un idiota dispuesto a casarse contigo.

—Nunca pensé en casarme y menos en que tendría que pagar para que un idiota se casara conmigo.

—¿A quién llamas idiota? Te recuerdo que si me echo atrás antes del año, lo pierdes todo.

—Entonces no te pagaría un céntimo y me habrías aguantado gratis.

—No me importa el dinero tanto como a ti, yo me crié en la pobreza. No probé un trozo de tarta hasta los diez años, que fue cuando conocí a Jensen y su familia empezó a invitarme a casa.

—¿Tus padres no te compraban una tarta en tu cumpleaños?

—Mi madre murió durante el parto y mi padre... digamos que no me quería mucho.

—¿Tienes trato con él?

—Murió hace un año, como se merecía, solo, en un asilo. —dijo Joe, con ojos llenos de rabia.

Brenda empezó a atar cabos, cicatrices, padre poco amoroso...

—Conozco un buen cirujano, podría hacer que tus cicatrices desaparecieran, si no en su totalidad, en gran parte. —dijo Brenda mirándolo con tristeza.

—No me mires así, no necesito la piedad de nadie y menos la tuya.

—Me mentiste cuando nos conocimos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Joe confundido.

—Mi abuelo no regaló el terreno a tu padre por los servicios prestados, he investigado y nunca trabajó para él. Luego vas diciendo que te lo vendió a un precio bajo, ¿por qué dos versiones de una misma historia?

—A cada persona le digo lo que me parece. —contestó Joe cogiendo un poco de lasaña con el tenedor y llevándoselo a la boca—. No me gusta que me pregunten sobre mi vida, yo no le pregunto a nadie.

—¿Has pensado que a lo mejor te preguntan porque les importas?.

—Hay muy poca gente a la que le importe de verdad, pero me da lo mismo, no necesito a nadie.

Joe apuró su copa de vino y llevó su plato y su copa hasta el fregadero. Apoyó las manos sobre él y bajó la cabeza.

—Si quieres que lo nuestro funcione y parezca real, no vuelvas a preguntarme nada personal.

—Está bien. —susurró Brenda.

Por la noche, Joe tocó a la puerta del despacho y esperó recibir permiso para entrar.

—¡Pasa!

Joe abrió la puerta y se quedó mirando a Brenda, estaba enfundada en su bata y revisaba algo en el portátil.

—¿No decías que querías salir?

—Ya te dije que no conozco ningún sitio, y la última vez que salí no me fue muy bien. ¿Recuerdas? Además, durante el almuerzo, no te vi de mucho humor.

—Vístete, te llevaré a cenar a un buen sitio, pero pagas tú. —gruñó Joe.

—¡Bieeeeeen! —gritó entusiasmada Brenda, apagó el portátil y salió corriendo del despacho.

Joe se la quedó mirando, la bruja estaba muy loca, ¿quién reacciona así?

Brenda entró en el parking y rápidamente un aparcacoches corrió hacia ellos para coger las llaves y aparcar el vehículo. Joe se había vestido un poco más formal, con un pantalón vaquero negro y una camisa azul. Brenda llevaba puesto un vestido negro de gasa, se hubiera puesto sus zapatos nuevos, pero alguien se los había destrozado.

Entraron en el restaurante y el metre no tardó en acercarse y ofrecerles una mesa con vistas al lago. La decoración era inusual para aquella ciudad, parecía un palacio europeo, con esas columnas románicas que servían de base para unos arcos de madera, con elaborados grabados, inspirados en tiempos ya lejanos.

—Este sitio es precioso y me encanta la vista del lago. ¿Aquí llevas a tus conquistas?

—Es la primera vez que traigo a alguien. —dijo Joe mirando la carta.

—¿Pero habrás tenido citas? ¿No me digas que eres virgen? —preguntó Brenda justo cuando el hilo musical se interrumpía. Todos los asistentes se quedaron mirándolos y Joe se puso colorado, aunque no sabía si por vergüenza o por rabia.

—¡No, no soy virgen! —gritó Joe mirando al resto de comensales, que desviaron la vista en un intento vano de disimular—. ¿Recuerdas lo que te dije sobre mi vida privada?

—Está bien, me callo, pero de qué sirve traerme a un sitio tan bonito si te vas a limitar a comer y guardar silencio.

—¡Vale!, si es lo que quieres. Empieza tú, háblame de tu familia.

—Mi padre se llama Adrian, el pobre está pasando por una mala racha, le detectaron un cáncer, pero está cada vez mejor. Mi madre Abie, es un terremoto de mujer, no se calla nunca y siempre acaba liándola.

—Ya sé a quién sales. —dijo Joe sonriendo con malicia.

Brenda lo miró con ojos llameantes, pero decidió ignorarlo.

—No tengo hermanos, pero me crié junto a mi primo, que es un completo

imbécil, súper arrogante y mega rico.

—¿De qué me sonará eso?

—Si sigues sacándole punta a todo, me callo.

Joe simuló coserse los labios y se cruzó de brazos, le costaría no hacerla enfadar.

—Mi abuelo nos visitaba a menudo, siempre se portó muy bien con nosotros, pagó mi universidad y en cuanto empezó a pesarle la edad, me puso al mando de su imperio. Mis padres son gente sencilla, mi padre era carpintero y mi madre enfermera. ¡Ahora tú!

—Bueno, ya sabes qué le pasó a mi madre. Mi padre era un bastardo que me dijo que ojalá no hubiera nacido y que por mi culpa, mi madre estaba muerta. Cada día llegaba borracho a casa y una vez allí, seguía bebiendo. Su deporte favorito era quitarse el cinturón y golpear mi espalda con él, no necesitaba ninguna excusa. Recuerdo que una noche, después de pasar todo el día sin comer nada, cogí un plátano del refrigerador, en cuanto mi padre se dio cuenta, me cruzó la espalda con el cinturón hasta que me cubrió de sangre. ¿Deseas saber algo más?

Brenda lo miró aterrada, no sabía qué decir, ¿cómo alguien podía ser tan cruel con un niño? Solo imaginar a Joe de pequeño, sufriendo ese maltrato... Tuvo que contener las ganas de llorar, cuando lo miró, él le devolvió la mirada, parecía entre furioso y triste.

El camarero se acercó y se quedó parado junto a ellos.

—¿Han elegido los señores?

—Bistec muy hecho para mí. —dijo Joe incómodo, desviando la mirada hacia el lago.

—Solomillo a las finas hierbas. —dijo Brenda mirando al camarero.

—¿Puedo sugerir una botella de nuestro vino de la casa?

—Por supuesto, gracias. —contestó Brenda con cortesía.

Joe la miró ceñudo, no soportaba ver la compasión en sus ojos.

—Deja de mirarme así o me largo.

—¿Cómo te miro?

—Como si fuera un pobre desgraciado, digno de lástima.

—Me resulta insoportable la sola idea de pensar en lo que te hizo, pero no siento pena por ti. Eres un hombre valiente, tratas a tus amigos con camaradería y por como te miran, tengo claro que te aprecian sinceramente. Has sabido salir adelante por tus propios medios y yo eso lo admiro.

—Tampoco te pases, yo no me veo así.

—Así te vemos todos, aunque yo también te veo como a un imbécil, arrogante y estúpido paleta que me saca de mis casillas.

Joe sonrió, prefería que le atacara a que le compadeciera. Brenda guardó silencio cuando el camarero llegó y les sirvió la cena y el vino. Los dos cenaron sin pronunciar palabra, miraban el lago y se lanzaban alguna mirada furtiva.

—Bueno, yo estoy llena, la tarta de chocolate era una delicia. ¿Nos vamos? —preguntó Brenda sonriendo.

—No, aún tengo algo que enseñarte.

Brenda sacó su tarjeta y pagó la cena, podía ver que Joe se sentía incómodo, para un machista eso no debía ser plato de buen gusto.

Joe la cogió de la mano y Brenda se estremeció, dejándose arrastrar hasta un pasillo que conducía a un salón de baile, donde un disc jockey pinchaba canciones de ritmos latinos. Varias parejas trataban de bailar como podían y se reían al comprobar lo mal que se les daba.

—No tengo ganas de que me destroces los pies a base de pisotones. —dijo Brenda sonriendo.

Joe la ignoró, tiró de ella hasta el centro del salón y la cogió de la cintura, para acto seguido atraerla contra su cuerpo. Brenda no podía creer como se movía y poco a poco se fue animando, hasta que los dos se unieron en cada paso como si fueran una sola persona.

Capítulo 12

Brenda aparcó junto a la entrada de la mansión y bajó del coche. Joe la siguió hasta la puerta de la entrada y se detuvo a tiempo, para evitar chocar con ella, que se había parado en seco.

—¿Qué ocurre? —preguntó Joe.

—Creo que es la primera vez en mi vida que me divierto con un hombre.

—Pues vaya hombres más aburridos que has conocido. —dijo Joe extrañado.

Brenda se acercó a él, acarició su mejilla y depositó un beso en ella.

—Gracias.

Joe asintió con la cabeza, no le salían las palabras, salvo la madre de Jensen o Adele, nadie solía besarlo, a no ser que los perros de sus amigos contaran.

Los dos entraron en la mansión y subieron las escaleras en silencio. Brenda le dedicó una sonrisa y se alejó de él. Joe la observó por unos segundos, ¡joder, qué curvas!

El domingo por la mañana, Joe se despertó al oír que alguien golpeaba su puerta.

—¡Pasa! —gritó Joe.

Brenda entró con la bandeja de curas, pero nada más verlo, se giró.

—Te agradecería que taparas tu tienda de campaña mañanera. —dijo Brenda con las mejillas sonrosadas y una expresión entre sorprendida y excitada.

Joe se tapó con la manta, divertido, ¿la bruja era vergonzosa?, lo que le quedaba por ver.

—Ya está. —dijo Joe tirando de la colcha y sentándose en el borde de la cama.

Brenda se acercó, dejó la bandeja en la cama y quitó el apósito, la herida estaba muy bien. Empezó a pasar el algodón con betadine y Joe suspiró aburrido.

—Quiero ver la tele. —dijo Joe.

—Tengo que hacer cosas, así que es toda tuya.

—¿Más trabajo?

Brenda asintió, mientras colocaba un apósito nuevo, se le daba bien eso de hacer de enfermera. Un pensamiento lascivo cruzó su mente, ¿cómo sería el paleta en la cama? Muchos iban de machos y luego no sabían qué hacer con una mujer.

Brenda sintió una punzada en el vientre, dejó la bandeja en la cama y se retorció. Joe la sujetó y la atrajo hacia él.

—¿Estás en esos días? —dijo Joe con timidez.

—No, pero me duele mucho, es como una punzada.

Joe se levantó de la cama, solo llevaba puestos unos slips, la cogió en brazos y con cuidado abrió la puerta.

—Tu brazo. —dijo Brenda casi en un susurro.

—Estoy bien gracias a ti.

—También estás así gracias a mí. —replicó Brenda sonriendo.

Joe negó con la cabeza y sonrió, ni dolorida la bruja se callaba.

Cruzó el pasillo y la llevó hasta su cama. Brenda se quitó la bata, y volvió a sonreír cuando su camisón escotado quedó a la vista y Joe miró a otro lado con las mejillas muy coloradas.

—¿Quieres algo?

—¿Me puedes traer una caja de ibuprofeno de mi botiquín? Está en mi baño.

Joe entró en el baño que olía a moras, se quedó unos segundos hipnotizado por el olor, reaccionó y abrió el botiquín.

—Aquí tienes.

Brenda sacó una pastilla y cogió el vaso de agua que tenía en la mesita, había pasado una mala noche con esos dolores, tendría que ir al médico, quizás aprovechara cuando llevara a Joe.

—No quiero que te muevas de la cama, yo prepararé el desayuno y ya me las apañaré con el resto de comidas. —dijo Joe con seriedad—. Si necesitas algo me mandas un whatsapp.

—Qué moderno suena eso y a la vez qué extraño, proviniendo de un paleta.

—Sigue así y verás qué asco de comida te traigo. —gruñó Joe y abandonó el dormitorio, que también olía a moras.

Brenda se tapó y no tardó en quedarse dormida. Joe se vistió y bajó las

escaleras, caminó hasta la cocina, a ver qué encontraba. Buscó el tostador y lo encontró en una alacena, lo conectó y buscó el pan. Abrió el refrigerador y sacó un brick de zumo, que dejó en la encimera. Ahora, a ver dónde puñetas estaban las bandejas.

Brenda abrió los ojos y dio un respingo al ver a Joe dejar la bandeja encima de la mesita.

—Si te sientas, te ayudo con la bandeja.

—No es necesario. —dijo Brenda incorporándose y apoyando la espalda contra el cabecero de la cama.

Joe cogió la bandeja y se la puso sobre las piernas. Brenda clavó sus ojos en él, resultaba agradable sentirse cuidada, aunque fuera por un paleta.

—Te dejo que desayunes, cuando termines, deja la bandeja en la mesita.

Brenda conectó la radio de un pequeño reloj despertador y Joe se la quedó mirando.

—¡Dale voz! —gritó Joe.

Brenda se apuró y subió el volumen, la canción *Ángel in the night*, de Basshunter llenó la estancia y Joe empezó a bailar. Movía el culo y los brazos como si estuviera cazando moscas. Brenda lo miró con los ojos muy abiertos y acabó riéndose a carcajada limpia. Joe seguía a lo suyo, bailando de un lado a otro, la música era su perdición, cuando sonaba una canción que le gustaba, pasaba de todo y de todos y se ponía a bailar, todos los que lo conocían, sabían de esta peculiaridad.

La canción terminó y Brenda aplaudió con lágrimas en los ojos, no paró de reírse. Joe hizo una reverencia y se marchó.

Joe estaba loco, pero nunca pensó que fuera tan divertido, sería interesante convivir con él, aunque mejor no ponerle música en una fiesta de negocios. Divertida y sonriente, cerró los ojos y volvió a quedarse dormida.

A medida que pasaban las horas, el dolor parecía remitir y por la noche ya se encontraba bien. Se levantó de la cama y se puso la bata, era agradable sentir las piernas y moverse, estaba algo entumecida de tanta cama.

Joe estaba cocinando una tortilla francesa y salchichas, no era alta cocina pero serviría. Adele les había dejado comida, pero no tenía ni idea de cómo calentarla, no entendía bien el horno ni el microondas y temía quemarlo todo.

—¡Vaya! Esta noche toca cocina de lujo.

—Siéntate a la mesa, graciosa. —gruñó Joe intentando dar la vuelta a la tortilla y esperando no dejarla pegada en el techo.

Brenda cogió la tablet y miró las noticias, pero por poco tiempo, ya que Joe se la arrebató y la dejó sobre la encimera.

—¡Oye, que estaba mirando las noticias!

—Ahora se come, ya tendrás tiempo de jugar luego.

—Para jugar uso otro tipo de juguetes. —respondió Brenda con malicia.

—Y yo tenía una muñeca hinchable, hasta que se rompió.

—¡Serás cerdo!

—Tú has empezado. —dijo Joe cogiendo la sartén para dividir la tortilla en dos y depositar una porción en cada plato. Luego añadió unas salchichas y ya estaba la cena superada.

Brenda miró la tortilla, algo quemada, y las salchichas poco hechas. Joe se cruzó de brazos y observó su indecisión.

—Tranquila, apenas si he escupido en tu comida.

—¡Cerdo!

—Come o lo hago de verdad.

—¿No te atreverás?

—Pruébame.

Brenda probó un trozo de tortilla y abrió los ojos, sorprendida, creía que había batido un par de huevos y poco más, pero no, aquello tenía sabor, había usado especias y estaba deliciosa. Probó las salchichas y dejó escapar un gemido de placer, estaban hechas con vino y una salsa que no había probado nunca.

—Está todo delicioso.

—Adele me enseñó algunas recetas fáciles para que no solo comiera a base de latas.

—Pues están de muerte.

—¿Sabes hacer algo más?

—Sí, mousse de chocolate, si quieres, luego voy al servicio y...

—¡Calla cerdo, no sigas! —chilló Brenda asqueada.

Joe buscó dos copas y sirvió un poco de vino de una botella que acababa de abrir. Brenda agarró la copa y dio un buen sorbo.

—Brenda... ya es seguro, la mansión estará lista dentro de dos semanas. Cuando nos... —Joe tragó saliva, aquellas palabras se le atragantaban.

—Nos casaremos en Washington, Adam, el abogado de mi abuelo, y su socio, serán los testigos.

—Una pena. —dijo Joe con tristeza.

—¿Por qué dices eso?

—Nuestra primera vez y es de mentira.

—¿Qué raro ha sonado eso? —dijo Brenda con sensualidad.

—Tú siempre sacándole doble sentido a todo. Si fuera nuestra primera vez en eso, te aseguro que no sería de mentira. —contestó Joe enseñándole la lengua.

Capítulo 13

Durante la primera semana de diciembre, se doblaron las cuadrillas de pintura y jardinería, Brenda estaba impaciente por acabar. El carácter fuerte de Joe se iba apagando poco a poco, ser consciente de que pasaría un año lejos de Morgan y sus amigos, lo entristecía. Su relación con la bruja parecía entrar en otro nivel y eso tampoco le agradaba, esa cercanía... Al final, todo sería más difícil de lo que esperaba.

La segunda semana, las cosas no mejoraron, el viernes por la mañana Bill acompañó a Brenda y Joe para mostrarle los acabados, la mansión había recuperado su esplendor.

Mientras Brenda miraba el exterior y quedaba fascinada, Joe caminaba cabizbajo.

—Bill, el lunes que viene ingresaré el último pago y un plus por haber terminado la obra tan rápido. —dijo Brenda esbozando una sonrisa sincera.

Bill no entendía qué pasaba, pero la bruja había cambiado drásticamente en las últimas dos semanas, sin embargo, Joe estaba tan apagado, que le preocupaba.

Joe se alejó de allí y entró en la mansión, no podía despedirse de nadie, y tener cerca a sus amigos, sin poder decirles adiós, lo estaba matando. Brenda no tardó en seguirle, lo tomó del brazo y le miró fijamente.

—Hoy tenemos que ir al hospital para que te vean el brazo.

Joe se levantó la manga, se arrancó el apósito y le mostró la herida seca y cerrada.

—Ya estoy bien, no pienso ir al hospital. ¿Cuándo nos vamos?

—¿Tienes prisa? —preguntó Brenda sorprendida.

—Cuanto antes mejor, no quiero seguir aquí sabiendo que debo irme. —dijo Joe con seriedad.

—Le diré a Adele que me ayude a hacer las maletas. En cuanto a ti, recoge solo lo imprescindible para el viaje. Tus objetos personales y las cajas puedes dejarlas aquí.

—¿No me llevo toda mi ropa? —preguntó Joe extrañado.

—No, cuando lleguemos, iremos de compras, esas ropas no son adecuadas. Pronto serás mi marido y no puedo permitirme que vistas como un vagabundo, tengo una reputación que mantener.

—¿Vagabundo yo? ¡Vete por ahí a dar una vuelta en tu escoba! —gruñó Joe fastidiado y subió las escaleras corriendo.

Abrió la puerta de su dormitorio y miró en su armario, no había gran cosa. Cogió un par de mudas para el viaje y las introdujo en un macuto militar. Se quedó mirando el armario y el macuto, nunca tuvo gran cosa, pero ahora que su cabaña había desaparecido... la bruja tenía razón, parecía un vagabundo.

Brenda subió las escaleras, seguida de Adele, las dos empezaron a guardar la ropa en las maletas, a diferencia de Joe, ella tenía mucho que guardar.

Durante el almuerzo, Joe se limitó a beber de su copa y comer un poco de pasta, evitaba mirarla.

—Llevaremos solo el equipaje mínimo, el resto me lo enviarán a mi apartamento, junto con mi coche. Dentro de un par de horas nos recogerá una limusina, que nos llevará al aeropuerto y desde allí, tomaremos un avión.

—¿Avión?

—Sí, ¿cómo pensabas ir?

—Tren, coche...

—El avión es más rápido.

Joe tragó saliva, no estaba dispuesto a decirle que le aterraba viajar en avión, no permitiría que la bruja se burlara de él.

Joe estaba sentado en la cama, con el macuto a un lado, esperando que Brenda le avisara, ¿por qué había cedido? ¿no era su problema? Al menos podría pagar una cabaña nueva y mejor que la anterior.

Brenda tocó a la puerta y abrió, verlo tan triste la paralizó. Reunió fuerzas y caminó hasta la cama, se sentó y lo miró.

—¿Tan difícil te resulta dejar Morgan? Aún estás a tiempo de...

Joe se levantó de la cama, cargó su macuto al hombro y la miró.

—Tal vez sea un paleta, pero también soy un hombre de palabra, cuando digo que voy a hacer algo, lo cumplo. ¡Vámonos!

Brenda lo siguió, aunque entendía su dolor, en el fondo y aunque le costara reconocerlo, le atraía mucho la idea de estar a solas con él y quizás, tener alguien con quien salir por ahí.

La limusina era lujosa, con sillones mullidos y de tacto suave, en uno de los

laterales, había una pequeña nevera, y en frente, otra fila de asientos, junto a un cristal tintado, que los separaba del conductor. Joe se recostó en el asiento y trató de relajarse, sería un viaje largo. Evitó mirar por la ventana, no quería ver a nadie, todo le traería recuerdos.

Brenda sacó su tablet y revisó unos documentos, de reojo miraba a Joe, que con esos pantalones azules tan ajustados y su camiseta negra, tenía un aspecto sexy, aunque rústico, ardía en deseos de llegar y hacerle un cambio de look.

Cuando llegaron al aeropuerto, Joe sacó el macuto del maletero y se lo echó al hombro, cogió la maleta de Brenda y tiró del asa, por suerte tenía ruedas, porque aunque era pequeña, pesaba bastante.

A medida que se acercaban a la zona de embarque, Joe sentía que le costaba respirar. Una azafata les pidió los pasajes y Brenda se los ofreció, caminaron hasta la plataforma, que conectaba con la puerta del avión. Joe se estaba poniendo rojo, la puerta del avión se estrechaba y agrandaba por momentos, como si fuera la boca de un monstruo que quisiera devorarlo.

—¿Estás bien? —preguntó Brenda preocupada.

—Sí. —respondió Joe orgulloso, la adelantó y entró en el avión.

Sus asientos estaban en primera clase, algo que a Joe le importó bien poco, estaba muy asustado. Introdujo el macuto y la maleta en el maletero que había por encima de sus cabezas y se sentó junto a la ventanilla. Brenda se quitó el abrigo y lo guardó en el maletero.

—Deberías quitarte la americana, aquí la calefacción está alta.

Joe se la quitó y se la entregó a Brenda, seguía con los ojos desencajados, se ajustó el cinturón y se quedó mirando fijamente la pantalla de televisión, que tenía justo delante de él, integrada en el asiento delantero.

Los motores del avión comenzaron a rugir y Joe empezó a sudar.

—No me lo puedo creer, tan machito y te da miedo volar.

—No me da miedo volar, me da miedo que este cacharro se averíe y se estrelle.

—No se va a estrellar, es un medio muy seguro, lo dicen las estadísticas.

Joe la miró con los ojos muy abiertos, lo estaba poniendo más nervioso.

—¿Te importa cerrar la boca?

—Maleducado.

—Bruja.

—Paleto.

—Tu madre.

—La tuya.

Joe meneó la cabeza negativamente, estaba desesperado y la niñata no lo dejaba en paz.

El avión tomó velocidad y alzó el vuelo, Joe se agarró a los reposamanos, ahora sí que no podía respirar. Brenda lo miró divertida, estaba disfrutando, viéndolo cagado de miedo.

Una vez en el aire, las azafatas comenzaron a acercarse a los pasajeros y ofrecerle algo de beber. Joe pidió un Whisky y Brenda un refresco de lima. La azafata se marchó, siguió tomando nota al resto de pasajeros y diez minutos después, regresó empujando un carrito para servir los pedidos.

Joe agarró el vaso de Whisky y se lo bebió de un trago. Brenda saboreó su refresco y lo miró con burla.

—Deja de mirarme así. —gruñó Joe con fastidio.

—No sabes lo divertido que ha sido ver como clavabas las uñas en los reposamanos.

—Sigue así, tengo formas de vengarme. —dijo Joe mirándola de forma amenazadora.

Brenda le guiñó un ojo y siguió disfrutando su bebida, mientras pulsaba el botón de encendido de su pantalla de televisión.

Se hizo de noche y Joe decidió bajar la pequeña persiana de su ventanilla. Se reclinó en el asiento y sonrió al ver a Brenda dormida, prácticamente caída de lado, hacia el pasillo. Subió el reposamanos central y tiró de ella hacia él, lo que no esperaba es que ella se abrazara y posara su mejilla bajo su barbilla. Sentir su piel... el olor a moras de su pelo, la bruja debía estar obsesionada con ese olor. Ahora sí que no podría dormir, Brenda dejó caer su mano izquierda hasta la entrepierna de Joe, que dio un respingo. Cogió su mano y la alejó de esa zona tan sensible, pero Brenda acabó subiéndola, hasta quedar bien sujeta a su cuello.

La madre que me parió, esta loca me machaca despierta y me mete mano dormida, pensó Joe.

Unas horas más tarde, Brenda se despertó, le sorprendió estar abrazada a Joe. ¡Qué bien huele el paleta! Joe se había quedado dormido, así con los ojos cerrados parecía hasta guapo.

Una azafata habló por el altavoz y Joe se despertó, sus miradas se encontraron y los dos se separaron incómodos.

—Señores pasajeros, en breves instantes aterrizaremos. Por favor,

abróchense los cinturones, esperamos que el viaje haya sido agradable.

A la salida del aeropuerto, otra limusina los estaba esperando. ¿Siempre viajarían en limusina? Echaba de menos su camioneta.

—Mi apartamento está en la segunda planta de un edificio, en la calle de la Independencia, junto al Capitolio, te va a gustar, tiene una terraza enorme y está llena de jardines.

Joe asintió con la cabeza, le gustaría pasear por esos parques, le traería recuerdos y le ayudaría a olvidar por unos instantes donde estaba.

Capítulo 14

Subieron al apartamento, bueno llamarlo así era un decir, una cocina enorme, un salón en el que había una gran mesa con doce sillas, zona de sillones y una televisión de sesenta pulgadas, dos baños, dormitorio de invitados y el impresionante dormitorio de Brenda, con su vestidor particular, por último y no menos importante, una terraza de más de cien metros cuadrados, repleta de todo tipo de comodidades, balancín, porche con sillones y mesita... Joe se quedó mirando el salón, todo aquello era demasiado lujo para él.

—En una hora estaremos en el juzgado.

—¿Puedo ir así vestido?

—No, en el dormitorio de invitados tienes tu ropa, se la encargué a mi secretaria antes de venir.

Joe asintió, cabizbajo entró en el dormitorio de invitados, que estaba justo frente al de Brenda y se quedó mirando el traje.

—¡Odio los trajes!

Brenda entró en su dormitorio y pasó a su baño privado para retocar su maquillaje, miró hacia su cama y contempló su traje gris de Hugo Boss, parecería más una ejecutiva que una novia.

Media hora después, Brenda esperaba sentada en un sillón del salón, estaba impaciente. ¿Cómo podía un tío tardar tanto en vestirse? Aunque claro, para un paleto ponerse un traje equivaldría a construir un cohete para la Nasa.

Joe apareció enfundado en su traje negro de Armani, se ajustó la corbata gris y se quedó mirando a Brenda con fastidio.

Brenda sintió como si le faltara el aire, no podía creer lo atractivo que estaba con ese traje, parecía hasta inteligente.

—Avisaré a mi chófer para que pase a recogernos. —dijo Brenda con frialdad, tratando de mantener la compostura.

Joe se quedó mirando a Adam, el abogado de su abuelo, medio calvo, el pelo castaño solo cubría parte de su cabeza, sin superar la línea de las orejas,

era delgado y tenía unos ojos azules, llenos de vida.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Adam mientras esperaban que llegara el juez.

—Estoy muy enamorada. —dijo Brenda cogiendo la mano de Joe—. No lo entiendo, ¿por qué no me crees?

—Porque hay una fortuna en juego. No me malinterpretes, quiero que la fortuna quede en tu familia, pero estoy obligado a cumplir la voluntad de tu abuelo.

Joe, harto de escucharlos pelear, agarró a Brenda por la cintura y la besó. Ella pasó de la sorpresa a disfrutar de sus labios, por unos instantes, todos los muros cayeron y solo existían ellos dos. Joe se apartó un poco de ella y clavó sus ojos en Adam.

—Estoy harto de que desconfíe de nosotros, ella es el amor de mi vida y si vuelvo a escucharle dudar...

—Está bien, no nos alteremos. —claudicó Adam.

Brenda ni parpadeó, se había quedado sin palabras y con la mente en blanco.

El juez entró en la pequeña sala y se sentó tras su mesa.

—Bien, estamos aquí reunidos, para unir en santo matrimonio a Joe Hill y Brenda Clanion...

Brenda cogió la mano a Joe para aparentar, pero lo cierto es que la frialdad de él le ayudaba a relajarse. ¿Por qué estaba tan nerviosa?

Joe puso los ojos en blanco, aburrido con tanta palabrería por parte del juez, ¿no podía decir, estáis casados y punto?

—Podéis intercambiar los anillos. —dijo el juez con voz aburrida.

Joe introdujo la alianza de oro en el dedo de Brenda, que lo miraba con ojos raros. Brenda hizo lo propio, evitando mirarle a la cara. Ella se quedó mirando su alianza, había dado las medidas a Abie y debido a las prisas, no eran muy lujosas.

—Por el poder que me otorga este estado, yo os declaro, marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Joe tomó a Brenda por la cintura y la besó, esta vez con tranquilidad, quería saborear bien sus labios.

—¡Chicos ya! —gritó Adam—. Ya tendréis tiempo luego, en casa.

El socio de Adam, se despidió y se marchó, Adam se esperó a que el juez saliera de la sala para acercarse a Joe y Brenda.

—Tu abuelo me dejó indicaciones claras de que debía supervisar vuestro matrimonio.

—¿Supervisar? —preguntó Brenda extrañada.

—Cuando me parezca, os visitaré y si veo algo que me dé a entender que lo vuestro es una farsa, el testamento quedará anulado y perderás la herencia. Lo siento chicos, solo cumplo con mi trabajo. —dijo Adam con seriedad.

Brenda soltó la mano a Joe y resopló con fastidio, al carajo sus planes de mandar a Joe al dormitorio de invitados, ahora tendría que dormir con el paleta.

Joe estaba sentado en la terraza, mirando su alianza, ¿qué raro le resultaba todo? Brenda apareció con dos Martinis y le ofreció uno, se sentó enfrente de él y lo miró algo aturdida.

—Lo sé, para mí también es raro, pero debemos acostumbrarnos y fingir que nos queremos.

—Mira, estás muy buena y no me cuesta besarte, pero ¿fingir quererte?, eso va a ser muy difícil. Por cierto, ¿qué voy a hacer yo mientras tú trabajas?

—La mayor parte del trabajo, lo hago desde casa.

—¿Y no puedes irte a tu oficina? —gruñó Joe.

Brenda lo miró ceñuda, contuvo el arrebato de agarrar el jarrón de la mesa y estrellárselo en su cabeza de borrico, pero ese jarrón le gustaba bastante.

—He abierto una cuenta, luego te daré una tarjeta de crédito para tus gastos personales. Puedes pasear por ahí, pero te advierto, que tendrás que acompañarme a eventos, y no puedes ponerte a bailar cada vez que te guste una canción. ¿Queda claro?

—Por supuesto, bruja amargada.

—¿Vas a comportarte como un capullo todo el año?

—Sí, en especial cuando estemos solos y cuando estemos acompañados me voy a poner fino besándote y...

—¡Serás cerdo! Sabía que intentarías aprovecharte de mí.

—Habló la santa, cuando te besé hoy, no era yo quien movía tu lengua.

Brenda se levantó y le dio un guantazo, eso era demasiado, ella era una dama. Joe sonrió, se rascó la cara, dijera lo que dijera la bruja, el beso le gustó.

Por la noche, después de cenar, Brenda se marchó al dormitorio, al día siguiente tenía que madrugar. Joe estuvo pasando canal tras canal, aburrido, apagó la televisión y caminó hasta el cuarto de invitados.

—¡Joe! —gritó Brenda.

—¿Qué?

—¡Ven!

De mala gana, Joe entró en el dormitorio y vio a Brenda tapada por un abultado edredón.

—No puedes dormir en el cuarto de invitados, Adam podría descubrirnos.

—¿Adam va a venir a media noche para ver cómo dormimos?

—Me llamó esta tarde, me ha pedido una copia de las llaves del apartamento, de manera que sí, puede hacerlo y lo hará en cualquier momento. Mejor que te acostumbres desde el primer momento, así no habrá sorpresas.

Joe dejó escapar un gruñido, se quitó la corbata y la camisa y la dejó sobre un pequeño silloncito, se quitó el cinturón y desabrochó el botón del pantalón, iba a quitárselo, pero decidió mirar hacia la cama. Brenda se giró rápidamente y fingió no haber visto nada, Joe sonrió. Se quitó el pantalón y los calcetines y se metió en la cama.

—¿Joe?

—¿Qué?

—¿Te has duchado?

—No, no quería que los piojos que habitan en mi cuerpo, se sintieran incómodos. —gruñó Joe.

Brenda se giró, acercó su naricilla al pecho de Joe y dio media vuelta, satisfecha, el paleta olía a limpio y perfume de Chanel N°5, espera... ¿qué?

—¿Te has echado mi perfume?

—No tenía colonia.

—Pero es de mujer, ¿eres tonto?

—Bueno, no importa, de todas formas ya se ha gastado.

—¿Que se ha gastado? ¿Pero si el frasco estaba recién abierto?

—Fui al servicio y no encontraba el ambientador, así que eché colonia.

—¡idiota! Es mi perfume favorito y es muy caro.

—Por cierto, las luces del baño están rotas.

—No están rotas, se activan por sensores de movimiento.

—Están rotas.

—No, no lo están, lo que ocurre es que no detectan a paletos.

—¡Duérmete ya, bruja!

—Por cierto... —dijo Brenda en voz baja—. No suelo dormir bien, tomo cada noche un somnífero, te lo digo por si ocurre algo y notarás que no me

despierto.

—¡Genial! Al menos, por la noche no tendré que aguantar tus gilipolleces.

Brenda se tapó la cara con el edredón, estaba furiosa y era la primera noche, aún tenía que aguantarlo un año.

De madrugada, Joe se giró hacia la derecha y rozó el cuerpo de Brenda, levantó la sábana y miró. Ella llevaba puesto un camisón negro, bastante corto y con el movimiento, dejó a la vista su culo, apenas cubierto con un tanga. Joe sintió como una erección venía en su busca y decidió dormir de espaldas a ella. ¡Joder! ¿Por qué tenía que estar tan buena?

Capítulo 15

Joe se despertó, por la noche no habían bajado las persianas y la luz del sol penetraba con una intensidad cegadora. Se levantó de la cama y caminó hasta el salón, donde Adam y Brenda lo miraron boquiabiertos.

—¿Qué? ¿Os gusta lo que veis?— gruñó Joe, molesto porque la bruja no le hubiera avisado de aquella inesperada visita.

—Entiendo que es un hombre bien parecido, pero aparte de eso, ¿qué viste en él?

—Me enamoré de su sinceridad. —respondió Brenda mientras imaginaba mentalmente que le daba una patada en el culo a Joe.

—Bien, tengo las llaves, en cualquier momento me presentaré, puede ser esta noche, mañana por la mañana o dentro de seis meses. Espero no tener que tomar medidas en tu contra. —dijo Adam tajante.

Brenda acompañó a Adam hasta la puerta y ambos se despidieron fríamente. Joe se acercó en slip, verlo semidesnudo la hizo estremecerse, sus músculos marcados y bien formados, pero naturales, ¡joder, joder, jodeeeeer!

—¿Te vas ya a trabajar?

—No, vamos de compras y cuando tengas ropa, no vuelvas a pasear por el apartamento en paños menores.

—¿Te pongo caliente?

Brenda lo apartó y se alejó de allí para evitar que pudiera ver lo colorada que se había puesto, necesitaba una ducha fría.

—¡No pienso ponerme esta ropa! Parezco un idiota.

—Es la última moda. Señorita, quiero un vestuario completo, invierno y verano, envíenmelo a esta dirección. —ordenó Brenda, entregando su tarjeta a la dependienta de la tienda.

—¿Los trajes los prefiere de Gucci o Dior?

—Gucci.

—¿Y ahora a dónde vamos?

—Te dejaré en un salón de belleza y luego mi chófer vendrá a recogerte.

—¡Ah, nooo! ¡Eso sí que nooo! Yo no necesito ir a una peluquería, no he ido en mi vida y no voy a empezar ahora.

—Irás. —dijo Brenda con voz calmada.

Brenda entró en el despacho de su compañía y esperó a que su secretaria le informara de las novedades de ese día.

Joe, sentado en el sillón del peluquero, gruñía mientras una esteticista le hacía las uñas y otra le aplicaba unas cremas en la cara. ¡Me las vas a pagar, bruja!

Brenda estaba analizando las campañas publicitarias para sus próximos productos, esperaba que el nuevo sistema Gps fuera un éxito de mercado, pero las promociones no funcionaban como era debido.

—Brenda, tu marido está fuera.

¿Tu marido? Qué extraño sonaba eso.

—Hazlo pasar Abie.

La secretaria salió del despacho, abrió la puerta y pidió a Joe que entrara. Brenda se llevó el extremo del lápiz a los labios y lo mordisqueó nerviosa.

Joe entró vestido con una chaqueta de cuero negro, la camiseta azul oscuro, con el logo de Armani y los pantalones vaqueros grises, le habían cortado el pelo, ahora lucía un poco de flequillo hacia el lado derecho, se podían apreciar sus ojos negros y su piel parecía tersa y suave. ¡Para tirárselo aquí mismo!, pensó Brenda. Abie se quedó en la puerta mirando a Joe, que estaba centrado en mirar a Brenda, con ojos que destilaban odio.

—Puedes retirarte Abie. —dijo Brenda irritada por pillarla devorando a Joe con la mirada.

Abie cerró la puerta y Joe se acercó al escritorio de Brenda.

—Me han cortado el pelo, me han llenado la cara de porquerías y me han hecho no sé qué en las uñas, me siento ultrajado.

—No ha sido para tanto, ahora pareces un hombre.

—¿Y antes qué era?

—Un paleta, cavernícola, cerdo silvestre...

Brenda sintió una fuerte y dolorosa punzada en los ovarios que la hizo retorcerse, no entendía qué le pasaba últimamente.

—¿Qué pasa? —dijo Joe bordeando el escritorio, para agarrarla suavemente por los hombros.

—Estoy bien, son esos dichosos dolores que me dan de vez en cuando.

—Deberías ir al médico.

—No tengo tiempo.

Joe se alejó de ella, cruzó el despacho y salió fuera, cerrando la puerta tras de sí. Miró a la secretaria, que ya clavaba sus ojos en él.

—Abie, ¿tienes el teléfono del médico? ¿cómo se dice? El de vuestras partes más íntimas.

—¿Íntimas de arriba o abajo?

—Abajo. —contestó Joe sintiendo que le ardían las mejillas.

—Sí.

—Pídele cita urgentemente.

—Por supuesto, ahora mismo pido cita para el ginecólogo.

Joe entró en el despacho y se sentó en la silla que había frente al escritorio.

—Le he pedido a tu secretaria que te pida cita para el médico de... el ginelocogolo. —dijo Joe con seguridad y orgullo.

Brenda soltó una carcajada, empezó a golpear la mesa con la mano y se rió divertida.

—¡Serás paleta! ¡Ginecólogo, so burro!

—Lo mismo da y deja de reírte o tiro de uno de los cables y te apago el ordenador, será divertido ver tu cara cuando pierdas tu trabajo.

La cara de Brenda se ensombreció, el paleta ganaba, tenía muchos ficheros abiertos y no había tenido la precaución de guardarlos.

—¿Te queda mucho?

—Luego almorzaré en el comedor de la compañía, puedes irte al apartamento, yo llegaré por la tarde.

—¡Genial! ¿Cómo me voy?

—¡Pídete un taxi!

—No sé la dirección de nuestro nidito de amor.

—Qué idiota eres, toma, aquí tienes la dirección, procura aprendértela o nos descubrirán. —dijo Brenda alargándole un trozo de papel en el que había escrito su dirección.

—Te esperaré en la cama, desnudo y sediento de sexo.

—Pues espera sentado, porque a mí no me vas a poner una mano encima.

—¿Y a tu secretaria? —preguntó Joe con malicia.

Brenda agarró su lapicero de cristal y se lo lanzó a la cabeza.

—¡Serás animal! —gritó Joe asustado.

Joe sacó las llaves que le había dado Brenda y se dispuso a abrir la puerta del apartamento, pero para su sorpresa, esta se abrió sola. Un hombre alto, de

unos cincuenta años, con el pelo negro, muy repeinado y unos ojos negros que lo miraban con una mezcla de soberbia y altivez, estaba junto a la puerta. Se atusó su fino bigote y le habló con un acento marcadamente inglés.

—¿El señor Hill?, imagino.

—Prefiero Joe.

—Pase señor, ¿la señora almorzará con usted?

—No, se queda en la oficina.

—En ese caso, le prepararé su almuerzo, ¿desea almorzar en el salón o en la terraza?

—Salón.

—Perfecto.

—¿Su nombre es?

—Brad, señor.

—Brad, ¿te importa tutearme y dejar todo ese rollo protocolario para cuando esté Brenda?

—¡Aaaaay, por fin! No sabes lo cansado que estoy de representar este papel para la señora, no me lo puedo creer, se ha casado con un hombre de verdad, no como esos cazafortunas que siempre la acosan y la muy tonta se lleva a la cama. —dijo Brad con un acento menos inglés y un tono que dejaba claro que era gay.

—Brad, cuando tengas la comida, comemos juntos. Yo no soy la señora y comer solo, en un sitio extraño, me pone de los nervios.

—¡Claro que sí, guapetón! Vas a comer como un rey.

Joe se le quedó mirando mientras se alejaba caminando hasta la cocina, lo cierto era que Brad era el primer gay que conocía y le pareció un poco loco, pero teniendo en cuenta que soportaba a diario a la bruja, era comprensible.

—Abie, quiero la cita para finales de enero. —ordenó Brenda y colgó el teléfono.

Repasó los documentos y se llevó las manos a la cara. Estar de vuelta no le resultaba tan fácil con ese loco desquiciándola, pero ¡qué guapo estaba el condenado!

—Brad, entre tú y yo, ¿te cae bien esa bruja?

—¡Aaayyy, a mi niña preciosa, la adoooo!, te seré sincero, lo de mayordomo inglés lo interpreto con los extraños, con mi niña soy tal cual me ves.

—¿Eres gay verdad?

—No lo sabes tú bien, pero trato de ocultarlo.

—Sin mucho éxito por lo que veo. —dijo Joe sonriendo.

Brad le dio un puñetazo sin fuerza en el hombro y soltó una carcajada.

—¡Nene, nene, qué gracioso eres y qué duro estás, condenado!

—¿Y tú, qué sientes por mi niña?

—Estoy entre encerrarla en una caja fuerte y olvidar la combinación y tirármela hasta quedarme sin aliento.

—¡Ooooyyy, qué guarro eres! ¡Me gusta!

Joe sonrió, difícilmente se iba a aburrir allí, estando Brad cerca. Tenían la televisión puesta y empezó a sonar una canción, Hot'n cold de Katy Perry. Joe se levantó, tiró de Brad y lo llevó hasta el centro del salón. Empezó a bailar, levantando los brazos y moviendo el culo de forma poco glamurosa. Brad soltó una risotada y empezó a moverse en plan sexy. Brenda, que había olvidado un pendrive con información importante en el apartamento, abrió la puerta y entró corriendo, pero se quedó clavada en el salón al ver a los dos bailando.

—¡Estáis los dos locos! ¿Brad, tú también?

—¡Ay, mi niña! Qué marido más simpático te has ligado.

Brenda lo miró rabiosa y Brad se atusó el bigote y se largó corriendo a la cocina.

—Te dejo un rato solo y... ¿te pones a bailar con mi mayordomo?

—¿Y a ti qué te importa?

—¡No te soporto!

—¡Genial! Ya tenemos algo en común, amargada, bruja, aguafiestas.

Capítulo 16

Brenda se entretuvo más de lo que esperaba, recibió a un cliente y acabó cenando con él, al menos había cerrado un buen trato. Regresó al apartamento y se despidió de Brad que ya se marchaba, entró en el baño y se desnudó, necesitaba una ducha. El agua caliente calmó su estrés, se enjabonó y frotó su cuerpo con su manopla de baño, deseaba terminar cuanto antes y acostarse.

Cuando por fin salió del baño, caminó hasta su lado de la cama y abrió el cajón superior de su mesita, sacó una caja de pastillas y rasgó el envoltorio para coger una, que se tragó sin dudarle, necesitaba dormir. ¿La cama olía a...? Ese paleta idiota se había echado otro de sus perfúmenes, Opium, de Dior, tenía que comprarle colonias cuanto antes. Poco a poco sintió el efecto de la pastilla y sus ojos se fueron cerrando.

Joe despertó de madrugada, había tenido una pesadilla con su padre. Miró a su lado y vio a Brenda, estaba tumbada de lado, profundamente dormida. Se acercó a ella y tocó con el dedo índice su mejilla, pero no reaccionaba, lo hizo con más fuerza y nada, estaba dormida. Se acercó más a ella hasta sentir su aliento en la cara, pasó una mano por su espalda y la abrazó. Era preciosa, ahora comprendía a Jensen cuando hablaba de Lucy y lo que sentía al tenerla cerca, solo que Brenda no le amaba, pero aun así era agradable sentir su cuerpo.

—Cuando estás dormida eres perfecta, me encanta mirarte. —Joe la giró, acercó sus labios a los de ella y la besó—. ¡Joder, ya empieza a montarse la tienda de campaña!

El despertador sonó y Brenda se despertó, tenía una sensación muy agradable, estaba calentita y... ¿pero qué hace este paleta abrazándome? Su primer impulso fue apartarse, pero se detuvo, no estaba tan mal, pero ¿por qué la abrazaba? ¿sería un acto reflejo al quedarse dormido?

Joe la soltó y se giró hacia el otro lado, bostezó y abrió los ojos. Brenda se levantó de la cama y caminó hacia el baño, se daría una ducha rápida y se maquillaría, hoy tenía un día importante.

Joe entró en el baño, levantó la tapa del wc y empezó a orinar. Brenda abrió la mampara, horrorizada.

—¿Pero qué haces cerdo? ¿No ves que estoy aquí?

—Me meo, ¡déjame! Por cierto, bonitas tetas.

Brenda cayó en la cuenta de que estaba en la ducha y cerró la mampara con brusquedad, provocando que esta crujiera por el golpe.

Veinte minutos después, Brenda terminó de maquillarse y salió fuera del baño. Se puso el pendiente derecho y se quedó mirando a Joe, que se había vuelto a tumbar en la cama.

—Esta noche tienes que acompañarme, voy a cenar con uno de mis clientes.

—Ve sola, te irá mejor.

—Lo haría, pero mi cliente estará acompañado de su mujer y ahora que sabe que estoy casada, quiere conocerte.

—¡Pufff! No tengo nada que ponerme. —dijo Joe tapándose la cara con la almohada.

—Tienes un armario lleno y yo misma elegiré lo que te pondrás.

—¡Joder, no quiero ir!

—No seas crío, solo es cenar y aguantar una conversación aburrida.

—Entonces es como estar contigo.

—Te aburres porque tu cerebro de mosquito no entiende nada de lo que hablo.

—Será eso. —gruñó Joe—. Pues hablaré como un paleta y me reiré de lo lindo.

—Si hablas como un idiota, haré que te arrepientas de haber nacido. —contestó Brenda lanzándole una mirada que congelaría el infierno.

Joe camina de la mano de Brenda, las apariencias son fundamentales y más esa noche. Entran en el restaurante y un tipo de pelo canoso y entrado en kilos les hace señales, la cara de Brenda se ilumina y Joe deduce que es el cliente. Los dos se acercan a la mesa y comienzan las presentaciones.

—Joe, él es Alfred Lorijan.

Joe estrecha la mano que Alfred le ofrece y sonrío, aunque se siente muy incómodo, pero al parecer no tanto como la mujer de Alfred.

—Ella es Mildred, su mujer.

Joe la mira, y mira a Alfred, pone cara de sorpresa y vuelve a mirar a Mildred.

—Alfred tenía entendido que vendría acompañado de su mujer, no de su

hija.

Mildred se pone colorada y no tarda en mostrar una sonrisa que deja a la luz sus hermosos dientes, que parecen perlas.

—¡Vaya, tu marido sabe lo que hace! —dice Alfred sonriendo.

Joe estrecha con cuidado la mano de Mildred y todos se sientan a la mesa.

—Brenda, me he permitido pedir un Rioja. —dice Alfred.

—Excelente, es uno de mis vinos favoritos.

—¿Joe, te gusta el Rioja?

—No entiendo de vinos Alfred, no sabría diferenciar un reserva de un brick barato.

Alfred se queda muy serio, mira a Brenda que se siente tentada de esconder la cabeza bajo la mesa, y suelta una carcajada.

—Eres todo un bromista, me gustan las personas con sentido del humor. Brenda, sobre el tema de las acciones, tengo una duda. ¿Crees que es el momento de comprar?

—Sí, Alfred en estos momentos están revalorizándose, si te esperas, las comprarás más caras y perderás el beneficio inicial.

—Dime Joe, ¿de dónde eres? No pareces de aquí. —preguntó Mildred.

—Morgan, Louisiana.

—¿Es bonita?

—Es fantástica, naturaleza en estado puro.

—¿No es allí donde se cazan caimanes?

—Así es, yo los cazo algunas veces, durante las temporadas.

—Debes ser muy valiente, yo no sería capaz ni de montarme en una de esas barcas.

—A veces no es cuestión de valentía, sino de ganar dinero para poner un plato encima de la mesa.

Mildred sonrió y volvió a la carga, era la primera vez que no se aburría en una cena de negocios.

—Pensaba que eras de familia acomodada.

—Y lo soy, mi padre siempre estaba acomodado en el sillón de mi casa.

Mildred soltó tal carcajada, que Alfred y Brenda se quedaron mirándola sorprendidos.

Después de unas copas de vino, llegó la cena, pescado para Alfred y Joe, Cocarroi crujiente con suquet de sobrasada para ellas. Una vez terminaron de cenar, Mildred se levantó y miró a Brenda.

—¿Brenda, me acompañas al tocador? —preguntó Mildred.

—Claro Mildred.

Alfred se quedó observando como Brenda y su mujer se alejaban y luego cogió su copa de vino para darle un sorbo.

—Brenda es una gran persona, pero una bruja negociando.

—Eso mismo pienso yo. —dijo Joe sonriendo.

—Mantuvo lo nuestro en secreto, fue todo un bombazo enterarse de que se había casado en secreto.

—Ella es así, cuando le da por algo...

—Espero y deseo que seáis tan felices como yo con mi Mildred.

—Gracias Alfred.

Cuando Mildred y Brenda llegaron, Alfred se levantó seguido de Joe, las dos parejas se despidieron y se marcharon del restaurante.

Una vez en la limusina, Brenda miró a Joe, que tenía la cabeza apoyada contra el acolchado de la puerta.

—Lo has hecho muy bien, nunca había visto a Mildred tan sonriente y a Alfred tan cómodo. He cerrado un buen trato con él.

—Perfecto, ya tienes más millones ¿y yo qué gano?

—¿Qué quieres?

Joe guardó silencio y se quedó mirando por la ventana, lo que le apetecía no estaba a su alcance, tenía ganas de llegar al apartamento y que ella se tomara la pastilla. Si ella llegaba a enterarse de que la noche anterior había dormido abrazado a ella... lo mataría, pero no podía evitarlo, estaba deseando volver a hacerlo.

Brenda se estaba desmaquillando cuando vio entrar a Joe.

—No voy a mear, tranquila.

—Eres muy fino.

—¿Se te ha olvidado que vivía en una cabaña?

—¿Qué quieres?

—Podrías... ya que somos un matrimonio... enseñarme la ciudad, me aburro aquí metido todo el día. Tal vez debería buscarme un trabajo para entretenerme.

Brenda se levantó del pequeño banquillo y dejó el disco desmaquillador sobre el tocador.

—Soy Brenda Clanion, no puedes trabajar haciendo chapuzas, si deseas trabajar, te asignaré una labor en mi compañía.

—¿Trabajar contigo? ¿En el mismo edificio?

—Sí, vi tus diplomas, puedes ayudarme con algunos temas, podrías trabajar como asesor y tus conocimientos de leyes serían útiles.

—No sé, todo el día juntos...

—Tranquilo, tendrás entretenimiento y tu propio despacho.

—¡Joder! ¡Qué fácil es encontrar trabajo cuando tu mujer es rica! Bueno, me voy a la cama.

Brenda terminó de desmaquillarse y se cambió de ropa, se puso un camisón gris, que le llegaba hasta justo por encima de las rodillas y apagó la luz del baño. Era tan raro tener alguien con quien hablar y dormir, era raro, pero agradable. Caminó hasta la cama y se tomó la pastilla. Joe esperó hasta que se quedó dormida y se pegó a ella, el olor de su pelo, su cuerpo escultural, pasó el brazo por encima de su cintura y la abrazó.

—No sé qué siento por ti, pero me gusta abrazarte. Este será mi momento favorito del día. —Joe la giró para poder verle la cara y agradeció el efecto sedante de esas pastillas, la besó y la apretó contra su cuerpo.

Capítulo 17

A la mañana siguiente, Brenda se despertó antes de que el despertador sonara, volvía a tener esa sensación tan agradable. Joe la tenía abrazada y sus labios estaban apretados contra su frente, no entendía por qué él la abrazaba, pero en el fondo, ella necesitaba ese cariño, aunque jamás lo admitiría.

—Dijiste que tendría mi propio despacho, no que mi despacho estaría dentro del tuyo.

—Yo no especificué. —puntualizó Brenda.

Joe miró su pequeño despacho, que estaba delimitado por paredes de cristal, seguramente ese debía haber sido el despacho de su secretaria, pero Brenda habría decidido tener más intimidad.

—Lo haces para tenerme controlado, no te fías de mí.

—Así es, no estoy dispuesta a que montes numeritos.

—¿Y qué voy a hacer?

—Te voy a dar una documentación para que la leas y me des tu opinión, quiero ver de lo que eres capaz. La forma en que organizabas a los obreros, me hace pensar que podrías ser útil, tal vez me des ideas para motivar al personal y organizarlo.

Joe la miró con incredulidad, agarró la pila de hojas que ella le tendía y entró en su despacho. Se quedó mirando el pc, era muy moderno, había dado un curso por correspondencia, pero aunque tenía los conocimientos, nunca había tenido uno, solo había usado alguno en el Cibercafé de una amiga. Apoyó los codos sobre la mesa y se llevó las manos a la cara, tapándose los ojos, aquello no funcionaría. Había estudiado diferentes materias, pero por curiosidad, a él le gustaba trabajar al aire libre y allí se sentía enjaulado.

Brenda comenzó a teclear un informe para el consejo de administración, pronto se realizaría la compra de una empresa de publicidad que vendría a reforzar sus carencias. La empresa que estaba diseñando el prototipo del Gps, no dejaba de dar problemas, el diseño no parecía funcional y los ingenieros parecían no entender lo que ella buscaba.

—¡Joe, ven!

Joe dio un salto, no es que fuera obediente, es que leer los documentos legales que ella le había entregado, era muy aburrido.

—¿Te gustaría visitar una de mis empresas e investigar algo por mí?

—Me muero por salir de aquí.

—Te explico, estamos diseñando un Gps para coche, pero tengo problemas con los ingenieros, mira este prototipo. —dijo Brenda girando la pantalla y enseñándole la imagen del Gps.

—Yo no lo compraría, es aburrido y tiene aspecto de complicado. —dijo Joe sin apartar la vista de la pantalla.

Brenda se quedó sin palabras, eso era justo lo que ella pensaba.

—Necesito que hables con ellos y se lo hagas ver, por más que intento explicárselo, esos idiotas no lo comprenden o no lo quieren comprender.

—Ok, dame la dirección y voy a verlos. Pero, ¿por qué me iban a hacer caso? Además, si no he firmado ningún contrato, técnicamente no trabajo aquí.

—El contrato me lo subirán hoy mismo y yo les llamaré antes para avisarles.

Joe asintió con la cabeza y se aflojó la corbata. Brenda clavó sus ojos en él y volvió a ajustarse la corbata.

Abie le apuntó la dirección de la empresa que debía visitar y se marchó. Tomó un taxi que cruzó la ciudad y lo llevó hasta una zona boscosa, una ubicación extraña para una empresa tecnológica. Pagó con la tarjeta que le había dado Brenda y pidió un recibo, sabía que luego se lo pediría la bruja.

Bajó del taxi y caminó hasta la entrada del edificio de tres plantas. Nada más entrar, había un puesto de seguridad, donde un guardia armado, lo miró con seriedad.

—Mi nombre es Joe Hill, vengo para hablar con el equipo técnico.

—La señora Clanion nos ha informado señor Hill, puede usted pasar, segunda planta, pasillo B.

Joe asintió y caminó hacia la zona de ascensores, hubiera preferido las escaleras, pero no las encontró. Pulsó el botón de llamada y el ascensor no tardó en abrirse, marcó el botón que tenía grabado un número dos y esperó. Era un edificio poco lujoso, paredes de cemento y luces débiles en los pasillos, aquello recordaba más a un bunker que a una empresa tecnológica. Enfiló en pasillo B y tocó a una de las puertas. Un tipo con bata blanca y gafas de pasta negra, con gruesos cristales, abrió y se le quedó mirando.

—Soy Joe Hill, vengo para hablar sobre el Gps.

—Scott Barnes, soy el ayudante del director del equipo, pase, por favor.

Joe lo siguió, no entendía por qué Brenda lo había mandado allí, no era un cerebritito y las tecnologías las entendía por los pelos.

—Sven Karayan, director del proyecto Gps 3000.

—Me gustaría que me hicieran una presentación breve para familiarizarme con él. —pidió Joe con calma.

Sven asintió y le invitó a seguirle hasta una pequeña sala, donde su ayudante activó una pantalla y reprodujo un vídeo en el que se hablaba del Gps.

Joe lo miró con atención, pero lo cierto es que se aburría, el manejo era un calvario, el diseño horrible, en la vida compraría un Gps así.

—¿Qué opina, señor Hill?

—No se ofenda, entiendo que usted es un genio, yo no sería capaz de inventar algo así, pero como ciudadano de a pie, le digo que no compraría su Gps.

Sven se cruzó de brazos y se acarició la barbilla, estaba acostumbrado a ejecutivos agresivos, que le imponían plazos absurdos o asignaban proyectos ridículos, pero ese hombre parecía distinto a todos.

—¿Le importaría explicarme más detalladamente, qué no le gusta?

—Yo no sé al resto de la gente, pero a mí me gustan esos diseños futuristas que parecen sacados de Star Trek, lo colocas en el coche y parece tu pequeña nave espacial, por otro lado, hay que saber muchas combinaciones de teclas y hay demasiados menús. La gente no quiere pasarse una hora leyendo un manual de instrucciones, quiere comprarlo, colocarlo y usarlo. Es mi humilde opinión.

—Acompáñeme, por favor.

Joe lo siguió hasta otra habitación contigua, donde había una gran pantalla. Sven tecleó algo en un teclado virtual que apareció de la nada, en una mesa de cristal. Una imagen del Gps se dibujó en la pantalla y Sven empezó a retocar el diseño, introdujo modificaciones, cambios de color y después de una media hora, miró a Joe.

—¿Qué tal?

—Me gusta bastante, ¿se puede hacer más ovalado?

Sven tecleó un código y la imagen del Gps adoptó una forma ovalada.

—Trataré de hacerlo más sencillo de manejar.

—Le daré un consejo, soy una persona muy sencilla y torpe, cuando tenga

un prototipo, envíemelo a mí, si yo lo entiendo, lo entenderá cualquiera. — dijo Joe sonriendo.

Sven mostró una leve sonrisa y se puso rápidamente a teclear y modificar el código informático. Joe comprendió que aquel hombre necesitaba centrarse y decidió marcharse y dejarlo trabajar tranquilo.

Brenda terminó el informe, iba a coger el teléfono para pedirle a Abie que le llevara un café, pero decidió acercarse ella misma a la zona de cafetería, le apetecía estirar las piernas. Salió del despacho y cruzó la oficina. La sede de su compañía ocupaba toda la planta, tenía planes de comprar un edificio para reunificar todas las oficinas de Washington, pero la verdad es que le gustaba mucho esa ubicación. Caminó hasta la máquina de café y pulsó en la imagen de un expreso. Un vaso bajó por un conducto, seguido de una cucharilla, un chorro marrón oscuro cayó en el vaso y empezó a llenarlo. Agarró su café y regresó a su despacho, para su sorpresa, Joe había regresado.

—¿Cómo fue con los ingenieros?

—Supongo que bien, otra cosa es que a ti te guste el resultado, me enviarán un prototipo en breve.

—Perfecto, pues sigue revisando los documentos que te di.

Joe dejó escapar un suspiro y tiró de la pila de papeles para acercarlos. ¿Cómo una bruja que lo llamaba paleta le había dado ese trabajo? Hasta limpiando la oficina sería más feliz. Encendió el pc y pulsó sobre el icono del explorador, navegaría un poco por internet. Encendió los altavoces y entró en la página de Youtube, una vez allí, escribió en el buscador, “música de discoteca”. Apareció un listado de vídeos y pulsó sobre uno al azar. La música llenó su pequeño despacho y no tardó en palmear sobre la mesa y dar golpecitos con el pie en el suelo.

Brenda se quedó mirándolo mientras tomaba su café, resultaba divertido verlo bailar, sentado en su sillón, poniendo esas caras tan raras. Recordó como la estaba abrazando esa mañana y el día anterior, la sensación de protección y el placer de sentirse querida, aunque solo fueran imaginaciones suyas.

A la hora de almorzar, Brenda se acercó al despacho de Joe, que había cerrado la puerta para no molestarla con el ruido de la música.

—¿Vamos a almorzar?

—¿En el comedor?

—No, conozco un sitio cerca. —repuso Brenda. Los dos abandonaron el

despacho y caminaron hasta la zona de ascensores.

Brenda sentía unas ganas irrefrenables de preguntarle por qué la abrazaba por las noches, posiblemente ni él lo supiera, tal vez solo fuera un acto reflejo mientras dormía. Pero, ¿cómo podía tener esa reacción una persona que decía no tener interés en tener pareja?

Una vez en la calle, Brenda lo tomó de la mano y tiró de él. Joe se estremeció al sentir su pequeña y suave mano, se dejó llevar y caminó en silencio.

Brenda abrió la puerta de un pequeño restaurante italiano, Joe la siguió y los dos se sentaron en una mesa colocada en un rincón.

—Sé que no es una comida muy glamurosa, pero aquí hacen unos macarrones con queso, exquisitos.

—Me gustan las comidas sencillas. —dijo Joe animado y hambriento.

Brenda seguía sintiendo el impulso de preguntarle, pero se contuvo, si se lo contaba, quizás él no volviera a abrazarla y ella lo necesitaba, necesitaba sentir esa sensación de unidad, aunque su matrimonio fuera una farsa.

—Joe, tú... estás bien aquí, sé que esto es muy diferente a tu vida en Morgan.

—Me pasaba el día en el pantano, rodeado de naturaleza viva, aquí todo es complicado, lujoso y frío. Echo de menos a mis amigos.

—Si quieres, puedes irte unos días. —dijo Brenda sintiendo una punzada en el corazón.

—No, si me fuera, no volvería, me conozco. Mejor cumplir mi pacto. —mintió Joe, que se pasaba el día deseando que llegara la noche para tenerla entre sus brazos.

Capítulo 18

Los días se sucedían, ninguno de los dos lo admitiría, pero se habían acostumbrado a estar todo el día juntos y cada vez que uno de los dos se ausentaba, la sensación de vacío les embargaba.

Joe regresó de uno de los encargos que le había hecho Brenda, visitar una fábrica de calzado en Oregón. Estaba muy cansado y tenía ganas de verla, no sería su pareja, pero en cierto modo, era lo más parecido que había tenido jamás.

Joe abrió la puerta del despacho y se quedó sin respiración. Brenda estaba sentada sobre el escritorio y un tipo alto, de pelo rubio oscuro y ojos verdes, la estaba abrazando, pudo ver como la besaba en la mejilla y eso le hizo estallar.

—¡Quita tus putas zarpas de mi mujer o te arranco la cabeza!

El tipo lo miró sorprendido y luego miró a Brenda, que se limitó a mirar a Joe y sonreír. Joe se enfureció, ¿ese tío le estaba metiendo mano y ella encima tenía la desfachatez de sonreírle?

—Disculpa, pero creo que te confundes conmigo. Mi nombre es Duncan Clanion y soy el primo de Brenda.

—Me la suda, de donde yo vengo hay muchos primos casados y con hijos, y como dicen..., mientras más primo, más me arrimo...

—¡No seas imbécil! Es mi primo, solo eso. —protestó Brenda.

—Será mejor que dejemos nuestra conversación para otro momento más propicio. —dijo Duncan con tono tranquilo y bajo, como si nada le afectara—. Te pido disculpas, no pretendía ofenderte. —dijo mirando fijamente a Joe con ojos inquisitivos y curiosos.

Duncan se marchó y Brenda se puso echa una furia en cuanto vio como se cerraba la puerta.

—¡Maldito idiota! Duncan no solo es mi primo, mis padres lo adoptaron cuando sus padres desaparecieron, es como mi hermano.

—Estaba loco por entrar aquí y verte, y me encuentro a tu primo-hermano

agarrándote y besándote en la mejilla. —dijo Joe sin pensar lo que decía.

—¿Estabas loco por verme? —preguntó Brenda sin poder creer lo que había escuchado.

Joe dio un paso atrás, pero ¿qué le había pasado? Había dicho lo que estaba pensando en voz alta y ahora la bruja lo miraba de forma rara.

—Yo solo digo que eres mi mujer, igual que yo represento mi parte de esta farsa, tú debes representar la tuya.

—Cuando conozcas a Duncan, comprenderás que él es incapaz de verme de otra forma que no sea como su hermana.

—¿Por qué te abrazaba? —preguntó Joe molesto.

—Me dio otra vez ese dolor, él entraba en mi despacho, justo en ese momento, y me vio.

—¡Te dije que fueras al médico! —gritó Joe furioso.

—No puedo, iré en enero. —contestó Brenda en tono de súplica, pero complacida por ver que él se preocupaba por ella.

Joe salió del despacho y se marchó, necesitaba estar solo. Caminó por las calles, sin rumbo, le daba lo mismo perderse. No entendía qué le había pasado, cuando la vio en brazos de otro, toda su racionalidad voló. No podía creerlo, sabía que no debía haberla abrazado todas esas noches, al final, entre unas cosas y otras, se había enamorado de ella. Cuando pasara el año, ella le pediría el divorcio y se olvidaría de él para siempre. Podía sentir como los ojos le ardían, pero él no lloraría por ella.

Brenda estaba muy preocupada, Joe no había vuelto a la oficina y cuando llegó al apartamento, Brad no sabía nada de él. ¿Dónde estaría su paleta orgulloso?

De madrugada, Joe entró en el apartamento, se quitó la corbata y la chaqueta y las lanzó a un sillón. Entró en el dormitorio y se quitó la ropa, necesitaba ducharse, había bebido un poco más de la cuenta, pero no estaba ni cerca de estar borracho.

Brenda abrió los ojos, estaba tan preocupada que no se tomó la pastilla para dormir. Joe salió del baño, desnudo, y ella entrecerró los ojos para no ser descubierta. Su cuerpo era perfecto, como a ella le gustaba, un cuerpo definido, pero natural, cuando él cogió unos slips de uno de los cajones de su mesita y se los puso, se giró y ella pudo ver las cicatrices, algo que provocó que se tuviera que dar la vuelta para que él no la viera llorar.

Joe se introdujo bajo las sábanas y se quedó quieto. Brenda se extrañó, ¿no

la abrazaría esa noche o solo lo hacía cuando se quedaba dormido? Sintió como sus fuertes brazos la tomaban por la cintura y la atraían hacia él. Brenda suspiró complacida y se quedó dormida.

Brenda notó que los días pasaban más rápido estando con Joe, había dejado de tomar las pastillas para dormir, aunque las continuaba dejando en la mesita para que él no sospechara. Su abrazo protector, la relajaba más que cualquier pastilla, poco a poco empezaba a sentir la necesidad de recibir algo más que un abrazo, pero no sabía si lo que sentía era atracción sexual o amor, nunca había estado enamorada, por lo que no sabía lo que se sentía.

El teléfono empezó a sonar y Brenda miró el número con una sonrisa en la boca.

—¡Hola mamá!

—¿Cómo estás, preciosa?

—Bien, como siempre, liada con el trabajo.

—¿Es que no piensas contarme nada?

Duncan, pensó Brenda fastidiada, no quería que sus padres se enteraran de las condiciones que su abuelo le impuso, sus planes eran sencillos, no contar nada, al fin y al cabo, dentro de un año, Joe desaparecería.

—¿Duncan te lo ha contado?

—Sí, queremos conocerlo y saber los detalles, ¿por qué no venís a pasar las navidades con nosotros?

—Mamá, todo ha sido muy rápido, sin pensarlo. No sé si es buena idea que lo conozcáis hasta que llevemos más tiempo.

—¡Tonterías! Brenda, recuerda que tu padre... cada día que pasamos con él es una bendición.

—¿Papá está bien?

—Sí hija, pero el cáncer no avisa, ya lo sabes.

—Está bien, pero no te prometo que él vaya, es muy cortito de mente para esas cosas.

Ahora quedaba decírselo al paleta, ¿cómo se lo tomaría? Se levantó del sillón y caminó hasta el despacho de Joe.

—Joe...

—¿Qué pasa?

—Mis padres se han enterado de lo nuestro y quieren conocerte.

Joe la miró con los ojos muy abiertos, eso no entraba en sus planes.

—Quieren que pasemos las navidades con ellos.

—Brenda..., yo... ¿no puedes ir tú sola?

—Verás Joe, mi padre acaba de superar un cáncer y... —Brenda se sentó en una silla y empezó a llorar.

Joe se levantó de su sillón y se puso de rodillas frente a ella, no podía soportar verla llorar. La tomó por las mejillas y la miró con ojos dulces.

—Iré, trataré de aparentar que nos queremos para que no sospechen. —dijo Joe, que tenía muy claro que él sí la quería.

Brenda lo besó en la mejilla y lo miró con ternura.

—Algún día la mujer perfecta se enamorará de ti, eres un gran hombre.

Joe se quedó mirándola, ¿acaso no era ella la mujer más perfecta de este mundo?

Joe caminaba por la calle, la nieve formaba una buena capa y era difícil evitar no resbalar. Todas las calles estaban repletas de luces y adornos navideños, pronto empezarían los desfiles. En Morgan, las fiestas eran menos ostentosas y todo aquello le parecía excesivo. Acababa de realizar otra visita a uno de los clientes de Brenda, a pesar de su falta de experiencia y conocimientos, el carácter sincero y divertido de Joe, solía conquistarlos. Ella, que se había percatado de esa peculiaridad, empezó a darle un trabajo más comercial y para su sorpresa, Joe era único, empezó a cerrar acuerdos y a solucionar conflictos entre los trabajadores, que otros parecían incapaces de lograr. Su paleta se había convertido en un diamante en bruto al que costaba mucho pulir.

Brad preparó las maletas para Joe y Brenda, que esa noche se marcharían de viaje.

Joe iba sentado en la limusina, como siempre miraba por la ventanilla en silencio.

—Maryland te va a gustar, mis padres viven justo al lado de Rock Creek, en plena naturaleza, como a ti te gusta.

Joe la miró y sonrió tímidamente. Brenda le cogió la mano y él la miró sorprendido.

—Debemos empezar a mantener las apariencias. —mintió Brenda, que solo quería sentir su contacto.

A medida que iban llegando, Joe se fue animando al ver el parque y los frondosos bosques. Era como estar en casa.

La limusina tomó un camino mal asfaltado y lleno de baches, llegó hasta el final, giró a la izquierda y enfiló un camino de tierra que desembocaba en la

finca de sus padres. El chófer detuvo el vehículo, justo en la entrada de la casa, y bajó para abrir la puerta de Brenda, pero esta no esperó y salió fuera, seguida por Joe. El chófer suspiró y se limitó a abrir el maletero y empezar a sacar las maletas. Joe se quedó mirando la casa de dos plantas, tenía un diseño que le recordaba mucho a su querida cabaña.

Los padres de Brenda no tardaron en salir fuera, la madre fue la primera en llegar, abrazó a su hija y le dio dos besos, luego clavó los ojos en Joe.

—Has elegido bien, ¡menudo ejemplar!

—¡Mamá!

El padre de Brenda bajó las escaleras, no parecía tener las mismas energías que su mujer. Brenda se abrazó a él y le dio un beso en la mejilla.

Joe avanzó hacia la madre de Brenda, que ya le sonreía, y le ofreció la mano, pero la mujer le dio un fuerte abrazo y dos besos, lo que hizo que se pusiera rojo como un tomate.

Cuando Brenda se separó de su padre, este caminó hacia Joe y le ofreció la mano, que Joe no dudó en estrechar.

—Aprietas fuerte, me gusta eso.

Joe sonrió tímidamente y decidió quitarse de en medio ayudando al chófer a entrar las maletas en la casa.

Capítulo 19

La madre de Brenda se llamaba Abie, como la secretaria de Brenda, tenía el pelo rojizo, era esbelta y tenía un carácter muy parecido al de su hija. Adrian era un hombre alto, de pelo canoso y expresión agradable, pero le infundía respeto, como buen padre, querría matar a su yerno.

Joe no consintió que nadie le ayudara a subir las maletas, subió y bajó varias veces hasta dejarlas en la habitación que Brenda le había indicado. Se sentía un poco abandonado, ella no se separaba de sus padres, pero era normal, al fin y al cabo, él no significaba nada para ella, solo era un socio en un negocio que ya empezaba a pesarle.

Brenda subió las escaleras y se dejó caer en la cama, pero resopló con fastidio.

—Recordaba esta cama más blanda. —se quejó Brenda, levantándose con cuidado. Sacó su caja de pastillas para dormir y la dejó en la única mesita de noche que había en su antigua habitación.

Joe miró la caja de pastillas y sonrió, pero lo que no podía imaginar, era que ella ya lo había descubierto.

Durante la cena, Brenda no dejaba de poner al día a sus padres, les contó cómo se conocieron y Joe soltó una carcajada al escuchar sus palabras. Ella lo miró con los ojos muy abiertos y llenos de rabia. Adrian se levantó y miró a Joe.

—Joe, ¿una cerveza en el porche?

Joe tragó saliva y asintió con la cabeza, ahora tocaba interrogatorio por parte de su suegro. Los dos hombres salieron al porche y se sentaron en un viejo balancín. Hacía frío, pero ninguno de los dos parecía estar incómodo por eso.

—¿Qué tal con mi hija?

—Muy bien. Siento que no les invitáramos a la boda.

—Corta el rollo Joe, los dos sabemos que eso ha sido cosa de mi hija. Ella sabrá por qué lo ha hecho, sus razones tendrá. —dijo Adrian sonriendo.

—¿No está molesto?

—No, la quiero demasiado como para molestarme por esas cosas. Solo te pido que cuides de ella, no siempre estaré aquí y me quedaría más tranquilo si un tipo rudo como tú la protege.

Joe asintió con la cabeza, sintiendo un nudo en la garganta, solo pensar en que quedaba menos de un año para separarse...

—Mañana sábado iremos al centro comercial para comprar provisiones y el domingo, si te apetece, podríamos ir a pescar a un pequeño riachuelo. No pescaremos gran cosa, pero por lo menos nos quitamos un rato de aguantar a estas cotorras.

Joe soltó una carcajada, el padre de Brenda no era como imaginaba, parecía más uno de sus amigos de Morgan y eso lo hacía sentir como en casa.

Brenda se asomó a la ventana y sintió algo que no pudo describir, ver a su padre bromeando con Joe, como si se conocieran de toda la vida, era cuanto menos, inquietante.

—Parece que tu padre ha hecho buenas migas con Joe, hacía tiempo que no lo veía hablar así.

—¿Cómo está realmente? —preguntó Brenda preocupada.

Su madre bajó la vista y continuó fregando. Brenda cogía los platos limpios y los iba secando para ayudarla.

—El tratamiento no ha funcionado y van a empezar a darle quimioterapia. Solo de pensar que se le caerá su precioso pelo y su cuerpo se marchitará... —su madre empezó a llorar y Brenda la abrazó—. Tengo miedo de que la quimio también falle y pierda a tu padre...

—Eso no pasará, te lo prometo. Yo correré con todos los gastos, no os preocupéis por nada.

Joe entró riéndose y Adrian lo siguió, los dos hombres entraron en el salón y se sentaron junto a la chimenea. Brenda miró a su madre y las dos sonrieron al verlos tan compenetrados.

—Sabes Joe, me gustaría ir a Morgan y ver los caimanes.

—Cuando quieras, te enseñaré muchas cosas interesantes y te garantizo que alucinarás con la pesca. —dijo Joe sonriendo.

Adrian chocó su cerveza con la de Joe y los dos dieron un buen trago.

Unas horas más tarde, Adrian se disculpó y se marchó a la cama, Abie lo acompañó y Brenda y Joe decidieron que ya era hora de dormir.

En cuanto Brenda entró en el dormitorio, se colgó del cuello de Joe y lo

besó.

—¿Y esto?

—Gracias.

—Yo no he hecho nada. —respondió Joe tímidamente.

—Mi padre ha disfrutado de la velada gracias a ti.

—Tu padre es fantástico, aunque claro, como lleváis la misma sangre, supongo que mañana me odiará.

Brenda se abrazó a él, ¿quién podría odiar a un hombre así?

Joe se quitó la ropa y se quedó en slip, como era su costumbre, se metió en la cama, que no era especialmente grande, y Brenda, después de cambiarse en el baño y ponerse un camisón, se acostó a su lado. Abrió la solapa de la caja de pastillas y fingió tomarse una, se tapó y no tardó en cerrar los ojos. Casi suelta una carcajada cuando sintió como Joe le tocaba con el dedo en el costado y en la cara para comprobar que estaba dormida, luego sintió como la tomaba con cuidado y la acercaba a él para abrazarla. Brenda esbozó una sonrisa, suspiró y se quedó dormida.

El sábado por la mañana, Brenda se levantó de la cama, Joe no estaba y su ropa tampoco. Se vistió rápidamente y bajó las escaleras. Su madre estaba preparando el desayuno, huevos, salchichas, bacon y dulces caseros.

—¡Guauuu, qué buena pinta tiene todo! —exclamó Brenda relamiéndose.

—Siéntate a la mesa y empieza a desayunar.

—¿Y los chicos?

—Joe está en el granero con tu padre, está mirando el coche que no arranca.

—Joe es un manitas, seguro que lo arregla.

—¿Y en la cama?

—¡Mamaaaaá!

—Niña, no seas idiota, a ver si a estas alturas voy a tener que enseñarte de donde vienen los niños. —dijo su madre riéndose.

Adrian y Joe entraron en la casa, Joe subió las escaleras para lavarse las manos llenas de grasa, y Adrian entró en la cocina con cara de asombro.

—¿Qué pasó con el coche?

—Lo ha reparado, ha desarmado el motor de arranque y lo ha dejado como nuevo. Brenda, cuídame a este hombre para que me dure muchos años.

Brenda sonrió, se sirvió unos huevos y bacon, ¡al carajo la dieta!

Joe entró en la cocina y se sentó junto a Brenda, que le dedicó una mirada

dulce, que lo dejó sin palabras.

—Bueno chicos, en cuanto terminemos de desayunar, nos vamos al centro comercial para comprar comida y regalos. —dijo Adrian sonriendo.

Brenda y Abie se miraron con tristeza y Joe lo notó, pero disimuló, ya tendría tiempo de interrogar a su mujercita más tarde.

Adrian se sentó al volante de su viejo Chevrolet Impala, Abie ocupó el asiento del copiloto, Joe y Brenda se acomodaron en el asiento de atrás. Brenda cogió la mano de Joe, que no se inmutó porque pensaba que se trataba de más teatro.

El centro comercial era enorme, decidieron comprar primero los regalos y luego hacer la compra. El pequeño grupo se separó para mantener la sorpresa. Joe se quedó mirando varios escaparates sin saber qué hacer, no era bueno haciendo regalos, una vez le regaló una sartén a Adele y casi se la estrella contra la cabeza.

Brenda recorrió varias tiendas, siempre acertaba con sus regalos, pues aparte de ser muy detallista, era buena observadora.

Una hora más tarde, todos se reunieron en el mismo punto donde se habían separado, se miraban con complicidad y escondían sus bolsas tras de sí.

Adrian buscó un carro de la compra y acompañado de Joe, iban charlando mientras Abie, la única que sabía lo que había que comprar, y Brenda, que iba echando en el carro todo lo que se le encaprichaba, lideraban el grupo.

—Esta noche buena va a ser de las mejores. —dijo Adrian. ¿No te echará de menos tu padre?

—Murió, y nunca me quiso. —respondió Joe con gesto dolido.

—Hay personas que no saben valorar lo que tienen, yo tengo claro que mi mujer y Brenda son mis milagros, son lo único que hace que este viejo siga adelante.

—Son dos grandes mujeres. —dijo Joe mirando a Brenda que se había puesto de puntillas para coger una caja de bombones de la estantería más alta.

Joe se acercó, cogió la caja y se la entregó.

—Ha venido para ayudarme mi paleta andante.

—¿Querrás decir, caballero andante?

—Paleta es más acertado.

—Eres odiosa. —dijo Joe y regresó junto a Adrian.

—Brenda, ayúdame con la compra y deja de hacer el tonto. —le ordenó su madre con tono tajante.

Brenda suspiró fastidiada, se le acabó ir de niña pequeña y caprichosa.

De regreso a casa, todos escondieron los regalos en sus habitaciones y bajaron las escaleras para ayudar a colocar las cosas y empezar a preparar el almuerzo.

Brenda notó que Joe estaba un poco apagado. Él ayudó a su padre a colocar unos sacos de patatas y cebollas, se le notaba que se preocupaba por él, pues no le dejaba coger peso.

Joe subió las escaleras, Adrian se había ido a hablar con un vecino y Abie estaba preparando un pastel de carne mientras daba su último toque a su tarta de zanahoria en el horno.

Brenda siguió a Joe y entró en el dormitorio, lo encontró sentado en la cama con la mirada perdida.

—¿Qué te pasa paleta?

—Me siento fuera de lugar, vuestra familia me recuerda a la de mi amigo Jensen. Una familia unida y feliz, algo que yo nunca conocí, ni conoceré.

—No seas idiota, estoy seguro de que habrá muchas chicas en Morgan que se mueren por ti.

—Ya sabes mi problemita de la espalda, prefiero quedarme solo a que nadie me vea.

—Yo las he visto, no es para tanto.

—Tú eres una bruja, no cuentas.

—¿Eso es todo?

—He comprado los regalos con tu tarjeta.

—¿Y qué problema tienes con eso?

—¿Qué clase de regalos son si no los pago con mi dinero?

Brenda se quedó mirándolo, parecía tan triste...

—Lo que cuenta es el detalle, no de donde proceda el dinero.

—Pues estoy salvado, no sé regalar, siempre meto la pata y la gente se enfada.

—¿Crees que me gustará mi regalo?

—Te iba a comprar un juego de lencería, pero luego pensé, para qué, así que te he comprado un juego de bayetas para limpiar la cocina.

Brenda le dio un manotazo en la nuca, se levantó y bajó las escaleras con una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo 20

Joe salió corriendo tras ella y Brenda chilló cuando lo vio venir. Ella pasó junto a su padre, abrió la puerta de la casa y siguió corriendo. Joe disimuló al pasar junto a Adrian, dejó de correr y salió de la casa, ahora sí que corría y bien rápido.

Brenda se agazapó detrás de unos matorrales y vio como Joe pasaba de largo, sonrió satisfecha y esperó para regresar a casa.

—¿En serio creías que ibas a despistarme? —dijo Joe mirándola con los brazos cruzados.

Brenda chilló e intentó huir, pero Joe la atrapó y la cargó al hombro como si fuera un saco de patatas, de camino a casa fue dándole azotes en el culo. Ella chillaba, insultaba y reía.

—Estos chicos están locos. —dijo Adrian meneando la cabeza divertido.

—¡Déjalos que se diviertan! —dijo Abie riendo.

De camino a la casa, Joe decidió no entrar y siguió cargando con ella hasta el bosque.

—¡Paletooooo! ¡Déjame en el suelooooo!

Joe la dejó en el suelo, pero la cogió de la cintura para evitar que se escapara.

—¿Qué pasa con tu padre?

—Nada.

—¿Crees que no veo como os miráis tu madre y tú?

Brenda bajó la cabeza y Joe cogió su barbilla con dos dedos y la obligó a mirarla. Brenda pasó de la risa al llanto.

—Está peor, le van a hacer la quimio.

Joe se apartó de ella, aquello fue como si le golpearan con uno de esos mazos de la feria. Se pasó la mano por el pelo y tragó saliva, luego le pegó un puñetazo al tronco de un árbol, iba a darle otro cuando Brenda se agarró a su brazo.

—¡Por favor, no hagas eso!

—¡Estoy harto! —gritó Joe y se sentó en el suelo, apoyando la espalda contra el árbol que acababa de golpear.

Brenda se sentó sobre su regazo y entrelazó sus brazos alrededor del cuello. Joe sintió como una lágrima resbalaba por su mejilla, apenas conocía a Adrian y ya lo apreciaba demasiado. Brenda acarició su mejilla sin saber qué decir, Joe era tan extraño para ella.

—¿Por qué él, que tiene una familia que lo quiere, tiene que pasar por eso? ¿por qué no me pasa a mí?

—No digas eso.

—Lo digo y lo mantengo. Toda la gente que conozco tiene su familia, yo no, si me muero, no pasará nada.

Brenda se colocó a horcajadas sobre él y lo besó, ya no podía contener más ese deseo irrefrenable. Joe se aferró a su espalda y sintió un escalofrío, no podía creer que ella lo estuviera besando de esa forma. Brenda se apartó de él, como si su cuerpo quemara, se levantó y corrió hacia la casa.

Por la noche, todos se vistieron algo más formal, los chicos con vaqueros y chaqueta, y las chicas con bonitos vestidos. Brenda ayudó a su madre a terminar de poner la mesa, Joe quiso ayudarlas, pero ninguna de las dos se lo permitió, preferían que estuviera con Adrian.

Joe se quedó mirando la decoración navideña y Adrian encendió una minicadena de música, los villancicos inundaron el salón.

—Vas a ver lo bueno que está el pavo al horno de mi mujer. Por cierto Joe, ¿ahora a qué te dedicas?

—Tú hija me tiene de recadero.

Adrian soltó una carcajada, y Brenda, que en ese momento se acercaba con una fuente con aperitivos, fulminó a Joe con la mirada.

—No es cierto, Joe ha resultado ser un ejecutivo muy eficiente. ¿No sé, si es por lo paleta que es o por qué?, pero el caso es que los clientes confían en él y gracias a eso ya he cerrado varios tratos muy jugosos.

—No es para tanto, yo me limito a hablar con los clientes y explicarle a mi manera lo que Brenda me dice. Es que muchas veces, la gente lo lía todo y los clientes creen que los quieren timar.

—Es cierto. —corroboró Adrian, asintiendo con la cabeza—. Los comerciales suelen querer enredarme con esas tarjetas de bancos y me tienen frito, no me entero de nada y siempre acabo enfadándome.

Abie trajo el pavo y todos miraron la bandeja con deseo. Brenda pasó un

plato con pavo a su padre, luego otro a Joe, otro lo dejó en el sitio de su madre y por fin el suyo.

Adrian no dejaba de bromear con Joe, y Brenda miraba a su madre, sorprendida, Abie se limitaba a encogerse de hombros. Adrian era un hombre reservado y no solía ser de esas personas que se abren a los demás. Sin embargo con Joe, era otra persona, no dejaba de reírse y contarle anécdotas que ni Brenda conocía.

—Abie, el pavo está buenísimo. —dijo Joe.

—Gracias Joe. —contestó Abie sonriendo.

—Joe, mañana nos vamos un rato a pescar.

—¿Pescas mucho? —preguntó Joe, sin dejar de comer.

—La última vez, lo único que pesqué fue un resfriado.

Joe se atragantó y empezó a toser, Brenda empezó a darle golpes en la espalda y Joe la miró sorprendido.

—Brenda, prefiero ahogarme a que me rompas la espalda.

Adrian soltó una carcajada y dio un sorbo a su cerveza. Abie siguió comiendo, al menos esa noche se sentía de buen humor.

Terminaron de cenar y Adrian sacó una botella de vino y cuatro copas, se acercó a la chimenea y puso las copas sobre una mesita. Joe se levantó del sillón y se lo cedió a Abie que agradeció el gesto. Adrian le ofreció la primera copa a su mujer, la segunda a Joe y la última a Brenda que le miró con cara de sorpresa.

—Joe es nuestro invitado de honor, no me mires con esa cara. Envidiosa.

Brenda le sacó la lengua y se sentó en la alfombra junto a Joe. Por unos instantes todos guardaron silencio. Brenda encendió la radio y Joe empezó a moverse, soltó la copa, agarró a Brenda y la obligó a bailar.

Abie empezó a aplaudir divertida y Adrian negó con la cabeza, menudo yerno loco le había tocado. Brenda se abrazó a Joe, colocó sus pies sobre los de él y este empezó a moverse como si nada, pero cada vez con más rapidez, hasta que Brenda empezó a chillar. Abie cogió la mano de Adrian, que la miró esbozando una amplia sonrisa.

Ya de madrugada, los padres de Brenda se despidieron y se fueron a la cama. Joe miró a Brenda.

—¿Por qué me besaste?

—No lo sé, me apeteció. ¿Algún problema?

—Ninguno, ¿nos vamos a la cama?

—Sí. —contestó Brenda, que estaba deseando estar entre sus brazos.

Joe estaba en la cama, con los ojos cerrados, cuando Brenda salió del baño, lo miró fastidiada. Se acostó y se giró, dándole la espalda a Joe, apretó los dientes y cerró los ojos. Solo cuando sintió que él se abrazaba a ella, se relajó, se había vuelto adicta a sus abrazos.

El domingo por la mañana, después de desayunar, Adrian fue el primero en dar sus regalos, un vestido de noche, azul, con lentejuelas para su mujer, un perfume para Brenda y otro para Joe. Abie regaló un jersey a su marido, una falda negra con encajes a Brenda, y una camisa a Joe. Brenda sacó varios paquetes y le entregó una a cada uno. Adrian rompió el papel y examinó la caña de pescar. Abie se quedó maravillada con su enciclopedia de recetas de cocina europea y Joe se quedó mirando el enorme frasco de Armani Code, ¿dos frascos de colonia? ¿Le estaban mandando una indirecta de que olía mal?

Joe sacó sus regalos y se los entregó, estaba nervioso. Adrian se quedó mirando aquellas botas altas de plástico y miró a Joe sin comprender.

—Son para cuando estés más fuerte y te pueda llevar en mi barca a ver caimanes. —sonrió Joe.

Adrian le devolvió la sonrisa, nunca pensó que un yerno pudiera caerle bien.

Abie rompió el papel y sonrió al ver unos bellos pendientes de plata con incrustaciones de diamantes. Brenda abrió el suyo y se quedó sin palabras al ver una cadena de plata, tiró de ella y quedó a la vista un colgante de oro con una gema roja con forma de corazón, miró a Joe con ojos humedecidos, ¿significaría eso que su corazón era suyo?

Antes de almorzar, Adrian y Joe cogieron dos cañas de pescar, una mochila con provisiones y una cesta por si pescaban algo. Los dos caminaron por un estrecho sendero, charlando amigablemente.

—Este sitio es bueno, una vez capturé una trucha. —dijo Adrian sonriendo.

—En Morgan pescarás de lo lindo, te lo garantizo y te llevaré a un restaurante para que pruebes la carne de caimán.

—No sé, Joe. Me esperan unos meses muy duros y si la cosa no va bien... no sé si te habrán contando lo mío.

—Algo me han dicho, pero sé que irá bien. —gruñó Joe.

—Si no fuera así, me gustaría que Brenda y tú cuidárais de Abie.

—Ni hablar, eso es cosa tuya, así que aplícate con el tratamiento.

Adrian sonrió y preparó su caña, colocó un cebo y tiró hacia atrás el sedal,

para luego lanzarlo hacia delante con fuerza.

—¿Qué raro, y el sedal? —notó que se había enganchado en algún sitio tras él.

—Creo que sé dónde se ha quedado anclado tu sedal. —dijo Joe con una expresión de dolor y señalando con el dedo índice su culo.

—¡Dios mío! Espera, que saco unos alicates y te lo quito.

—¡Déjalo! —exclamó Joe mientras cogía con la mano el pequeño anzuelo y lo retiraba con cuidado—. No te ofendas, pero que mi suegro me toque el culo, no es un recuerdo que desee tener.

Adrian soltó una carcajada, luego otra y al final acabó teniendo una risa nerviosa, que provocó que Joe también acabará riéndose.

—Mamá, quiero saber cómo va todo en todo momento, y si me necesitas, me avisas.

—Lo haré. Me alegro mucho de que hayáis venido, tu padre parece otro, hacía tiempo que no lo veía reír tanto.

—Eso es cosa de Joe, más que mía, me resulta tan extraño ver a papá en ese plan camarada.

—Ya somos dos, pero Joe es un hombre bueno y se ve que te quiere.

—Mamá, ¿cómo supiste que querías a papá?

—Yo pensaba que estaba enamorada de él, pero más bien como esas chicas que se encaprichan de un hombre. Una noche, tu padre tuvo un accidente con el coche, nadie me informaba de nada y al no ser un familiar, no me dejaron entrar en la habitación. Cuando pensé que podía morir y que nunca más volvería a verle, supe que lo quería con toda mi alma.

—¿Y qué pasó?

—Llegaron sus padres y por fin pude entrar, se había roto una pierna y tenía un ojo morado, me dieron ganas de matarlo por el susto que me había dado.

Brenda se quedó pensando, ¿amaba ella a Joe?, igual tenía que tirarlo por la ventana para ver si así se le aclaraban las ideas, pensó, y sus labios formaron una maliciosa sonrisa.

Por la tarde, entre lágrimas, Brenda se despidió de sus padres. Joe recibió dos fuertes besos de Abie, que le dejaron las mejillas rojas, estrechó la mano de Adrian y con un nudo en la garganta, tomó a Brenda de la mano y subieron a la limusina.

Brenda no dejaba de llorar, su fortaleza se vino abajo y Joe acabó abrazándola, conteniendo el deseo de besarla y consolarla.

Capítulo 21

Durante la semana, la actividad ayudaba a Brenda, Joe estaría de viaje hasta el viernes y se había visto forzada a tener que tomar las pastillas para dormir. Pensó en el sábado, fiesta de fin de año en el hotel Ford, no le apetecía lo más mínimo, pero los negocios son los negocios.

Su padre empezaría la quimio en enero, estaba aterrorizada, no podría soportar la idea de perderle, era demasiado importante para ella, el pilar sobre el que siempre se había apoyado.

El viernes, Joe tomó un tren para regresar a Washington, se sentó con pesadez en el asiento junto a la ventanilla. Los viajes no estaban mal, siempre viajaba en primera, le costaría acostumbrarse a volver a viajar en clase turista.

No llevaban ni un mes juntos y ya estaba profundamente enamorado de ella, no hubo día que no pensara en ella y por las noches, echaba de menos rodearla con sus brazos. Miró el móvil que empezaba a vibrar, y suspiró, era su amigo Jensen.

—¿Sí?

—¿Se puede saber dónde te metes? ¿Y por qué no me coges el teléfono?

—Me he casado.

—Muy bueno Joe, y yo soy el nuevo presidente.

—Hablo en serio, por un tiempo viviré en Washington.

—Espera que lo asimile, el loco Joe casado... ¡Uff! Yo te llamaba porque me había extrañado que no pasaras por casa en navidad y quería saber qué ibas a hacer en fin de año, íbamos a organizar una fiesta. Lucy y Dalia no dejan de preguntarme por ti.

—Dale un beso a mis chicas, en cuanto pueda iré a visitaros. ¿Ya terminaste tu campaña comercial?

—Sí, se acabaron los viajes, al menos por un tiempo. ¿Joe, estás bien?

—No, creo que estoy enamorado.

—Te has casado, es lo normal.

—No en mi caso Jensen, pero no puedo hablar de ello, por favor, no me preguntes por qué.

—Tranquilo, pero si necesitas algo, avísame y si hace falta voy a Washington.

—Gracias amigo, nos vemos.

Joe colgó y guardó el móvil en el bolsillo del traje. Parecía mentira, con lo que odiaba los trajes y ahora se pasaba el tiempo vestido con ellos.

El móvil volvió a sonar y Joe suspiró, rezando porque no fuera un cliente, estaba agotado, ese trabajo le resultaba divertido, pero en esos momentos su cabeza no estaba centrada. Miró la pantalla y vio que se trataba de Brenda, se le formó un nudo en la garganta y dudó si contestar.

—Hola Brenda.

—Hola Joe, ¿qué tal todo?

—Bien, le llevé el contrato a William y firmó, Demi quiere renegociar su tasa de inversión y Frank aumentar el número de sus acciones.

—¿Cómo estás tú?

—Deseando llegar, tomarme una de tus pastillas y dormir todo el fin de semana.

—Me temo que eso no va a ser posible, el sábado debemos asistir a una fiesta.

—¿En fin de año? —preguntó Joe extrañado—. ¿No puedes ir tú sola?

—No, Joe, todo el mundo va con sus parejas y Adam podría presentarse. Cada día tengo que enviarle un informe con nuestras actividades, para tenernos localizados.

—Dichoso Adam.

—Me alegro que estés de vuelta. —susurró Brenda y colgó.

—¿Se alegra? —se preguntó Joe confundido.

Dos horas más tarde, Joe se bajaba del tren y tomaba un taxi hasta el apartamento, eran las nueve de la noche. La ciudad estaba nevada y la oscuridad se cebaba en las calles menos iluminadas.

Brenda estaba sentada en el salón, Brad se acababa de marchar, no quería dejarla sola, pero ella insistió, le había dado varios días libres para que fuera a ver a su familia en Oregón. Cambió de canal y lo dejó en uno que emitía películas antiguas. Sintió el ruido de unas llaves y abrir la puerta del apartamento, se levantó y se acercó. Joe arrastraba la maleta con ruedas, parecía serio y muy cansado.

—¿Recuerdas cuando te dije que quería trabajar?

—Sí. —respondió Brenda sin comprender.

—Pues ya no quiero, prefiero ser uno de esos maridos mantenidos.

Brenda soltó una carcajada y Joe sonrió, dejó la maleta y se acercó a ella, la tomó por la cintura y se quedó mirándola, tantas ganas de confesarle su amor... Desde luego no lo haría, estaba seguro de que ella no sentía nada por él y era normal. ¿Quién querría amar a un fracasado como él? Le dio un beso en la mejilla y se quedó mirándola.

—¿En serio te alegras de tenerme de vuelta?

—Sí, no tenía a nadie con quién meterme. —contestó Brenda sonriendo.

Joe se apartó, negando con la cabeza, tiró de la maleta hasta el dormitorio y se desvistió, necesitaba una ducha.

Brenda ya había cenado, estaba tumbada en el sofá de cuatro plazas, mirando la televisión, cuando Joe regresó.

—¿Has cenado? —preguntó Brenda.

—En la estación, un par de perritos calientes.

Brenda iba a levantarse para dejarle sitio en el sofá, pero Joe le hizo una señal para que se quedara allí tumbada.

—Me voy a la cama, estoy muy cansado.

Brenda disimuló su disgusto y asintió con la cabeza, miró el reloj y decidió que en cuanto terminara la película, se iba a la cama, tenía mono de abrazos.

Joe trató de dormir, pero le fue imposible, no dejaba de pensar en Adrian y su enfermedad. Ese hombre le recordaba al padre de Jensen, que fue lo más parecido a un padre que tuvo, ¡ojalá hubiera tenido un padre así! Su mente voló a Morgan y se imaginó pasando allí el fin de año, qué diferente sería. Brenda entró en el dormitorio y Joe cerró los ojos. Dejó caer su bata sobre una pequeña butaca y se quedó en camión, miró a Joe, ¿estaría demasiado dormido para abrazarla?

Se tumbó en la cama y se tapó, cerró los ojos y trató de dormir, esa noche no se tomó la pastilla, quería sentirlo si es que se decidía a darle mimos. Una sonrisa se dibujó en sus labios al sentir como diez minutos después de fingir tomarse la pastilla, Joe realizaba las comprobaciones para estar seguro de que estaba dormida, luego se acercó a ella y la abrazó, podía sentir su respiración en su nuca.

—Te odio bruja, pero también te... quiero. —dijo Joe en un susurro.

Brenda abrió los ojos, no podía creer lo que acababa de escuchar, ¿el

paleto la quería? ¿pero cómo? Si se pasaban todo el día peleándose.

Pasaron las horas y no podía dormir, se giró para quedar frente a él, lo miró, estaba dormido profundamente. ¿Qué sentía ella por él? Atracción, enfado, era divertido y en el trabajo... a su manera era bueno, pero no era eso lo que quería averiguar. ¿Lo amaba?

El sábado por la mañana, Joe notó que Brenda estaba más rara de lo normal, entró en la cocina y se preparó un café, agarró un dulce de chocolate y rasgó el envoltorio. Salió de la cocina y caminó hasta la terraza, a pesar de tener donde sentarse, se dejó caer en el suelo y apoyó la espalda contra la pared. Dio un sorbo al café y un bocado al dulce, era una persona sencilla y echaba de menos su cabaña, vivir en la naturaleza, cazar y pescar para comer. Brenda salió a la terraza y se quedó mirándolo, extrañada por verlo sentado en el suelo.

—¿Qué haces ahí? Tienes sillones y una mesa, además hace mucho frío y estás en pijama.

—Lo sé, pero... tú no lo comprenderías, eres demasiado ricachona para poder entenderlo.

Brenda meneó la cabeza negativamente y entró en el apartamento, no estaba para romperse la cabeza pensando en estupideces, bastante tenía con lo que le había dicho esa noche. ¡Maldito paleto! No podía convivir con ella un año y ya está, tenía que complicarlo todo.

Por la noche, Brenda se puso un vestido de fiesta de color rojo, se ajustó su collar de diamantes y sus pendientes de esmeraldas, adornó sus muñecas con pulseras de perlas, y después de retocarse el maquillaje, salió del baño. Joe estaba vestido con esmoquin negro, la miraba con cara de fastidio.

—¿En serio tengo que llevar esto? —dijo en tono de súplica—. Parezco un camarero, fijo que la gente me pide que tome nota de sus bebidas.

—No seas crío, seguro que no te mueres por llevarlo una noche, luego si quieres, lo quemas o lo tiras por la ventana. —contestó Brenda malhumorada.

Joe apretó los dientes, ya estaba harto de ella y sus cambios de humor, demasiado harto, no era su muñeco.

La limusina se detuvo en la entrada del hotel, los dos bajaron y Brenda se cogió del brazo de Joe, que se mantuvo rígido y con cara de pocos amigos.

En cuanto entraron, Brenda no tardó en dejarlo solo y empezar a relacionarse. Joe no conocía a nadie y se limitó a irse a la zona de buffet, con cuidado de no parecer un paleto, fue cogiendo pequeñas porciones, mucho

plato y poca cantidad, como le había enseñado Brad. Se pasó una hora dando vueltas, sin saber ni dónde estaba ella, como siempre, los negocios eran lo primero. Dejó el plato en una mesa y tomó una copa de champán. El salón era enorme, a un lado había una pista de baile, al otro, la zona de buffet de la que venía, en un extremo habían dispuesto sillones, y justo al fondo, una orquesta amenizaba la fiesta. Varias pantallas led mostraban imágenes de paisajes, Joe sonrió al ver un bosque y una cabaña, dentro de un año esa sería su vida de nuevo.

Eran cerca de las doce cuando Joe vio a Brenda, estaba riéndose con un tipo bajo y regordete, le sonaba la cara, debía ser un banquero del que le habló en una ocasión. En ningún momento hizo amago de buscarlo con la mirada. ¡Espabila Joe! No significas nada para ella, solo eres su puto muñeco, al que le cambia la ropa para que combine cada día con su look personal. Un camarero le ofreció otra copa de champán y la aceptó, las pantallas se quedaron en blanco y acto seguido apareció la figura en 3d de un reloj, las agujas del minutero se acercaba cada vez más a las doce, un estruendo de campanadas sonó cuando el reloj marcó las doce y Joe supo lo poco que le importaba a Brenda.

Dejó la copa encima de una mesita de cristal y se marchó, no seguiría perdiendo el tiempo allí.

Varias horas más tarde, Brenda estaba rabiosa, aquella gente no descansaba ni en fin de año, buscaba incansablemente con la mirada a Joe, pero no lo encontraba, conociéndolo, debía estar muy enfadado y no era para menos. Allí solo, rodeado de extraños y aburriéndose como una ostra. En cuanto pudo, se despidió de sus clientes y comenzó a buscarlo por todo el salón, pero no tardó en darse cuenta de que se había marchado. La rabia circulaba por sus venas a toda velocidad, deseaba matarlo, si sus clientes se daban cuenta, quedaría fatal. ¡Puñetero paleta!

Abandonó el salón y caminó hasta el hall, sacó el móvil de su pequeño bolso y llamó a su chófer, ese idiota se iba a enterar de quién era ella, nadie le daba plantón, ¡nadie!

Joe se tumbó en el sofá, estaba muy harto, sobreestimó su capacidad para aguantar esa farsa, deseaba hacer la maleta y largarse, ¡que le den a esa zorra y su herencia!

Brenda abrió la puerta del apartamento, encendió la luz del salón y lo vio allí tumbando.

—¿Cómo te has atrevido a dejarme allí sola?

—¡Vete al carajo, bruja!

—¿Cómo has podido? En mi mundo, mi imagen es muy importante.

—En el mío, es más importante el corazón, pero tú no puedes entenderlo, en su lugar solo tienes un bloque de hielo.

—¡No me vengas con chorradas! Debiste haberme esperado.

Joe se levantó del sofá y caminó hacia el dormitorio, no deseaba escucharla ni un minuto más.

Brenda lo agarró del brazo, estaba furiosa y deseaba destrozarlo.

Joe se soltó y la miró con frialdad.

—No soy tuyo, no soy una herramienta que puedas usar cuando necesites, me dejaste solo, no estuviste conmigo ni un solo minuto.

—No seas crío, era una noche para hacer negocios, no para divertirse.

—Pues la próxima vez te vas sola.

—Mientras estemos casados harás lo que yo te diga, durante un año serás mi marido y luego te pagaré para que te puedas largar.

Joe estalló, la agarró del brazo y tiró de ella hasta el dormitorio. Brenda protestaba, pero él la ignoró, abrió la puerta y la arrojó sobre la cama.

—Está bien, estamos casados, pero si quieres que yo te complazca, tú tendrás que complacerme a mí, o haré la maleta y perderás tu fortuna, que al fin y al cabo es lo único que te importa.

—Si te marchas, no te pagaré.

—No siento tanto apego al dinero como tú.

—¡Está bien! ¿Qué quieres?

—Desnúdate, un marido tiene sus necesidades.

Brenda sintió un escalofrío, su rabia se disipó, solo de pensar en acostarse con él, todo su cuerpo reaccionaba traicionándola. Su mente decía no, pero su cuerpo decía sí.

Brenda se quitó los zapatos de tacón y se quedó descalza sobre la moqueta, ahora era más baja que Joe y se sentía muy pequeña. Se llevó las manos a la espalda y empezó a bajar con cuidado la cremallera, sacó un brazo de la estrecha manga y luego el otro, el vestido resbaló por su cuerpo hasta caer al suelo. Nuevamente se llevó las manos a la espalda y desabrochó el sujetador, lo dejó caer en el suelo y acto seguido se bajó las braguitas. Ahora estaba desnuda, mirando a Joe, intentando parecer fuerte.

Joe la miró tembloroso, todo en ella era perfecto, la tenía a su alcance,

dispuesta, pero no pudo. Se giró y se dispuso a marcharse, pero Brenda agarró su brazo.

—¿Qué ocurre, no deseas que cumpla mi parte?

Joe bajó la mirada y suspiró.

—No puedo, no soy de esos, no forzaré a una mujer.

—No me vas a forzar, esto es una cuestión de negocios, tú me satisfaces a mí y yo a ti.

—Olvidas que yo no pertenezco a tu mundo, no puedo acostarme con una mujer a la que le repugno.

Joe dio media vuelta y caminó hacia la puerta del dormitorio.

—¡No me repugnas! —gritó Brenda.

—Pero tampoco sientes nada por mí.

—No sé lo que siento, pero te deseo. —confesó Brenda.

Joe se giró y la miró aturdido, deseaba tanto amarla, tenerla entre sus brazos... Brenda caminó hacia él, le quitó la chaqueta, luego deshizo el nudo de la pajarita y la tiró al suelo, desabrochó los botones de su camisa e introdujo sus manos para poder acariciar su piel. Siempre fue una mujer dominante en la cama, pero con él, todo era diferente, no era ella, parecía una primeriza que temblaba con cada caricia. Joe acarició su mejilla y la besó, se dejó llevar y acarició su espalda, mientras podía sentir como las manos de ella aflojaban su cinturón, y desabrochaban el botón de sus pantalones, que caían flácidos al suelo. Joe se quitó los zapatos con un movimiento rápido y se libró de los slips y la camisa, ahora podía sentir el cuerpo sedoso de Brenda, el cuerpo que lo conduciría por un camino de pasión y locura.

Los dos se tumbaron en la cama, sus besos eran cada vez más audaces, sus lenguas exploraban sus bocas con ansiedad, mientras sus manos acariciaban sus cuerpos con movimientos sensuales. Joe se colocó sobre ella para poder devorar sus pechos, sintiendo como sus pezones crecían por la excitación, ella no lo admitiría, pero él sabía que sentía algo por él. Brenda gemía con cada caricia, nunca había sentido algo parecido, no era un hombre que la deseaba el que la tocaba, era un hombre que la amaba. Joe se introdujo entre sus piernas, acarició el sexo de Brenda y al comprobar que estaba muy mojada, la penetró. Con cada embestida, ella gemía con más fuerza y él perdía el control, sabía que aquello era un error, después de sentirla tan íntimamente, no sería capaz de olvidarla, su tormento duraría toda la vida. Brenda se aferró a Joe y se dejó llevar, el orgasmo los embargó y los dos se quedaron en silencio, mirándose

sin hablar.

Capítulo 22

De madrugada, Brenda se despertó, Joe no dejaba de moverse, el sudor recorría su cuerpo y parecía tener una pesadilla.

—Por favor papá, no me pegues, seré bueno, tenía hambre.

Brenda se quedó mirándolo, incapaz de reaccionar, las lágrimas invadieron su cara y el dolor se apoderó de su corazón, ¡maldito bastardo! ¿Cómo pudo ser capaz de hacer eso a su propio hijo? Despertó a Joe, lo zarandeó hasta que él abrió los ojos y la miró sin comprender.

—¿Qué pasa? —preguntó Joe aturdido.

Brenda lo besó y se recostó en su pecho, no podía dejar de llorar.

—¿Brenda, qué te pasa?

—Tenías una pesadilla con tu padre, él te pegaba. —respondió ella entre lágrimas.

Joe pasó un brazo por su espalda y la besó en la cabeza.

—Eso es agua pasada, no llores.

—¿Por qué no se lo contaste a nadie?

—Quién iba a creer a un niño, mi padre era catedrático y gozaba de una gran reputación. Nadie habría movido un dedo por mí. Por favor, deja de llorar... está bien, te contaré un secreto. ¿Sabes por qué hablo tan mal en público?

Brenda lo miró y negó con la cabeza, se secó las lágrimas y se sentó en la cama.

—Para joderle, toda la ciudad iba diciendo, para ser hijo de un catedrático, qué burro es, no se le entiende nada, eso lo hacía enfurecer porque todos pensaban que no debía ser muy bueno enseñando. ¡Le jodí la reputación! —dijo Joe sonriendo.

Brenda sonrió, se tumbó a su lado y lo besó, no sabía qué era estar enamorada, pero lo que sí sabía era que lo necesitaba.

—Me gustaría hablar con un amigo cirujano, quiero que desaparezcan esas horribles marcas. —dijo Brenda mirándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Es lo que deseas? —preguntó Joe acariciando su barbilla.

Brenda asintió.

—Está bien, pero yo quiero que vayas al médico, esos dolores que te dan, me preocupan.

—Ya he pedido cita, en cuanto pasen las primeras semanas de enero, iré. Tengo muchas reuniones importantes y mi padre empieza la quimio.

Joe la abrazó y la besó en la mejilla, no podía imaginar nada mejor que tenerla entre sus brazos y poder besarla.

—Joe...

—¿Sí?

—Tú me quieres... ¿verdad?

—¿Cómo voy yo a querer a una bruja loca?

—Hace ya tiempo que no tomo pastillas para dormir y te escuché.

—¡Serás falsa! —gritó Joe colorado—. Todo este tiempo... ¿has estado fingiendo estar dormida y escuchando lo que hablaba?

—Sí, fue por casualidad, una noche se me olvidó tomármela.

—¿Y por qué no me decías nada cuando te abrazaba?

—Porque... me gustaba. —admitió Brenda casi susurrando.

—¿Y tú, qué sientes por mí? —preguntó Joe nervioso.

—No lo sé, solo he tenido aventuras, nunca me he enamorado.

—¿Nunca ha habido un hombre especial en tu vida?

—Una vez, de pequeña, conocí a un niño, pero... fue muy especial para mí.

—¿No volviste a verlo?

—No, era muy pequeña, no recuerdo ni dónde lo conocí, ni cómo se llamaba, solo que me gustaba mucho.

—Vaya con el destino, menuda putada. Bueno al menos, ahora parece que nosotros nos llevamos mejor. —dijo Joe.

—Joe, no quiero hacerte daño, eres muy especial para mí, ¿tendrás paciencia conmigo? Los sentimientos nunca fueron lo mío.

—Pero, no sé si es buena idea que te bese, lo hagamos, o bueno, ya sabes... no quiero confundirte y mucho menos obligarte a quererme.

—Si verdaderamente me quieres, no dejes de hacerlo. —respondió Brenda mirándolo fijamente a los ojos.

El domingo por la mañana, Joe se puso el chándal y salió a correr, necesitaba pensar y no podía hacerlo con ella al lado. No había nadie en las calles, solo algún quitanieves se atrevía a circular por ellas. Pasó por delante

del Capitolio, admirando su belleza y continuó hasta un parque cercano. ¿Qué debía hacer? Si seguía intimando con ella... ¿qué pasaría si ella no llegaba a amarlo? Tendría que volver a Morgan, pero ¿podría olvidarla? Lo dudaba.

Brenda se despertó, bostezó y se frotó los ojos, no podía creer lo bien que dormía desde que estaba con Joe. Se sentó en el borde de la cama y se quedó pensativa. ¿Podría amarlo, lo amaba ya? Difícil saberlo, cuando nunca antes has amado a nadie. Su mayor temor era estar con una persona a la que no amara, no quería hacer daño a Joe, pero necesitaba cada caricia, cada beso, necesitaba sentirlo dentro de ella, que la hiciera suya.

Joe regresó al apartamento, había estado corriendo durante una hora, pero no estaba tranquilo. Caminó hasta el dormitorio y entró en el baño, necesitaba una ducha urgentemente.

Brenda estaba en la cocina, preparando el desayuno, tostadas y café, algo ligerito. Se sentó en un taburete y esperó a que el tostador acabara su trabajo.

Joe entró en la cocina, vestido con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Brenda lo devoró con la mirada, ¿cuándo volverían a hacerlo? ¿Debía dar ella el paso o esperar a que él lo hiciera? Todo era tan confuso entre ellos.

Joe agarró una tostada en cuanto el tostador las hizo saltar y la untó con mantequilla. Brenda se preparó otra con mermelada de ciruelas.

—Estás muy callado.

—Hablé con mi amigo Jensen, le conté que estaba casado y se rió. —dijo Joe con tristeza—. Parece que nadie se cree que una mujer quiera estar conmigo.

—¿Pero has estado con mujeres, no?

—Aventuras, he tenido algunas, salir en serio... una vez con una chica de un pueblo cercano, pero no salió bien.

—¿Qué pasó?

—Verás, yo le compré una tarta, se la iba a llevar esa tarde para celebrar su cumpleaños con su familia. La dejé en la cocina de su casa y pasé a saludar a su madre y abuelos, la verdad es que su padre nunca me tragó. Cuando llegó el momento de soplar las velas y todo ese rollo, la madre levantó la cubierta de la tarta, dispuesta a colocar la velas, pero allí no había tarta, en su lugar había mierda de vaca.

Brenda soltó una carcajada, no podía dejar de reírse, intentaba controlarse porque Joe parecía muy serio, pero no conseguía parar de reír.

La madre agarró la escoba y me sacó a escobazos de la casa, podía escuchar como tanto a mi novia, como a su abuela, le daban arcadas.

—Pero, ¿qué pasó?

—Morgan es una ciudad pequeña y todo se sabe, me enteré por un amigo que su padre sustituyó la tarta por la mierda de vaca.

—¿No se lo contaste a tu novia?

—Para cuando me enteré, ella ya salía con un jugador de Rugby. Pero tranquila, que me vengué, llené de azúcar el depósito del coche de su padre. ¡Adiós motor!

—Eres muy malo.

Joe sonrió y le dio un mordisco a su tostada.

—No soy de los de poner la otra mejilla.

—Joe, no quiero que estés molesto con Duncan, es buena persona, aunque es un poco raro.

—No pude evitarlo, cuando lo vi besándote en la mejilla y abrazándote... bueno, ahora ya sabes lo que siento...

Brenda se levantó y se sentó en sus rodillas, rodeó su cuello con sus brazos y lo besó.

—Brenda yo...

Brenda puso su dedo índice en los labios de Joe y lo miró con dulzura.

La semana discurría con tranquilidad para Joe, no tuvo que visitar a ningún cliente. Los ingenieros del Gps le pasaron el nuevo diseño por email y se entretuvo en revisarlo y ver si algo fallaba. Brenda se pasaba el tiempo en la sala de juntas, se la veía agotada.

Duncan entró en el despacho de Brenda y se quedó con los brazos en jarras al no encontrarla.

—Está reunida. —dijo Joe sin apartar la vista de la pantalla del pc.

Duncan lo miró, caminó hasta el pequeño despacho y se sentó en la silla que había frente a la mesa de Joe.

—No empezamos con buen pie y me gustaría solucionarlo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿me darás un besito y un abrazo? —dijo Joe con burla.

Duncan sonrió, Joe era un tipo bastante borde, pero al menos era sincero y eso era muy importante para él, que odiaba la mentira.

—¿No sé, te gustaría?

Joe sonrió, esa respuesta era buena.

—¿Qué tal con mi prima?

La cara de Joe se ensombreció, dejó de mirar la pantalla y clavó los ojos en Duncan.

—La quiero.

—¿Y ella a ti?

—No estoy en su cabeza. —gruñó Joe.

—Tranquilo, conozco las condiciones del testamento de mi abuelo y sé como es Brenda, ella no se casaría de un día para otro con un completo extraño, no es de las que se enamoran.

Joe sintió una punzada en el corazón al escuchar esas palabras, que empezaron a repetirse en su cabeza en un bucle interminable.

—Es secreto, Adam nunca sabrá lo que pienso.

—Hay algo que no entiendo. ¿Por qué tu abuelo no te legó nada?

—Yo se lo pedí. —respondió Duncan con voz calmada.

—No te ofendas, pero Brenda está un pelín obsesionada con el estatus y el dinero, me resulta cuanto menos sorprendente que hicieras eso.

—Me crié con los padres de Brenda, mis padres desaparecieron. Cuando cumplí los dieciocho, mi abuelo se hizo cargo de mí, a los veintidós años le pedí un préstamo para montar mi propia empresa y a los veinticinco era multimillonario. No necesitaba el dinero de mi abuelo, además, Brenda conocía mejor el entramado de sus empresas, ¿quién mejor para liderarlas? Cuando conocí las condiciones del testamento, le ofrecí trabajar conmigo, pero ella no quiso por dos razones. Orgullo y preocupación porque todo lo que había construido su abuelo se perdiera.

—Sí, el orgullo siempre ha sido una de las características preponderantes en los Clanion. —dijo Joe.

—Joe, no te pido que intentes llevarte bien conmigo, pero me gustaría que siempre fueras sincero. Si Brenda necesitara ayuda... ¿me avisarás?

—Tranquilo, no se me da bien ser falso y si mi chica necesita ayuda, una ayuda que no esté en mis manos, te avisaré, pero tengo una duda contigo.

—¿Sí?

—¿Te estás cagando o te aprietan los slips? —preguntó Joe con seriedad.

Duncan soltó una carcajada y lo miró divertido.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Es que nunca conocí a alguien que hablara con esa voz tan calmada y susurrante.

Duncan se levantó y lo miró fijamente.

—Joe, hazme un favor, no cambies. —dijo Duncan y se marchó dejando a Joe confundido.

—No, si ahora le caeré bien a este bicho raro. —gruñó Joe.

Capítulo 23

Brenda miró la pantalla de su teléfono y al ver mamá, dio un respingo y abandonó la sala de juntas.

—¡Mamá, qué pasa!

—Tranquila hija, acabamos de salir de la segunda sesión de quimio y tu padre está muy débil, cogeremos un taxi de regreso y le pediremos a uno de nuestros vecinos que venga para recoger nuestro coche.

—¿Tan débil está? —preguntó Brenda nerviosa.

—No te preocupes, está bien, pero tienes que ser fuerte, el aspecto de tu padre cambiará mucho y no le conviene vernos llorar.

—Está bien, trataré de ser fuerte. ¿Necesitáis algo?

—No, cariño, estamos bien.

Brenda colgó y regresó a la sala, estaba destrozada, solo quería sentarse en un rincón y llorar, estaba cansada de ser fuerte, muy cansada.

Al medio día, Joe encargó comida china para los dos, no le gustaba mucho, pero sabía que a Brenda le encantaba. Entró en el despacho y dejó la bolsa con la comida en una mesita de cristal, junto a un pequeño sillón en forma de ele, que tenía en el despacho. Se acercó a Brenda por detrás y la besó en el cuello.

—Hora de almorzar.

—No tengo apetito. —replicó Brenda mirando unos documentos sin mucho interés.

—Lo sé, pero hay que comer.

Joe la cogió de la mano y la obligó a acompañarle hasta el sillón, comería aunque tuviera que darle él mismo de comer, como si fuera una niña pequeña, bueno, era una niña grande.

Sacó la cajita con la comida de Brenda y otra con arroz con no sé qué.

—Arroz con salsa, lo que sea, y pollo para ti.

Brenda agarró la cajita de mala gana y cogió un tenedor. Estaba delicioso, pero no dejaba de pensar en su padre.

—Mi padre está muy débil, ya no puede conducir, y a partir de ahora, tendrán que tomar un taxi cada vez que vayan.

—Maryland no está tan lejos, podría alquilar un coche, recogerlos y llevarlos al hospital cada vez que tuvieran que ir. Bueno, eso si mi jefa me da permiso.

—¿Lo harías? —preguntó Brenda sorprendida.

—Me gusta conducir y son mis suegros, es lo normal en estos casos, ¿no?

Brenda dejó la cajita en la mesa y se abrazó a Joe.

—¡No! Otra vez a llorar, no. Lo haré con la condición de que no llores.

—Está bien, lo intentaré. Mañana mismo tendrás un coche.

—¡Joder, qué fácil lo tenéis los ricos! ¿Y qué coche vas a alquilar?

—¿Cuál quieres?

—¿Puedo elegir?

—Sí.

—Me gusta mucho el Chevrolet negro que tiene Dano, el de Hawai 5.0, pero ese no sirve para llevar a tus padres, irían muy incómodos. Lo mejor será un monovolumen. —respondió Joe con resignación.

Brenda se quedó mirándolo, no entendía como un hombre que era todo corazón, pudiera estar solo. Deseaba darle todo, pero por más que deseaba confesarle su amor, no sabía qué sentía, todo era demasiado nuevo, confuso y aterrador.

Dos días después, Joe aparcó el monovolumen junto a la entrada de la casa de los padres de Brenda. Se quedó mirando el símbolo de Bmw en el volante, era un vehículo cómodo y seguro, pero no le iba a arrancar ninguna sonrisa. Adrian llevaba puesto una gorra de los Dodgers, ayudado por un bastón y cogido del brazo de su mujer, bajó las escaleras con cuidado. Joe bajó del vehículo y caminó hacia ellos.

—Gracias Joe.

—Ni lo menciones Abie, somos familia y de donde yo vengo, eso es lo primero.

Adrian lo miró, pero estaba bajo los efectos de los medicamentos, no parecía él mismo.

De camino al hospital, Adrian miraba por la ventanilla, estaba muy apagado. En cuanto llegaron, Joe decidió hacer algo al respecto.

—Abie, ¿te importa entrar tú antes y vas hablando con el médico? Yo acompañaré a Adrian.

Abie asintió con la cabeza y bajó del vehículo. Los dos hombres la observaron mientras se alejaba.

—Adrian, sabes que el estado anímico es muy importante a la hora de combatir esta enfermedad.

—Es inútil, Joe, no lo voy a superar, puedo sentir como las fuerzas me abandonan y los médicos me miran con demasiada seriedad.

—¡Escúchame bien! Lo vas a superar, déjate de lloriqueos y saca tu hombría. Tu mujer y tu hija te necesitan, vas a ganar esta batalla y como vuelva a ver esa mirada otra vez... Te lo advierto, no me hagas enfadar porque tengo muy mala leche.

Adrian sonrió y acarició la mejilla de Joe, que sintió que todo su cuerpo se estremecía. Por unos segundos, confundió a Adrian con su padre y creyó que era él quien le mostraba cariño.

—Está bien, este viejo gruñón seguirá dando guerra, gracias Joe.

Joe asintió con la cabeza y bajó del vehículo para ayudarlo.

Brenda estaba escribiendo un informe cuando este emitió el sonido de las olas de mar, acababa de recibir un archivo de vídeo. Nerviosa, miró el mensaje, era de Joe, pulsó en el vídeo y en cuanto empezó a reproducirse, sus lágrimas se mezclaron con su risa. Joe estaba cantando una vieja canción country y su padre, bastón en mano, hacía como que tocaba una guitarra, tumbado en una cama de hospital, su madre se reía al ver las caras que ponían sus dos hombres. Antes de terminar el vídeo, Joe se alejó de ellos, levantó el pulgar hacia arriba y le dijo.

—Todo saldrá bien, preciosa.

Brenda dejó el móvil sobre la mesa y se tapó los ojos con las manos, necesitaba quererlo, jamás encontraría un hombre así, maldito y caprichoso corazón que se negaba a revelar lo que sentía.

Joe regresó a Washington, aparcó el vehículo en la cochera y tomó el ascensor. Sentía un nudo en la garganta, Adrian estaba empezando a perder el pelo y tenía la tez blanca. Quería a ese hombre, ese era su problema, se encariñaba muy pronto con los demás y luego pagaba las consecuencias de su inocencia.

Entró en el apartamento y sintió como dos manos se aferraban a su cintura.

—Gracias.

Joe se giró, la cogió en brazos y la besó, la miró a los ojos y la dejó en el suelo.

—Necesito una ducha, luego hablamos. ¿Vale?

Brenda asintió con la cabeza y se marchó al salón, una vez allí, levantó la tapa del portátil y siguió trabajando. Sintió una punzada en los ovarios, pero afortunadamente, el dolor fue fugaz. Escuchó el agua de la ducha, chocando contra el suelo de mármol, lo imaginó desnudo y se estremeció. Se levantó de la silla y comenzó a desnudarse, dejó caer la blusa al suelo, luego la falda y fue dejando un reguero de prendas hasta el dormitorio.

Joe estaba bajo la ducha, dejando que el agua acariciara su cansado cuerpo, cuando notó los labios de Brenda sobre sus cicatrices, se giró y la vio desnuda con ojos llenos de deseo. Se sentó en el suelo y ella se colocó a horcajadas sobre él, estaban demasiado excitados para preámbulos. Ella introdujo su miembro en su vagina y se agarró a su cuello mientras devoraba su boca, estaba enloquecida, nunca había deseado tanto a un hombre.

Durante todo el mes de enero, Joe acompañó a Adrian y a Abie al hospital, aunque Brenda se moría de ganas de ver a su padre, temía tanto verle en ese estado, que lo evitó. Apartó esos pensamientos de su mente y trató de relajarse, odiaba ir al médico.

—Señora Clanion, puede usted pasar. —susurró la enfermera.

Brenda agarró su bolso y entró en la consulta, su ginecólogo se levantó y le ofreció la mano.

—Bien, Brenda pasa dentro de ese vestidor, desvístete y ponte la bata.

Brenda asintió de mala gana y caminó hasta el vestidor. Aquella bata verde le recordó lo que estaba pasando su padre y tuvo que contener las lágrimas. Se desvistió y se puso la bata, cuanto antes acabaran mejor.

—Por favor, échate sobre la camilla. —dijo el doctor untando un poco de gel en el ecógrafo—. Muy bien, deslízate un poco más hasta el borde, el gel está frío.

—Chad, déjate de rollos y date prisa, tengo mucho que hacer. —protestó Brenda.

Chad introdujo el ecógrafo en su vagina y Brenda apretó los dientes, no era nada agradable. Observó el rostro de Chad, al poco de mirar la pantalla, su expresión se ensombreció y ella se preocupó.

—¿Qué ocurre?

—Hay una pequeña masa en el ovario derecho.

—¿Qué demonios significa eso? ¿es grave?

—Puedes vestirte.

Brenda se bajó de la camilla y la enfermera le ofreció unos pañuelos para limpiarse. Entró en el vestidor y se apresuró, tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no llorar, ya tenía bastante con lo de su padre y ahora ella también estaba enferma.

—Te voy a poner un tratamiento, si todo va bien, en un mes ya debería como mínimo haberse reducido. Si te encontraras mal, no dudes en llamarme y pasarte por aquí sin cita.

—Los dolores son muy intensos, aunque esporádicos. —informó Brenda.

—No te preocupes.

—¿Qué pasará si no disminuye de tamaño? —preguntó Brenda aterrada.

—Haríamos una biopsia para analizar si ese tumor es benigno o maligno.

Brenda sintió un escalofrío al escuchar la palabra tumor, su padre, su abuelo, tenía antecedentes de cáncer en la familia, decidió no contárselo a nadie, esa sería su carga.

Durante la semana, Brenda se mostró alegre, no deseaba que Joe notara que estaba aterrorizada, pero por las noches, en cuanto él la abrazaba, rompía a llorar.

Brenda obligó a Joe a acompañarla a la consulta de su amigo cirujano, deseaba hacerle ese regalo, necesitaba que él se sintiera normal y pudiera mostrar su espalda sin complejos.

—Brenda, no quiero entrar, ¡vámonos, por favor!

—No seas niño, no te va a comer, ni a cortar el pene.

Joe la miró entre divertido y fastidiado.

Tobias salió de su consulta y se encaminó hacia ellos, depositó un beso casto en la mejilla de Brenda y ofreció la mano a Joe, que la estrechó con recelo.

—Por favor, acompañadme a mi consulta y hablamos.

Los dos lo siguieron hasta el interior y Tobias cerró la puerta.

—Brenda me ha contado lo de tus cicatrices, por favor, descúbrete para que pueda verlas. —pidió Tobias.

Joe se quitó la chaqueta y la dejó sobre una camilla, desanudó la corbata y se la quitó, por último se desabrochó la camisa y se deshizo de ella. ¿Le habría contado Brenda el por qué de esas cicatrices?

Tobias se acercó, examinó las cicatrices y las tocó con la mano.

—Perfecto Joe, puedes vestirme.

Joe se vistió raudo y caminó hasta Brenda, que estaba sentada en un

butacón, junto a la mesa de Tobias.

—No voy a mentirte, son cicatrices muy marcadas, no te prometo que desaparezcan, pero sí, que prácticamente pasarán desapercibidas. Sería una intervención sin internamiento, con sedación local.

Tobias miró su agenda en el ordenador y apretó el labio inferior, en un gesto de concentración.

—Podría operarte el viernes 14 de febrero.

—Perfecto. —contestó Brenda y Joe se le quedó mirando con expresión aterrada.

—Bien, una semana antes os llamaré para ultimar los detalles y daros instrucciones de cara a la operación.

Brenda se levantó y se cogió al brazo de Joe, que estrechó la mano de Tobias y tiró de ella hasta la salida.

De camino al apartamento, Joe miró a Brenda, que tenía la mirada perdida.

—¿Te ocurre algo?

—No, solo pensaba en las cosas que tengo que hacer.

—Tu padre no deja de preguntarme por ti, ya no sé qué decirle.

—Tengo miedo, no sé si podré soportar verlo en ese estado, no soy tan fuerte.

—No te preocupes, ya se me ocurrirá algo. —dijo Joe con tono conciliador—. ¿seguro que no hay nada más?

—Seguro. —mintió Brenda.

Capítulo 24

Viernes 14 de febrero

Joe llevaba puesta una bata verde y un gorro. Tenía las mejillas coloradas, cada vez que una enfermera pasaba y se le quedaba mirando, él se ponía aún más rojo.

—Estoy ridículo.

—Te van a operar, no vas a hacer un pase de modelos. —dijo Brenda sonriendo.

—Bueno, si algo no sale bien, mis cenizas quiero que las lleves a Morgan y las tires al lago.

Brenda le pegó un puñetazo en el hombro y casi chillaba de dolor, el cuerpo de Joe era demasiado duro para su pequeña mano.

—¿Por qué me pegas?

—Eres un idiota, no me gusta que hables así, es una operación inofensiva.

—¡Ah, claroooo! Lo dices porque si muerdo, se te jode el asunto de la herencia.

Brenda lo fulminó con la mirada y Joe bajó la vista, no podía con la bruja. Una enfermera conectó una radio y empezó a sonar una canción de Eminem. Joe empezó a mover los hombros y Brenda lo miró con los ojos como platos.

—¿No irás a ponerte a bailar aquí?

Joe la miró, empezó a mover el culo, su boca simulaba cantar y con las manos realizaba movimientos de rap.

—¡Dios, qué vergüenza!

Joe siguió bailando, sin importarle las miradas que le lanzaban las enfermeras, solo paró cuando vio a Tobias, ahí se cagó de miedo.

—¿Ya no bailas?

—Joe, acompáñame. —pidió Tobias que deseaba empezar la operación cuanto antes.

Joe se giró y miró a Brenda.

—Recuerda lo de las cenizas. —dijo Joe asustado.

Brenda negó con la cabeza y se sentó en uno de los asientos de la sala de espera.

Joe se sentó en la camilla y se tumbó, estaba sudando por los nervios, se giró hasta quedar boca abajo para dejar expuesta la espalda. Una enfermera le colocó una vía y el anestesista comenzó a administrarle la anestesia. Poco a poco, los ojos de Joe se cerraron con la incertidumbre, ¿desaparecerían las cicatrices?

Brenda estaba desesperada, se entretenía leyendo correos pero ya llevaban más de dos horas, ¿iría todo bien? Tobías salió del quirófano, se quitó la mascarilla y sonrió.

—Todo perfecto, mejor de lo que esperaba. Ahora mismo tiene la zona inflamada, pero cuando esta desaparezca, podrás ver que las cicatrices prácticamente han desaparecido.

—Gracias Tobias.

—No me las des, para algo me pagas. —dijo Tobias guiñándole un ojo y regresando al quirófano.

Joe se despertó, se puso tan nervioso en quirófano, que acabaron administrándole anestesia general en lugar de local, tenía ganas de mear, pero cuando levantó la bata, su pene parecía haber pasado a mejor vida. Brenda entró en la habitación y Joe se tapó instintivamente, no quería que viera el estado de su hombría.

—¿Cómo estás?

—Quiero irme, pero no me responde el cuerpo, estos idiotas se han pasado con la anestesia.

—Deja de gruñir, en unas horas nos iremos.

Joe desvió la mirada, resopló con fastidio y empezó a tamborilear con los dedos de la mano derecha sobre la cama. Brenda se sentó en un sillón que había cerca de la cama y cerró los ojos, ahora estaba más tranquila, el paleta seguía vivo.

Ya bien entrada la noche, Joe intentaba dormir, pero le dolía la espalda y no sabía cómo tumbarse, se colocó de lado, luego cambió de posición y al final acabó levantándose de la cama. Brenda se despertó, y al ver que no estaba Joe, se levantó y decidió buscarlo. Joe estaba sentado en el sofá del salón, con la vista perdida.

—¿Meditando? —preguntó Brenda con sarcasmo.

—No puedo dormir, me duele y me pica la espalda. Acuéstate y duerme. —

contestó Joe.

Brenda caminó hasta él y se sentó a su lado, le cogió la mano y lo besó en la mejilla.

—Tuve miedo. —confesó Brenda.

—Casi pierdes tu inversión.

Brenda le dio un codazo en la barriga y Joe gruñó.

—Que no sepa exactamente lo que siento por ti, no significa que no te aprecie.

—Entre marido perfecto o gato, ¿dónde estaría yo?

—Por encima del gato, más o menos. —contestó Brenda sonriendo.

—¡Vaya! ¿y eso?

—Al gato tendría que limpiarle el pipí y la caca, mientras que a ti, solo te daría de comer.

—¡Serás sinvergüenza! —gritó Joe empujándola al sillón y haciéndole cosquillas en la barriga.

Brenda chillaba y reía, ¡cómo necesitaba al paleta!

Dos días después, la fortaleza de Joe quedaba clara, dejó de tomar calmantes y se negó a que otro llevara a Adrian al hospital. Le dio un beso a Brenda y salió del apartamento, libre de sedantes, se sentía feliz, prefería ese leve dolor, a la sensación de estar drogado. No tenía fuerzas, ni ganas para meterse con la bruja y por ahí no pasaba, faltaría más.

Adrian subió al vehículo, Abie no se encontraba bien, estaba resfriada y él le pidió que se quedara en casa.

—¿Qué tal lo llevas Adrian?

Adrian se quitó el gorro y le mostró el escaso pelo que le quedaba.

—Deberías raparte la cabeza, al principio será un shock, pero siempre será mejor que verte así.

—No quiero ir a la barbería y que me vean así. —repuso Adrian con tristeza.

—Sin problema, luego pasamos por una tienda, compro una afeitadora y te pelo. —contestó Joe con seguridad.

—¿Sabes cortar el pelo? —preguntó Adrian sorprendido.

—Me he sacado algún dinero cortando el pelo a perros.

—¡La madre que te parió! —gritó Adrian.

—Bueno, pues te llevo a la barbería, si lo prefieres.

—No, pero más te vale no cortarme las orejas. —gruñó Adrian.

Mientras Adrian estaba en la quimio, Joe notó como vibraba su móvil en el pantalón, le había quitado el sonido para no molestar a los pacientes.

—¿Ígame?

—¿Joe?

—No, zeñorita, za equivocao uté, yo me llamo Pedrito.

—Perdone, me he equivocado.

—¡Serás tonta! ¿Qué quieres?

—Cuando te pille te mato, ¡idiota! ¿Cómo está mi padre?

—Bien, pero te advierto que le voy a hacer un cambio de look.

—¿Tú le vas a hacer un cambio de look?

—Sí, la quimio está provocando que se le caiga el pelo y bueno... ya te mandaré fotos.

—¿Y tu espalda?

—Hasta hace unos minutos la tenía detrás.

—¿No puedes tomarte nada en serio?

—Odio ser serio, bueno te dejo que ya sale tu padre.

—Adiós. —contestó Brenda entre divertida y triste, no debía ser fácil para su padre ver como se le caía el pelo. El recuerdo del tumor que ella misma tenía, la hizo temblar, ¿haría efecto el tratamiento?

—Vamos a ver, lo principal es que no te muevas, así no te cortaré las orejas.

Adrian, sentado en una silla, cubierto por un mantel viejo para no llenarse la ropa de pelo, lo miró nervioso.

—¡Joder Adrian, es broma!

Joe pulsó el botón de encendido de la cortadora y suavemente comenzó a pasársela por la cabeza. Abie trataba de contener las lágrimas al ver como su marido consentía que le raparan la cabeza. Pasada a pasada, Joe iba apurando hasta dejarlo más rapado, se le hacía un nudo en la garganta al mirar las partes en las que quedaba pelo, estaba lleno de mechones largos y espacios vacíos, ahora tendría toda la cabeza homogénea.

Joe le quitó el mantel, procurando no tirar el pelo al suelo, se lo entregó a Abie, que se apresuró en llevarlo hasta la basura.

—Abie, toma mi móvil y nos echas unas fotos.

Abie comenzó a echarles fotos y acabó riendo a carcajadas al ver como Joe salía corriendo perseguido por Adrian.

Brenda escuchó un tono de móvil y se apresuró en revisar la pantalla, Joe

le enviaba fotos. Miró la primera en la que aparecía su padre con la cabeza rapada y sonriendo, en la segunda su padre seguía sonriendo pero Joe le había hecho una montaña en la cabeza con un bote de nada montada, en la tercera Joe aparecía corriendo y su padre con el bastón en la mano le perseguía. Los ojos se le llenaron de lágrimas, Joe era capaz de convertir un drama en algo divertido, era mágico, su paleta mágico.

Adrian estaba tomándose una limonada mientras veía un programa de pesca. Joe ya se había despedido de él, entró en la cocina y Abie le dio un fuerte abrazo.

—Gracias Joe por animarnos a los dos.

—Es un placer, Abie. —dijo Joe con un nudo en la garganta—. Todo va a salir bien.

Brenda dio un salto de la cama en cuanto escuchó abrir la puerta del apartamento, corrió hasta Joe y se abrazó a él.

—¡Vaya! Hoy todo el mundo me abraza. —dijo Joe sonriendo.

Una semana después, Joe esperaba pacientemente a que Brenda le quitara el vendaje, según ella, ya estaba curada la herida y Tobias le daba permiso para dejar la espalda al descubierto.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Brenda dejando que las lágrimas llenaran sus ojos.

—No pasa nada, llevo toda la vida con esas cicatrices, no voy a pillar un trauma.

Brenda lo cogió de la mano y lo llevó hasta un espejo de cuerpo entero que tenía en el dormitorio. Joe se miró y se quedó sin palabras, las cicatrices habían desaparecido, al menos él no era capaz de distinguirlas, miró a Brenda y esta asintió con la cabeza.

—Has conseguido borrar el recuerdo visible de mi mayor pesadilla. —dijo Joe, pero lo que él deseaba era decirle lo mucho que la quería.

Brenda lo abrazó y lo besó, se sentía muy feliz, él estaba muy contento y esta vez era gracias a ella.

Capítulo 25

Julio

Adrian estaba sentado en la consulta, Abie le apretaba la mano y Joe de pie, apoyado en la pared, esperaba a que el médico terminara de ver el informe.

—Las últimas pruebas oncológicas lo dejan claro, el cáncer no ha remitido, ha desaparecido. Adrian estás curado y si te soy sincero, no me extraña, el estado anímico es fundamental y eres de los pocos pacientes que siempre estaba de buen humor durante la quimio.

Adrian y Abie miraron a Joe, que se limitó a sonreír y encogerse de hombros.

—Gracias doctor. —dijo Adrian.

Abie se levantó de la silla, no podía dejar de llorar y Adrian la siguió, la abrazó y la besó en la mejilla.

—Ya pasó todo, el capullo de mi yerno tenía razón.

—¡Eeey! —protestó Joe divertido.

De regreso al apartamento, Joe no pudo aguantar más, activó el manos libres y dijo el nombre de Brenda, el dispositivo marcó el teléfono y empezó a dar señal de llamada.

—¿Sí?

—Se acabó Brenda, tu padre está curado.

Al otro lado del teléfono, Brenda empezó a llorar emocionada y alegre. Durante todo el tratamiento, apenas había visitado una par de veces al mes a su padre, simplemente no podía verlo sin derrumbarse y no quería hacerlo sentir mal.

—¡Oyeeee! ¡Espabila! Tenemos que hacer una fiesta, podríamos hacer una barbacoa, invitar a sus amigos, no sé, algo, esto hay que celebrarlo.

—Por supuesto, haremos una fiesta este mismo fin de semana. ¿Te queda mucho para llegar?

—¿Tantas ganas tienes de verme?

—Sí. —admitió Brenda y colgó.

Joe sonrió, conectó la radio y centró su mente en conducir, ahora todo estaba bien, ella aún no lo amaba, pero llegaría a hacerlo, tenía que hacerlo o...

Viernes por la mañana

Brenda y Joe se tomaron el día libre, ventajas de ser la dueña de la compañía. Los dos cargaron toda la compra en el monovolumen y emprendieron la marcha hacia la casa de sus padres. Joe fue cantando todo el camino y Brenda no dejaba de reírse a carcajadas, el pobre ponía pasión, pero no tenía el menor talento para cantar.

—¿Fuiste al médico? —preguntó Joe.

Brenda se encogió en el asiento y miró por la ventana, no quería que viera su expresión de terror.

—Sí, por lo visto todo se debe a molestias menstruales, tengo algunos desarreglos. —mintió Brenda.

—¡Vale! Espero que la cosa se mejore pronto. —respondió Joe sonriéndole.

—Mi madre ha invitado a algunos vecinos y a mi primo Duncan.

—¿El estirado en una barbacoa?

—No es un estirado, solo es especial, cuando lo conozcas más, te caerá bien. —dijo Brenda molesta.

—Seguro. —respondió Joe con sarcasmo.

Adrian abrió la puerta y Joe le guiñó un ojo, pasó a su lado, cargado de bolsas, y se encaminó hasta la cocina, donde Abie le ayudó a colocar todo lo que habían comprado. Brenda entró en la casa con un par de bolsas y sintió un enorme alivio cuando Duncan apareció y la ayudó a llevarlas.

—Joe.

—Duncan.

Los dos hombres salieron fuera y comenzaron a trasladar el resto de bolsas hasta la cocina. Duncan parecía relajado, vestía unos vaqueros y una camisa blanca, a Joe eso le chocó, parecía muy informal, teniendo en cuenta su estilo frío y sobrio habitual.

Abie y Brenda empezaron a vaciar las bolsas y colocar la compra. Habían comprado aperitivos, mucha carne y bebidas. Duncan entró en la cocina, agarró dos cervezas frías y salió corriendo antes de que nadie le mandara hacer algo.

—Joe, me gustaría hablar contigo fuera.

Joe asintió con la cabeza y agarró la cerveza que Duncan le ofrecía. Los dos hombres caminaron hacia el bosque, ya habían empezado a llegar los invitados y Duncan quería algo de intimidad.

—Tú dirás. —dijo Joe mirándolo fijamente.

—¿Qué te contó Brenda?

—¿A qué te refieres?

—Sobre su visita al médico.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi familia es mi prioridad, no hay nada sobre ellos que yo no sepa. —respondió Duncan con frialdad.

—Me dijo que eran problemas menstruales.

—¿Tú la crees?

—Sí, ¿por qué no debería creerla?

—Te ha mentado, tiene un tumor en el ovario derecho. Le han administrado un tratamiento, pero si la cosa no mejora...

—¿Por qué no me lo habrá dicho? No le veo qué sentido tiene ocultármelo.

—Conozco a Brenda, no quería que su padre se enterara y más cuando él estaba siendo tratado con quimio. En cuanto a ti, puede que sea por orgullo... o tal vez es que no confía en ti. —dijo Duncan mirándolo con curiosidad, como si quisiera estudiar la reacción de Joe ante sus palabras.

—Te agradezco el aviso. —gruñó Joe alejándose de él.

—Si la quieres, yo guardaría el secreto, por el momento al menos. —sugirió Duncan mientras daba otro sorbo a su cerveza.

Joe lo miró y se alejó, ¿guardar el secreto? Menuda familia tenía Brenda, se moría por gritarle a la bruja, pero no podía y no porque ese idiota se lo hubiera dicho, bastante tenía la pobre para encima machacarla.

Nada más entrar en la casa, Adrian comenzó a presentarle todos sus invitados. Abie llevó varios platos con aperitivos al jardín trasero, mientras Brenda servía bebidas a todos los presentes. Joe la miró de reojo, parecía estar bien, pero saber que le había ocultado algo tan importante, le dejaba claro lo poco que sentía por él.

Durante toda la tarde, Joe se centró en la barbacoa, eso le permitía mantenerse a distancia de todos, normalmente era muy sociable, pero ese día y a tenor de las noticias recibidas, prefería estar solo.

Adrian estaba disfrutando como un niño, Abie no dejaba de sonreír y los

invitados estaban muy alegres por saber que el homenajeado había superado su enfermedad. Duncan se acercó a Joe y le ofreció una cerveza.

—Gracias.

—Disculpa Joe.

—¿Por qué? —preguntó Joe sorprendido mientras revisaba unas costillas que estaba haciendo a la brasa.

—Sé que soy muy frío, no se me da bien tratar asuntos delicados y a menudo soy demasiado sincero. Odio tanto la mentira, que a menudo ignoro que una verdad puede hacer incluso más daño.

—Tranquilo, prefiero que me hagan daño diciéndome la verdad, a que me mientan. —dijo Joe mirando a Brenda, que en ese momento estaba ofreciendo un plato con aperitivos a su padre. Sus miradas se cruzaron, pero Joe no tardó en esquivarla.

Duncan sacó su cartera y cogió una tarjeta, que entregó a Joe.

—Es mi teléfono personal, si necesitas algo, no dudes en llamarme. —dijo Duncan con voz tranquila.

Joe guardó la tarjeta en el bolsillo de su pantalón y continuó vigilando la barbacoa. Brenda le dio un beso en la mejilla a Duncan y corrió hacia Joe.

—¡Hola paleta!

—Hola bruja.

—Ya hay bastante comida, deja la barbacoa y disfruta de la fiesta, mi padre no deja de preguntar por ti.

—En cuanto se hagan las costillas, me reúno con vosotros.

—¿Estás bien? —preguntó Brenda que notó algo raro en Joe.

—Perfectamente, me molesta un poco la espalda, eso es todo. —contestó Joe, él también sabía mentir.

Joe se preparó una hamburguesa, cogió su cerveza y caminó dispuesto a alejarse del bullicio, pero Adrian lo llamó y le hizo señas para que se sentara a su lado.

Brenda estaba sentada junto a su madre y otras mujeres, hablaban de temas triviales por lo que no tardó en aburrirse y acabó mirando a Joe, verdaderamente estaba raro, no destilaba esa alegría que lo caracterizaba.

En cuanto los invitados se fueron marchando, Joe se despidió y se marchó al dormitorio, esa noche la pasarían allí y al día siguiente regresarían al apartamento.

—Brenda, ¿no te parece que Joe está algo apagado? —preguntó Abie

preocupada.

—Sí, me dijo que le dolía la espalda, la operación no fue fácil y es normal que sufra pequeñas recaídas.

Abie asintió, su hija le contó la historia de Joe bajo promesa de no revelárselo jamás. Se levantó de la silla y acompañó a Adrian que parecía cansado y con ganas de acostarse. Brenda los siguió, cerró las puertas con llave y fue apagando las luces, luego subió las escaleras y entró en el baño. Se desmaquilló y se lavó la cara, le encantaba el olor de las toallas de su madre, la confortaba y la devolvía a su niñez. Salió del baño y entró en su dormitorio, Joe estaba dormido. Se acostó y se tapó, esperaba que él se girara y la abrazara, pero ese abrazo no llegó, esa noche no habría mimos y no entendía por qué.

Por la mañana, Joe se levantó temprano, bajó a desayunar junto a Abie y Adrian. Brenda bajó media hora después y gruñó al ver que todos habían desayunado sin ella. No pudo dormir bien en toda la noche, se había acostumbrado a dormir sintiendo los brazos de Joe rodeándola, eso la hacía sentir protegida, a salvo. ¿Sería que él ya no la amaba? En el fondo lo comprendería, ella no ponía de su parte y todo hombre tiene su límite.

Abie le preparó un chocolate caliente y dejó sobre la mesa de la cocina una bandeja de dulces de hojaldre.

—Hija, ayer Joe, hoy tú. ¿Qué pasa?

—No me pasa nada, no he dormido bien, eso es todo.

—¿Seguro?

—Sí. —contestó Brenda sonriendo.

De regreso al apartamento, Joe estaba muy callado, en un principio habían planeado pasar el fin de semana con los padres de Brenda, pero el trabajo se interpuso en sus planes.

Capítulo 26

Nada más llegar al apartamento, Brenda encendió el portátil y se conectó por videoconferencia. Joe se la quedó mirando, resultaba raro escucharla hablar en ruso, no tardó en aburrirse y se le ocurrió una idea. Pasó por delante de Brenda, levantando los pies y las manos como si desfilaras, luego dio media vuelta y al pasar junto a la mesa, empezó a agacharse como si estuviera bajando una escalera y luego subiéndola. Brenda se despistó de la videoconferencia y lo miró sorprendida. Joe se puso a bailar delante de ella, se quitó la camiseta y empezó a agitarla en el aire. Brenda trató de centrarse y seguir hablando con su cliente, pero era muy difícil con Joe haciendo el idiota, levantó la vista y vio que se había desnudado y colocado una toalla a modo de pañal, se chupaba el dedo y seguía bailando, eso fue demasiado. Brenda aguantó la risa, zanjó la conversación, y desconectó la videoconferencia.

—¡Serás imbécil! Casi me río en la cara de mi mejor cliente.

Joe se sacó el dedo de la boca y se quitó la toalla, cogió en brazos a Brenda y se la llevó al dormitorio.

De madrugada, Brenda se despertó, había tenido una pesadilla, soñó que estaba en la consulta médica y Chad le decía que debían de operarla. Se apretó contra el pecho de Joe y buscó refugio, él la abrazó en sueños y ella por fin pudo conciliar el sueño.

Por la mañana, Brenda se despertó, Joe no estaba, se levantó y lo buscó, no sabía el por qué de esa reacción irracional, pero sintió miedo de que todo hubiera sido un sueño y él no estuviera en su vida. Medio adormilada, no pensaba con claridad, lo buscó por todo el apartamento y se asustó al no encontrarlo.

Joe corría por el parque, intentaba pensar, ¿qué debía hacer? Cada vez la amaba más y ella seguía sin dar muestras de quererlo, era cariñosa, lo deseaba, eso estaba claro, pero seguía sin amarlo y tampoco confiaba en él.

Tomó un camino alternativo, no quería regresar al apartamento, se sentía incómodo con ella y se le hacía difícil fingir que no sabía lo de su enfermedad,

no era bueno mintiendo.

Brenda pensó en llamarlo, pero la idea cayó en saco roto cuando vio su móvil encima de la mesa del salón. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Algo dentro de ella le decía que el tratamiento no estaba funcionando, ese lunes tenía una revisión, deseaba que Joe la acompañara y le apoyara, pero no podía decírselo, sabía que se enfadaría por habérselo ocultado y sobre todo por haberle mentido.

Joe entró en el apartamento, estaba sudando a mares, se quedó parado en mitad del salón, Brenda lo miraba con tristeza.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —mintió Brenda.

—Voy a ducharme. —dijo Joe sin creerla.

Entró en la ducha, se enjabonó y dejó que el agua acariciara su cuerpo, resultaba raro pasar la mano por su espalda y no notar las cicatrices. No dejaba de pensar en Brenda, algo no iba bien y temía que su enfermedad fuera la causa, si a ella le pasara algo...

Brenda entró en la cocina y preparó el desayuno, tenía la esperanza de que él no hubiera tomado nada y pudieran desayunar juntos. Aunque no pudiera contarle nada, su sola presencia le daba fuerzas, era como si desprendiera una luz capaz de dar fuerzas a todo el que tuviera cerca, con su padre funcionó.

Joe se puso un pijama azul de seda que le había comprado Brenda, se veía ridículo, pero estaba muy cómodo con él. Caminó hasta la cocina y se sentó en frente de Brenda, que lo miraba tímidamente.

—Hoy te quito el mando de la televisión y voy a ver lo que me dé la gana y ¿tú que vas a hacer?

—¿Palomitas? —repuso Brenda sonriendo.

—Buena idea, pero en cuanto terminemos de desayunar, te vistes y salimos a dar una vuelta.

—No tengo ganas. —replicó Brenda.

—No me importa. —contestó Joe sirviéndose una taza de café—. No te vas a quedar aquí encerrada todo el día, primero paseo, luego almuerzo y películas a mogollón.

—¡Tirano! —gruñó Brenda divertida.

—Bruja.

La temperatura en la calle era agradable, Brenda caminaba enfundada en su vestido gris de seda que resultaba demasiado ostentoso para un paseo y Joe

como siempre, con una camiseta y unos vaqueros.

Joe la cogió de la cintura y la atrajo hacia él, le gustaba tenerla cerca, su bruja era muy divertida.

—Mañana tienes médico, ¿verdad?

Brenda lo miró y palideció, debía haber mirado su agenda, no podía permitir que él se enterara de la verdad.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, tranquilo, tardaré muy poco, es pura rutina.

—Como quieras, de todas formas no me apetecía, ya quedé hartos de médicos con lo de tu padre. —dijo Joe con frialdad.

Brenda sintió una punzada en el pecho, hubiera deseado que él insistiera, tener que contarle la verdad, lo necesitaba a su lado, pero su maldito orgullo lo había complicado todo.

Joe se detuvo, la agarró por la cintura con las dos manos y la besó con pasión, la apartó, le cogió la mano y tiró de ella iniciando la marcha de nuevo.

—¿Y esto? —preguntó Brenda sorprendida agradablemente.

—Arrebatos que me dan. —contestó Joe.

Brenda sonrió como una cría, la tenía loca, eso debía significar que lo quería, tenía que significar eso, ¡Dios mío, lo deseaba con todas sus fuerzas!

Joe se acercó a un puesto ambulante y compró unos perritos calientes, pagó y le ofreció uno a Brenda.

—¿Estás de broma? No me voy a comer eso y menos habiendo sido cocinado en la calle.

Joe introdujo parte del perrito caliente en la boca de Brenda y esta lo masticó molesta, pero una sonrisa se dibujó en su cara al instante.

—¡Está buenísimo!

—Lo sé, más de un día he comprado uno o dos a la salida del trabajo.

Brenda devoró el perrito con total satisfacción, el cielo empezó a nublarse y las temperaturas cayeron. Joe se dio cuenta de que Brenda parecía estar cansada y decidió regresar.

Nada más llegar, Brenda se dio cuenta de que estaba hambrienta, sacó una bandeja con lasaña del refrigerador y la introdujo en el horno. Joe hizo un mohín de asco al verla, estaba harto de comida italiana, Brenda se pasaba y Brad no dejaba de complacerla con nuevas recetas.

—Brenda..., yo... ¿crees que hacemos bien?

—¿A qué te refieres?

—No quiero influir en ti o en lo que sientas por mí, quizás deberíamos mantener las distancias por un tiempo. Podríamos instalar un cerrojo en la puerta, así Adam no podría entrar y pillarnos. Yo podría dormir en el dormitorio de invitados.

Brenda se abrazó a Joe con tanta fuerza que casi le hacía daño, evitaba mirarlo para que no viera como sus ojos se llenaban de lágrimas. Joe suspiró, no sería fácil seguir teniéndola cerca, sabiendo que ella no tenía las ideas claras.

—Esto significa que no quieres que haga eso, ¿verdad?

Brenda asintió sin separar su cabeza del pecho de Joe, lo necesitaba, ahora más que nunca, estaba aterrorizada, ¿tendría ella cáncer como su padre? ¿lo superaría o...?

El resto de la tarde, Brenda se lo pasó durmiendo, tapada con una manta, el aire acondicionado a tope y con la cabeza sobre el regazo de Joe. Cuanto más la miraba, más perfecta y frágil le parecía. Pobre, pensaba, no es justo pasar por algo así uno solo, pero su maldito orgullo siempre acababa fastidiándolo todo.

A la mañana siguiente, Brenda estaba temblando en la sala de espera de Chad, sentía escalofríos, cerró los ojos por unos instantes y notó como alguien se sentaba a su lado, abrió los ojos y lo vio.

—¿Joe?

—No, mi hermano pequeño.

—¿Qué haces aquí?

—Me da igual que me mientas, no voy a permitir que pases por esto sola. —dijo Joe mirándola con seriedad.

—¿Quién?

—Ya sabes quién, además eso no importa. Estaré contigo, pase lo que pase, te guste o no, no podrás echarme de tu lado.

Brenda se levantó y se sentó en su regazo, se abrazó a su cuello y rompió a llorar. Duncan, debió averiguarlo, muy típico de él, vigilar a su familia y protegerla. Gracias Duncan, pensó Brenda y besó el cuello de Joe.

—Brenda... mejor no me des besos ahí o notarás que te clavás algo. —gruñó Joe excitado.

Brenda tuvo que contenerse para no devorar su cuello y hacérselo allí mismo con él. Era el hombre perfecto, bueno, dentro de lo perfecto que podía ser un paleta.

—Brenda, puedes pasar. —dijo Chad desde la puerta de la consulta.

Joe y Brenda se levantaron y lo siguieron hasta el interior, se sentaron y se cogieron de la mano. Chad estaba mirando unas ecografías recientes con expresión sombría, negó con la cabeza y los miró.

—El tratamiento no funciona, la masa ha crecido, será necesario operar. Programaré todo para el miércoles por la mañana, te operaré y mandaré una muestra de esa masa para que la analicen. El dueño del laboratorio es amigo mío, le dará prioridad y el viernes sabremos si es benigno.

Brenda sintió que sus piernas se quedaban sin fuerzas, la dura ejecutiva había desaparecido y en esos momentos solo tenía ganas de llorar. Joe la miró, le guiñó un ojo y le apretó la mano. Se despidieron de Chad y abandonaron la consulta. De camino al coche, Joe llamó a la oficina y le comunicó a Abie que Brenda estaría fuera un tiempo.

Abrió la puerta de Brenda y la cerró cuando ella se introdujo en el vehículo, corrió bordeándolo y entró dentro. Joe se quedó mirándola, cogió su mano y la besó.

—¡Mírame!

Brenda lo miró con lágrimas en los ojos.

—¡Saldrás de esta! Te lo prometo, en unos días todo esto no será más que un mal recuerdo. ¿Ok?

Brenda asintió con la cabeza y se recostó en el asiento.

Brenda se tumbó en la cama nada más llegar al apartamento y Brad, que sabía desde el primer momento lo que le pasaba a su niña, fue a verla.

—Tranquila pequeña, todo va a salir bien y no estás sola, tienes a tu paleta que está buenísimo y a mí. —dijo Brad acariciándole el pelo.

—¿Y si es algo malo? —preguntó Brenda con voz temblorosa.

—No pasa nada, hoy en día hay muchos avances, mira tu padre. No te puedes hundir. Por cierto ¿qué tal con el paleta, te aclaras las ideas?

—No, sé que me importa mucho, no me imagino viviendo sin él, pero no estoy segura de si lo quiero.

—Tu problema es que quieres verdades inamovibles y el amor no es así, tienes miedo, eso es todo, pero debes decidirte, ese muchacho no merece pasar su vida con una mujer que no lo quiera y lo sabes.

—Lo sé, cuando llegue diciembre y haya cumplido la condición que me impuso mi abuelo, tomaré la decisión.

—Descansa, luego te traeré algo de comer. —dijo Brad, le dio un beso en

la frente y se marchó muy preocupado.

Joe estaba sentado en la terraza con una cerveza en la mano y la mirada perdida. Brad se acercó a él con expresión grave, no soportaba que su pareja favorita estuviera pasando por todo eso, ya habían tenido bastante con la enfermedad del padre de Brenda.

—¿Cómo estás? —preguntó Brad.

—Bien, dentro de lo que cabe.

—Todo saldrá bien.

—Me da igual que no me quiera, yo si la quiero a ella y no podría soportar que le pasara algo. Pero ella no confía en mí, de no ser por Duncan... no me habría enterado de su enfermedad y tú lo sabías también.

—Lo siento Joe, pero cuando alguien me hace prometer algo, yo lo cumplo. —dijo Brad cabizbajo.

—Perdona Brad, tú no tienes culpa de nada, es que me estoy volviendo loco. Se suponía que esto era un pacto entre los dos, pero todo se ha complicado. Cada beso, cada abrazo... me duelen más y no soy capaz de alejarme de ella.

—Ten paciencia, estoy seguro de que te quiere, pero esta niña quiere tratar el amor como si fuera un negocio, si no tiene pruebas claras, no admitirá que te ama. Ahora debes ser fuerte porque ella te necesita.

Joe asintió con la cabeza y dio un sorbo a su cerveza, regresó la mirada a la calle y suspiró. No era tan fuerte como los demás creían que era, todo era fachada. Recordó su infancia, las palizas injustificadas, fingir que todo iba bien en la escuela o que sus heridas eran provocadas por accidentes, nadie dudó de su palabra, todos preferían pensar que era un torpe, a pensar que le estaban haciendo daño. Solo empezó a sentirse acogido, y saber lo que era tener familia, cuando Jensen y sus padres lo acogieron.

Por la noche, Brenda se acurrucó bajo las sábanas, sintió como Joe se tumbaba a su lado y la obligaba a girarse. Ella bajó la vista para que no viera que sus ojos estaban húmedos, pero él acarició su barbilla y la miró fijamente a los ojos, la besó y la abrazó. Ella agradeció que no dijera nada, solo quería sentirse entre sus brazos, segura, calentita y feliz.

Capítulo 27

Miércoles por la mañana

Brenda firmó unos documentos con pulso tembloroso, eran las ocho de la mañana y la calefacción estaba muy alta, a pesar de eso, ella temblaba.

Una enfermera los acompañó hasta una habitación, donde le pidió a Brenda que se desnudara y se pusiera una bata. La enfermera se despidió y los dejó a solas. Joe se sentó en el sillón que había junto a la cama y se acarició la mejilla con la mano, mientras observaba como Brenda cogía sus cosas y la bata para entrar al baño para cambiarse.

Brenda se desvistió, estaba aterrada y las lágrimas amenazaban con brotar, pero tenía que ser fuerte, no podía derrumbarse, debía hacerlo por sus padres, por Brad y por... Joe.

—La enfermera ha traído una pastilla, dijo que te la tomes y que te tumbes en la cama, en breve vendrán a recogerte.

Brenda lo miró con seriedad, agarró la pastilla que había en el pequeño vasito y se la tragó, se dejó caer sobre la cama y resopló.

La enfermera cumplió su palabra y al cabo de diez minutos regresó a la habitación, quitó los frenos de la cama y la empujó hasta la salida. Joe la siguió sin decir nada, entraron en el ascensor y le cogió la mano a Brenda que lo miró agradecida. Las puertas del ascensor se abrieron y la enfermera guió la cama hasta la sala de quirófanos.

—Te espero fuera, preciosa. —dijo Joe y la besó suavemente en los labios. Deseaba besarle con pasión, pero eso le haría pensar que estaba muy preocupado, lo que era cierto. Le dedicó una sonrisa y contempló como la enfermera introducía la cama en uno de los quirófanos. Despacio, sintiendo como si su cuerpo pesara tres veces más de lo normal, caminó hasta la sala de espera, Chad le avisó que serían varias horas. Entró en la pequeña sala que estaba vacía y se dejó caer sobre uno de los sillones. La televisión estaba puesta en un canal de documentales, trató de apartar sus pensamientos y centrarse en lo que estaban echando en la tele, no quería pensar en nada y

mucho menos en que algo pudiera salir mal, todo saldría bien, tenía que salir bien.

Sobre las once de la mañana, Brad llamó a Joe, estaba en el apartamento, mordiéndose las uñas y ya no sabía qué hacer para no pensar.

—¿Sabes algo?

—No, nadie ha salido todavía y como no se apuren... le pego una patada a la puerta y entro yo.

—¡Vale machote, tranquilo! Ya saldrán.

—Espera Brad, que se está abriendo la puerta. ¿Chad?

—Hola Joe, la operación ha salido bien, hemos extraído la masa y ya he enviado una muestra para analizar. Puedes pasar a verla, está dormida, en unas horas la subiremos a planta.

—Gracias Chad.

Chad asintió con la cabeza y regresó al interior de la Uci.

—¿Brad, lo has escuchado?

—Sí, corre a ver a mi niña, y avísame en cuanto esté en planta para ir a verla.

—Lo haré Brad, hasta luego.

Joe entró en la sala y buscó a Brenda, la encontró en la última cama. Le cogió la mano y se la besó, ella seguía durmiendo.

—Todo saldrá bien.

Brenda se despertó, estaba algo desorientada, giró la cabeza y se encontró con los ojos de Joe.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro de la tarde. —contestó Joe sonriendo.

—Estoy bien, puedes irte al apartamento.

—Oblígame. —sentenció Joe con frialdad.

—¿Has comido?

—No tengo hambre. —gruñó Joe.

—Ve a la cafetería y come algo. —pidió Brenda con dulzura.

Joe se revolvió en el asiento, no quería dejarla sola ni un minuto.

—No me voy a romper porque te vayas un rato. —dijo Brenda tratando de sonreír.

—Está bien, comeré algo. ¡Hasta en el hospital me das órdenes!

Brenda cerró los ojos y se quedó dormida. Joe resopló fastidiado y de mala gana salió de la habitación.

Una vez en la cafetería, compró dos bocadillos y un par de botellas de agua, no volvería a dejarla sola. Tomó el ascensor y suspiró, no soportaba verla así, las puertas se abrieron, salió del ascensor y caminó hasta la habitación. Duncan estaba frente a la cama de Brenda, mirándola con expresión de preocupación.

—Hola Joe.

—Duncan.

—Me he permitido hablar con el laboratorio, mañana por la mañana sabré los resultados.

—Gracias.

Duncan lo miró, esbozó una sonrisa y puso su mano en el hombro de Joe.

—No me las des, ya te lo dije... mi familia es lo primero. Si te encontraras mal, avísame y enviaré una enfermera particular.

—Gracias, pero prefiero estar con ella.

Duncan asintió con la cabeza, sus ojos se apagaron y de nuevo se tornaron fríos. Se acercó a la cama y besó a Brenda en la mejilla, dedicó una sonrisa a Joe y se marchó.

Joe mandó un mensaje a Brad, le pidió que no fuera ese día a ver a Brenda, prefería que estuviera tranquila y durmiera todo lo posible.

Por la noche, Joe se sentó en el sillón, colocó el reposapiés delante, e intentó descansar, pero aquel sillón parecía estar diseñado como un potro de tortura, en apenas unas horas, ya le dolía todo. Cada poco, abría los ojos y comprobaba que Brenda tuviera las vías en el brazo, el nivel del suero y hasta si respiraba, estaba totalmente paranoico.

Se giró en el sillón para poder verla y poco a poco el cansancio lo venció y se quedó dormido.

De madrugada, Brenda abrió los ojos, le dolía un poco la cabeza, pero seguía sedada, al menos no era un dolor fuerte. Ladeó la cabeza y miró a Joe, tumbado en una posición circense, con medio cuerpo en el aire y parte de las piernas sobre ese incómodo banquillo. Si no podía amar a ese hombre no podría amar a ningún otro.

Por la mañana, Duncan recibió el informe, abrió el correo y lo leyó con atención. Agarró el móvil y llamó a Joe que no tardó en descolgar.

—Joe, ¿Brenda está despierta?

—Sí.

—Activa el manos libres, por favor.

—Brenda, ya tengo los resultados de la biopsia. La masa estaba compuesta por sangre, lo denominan mioma y es absolutamente benigno. He hablado con Chad, te trasladarán hoy mismo a tu apartamento. Mi equipo médico personal te tratará y una enfermera se encargará de supervisarte las veinticuatro horas. ¡Felicidades prima!

—Gracias Duncan. —susurró Brenda.

—Joe, desactiva el manos libres.

—Desactivado.

—Las enfermeras harán turnos en el apartamento, si necesitas algo, avísame.

—Duncan, si me necesitas alguna vez, allí estaré. —dijo Joe con seriedad.

—Lo tendré presente. —respondió Duncan.

Joe colgó y se acercó a la cama, acarició la mejilla de Brenda y la besó.

—Se acabó, en cuanto estés mejor, nos vamos de vacaciones a donde sea. —dijo Joe.

Brenda agarró la mano de Joe y se la apretó, no quería que se separara de ella.

Brad tuvo que contenerse para no chillar, ver a Brenda dormida en esa camilla, le heló la sangre y Joe tuvo que llevárselo a la cocina para que no la despertara con sus lloros.

—Brad, tranquilízate, está bien, ya ha pasado todo, Brenda está bien.

—¿De verdad? ¿no me mientes? Cómo me mientas te corto el pene, te lo advierto.

—Yo mismo te daré las tijeras si te miento.

—¡Aaaayyy! Que desagradable, era un decir, solo de pensar en tijeras y pene, me dan ganas de desmayarme. —dijo Brad atusándose el bigote con nerviosismo.

—Brad, ¿te importa prepararme algo para comer? Con el traslado no me ha dado tiempo de comprar un bocadillo.

—¡Bocadilloooooo! ¡Un carajo! Eso son porquerías, ahora mismo te preparo un buen solomillo, con su ensalada y postre, como es debido.

Joe entró en el dormitorio y suspiró aliviado al ver que Brenda estaba despierta, parecía animada.

Joe bordeó la cama y se sentó en un sillón, cogió su mano y se la besó.

—Ya estás en casita.

—Hoy podremos dormir juntos. —dijo Brenda.

—No, estás muy débil y dolorida. Dormiré en el cuarto de invitados.

—La cama es muy grande. —protestó Brenda.

—No dormiré contigo hasta que estés mejor y no hay nada más que hablar.
—zanjó Joe con seriedad.

Brenda resopló fastidiada, tenía la esperanza de sentirlo esa noche junto a ella. La enfermera entró en el dormitorio, comprobó el goteo, y ajustó la medicación.

Fueron días duros para Brad y Joe, que pasaban gran parte del tiempo sentados en un sillón, velando a Brenda en silencio. Cuatro días más tarde, la enfermera se acercó a Joe para informarle.

—Señor Hill, hoy le retiraremos el gotero y probaremos a darle comida sólida, si la tolera bien, no será necesario que la señora tenga una enfermera las veinticuatro horas. No obstante, nos pasaremos todos los días para hacerle las curas pertinentes.

—¡Fantástico! Hable con Brad, él preparará lo que usted estipule que debe comer.

Joe se acercó al dormitorio y sonrió al ver a Brenda incorporada en la cama.

—Se acabó el suero, hoy comerás de verdad. —dijo Brenda sonriendo.

La enfermera regresó y comenzó a retirarle la vía del brazo, desinfectó el pequeño puntito rojo que le había quedado y le colocó una tirita circular, agarró el gotero y lo sacó de la habitación.

—¿Dormirás hoy conmigo?

—No.

—¡Jodeeeeer, que cabezón eres!

La enfermera regresó a la habitación y comenzó a recoger su equipo.

—Enfermera, ¿hay algún problema con que mi marido duerma conmigo?

—Ninguno, pero nada de relaciones hasta dentro de unas semanas.

Joe sintió un escalofrío, ¿cómo iba a tocarla estando ella así? Ni se le pasaba por la mente y ahora otra vez los dos juntos en la misma cama.

—Señora Clanion, ¿se encuentra usted con fuerzas para levantarse?

—Sí.

—En ese caso, le acompañaré a la ducha. —informó la enfermera.

Joe decidió que mejor les daba algo de intimidad y abandonó el dormitorio. Brad entró como una exhalación, retiró la ropa de cama y la tiró al suelo. Buscó sábanas y mantas limpias y comenzó a hacer la cama. Abrió la

ventana para que entrara el aire y siguió con la tarea. Joe agarró las llaves y se marchó, un poco de aire fresco en la cara le haría bien. Ya en la calle, su móvil empezó a sonar, lo sacó del bolsillo y contestó.

—¿Sí?

—Soy Adam, me he enterado de lo de Brenda. ¿Se encuentra bien?

—Sí.

—Solo quería decirles que no voy a realizar ninguna visita sorpresa, espero que se reponga pronto.

—Se lo diré. —contestó Joe con brusquedad y colgó.

Se acercó a un puesto de comida ambulante y se compró unos dulces, tenía ganas de comer algo de comida basura, Brad lo estaba matando con tanta comida sana.

—¿Y Joe?

—Niña, me vas a volver loco, menos mal que no lo quieres, que si llegas a quererlo... Se ha ido a dar una vuelta, por cierto, la enfermera se ha marchado, vendrá mañana sobre las diez para curarte y asearte.

—Me puedo asear sola.

—Eso díselo a Duncan, a mí me dejás en paz.

Brenda sonrió, acercó la bandeja con comida que le había llevado Brad y comenzó a probar las espinacas, el pollo y las patatas fritas. No era la mejor comida del mundo, pero a ella le supo a gloria.

Capítulo 28

Ya entrada la noche, Joe regresó al apartamento, Brad le había dejado la cena preparada. Caminó hasta el dormitorio y se quedó mirando a Brenda que estaba con el mando a distancia, cambiando canal tras canal en la televisión del dormitorio.

—¿Dónde estabas?

—En un prostíbulo, tengo mis necesidades. —contestó Joe con sarcasmo.

Brenda se cruzó de brazos y lo miró con ojos centelleantes, creía que a esas alturas, el paleta ya estaba domesticado, pero al parecer se equivocaba.

—Ahora te traigo la cena.

—Me gustaría cenar contigo en el salón, la enfermera me dijo que podía. —dijo Brenda con tono de súplica.

—Vale, pero luego no te quejes si te duele el vientre.

Joe abandonó el dormitorio, sacó un mantel de un mueble y comenzó a poner la mesa, encendió la televisión y sintonizó las noticias. Brenda se puso la bata y caminó hasta el salón, se sentó a la mesa y se quedó mirando la televisión. Joe puso a calentar la empanada de carne que había hecho Brad y siguió llevando cosas a la mesa.

—Si quieres te traigo un refresco.

—Quiero vino. —dijo Brenda mirándolo con malicia y viendo si colaba.

—No, refresco o agua.

—Refresco. —gruñó Brenda.

Se escuchó un clic en la cocina y Joe corrió para apagar el horno y sacar la empanada.

Durante la cena, ninguno de los dos quería tocar ningún tema espinoso, parecía como si se midieran el uno al otro, en cierto modo trataban de evitarse mutuamente.

—Ya has cenado, lávate los dientes y a la cama.

—Sí, papá. —respondió Brenda con burla.

—Te aprovechas porque estás convaleciente, si no te ibas a enterar.

—¡Uuuuyyy, qué miedo! —respondió Brenda mordiéndose el labio inferior.

—¡Bruja! —gruñó Joe que ya empezaba a recoger la mesa, ahora tocaba fregar los platos, pero en el fondo lo prefería a estar con ella. Estaba desconcertado, tenía la sensación de que lo quería, pero no lo admitía en ningún momento, seguía con esa maldita coraza o quizás simplemente no lo sentía y solo estaba pasando el tiempo hasta que terminara el año. Meneó la cabeza negativamente y siguió a lo suyo.

Después de fregar los platos, apagó las luces y se marchó a la cama, Brenda seguía viendo la televisión, pero al verlo la apagó y se giró para mirarlo.

Joe se quitó la camiseta y los pantalones, se sentó en la cama y se libró de los calcetines, se tumbó boca arriba y se tapó. Brenda se acurrucó a su lado, no pasaría otra noche sin abrazos.

De madrugada, Brenda se despertó, abrió los ojos y se quedó mirando a Joe que estaba dormido. Se apretó contra su pecho y levantó la cara para poder besar su barbilla. ¿Cómo se podía estar tan bien con alguien y no saber si lo amaba?

Noviembre

Brenda estaba nerviosa, Duncan les había reservado una cabaña en Aspen, era un complejo hotelero muy lujoso y a la vez íntimo. Joe no dejaba de quejarse, tenía frío, algo inusual en él.

—Puñetero Duncan, tenía que regalarte este viaje. No me gusta la nieve, es fría y te moja. —gruñó Joe.

Brenda conectó la calefacción de la cabaña, aunque llamar cabaña a esa casa era un decir, sus dimensiones superaban las de su apartamento, con un salón enorme, con chimenea, un baño, cocina estilo rústico y un dormitorio en una plataforma sobre el salón, desde el que se podía ver el cielo a través de una claraboya de cristal. Era viernes por la tarde y ya había anochecido, Brenda se había dado cuenta de que Joe estaba de mal humor y no entendía por qué.

Joe subió las escaleras de madera y se dejó caer en la cama, miró el cielo estrellado y suspiró. En diciembre se acabaría todo, ella seguía sin mostrar sus sentimientos, Adam les haría una prueba y en cuanto firmaran el acta del último requisito del testamento de Theodore... ella sería libre para divorciarse. No tenía claro si regresaría a Morgan, allí todos tenían su vida y vivir cerca de la mansión sería un recordatorio constante de lo que pudo ser y

no fue. Desaparecería del mapa para siempre.

Deshicieron las maletas y guardaron sus cosas en los armarios y mesitas, disponían de servicio de mayordomo, pero prefirieron hacerlo ellos mismos.

—¿Nos traen la cena o hay que salir?

—Lo que queramos, si estás cansado, llamo por teléfono y encargo la cena.

—Te lo agradecería, el avión me ha dejado estresado y me gustaría acostarme pronto.

—¿Estás bien Joe?

—Sí, simplemente no me apetecían estas vacaciones.

—Fuiste tú el que dijo que cuando estuviera bien, debía ir de vacaciones.

—Tal vez se me olvidó decir que fueras tú sola.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó Brenda con un nudo en la garganta.

—No, estoy de mal humor y esta puñetera cabaña es muy fría.

Brenda se quitó el jersey, se deshizo de los zapatos, desabrochó el botón de su pantalón y se lo quitó.

—Yo puedo hacerte entrar en calor. —susurró Brenda mientras se quitaba las bragas y las dejaba caer. Trepó por la cama y sus manos se apresuraron a liberar el objeto de su deseo. Joe tragó saliva, la deseaba demasiado como para negarse. Brenda se colocó a horcajadas sobre él, se quitó la camiseta y Joe no tardó en rodearla con sus brazos, atrayéndola hacia él, para que sus labios pudieran saborear sus pechos y arrancarle gemidos de placer. Brenda se movía con lentitud, disfrutando cada penetración, sintiéndose deseada y amada por el hombre perfecto. Se dejó caer sobre él y sus bocas se encontraron, no dejaron de besarse hasta que el clímax los consumió.

Después de una cena a base de alas de pollo, estilo Buffalo, ensalada de pasta y flor de bizcocho, los dos se dejaron caer en el mullido sillón y encendieron la televisión. Joe sintonizó un canal de música, Ricky Martin cantaba “Más”. Se levantó del sillón y tiró de Brenda, que chilló como una niña. Los dos empezaron a bailar, al menos con música el paleta regresaba y Brenda se divertía.

Se pasaron la noche bailando, hasta que el sueño venció a Brenda, la tomó en brazos y la llevó hasta la cama. Los dos se acurrucaron bajo las sábanas, Joe acariciaba su pelo y miraba distraídamente las estrellas, ¿cómo podría vivir sin ella?

—¿En serio? No me voy a poner este traje tan afeminado, me niego, esquía

tú, yo paso de nieve.

—No seas idiota, solo es un traje de esquí.

Joe agarró el traje y se desvistió, cuando empezó a cerrar las cremalleras, su cuerpo quedó increíblemente definido.

—Te lo dije, parece que voy en pelotas.

Brenda se mordió el labio, contuvo las ganas de arrojarle sobre él y hacerlo gritar de placer.

—¡Vamos! Tengo ganas de ver cómo te mueves en la nieve.

—No sé esquiar, de manera que pasaré más tiempo en el suelo que esquiando.

Brenda ayudó a Joe para ajustarse los esquís, que de mala gana empezó a moverse, ayudado por los bastones, mirando de un lado a otro por si venía alguien. No entendía por qué a los ricos le gustaba tanto ese deporte, ¡maldita bruja!

Brenda pasó por su lado, se impulsó con los bastones y se dirigió hacia la pista. Joe la siguió, pero se detuvo.

Brenda estaba disfrutando, la sensación de velocidad y descontrol era muy divertido, no tardó en llegar abajo, se giró sobre los esquís y se quedó mirando hacia arriba. Joe se deslizaba como un auténtico profesional, para no haber esquiado nunca, tomaba los giros a gran velocidad y con decisión, la gente se lo quedaba mirando. Cuando Joe pasó junto a ella, Brenda comprendió lo que pasaba.

—¡Qué me matooooooooo! ¿Cómo se para estooooo?

Joe acabó estampándose contra un montón de nieve, que por suerte, no estaba compactada.

Brenda se deshizo de los esquís y corrió por la nieve. ¡Que se me ha matado el paleta!

—¿Estás bien?

Joe escupió la nieve que llenaba su boca, y miró a Brenda, ceñudo y con ojos centelleantes.

—No pienso esquiar más.

Brenda soltó una carcajada y al final acabó contagiando a Joe.

Por la tarde, los dos pasearon por la ciudad, Brenda entró en una joyería, atraída por unos diseños impactantes. Joe se sentó en una silla y resopló, era la tercera tienda que visitaban y cargaba con cuatro bolsas.

—¡Joe, ven!

De mala gana, dejó las bolsas junto a la silla y se acercó.

—¿Qué te parece este colgante de plata?

Joe se quedó mirándolo, reconocía ese diseño, era el mismo que llevaba una niña que conoció en su niñez.

—No entiendo de joyas, a mí pregúntame de chapuzas y cosas así.

—¡Vale! Puedes sentarte y descansar el cerebro.

—¡Tu madre!

—¿Qué has dicho?

—Que me apetece comer hojaldre. —respondió Joe sorprendido por lo fino que tenía el oído, la muy bruja.

Brenda lo miró con los ojos entrecerrados, juraría que no era eso lo que había escuchado. Se giró y siguió mirando otros colgantes y pendientes.

Una hora más tarde, los dos seguían paseando por las calles, Joe tenía hambre y se acercó a un Burger, dejó a Brenda con las bolsas y compró unas hamburguesas, patatas, aros de cebolla, refrescos, esa bolsa no le importaba cargarla. Regresaron a la cabaña y mientras ella revisaba sus compras, Joe empezó a comer patatas.

—¿No piensas esperarme? —gruñó Brenda.

—No, tengo hambre, tú sigue mirando tu ropita y tus tonterías, yo como.

—Eres un maleducado.

—Y tú una bruja, ¡déjame en paz!

—Idiota.

—Paso de ti.

Brenda no era muy de hamburguesas, pero aquellas olían de maravilla, dejó sus compras y se sentó junto a Joe, le quitó las patatas y las devoró.

—¡Están buenísimas!

—Dímelo a mí, Brad me tiene loco con tanta comida rara. Al final acabo en la calle comiendo perritos calientes, hamburguesas y pizzas.

—Hablaré con él, a mí también me empieza a cargar tanta dieta.

—Sabes, Duncan es muy protector con vosotros, eso me recuerda a mi gente en Morgan.

—Es un encanto, pero ha sufrido mucho y me temo que acabará solo.

—Es un poco raro, siempre habla bajito y parece más frío que el hielo.

—Apariencias. Es muy divertido cuando quiere, pero no suele abrirse a los demás.

—Parece buen tipo, raro, pero buen tipo.

—Lo es, deja que lo conozcas mejor y verás.

Joe dio un mordisco a su hamburguesa, ¿tendría tiempo para conocerlo? Diciembre estaba a la vuelta de la esquina, Adam había marcado el día veinte de ese mes como el día en que la condición de estar casados prescribiría. Ese día, les haría una serie de preguntas y después ellos se divorciarían, Joe agarraría su cheque y regresaría a Morgan para reconstruir su cabaña y Brenda seguiría con sus negocios.

—¿En qué piensas? —preguntó Brenda.

—Nada importante. —contestó Joe y siguió comiendo.

—Esta noche, después de cenar me gustaría ir al baile.

—Vale, al menos la música me hará olvidar lo aburrido que es estar aquí.

—Si te portas bien, luego haré que te diviertas.

Joe la miró y siguió comiendo. La diferencia entre ellos era que para él no era solo sexo y eso lo estaba matando, no entendía como ella podía ser tan fría.

El baile era informal, Joe se puso unos vaqueros negros y una camisa blanca, Brenda un vestido gris de fiesta, con el que lucía los complementos que se había comprado esa mañana, estaba radiante. Se enfundaron en sus abrigos y caminaron por el sendero de madera que llevaba hasta el complejo principal, donde se celebraría el baile.

Brenda no entendía como Joe podía tener esa pasión con la música, era escuchar una canción y ya estaba moviendo los pies. Tiró de ella hacia la pista y bailaron al son de una balada de Celine Dion. Joe la miraba mientras bailaba, era simplemente perfecta y el dolor que sentía al saber que pronto la perdería era insoportable. Se abrazó a ella, como si temiera que pudiera desaparecer en cualquier momento y la besó en el cuello. Ella estaba inquieta, todo su cuerpo reclamaba las caricias de él, pero su mente analítica seguía sin darle tregua, necesitaba saber que estaba enamorada, le gustaba Joe, eso estaba claro, pero ¿lo suficiente para estar casada y compartir sus vidas?

El domingo por la mañana, Brenda pidió que un mayordomo preparara sus maletas mientras ellos desayunaban en la cafetería del complejo. Joe devoró varios cruasanes de chocolate, Brenda se limitó a su acostumbrada tostada con mermelada y mantequilla.

—¿Qué te pasa?

—Otra vez tenemos que tomar un avión y estoy asustado.

—No va a pasar nada, puedes ver una película y luego tomarte alguna copa.

—dijo Brenda sonriendo, lo había pasado muy bien allí, pero echaba de menos su rutina diaria y la intimidad de su apartamento.

Día 18 de diciembre

Brenda se pasó la tarde hablando por videoconferencia, y Joe se marchó a pasear. Hacía días que no se tomaba su trabajo en serio, total, en unos días ya no trabajaría allí. Caminó por las calles nevadas, aquella navidad sería la peor de su vida, encontrar una mujer a la que amaba de verdad, unos padres que lo trataban como a un hijo... para luego volver a quedarse solo.

Entró en un motel y subió a su habitación, con anterioridad había llevado allí sus cosas. No pasaría los últimos días con ella, mejor acostumbrarse a estar solo, pero aún no se lo había dicho. Sacó el móvil y pulsó en el icono de mensajes, era algo cobarde hacer eso, pero en esos momentos, toda su hombría le había abandonado.

—Hola Brenda. He decidido pasar solo estos últimos días, el día veinte nos veremos en el despacho de Adam.

El móvil no tardó en emitir un pitido, Brenda había contestado.

—No, vete al apartamento, luego hablamos.

—Lo siento, quiero estar solo. —escribió Joe.

—Está bien. —contestó Brenda y dejó el móvil sobre su escritorio. Se llevó las manos a la cara y contuvo las ganas de llorar. Te lo tienes bien merecido por idiota, eres capaz de dirigir una compañía y no sabes diferenciar amor de amistad. ¿Cómo puedes ser tan estúpida? Él se merece una mujer que lo ame, él es el mejor hombre que has conocido en tu vida y vas a dejar que se marche por no ser capaz de arriesgarte.

Por la noche, Brenda se quedó mirando el techo del dormitorio, sentía el deseo de llamar a Joe, decirle que regresara, pero con eso no bastaba y lo sabía. Cerró los ojos y dejó que las lágrimas acariciaran su cara, estaba segura de que si no era capaz de amar a Joe, no podría amar a nadie porque nadie podría superar lo que él le hacía sentir.

Joe apuró la botella de Whisky y la dejó sobre la mesita, apagó la luz y trató de dormir. Lo había decidido, visitaría a Jensen y se marcharía de Morgan para siempre, vendería sus tierras y empezaría de nuevo, lejos de allí, donde nada le recordara a ella.

Día 19 de diciembre

Brenda llamó a Abie y le informó de que no iría a trabajar durante unos días, le pidió que le pasara los asuntos más urgentes por correo y colgó el

teléfono. Se levantó de la cama y caminó hasta la mesita, sacó su chequera y extendió un talón por quinientos mil dólares. Nunca firmar un cheque había sido tan doloroso, renunciaría a todo por estar junto a él, pero seguía sintiendo esa duda que la dominaba y la llenaba de inseguridad. Le aterraba decirle a Joe que lo amaba y que con el tiempo se diera cuenta de que no era así, no quería hacerle daño.

Brad entró en el dormitorio y suspiró al ver a su niña tan triste.

—Niña, te vas a enfermar, deja ya de pensar.

—No puedo evitarlo Brad, no quiero que se vaya Joe, pero no estoy segura de si lo quiero o no.

—No te entiendo, se nota que os gustáis, ¿por qué te complicas la vida?

Brenda bajó la vista y se recostó en el sillón, Joe le importaba demasiado y no estaría con él si no estaba segura. Él merecía ser feliz, con una mujer que lo amara de verdad, no una que estuviera cómoda con él.

Joe se pasó el día acostado en la cama, tomó alguna cerveza de más y trató de aclarar sus ideas. Al día siguiente, se acabaría todo y no estaba preparado para alejarse de ella, aunque lo haría. Si en un año no había sido capaz de enamorarse de él... estaba claro que ella no sentía nada, se había divertido con él, no era más que un negocio que le había salido bien a la ejecutiva millonaria.

Día 20 de diciembre

Brenda estaba sentada en la sala de espera del despacho de Adam, que en esos momentos estaba atendiendo a otro cliente. Joe entró en la sala y se quedó mirando a Brenda, tenía ojeras y a pesar de llevar un traje, parecía tener un aspecto descuidado.

—Hola Joe.

—Brenda. —respondió Joe sentándose a su lado.

—Estoy pensando... podrías trabajar para mí, se te da muy bien ser ejecutivo comercial.

—Creo que deberíamos hablar de esto en otro sitio, ¿no crees? —respondió Joe con frialdad.

Brenda intentó descifrar lo que sus ojos mostraban, no era ira, tampoco odio, era algo peor, no tenían vida.

Adam abrió la puerta del despacho y se despidió de su cliente, miró a Brenda y a Joe con seriedad, no le agradaba ser el malo de aquella película.

Brenda se levantó del asiento y Adam le hizo una señal para indicarle que

permaneciera sentada.

—La prueba es para Joe, no es necesario que entres Brenda.

Joe se levantó y siguió a Adam hasta el interior. Adam cerró la puerta y caminó hasta un pequeño mueble bar, sirvió un vaso de Whisky y miró a Joe.

—¿Un Whisky?

—No. —respondió Joe con brusquedad.

Adam agarró su vaso y se acercó a su escritorio, se sentó en su sillón de cuero negro y dio un trago.

—Iré al grano, sé que lo vuestro es un matrimonio de conveniencia.

—¿Entonces qué hago aquí?

—Me pareces un buen hombre y antes de tomar una decisión que arruine la vida de Brenda, quiero estar seguro. Quiero que me hables de Brenda.

—Es una auténtica bruja, está obsesionada con los negocios, pero también es la mujer... —Joe se llevó las manos a la cara para ocultar que se estaba emocionando al pensar que la había perdido—. Adam, no sé qué siente ella por mí, no estoy en su cabeza, pero te juro por mi vida, que la amo. Me enamoré de ella el mismo día que la conocí, y desde entonces no sé qué sería de mí sin ella. Puedes creerme o no, no voy a rogarte, no es mi fortuna la que está en juego. —dijo Joe levantándose de la silla.

—Joe, espera fuera un momento, por favor. —pidió Adam.

Joe asintió con la cabeza y abandonó el despacho, pero no se sentó junto a Brenda, se quedó de pie, mirando a través de una ventana.

Adam se acarició la mejilla derecha, estaba nervioso, no era idiota, estaba claro que todo había sido un montaje, pero Brenda miraba a Joe como una mujer enamorada y estaba totalmente seguro de que él decía la verdad. Había tratado con todo tipo de hombres sin escrúpulos, él era diferente, era honrado y sincero.

Brenda no podía dejar de mirar a Joe, estaba tan distante, tan frío... Tenía que conseguir que se quedara, ganar más tiempo, tal vez así se aclarara.

Adam salió del despacho y se quedó mirando a Brenda con una sonrisa en los labios.

—Felicidades Brenda, considero cumplidas las condiciones que impuso tu abuelo. A partir de este momento, lo que ocurra entre vosotros no es de mi incumbencia. Aquí tienes el documento que da validez y conformidad al testamento.

Brenda cogió el documento, de repente ya no le importaba el dinero, ni la

compañía, estaba aterrorizada porque temía lo que pasaría a continuación.

Capítulo 29

Brenda y Joe subieron a la limusina, tenían que hablar y ella estaba de los nervios, aunque lo ocultaba bajo una fingida frialdad.

—Joe, quiero que te quedes, si no es por mí, hazlo por tu futuro. Eres un gran comercial y podrías llegar lejos.

—¿Qué sientes por mí? —preguntó Joe sin dejar de mirar por la ventanilla del vehículo.

—Joe, yo... no lo sé, te tengo mucho cariño y me gusta estar contigo.

—Te lo pondré más fácil. ¿Me quieres, sí o no?

—No lo sé. —respondió Brenda con voz titubeante.

—Eso es un no, tengo mis cosas en una habitación de motel, me marcho hoy mismo a Morgan, enviaré a Abie una dirección donde podrás mandarme los papeles del divorcio.

—Joe, por favor... dame más tiempo.

—Has tenido un año. —respondió Joe con frialdad.

—¿Es tu última palabra?

—Sí.

Brenda abrió su bolso y sacó el cheque, se lo alargó y este lo cogió sorprendido, ni se acordaba ya de eso.

—No necesito el dinero. —protestó Joe que se sentía sucio.

—Es tuyo, yo cumplo mi palabra.

Joe cogió el cheque, lo guardó en un bolsillo del traje y miró a Brenda con ojos vacíos.

—Dile a tu chófer que pare.

Brenda pulsó el botón del intercomunicador.

—John, detén el vehículo.

La limusina se detuvo junto a la acera y Brenda miró a Joe.

—Podemos intentarlo, aún no es tarde. —suplicó Brenda.

—Es inútil Brenda, te amo y eso no va a cambiar, pero no puedo obligarte a amarme. Te deseo lo mejor y ojalá encuentres un hombre que te haga feliz,

porque te lo mereces y él se llevará una auténtica joya. Adiós Brenda.

—Adiós Joe.

Joe salió de la limusina y se alejó calle abajo. Brenda pulsó el intercomunicador una vez más.

—John, llévame a casa.

Las lágrimas brotaron y todos los sentimientos ocultos vieron la luz, ahora sabía lo que se sentía al estar muerta en vida.

Joe tomó un taxi hasta el motel y preparó la maleta, tenía ganas de coger ese maldito avión y largarse de Washington, aunque regresar a Morgan y despedirse de Jensen, no sería fácil.

Brenda cayó en los brazos de Brad nada más llegar, el pobre tuvo que agarrarla con fuerza para evitar que acabara en el suelo.

—Se ha marchado, no ha querido escucharme.

—Tranquila mi niña, si ese hombre es para ti, el destino lo traerá de vuelta. Vamos a la camita, te haré una infusión y a dormir un poquito.

Brenda se dejó caer en la cama, cogió la almohada de Joe y se abrazó a ella, aún olía a él, no podía dejar de llorar. Si eso no era amor, ¿qué podría ser? Maldita mente analítica que anulaba lo que le decía su corazón, acababa de perder al hombre de su vida y ya no le importaba nada, ni la compañía, ni la fortuna, lo cambiaría todo por estar con Joe, pero él no la aceptaría mientras no fuera capaz de decirle a la cara que lo amaba.

Joe se sentó en asiento de clase turista y suspiró, no echaba de menos los lujos, eso nunca le impresionó, echaría de menos tenerla cerca, sus peleas ridículas, sus encuentros íntimos... ¡Maldita Brenda!, pensó.

Brenda se pasó la noche llorando, abrazada a la almohada de Joe, no podía dejar de pensar en él, ¿por qué no pudo decirle que lo amaba? ¿por qué tanto miedo? El tiempo que había pasado con él, era sin duda el más especial de toda su vida, había algo en él que le resultaba familiar, pero no sabía qué era.

Joe se quedó dormido en su asiento, se tapó con una manta y en sueños la buscaba. Una turbulencia lo despertó y tuvo que contenerse para no agarrar la mano a la mujer que estaba sentada junto a él. Sería duro estar sin ella, la mujer de su vida.

Por la mañana, Brenda llamó al vicepresidente de la compañía y le ordenó que se hiciera cargo hasta que ella regresara. No podía concentrarse en nada y menos en los negocios, ese mundo, de repente ya no le interesaba lo más mínimo. Se levantó de la cama y pidió a Brad que le preparara la maleta,

había pensado irse unos días con sus padres, tal vez eso la distrajera un poco.

—Mi niña, por mucho miedo que tengas a equivocarte... sé que lo quieres y estás cometiendo un error al dejarlo escapar. —dijo Brad tratando de ser delicado.

—Ahora mismo no puedo pensar, Brad. Necesito alejarme del apartamento.

—Piensa, pero recuerda que hay muchas lagartas ahí fuera y todas querrán comerse a tu Joe porque está más bueno que un bombón de chocolate.

Brenda lo miró con tristeza y caminó hasta la terraza, necesitaba tomar el aire.

Joe se bajó del tren, después del viaje en avión, no le apetecía nada viajar en autobús. Mandó un mensaje a Jensen para que le acercara la camioneta, pero lo que no se esperaba era ver a Lucy y a Dalia.

—¡Joe! —gritó Dalia corriendo hacia él y saltando a sus brazos.

—¿Cómo está mi chica?

—Muy bien, Joe... hueles muy bien ¿te has duchado?

Joe soltó una carcajada y la besó en la mejilla, pero no la soltó, quería mucho a esa niña. Lucy se acercó y le dio un beso en la cara y Joe se puso rojo, seguía sin acostumbrarse a las muestras de cariño. Jensen esperó a que Joe soltara a Dalia para darle un fuerte abrazo.

—No puedo creer que después de un año, mi amigo el imbécil, bruto y paleta esté otra vez en Morgan.

—Pues aquí me tienes, dispuesto a machacarte esa cara de niño bonito. —gruñó Joe.

Los dos hombres agarraron las maletas y las soltaron en la camioneta de Jensen. Lucy y Dalia ocuparon el asiento trasero para que ellos dos pudieran hablar de sus cosas.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Jensen.

—Voy a reservar una habitación en un motel y luego ya veremos.

—¡Un carajo! Te vienes a nuestra casa, tenemos una habitación de invitados sin estrenar. Por cierto, puedes negarte, pero no te lo aconsejo, Lucy y Dalia pueden ser muy vengativas.

Joe miró a las chicas y estas le lanzaron una mirada desafiante y maliciosa.

—¡Vaya tela! ¡Bueno, vale!, peor para vosotros. —dijo Joe sonriendo.

Jensen aparcó la furgoneta frente a la casa, dejó que Lucy y Dalia se perdieran en el interior y agarró del brazo a Joe.

—No me engañas, estás destrozado y no te voy a permitir que me ocultes lo

que ha pasado. —gruñó Jensen.

—Aquí no, Jensen.

Jensen asintió con la cabeza y juntos agarraron el equipaje y lo llevaron a la habitación de invitados. Lucy estaba muy contenta por tener a Joe en casa y Dalia se pasó el día subida a su regazo, contándole todo lo que hacía en el colegio, los amigos que tenía y como se había vengado de un niño que siempre la estaba fastidiando. Joe no dejó de reírse, su familia favorita era el mejor medicamento contra la tristeza que consumía su alma.

Después de cenar, Jensen pidió a Lucy que acostara a Dalia y que los dejara solos. Ella lo miró preocupada, también había notado que Joe estaba muy apagado, aunque intentara ocultarlo.

Jensen agarró unas cervezas y tiró de Joe hasta el jardín, se sentaron en el balancín y abrieron sus cervezas.

—Dispara, quiero saberlo todo.

—Mi matrimonio fue de conveniencia, me casé a cambio de un jugoso cheque con el que podría reconstruir mi cabaña.

—¡Joder Joe! Me sorprendes.

—Eso no es lo peor, me he enamorado hasta las entrañas y ella no me quiere. —respondió Joe dando un sorbo a su cerveza.

—Ahora sí que me has sorprendido de verdad, ¿tú enamorado?

—La bruja de Morgan me ha vuelto loco, no puedo dejar de pensar en ella, pero bueno... no hay nada que hacer, ella solo es capaz de amar a sus negocios.

—Lo siento Joe, si alguien merece ser feliz, ese eres tú, eres la persona más noble, amable y servicial que conozco.

Joe abrazó a Jensen y sacó morritos.

—¡Admítelo! Estás loco por abandonar a Lucy y liarle conmigo.

Jensen lo agarró para quitárselo de encima y los dos acabaron en el suelo.

—¡Joder! ¿Tanto me deseas? —preguntó Joe divertido.

—¡Calla idiota! No hay quién pueda contigo. —gruñó Jensen riendo.

Brenda estaba sentada en la cama de su antiguo dormitorio, recordando las noches que pasaron juntos, todo le recordaba a él. Abie entró y se sentó junto a ella. Cuando Brenda le contó que ya no estaba con Joe, sus padres se quedaron sin palabras.

—¿Estás segura de que se ha terminado? —preguntó Abie con tristeza.

—Sí, él esperaba que le dijera que lo quería, pero no pude. —confesó

Brenda entre lágrimas.

Abie la abrazó y la besó en la cabeza. Su padre, que subía dispuesto a acostarse, con un vaso de agua en la mano, se quedó parado junto a la puerta.

—Pasa papá, hay algo que debéis saber.

Adrian sintió un escalofrío, ver a su hija llorar y con secretitos, no le hacía ninguna gracia.

—El abuelo me impuso dos condiciones para poder heredar, la primera era restaurar su mansión en Morgan y la segunda casarme y permanecer casada durante un año.

—y tú te casaste con Joe por interés. —respondió Adrian sin pestañear.

—Papá, tenía miedo de perder la compañía, de no poder cuidaros, pagar tu tratamiento y que todas esas familias se quedaran sin nada.

Adrian se sentó junto a su hija y la miró con dulzura.

—Lo sé, no me agrada lo que has hecho, pero al menos elegiste a un hombre digno para hacerlo. —dio unas palmadas en la pierna de su hija, se levantó y se marchó.

—Mamá, ¿cómo sabe una que está enamorada?

—Cariño, no hay una fórmula mágica, pero te aseguro que tarde o temprano te darás cuenta de que estás enamorada de Joe, porque los demás ya lo sabemos.

Abie le dio otro beso y se marchó a su dormitorio, dejando a Brenda aún más confundida. El móvil empezó a sonar y lo cogió nerviosa, ¿sería Joe? ¿Querría volver con ella? Era Duncan.

—¿Cómo estás?

—Mal.

—¿Sigues sin saber si lo amas?

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Brad.

—Cuando lo pille, lo voy a matar. —gruñó Brenda.

—Eso es, castiga a alguien que te quiere y se muere de preocupación. ¿Te gustaría aclarar lo que sientes de una vez por todas?

—Ya quisiera yo, pero no es tan fácil.

—En realidad sí lo es, mañana por la mañana te recogerá mi chófer. —dijo Duncan y colgó, dejando a Brenda sin opción de réplica.

Por la mañana, Brenda se despidió de sus padres y subió a la limusina. El chófer no abrió la boca en todo el camino, circuló a baja velocidad y tomó una

carretera secundaria, desde allí se dirigió a un polígono industrial. Entró en una antigua fábrica de muebles y dos hombres trajeteados, cerraron la puerta en cuanto pasaron.

Brenda bajó de la limusina y gruñó, no se habría puesto un vestido y tacones de saber que iba a tener que andar por una fábrica ruinoso, con el suelo lleno de agujeros. Duncan la observó con frialdad, como de costumbre, sus ojos no mostraban ninguna emoción.

—¿Se puede saber para qué me has traído aquí?

—Para aclararte tus ideas, te garantizo que cuando salgas de aquí, sabrás si amabas o no a Joe.

—Seguro que sí. —replicó Brenda con sarcasmo.

Duncan hizo una señal con la mano y una furgoneta negra, con los cristales tintados, apareció de la nada.

Dos hombres bajaron de ella, abrieron el portón trasero y sacaron a un tipo alto y fornido, tenía la cabeza tapada con una capucha. Brenda tembló, reconocía la ropa, incluso el reloj de pulsera, pero... no podía ser Joe.

—Sé lo que te estás preguntando, es Joe. Mis hombres lo secuestraron cuando se dirigía a Morgan.

—¿Pero tú estás loco? ¡Suéltalo ahora mismo!

—No, ya sabes que tengo mi lado oscuro y hay cosas que siempre te he ocultado.

Uno de los hombres sacó una pistola y apuntó a Joe en el pecho. Brenda intentó correr hacia él, pero Duncan la agarró.

—¡Estás loco! ¡Suéltalo! —gritó Brenda enloquecida.

—Lo soltaré cuando admitas que lo amas o que no lo amas. —contestó Duncan con frialdad.

—No lo sé, te lo juro. ¡No lo sé!

—Bien, entonces lo siento por Joe. —Duncan hizo una señal al tipo de la pistola y este disparó tres veces al pecho de Joe, que cayó al suelo desplomado.

Brenda mordió la mano de Duncan y este se limitó a soltarla. Corrió hasta Joe entre lágrimas y se abrazó a él.

—¡No, Joe, no! Lo siento, yo no quería que esto acabara así, te quiero Joe, te quiero con toda mi alma. —confesó Brenda entre sollozos y lágrimas, sintiendo como la vida dejaba de tener sentido al saber que él ya no regresaría junto a ella.

Duncan aplaudió y Brenda clavó los ojos en él, estaba fuera de sí, corrió hacia él y golpeó su pecho con furia. Él no se defendió, dejó que le pegara hasta que se quedó sin fuerzas.

Duncan la agarró y la obligó a mirar el cadáver de Joe.

—¡Chicos, se acabó la farsa! —dijo Duncan con frialdad.

Los dos tipos de la furgoneta ayudaron a levantarse a Joe, lo desataron y le quitaron la capucha.

—Ese no es Joe... —dijo Brenda aturdida.

—Por supuesto que no lo es, no soy un asesino, son actores. ¡Puñetera loca! He tenido que fingir la muerte de tu amado para que consigas admitir que le quieres.

Brenda estaba rabiosa, pero al mismo tiempo la felicidad regresó a su corazón, Joe estaba vivo y ahora estaba segura de que lo amaba.

—Bien, idiota, mi chófer te llevará a donde quieras, te sugiero que vayas a Morgan y arregles las cosas con Joe antes de que sea tarde.

Brenda le dio un guantazo, luego un beso en la mejilla y salió corriendo hacia la limusina.

Duncan sacó el móvil y llamó a Adrian.

—Sí, ya le he aclarado las ideas, no quieras saber cómo, por cierto, Brenda se marcha a Morgan.

Capítulo 30

Duncan caminó hacia el helicóptero, abrió la portezuela y ocupó el asiento del copiloto, aunque sabía pilotar, rara vez lo hacía, prefería los aviones de combate. Sacó un pequeño portátil de debajo del asiento e introdujo un código, en cuestión de segundos, una serie de pantallas se abrieron y cerraron y apareció un mapa de Estados Unidos, introdujo el número de teléfono móvil de Joe y no tardó en localizarlo.

—Vamos a Morgan, te daré más indicaciones cuando nos acerquemos. Lo siento prima, pero lo has jodido un año, ahora le toca a él hacerte sufrir un poco.

Joe estaba sentado en el porche delantero de la casa de Jensen, miró el reloj, las dos de la tarde, no había almorzado, estaba sin ganas de nada. Escuchó el sonido de unas hélices y miró al cielo, un helicóptero se veía a lo lejos. Jensen salió fuera y se quedó mirando la aeronave.

—Ese idiota... juraría que está descendiendo. —dijo Jensen confundido.

—¿No irá a estrellarse? —preguntó Joe asustado.

—No, su movimiento es calculado, viene hacia aquí.

El helicóptero se detuvo en el aire, por encima de la calle, justo a la altura de la casa de Jensen. Lentamente, descendió hasta quedar posado en mitad de la calle, que en esos momentos estaba desierta. Un tipo rubio, bajó del helicóptero, se quitó las gafas de sol y las guardó en el bolsillo de su chaqueta.

Joe se quedó mirándolo sin comprender, era Duncan, ¿le habría pasado algo a Brenda? Se levantó de los escalones y corrió hacia él.

—¿Qué haces aquí? ¿Le ha pasado algo a Brenda?

—Brenda está perfectamente, en estos momentos debe estar tomando un avión hacia aquí. —contestó Duncan con tranquilidad.

—Pero... ¿por qué?

—Joe, digamos que le he aclarado las ideas con respecto a ti, si quieres conseguir que ella te ame de verdad, ven conmigo.

Joe se rascó la cabeza y miró a Jensen, caminó hasta él y se le quedó mirando.

—¡Vete, estúpido! Yo ya tengo mi familia, ahora te toca a ti crear la tuya, pero no olvides que aquí nos tienes, ahora y siempre.

Joe se abrazó a su amigo, le acarició el pelo y corrió hacia el helicóptero. Saltó al interior y se sentó en el asiento trasero. Duncan lo acompañó, sentándose junto a él, le ajustó el cinturón y cerró la portezuela.

El helicóptero alzó el vuelo y no tardó en perderse en el cielo azul.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Joe con los ojos casi cerrados.

—¿Te encuentras bien?

—Me da miedo volar. —confesó Joe.

—Regresamos a Washington.

—¿Pero Brenda viene hacia aquí?

—Sí, quiero que se vuelva loca buscándote, eso hará que sus ideas se aclaren aún más. Mira Joe, me caes bien, respeto a la gente sincera, y no me parece bien como se ha comportado mi prima contigo, merece una lección.

—Joe asintió, estaba de acuerdo, la amaba hasta la locura, pero le había hecho sufrir demasiado con sus dudas.

—¿Cómo conseguiste aclararle las ideas? —preguntó Joe.

—No quieras saberlo. —respondió Duncan colocándose las gafas de sol y apretando los labios.

Brenda resoplaba con fastidio, el avión salía con retraso, llamó a Adele para que preparara su habitación. Se moría de ganas de reencontrarse con Joe y declararle su recién descubierto amor. Se recostó en el asiento y se tomó una pastilla para dormir, necesitaba no pensar y el viaje era largo, demasiado largo, teniendo en cuenta la ansiedad que sentía.

Duncan y Joe bajaron del helicóptero y caminaron hasta el jet privado, subieron las escaleras y una azafata accionó el mecanismo de cierre de la puerta.

—¡Joder con tanto volar! —gruñó Joe que se sentó en uno de los sillones y se ajustó el cinturón.

Duncan se sentó en el asiento de enfrente y lo miró divertido.

—Cuando llegemos a Washington tendremos que tomar otro helicóptero hasta mi apartamento.

—¿No podemos tomar un taxi?

—No, volar es más rápido.

Joe gruñó, tenía todo el vello del cuerpo de punta y Duncan no era una persona que lo tranquilizase con ese aire frío y misterioso.

Al día siguiente, Brenda habló con Adele, estaba ansiosa, le pidió todos los números de teléfono de los conocidos de Joe y la pobre mujer se apresuró a reunirlos.

Llamó a Bill, pero no sabía nada de él, llamó a varios de los obreros, su amigo del bar marcó todos y cada uno de los teléfonos que Adele le proporcionó, pero nadie sabía nada de él, era como si se lo hubiera tragado la tierra. Salió de su despacho y se quedó parada en mitad del pasillo, miró la antigua habitación de Joe y la nostalgia le obligó a abrir la puerta y a entrar. Todo estaba tal y como lo recordaba, se sentó al borde de la cama y suspiró. Tenía miedo de perderlo, ¿podría enamorarse de otra? Estaba en su derecho, pero no lo soportaría.

Bajó la vista y vio las dos cajas metálicas de Joe, con todo el ajetreo, olvidó mandarlas a Washington. Se levantó de la cama y se sentó en el suelo, junto a ellas. Abrió una de las cajas y curioseó un poco, encontró una pequeña cajita de madera tallada, en la que no había reparado la primera vez que las abrió. Tiró del pequeño anclaje y levantó la tapa con cuidado, no podía creer lo que contenía.

Joe se levantó de la cama, se vistió y salió fuera del cuarto de invitados de Duncan. Un mayordomo se acercó a él y lo miró con seriedad.

—¿Qué desea desayunar el señor?

—Un café. ¿Y Duncan?

—El señor Clanion se ha marchado a la oficina, se reunirá con usted a las dos de la tarde. Si me permite el señor, creo que unos huevos y bacon serían un buen complemento para ese café.

—Gracias.

El mayordomo asintió con la cabeza y se alejó en dirección a la cocina. Un tipo alto estaba plantado en el centro del salón, miraba a Joe con frialdad, parecía traspasarle con la mirada.

—No me gusta que me miren. —gruñó Joe.

—Disculpe, el señor Clanion me ordenó que lo acompañara en todo momento, si lo prefiere, puedo irme a la sala de estar.

—Me da igual dónde te quedes o te vayas, solo... procura no mirarme.

—Por supuesto, señor.

Joe meneó la cabeza negativamente, parecía que estuviera en la guarida de

un mafioso, tanta vigilancia, ¿qué temía Duncan?

Brenda sacó de la cajita el medallón, era una estrella de cristal, engarzada en un broche que colgaba de una cadenita de oro. Leyó la inscripción, “Brenda Clanion”, pero... ¿por qué tenía Joe su colgante? No podía entenderlo, dejó la cajita dentro de la caja de metal y la cerró, abandonó el dormitorio y caminó hasta las escaleras, necesitaba tomar el aire.

Joe entró en el balcón y se apoyó en la barandilla, hacía bastante frío, pero al menos, allí fuera se sentía en paz. Su móvil empezó a sonar, lo sacó del bolsillo de su pantalón y miró la pantalla, era Brenda, no dejaba de llamarle y le dolía evitarla y más ahora que sabía que por fin admitía que lo quería. Mandó el número de teléfono de Brenda a la lista de rechazados y guardó el móvil, aquello no le resultaría nada fácil, se moría por estar con ella. ¿Sería posible que una mujer tan especial fuera capaz de amarle?

Brenda entró en la cocina, fuera hacía mucho frío y estaba congelada. Adele preparaba un asado mientras canturreaba una vieja canción sureña.

—Adele, ¿conoces a un tal Jensen?

—Claro, es el mejor amigo de Joe y toda una celebridad en Morgan, pero no tengo su teléfono.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

—Creo que sí, luego llamo a una amiga que conoce a su familia.

Brenda se frotó las manos y una idea cruzó su mente, la cabaña. Salió corriendo, subió al coche de Adele y aceleró, su corazón latía con fuerza, recordó que Joe vivía en una tienda de campaña después de que su cabaña ardiera, ¿cómo pudo no haber caído en eso? Recorrió el camino de tierra que se le hizo más largo que el campo de fútbol de Oliver y Benji. Detuvo el coche en seco y se bajó corriendo, allí estaba la tienda de campaña. Abrió la cremallera y pegó un chillido cuando una zarigüella salió corriendo entre sus piernas.

Miró en el interior de la tienda y suspiró con tristeza, allí no había estado nadie en muchos meses. Caminó hasta el coche, sumida en la tristeza, y fue en ese momento cuando recordó un secreto que se ocultaba en su colgante perdido.

Capítulo 31

—Lo de estar solos, viene de familia por lo que parece ¿no? —dijo Joe con malicia.

—No me gusta estar atado a nadie, además, salvo por mi dinero, no imagino que podría ver una mujer en mí. —contestó Duncan cortando un trozo de solomillo.

—Eso es verdad. —respondió Joe con sarcasmo.

—Muchas gracias. —dijo Duncan divertido—. Por lo que veo, lo tuyo es la diplomacia.

—Así es, se me da muy bien.

—¿En serio?

—No.

Duncan sonrió y siguió comiendo, tal vez fuera un paleta, pero lo respetaba, algo que no era muy propio de él.

Brenda entró en el coche y se dejó caer pesadamente en el asiento, los recuerdos regresaron a ella con fuerza. Tenía ocho años, caminaba cerca del pantano, era verano y disfrutaba metiendo los pies en el agua. A lo lejos, vio a un niño sentado junto al agua, arrojaba piedras pequeñas y observaba las ondas que formaban.

—Hola, me llamo Brenda.

El niño la miró y bajó la vista, agarró otra piedra y la lanzó al agua.

—Es de buena educación contestar cuando se te habla. —gruñó Brenda con aire repelente.

—No me da la gana. —respondió el niño.

Brenda se quedó mirando al niño, llevaba puestos unos pantalones cortos, muy rotos y desgastados, y una camiseta de tirantes blanca.

—¡Oh! Tienes la camiseta manchada de rojo por detrás.

El niño endureció la mirada y agarró otra piedra, tratando de ignorarla. Brenda se agachó y se quedó mirando de cerca la camiseta, levantó con un dedo la tela y se llevó las manos a la cabeza al ver las heridas que el niño tenía en la espalda.

—¡Dios mío! Estás herido, ¿qué te ha pasado?

—Tenía hambre y me comí unas galletas, me porté mal y mi padre me castigó. —admitió el niño en un susurro.

—Tienes que decirle a tu mamá que te cure o... te pondrás malito.

—No tengo mamá.

—¿No tienes mamá?

—No, mi padre dice que es culpa mía, que yo le hice daño cuando nací.

—Tu papá es tonto y un bruto, ¡ven! —dijo Brenda agarrándole de la mano y tirando de él hasta la mansión.

Cuando se acercaron al embarcadero, el niño se paró en seco.

—¿Qué te pasa? —preguntó Brenda extrañada.

—Mi papá no me deja acercarme a la mansión.

—Bueno, pues espera aquí.

El niño asintió con la cabeza y se sentó al borde del embarcadero, dejando que los pies colgaran de él. Brenda corrió a la casa, entró en el baño y cogió desinfectante, una venda y todo lo que creyó que le podía servir, y corrió hacia el embarcadero.

—No te muevas, esto te va a escocer. —dijo Brenda levantándole la camiseta hasta los hombros. Cogió un trozo de algodón y lo roció con desinfectante, poco a poco, con cuidado, comenzó a curarle las heridas, tenía otras marcas, pero esas ya estaban cicatrizadas. Su papá era muy malo.

Cortó un trozo de cinta americana, no había encontrado nada mejor y ajustó las vendas en su espalda, bajó la camiseta y se sentó junto a él.

—Gracias. —dijo el niño con timidez.

Brenda le sonrió, aquel niño le parecía muy, muy, guapo.

—¿Me dices tu nombre?

—Joe.

—Me gusta Joe.

—Y a mí Brenda. —dijo Joe sonriendo.

—Esta tarde mi mamá me lleva al cine, ¿quieres venir?

—Yo no tengo dinero y mi padre no me deja salir.

—Mi mamá puede hablar con él, seguro que lo convence.

—¡No! Por favor, no le digáis nada a mi padre, se enfadará.

Brenda lo miró, guardó silencio y lo ignoró, ese niño le gustaba.

Joe se quedó pensando en sus cosas, recordó algo de su niñez, una niña que conoció un verano.

Una tarde, la madre de la niña llamó a casa de Joe, él no entendía qué podía haberle dicho a su padre para que accediera y le dejara acompañarlas al cine, pero estaba contento. Se miró en el espejo del armario y suspiró, parecía

un payaso. El pantalón corto era de un verde muy desgastado y la camisa azul, desentonaba mucho, se puso sus zapatos, pero se dio cuenta de que los dedos del pie derecho le sobresalían, la suela se había despegado otra vez. Corrió al salón y pasó junto a su padre, que estaba durmiendo la borrachera en el sillón, abrió un cajón y cogió el pegamento, luego regresó a su cuarto, temeroso de que pudiera despertarse y castigarlo. Pegó la suela y se puso el zapato, satisfecho por un trabajo bien hecho, pero cuando movió el pie, se dio cuenta de que el calcetín se había quedado pegado al zapato, gruñó y corrió hacia el porche. ¿De verdad vendrían a recogerlo?

Un coche apareció por el sendero, media hora después, se acercaba despacio, tan despacio que a Joe le pareció que no iba a llegar nunca.

¿Por qué habría venido ese recuerdo a su mente?, Joe lo ignoró.

Brenda abrió los ojos y arrancó el motor del coche, Adele estaría preocupada y decidió regresar. No podía creer que ya se conocieran y que ese niño, que tanto le gustaba, fuera él, el destino le había jugado una buena pasada.

De regreso a la mansión, Brenda subió las escaleras y se dejó caer sobre la cama, ahora su mente estaba repleta de recuerdos y con cada uno de ellos, más se daba cuenta de lo mucho que amaba a Joe, su pobre niño maltratado y dulce.

Joe acompañó a Duncan a una discoteca, la música ya no lo despertaba como antes, sin Brenda, su corazón estaba demasiado vacío. Duncan entró en el reservado y pidió una botella de champán, la camarera desapareció y regresó minutos después con una botella y dos copas, que se apresuró a llenar.

—Porque Brenda y tú os reconciliéis pronto. —brindó Duncan.

Joe chocó su copa con la de él y los dos bebieron, la echaba mucho de menos, esa misma noche se había despertado de madrugada, abrazando su almohada y susurrando su nombre. ¿Lo echaría ella de menos?

Brenda cerró los ojos y dejó que los recuerdos la llenaran. Joe esperaba en el porche de su casa, su madre detuvo el coche cerca de él y bajó del vehículo.

—¡Hola Joe! Estás muy guapo. —dijo su madre.

Joe la miraba asombrado, parecía que hubiera visto un ángel, no debía estar acostumbrado a tratar con mujeres. Su madre abrió la puerta del coche y él entró y se sentó junto a Brenda. Ella no podía quitarle los ojos de encima, era muy bruto, pero muy guapo y parecía tan tímido... ¡Qué encanto!

Una vez en el cine, la madre les compró palomitas y unos refrescos, los tres

entraron en la sala y se sentaron en la zona media. Joe miraba la pantalla con asombro, devoraba las palomitas como si nunca antes las hubiera probado.

—¿Quieres las mías? —dijo Brenda al ver que se había terminado las suyas.

—No, esas son tuyas.

—Podemos compartirlas. —dijo Brenda sonriendo.

Joe le devolvió la sonrisa y metió su manita en el envase de cartón. Ella seguía mirándolo, ni el mismísimo pato Donald conseguía distraerla.

Cuando la película terminó, su madre acompañó a Joe a su casa y las dos regresaron a la mansión donde les esperaba su abuelo para cenar. Brenda estaba deseando que pasara la noche para ver al día siguiente a Joe en el pantano. De madrugada, se despertó y comprobó con fastidio, que aún era de noche. Por la mañana, entró en la cocina, agarró el vaso de zumo y empezó a beber. Adele la miró fijamente, con cara de pocos amigos.

—¡Siéntate y desayuna como una dama!

Brenda resopló, se sentó en una silla y se bebió el zumo, cogió un dulce de hojaldre y lo engulló rápidamente, se acordó de Joe y se guardó un par de ellos en el bolsillo de su vestido. Salió corriendo y pasó entre su padre y su madre, continuó su carrera hasta el embarcadero y allí estaba él, había venido a verla, ¡a ella!

—Hola Joe.

—Hola Brenda.

—Te he traído unos dulces. —dijo Brenda metiendo las manos en el bolsillo y poniendo cara de asco—. ¡Aaargg! La miel del hojaldre se había pegado a la tela del bolsillo, sacó los dulces y se los entregó.

Joe agarró uno, lo miró y se lo comió, sus ojos se iluminaron y no tardó en devorar el otro. Brenda se tumbó sobre el embarcadero y extendió sus brazos hasta que sus manos llegaron al agua y se lavó las manos.

—¡Nooooo! —gritó Brenda y empezó a llorar.

—¿Qué te pasa?

—Mi medallón, se me ha caído al lago, la cadena era muy larga y se me ha resbalado por el cuello al bajar la cabeza.

Joe se tiró al agua y Brenda chilló asustada.

—¡Sal del agua! Es muy profundo y te vas a ahogar.

Joe la ignoró, se zambulló una y otra vez, pero no consiguió llegar al fondo, sus pequeños pulmones no daban para más. Salió a la superficie y trepó por el

embarcadero.

—No vuelvas a hacer eso.

—Yo... lo encontraré, te lo prometo.

Brenda se abrazó a Joe y le dio un beso en la mejilla. Él se puso colorado, pero sonreía.

Brenda abrió los ojos y las lágrimas cubrieron su cara. Él cumplió su palabra, no descansó hasta encontrarlo, pero ¿por qué no se lo entregó? ¿qué pasó? Por más que se esforzó, no consiguió recordar nada más, es como si hubieran borrado a su niño querido de su mente.

—Sabes Joe, eres de las pocas personas que me inspiran confianza, me paso la vida rodeado de halagadores, falsos y mentirosos. —dijo Duncan, que se había permitido beber más de la cuenta.

—Así es la vida, los pobres buscan el dinero de los ricos, por eso creo que Brenda tenía tantas dudas conmigo, supongo que pensaba que la quiero por interés.

—Ni hablar, se te nota en la cara que estás loco por ella y no eres un tipo interesado. —dijo Duncan tratando de recomponerse—. Yo no tendré tanta suerte, he ganado demasiada pasta y solo se me acercan pavas ávidas de dinero, son todas unas zorras mentirosas.

—Duncan, creo que ya has bebido bastante. ¡Vámonos! —gruñó Joe, que se levantó, pasó la mano bajo la axila de Duncan y tiró de él para levantarlo. Uno de sus escoltas que esperaba junto a la puerta del reservado, le ayudó a cargar con él hasta el coche. Duncan suspiró, se alegraba de que su prima hubiera encontrado a un hombre bueno, pero ¿por qué él no podía encontrar a nadie?

Capítulo 32

Brenda se pasó la semana hablando con vecinos de Joe, pero nadie sabía nada de él, intentó hablar con Jensen, pero nunca estaba en casa, estaba claro que la evitaba. Caminaba por la calle, sin rumbo fijo, llena de tristeza, cuando por fin sabía lo que quería, parecía no estar a su alcance.

—¡Señorita Clanion! —gritó una voz a su espalda.

Brenda se giró y vio a un hombre mayor, que agitaba la mano, le sonaba su cara, pero no sabía decir quién era.

—Señorita Clanion, solo quería saludarla y darle las gracias, soy el Reverendo de su comunidad. —dijo el hombre estrechándole fuertemente la mano.

—¿Darme las gracias? No entiendo, reverendo.

—Por su donación de quinientos mil dólares al hogar de huérfanos.

Brenda asintió con la cabeza, fingiendo darle la razón, no podía creer que Joe, habiendo perdido su cabaña y no teniendo apenas para vivir, hubiera donado el cheque.

—Ha sido un placer reverendo. Ahora si me disculpa, debo regresar a casa.

—Por supuesto señorita, muchas gracias de nuevo.

Brenda se alejó del reverendo y caminó en dirección a su coche, ¿Por qué habría hecho eso? ¿Generosidad o había algo más? Súbitamente, sintió un mareo y se desmayó. El reverendo corrió a su lado y comenzó a gritar, pidiendo ayuda.

Joe estaba nervioso, Duncan solía estar todo el día fuera y él no sabía qué hacer, no quería ser maleducado, pero deseaba estar a solas, lejos de guardaespaldas y sirvientes, aunque fuera en un motel. Saber que ella lo quería y que estaba en Morgan, buscándole... él no quería hacerla sufrir, quería estar con ella, se sintió tentado de llamarla, pero en el fondo temía que ella hubiera cambiado de opinión, la autoestima nunca fue su mayor fortaleza.

Brenda se despertó, una enfermera estaba desinfectándole una pequeña herida en la frente.

—¿Dónde estoy?

—En el hospital de Morgan, ha sufrido un desmayo y tiene algunas contusiones, nada grave. —respondió la enfermera.

Un hombre de pelo canoso y aspecto serio, entró en la habitación, miró una carpeta que colgaba de la cama y leyó con atención.

—Señorita Clanion. ¿Ha sufrido algún mareo o desmayo con anterioridad?

—No, me encontraba bien y de repente me desmayé.

—Lisa, sácale una muestra de sangre y que los de laboratorio le hagan una prueba de embarazo. —ordenó el doctor.

—Doctor, es imposible, tomo la píldora. —contestó Brenda con seguridad.

El doctor miró a la enfermera y asintió con la cabeza, su experiencia le había enseñado a no hacer caso de todo lo que decían los pacientes.

Una mujer entró en la habitación y se la quedó mirando. Brenda no la conocía, pero ella la miraba como si supiera quien era.

—¿Querías algo? —preguntó Brenda llena de curiosidad.

—Soy Lucy, la mujer de Jensen, el amigo de Joe.

Brenda se incorporó en la cama y la miró nerviosa, ¿sabría dónde estaba Joe?

Lucy se acercó a la cama y Brenda le cogió la mano, sus ojos temblaban de emoción y parecía estar a punto de ponerse a llorar.

—¿Sabes dónde está Joe? Tu marido no quiere hablar conmigo.

—Jensen es un buen hombre, pero él piensa que le has hecho daño a su mejor amigo, por eso te evita.

—Lo entiendo, pero lo quiero, de verdad, lo quiero y tengo que encontrarlo.

Lucy bajó la vista tratando de evaluar si debía decirle lo que sabía o guardar silencio.

—Yo estaba preparando la comida cuando escuché un ruido muy fuerte, me asomé a la ventana del salón y vi como Joe se subía a un helicóptero. ¿Te lo puedes creer? Un helicóptero aterrizó en mi calle, frente a mi casa.

—¿Viste con quién se fue?

—Era un tipo elegante, pelo rubio oscuro y ojos verdes.

—Duncan... ¡Maldito bastardo!

—¿Qué? —dijo Lucy extrañada.

—Es mi primo, él se llevó a Joe, cuando lo pille lo voy a matar.

—Brenda, espero que todo se arregle entre vosotros, Joe es un gran hombre y merece ser feliz. —dijo Lucy, la miró, sonrió y se marchó.

El doctor regresó a la habitación y se acercó a la cama, la miró con seriedad y suspiró.

—Señorita Clanion, está usted embarazada.

Brenda lo miró con los ojos como platos y se desmayó.

Cuando despertó, Adele estaba sentada en un sillón, leyendo una revista.

—¡Adele, voy a ser maaaaaá!

—¡Aaaaay, mi niñaaaa! —gritó Adele, saltando del sillón y corriendo hacia la cama para darle un beso—. Qué ilusión me hace, mi niña con un bebé, si tu abuelo pudiera verte ahora. Hay que encontrar a Joe, cueste lo que cueste, sé que en cuanto se entere, se va a volver loco de alegría.

—Sé dónde está, Duncan se lo llevó de Morgan para fastidiarme.

—Ese Duncan, cuando lo coja le voy a palmear la cara, por sinvergüenza.

Brenda guardó silencio, mejor no contarle lo que hizo para aclararle las ideas en esa fábrica. Sonrió, no podía creerlo, estaba a punto de recuperar a Joe y encima iba ser mamá, ¡ella mamá! Siempre pensó que acabaría convertida en una ancianita solitaria y ahora tenía una familia, además... ella no tuvo valor para pedir a su abogado que preparara los documentos del divorcio, técnicamente seguían casados.

Joe sintió una punzada en el corazón, algo pasaba, se sentía intranquilo, reconocía sus instintos. Brenda, algo le pasa, agarró el móvil y llamó a Duncan.

—¿Sí?

—Se acabó la farsa, estoy seguro de que Brenda me necesita, algo le ha pasado, tengo un presentimiento.

—Está bien, pero deja que yo me encargue.

—Vale, pero no me hagas esperar mucho o te juro que regreso a Morgan, aunque sea en bici. —gruñó Joe muy preocupado.

Brenda marcó el teléfono de Chad y lo llamó preocupada.

—Hola Brenda.

—Chad, ha pasado algo, yo estoy tomando la píldora y... sufrí un desmayo, me han hecho una prueba y dicen que estoy embarazada.

—Aunque las posibilidades de que eso ocurriera son mínimas, hay que tener en cuenta que las pastillas que te receté para prevenir la aparición de otro mioma, pueden reducir el efecto de los anticonceptivos, ya te lo avisé.

—No me acordé, pero mi miedo es por el bebé.

—Deja el tratamiento y en cuanto estés en Washington, ven a verme, te haré un chequeo.

—Lo haré, gracias Chad.

—De nada y felicidades.

—Gracias. —contestó Brenda llena de ilusión.

El móvil sonó y Brenda se sobresaltó, no esperaba ninguna llamada.

—¿Estás bien? —preguntó Duncan.

—¿Por qué lo preguntas?

—Digamos que alguien cercano a ti piensa que te ha pasado algo y me está volviendo loco.

—Joe, supongo. ¡Maldito bastardo! Cuando te pille te voy a arrancar las orejas, me he pasado toda la semana buscándolo por toda Morgan. Por tu culpa me he desmayado y ahora estoy en el hospital.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Duncan asustado—. Tomaré un avión ahora mismo y...

—Tranquilo, solo ha sido un desmayo, regresaré a Washington.

—Ni hablar, o me dices qué te ha pasado o soy capaz de armarla bien gorda. —gruñó Duncan nervioso.

—Vas a ser tío.

—¿Queeeeeeeeé? ¿Yo tío?

—Sí, pero no le digas nada a Joe.

—Guardaré silencio, pero creo que ya le has hecho sufrir bastante.

—Lo sé, pero te prometo que se lo diré muy pronto.

—Te quiero Brenda.

—Yo también te quiero Duncan, aunque seas un bastardo.

—Adele, ¿me dejas tu móvil?

Adele sacó el móvil de su bolso y se lo acercó a la cama. Brenda marcó el teléfono de Joe, parecía como si estuvieran conectados, el intuyó que le pasaba algo y no quería que siguiera sufriendo, aunque no le diría nada del bebé.

—Hola Adele.

Brenda escuchó la voz de Joe y fue como si él acariciara todo su cuerpo, se moría por tenerlo cerca, sentir sus brazos aferrándose a ella...

—Hola Joe.

—¿Brenda?

—Sí, Duncan ha sabido despistarme, pero yo tengo mis armas.

—Brenda yo...

—No digas nada, en unos días estaré en Washington, pero me gustaría que, mientras tanto, regresaras al apartamento.

—No sé si podría estar allí sin ti. —confesó Joe.

Brenda se mordió el labio inferior, deseaba gritarle lo mucho que lo quería, pero no podía ser así, no la primera vez en su vida que confesara su amor a un hombre.

—Por favor. —pidió Brenda—. Me gustaría encontrarte allí cuando regrese.

—Está bien.

—Adiós Joe.

—Adiós Brenda.

Capítulo 33

Joe estaba nervioso, demasiados recuerdos encerrados en ese apartamento. Brad le dejó la comida hecha y se marchó a casa, le hubiera gustado que se quedara pero no se atrevió a pedírselo. Sacó una cerveza del refrigerador y caminó hasta el salón, pronto sería fin de año, menudo año había vivido. El temor se apoderó de él, ella parecía muy tensa, ¿Por qué no le dijo que lo quería? ¿se habría arrepentido? Meneó la cabeza como si quisiera expulsar esos pensamientos de ella y dio un largo sorbo a su cerveza.

Por la tarde, salió a pasear un poco, Brenda llegaría al día siguiente, sobre el mediodía, le envió un mensaje, tenía algo que resolver en Morgan. Se acercó a un puesto ambulante y compró un perrito caliente, caminó por la calle nevada, con la mirada perdida y los nervios a flor de piel.

Brenda entró en el despacho y se quedó allí, parada frente a Jensen. Él la miró sorprendido, aquella mujer era asfixiante, qué manera de insistir.

—¿Qué quieres? Ya me ha dicho mi mujer que te contó lo de Joe.

—No vengo por eso.

—¿Entonces?

—Solo quería que supieras que amo a Joe, nunca se me han dado bien los sentimientos, supongo que siempre lo amé, pero no sabía reconocerlo.

Jensen se levantó y bordeó el escritorio de su despacho, pero mantuvo la distancia.

—Ha sufrido mucho.

—No te haces una idea de lo feliz que pienso hacerle en breve. Ya no me importa nada, salvo estar con él y demostrarle mi amor.

—Parece que la bruja de Morgan se ha ablandado. —dijo Jensen con sarcasmo.

Brenda se acercó a Jensen y lo miró a los ojos.

—La bruja de Morgan sigue siendo la bruja de Morgan, solo me he ablandado con Joe.

Jensen sonrió y Brenda soltó una carcajada.

—Por cierto, por el camino he visto tu cadena de montaje y tiene buena pinta el material de oficina que produces. Podrías enviarme un presupuesto, aunque te advierto que si quedo complacida, necesitarás ampliar la fábrica y contratar más personal. Mi compañía y la de mis contactos podrían acabar con

tu producción mensual en cuestión de días.

—¿Me estás comprando para que apruebe tu relación con Joe?

—No necesito tu aprobación, Joe es mío, pero me gustaría ayudar a la economía de Morgan. Por otro lado, es mi forma de agradecerte haber estado siempre al lado de Joe, él habla maravillas sobre ti.

—Ese idiota nunca se ha valorado, es el hombre más valiente, honrado y generoso que jamás he conocido, para mí siempre ha sido y será, mi hermano.

Brenda se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Me marcho, no puedo esperar más, necesito regresar junto a Joe.

Jensen asintió y en cuanto la puerta de su despacho se cerró, sintió como sus ojos se llenaban de lágrimas, por fin su amigo sería feliz. Aunque él trataba de ocultarlo, podía ver su tristeza cuando veía a Lucy y a él cogidos de la mano.

—Lo conseguiste Joe. —se secó los ojos con la mano y regresó al trabajo.

Por la noche, Joe se estremecía solo de pensar que al día siguiente estaría junto a ella, ¿de verdad lo amaba? Extendió su brazo hasta tocar con la mano el lado en el que dormía Brenda, la mujer de su vida, no sería fácil quedarse dormido, nada fácil.

Brad abrió la puerta en cuanto escuchó las llaves, abrazó a Brenda y le dio dos sonoros besos.

—Mi niña preciosa, ¡corre! Está en la terraza, más nervioso que un perrito, delante de un puesto de salchichas. —dijo Brad sonriendo.

Brenda sonrió, dejó su maleta en la entrada y corrió hasta la terraza. Joe estaba mirando la calle, parecía tenso y eso le preocupó.

—Hola Joe. —dijo Brenda con timidez.

—Hola Brenda. —contestó Joe sin saber qué hacer, deseaba abrazarla, besarla, pero no sabía si podía hacerlo y mucho menos si sería correspondido.

Brenda caminó hasta él y lo abrazó, levantó los ojos y lo miró.

—Lo siento Joe, siento haber sido tan inmadura, pero tenía miedo de hacerte daño.

—Brenda...

—Te quiero Joe, te quiero con todo mi corazón y no pienso permitir que te vuelvas a alejar de mí. ¿Estás llorando?

—No, yo no lloro, se me ha metido algo en el ojo.

—Hay algo más.

—¿Algo más?

—Estoy embarazada, vas a ser papá.

Joe abrió los ojos como platos, se separó de ella y su cara se ensombreció.

—¿Qué ocurre, no te alegras? —preguntó Brenda muy preocupada.

—No es eso, tengo miedo.

—Yo también tengo miedo. —confesó Brenda—. Es lo normal.

—Tú no lo entiendes, tengo miedo por el niño, mi padre era un bastardo y yo llevo sus genes, y si yo...

Brenda entrelazó sus brazos, rodeando su cuello y lo miró con ojos llenos de amor.

—Tú jamás serás como él, solo sabes dar amor, por eso te quiero tanto.

Joe abrazó a Brenda y la besó con pasión, nunca pensó que pudiera ser tan feliz y encima el paleta y la bruja iban a tener un bebé.

—Pero... vamos a divorciarnos.

—No he realizado ningún trámite, seguimos casados.

—Pero no estamos casados de verdad, yo quiero...

—Nos casaremos en Morgan y te prometo que pasaremos allí todo el tiempo que podamos. —dijo Brenda sonriendo.

—Te quiero Brenda... ¿Ese medallón es...?

—Lo cogí de una de tus cajas. ¿Es tuyo? —preguntó Brenda con malicia.

—No, era de una niña que conocí de pequeño.

—¿Una niña? Por tu tono suena a algo más.

—Bueno, era una niña muy especial, pasé con ella el mejor verano de mi vida.

—¿Y te regaló su medallón?

—No, se le cayó al lago, tenía mucho cariño a ese colgante y yo me pasé todo el verano sumergiéndome bajo el agua, buscándolo.

—¿Y por qué no se lo devolviste?

—Lo intenté, pero cuando fui a su casa, ella se había marchado. —Joe dio un paso atrás, los recuerdos regresaron a él con intensidad—. Su casa... la mansión Clanion.

Brenda se quitó el medallón y se lo entregó, Joe lo cogió con cuidado y lo giró, allí vio un grabado, Brenda Clanion, la miró desconcertado.

—Yo era esa niña, estábamos predestinados a encontrarnos. —dijo Brenda abrazándose a él, buscando sus labios con ansiedad y sintiendo una felicidad que jamás creyó que podría conocer.

Brad se quedó mirando a un lado de la puerta corredera de la terraza,

llorando como un tonto, se secó las lágrimas con un pañuelo y se marchó para que sus niños tuvieran intimidad.

Joe la cogió en brazos y cruzó la terraza, caminó por el salón y entró en el dormitorio.

Joe se detuvo tras ella, bajó la cremallera de su vestido y dejó que este resbalara hasta el suelo, desabrochó el sujetador y besó su espalda, alargando el beso hasta llegar a su cuello.

—Quítate las bragas y tumbate en la cama. —susurró Joe mientras empezaba a desnudarse.

Brenda, excitada, se deshizo de ellas y se echó en la cama, ardía en deseos de sentirlo sobre su piel. Joe se desvistió y se tumbó a su lado, sus manos no tardaron en apoderarse de sus pechos, se colocó sobre ella y besó su estómago, deslizando su lengua hacia arriba hasta llegar a sus pezones, que torturó una y otra vez con sus labios.

Brenda levantó su pelvis, no podía más, lo deseaba demasiado. Joe la miró con deleite, ahora ella era suya de verdad, no era sexo, era amor y deseaba hacerla gozar. Se deslizó hacia abajo y colocó su cabeza sobre su pubis, pasó la lengua cuidadosamente por encima de su sexo y Brenda gimió. Aquello era demasiado para ella, creía que iba a estallar, la tenía dominada, el deseo la consumía y no podía esperar más.

—Por favor... hazme tuya.

Joe, sintió como un escalofrío recorría su espalda, no había nada más erótico que escuchar a tu amada suplicar que le des placer. Se introdujo entre sus piernas y dejó que su miembro llenara su vagina lubricada y lista. Con cada penetración, Brenda se volvía más salvaje, se aferró al cuello de Joe y sus dientes mordían con cuidado su barbilla, su lengua se paseaba por su cuello, todo en él sabía tan bien que deseaba devorarlo. Joe ya empezaba a contenerse, Brenda lo estaba poniendo a cien y no aguantaría mucho si seguía así. Ella empezó a gemir, levantó las piernas y las entrelazó para rodear a Joe, él era suyo. Los dos se dejaron llevar por el orgasmo, nunca habían experimentado nada parecido. Esa era la diferencia entre tener sexo y hacer el amor, pensó Brenda.

Joe se dejó caer a un lado, pero no tardó en abrazarla.

—Echaba de menos tus abrazos. —confesó Brenda sonriendo y sintiendo el corazón aún desbocado.

—Yo echaba de menos todo lo referente a ti, el olor de tu pelo, tu sonrisa,

hasta tu mal genio.

—¡Oyeee! —gruñó Brenda golpeando su pecho con la mano.

Joe la besó y ella no tardó en calmarse.

—Conocí a Jensen, parece un buen tío, algo tosco y malhumorado.

—Es mi mejor amigo, mi única familia hasta que te conocí a ti. No puedo creer que vayamos a tener un bebé y tampoco por qué hay que ponerles tantas vacunas, ¿es que pegan enfermedades?

—Serás burro, son chiquitos, las vacunas son para protegerlos.

—¡Ah, vale! ¿Qué quieres, yo nunca he estado con bebés? Bueno, una vez, una vecina me pidió que cogiera un momento a su bebé y el muy guarro se me cagó encima, menuda peste, no sé qué le daría de comer la madre porque me pasé media hora vomitando.

Brenda soltó una carcajada, sería divertido criar un niño con el paleta, pero antes tenían que hacer las cosas bien.

Por la mañana, Joe y Brenda bajaron al garaje, cogidos de la mano, él se quedó mirando su plaza de aparcamiento, había otro coche aparcado.

—¿Y el monovolumen?

—Pensé que te gustaría más conducir este coche. —respondió Brenda guiñándole un ojo.

Joe se llevó las manos a la cabeza, un Chevrolet Camaro negro, como el de su serie favorita, dio un grito de alegría, corrió hacia el coche, lo bordeó, regresó junto a Brenda y la besó.

—Quiero las llaves. —pidió Joe sonriendo.

Brenda sacó las llaves del bolso y se las entregó. Los dos subieron al coche, Joe sacó sus gafas de sol, introdujo la llave en el contacto y arrancó el motor.

—Cuando llegues al orgasmo, me avisas. —dijo Brenda entre risas.

—Cariño, el vehículo más nuevo que he tenido en mi vida, es esa camioneta que tanto odias.

—¿Te refieres a la que vendí, antes de irme de Morgan?

—¡Era mía!

—¿Camaro o camioneta?, tú eliges.

—¡Camaro, Camaro!

Abandonaron el garaje y se incorporaron al tráfico, iba a ser embarazoso para Joe, pero él insistió en hablar con sus padres, se sentía mal por haberles ocultado la verdad.

Capítulo 34

Durante todo el camino, Joe permaneció en silencio, pero no dejaba de sonreír, nunca se había sentido así.

Brenda miró un mensaje que acababa de recibir y chilló de alegría.

—¿Qué pasa?

—El Gps que diseñaron los ingenieros bajo tu supervisión... se ha convertido en líder de ventas. ¡Paleta, eres un genio!

—Gracias, bruja.

Brenda le hizo burlas y siguió chillando, ese éxito reflotaría esa empresa. Nunca pensó que el paleta pudiera ser un buen activo para su empresa, pero su sentido común y su humildad, provocaban que todo el mundo aceptara sus indicaciones de muy buen grado.

A medida que se iban acercando a Maryland, Joe se tensaba, ¿se enfadarían mucho con él?

Aparcó el coche frente a la casa y los dos bajaron de él, Joe detrás de Brenda, como si temiera que el padre saliera de la casa con una escopeta. Abie salió de la casa y abrazó a su hija, le dio un beso y luego abrazó a Joe, que se sorprendió. Adrian se levantó del sillón, nada más verlos, besó a su hija en la mejilla y dio la mano a Joe. Brenda y Abie se marcharon a la cocina para hablar de cosas de mujeres, dijo la traidora de su mujercita. Joe se sentó en el sillón, al lado de Adrian, que le sirvió una copa de Whisky antes de sentarse.

—Adrian, yo... siento todo esto, no me agradó tener que mentiros.

Brenda tiró de su madre hasta el salón justo en ese momento y las dos se quedaron paradas al escuchar a Joe.

—Tranquilo Joe, Brenda nos lo contó todo.

Joe miró a Brenda con las mejillas muy sonrosadas.

—¿Me lo podías haber dicho?

—Entonces me habría perdido la cara de sorpresa que has puesto. —dijo Brenda sonriendo.

—No te preocupes, sé que todo fue idea de Brenda.

—Eso es cierto. —se apresuró a confirmar Joe—. Ella lo planeó todo.

—¡Oyeee, rata cobarde! —chilló Brenda—. Bueno, en fin, será mejor que me calme o me cargo a este paleta. Papá, mamá... os tenemos que dar una

noticia.

—¡Vais a ser abuelos! —exclamó Joe.

—¡Te matooooo! ¡Quería decirlo yo! —chilló Brenda corriendo hacia Joe, que de un salto se levantó del sillón y salió corriendo, esquivando sus zarpas—. ¡Corre, corre, ya te pillaré!

Dos horas más tarde, Joe miraba por la ventana para ver si Brenda se había calmado, estaba mirando ropa de bebé que su madre tenía guardada de cuando era pequeña, las dos parecían muy animadas.

—¿Qué haces?

Joe dio un respingo, se giró y vio a Adrian que lo miraba divertido.

—Es que tu hija tiene un genio...

—Ven, vamos a dar un paseo. —pidió Adrian—. ¿Qué te preocupa?

—Me preocupa que Abie y tú penséis que todo lo que he hecho por vosotros era fingido. Yo no soy así, actué como lo sentía, no soy una persona muy complicada.

—Lo sé, Joe, hay cosas que no se pueden fingir, como lo loco que te pones cuando escuchas música. —dijo Adrian sonriendo—. Supe desde el primer momento en que te vi, que amabas a mi hija, de manera que se acabó este tema. ¿Queda claro?

Joe asintió con la cabeza y siguió caminando al lado de su suegro, al que cada día veía más como un padre.

—Mamá, hemos decidido casarnos de nuevo, pero esta vez por todo lo alto. Iremos a Morgan, nos alojaremos todos en la mansión y empezaremos a organizar la boda. ¿Qué te parece?

—Será divertido y estoy segura de que tu padre se muere porque Joe le enseñe Morgan, no deja de hablar de los caimanes.

Adrian abrió la puerta y entró riéndose, Joe miraba con recelo a Brenda, que clavó los ojos en él.

Durante la cena Adrian estaba loco de contento, Joe le prometió llevarlo a ver caimanes y por supuesto a pescar en el lago. Brenda recibió una llamada, se disculpó y se levantó de la mesa, parecía contenta, al cabo de unos minutos colgó y regresó.

—¿Negocios? —preguntó Joe.

—Sí. —respondió Brenda.

—Joe, ¿de verdad son tan grandes esos caimanes? —preguntó Adrian curioso.

—Te llevaré al parque de caimanes, allí tienen uno que supera los cuatro metros. —dijo Joe acabándose su trozo de tarta de manzana.

Abie observaba a su marido, no podía creer lo bien que estaba después de lo que había pasado, Joe se había convertido en su mejor medicina.

Ya pasadas las doce de la noche, Joe se despidió y se marchó a la cama, Brenda dio un beso a su madre y otro a su padre y subió las escaleras corriendo.

Joe se estaba quitando la camisa cuando Brenda abrió la puerta del dormitorio. Se giró y la miró nervioso. Brenda comenzó a quitarse la ropa hasta quedar completamente desnuda.

—Más te vale compensarme por haberme chafado la sorpresa.

—Tranquila, te compensaré pero luego no te quejes si tus padres escuchan tus gemidos. —dijo Joe cogiéndola en brazos—. Te voy a hacer enloquecer, bruja.

Brenda lo besó y en cuestión de minutos, los dos se dejaron llevar por la pasión, tratando de contener sus gemidos para no ser descubiertos.

Al día siguiente, una limusina vino a recogerlos y todos juntos marcharon hacia el aeropuerto, luego tomarían un tren y ¡Morgan!, no podían esperar más.

Joe se quedó mirando su coche, le habría encantado que los chicos lo vieran, pero no habría suerte. ¡Puff!

Morgan

La limusina aparcó frente a la mansión, Adrian y Abie se quedaron pasmados al ver la restauración, tanto su hija como Joe habían conseguido devolverle su esplendor, tenían la sensación de haber viajado en el tiempo y que en cualquier momento Theodore Clanion cruzaría esas puertas.

Joe ayudó al chófer a subir el equipaje, recorrer esa casa le traía tantos recuerdos, fue divertido trabajar en ella, se llevó la mano al brazo, recibir un tiro no fue divertido.

Adele repartió besos y se llevó de la mano a Abie, quería enseñarle la casa y el jardín. Adrian se marchó al cuarto de invitados, había mejorado mucho pero el viaje lo había agotado y quería descansar un rato. Brenda tiró de Joe hacia afuera y los dos corrieron hacia un lado del muro.

—¿A dónde vamos? —preguntó Joe.

—Una sorpresa. —contestó Brenda tirando de él hasta un camino de losetas rojas que Joe no recordaba haber visto nunca.

El camino terminaba en el muro, alguien había colocado una puerta allí.

Brenda sacó una llave y la abrió ante la mirada confundida de Joe.

—Ya no tendremos que coger el coche para llegar hasta tus tierras.

—Mi intención es venderlas, así que no sé para qué te has gastado el dinero en esto.

Brenda tiró de él, ahora la mansión estaba conectada directamente con el terreno de Joe y el embarcadero.

—¿Qué?

—¡Sorpresa! —gritó Brenda sonriendo.

Joe se rascó la cara y se quedó mirando la cabaña. Brenda no solo la había reconstruido, esta era mucho más grande y lujosa que la anterior, pero... ¿por qué lo habría hecho?

—¿Esta cabaña es para echarme cuando te hartes de mí?

Brenda lo abrazó, lo besó en el cuello y pasó su lengua por él.

—Había pensado reservarla para cuando queramos estar a solas.

—Yo quiero estar a solas, ya. —dijo Joe cogiéndola en brazos y corriendo hacia la cabaña. Brenda chillaba y reía divertida, estaba loca por él.

Joe se ofreció para enseñar Morgan a Adrian, que hacía tanto tiempo que no la visitaba, que ya ni la reconocía, por otro lado, nunca había visto los sitios a los que Joe le llevaba. El parque le entusiasmó, los caimanes lo dejaban sin palabras, pero el punto fuerte llegó cuando Joe le dio una vuelta en la barca de un amigo por los canales del Atchafalaya y pudo verlos en libertad. Por la tarde, ayudó a Brenda con los preparativos y Bill se encargó de preparar la mansión para la celebración, montó una enorme carpa y dispuso las mesas, siguiendo la estricta guía que Brenda le había entregado.

Capítulo 35

Brenda estaba muy nerviosa, se miraba en el espejo y no podía creer lo que veía, ella vestida con un bello traje de novia. Abie entró en la habitación y se llevó las manos a la boca, empezaba a creer que su hija se quedaría sola para siempre y ahora renovaba sus votos con un gran hombre.

—Estás bellísima.

Brenda se giró y corrió como pudo hasta su madre, las dos se abrazaron y lloraron como tontas.

—Cariño, será mejor que me vaya, Joe estará nervioso en la capilla. —dijo Abie—. No nos hagas esperar mucho.

—Estaré allí en diez minutos.

Abie miró otra vez a su hija y se marchó. Joe no tenía familia y le había pedido que ella fuera la madrina de boda, algo que la hizo emocionar.

—¡Joe, tranquilízate! Me estás atacando de los nervios. —gruñó Jensen.

—No puedo, esta es capaz de dejarme plantado. —dijo Joe temblando y solo dejó de hacerlo cuando vio llegar a Abie.

La madre de Brenda caminó hasta la entrada de la capilla y tomó a Joe por el brazo. Los invitados esperaban en el interior, familia de Brenda y amigos de Joe. La familia de Jensen ocupó el primer banco de la fila derecha de la iglesia, el resto era gente de Morgan. La fila izquierda había sido reservada para los Clanion, parientes, clientes, amigos, etc...

—Vamos Joe, ya nos toca entrar. —dijo Abie sonriendo.

Joe asintió y los dos entraron en la capilla, eso de ir despacito cuando estás de los nervios y no deseas ser el centro de atención...

—Abie, ¿tu hija va a venir, no?

—Por quinta vez, sí, Joe va a venir.

—Ok. ¿seguro, no?

—Joe, te quiero mucho pero como me vuelvas a preguntar, yo misma llamo a Brenda y le digo que no venga.

—¡Vale, me callo! —gruñó Joe.

Jensen besó a Lucy y miró a Joe, era increíble ver a su amigo, allí de pie, por fin sería feliz y se llevaba una gran mujer, muy cabezota para su gusto, pero buena chica. No lo podía negar, estaba disfrutando viéndolo nervioso.

Cuando sonó la marcha nupcial, Joe dio un respingo, miró hacia la entrada

y contempló como su bruja- ángel caminaba hacia él, cogida del brazo de su padre.

Apenas tardó unos minutos en llegar hasta el altar, pero a él le pareció una eternidad. Brenda no tardó en cogerse de su mano y mirarlo con ojos humedecidos, eso sí era casarse de verdad.

El reverendo comenzó la ceremonia, pero ambos estaban en otro mundo, mirándose, absortos, sin poder creer que aquello fuese real.

La ceremonia discurrió con tranquilidad hasta que llegó el momento más esperado por todos.

—Joe, ¿aceptas a Brenda en santo matrimonio?

—Sí, acepto. —contestó Joe con rotundidad.

—Brenda, ¿aceptas a Joe en santo matrimonio?

—Sí, acepto. —contestó Brenda.

—Si alguien tiene algo que decir, que lo diga ahora, o que calle para siempre. —dijo el reverendo.

Jensen se levantó y Lucy se quedó pálida, todo el mundo empezó a murmurar. Joe y Brenda clavaron los ojos en él sin saber qué pretendía.

—Reverendo, que digo yo, que podía subir un poco la calefacción, nos estamos helando.

Todos los invitados empezaron a reír, Brenda soltó una carcajada y Joe lo fulminó con la mirada.

—Deja que termine esto, te va a faltar campo para correr, verás como te hago entrar en calor. —gruñó Joe.

—Tú me lo hiciste en mi boda y yo te quise devolver el favor. —replicó Jensen guiñándole un ojo y gruñendo de dolor por el codazo en el estómago que le había dado Lucy.

—Bien, si ya han terminado los graciosos de dar la nota, continuamos. Joe, puedes besar a la novia.

Joe retiró el velo de la cara de Brenda y la besó, de forma casta.

—¡Vaya beso! ¡Si quieres, subo y te enseño cómo se hace! —gritó Jensen.

Joe agarró a Brenda por la cintura y le dio otro beso, este más intenso, tanto que, casi la deja sin sentido.

—¡Así ya nos vamos entendiendo! —gritó Jensen divertido.

—En fin, Joe y Brenda, yo os declaro, marido y mujer.

Los invitados los vitorearon y los dos, cogidos de la mano, cruzaron el pasillo hasta la entrada donde ya los estaban esperando gran parte de los

invitados, que habían salido para arrojarles confeti. Brenda besó a Joe y tiró de él hasta la limusina.

Una hora después, Joe y Brenda terminaron su recorrido fotográfico por Morgan, acompañados de Jensen y su familia, Bill acompañó a Adrian y a Abie. Joe suspiró en cuanto bajó de la limusina, estaba harto de fotos, solo quería una cerveza bien fría y comer algo.

—Joe, estás guapísimo. —dijo Dalia sonriéndole.

—Gracias princesa, te diría que te veo bella, pero como tú siempre lo estás...

Dalia se abrazó a Joe y él le acarició la cabeza, pronto él tendría una como ella, ¿o sería un chico?

Lucy y Brenda se perdieron dentro de la mansión, por lo que Adrian y Abie se ocuparon de que todos los invitados estuvieran bien atendidos.

—Menudo hombre te llevas, Brenda.

—Es fantástico, a pesar de ser un bruto, lo quiero un montón. —dijo Brenda retocándose el maquillaje, durante el trayecto de vuelta, tuvo un desliz con Joe en el asiento trasero. —Me gustaría que los tres nos visitárais en Washington, tengo pensado comprar una mansión a las afueras y estoy seguro de que nos lo pasaríamos muy bien.

—Cuenta con ello Brenda, será divertido pero apúrate, que nos están esperando. —dijo Lucy divertida.

Brenda estaba intentando comer algo, pero no la dejaban, venga foto, venga esto y lo otro. Joe se zampó todo lo que tenía en el plato y puso caras raras en todas las fotos, hasta que lo dejaron como causa perdida y pudo seguir comiendo en paz.

La fiesta continuó durante toda la tarde y por la noche las mesas fueron retiradas para dejar el espacio habilitado como pista de baile y algo más. Era el treinta y uno de diciembre, una gran pantalla marcaba una cuenta atrás. Los invitados empezaron a animarse. Jensen sacó a bailar a Lucy y Adele hizo lo propio con Dalia. Adrian cogió a Abie de la cintura y la arrastró hasta la pista de baile, los dos bailaron, mirando de reojo a Joe y Brenda, que no dejaban de bromear con los invitados, después de lo que habían pasado, aquel bálsamo de felicidad los colmaba de esperanzas.

Joe se desmadró con la música, tiró de Brenda y la subió a una mesa, luego él saltó a su lado y los dos empezaron a bailar. Adrian miró a Abie que soltó una carcajada, ahora no sabía quién estaba más loco, si Joe o su hija.

El reloj fue marcando las horas de forma regresiva hasta que llegó el momento de las campanadas, que sonaron con gran estruendo. Cientos de globos de colores cayeron desde el techo de la carpa y todos se felicitaron el año nuevo.

Joe cogió de la cintura a Brenda y la miró fijamente.

—Te amo, bruja.

—Te amo, paleta.

Joe besó a Brenda, por primera vez en su vida, tenía la certeza de que le esperaba una vida llena de felicidad.

Fin

Capítulo 36

Duncan caminaba por las calles nevadas, sus escoltas lo seguían a distancia. Cuando te haces muy rico, suelen empezar las envidias y aparecen los enemigos, por eso él no solía confiar en nadie. Su familia era lo primero, pero en aquella ocasión, no pudo cumplir con ellos. Envió su jet al aeropuerto de Louisiana para que al día siguiente recogiera a Joe y a Brenda y los llevara hasta su mansión en el caribe, para celebrar su verdadera luna de miel. Le hubiera gustado asistir a la boda, pero no se sentía con ánimos. Llevaba años ocultándoles que se encontraba mal, se le daba bien ganar dinero, de hecho, cada vez era más rico, pero su alma estaba vacía. De vez en cuando tenía alguna aventura, nada romántico, sexo sin compromiso, no confiaba en ninguna mujer y desde luego no creía en el amor, eso tal vez fuera para otros, pero no para él.

Entró en una cafetería y sus dos escoltas lo siguieron, los dos hombres se sentaron al final de la cafetería para no molestarle.

Duncan sacó el periódico y comenzó a hojearlo sin interés, miró el reloj, las once de la noche. La cafetería no tenía pinta de ir a cerrar, más bien parecían prepararse para recibir a toda la gente, que en breve se lanzaría a la calle para celebrar el nuevo año. Un nuevo año, ¿a quién le importaba?

—¿Qué deseas tomar? —preguntó la camarera con demasiada confianza.

Duncan gruñó, odiaba que la gente se tomara confianzas, las confianzas sobre su persona las daba él, no se las tomaba nadie, al menos, no sin sufrir las consecuencias.

—¿Querrá decir, qué desea? ¿O acaso me conoce? —respondió Duncan con sequedad. Levantó la vista y tuvo que hacer acopio de toda su frialdad para mantener el tipo. La camarera era una chica alta y delgada, de pelo negro y con los ojos azules más bonitos que había visto jamás.

—No eres muy simpático, mucha ropa cara, pero de modales los justos.

—¿Te importa traerme un café y callarte?

—Por supuesto, no quiero perder el tiempo hablando con un tonto, cara de pez muerto. —respondió la camarera.

Duncan se quedó paralizado, nunca nadie le había hablado así. Se quedó mirando como la chica se alejaba por el estrecho pasillo y pasaba al otro lado de la barra. Sentía un enorme deseo de meterla en cintura, nadie le faltaba al

respeto, ¡nadie!

La camarera regresó unos minutos más tarde, dejó el café sobre la mesa y clavó sus ojos en él.

—Aquí tienes, señor simpático.

—No me gusta que me hablen en ese tono. —gruñó Duncan.

—Pues no tengo otro, así que te jodes. —respondió la camarera.

Duncan miró la plaquita que colgaba de su camisa, Tris, así se llamaba aquella desvergonzada.

—Tris, te aconsejo que me dejes en paz.

—¿Me conoces? —preguntó Tris.

Duncan colocó los codos sobre la mesa y se tapó los ojos con las manos, aquella chica era idiota.

—Lo pone en tu placa del pecho. —gruñó Duncan ya colérico.

Tris soltó una risotada y se llevó la mano a la plaquita.

—Es verdad, hace poco que trabajo de camarera y no me acostumbro a llevar mi nombre en la camisa, ni que fuera un perrito.

Duncan apartó las manos y se quedó mirándola.

—¿Siempre eres tan charlatana?

—Me gusta ser abierta, aunque contigo es difícil porque estás amargado.

—No eres muy educada para trabajar de cara al público.

—No puedo evitarlo, tengo un problemilla.

—¿Un problemilla? —preguntó Duncan con ironía, ya que él veía más de uno.

Tris se sentó en el asiento de enfrente y Duncan puso los ojos en blanco.

—Verás, de pequeña mi madre pensaba lo mismo porque siempre respondía a todo y solía ser brusca. Al principio pensó que era una niña repelente.

—¿No sé por qué pensaría eso? —dijo Duncan dando un sorbo a su café y mirando por la ventana.

—Luego me llevó a un psicólogo y mira por donde, resulta que tengo una enfermedad muy poco usual.

—¿Enfermedad? —preguntó Duncan mirándola a los ojos y sintiendo que su cuerpo se tensaba.

—Tranquilo, nada grave, aunque sí es algo muy molesto. No puedo mentir, cada vez que lo intento me sale la verdad, como si dispararan un cañonazo. Bueno cara pez, te dejo, que mi jefe me va a reñir como no siga atendiendo a

los clientes.

—¡Espera! Si de verdad no puedes mentir, dime... ¿qué piensas de mí?

Tris se quedó mirándolo, se le notaba que no quería contestar, sus mejillas se sonrojaron y acabó confesando.

—Eres un imbécil, maleducado, pero estás muy bueno. —dijo Tris avergonzada y se alejó de él.

Duncan sonrió, una chica que no podía mentir, eso sí que era algo interesante, teniendo en cuenta que él se movía dentro de un mundo de mentiras.

Se tomó el café y pidió otro, pero esta vez fue otra camarera quién le atendió, aquella chica lo evitaba, estaba claro. Al café le siguió un trozo de tarta de manzana y al final acabó cenando allí, no sabía por qué, pero no quería irse. Se pasó las horas observando a Tris, con el resto de clientes era dulce y eso le hizo sentir celos, menuda idiotez, ¿yo celoso?

Tris se quedó mirando el reloj, sonaron las campanadas y una inmensa tristeza la embargó. Cuando estudiaba marketing, trabajar en una cafetería o un restaurante estaba bien y era aceptable, necesitaba el dinero, pero después de graduarse... empezaba a asumir que su vida no cambiaría. Todas las grandes empresas habían ignorado o rechazado sus candidaturas.

—¿Pareces triste? —preguntó Duncan, que se extrañó del tono suave con el que aquellas palabras habían brotado de su boca.

—Nunca pensé que me pudriría en un sitio como este. —confesó Tris.

—Eres joven, puedes cambiar de empleo.

—Claro, para don Armani, mucha pasta, eso es fácil de decir, pero luego sois vosotros los que nos jodéis el futuro a los que pedimos una oportunidad.

Duncan sonrió pero rápidamente se puso serio, él no solía mostrar sus emociones.

Buscó en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo una tarjeta.

—El miércoles que viene estaré en la oficina de negocios, segunda planta, despacho número doce. Este jode vidas está dispuesto a entrevistarte para una oferta de trabajo.

—¿De qué es el trabajo?

—Lo sabrás si vas. —cortó Duncan.

—¡Tris, jodida vaga! ¡Muévete!

Duncan apretó los dientes y sus labios se convirtieron en una delgada línea. Tris dio un respingo y corrió hacia la barra para agarrar su bandeja y repartir

unos cafés.

Duncan se acercó a la barra y le hizo una señal al tipo que había gritado a Tris. El dueño de la cafetería se acercó, se estaba secando las manos con un trapo, se plantó frente a Duncan y lo miró con seriedad.

—¿Qué quiere?

—¿Es usted el dueño?

—Sí.

—Sería una pena que esta bonita cafetería acabara en llamas y le garantizo que eso ocurrirá si vuelve a gritar o hablar mal a Tris. ¿Me he explicado? — dijo Duncan con ojos fríos como la muerte.

El dueño de la cafetería se quedó pálido y cuando vio acercarse a los dos escoltas, miró a Duncan aterrado.

—Lo siento, no volveré a hablarle así, se lo juro.

—Más le vale. —masculló Duncan, se giró y miró a Tris que parecía haberse percatado de que algo sucedía. Le dedicó una sonrisa burlona y se marchó.

Tris se quedó mirándolo, ¿qué le habría dicho ese tipo a su jefe? Pasaron las horas y la cafetería empezó a llenarse de gente con la ropa llena de confeti. Su jefe estaba muy raro, le hablaba de forma dulce y respetuosa, pero ¿qué le habría dicho don Armani para que actuara así? Siguió atendiendo las mesas, la espalda le dolía y había perdido demasiado peso, se miró a un espejo y pudo ver como se le marcaban los pómulos. No tenía ni idea de si ese tipo iba en serio o no, pero acudiría a la cita, cualquier cosa sería mejor que seguir en ese antro, además... estaba muy bueno, vamos, que un polvo le echaba si podía.

Capítulo 37

Joe estaba sentado en el sillón, junto a la cama, resoplaba fastidiado, llevaban seis horas y Brenda seguía sin tener contracciones.

—Madre mía, esto es eterno, ¿me puedo ir a dar una vuelta?

—¡Tú no te mueves de aquí! —gritó Brenda fuera de sí—. No pienso quedarme sola.

—Joder, me duele el culo de estar sentado en este maldito sillón.

El doctor entró en la habitación, habló con una enfermera que estaba revisando unos documentos y miró a Brenda.

—¿Qué tal estás Brenda?

—Bien doctor, pero me gustaría tener el niño de una vez, estoy nerviosa.

—Tranquila, es normal, pero es mejor esperar, que provocar el parto, tenga paciencia.

Joe dio un salto y agarró al médico por un brazo para detenerlo antes de que abandonara la habitación.

—Doctor, estoy que me subo por las paredes, ¿no hay forma de provocar que tenga el niño ya?

—No.

—Pero yo he escuchado que hay mujeres que se ponen solas de parto porque les ha pasado algo.

—Sí, es cierto, a veces cuando algo las pone muy nerviosas, acaban poniéndose de parto, pero no es muy normal, además, Brenda está bastante tranquila, dentro de lo que cabe, no veo qué podría ponerla tan nerviosa.

Joe asintió con la cabeza y regresó al lado de Brenda, se esperó a que el doctor y la enfermera se marcharan y miró a Brenda.

—Oye Brenda, digo yo... estoy pensando que cuando el bebé nazca, sabremos a quien sale.

—No seas idiota, sobre eso se puede tener una idea cuando son más mayorcitos, no recién nacidos.

—Pues yo tengo un método muy eficaz para averiguar si sale a ti o a mí. —dijo Joe con seriedad.

—¿Cuál? —preguntó Brenda con curiosidad.

—Mira, tumbamos al bebé en la cama y colocamos una caña de pescar a la derecha y una escoba a la izquierda, el objeto que toque primero, nos dirá a

quien sale. Si toca la caña, sale a mí.

—¿Y por qué una escoba?

—No sé, es lo que usáis las brujas para volar ¿no?

—¡La madre que te parió! ¡Te voy a matar! ¡Yo de parto y tú metiéndote conmigo! ¡Eres un cerdo! —chilló Brenda enloquecida—. ¡Oh, nooo! ¡He roto aguas!

—Ahora te traigo una botella de la cafetería.

—¡No, paleta idiota! ¡Que estoy de parto!

Joe suspiró, ¡por fin! Corrió hacia el pasillo y llamó a la enfermera, que descolgó el teléfono y avisó al equipo médico. Las contracciones se intensificaron y decidieron llevarla a la zona de paritorios. Brenda agarró la mano de Joe, que sonreía, y le dedicó una mirada que lo dejó pálido.

—El bebé no va a esperar más, todos listos. —dijo el doctor.

Joe aguantó el dolor que Brenda le infringía en la mano, le estaba clavando las uñas. Levantó la vista y trató de ver entre las piernas de Brenda, cuando el bebé asomó la cabeza, Joe puso los ojos en blanco y se desmayó.

Brenda suspiró en cuanto escuchó el llanto del bebé, no habían querido saber el sexo y ahora estaba impaciente por averiguarlo.

—Es una niña.

Joe se levantó del suelo como pudo, algo aturdido.

—¡Joe, tenemos una niña!

Joe sonrió, miró a Brenda y miró a la niña, aún cubierta de sangre, y se volvió a desmayar.

—¡Por favor, qué blandito eres! —gruñó Brenda.

Esa tarde comenzaron las visitas, Adrian y Abie se turnaban para que Joe pudiera salir a comer algo, pero Brenda no lo dejaba alejarse del hospital. Jensen y Lucy llegaron a última hora de la tarde, entraron en la habitación y les felicitaron. Joe se quedó mirando a Brenda mientras hablaba con Jensen y Lucy, sosteniendo a su preciosa hija, ahora ya limpiita y perfumada, ¿perfumada?

—¡Joder, qué peste! —gruñó Joe.

—Pues allí enfrente está el cambiador, dile a Jensen que te ayude. —dijo Lucy que no parecía dispuesta a cortar su conversación con Brenda.

Joe miró a Jensen, que lo miró asustado. Los dos hombres llevaron a la niña hasta el cambiador y se rascaron la cabeza al mismo tiempo, ninguno tenía ni idea de cómo cambiar un pañal. Joe despegó los adhesivos de los

laterales del pañal y dejó al descubierto el regalito.

—¡Joder, qué peste! —gritó Joe aguantando las arcadas.

—¡Tapa eso o vomito! —gritó Jensen.

—Brenda, será mejor que cambies tú a la niña o esos dos acabarán vomitando. —dijo Lucy sonriendo.

Brenda se quedó mirando a Joe y a Jensen y acabó soltando una carcajada.

Joe se acercó a la cama, estaba pálido y tenía cara de asco.

—Cariño, quiero mucho a mi niña, pero yo no imaginaba que las cagadas olieran tan mal.

Brenda lo atrajo con sus manos, se aferró a su cuello y lo besó.

—Tranquilo, ya te acostumbrarás porque vas a cambiar muchos pañales.

Joe miró a su hija y sonrió, por esa niña haría lo que fuera.

C. J. Benito

Duncan y Tris

No te enamores de mí

© 2016 Safe Creative
All rights reserved
Imagen original: Pixabay

Dedicatoria

A todas las personas que me apoyan con la compra de este libro y me permiten seguir escribiendo.

Capítulo 1

Duncan caminaba por las calles nevadas, sus escoltas lo seguían a distancia, pero sin perderlo de vista. Cuando te haces muy rico, suelen empezar las envidias y aparecen los enemigos, por eso él no solía confiar en nadie. Su familia era lo primero, pero en aquella ocasión, no pudo cumplir con ellos. Envió su jet al aeropuerto de Louisiana para que al día siguiente recogiera a Joe y a Brenda y los llevara hasta su mansión en el caribe, para celebrar su verdadera luna de miel. Le hubiera gustado asistir a la boda, pero no se sentía con ánimos. Llevaba años ocultándoles que se encontraba mal, se le daba bien ganar dinero, de hecho, cada vez era más rico, pero su alma estaba vacía. De vez en cuando tenía alguna aventura, nada romántico, sexo sin compromiso, no confiaba en ninguna mujer y desde luego no creía en el amor, eso tal vez fuera para otros, pero no para él.

Entró en una cafetería y sus dos escoltas lo siguieron, los dos hombres se sentaron al fondo para no molestarle.

Duncan sacó el periódico y comenzó a hojearlo sin interés, miró el reloj, las once de la noche. La cafetería no tenía pinta de ir a cerrar, más bien parecían prepararse para recibir a toda la gente que en breve se lanzaría a la calle para celebrar el nuevo año. Un nuevo año, ¿a quién le importaba?

—¿Qué deseas tomar? —preguntó la camarera con demasiada confianza.

Duncan gruñó, odiaba que la gente se tomara confianzas, las confianzas sobre su persona las daba él, no se las tomaba nadie, al menos no sin sufrir las consecuencias.

—¿Querrá decir, qué desea? ¿O acaso me conoce? —respondió Duncan con sequedad. Levantó la vista y tuvo que hacer acopio de toda su frialdad para mantener el tipo. La camarera era una chica alta y delgada, de pelo negro, con los ojos azules más bonitos que hubiera visto jamás.

—No eres muy simpático, mucha ropa cara, pero de modales los justos.

—¿Te importa traerme un café y callarte?

—Por supuesto, no quiero perder el tiempo hablando con un tonto, cara de pez muerto. —respondió la camarera.

Duncan se quedó paralizado, nunca nadie le había hablado así. Se quedó mirando como la chica se alejaba por el estrecho pasillo y pasaba al otro lado de la barra. Sentía un enorme deseo de meterla en cintura, nadie le faltaba al respeto, ¡nadie!

La camarera regresó unos minutos más tarde, dejó el café sobre la mesa y clavó sus ojos en él.

—Aquí tienes, señor simpático.

—No me gusta que me hablen en ese tono. —gruñó Duncan.

—Pues no tengo otro, así que te jodes. —respondió la camarera.

Duncan miró la plaquita que colgaba de su camisa, Tris, así se llamaba aquella desvergonzada.

—Tris, te aconsejo que me dejes en paz.

—¿Me conoces? —preguntó Tris.

Duncan colocó los codos sobre la mesa y se tapó los ojos con las manos, aquella chica era idiota.

—Lo pone en tu placa del pecho. —gruñó Duncan ya colérico.

Tris soltó una risotada y se llevó la mano a la plaquita.

—¡Es verdad!, hace poco que trabajo de camarera y no me acostumbro a llevar mi nombre en la camisa, ni que fuera un perrito.

Duncan apartó las manos y se quedó mirándola.

—¿Siempre eres tan charlatana?

—Me gusta ser abierta, aunque contigo es difícil porque estás amargado.

—No eres muy educada para trabajar de cara al público.

—No puedo evitarlo, tengo un problemilla.

—¿Un problemilla? —preguntó Duncan con ironía, ya que él veía más de uno.

Tris se sentó en el asiento de enfrente y Duncan puso los ojos en blanco.

—Verás, de pequeña mi madre pensaba lo mismo porque siempre respondía a todo y solía ser brusca. Al principio pensó que era una niña repelente.

—¿No sé por qué pensaría eso? —dijo Duncan dando un sorbo a su café a la vez que miraba por la ventana.

—Luego me llevó a un psicólogo y mira por donde, resulta que tengo una enfermedad muy poco usual.

—¿Enfermedad? —preguntó Duncan mirándola a los ojos y sintiendo que su cuerpo se tensaba.

—¡Tranquilo!, nada grave, aunque sí es algo muy molesto. No puedo mentir, cada vez que lo intento me sale la verdad como si dispararan un cañonazo. Bueno cara pez, te dejo, que mi jefe me va a reñir como no siga atendiendo a los clientes.

—¡Espera! Si de verdad no puedes mentir, dime... ¿qué piensas de mí?

Tris se quedó mirándolo, se le notaba que no quería contestar, sus mejillas se sonrojaron y acabó confesando.

—Eres un imbécil, maleducado, pero estás muy bueno. —dijo Tris avergonzada y se alejó de él.

Duncan sonrió, una chica que no podía mentir, eso sí que era algo interesante, teniendo en cuenta que él se movía dentro de un mundo de mentiras.

Se tomó el café y pidió otro, pero esta vez fue otra camarera quién le atendió, aquella chica lo evitaba, estaba claro. Al café le siguió un trozo de tarta de manzana y al final acabó cenando allí, no sabía por qué, pero no quería irse. Se pasó las horas observando a Tris, con el resto de clientes era dulce y eso le hizo sentir celos, menuda idiotez, ¿yo celoso?

Tris se quedó mirando el reloj, sonaron las campanadas y una inmensa tristeza la embargó. Cuando estudiaba marketing, trabajar en una cafetería o un restaurante estaba bien y era aceptable, necesitaba el dinero, pero después de graduarse... empezaba a asumir que su vida no cambiaría. Todas las grandes empresas habían ignorado o rechazado sus candidaturas.

—¿Pareces triste? —preguntó Duncan que se extrañó del tono suave con el que aquellas palabras habían brotado de su boca.

—Nunca pensé que me pudriría en un sitio como este. —confesó Tris.

—Eres joven, puedes cambiar de empleo.

—Claro, para don Armani, mucha pasta, eso es fácil de decir, pero luego sois vosotros los que nos jodéis el futuro a los que pedimos una oportunidad.

Duncan sonrió, pero rápidamente se puso serio, él no solía mostrar sus emociones.

Buscó en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo una tarjeta.

—El miércoles que viene estaré en la oficina de negocios, segunda planta, despacho número doce. Este jode vidas está dispuesto a entrevistarte para una oferta de trabajo.

—¿De qué es el trabajo?

—Lo sabrás si vas. —cortó Duncan.

—¡Tris, jodida vaga! ¡Muévete!

Duncan apretó los dientes y sus labios se convirtieron en una delgada línea. Tris dio un respingo y corrió hacia la barra para agarrar su bandeja y repartir unos cafés.

Duncan se acercó a la barra y le hizo una señal al tipo que había gritado a Tris. El dueño de la cafetería se acercó, se estaba secando las manos con un trapo cuando se plantó frente a Duncan y lo miró con seriedad.

—¿Qué quiere?

—¿Es usted el dueño?

—Sí.

—Sería una pena que esta bonita cafetería acabara en llamas y le garantizo que eso ocurrirá si vuelve a gritar o hablar mal a Tris. ¿Me he explicado? —dijo Duncan con ojos fríos como la muerte.

El dueño de la cafetería se quedó pálido y cuando vio acercarse a los dos escoltas, miró a Duncan aterrado.

—Lo siento, no volveré a hablarle así, se lo juro.

—Más le vale. —masculló Duncan, se giró y miró a Tris que parecía haberse percatado de que algo sucedía. Le dedicó una sonrisa burlona y se marchó.

Tris se quedó mirándolo, ¿qué le habría dicho ese tipo a su jefe?

Pasaron las horas y la cafetería empezó a llenarse de gente con la ropa llena de confeti. Su jefe estaba muy raro, le hablaba de forma dulce y respetuosa, pero... ¿qué le habría dicho don Armani para que actuara así? Siguió atendiendo las mesas, la espalda le dolía y había perdido demasiado peso, se miró a un espejo y pudo ver como se le marcaban los pómulos. No tenía ni idea de si ese tipo iba en serio o no, pero acudiría a la cita, cualquier cosa sería mejor que seguir en ese antro, además... estaba muy bueno, vamos, que un polvo le echaba si podía.

Capítulo 2

Miércoles por la mañana

Tris estaba sentada en uno de los pequeños sillones blancos del pasillo, una secretaria de aspecto estirado, tecleaba frenéticamente y revisaba la pantalla del ordenador.

No sabía qué hacer, por un lado quería marcharse, ver la cara del amargado no le hacía mucha gracia, tanta pasta para ser un desgraciado.

—Señorita Stanford, el señor Clanion la recibirá ahora.

Tris se levanta y camina hasta la puerta, la secretaria le dedica una sonrisa fría y ella se limita a abrir la puerta. Ahí está él, mirando unos papeles como si ella fuera un insecto que se ha colado en su despacho.

Duncan deja los documentos sobre la mesa y levanta la mirada, no puede creer que ella haya venido. Va vestida con un traje poco femenino y lo mira con frialdad.

—Siéntese señorita Stanford. ¿Ha traído un currículum?

—No, pensé que mejor sería entregarle el periódico del día. —Tris se lleva las manos a la boca, acaba de meter la pata, ¡puñetera verdad!

Duncan sonríe levemente, es raro para él estar con una persona que no puede evitar ser sincera.

Tris se sienta en la silla contigua al escritorio y le entrega un currículum que él recoge, evitando tocar su mano.

—Veo que está muy preparada, estudió en la escuela de negocios, especialidad marketing, master, postgrado, etc... Sin embargo, no tiene ninguna experiencia.

—Si va a empezar con el rollo de la experiencia, me largo.

—¿Estaría dispuesta a trasladarse a otra ciudad?

—Si el sueldo compensa, sí.

—Trabajaría en mi departamento de marketing en New York, su sueldo inicial sería de dos mil dólares. En cuanto al alojamiento, dispongo de un edificio, se le asignaría un apartamento.

—Tiene que ser fantástico ser tan rico. —dijo Tris sorprendida.

—Sí, lo es. —respondió Duncan sin emoción—. ¿Acepta?

—¿Ya está? ¿Me da el trabajo sin una prueba ni nada?

—Cuando esté en New York, su jefe se encargará de esas cosas. ¿Cuándo cree que podrá incorporarse?

—En unos días, estoy de alquiler y la verdad es que en un par de maletas coge todo lo que tengo.

—Bien, en ese caso, aquí tiene mi tarjeta, el viernes a las once de la mañana la espero en el aeropuerto.

—¿Para qué? —pregunta Tris dudosa.

—Tengo que cerrar algunos negocios, si lo desea, puede viajar en mi jet. Me encargaré de que alguien, una vez en New York, la lleve hasta su apartamento.

—Bien, gracias. —dice Tris mientras se levanta.

Camina hasta la puerta del despacho y justo cuando va a girar el picaporte, se vuelve y mira a Duncan.

—No lo entiendo, me da el puesto cuando, no nos engañemos, hay miles de personas mejor preparadas que yo. Tiene que haber una razón de peso.

—Así es, la hay. Comprobé su expediente psiquiátrico y ahora que sé que su problemilla con las verdades es cierto, me interesa tenerla en mi equipo.

—¡No tenías derecho! ¡Eres un bastardo!, ¿te crees que por tener dinero ya puedes meterte en la vida de los demás? Pues te diré algo, ¡métete el trabajo por tu estrecho culo de estirado! —gritó Tris y salió corriendo del despacho.

Duncan se reclinó en su sillón y sonrió.

Al día siguiente, Tris estaba sentada en la cama con la tarjeta de Duncan en la mano, echó un vistazo a su apartamento ruinoso y miró de nuevo la tarjeta. Introdujo el teléfono en su agenda del móvil y actualizó los contactos. No creo que este estirado tenga whatsapp, esta gente aburrida de negocios no tiene... ¡Tiene whatsapp! No me lo puedo creer, bueno por intentarlo no pierdo nada...

Tris empezó a teclear un texto, estaba atacada de los nervios, aquel idiota la mandaría al carajo seguro.

Tris: Señor Clanion.

Duncan: Hola Tris.

Este idiota ha guardado mi teléfono en su móvil, el muy cerdo sabía que no tenía alternativa.

Tris: ¿Ahora me tuteas?

Duncan: Sí, después de las confianzas que te tomas conmigo creo que es lo

que toca.

Tris: ¿Sigue en pie la oferta?

Duncan: Sí.

Tris: Acepto.

Duncan: Ya lo imaginaba.

Tris: Tendré que verte en el trabajo.

Duncan: No.

Tris: Me alegro ;)

Duncan dejó el móvil sobre la mesa y siguió escuchando la presentación de negocios. Menuda loca, una loca preciosa, aunque difícil de soportar, empezaba a irritarle tanta sinceridad.

Tris miró las maletas, no estaba muy segura de que llegaran vivas al aeropuerto, en cualquier momento podrían reventar por la cantidad de cosas que había metido. Se sentó en el suelo de la habitación y se quedó mirándolas. Veintiséis años y sus únicas posesiones eran dos maletas con ropa vieja, sintió una punzada en el corazón, al menos sus padres ya no estaban para ver como fracasaba.

Sonó el móvil y Tris se cayó al suelo asustada, no conocía a casi nadie en la ciudad, ¿quién sería?

Miró la pantalla del móvil y leyó el nombre, “Estirado”.

—Señor Clanion.

—¿Creí que ya habíamos dejado las formalidades?

—Es que me cuesta tutearle, me cae fatal y podría parecer que le aprecio si lo hago.

—Como quiera, señorita Stanford.

—¡Vale, está bien! Te tuteo.

—¿Tienes el equipaje preparado?

—Sí.

—Si te viene bien preferiría regresar a New York esta noche.

—Ya hablé con el casero y me despedí de la cafetería.

—¿La dirección de su currículum es correcta?

—No, me gusta dar la de mi vecino para preservar mi intimidad.

—No hacía falta ser sarcástica, a las siete pasaré a recogerla.

—Vale.

Este idiota me va a pasar a recoger y yo no sé qué ponerme, bueno, muy arreglada no, que no quiero que parezca que me muero por él, pero... ¿por qué

estoy tan nerviosa?

A las siete de la tarde la limusina se detuvo junto al edificio. Tris se asomó por la ventana y vio el vehículo, acababa de recibir un mensaje advirtiéndole de su llegada. Escuchó el timbre del apartamento y se estremeció, había subido para recogerla en persona. Corrió hasta la puerta y ocultó su decepción al ver a un tipo alto, de pelo castaño y ojos marrones.

—Señorita Stanford, el señor Clanion me envía para ayudarle con el equipaje.

—Son esas dos maletas. —respondió Tris tímidamente.

—Mi nombre es Ford.

Tris asintió con la cabeza, menuda estúpida estaba hecha, don Armani no iba a subir para llevar sus maletas, tenía lacayos para esas labores. Agarró su bolso y cerró la puerta, dejó que Ford usara el ascensor y bajó por las escaleras, echó las llaves en el buzón y salió fuera.

Ford introdujo las maletas en el maletero y Tris esperaba fuera del coche, no es que fuera de esas que necesitan que le abran la puerta, pero le intimidaba entrar y sentarse junto al estirado.

Ford le abrió la puerta y Tris sintió otra decepción, el estirado no estaba.

—El señor Clanion le pide disculpas, le ha surgido un problema que debe solventar, se reunirá con usted en el jet.

Tris asintió y observó como Ford cerraba la puerta y corría hasta el asiento delantero de la limusina.

New York, la ciudad de los rascacielos, sería interesante vivir allí, aunque no tenía claro que pasara las pruebas.

Duncan cerró el trato y abandonó la sala, estaba furioso. Le irritaba la avaricia de esos malditos brokers, por dos dólares eran capaces de arruinar una operación. Miró el reloj y suspiró, las ocho.

Tris esperaba sentada en uno de los mullidos sillones del jet, probó a activar la televisión, pero el mando no respondía. Resopló y tamborileó con los dedos sobre la pequeña mesita. Sus ojos volaron por todo el habitáculo, moqueta granate oscura, acabados en madera, cortinas de seda para las ventanas... ¡Por favor, qué clásico!

Duncan subió al jet, seguido de un tipo calvo con cara de pocos amigos que saludó a Ford y la ignoró con descaro.

—Siento el retraso. —dijo Duncan sin comprender por qué se disculpaba ante una simple empleada.

—No importa, me he entretenido bastante contándome los pelos de la cabeza, por cierto la televisión no funciona.

Duncan agarró el mando y pulsó un botón, luego marcó un número y la televisión se encendió.

—Tenía el bloqueo para niños encendido.

—¿Sueles llevar niños en el jet? —replicó Tris con malicia.

—Presté el jet a uno de mis directivos que tiene una hija pequeña, aparte de eso, no suelen subir niños a este avión. Solo gente torpe.

—¿Me estás llamando torpe? Es ese dichoso mando que no hay quien lo entienda.

Duncan se sentó en el sillón contiguo y se recostó, cerró los ojos y la ignoró. Tris se abrochó el cinturón y esperó a que el avión despegara, cuanto antes llegaran, antes lo perdería de vista.

Tris se quedó durmiendo, encogida en el asiento, tenía algo de frío a pesar de la calefacción, aún así la emoción le venció, nunca había salido de su ciudad y ahora iba camino de New York.

Duncan dejó el portafolio sobre la mesita y suspiró fastidiado, estaba agotado, harto y vacío, ¿para qué tanto esfuerzo? A veces fantaseaba con vender su compañía y marcharse a su mansión en el Caribe. Giró la cabeza y vio a Tris dormida, se levantó del sillón y se acercó a ella, liberó una palanca y extendió el sillón para que se desplegara y estuviera más cómoda. Abrió un compartimento y sacó una manta con la que la cubrió y fue entonces cuando ella le cogió la mano. Una sonrisa se dibujó en su cara, abrió los ojos unos segundos y los volvió a cerrar. Duncan estaba paralizado, sentir su mano, su sonrisa... aquella mujer era peligrosa, debía alejarse de ella o todo su mundo se derrumbaría.

Capítulo 3

Tris se despertó en el asiento trasero de una limusina, no tenía ni idea de cómo había acabado allí. El cristal interior del vehículo bajó lentamente y Tris se incorporó en el asiento.

—Señorita Stanford, estamos llegando al edificio. —Anunció Ford.

—Gracias Ford, por cierto... ¿Ford es nombre o apellido?

—Nombre, me temo que mi padre era un fanático de esa marca de coches.

Tris asintió con la cabeza, divertida, y agarró su bolso, sacó un pequeño espejito y casi chilla al ver que tenía todos los pelos de punta. Sacó un peine y trató de poner orden en aquel caos, menuda vergüenza, todos se habrían reído de ella, bueno todos no, el estirado no creía que pudiera tener sentido del humor. Con esa cara seria, esos labios que parecían grapados y su traje de don perfecto, era tan estirado que debía cagar bolitas como los conejos, ¡capullo!

La limusina se detuvo junto a un rascacielos, Ford sacó un mando y abrió la puerta del parking, lentamente bajó la rampa y circuló por él hasta llegar a la zona de ascensores. Tris bajó del vehículo y corrió hasta el maletero, pero Ford le impidió que cogiera las maletas.

—Por favor señorita, el señor Clanion se enfadaría mucho si le permitiera cargar con ellas.

—¡Al carajo el señor Clanion!

—Señorita, es mi jefe, por favor, no me ponga en un compromiso.

Tris puso los ojos en blanco y suspiró, que hiciera lo que quisiera.

Los dos tomaron el ascensor hasta la planta baja, donde Ford la invitó a salir y le hizo una señal para indicarle que le esperara.

Ford caminó hasta la recepción del edificio, habló algo con la recepcionista y esta le entregó unas llaves, la chica le hacía ojitos a Ford y Tris sonrió divertida.

—Podemos subir, espero que no sufra de vértigo porque le han asignado un apartamento en la planta noventa y nueve.

Tris lo miró asustada, abrió tanto la boca que temió que se le desencajara. Ese maldito estirado se había vuelto loco, ella vivía en un segundo piso en su

ciudad y ya le parecía demasiado alto. ¡Joder, qué miedo!

El ascensor más que subir, volaba, en apenas nada, ya habían llegado hasta la planta noventa y nueve. Los dos cruzaron el pasillo y Ford sacó la llave del apartamento, abrió la puerta y la invitó a pasar. Tris entró tímidamente, dejó que él entrara las maletas y se quedó parada sin saber qué hacer.

—Señorita Stanford, si no necesita nada más, me retiro. —dijo Ford entregándole las llaves del apartamento.

—Puedes retirarte Ford y gracias por todo.

—Ha sido un placer.

Tris cerró la puerta del apartamento con llave, empezaba la paranoia. El apartamento estaba compuesto por un gran salón, equipado con un gran sillón en forma de u, rematado con una mesita de cristal en el centro, y una enorme pantalla de televisión, una cocina a la izquierda de la sala, un dormitorio en el que había un baño completo con una preciosa placa ducha, y un lavabo espacioso con un enorme cristal. ¿Se habría equivocado el estirado y le había asignado un apartamento de ejecutivo? Ella esperaba una ratonera en algún barrio pobre, pero aquello era demasiado lujoso para una simple empleada. ¿Será que este cerdo quiere algo más de mí?

Duncan estaba sentado, revisando unos documentos de su última operación, pero no se concentraba, no podía dejar de pensar en esa loca de ojos azules, con su pelo alborotado y su sonrisa infantil. Apartó esos pensamientos y trató de centrarse, él no tenía tiempo para estupideces, vivía en un mundo que te devoraba en cuanto bajabas la guardia. Sonó el timbre de su móvil, sonrió al ver quien era.

—Hola Brenda, ¿qué tal la luna de miel?

—Te echamos de menos en la boda.

—Lo siento mucho, no me encontraba bien, si puedo daré una escapada para veros.

—¡Sí, por favor! ¿Lo harías?

—¿Tan aburrida estás que deseas verme? ¿no te entretiene ese loco?

—Joe no deja de bailar, todo el día de fiesta y ya se conoce a todo el mundo, nunca pensé que fuera tan sociable, me agobia.

Duncan soltó una carcajada, a él también le desesperaba Joe, pero era un buen tipo, era sincero y leal, para él eso era lo más importante.

—Tengo que dejarte, un beso preciosa.

Brenda soltó un ruidoso beso y Duncan volvió a sonreír, como quería a esa

tonta.

Ford se quedó parado en la puerta del despacho, no pasaría sin permiso.

—¿Sí, Ford?

—La señorita Stanford ya está instalada en el edificio.

—¿El apartamento es de su agrado?

—No estoy seguro señor.

—¿Cuáles fueron sus palabras exactas? —preguntó Duncan con seriedad.

—Señor, sus palabras no fueron muy respetuosas.

—Corta el rollo Ford y habla.

—Dijo que es usted un estirado y por su cara no le agradó nada que le hubiera asignado un apartamento a tanta altura.

—Gracias Ford, puedes retirarte. Hoy no saldré.

Ford asintió con la cabeza y se marchó a las dependencias del equipo de seguridad. Duncan sonrió, sería interesante tener a esa loca en su oficina, muy interesante.

Tris se dejó caer en la cama, debía ducharse y deshacer sus maletas. Sonó el móvil y no pudo evitar chillar, no se lo esperaba, miró la pantalla, estirado.

—¿Sí?

—Empezarás el lunes, en recepción encontrarás un sobre con la información de la empresa y el nombre de tu supervisor.

—¿No tienes secretaria?

—Sí, tengo secretaria.

—¿Entonces para qué me llamas tú? ¿No tienes nada que hacer?

Duncan colgó el teléfono, eso le pasaba por intentar ser amable con una estúpida.

Tris se quedó mirando la pantalla del móvil, sorprendida. ¡Pues no que me ha colgado el estirado! Este tío es tonto, pero no un poco, bastante. Se desnudó y corrió al baño, necesitaba una buena ducha y luego a registrar el apartamento.

El viernes por la mañana, Tris se ajustó un chándal y una gabardina roja, se colocó su gorro rosa de la suerte, agarró su pequeño bolso y abandonó el apartamento. Pulsó el botón de llamada del ascensor y sonrió, pero la sonrisa se le congeló al ver quien estaba en el ascensor.

—Bonito vestuario. —dijo Duncan con sarcasmo.

—Al menos yo combino colores, tú solo sabes vestir con negro y blanco, pareces un agente secreto barato.

—Tal vez, pero al menos yo no dañé las retinas de nadie con esos colores tan llamativos.

—¿Qué insinúas?

—He visto payasos más discretos.

—¡Tu madre, gilipollas!

Duncan se mordió el labio para no sonreír, hacía tiempo que no se divertía así.

—Deberías hablarme con más respeto, soy tu jefe.

—Te hablaré con respeto cuando tú seas respetuoso conmigo, ¡pídeme perdón por ser tan grosero!

Duncan la miró sorprendido, ¿pedirle perdón... él?

—Estoy esperando. —gruñó Tris.

—Te pido disculpas por mis palabras ofensivas y poco adecuadas. —dijo Duncan.

—No lo dices en serio, ¿verdad?

—No. —respondió Duncan.

—Sabía que eras un estirado, ahora sé que también eres un capullo.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana?

—Nada que te importe, tú me imagino que te irás a la ópera y luego a algún prostíbulo para ricos.

Duncan la miró con los ojos muy abiertos, ¿de dónde sacaría esa loca semejante ideas?

—En realidad prefiero que las chicas vengan a mi apartamento y torturarlas para que me complazcan.

—Degenerado. —dijo Tris mirando como los números de plantas se sucedían en la pequeña pantalla azul.

—¿En serio piensas que yo hago esas cosas?

—Yo que sé lo que haces en tu vida privada, pero por mí como si te tiras a una cabra detrás de tu escritorio o tienes una colección de muñecas hinchables.

La puerta del ascensor se abrió y Ford apareció junto a Branson, los dos se sorprendieron al verlos juntos de nuevo.

—¡Hola Ford!

—Hola señorita Stanford.

—Espero que no te fastidie mucho hoy este estirado.

Ford se puso colorado, Branson ni pestañeó y Duncan sonreía como un

tonto, pero se puso serio en cuanto Branson lo miró.

Tris paseaba por las calles abarrotadas, le parecía mentira no tener que trabajar hasta el lunes, pero... ¿qué hacía el estirado en su edificio? Se quedó mirando el escaparate de una tienda de ropa, debía estar en la zona más cara de New York, porque ni en sus sueños podría comprar nada allí. Suspiró fastidiada y caminó hasta una entrada del metro, bajó las escaleras y decidió alejarse de ese barrio. Necesitaba algunas cosas y allí no podría conseguirlas al precio que ella podía permitirse.

De camino a la oficina, Duncan revisó su móvil, leyó varios correos y curioseó un poco en internet. Aquella loca lo había descentrado.

Capítulo 4

Tris se bajó del metro y recorrió la terminal hasta la salida, donde para su sorpresa se topó con un mercadillo, admiró la arboleda cercana y pensó que aquello debía ser Central Park. Compró algo de fruta fresca y un pañuelo azul de terciopelo, miró un puesto de antigüedades y se enamoró de una ranita roja que esbozaba una enorme sonrisa. Regateó un poco con el vendedor y la compró por diez dólares.

No estaba mal esa ciudad, aunque hacía demasiado frío y las calles estaban cubiertas de nieve. Las tripas empezaron a cantar y decidió entrar en una cafetería, ¡uuuff! Qué malos recuerdos le traía, se pidió un café bien cargado y una rosquilla de chocolate. La camarera no tardó en regresar con su rosquilla y una taza enorme de café. Tris miró la taza, si se tomaba todo el café, no dormiría en un mes, pero le dio igual, hasta el lunes no tenía que ir a trabajar y ni siquiera sabía dónde se encontraba la sede de su empresa. No pudo evitar sonreír como una tonta, aquello era toda una aventura para ella, apartamento lujoso, trabajar en lo que había estudiado, lo malo era el estirado, pero siendo el jefe, rara vez volverían a coincidir, y a medida que pasara el tiempo, su relación se limitaría a un saludo más o menos cortés. Pensó que tal vez en esa ciudad podría conocer a un buen chico, casarse, tener hijos... Volvió a sonreír, era una locura, pero... ¿por qué no?

Duncan estaba sentado en la sala de juntas con la mirada perdida, era su tercera reunión de la mañana, los movimientos de bolsa habían puesto nerviosos a sus accionistas y ahora todos querían saber su opinión y las medidas que iba a tomar para corregir tan desventajosa situación.

—Según los índices, el precio de las materias primas subirá en breve, los problemas en Venezuela y la desestabilidad en los países árabes ha generado una onda alarmista, y los principales compradores empiezan a comprar para aumentar sus reservas, nadie se quedará sin petróleo en pleno invierno.

—Espero que tenga usted razón, nos jugamos mucho si se equivoca. —dijo uno de los miembros de la junta.

Duncan clavó sus ojos en él y este bajó la mirada, no era una persona que

aceptara que cuestionaran su palabra. Branson leía el periódico en la sala de espera y Ford jugaba a Call of Duty en su móvil.

—Bien caballeros, doy por concluida la reunión, les deseo un buen fin de semana, el lunes continuaremos diseñando nuestra estrategia para la compra de Merser. —dijo Duncan con su acostumbrada frialdad y voz susurrante.

Ford se puso en pie en cuanto vio aparecer a Duncan, Branson parecía algo más relajado.

—Nos vamos. —informó Duncan.

Los tres hombres caminaron hasta la zona de ascensores y descendieron hasta el parking. Ford estaba tenso, hacía poco que un loco se había abalanzado contra Duncan y se ponía nervioso cada vez que tenían que salir a la calle.

Branson se sentó tras el volante, le gustaba conducir, Ford se sentó a su lado y suspiró, subió el cristal interior para dar más intimidad a su protegido y miró a Branson.

—¿Crees que ese ataque fue una mera casualidad?

Branson negó con la cabeza y aceleró el motor, el tipo que intentó atacar a Duncan era un don nadie, pero sospechaba que solo fue una prueba para evaluar su seguridad. Mantendría los ojos muy abiertos y si era preciso, contrataría más personal. Duncan tenía muchos enemigos, su carácter poco sociable y en ocasiones cruel, no ayudaba mucho.

Tris esperó en la recepción a que la chica terminara de contestar una llamada, tamborileó con los dedos sobre el mostrador de mármol blanco mientras observaba el enorme hall decorado con un estilo soberanamente frío y conservador, paredes de mármol negro y algún que otro cuadro abstracto con colores poco llamativos.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Mi nombre es Tris Stanford, el señor Clanion me dijo que dejarían un sobre para mí.

La chica abrió un cajón y rebuscó durante unos segundos.

—Aquí tiene. —la chica agarró un folleto de un expositor cercano y lo colocó junto al sobre—. En este folleto podrá informarse sobre todos los servicios que ofrece nuestro edificio a sus clientes.

—¿Servicios? —preguntó Tris sin comprender.

—Piscina climatizada, restaurante, sala de fiestas, sala de reuniones... en el folleto encontrará los detalles.

Tris le dedicó una sonrisa y recogió el sobre y el folleto que introdujo, sin mucho cuidado, en una de las bolsas en las que llevaba su compra. Caminó hasta el ascensor y pulsó el botón de llamada.

—Buenas tardes señor Clanion.

Tris miró hacia la entrada y al ver a Duncan, pulsó con insistencia el botón de llamada.

—¡Maldito ascensor! Cualquiera sale corriendo por las escaleras, noventa y nueve pisos. ¡Joder, ábrete ya!

Las puertas se abrieron y justo cuando Duncan iba a entrar, ella pulsó el botón con el número noventa y nueve y las puertas se cerraron.

—¡Jódete ricachón!

Duncan se cruzó de brazos contrariado, la gente solía intentar caerle bien, todos querían la amistad del hombre más rico y poderoso de New York, todos menos ella. Branson le tocó en el hombro y Duncan lo siguió hasta el otro ascensor.

—Estás muy callado Branson, demasiado silencio hasta para ti. —dijo Duncan.

—Me gusta esa chica, es la primera mujer que pasa de ti. —dijo Branson sonriendo.

—Es como todas, solo tengo que sacar un buen puñado de dólares y la tendré comiendo de mi mano. —contestó Duncan con arrogancia.

—No te lo crees ni tú, le cae mejor Ford que tú. Quién sabe, igual hasta acaban liados.

—¿Ford con esa loca?

—Cosas más raras se han visto, además esa chica tiene pinta de estar chapada a la antigua.

—¿Qué quieres decir?

—Que nunca se fijaría en un tío frío, aburrido y superficial como tú.

—Branson, te estás pasando, te recuerdo que soy tu jefe.

—Y yo te recuerdo que soy el único amigo que tienes, así que no me toques las pelotas o te pego un puñetazo.

—Pegas como una abuelita. —replicó Duncan con burla.

—Sigue así y verás. —gruñó Branson.

Tris no podía dejar de sonreír, la cara que puso el estirado cuando vio que se cerraban las puertas del ascensor, anda y que te haga la pelota tu gente. Abrió la puerta del apartamento y dejó las bolsas sobre la mesa del salón.

Agarró el folleto y se dejó caer sobre el sillón, pasó la primera página que solo daba la bienvenida y se centró en el esquema del edificio. Parecía muy completo, hasta gimnasio, y lo mejor de todo, los servicios eran gratuitos para los inquilinos, sin duda lo probaría todo. Le chocaba que el restaurante también fuera un servicio incluido en el alquiler, menudo edificio más raro y... ¿qué clase de gente viviría en él? ¡OOOH noooo! Cayó en la cuenta de que el estirado debía vivir allí, de otro modo no tendría ningún sentido haberse encontrado con él dos veces el mismo día. Ya no le hacía tanta gracia usar los servicios del edificio, pensar en cruzarse con él, lo fastidiaba todo.

Por la noche, se puso un vestido negro, sin mucho glamour, un collar de bisutería y sus pendientes favoritos de ositos con perlitaz azules, cogió su bolso y salió al pasillo, probaría el restaurante.

Bajó hasta la planta diecinueve y se quedó impresionada al ver que el restaurante ocupaba la planta al completo, estaba claro que no solo era para inquilinos porque estaba abarrotado. Caminó entre las mesas y comprobó con fastidio que no había ninguna mesa libre, se giró dispuesta a marcharse cuando Ford la interceptó.

—Señorita Stanford, el señor Clanion desea que la acompañe a cenar.

—Dígale al señor Clanion que prefiero comer un sándwich en mi apartamento.

—Señorita... me temo que se lo pide como su jefe, no es una opción.

Tris puso los ojos en blanco y lo siguió en silencio hasta un reservado. Branson abrió la puerta y la dejó pasar. Tris se quedó mirando la mesa con dos sillas, una de ellas ocupada por el estirado, las paredes de madera estaban decoradas con fotos de barcos antiguos, y al frente, una enorme cristalera dejaba ver la ciudad alegremente iluminada.

—Bonita estrategia, usar tu poder para obligar a una empleada a soportarte.

—No me gusta que me cierren la puerta en las narices.

Tris le sacó la lengua y Duncan la miró con los ojos muy abiertos, no estaba acostumbrado a esas faltas de respeto tan infantiles.

—¿Qué deseas cenar? —preguntó Duncan mirando la carta.

—Algo rápido para poder largarme cuanto antes, pizza o una hamburguesa.

—Aquí no servimos esos platos.

—¿Servimos? No sabía que fueras cocinero, ¿o trabajas de friegaplatos en la cocina?

—¿Siempre eres tan cortante?

—Sí, no me caes bien. —contestó Tris pellizcando un bollito de pan y llevándose un trozo a la boca.

Un camarero entró en el reservado y sacó su block de notas.

—¿Qué desean tomar?

—Unos entrantes variados, guiso de pato y algo de marisco, de postre la tarta especial de la casa. —pidió Duncan.

El camarero asintió con la cabeza y se marchó.

—No soy tu perro, ¿quién te crees que eres para pedir por mí? —gruñó Tris.

—Tu jefe.

—No eres mi dueño.

—Lo sé, pero no encontrarás ningún trabajo que te ofrezca las condiciones que yo te doy.

—No compensa tener que aguantarte. —respondió Tris mirando la ciudad, aquel tipo le irritaba, solo quería cenar y marcharse.

Capítulo 5

—¿Te gusta mi edificio?

—No está mal, un poco anticuado, pero bien.

—¿Anticuado? —preguntó Duncan sorprendido.

—La decoración es muy antigua y seria, es triste, estoy loca por cobrar mi primer sueldo y redecorar mi apartamento.

—Pensé que estaría al gusto de los clientes.

—Cada persona es un mundo, no está mal si vas a vivir en ellos como si fuera un hotel, pero si vas a pasar largas temporadas, es mejor alquilarlos o venderlos vacíos y que cada cual los amueble a su gusto.

—Agradezco tus comentarios, los tendré en cuenta a partir de ahora.

—¿Siempre hablas tan bajito? —preguntó Tris molesta.

—¿Estás sorda?

—No, idiota, pero pareces el conde Drácula.

Duncan sonrió y Tris se quedó sin palabras, el estirado sabía sonreír.

—Deberías sonreír más a menudo, te hace parecer humano.

—Puede que no tenga razones para sonreír, o puede que no quiera parecer humano. —respondió Duncan que guardó silencio en cuanto vio aparecer al camarero empujando un carrito de metal plateado, en el que transportaba los recipientes que contenían su cena.

El camarero colocó un plato con entrantes y les sirvió el vino.

—Puede retirarse, ya me ocupo yo de servir. —dijo Duncan con su acostumbrada frialdad.

El camarero asintió y se marchó, dejándolos a solas. Tris agarró un canapé y se lo llevó a la boca, sus ojos se abrieron como platos, se podía ver en su cara que estaba disfrutando cada bocado.

Duncan se levantó y sirvió un poco de guiso de pato, al principio Tris lo miraba con desgana, pero acabó claudicando en cuanto lo probó.

—¿Siempre cenas solo?

—Sí.

—Pues vaya vida más triste, no es que yo tuviera muchos amigos, pero

solía quedar con ellos para salir y cenar por ahí.

—En mi mundo no hay amigos.

—Pues vaya asco de mundo. ¿No tienes familia?

—Mis padres desaparecieron, me crié con mi abuelo y mis tíos que tienen una hija.

—¿Y por qué no vas a verlos?

—¿Por qué te preocupa que esté solo? ¿Creía que te caía mal?

—Me caes fatal, pero eso no significa que me guste que nadie esté solo.

—Mi abuelo falleció hace años, mis tíos viven lejos y mi prima está de luna de miel.

—Luna de miel... —dijo Tris con tristeza, ella no conseguía tener una pareja formal, nadie aguantaba su desbordante sinceridad.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Duncan nervioso al ver su expresión sombría.

—Sí, es que... a veces pienso que al final acabaré sola como tú.

—¿Por qué dices eso?

—Está claro que tú eres demasiado aburrido y serio como para enamorar a una chica normal y yo soy tan sincera que los chicos huyen de mí.

—Prefiero la sinceridad a la mentira.

—Eso lo dices porque no convives conmigo.

Duncan se estremeció al pensar en cómo sería vivir con ella, acariciar su bello cuerpo, besarla...

—Tienes razón, yo acabaré solo, no creo en el amor, al menos no para mí, pero estoy seguro de que tú no correrás la misma suerte, eres bella y Ford dice que eres muy simpática.

—Ford es un encanto.

Duncan sintió como si las tripas se le retorcieran, ¿celos? ¿él? Miró hacia la ciudad y se quedó callado, observando las luces de un rascacielos cercano.

Duncan sirvió el marisco y guardó silencio, Tris parecía estar disfrutando de la comida y cuando llegó la tarta, se relamió sin contemplaciones.

—Bueno, estoy llena, será mejor que me marche.

—¿Puedo acompañarte?

—No voy a salir del edificio.

—Lo sé.

Duncan ordenó a sus hombres que lo esperaran en su apartamento y tomó el ascensor junto a Tris.

—No eres tan capullo cuando te relajas. —dijo Tris sonriendo.

—Ni tú tan desagradable cuando tienes la boca llena.

—¡Vaya, esa ha estado buena! Si al final resultará que hasta tienes sentido del humor.

La puerta del ascensor se abrió y los dos caminaron por el pasillo enmoquetado, Tris sacó las llaves y se acercó a la puerta.

—¿Te importa que pase?

Tris lo miró con seriedad, ¿pero qué se creía este? ¿una cena, un polvo?

—Solo quiero ver tu apartamento y podrías decirme qué cambios harías.

—Está bien. —contestó Tris de mala gana, como intentara algo, le estampaba una sartén en toda la cara.

—Me gustaría cambiar esas cortinas por unas azules, eso daría calidez, y pintarlo con un tono amarillito, me gustan los muñecos, como este. —dijo Tris corriendo hacia una de las bolsas y sacando la ranita.

Duncan la cogió con cuidado y la miró divertido, no esperaba que ese tipo de decoración le agradara.

—El dormitorio no está mal, pero prefiero moqueta, cuando me levanté esta mañana casi me congeló de cuerpo entero y esos cuadros modernos, yo prefiero diseños divertidos, fotos de perritos, paisajes...

—Entiendo, te agradezco que me hayas dejado pasar y te doy las gracias por haber cenado conmigo.

Duncan la miró fijamente y se marchó. Tris se sentó en la cama, por unos instantes pareció como si sus ojos dejaran de ser fríos y vacíos, hubiera jurado que la miró con dulzura. Meneó la cabeza negativamente y entró en el baño.

Duncan se dejó caer sobre un sillón y aceptó la copa que Branson le ofrecía, los dos se miraron al escuchar un sonido gutural en la planta de abajo.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Duncan.

—Creo que es música heavy. —respondió Branson— Y ya sabes quien vive abajo. —dijo Branson guiñándole un ojo mientras se giraba y se marchaba.

Duncan dio un trago a su copa y miró la botella sobre la mesa, si esa loca no quitaba pronto esa música infernal, se iba a enterar quién era él.

Tris se enjabonaba mientras movía la boca simulando cantar al ritmo de Linkin park. Le encantaba esa música rock, fijo que el estirado escuchaba música clásica.

Escuchó que alguien tocaba a la puerta y se enfundó en una toalla, suerte

que le dio tiempo de quitarse la espuma, salió corriendo, se escurrió y llegó antes hasta la puerta, respiró profundamente y tragó saliva. Abrió la puerta y allí estaba el estirado, con su habitual cara de pocos amigos, enfundado en una bata de seda negra.

—Haz el favor de bajar o quitar esa maldita música. —gruñó.

—¡No me da la gana! —chilló Tris.

—Soy el dueño del edificio y aquí yo pongo las normas, además vivo justo encima de ti y me tienes loco.

—¡Pues no me importa un carajo!

—¿Es una araña eso que tienes en la cabeza? —preguntó Duncan con seriedad.

—¡Aaaaaaaah, quítamelaaaa! —gritó Tris llevándose las manos hasta la cabeza para sacudirse el pelo y perdiendo el control de la toalla que cayó al suelo, dejándola completamente desnuda ante los ojos de Duncan.

—No estás mal, algo canija, pero no estás mal.

—¡Serás cerdo! ¡Lo has hecho a propósito, degenerado! —gritó Tris y cerró la puerta de un portazo.

Duncan caminó hasta el ascenso, sin dejar de sonreír, desde luego que lo había hecho a propósito y le había encantado el resultado de su poca caballerosa hazaña.

Tris estaba rabiosa, secó su cuerpo con tanta fuerza que casi se araña la piel, agarró el secador y comenzó a pasarlo por su revuelto pelo. Sentía unas ganas horribles de partirle la cara a ese imbécil, cara dura, se las pagaría, ¡vaya que sí se las pagaría! Se vistió y bajó al parking, le costó, pero encontró la limusina del estirado, había memorizado la matrícula, sacó un cuchillo de carne y comenzó a rayarle el coche, horizontal, vertical, dibujitos, un pene, caritas sonrientes. ¡Jódete!

El sábado por la mañana, Duncan bajó al parking acompañado de Ford, le apetecía dar un paseo por Central Park para aclarar sus ideas. Cuando llegó a la limusina, Ford se llevó las manos a la cabeza y Duncan soltó una carcajada.

Tris bajó en el ascensor hasta la recepción, lucía un sol brillante y le apetecía dar una vuelta, no muy lejos de allí, estaba Central Park y sintió el impulso de visitarlo pues solo lo había visto en las películas.

Duncan no podía dejar de sonreír, Ford no entendía nada y se sentía ridículo porque la gente no dejaba de mirar la limusina y sonreír.

—Aparca, quiero seguir a pie.

—Sí señor. —respondió Ford que rápidamente aparcó junto a la acera y salió fuera para vigilar que el entorno fuera seguro.

Los dos hombres caminaron por las bulliciosas calles contiguas a Central Park. Duncan seguía sonriendo, menuda rebelde estaba hecha la loca.

Entró en el parque y se sorprendió al ver a Tris sentada en un banco, devorando un dulce de chocolate. Caminó hacia allí y se sentó a su lado. Tris puso los ojos en blanco nada más verlo.

—¡Joder, esto es acoso!

—¿No sabrás nada sobre unos arañazos en mi limusina?

Tris se puso roja y siguió mordisqueando su dulce, como le preguntara mirándole a los ojos, acabaría confesando y no le convenía, ¡maldita verdad!

Duncan clavó sus ojos en ella.

—¿Lo has rayado tú?

Tris se puso más colorada aún, su mente decía calla pero su boca la traicionó.

—Sí y no me arrepiento, es lo mínimo por haberme desnudado.

Duncan soltó una carcajada y Tris lo miró sorprendida, ese tío estaba muuuuy loco, ¿acaso le alegraba que le hubiera destrozado el coche?

—Me encanta que no puedas mentir.

—Estás como una cabra, ahora que lo sabes, denúnciame y lárgate, quiero estar sola.

—No voy a denunciarte, pero te daré dos opciones, descontar de tu sueldo tres mil dólares por el coste de reparar mi limusina o acompañarme este fin de semana a varios sitios.

Tres mil dólares era mucho dinero, suspiró fastidiada, debió contenerse, pero no pudo y ahora tendría que acompañarle.

—Está bien, te acompañaré. —dijo Tris con ojos llenos de tristeza.

Duncan la miró y sintió un escalofrío, aquella chica parecía estar pasándolo muy mal, ¿tan odioso le resultaba? Se puso en pie y la miró con frialdad.

—No te voy a cobrar el arreglo y tampoco es necesario que me acompañes, lo siento, no debí pedirte eso.

Tris levantó la mirada, Duncan parecía abatido a pesar de que trataba de mostrarse frío.

—¿A dónde iríamos?

—La inauguración de una discoteca de un cliente y mañana a un restaurante

a las afueras.

—Quiero ir. —respondió Tris sin saber por qué le había afectado tanto verlo así.

—¿Seguro?

—Sí.

—Te pasaré a recoger a las nueve, adiós Tris.

—Adiós Duncan.

Capítulo 6

Ford abrió la puerta de la limusina y Tris entró en el vehículo y para variar, el estirado no estaba. Ford entró y se colocó al volante.

—¿Creí que el esti... Duncan vendría?

—Se reunirá con usted en el local, le ha surgido un compromiso ineludible.

—¿Ford?

—¿Sí?

—Corta el rollo de señorita Stanford, no soy una millonaria estúpida a la que le guste que la traten como a una duquesa.

—Entendido.

Llegar a una discoteca de lujo y que todo el mundo te vea bajar de una limusina... estaba disfrutando como una loca hasta que vio a Branson en la puerta del local. Ford se marchó para aparcar el vehículo y Branson tomó el relevo, ¡joder, ni que fuera el presidente!

—El señor Clanion me ha pedido que la acompañe hasta la zona Vip.

—¡Por dios! ¡Deja de hablarme como si tuviera setenta años!

—¿Prefiere que le coja la mano y le dé una piruleta?

—Branson, eres más tonto que tu jefe. ¡Llévame con los Vip! Tengo ganas de tomarme algo.

Branson sonrió y la llevó hasta el reservado en la planta alta donde solo la gente con mucha pasta podía estar.

Branson le ofreció una copa con un combinado verde que Tris no había probado en su vida, le dio un sorbo y se le cerró un ojo.

—¡Qué fuerte está esto! ¿Me quieres matar?

—No, pero no me importaría perderla de vista un rato. —respondió Branson con sarcasmo.

Tris lo miró, no era el típico guardaespaldas lameculos, eso estaba claro. Dio otro sorbo a su copa y esta vez pareció soportarlo mejor. Duncan subió las escaleras que conducían al reservado, esquivó como pudo a la gente que se agolpaba en el local y sonrió al ver a Tomy.

—El todopoderoso ha llegado. —dijo Tomy.

—Calla idiota y ya puedes traerme una cerveza para empezar.

—Yo no soy tu camarero. —dijo Tomy que hizo una señal a un camarero para que se acercara—. Cerveza para él y un ron miel para mí.

Los dos hombres pasearon por el reservado, Tomy le explicó todos los arreglos e innovaciones que había introducido en la discoteca, miraron a través de los ventanales y observaron como hombres y mujeres bailaban en la planta baja. Duncan vio a Branson y sentada junto a él estaba ella, con un mono negro de gasa y su pelo suelto, apenas llevaba joyas, pero resplandecía como un diamante entre la multitud. Caminó hasta ella y se sentó a su lado, Tomy se quedó mirándola y suspiró.

—Dado que este maleducado no me presenta, mi nombre es Tomy. —dijo cogiendo la mano derecha de Tris y depositando un beso en ella—. ¿Es tu chica?

—No, es mi empleada. —respondió Duncan con frialdad.

Tomy asintió con la cabeza y se quedó observando a Tris, hasta que vio que Duncan le fulminaba con la mirada.

—Bueno, debo irme, tengo un negocio que atender. Tris, ha sido un placer conocerte, aquí tienes una tarjeta Vip, con ella podrás venir a verme cuando quieras.

Tris cogió la tarjeta y le sonrió. Duncan se retorció en el sillón, ¿por qué le molestaba ese coqueteo entre los dos?

Tris se giró y miró a Duncan con rabia.

—¿Es una empleada? ¡Serás capullo!, ¿te costaba mucho decir que era una amiga?

—Yo no tengo amigas.

—Normal, eres idiota y tienes la delicadeza de una patada en el culo.

—Me gusta como vienes vestida, te sienta bien.

Tris se puso colorada, no se esperaba esa reacción, agarró su copa y dio un buen trago.

—Con esa tarjeta podrás entrar gratis en la discoteca tus amigas y tú.

—O mis amigos. —respondió Tris con malicia.

Duncan clavó sus ojos en ella, esa mujer lo irritaba, pero su sinceridad le resultaba tranquilizadora, al menos ella no lo engañaría.

—Tomy no está mal, ¿cómo es?

—Excéntrico, manipulador y mujeriego.

—¡Vamos, como tú! —dijo Tris dando otro sorbo a su copa—. Este

combinado está asqueroso.

—Se llama muerte amarga, si te lo ha servido Branson es que has conseguido irritarlo.

—¿Lo dices por experiencia?

—Sí.

—Yo creía que los guardaespaldas no se atrevían a hacer esas cosas por miedo a perder su trabajo.

—Eso quisiera él, que lo despidiera, pero es de las pocas personas en las que confío.

—¿Es tu amigo?

—Se podría decir que es lo más parecido a un amigo.

—¿Nunca has tenido novia?

—No, solo amantes.

—No, solo amantes, qué aburrido eres, yo no podría estar sola toda la vida, necesito alguien con quien pelearme.

Duncan se recostó en el mullido sillón y la miró, le resultaba extraño estar con ella, escuchar su conversación, él no solía prestar atención a las mujeres, no tenía necesidad, todas buscaban su dinero y era fácil conseguir de ellas lo que deseara. Sin embargo, ella era tan diferente a las otras que lo desconcertaba, el dinero no parecía preocuparle lo más mínimo.

—¿Te aburro? —preguntó Tris apabullada ante el silencio de Duncan.

—No, me gusta que hables, me relaja.

—¿En serio? Todo el mundo dice que hablo demasiado. ¡Quiero bailar! —gritó Tris y tiró de Duncan hasta la pista de baile en la que en esos momentos sonaba una canción dance.

Duncan se limitó a quedarse junto a ella, no parecía muy dispuesto a bailar. Tris se movía al ritmo de la música, se contoneaba cerrando los ojos, subiendo y bajando los brazos como si estuviera en trance. Abrió los ojos y entrelazó sus manos rodeando el cuello de Duncan que la miraba con los ojos muy abiertos.

Duncan la tomó por la cintura y se estremeció al sentir su cuerpo bajo aquella fina tela. Había estado con muchas mujeres, pero ninguna consiguió ponerlo así de nervioso. Deseaba llevarla a la cama, pero algo le decía que si lo hacía, toda su vida cambiaría y eso le aterraba.

Sobre las dos de la mañana, Duncan cogió a Tris de la mano y la condujo hasta la salida privada, estaba muy cansada y se notaba que se estaba

quedando dormida. Ford detuvo el vehículo justo ante la salida y Branson abrió la puerta para que Duncan pudiera ayudar a entrar a Tris. Nada más sentarse Duncan, ella resbaló hasta su regazo, se había quedado dormida, demasiado alcohol o emociones. Duncan acercó tímidamente su mano hasta su pelo y lo acarició, bajó hasta su mejilla y pasó el dorso de la mano por ella. Ojalá él fuera capaz de amar... pero, ¿cómo podía amar si no confiaba en nadie? Se maldijo a sí mismo, con cada caricia más se acentuaba el placer que sentía por tenerla cerca, la chica rebelde y sincera.

Capítulo 7

La limusina entró en el parking del edificio y Branson no tardó en salir del vehículo para ayudar a Duncan con Tris.

—La llevaré a su apartamento. —dijo Branson.

—No, la llevaré yo. —replicó Duncan que no deseaba que nadie la tocara.

Caminó hasta el ascensor con Tris en brazos, aspiró el olor de su pelo, el calor de su tez, sabía que era un error, pero ella era tan real, tan pura...

Tris sintió un olor fresco y suave, abrió los ojos y vio que Duncan la llevaba en brazos. No podía creer que él pudiera tener esos detalles, cerró un poco los ojos para que no se diera cuenta de que estaba despierta y continuó observándole, parecía distinto.

Duncan caminó hasta la puerta del apartamento de Tris, la dejó suavemente en el suelo sin soltarla y acarició su mejilla.

—Tris, despierta.

Tris sintió un escalofrío al sentir su mano sobre su piel, tan suave, acariciándola con tanta delicadeza que la hacía estremecerse. Abrió los ojos y se encontró con los de Duncan que la miraba con una extraña dulzura.

Branson entregó el bolso a Tris y esta lo cogió aún adormilada, rebuscó entre sus cosas hasta encontrar la llave que introdujo en la cerradura de la puerta e hizo girar para abrirla. Se giró y besó a Duncan en la mejilla.

—Gracias, me lo he pasado muy bien.

Duncan asintió con la cabeza, no le salían las palabras, no era él, la miró por última vez y se marchó. Tris cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella, dejó escapar un suspiro y sonrió. El estirado podía ser dulce. ¡Joder! Y ahora dos horas desmaquillándome y a la ducha, con el sueño que tengo.

Branson y Ford se retiraron a sus habitaciones, Duncan se llenó un vaso con whisky y caminó hasta la terraza de su apartamento, se sentó en uno de los sillones y dio un trago. Se sentía abatido, como si le hubieran arrebatado el corazón, no podía permitirse ese tipo de debilidades, tenía muchos enemigos, si bajaba la guardia acabarían con él. Ella no podía entrar en su mundo, era como una rosa que acabaría marchitándose a su lado. No era el tipo de hombre

capaz de hacerla feliz, arrojó el vaso al suelo y entró dentro, necesitaba una ducha fría y dormir.

A la mañana siguiente, Tris corrió para abrir la puerta, era pronto, pero suponía que debía ser Duncan que querría salir antes a almorzar en ese restaurante del que le había hablado. Nada más abrir, sintió una gran decepción al ver a Ford.

—Hola Tris, Duncan ha tenido que salir de la ciudad por asuntos de negocios, me ha pedido que te pida disculpas en su nombre.

Tris asintió con la cabeza, sonrió a Ford y cerró la puerta, de camino al sillón, le pegó una patada a un florero bastante feo.

Se dejó caer en el sillón y suspiró fastidiada, con lo bien que se lo había pasado la noche anterior... Había rebuscado entre sus cosas para lucir sus mejores galas y todo para nada. Agarró el móvil y decidió enviarle un mensaje.

—Hubiera preferido un mensaje tuyo a que me enviaras a Ford. —miró la pantalla y se puso nerviosa al ver que él estaba escribiendo.

—Lo siento.

—No tienes ningún negocio, solo huyes de mí.

Duncan se irguió en el asiento del jet, ¿cómo podía ella saber eso?

—Sí, tengo negocios que atender.

—¿En domingo?

—Sí.

—Tienes miedo.

—¿De qué?

—De enamorarte de mí y no poder pasar sin ver mis preciosos ojos, ni mi cuerpazo.

—No eres para tanto.

—¡Serás capullo! Le voy a preguntar a Ford cuáles son tus coches para rayarlos todos.

Duncan se recostó en el sillón, no podía dejar de sonreír, aunque se iba a dejar una pasta en arreglos de pintura. Envío un mensaje a Ford para advertirle que de ningún modo se atreviera a informar a Tris sobre sus coches.

Branson dio un trago a su cerveza y miró a Duncan.

—¿Eres consciente de que te estás quedando colgado de Tris?

—No, eso no es cierto. —se defendió Duncan—. ¿Tú crees?

—Es una buena chica, si no vas a ir en serio, deberás alejarte de ella. No

es como esas zorras con las que te acuestas. —dijo Branson desviando la mirada hacia la ventanilla.

Tris se acurrucó en el sillón y miró por el ventanal, fuera estaba nevando y empezaba a oscurecer. Al día siguiente tendría que ir a trabajar, al menos el edificio donde se encontraba la sede de la empresa estaba tan cerca que podía ir andando, diez minutos a lo sumo a paso rápido. ¿Le gustaría trabajar allí? Averiguaría que otros empleados vivían en el edificio y quién sabe, igual hacía amigos.

Cerró los ojos y rememoró la noche del sábado, aunque aquello no significara nada, resultaba agradable estar con alguien, aunque fuera el idiota del estirado.

Duncan entró en la suite del hotel y se asomó al balcón, debía atender unos negocios en California, pero no podía evitar pensar que se había precipitado con su marcha por no estar junto a ella. Solo fue un beso en la mejilla y sintió como si el mundo se derrumbara a sus pies, el gran Duncan Clanion aterrorizado ante una chica de veintiséis años, solo era mayor dos años, pero su creciente poder le hacía parecer más maduro, su poder y su inmensa tristeza que endurecía sus facciones. Se miró al espejo, estaba tan blanco que parecía una aparición fantasmal, no había tenido tiempo de tomarse unas vacaciones en años. En el fondo siempre pensó que para qué tomarse vacaciones si estaba solo y los negocios eran su única diversión. Sonó el teléfono y no tardó en cogerlo, miró la pantalla y suspiró, Brenda.

—Hola Brenda.

—No has venido. —dijo Brenda molesta—. Parece que nos evitas, hasta Joe se ha enfadado.

—Lo siento Brenda, es que...

—¿Cuánto hace que no sales con una chica?

—Brenda, por favor...

—¿Cuánto?

—Tengo sexo cuando quiero. —gruñó Duncan.

—Ese es tu problema, no se trata de tener sexo, morirás rico, pero completamente solo. Pero te lo advierto, yo no estaré ahí para verlo.

—¿Qué quieres decir? ¿Te pasa algo, estás enferma?

—No, pero si este verano no pasas unos días con nosotros y vienes acompañado de una mujer, jamás volveré a hablarte. Y no creas que me vas a engañar con alguna zorra, si no sois pareja, lo averiguaré y perderás a la única

familia que tienes porque mis padres están de acuerdo conmigo.

—Eres... no puedes hacerme eso.

—Puedo y lo haré porque te quiero. —dijo Brenda y colgó.

Duncan dejó el móvil sobre la mesa del salón y se asomó al balcón, se quedó un rato mirando el mar. Estaba aterrado, Brenda, sus padres, incluso Joe, era lo único que tenía, la única conexión emocional que impedía que su alma desapareciera para siempre. Los perdería sin remedio, ya no es solo que él no fuera capaz de confiar en una mujer, menos aún enamorarse, ¿quién se enamoraría de él?

El lunes por la mañana, Tris cruzó el pasillo de la enorme recepción y esperó a que un hombre de avanzada edad terminara de atender a una pareja.

—¿En qué puedo ayudarle señorita?

—Busco Clanion corps.

—Planta diecinueve.

—Gracias.

Tris se ajustó el bolso al hombro y caminó hasta los ascensores, estaba harta de las alturas, no podía tener la sede en el bajo o en la primera planta.

Duncan corría por la playa, seguido de cerca por Branson, necesitaba pensar y el deporte lo relajaba. Pensó en todas las chicas que conocía, alguna debía haber que pudiera gustarle. Fue descartándolas una a una, en el fondo sabía que todas eran unas interesadas. Lucy obsesionada con su jet, Betty siempre comprando joyas, Caren y su afición a la ropa de alta costura. Su móvil empezó a vibrar, solía correr con un brazalete en el que lo ocultaba y activaba el mp3. Tocó el micrófono de los auriculares para descolgar y contestó.

—Me acaban de llamar diciéndome que mi apartamento está cerrado temporalmente por averías y que tengo que irme a un hotel.

—Sí, lo sé. —contestó Duncan.

—¿Lo sabes? ¿Y no se te ha pasado por la cabeza contármelo?

—Se me ha pasado, le diré a Ford que te llame y ya le pides lo que necesites.

—Sí claro, le pediré a Ford que me traiga mis bragas, sujetadores, mis compresas y demás. ¡Quiero ir yo!

—No, Ford se encargará de lo que necesites, no es negociable y te aconsejo que te calmes, porque si te echo del apartamento, cualquier alquiler devorará tu sueldo.

—¡Estúpido, borde, cara culo! —gritó Tris y colgó.

Duncan sonrió y siguió corriendo. Branson se puso a su lado y le guiñó un ojo.

—¿Te pasa algo en el ojo? —preguntó Duncan molesto.

—Últimamente sonríes mucho, ¿era Tris?

—Eso no te importa. —contestó Duncan empujándolo hacia la arena y corriendo con más fuerza.

—¡Corre, corre! ¡Maldito idiota! ¡Te crees que el amor no te va a alcanzar!
—gritó Branson riendo.

Duncan corría todo lo que podía, no quería pensar, solo correr, no, él no estaba enamorado, lo que pasaba es que Tris le hacía gracia.

Capítulo 8

—Así que tú eres Tris Stanford, nuestra nueva incorporación en el departamento de marketing. Normalmente yo contrato a mi equipo, pero está claro que has debido impresionar al señor Clanion.

Tris miró a Derek, su jefe directo en marketing. Era un vejstorio, bajo y gordo, que parecía una mezcla entre el enano gruñón de Blancanieves y Yoda de la Guerra de las Galaxias.

—Lo impresioné bastante. —gruñó Tris.

—Es lo que tiene ser una chica llamativa, he revisado tu currículum y no veo nada que impresione o justifique tu contratación.

—Esta chica llamativa se va a quitar uno de mis tacones y te lo va a clavar en tu cabeza como te atrevas a seguir insinuando que estoy aquí por mi físico.

—Además de llamativa, vulgar, en fin. Tragará con los caprichos del señor Clanion, pero un error y te despediré.

—¿Seguro? No sé, como soy tan llamativa... igual me tiro al señor Clanion y consigo que te despidan a ti, como dicen que dos tetas tiran más que dos carretas...

Tris abandonó el despacho y se quedó parada en mitad del departamento de marketing que no era otra cosa que una división con un muro de madera de metro y medio de altura y unos veinte centímetros de grosor, repleto de pequeños cubículos con mesas y ordenadores. Toda la planta parecía un laberinto para ratones, solo en la zona del fondo había despachos de verdad, seguramente de los peces gordos y el estirado.

—¿Me puede decir alguien, dónde puñetas me siento?

—Hola, puedes ocupar el despacho que está frente al mío. Bueno esto... me llamo Martina, soy la diseñadora gráfica.

—Tris, marketing, la oveja negra del jefe.

Tris siguió a Martina hasta el despacho, era una chica de pelo castaño y ojos negros llenos de vida, por su cuello aparecía un tatuaje cuyo diseño no fue capaz de interpretar.

—Menudo despacho, hay perros que tienen una caseta más grande.

Estaba revisando su despacho cuando Derek se acercó y le dejó una carpeta sobre su escritorio.

—Revisa esta campaña y haz un proyecto para mejorarla.

Tris ni lo miró, agarró la carpeta y empezó a revisarla. Un aburrido informe sobre la división de brókeres de bolsa online, hasta un niño hubiera podido crear algo más impactante y lo peor es que lo había diseñado Derek. Dado que la opción de acostarse con Duncan estaba descartada, lo tenía bastante difícil porque todos los cambios serían tomados como un ataque para su jefe y eso significaría despido, justo lo que él buscaba.

Miró su móvil, estaba tentada de contarle a Duncan lo que le había pasado, pero... ¿por qué iba a ayudarla? Solo era una empleada con la que había compartido un poco de sus migajas millonarias. Cuando regresara de su viaje, ni se acordaría de ella, estaba segura. Agarró el informe y trató de sugerir los cambios que consideraba realmente necesarios.

Pasaron los días y Tris ya empezaba a estar acostumbrada a vivir en el hotel, al menos tenía los gastos pagados. Se sentía rara disfrutando de unos lujos, a todas luces pasajeros, pronto sería despedida y no tenía ni idea sobre lo que haría, ¿regresar a su ciudad natal? ¿intentarlo en New York? Se agarró las rodillas y apoyó la barbilla en ellas. Al menos se llevaba algunos buenos recuerdos, la soledad la invadía y la tristeza crecía en su interior.

El viernes por la mañana, nada más llegar a su despacho, encontró una nota de Derek que le ordenaba presentarse ante él. Ya debía haber leído su informe, ahora tocaba aguantar el chaparrón o el despido o ambos. Caminó hasta el despacho, tocó a la puerta y entró.

—¡Siéntate! ¿pero tú quién te crees que eres para venir aquí y decirme como tengo que hacer mi trabajo? Esos slogans absurdos e infantiles, esas correcciones como si tú tuvieras alguna experiencia. ¡No tienes ni idea de lo que te espera! No te va a salvar ser la amiguita del jefe, te voy a hacer la vida imposible. ¡No eres más que una zorra con suerte! No todos podemos meternos en la cama del jefe para conseguir un buen trabajo.

Tris no pudo más, abrió la puerta y salió corriendo entre lágrimas, nunca se había sentido tan humillada. Corrió hacia los servicios y chocó con un muchacho que repartía el correo, entró en el servicio de mujeres, se coló en uno de los servicios y cerró la puerta con pestillo, se sentó en la taza del váter y lloró con amargura. Sacó el móvil del bolsillo del pantalón vaquero y mandó un mensaje a Duncan.

—Me despido. —escribió con dedos temblorosos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Duncan.

—No quiero hablar.

—¿Dónde estás?

—En un sitio donde no puedes entrar.

—En el servicio de mujeres.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Tris sorprendida.

—Lógica, voy para allá.

—¿Estás aquí?

—Llegué esta mañana, abre la puerta.

Tris dio un respingo, miró por debajo de la puerta y vio unos zapatos masculinos.

—¡No voy a salir! —susurró Tris.

—Si es necesario arrancaré la puerta. —contestó Duncan con voz fría.

Tris se levantó y abrió la puerta. Duncan la miró sorprendido.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo y no omitas detalles.

Tris le contó lo sucedido, no entendía por qué le importaba, seguramente solo quería poner orden en su empresa o algo así.

Duncan limpió las lágrimas de Tris con el dorso de su mano, sus ojos se enrojecieron y sintió que la rabia lo dominaba.

—Regresa a tu despacho, continúa con tu trabajo y deja que yo solucione el problema.

—No quiero, quiero marcharme. —dijo Tris entre lágrimas.

Duncan colocó sus manos sobre las mejillas de Tris y la miró con fiereza.

—Escúchame, no volverá a molestarte, ni él, ni nadie, te lo juro.

Tris asintió con la cabeza, se apartó de él y se lavó la cara. Duncan le acercó unas toallitas de papel, no podía dejar de mirarla, sentía una gran presión en el pecho que dificultaba su respiración. Ella era pura, era la mujer más especial que había conocido nunca y verla llorar... fue demasiado para él.

Tris regresó a su despacho, se sentó y trató de mantener la poca dignidad que le quedaba. Martina se levantó de su silla y se acercó a ella, no pronunció palabra alguna, pero se quedó junto a ella.

Duncan apareció seguido de Ford, por unos segundos sus miradas se cruzaron, se podía notar la rabia en sus ojos.

Duncan entró en el despacho, Derek le sonrió y no tuvo tiempo de ver lo

que se le venía encima. Duncan lo agarró del cuello y tiró de él. Tuvo que contener su rabia porque deseaba destrozarlo, pero él respetaba a las personas mayores, lo soltó y Derek salió corriendo del despacho, tropezó con Branson que lo agarró impidiendo su huida. Duncan caminó lentamente hacia él, su puño se apretaba más y más, deseaba golpearlo, hacerle pagar cada lágrima derramada por Tris. Ford agarró a Duncan por detrás para impedir que perdiera el control.

—Señor, no lo haga, no merece la pena.

Duncan miró a Derek.

—¿Cómo te atreves a tratar así a una de mis empleadas? Maldita escoria, ¿te crees que por ser su jefe ya tienes derecho a humillarla? ¿Te gusta amenazar? Pues ahora me toca a mí, tienes veinticuatro horas para abandonar New York, si te vuelvo a ver, haré que te arrepientas de haber nacido.

Derek lo miró aterrorizado, sabía el poder que Duncan tenía y lo peligroso que podía llegar a ser. En cuanto Branson lo soltó, salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Duncan asintió con la cabeza y Ford lo soltó, caminó hacia el despacho de Tris y comprobó por la expresión de sus ojos que lo había visto todo.

—Acompáñame, por favor. —pidió Duncan ofreciéndole la mano.

Tris se aferró a ella y los dos caminaron hasta la zona de ascensores. En cuanto la puerta se abrió, Duncan tiró de ella y la abrazó, Tris no pudo evitar desmoronarse y volver a llorar. Duncan acarició su pelo y acercó sus labios a su cabeza. Ford y Branson se colocaron dándoles la espalda para darles más intimidad.

Una vez en el parking, Duncan abrió la puerta y Tris entró en la limusina. Cerró la puerta y cogió su mano, estaba fuera de sí, le era imposible tranquilizarse, no podía borrar de su mente las lágrimas de Tris, la culpa había sido suya por no haberse asegurado de que estaría bien en ese departamento, fue culpa suya.

—Hemos pasado mi hotel. —dijo Tris secándose las lágrimas con un pañuelo.

—No vamos a tu hotel. —respondió Duncan con seriedad.

—¿A dónde vamos?

—A mi apartamento, no regresarás al trabajo hasta que yo lo decida.

Tris asintió y se recostó en el asiento. El resto del camino, los dos guardaron silencio, ella se encontraba un poco más tranquila, pero estaba

preocupada por él que parecía muy alterado.

Ford detuvo la limusina junto a los ascensores y Duncan, Tris y Branson se bajaron de ella y entraron en un ascensor. Branson sacó una llave y la introdujo en una cerradura que había bajo el tablero con los botones de marcación de cada planta.

Duncan no le soltaba la mano y ella tampoco deseaba que lo hiciera, lo miraba de reojo, pero él miraba al frente con ojos vacíos. Cuando las puertas se abrieron, Duncan tiró de ella y Branson se alejó de ellos, desapareciendo tras una puerta.

Duncan la llevó hasta la terraza, se giró y la miró con ojos húmedos y rabiosos.

—Lo siento, ha sido culpa mía.

Tris se quedó paralizada, nunca lo había visto así. ¿Culpa suya?

—¿Cómo puedes decir eso? Tú no tienes la culpa.

—¡Sí! —gritó Duncan apartándose de ella y acercándose a la barandilla de cristal—. Siempre la tengo, por eso no quiero estar con nadie, siempre acaban sufriendo por mi culpa. Si no te hubiera traído aquí, no habrías conocido a ese hijo de puta, pero no podía dejarte allí, en esa maldita cafetería con ese bastardo.

Tris se acercó, pero él se giró con brusquedad para evitar mirarla.

—Duncan mírame. ¡Mírame o me marcharé para siempre!

Duncan se giró, sentía vergüenza por las lágrimas que cubrían su rostro, él nunca mostraba debilidad, siempre permanecía frío, insensible, inhumano, como la vida le había enseñado que debía ser.

—Tris, por favor... aléjate de mí o acabaré haciéndote daño.

Tris agarró a Duncan por el cuello y lo besó.

Capítulo 9

Duncan se separó lentamente de ella, nunca había sentido nada tan intenso, pero el miedo atenazaba su corazón.

Tris se mordió el labio, no sabía qué le había pasado, pero no pudo evitar besarlo, el ambiente se había enrarecido entre los dos, había que hacer algo ¡y rápido!

—¿Cuándo podré regresar a mi apartamento?

—Hoy mismo, si quieres te lo enseño. —respondió Duncan agradecido por no tener que hablar sobre ese beso.

—¿Enseñarme? ¿qué ha cambiado?

Duncan la tomó por la mano y tiró de ella hacia la puerta de salida del apartamento, cogió unas llaves de una mesita y los dos salieron al pasillo. Tris caminaba de su mano, era una sensación extraña, pero le gustaba, ¿qué sentiría él?

Duncan pulsó el botón de llamada y el ascensor acudió raudo, entraron y guardaron silencio. Las puertas se abrieron y una vez en el pasillo, Duncan le entregó las llaves a Tris.

—Ya tengo llaves. —replicó Tris.

—La cerradura no me parecía muy segura, ahora tienes una puerta blindada. —respondió Duncan con frialdad.

Tris bajó la vista, el Duncan frío regresaba, por un instante pensó que él y ella podían haber llegado a ser... fue una idiota, un beso no significaba nada.

Abrió la puerta y se quedó sin palabras, las paredes estaban pintadas con colores salmón, verde claro, su austero y serio apartamento ahora rebosaba alegría. Los cuadros habían sido sustituidos por póster enmarcados con imágenes de animales en actitud divertida, los sillones eran de colores y diseños muy modernos. Tris corrió a su dormitorio y chilló al ver su cama nueva, su vinilo encima de ella con una imagen en la que se veía una hermosa playa, apagó la luz y volvió a chillar al ver que el techo lucía como si miles de pequeñas estrellas brillaran en él, entró en el baño y chilló al ver una bañera con forma de rosa y un lavabo dorado lleno de luces y adornos. Tris salió

corriendo y se abrazó a Duncan, no podía dejar de llorar, estaba muy emocionada.

—Gracias. —dijo Tris sin apartar su cara del pecho de Duncan.

—De nada, me gusta tener a mis inquilinos satisfechos.

—¿Eso soy, una inquilina?

Duncan la miró, sus ojos no mostraban ninguna emoción, era como intentar ver una expresión en un témpano de hielo.

—No debo verte de otra forma, eres mi empleada y yo tu jefe. Créeme, es lo mejor para ti.

—¿Y si yo no pienso lo mismo?

Duncan bajó la vista y se marchó, no podía seguir más tiempo junto a ella, debía marcharse lo más lejos posible.

Tris cerró la puerta y se dejó caer en el sillón, el único hombre que la había tratado bien era el tipo más raro y frío que había conocido jamás. Tal vez fuera lo mejor, un millonario no se enamoraría de una excamarera y menos si a esta le faltaba un tornillo.

Duncan se sentó en uno de los sillones de la terraza, abrió una botella de whisky y bebió a morro. Necesitaba dejar de pensar, la bebida no era la solución, pero lo necesitaba, no sabía qué hacer. No podía dejar de pensar en el beso, ¿por qué le había afectado tanto? Era guapa, estaba bastante delgada, eso no le agradaba, era muy temperamental y él adoraba tenerlo todo bajo control, algo que ella jamás aceptaría.

Branson se sentó junto a él y le quitó la botella, colocó el tapón y la dejó sobre la mesita de cristal.

—No encontrarás la solución a tus problemas en esa botella.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Duncan ocultando su rostro entre sus manos.

—Arriesgarte, si es la adecuada bien, si no lo es, mala suerte, pero no hay nada peor que quedarse con la duda. —respondió Branson.

—Branson, ¿por qué sigues conmigo? Estoy seguro de que estarías mejor con cualquier otro.

—Eso es seguro, pero los amigos no se abandonan. Además sé que algún día te quitarás esa maldita coraza de hielo y serás feliz, y francamente, me gustaría estar ahí para darte un buen guantazo y decirte: “Te lo dije”.

Duncan sonrió, intentarlo con Tris era algo que le aterrorizaba, ella no era como las otras, pero el dinero lo corrompe todo, quizás con el tiempo, dejará

de querer estar con él y solo deseará su riqueza. No, no podía hacerlo, ella nunca lo amaría, nadie podía, estaba roto y su corazón ya no podía amar.

Por la noche, Tris se arropó y cerró los ojos, había estado bien sentirse querida por unos instantes, rememoró su charla en el baño, su enfrentamiento con Derek, su rabia en la limusina, el beso, caminar cogida de su mano... Suspiró y se dejó vencer por el sueño.

Por la mañana, saltó de la cama, entró en el baño y se duchó, luego se ajustó unas bragas de esas que ella llamaba de abuela porque cuando te las ponías daba la impresión de que te llegaban hasta las axilas. Se enfundó una camiseta que le quedaba muy, muy larga, no en vano, le caía hasta medio muslo. Agarró un cazo, corrió hasta el equipo de música y rebuscó una emisora rock, "Giving up" de Linkin Park sonó a toda potencia y solo eran las nueve de la mañana. Tris agarró el cazo como si de un micrófono se tratara y movía la boca mientras contoneaba el culo.

Duncan se despertó y del susto se cayó de la cama. Se levantó del suelo lentamente y abrió los ojos, se había pasado la noche en vela y esa loca casi lo mata con esa maldita música. No podía ser una de esas chicas Bieber, ¡noooo! ¡Tenía que ser rockera!

Tris bajó la música y corrió a su pequeña cocina, las tripas estaban en son de guerra y había que calmarlas, algo ligero para cuidar la dieta, donuts de chocolate, tortitas con mermelada, tostadas y ¡churros! La tarde anterior bajó a un supermercado y compró su arsenal, no podía pasar un fin de semana más sin comida basura. Además, estaba en los huesos, se lo podía permitir.

Duncan estaba en su despacho revisando unos documentos cuando Branson entró, lo miró ceñudo, no quería más reprimendas.

—Como no vas a salir, Ford se tomará mañana el día libre y yo me largo hoy, voy a darle un poco de placer a este cuerpo. ¡Ah! Por cierto, ¿te traigo pañales?

—¿Pañales?

—Sí, por si te haces caquita al ver a Tris y no ser capaz de pedirle una cita.

Duncan gruñó y Branson se marchó sonriendo. Recordó a Brenda y su ultimátum, se levantó del sillón y corrió hasta la puerta del apartamento, bajó las escaleras y ya menos atrevido, caminó titubeante hasta la puerta de Tris. Acercó el dedo al timbre, pero parecía como si una fuerza invisible le impidiera pulsarlo, cedió y lo pulsó.

Tris se limpió la boca y corrió a abrir, no podía creer que fuera el estirado

¿y por qué la miraba así? Duncan le señaló con un dedo la camiseta y Tris se puso colorada al ver que se le había enganchado en las bragas, no tenía ni idea de cómo había pasado eso. Se ajustó la camiseta y miró a Duncan con seriedad, qué querría el tipo raro a esas horas.

—¿Y bien? —preguntó Tris cruzándose de brazos.

—Había pensado asistir esta noche a una fiesta y no sé... ¿te gustaría acompañarme?

—¿Una fiesta de ricos, en la que se sirve comida cara en cantidades ridículas y todos van vestidos con ropa mega caras?

—Supongo que sí. —dijo Duncan sin saber qué significaba esa pregunta, ¿un sí o un no?

—Te acompaño a esa fiesta si mañana hacemos algo que me guste a mí.

—Está bien, mañana haremos lo que tú quieras.

—¡Oooh, no! —gritó Tris llevándose las manos a la cabeza—. Agarró a Duncan de la mano, cerró la puerta de una patada y tiró de él hasta el dormitorio. Abrió el armario y le enseñó su ropa—. No sé qué ponerme para esa fiesta, ¿qué me aconsejas?

Duncan miró su ropa, sintió un nudo en la garganta al ver que medio armario estaba vacío, y las pocas prendas que contenía, habían vivido tiempos mejores. Sacó el móvil y llamó a Ford.

—Prepara la limusina, vamos de compras.

—¡Aaaah noooo! No pienso ir de compras, yo no soy una de esas zorritas, yo me compro mi ropa.

—No me molesta tu ropa, pero no soportaría que esa gente te mirara por encima del hombro. Te compraré un vestido y accesorios para la fiesta.

—¿Y a ti qué más te da lo que piensen de mí?

Duncan dio un paso atrás, no le gustaba nada hacia dónde iba la conversación.

Tris se acercó a él, le agarró los labios y sonrió.

—Serás muy duro en los negocios, pero con las chicas eres muy blandito.

—No soy blandito, tengo a las mujeres que quiero y ellas hacen todo lo que pido.

—Por dinero mueve el rabito el perrito, esas zorritas no cuentan. A mí no me compras con tu dinero, ni tus lujos excéntricos.

—¿No te importa el dinero? —preguntó Duncan con curiosidad.

—Me importa, pero con tener mis necesidades básicas cubiertas y poder

darle algún capricho de vez en cuando, me basta. No necesito tener una caja fuerte enorme para nadar en mis monedas de oro.

Duncan sonrió, le encantaba su sentido del humor y lo loca que estaba.

—¡Que se me enfrían los churros! —chilló Tris y corrió hasta la cocina, saltó a un taburete, agarró un churro y lo mojó en chocolate caliente.

Duncan se acercó, se sentó al otro lado de la isleta de mármol y la miró asombrado. Tris tenía toda la boca llena de chocolate, parecía una niña pequeña y sin embargo eso le volvía loco.

—¿Quieres uno?

—No.

Tris agarró uno y se lo acercó a la boca en contra de sus deseos, Duncan frunció los labios y Tris le apretó la nariz hasta que él decidiera si abrir la boca o por el contrario, asfixiarse. En cuanto abrió la boca, Tris le metió el churro en la boca. De mala gana, Duncan masticó aquella masa poco hecha que sin embargo estaba buena.

—No está mal. —dijo Duncan agarrando una servilleta.

—Pues claro que está bueno, los ricos con tanto caviar y porquerías caras os olvidáis de las cosas buenas de la vida.

—¿Odias a los ricos?

—No, me dan pena. Siempre preocupados por su dinero, gastando fortunas para aparentar...

Duncan sonrió, la gente que conocía era así y posiblemente él también.

—¿Tú haces donaciones?

—Sí.

—¿Entonces te importan los demás?

—No, me sirve para desgravar impuestos.

Tris puso los ojos en blanco y se limpió la boca con una servilleta, el estirado no tenía arreglo.

—¿Cómo puedes tener tanto dinero y no querer ayudar a los demás?

—Ayudo a mi familia, los demás nunca han hecho nada por mí, no les debo nada.

—Con esa actitud morirás solo.

—¿Y qué tiene de malo? —preguntó Duncan sin comprender.

—Eres un idiota, voy a lavarme la cara y nos vamos a comprar ese vestido caro, al menos me daré el gusto de tirar tu dinero.

Duncan la observó alejarse, recordó lo feliz que le hizo ver la nueva

decoración de su apartamento. Fue uno de los mejores momentos de su vida y el beso... esa chica le importaba demasiado, no podía negarlo, pero enamorarse era cosa de dos y si a él le quitaban su dinero, ahí acababa su atractivo. ¿Podría ella llegar a quererlo? Meneó la cabeza negativamente y se apartó de la isleta, paseó un poco por el salón y contempló los cuadros. Solo de pensar que si acababan juntos, ella podría reformar su apartamento con ese gusto, le hizo sentir un escalofrío.

Capítulo 10

Duncan bajó hasta el parking acompañado de Tris que estaba algo molesta, ¿por qué no le había cogido la mano? ¿Antes sí y ahora no? Seguramente lo hizo por lo de Derek, no es que quisiera cogerle la mano. Sintió como él estrechaba su mano y suspiró como una tonta, su mente era un torbellino de pensamientos estúpidos e ilógicos, fantaseaba con todo y temía darse el golpe del siglo cuando él la mandara a paseo. Aprovechó que parecía estar inmerso en sus cosas para darle un buen repaso, le encantaba como le quedaba ese traje negro con camisa blanca y corbata azul oscura, la corbata... no le terminaba de gustar. Salieron del ascensor y caminaron por una de las calles del parking. Tris se quedó mirando un Audi R8, estaba alucinada con él.

—¿Te gusta? —preguntó Duncan curioso.

—¿Cómo no me va a gustar? ¡Es perfecto!

—Si tú lo dices, tuve uno, pero apenas la usaba, me parecía poco ostentoso, así que solo lo utilizaba para hacer recados.

—¿Te deshiciste de un R8 por no usarlo? Entonces... ¿Qué coche tienes?

—Tengo una colección, Ferrari, Aston Martin, Porsche, Bentley... No me acuerdo de todos los nombres, normalmente viajo en la limusina.

—Eres idiota, ¿para qué te gastas tanto dinero en coches, si luego no los conduces?

—Soy un rico al que le gusta aparentar. —contestó Duncan guiñándole un ojo.

Tris le sacó la lengua y siguió andando. Ford no tardó en aparecer y detener el vehículo junto a ellos.

Duncan se acercó a la dueña de la tienda, intercambió algunas palabras con ella y poco después dos chicas empezaron a mostrarles vestidos.

Duncan pareció quedar complacido con uno negro sin mangas, caída sedosa y moderado escote. Tris apretó los labios, vestir así le haría sentirse extraña, aquello empezaba a ser mala idea. Una chica le trajo unos zapatos negros, los cogió y se los probó, eran bastante cómodos. Duncan eligió unas joyas, como de costumbre no se molestó en enseñárselas, ni que fuera una muñeca y él

estuviera comprando accesorios.

Ford se mantuvo tras ellos, parecía aburrido, aunque las caras de Tris le sacaban una sonrisa que procuraba disimular en cuanto Duncan lo miraba.

Los tres salieron de la tienda y regresaron a la limusina, Ford subió el cristal interior y Tris estalló.

—¿Por qué no me has enseñado las joyas?

—No pensé que te importara, además son alquiladas.

—No sabía que eso se alquilara.

—Es lo normal, las alquilas y si te gusta el efecto que provocan, las compras.

—Y si son para una empleada pues mejor porque así las devuelves. ¿No?

—Así es. —respondió Duncan con frialdad.

Tris se cruzó de brazos, al día siguiente llegaría su venganza, se iba a enterar este de lo que era salir sin glamour, a lo pobre.

Tris entró en la sala de fiestas de la mano de Duncan, estaba aterrorizada, vestida como una mujer rica se sentía extraña e insegura, él sin embargo parecía estar en su salsa, nada le impresionaba y todos los que se acercaban lo trataban con sumo respeto. Tris decidió ir al baño, más por desaparecer y disimular el ataque de ansiedad que empezaba a sentir que por tener necesidad física. Cruzó el inmenso salón y entró en el reservado que conducía al servicio. Por unos instantes se quedó mirando los lujosos lavabos de mármol rosado, los espejos con marcos de madera repletos de florituras, todo rebosaba ostentación. Abrió la puerta de uno de los servicios y se sentó sobre la tapa, respiraba de forma entrecortada, no se sentía cómoda, nada cómoda, no debió haber aceptado. ¡Eso es! Le diré que me marchó, no voy a pasarme toda la noche en este estado. Decidida, salió del baño y se estrelló contra algo duro y fibroso.

—Una vez más, huyes al servicio. —respondió Duncan de forma inexpresiva.

—Me... marchó.

—¿Por qué?

—Estoy muy nerviosa y ya sabes mi problemilla, no quiero dar la nota por decir lo que no debo.

Duncan agarró su mano y la miró fijamente, no estaba dispuesto a permitirle que se marchara.

—Me da igual lo que hagas o digas, esta gente no me importa lo más

mínimo, pero quiero que te quedes.

—¿Por qué?

Duncan dio un paso atrás, territorio hostil, no quería ir por ahí.

—Si no me das una razón, me marcharé.

—Tu presencia... me tranquiliza. —admitió Duncan derrotado.

—Está bien, intentaré aguantar un poco. —gruñó Tris agobiada.

Mientras Duncan hablaba de negocios con varios tipos, Tris decidió probar los canapés, no estaban mal, demasiado pequeños, tenías que comerte cinco o seis para enterarte y que las tripas no protestaran. Con lo bien que se come en los restaurantes más humildes... estos ricos y su alta cocina, yo me quedo con la comida de barrio.

Una señora mayor se acercó a la mesa y cogió un canapé de salmón.

—¿Se lo está pasando bien? —preguntó la mujer.

—La verdad es que no, esta gente tan estirada es muy aburrida y la comida... ¡puff! Si hubieran puesto cuencos con comida para pájaros me hubiera quedado más llena. —Tris se llevó la mano a la frente, ¡maldita enfermedad de la verdad!

La mujer soltó una carcajada y se marchó sin dejar de reír. Bueno, por lo menos no se ha enfadado, caminó hasta Duncan que estaba hablando con un tipo alto que doblaba su edad y parecía algo soberbio.

—Tris, estaba comentándole a Fred que el futuro del marketing está en internet. ¿Tú qué opinas?

—Es cierto, pero la mayoría de las campañas masivas o spam están cansando a los consumidores y eso acarrea una pérdida notable de interés.

—Yo soy partidario de esos anuncios en los que se documenta claramente el proceso de fabricación de un producto. En mi empresa solemos usar esa técnica y nos funciona.

—Pues me alegro porque esa técnica es la que odian los consumidores, es aburrida, poco creativa, ¡vamos, la típica que te hace cambiar de canal! —respondió Tris que seguía hambrienta y siguió como hipnotizada a un camarero que traía unos platitos con dulces en una bandeja.

—Deberías enseñar modales a esa chica. —gruñó Fred molesto por el comentario de Tris.

Duncan lo miró, sus ojos destilaban frialdad.

—Te aconsejo que cierres la boca y te abstengas de hacer comentarios sobre ella o no dudaré en suprimirte los créditos, en una semana estarás en

quiebra.

—Lo siento Duncan, no tenía ni idea de que ella te importara tanto.

Duncan miró a Tris y tragó saliva, él tampoco.

Dos horas más tarde, un grupo de camareros empezaron a retirar las mesas con el buffet y a preparar el salón para el baile. Tris miró nerviosa a Duncan, a saber la basura de música que esa gente usaría para amenizar tan aburrida fiesta. ¡Joder, qué fiesta! Hasta en un hogar de jubilados había más marcha.

Duncan la tomó por la mano y tiró de ella hacia el centro del salón, varias parejas se animaron y pronto todos estaban bailando al son de “My inmortal”. Tris sonrió, no estaba tan mal y sentir las manos de Duncan en sus caderas la estaba encendiendo, ¿cómo sería el estirado en la cama? ¿Le mandaría un memorándum para comunicarle que deseaba sexo? Ese pensamiento la hizo sonreír, pero trató de ocultar su sonrisa porque si él le preguntaba, acabaría confesando y menuda vergüenza pasaría.

—No sabía que supieras bailar. —dijo Tris sorprendida con la facilidad con la que él se movía y esquivaba sus pisotones.

—Dos años en una academia. —contestó Duncan mirándola a los ojos de esa forma que conseguía derretirla.

—Nunca hubiera pensando que te gustara bailar.

—No me gusta, pero a veces esto ayuda en los negocios.

—¡Ah, vale! Ahora sí lo entiendo, tú y tus negocios. ¡Qué aburrido eres!

—¿Aburrido yo?

—Como una ostra, aburrido, estirado, ojos de hielo, soso, malhumorado, gruñón...

—¡Vale, lo pillo! —dijo Duncan fingiendo enfado.

El móvil de Duncan empezó a sonar y él mostró una expresión sombría al ver el número que le llamaba.

—Disculpa Tris, debo contestar.

Tris contempló como Duncan se alejaba en dirección a un balcón, pudo ver como gesticulaba enfadado, la conversación no duró mucho y él regresó, solo que ya no era él Duncan que empezaba a abrirse a ella.

—Tris, ¿nos vamos?

—Sí. —respondió Tris con fastidio, ahora que el estirado parecía divertirse, esa maldita llamada lo había fastidiado todo. ¿Quién lo habría llamado?

Capítulo 11

Duncan acompañó a Tris hasta la puerta de su apartamento, parecía tenso y dolido.

—¿Estás bien? —preguntó Tris preocupada.

Los ojos de Duncan se abrieron y sus pupilas se dilataron, la miraba con curiosidad, como si ella fuera algo sorprendente.

—Estoy bien, buenas noches Tris. —dijo Duncan y se giró dispuesto a marcharse.

—¿Buenas noches y ya está?

Duncan se giró y la miró sin comprender, hasta que Tris se lanzó a su cuello, lo besó y entró corriendo en su apartamento. Duncan se llevó la mano a los labios y sonrió.

Tris entró en la ducha y chilló cuando al abrir el grifo, el agua salió helada, reguló rápidamente la temperatura y se enjabonó. La fiesta de ricos era un aburrimiento, pero estar con él era... interesante y tenía una boca... de buena gana lo hubiera besado con más intensidad, pero no tenía claro si tenía posibilidades con el estirado. ¿Posibilidades con el estirado? Tris, ¿estás loca? Bueno, algo loca sí que estoy, pero es que está tan bueno... mejor pienso en otra cosa o me caliento. Mañana picnic en Central Park, me lo voy a pasar genial viendo como gruñe al tener que sentarse en el césped.

Duncan dio un trago a su vaso de whisky y apoyado en la barandilla, observó la ciudad, repleta de rascacielos en los que cada pequeña ventanita iluminada, significaba una vida, esperanzas. ¿Qué quieres de mí Tris? Me estás volviendo loco y con cada beso que me das, me conviertes poco a poco en tu esclavo.

Ford se acercó y miró a Duncan, no le gustaba molestarlo cuando estaba tranquilo, no era nada agradable verlo siempre con esa mirada triste. Al igual que Branson, Duncan era más un amigo algo insoportable, que su jefe. Nunca olvidaría el año sabático que le pagó para poder estar con su madre enferma, ni que aún seguía viva gracias a la fortuna que gastó en sus cuidados. Duncan se empeñaba en mostrarse duro y frío, pero él sabía que tras esa máscara se

ocultaba un gran hombre por el que no dudaría ni un segundo en arriesgar su vida.

—Dime Ford.

—Mañana sobre las ocho llegará Branson y yo me marcharé.

—Perfecto, tómate un par de mojitos a mi salud y coge el Aston.

—Me da miedo conducir un coche tan caro.

—No te preocupes, ya sabes que no soy un materialista obsesivo, además no quiero que la chica que te gusta se sienta decepcionada.

—No creo que le impresione que conduzca el coche de mi jefe. —contestó Ford con sarcasmo, pero su expresión cambió de inmediato en cuanto cayó en la cuenta—. ¿Cómo sabes que he quedado con una chica y sobre todo, cómo sabes que me gusta?

Duncan soltó una carcajada, se giró y apoyó la mano derecha en el hombro de Ford.

—Ya sabes que soy un obsesivo del control. —respondió Duncan guiñándole un ojo—. Por cierto, sí la vas a impresionar porque la he llamado y le he dicho que el coche es tuyo.

—¿Que la has llamado? ¿y el coche es mío?

—Tranquilo, le he hablado muy bien de ti, quería saber si era una buena chica, quiero que seas feliz. —Duncan revisó mentalmente lo que acababa de decir y que no era propio de él.

—Te lo agradezco Duncan, agradezco tu preocupación y el coche, pero yo no puedo permitirme mantener ese coche.

—El coche es tuyo, pero los gastos los pago yo. —sentenció Duncan mientras se alejaba de él.

Ford meneó la cabeza negativamente, Duncan era imprevisible, un día era un cabronazo y al día siguiente tu ángel de la guarda. Apretó los ojos y trató de no llorar, para ser escolta era demasiado sentimental.

El domingo por la mañana, Tris estiró los brazos y bostezó, saltó de la cama y corrió al baño, tenía muchas cosas que hacer.

Duncan eligió un traje gris, corbata negra y zapatos negros, por supuesto camisa blanca, no era original y tampoco es que le importara mucho. Sonó el timbre de su móvil, se acercó a la mesita de noche y lo cogió, era Tris, descolgó nervioso.

—Hola Tris.

—En una hora en la puerta del edificio.

—Espera Tris... —Tris le había colgado, dejó el móvil sobre la mesita y sonrió, aquella loca le divertía.

—¿Picnic en Central Park? Dime que es una broma.

—Sí, claro, es que me gusta cargar con un canasto lleno de comida.

Duncan miró el canasto y suspiró, de buena gana la dejaba allí sola y salía corriendo, pero era un hombre de palabra.

Duncan agarró el canasto y Tris se cogió de su mano, le gustaba esa sensación, aunque en el fondo no sintiera que él fuera su pareja si no un “folla amigo”. ¡Tris deja de pensar esas guarradas!

Central Park estaba muy concurrido y al parecer no eran los únicos que tuvieron la idea de almorzar en el parque. Tris extendió una manta muy fina sobre la hierba y dejó el canasto sobre ella. Branson se colocó sus gafas de sol y caminó hasta un banco de madera cercano, desde allí vigilaría y también se alejaría de ellos.

Duncan se sentó sobre la manta y miró con asco las hormigas que amenazaban con acercarse, nunca entendió qué le veía la gente a comer en esos sitios, con lo bien que se almorzaba en un restaurante. Tris miró divertida a Duncan que parecía muy incómodo. ¡Te jodes, esto por la fiesta de ayer! Abrió el canasto y sacó unos platos, luego revisó los tupper con comida, ensalada, albóndigas caseras, aperitivos, sándwiches de atún y salami, y por supuesto fruta, manzanas y peras. Tris agarró un plato y echó en él una ración de albóndigas, envolvió unos sándwiches en papel de aluminio, cogió un refresco de cola y corrió hacia Branson que la miró extrañado.

—Toma, para que veas que me acuerdo de ti, espero que te guste.

—Gracias Tris. —contestó Branson superado por ese detalle.

Duncan contempló la escena, apoyó la cabeza en el tronco del árbol y la miró, bella, tierna y cariñosa, rememoró los besos recibidos y pensó si él podría llegar a merecer el amor de una mujer así. Pero, ¿cómo se conquistaba a una mujer de verdad? Alguien que se fijaba en ti y no en tu dinero, no tenía la menor idea de cómo conquistarla.

—¿En qué piensas? —preguntó Tris mosqueada con tanta mirada rara.

—¿Tú te fijarías en mí? —preguntó Duncan.

—Sí. —¡Maldita sinceridad!, pensó Tris bajando la vista dolida.

Duncan acarició su barbilla y con dos dedos la elevó hasta que sus ojos se encontraron.

—Lo siento, no puedo evitar aprovecharme de tu problemilla con la

verdad. Me resulta impresionante poder hablar contigo y saber que siempre serás sincera.

—¿Sí? Pregúntame qué pienso de ti la mayor parte del tiempo.

—¿Qué piensas?

—Que eres un capullo engreído y un estirado.

Duncan soltó una carcajada y no dejó de sonreír, ¿sería posible poder bajar la guardia y experimentar eso que los demás llamaban amor?

Tris le ofreció un sándwich y él lo aceptó de buena gana, lo probó y no le supo mal, no era lo que solía comer, pero la compañía compensaba la comida. Duncan devoró el sándwich y probó las albóndigas que estaban deliciosas.

—Están muy buenas.

—Las he hecho yo. —confesó Tris.

—Pues te felicito, eres una gran cocinera. —dijo Duncan sonriendo a la vez que dejaba el plato vacío sobre la manta.

Tris saltó sobre él y lo besó, no podía evitarlo, deseaba besarlo y no se iba a contener.

Duncan saboreó sus carnosos labios, inundado por una energía desconocida, su corazón latía con fuerza, sus músculos se tensaban y sus brazos rodeaban a Tris como si tuvieran voluntad propia.

—Tris, yo... no merezco tus besos.

—Lo sé, pero yo quiero besarte.

—¿Por qué?

Tris lo besó y no dejó de hacerlo hasta que notó los labios hinchados.

—Es la primera vez que no respondes a una de mis preguntas. —dijo Duncan sonriendo.

—Tenía la boca ocupada. —replicó Tris guiñándole un ojo y sacándole la lengua.

—El lunes se incorporará Denis, tu nueva jefa en marketing, es una mujer temperamental, pero muy inteligente, te gustará.

Tris dio un trago a su refresco para pasar el nudo, hablar de trabajo le recordaba a Derek.

—¡Vale! No quiero hablar de trabajo. —gruñó Tris.

—Perdona, yo no sé hablar de otra cosa a decir verdad. Tris... ¿hacemos bien estando juntos?

—¡Aaah! ¿Pero estamos juntos? No lo sabía, a mí nadie me ha pedido una cita, ni salir conmigo.

Duncan se incorporó y la miró sorprendido, nunca pensó que ella fuera una de esas chicas tradicionales.

—Tris... ¿quieres salir con este estirado?

—No sé, es que eres tan capullo y encima cortito, siempre te tengo que besar yo, me da la impresión de que no sabes besar o que no tienes pene porque no te veo muy nervioso cuando me acerco.

Duncan soltó una carcajada, la atrajo hacia él y la besó, no sabía lo que era la felicidad, pero desde luego debía parecerse a lo que sentía cuando ella estaba cerca.

—¿Entonces aceptas?

—Sí. ¡Mierda con la sinceridad de los...! —gritó Tris, pero sus palabras quedaron mudas tras los labios de Duncan que ya había cogido carrerilla con eso de los besos.

Capítulo 12

El lunes por la mañana, Tris estaba mirando la pantalla de su ordenador, seguía sin tener trabajo en el que ocupar la mente y encima Denis, su nueva supervisora, estaba entrevistando a todo el personal de marketing.

Martina se apoyó en la pared de su despacho y sonrió a Tris.

—Te toca ser interrogada.

—¿Qué tal es?

—Algo rara, pero mejor que Derek seguro que debe de ser, peor es imposible.

Tris resopló nerviosa y se levantó de la silla, enfiló el estrecho pasillo entre los habitáculos y tocó a la puerta del antiguo despacho de Derek, menudo mal rollo.

—¡Pase! —gritó una voz.

Tris abrió la puerta y se acercó al escritorio, Denis la miraba con curiosidad, de seguro Duncan le habría informado de su relación, ¡nooo! Él no haría eso, menuda gilipollez. ¡Tris tranquilízateeeee!

—Siéntate Tris.

Tris obedeció, cruzó los pies, se agarró las manos y trató de mirar a todos sitios menos a los ojos de Denis. ¡Verás la que voy a liar cuando me pregunte algo comprometido!

—Duncan me ha dicho que puedo contar con tu más absoluta sinceridad, reconozco que ese dato me ha resultado algo extraño, pero bueno, él es el jefe y él sabrá. ¿En qué estás trabajando ahora?

—Llevo poco tiempo y no me han asignado ningún proyecto.

—¿Qué te parece esto? —dijo Denis entregándole un informe con gráficos.

Tris lo analizó y resopló, aquello era un aburrimento, no le gustó nada lo que vio.

—Dime Tris, por tu cara veo que no estás de acuerdo.

—Se supone que esto es para captar clientes que no sean expertos en bolsa, yo no sé nada de bolsa y con estos datos no me entero de nada. Creo que cualquier cliente inexperto pasaría olímpicamente de nuestra oferta. El que

haya realizado este proyecto, no tiene ni idea de marketing.

—Lo he hecho yo. —respondió Denis sonriendo.

—¡La madre que me parió! Empezamos bien.

—Al contrario, ahora entiendo lo que me dijo Duncan de tu sinceridad. ¡Por fin! No sabes lo difícil que es trabajar con un equipo de aduladores que solo quieren mantener su empleo y te dan la razón en todo. Coge este informe y transfórmalo, tienes hasta el viernes para presentármelo y si es de mi agrado lo expondremos ante la junta directiva.

Tris tragó saliva, agarró el informe y abandonó el despacho arrastrando los pies, estaba muy nerviosa y no sabía qué pensar de Denis.

De regreso a su despacho, Tris se sentó y se llevó las manos a la cabeza, estaba un poco oxidada con el marketing. Sacó un par de folios y empezó a garabatear en ellos, al menos ya tenía algo que hacer.

Duncan estaba mirando a través de la cristalera, no podía dejar de pensar en Tris, le costaba centrarse en el trabajo, solo quería salir de su despacho y buscarla, pero debía controlarse, cada cosa en su momento. ¡Al carajo! Caminó hasta la puerta y con paso rápido y firme avanzó entre la planta que ocupaba su empresa, tomó el pasillo que conducía al departamento de marketing y apresuró la marcha. Se detuvo justo delante del despacho de Tris, se quedó mirando como mordisqueaba un lápiz, ¡Joder! Hasta eso lo encendía.

—Señorita Stanford, necesito comentarle algo.

Tris dio un respingo en la silla y casi se cae al suelo, se giró y lo miró sorprendida. Duncan sonreía burlón.

—¿Quieres matarme de un susto?

—No era mi intención asustarla señorita Stanford.

Tris se levantó, se aseguró de que Martina no miraba y clavó sus manos en las partes íntimas de Duncan que la miró sorprendido y con los ojos muy abiertos.

—Otro susto y te los arranco.

—Procuraré ser más ruidoso la próxima vez para no asustarla con mi llegada, señorita Stanford.

—Deja de llamarme por mi apellido. —gruñó Tris.

—Acompáñame, tengo algo que mostrarte.

Tris lo siguió sin comprender, ¿qué querría el estirado a esas horas de la mañana?

Duncan entró en el cuarto donde guardaban el material de oficina y fingió

buscar algo en una estantería. Tris entró y cerró la puerta, fue entonces cuando Duncan se abalanzó sobre ella y devoró sus labios con pasión.

—¡Joder! Pasas de un extremo a otro, o no me tocas o me besas como un loco.

—Calla y bésame.

Tris entrelazó sus manos al cuello de Duncan y se dejó llevar, la verdad es que a ella también le apetecía una buena dosis de besos.

—¿Te gustaría que nos fuéramos a algún sitio? —preguntó Duncan sonriendo.

—No, tengo trabajo.

—La compañía es mía.

—Me da lo mismo, voy a hacer mi trabajo y punto.

—¿Te espero a las cinco cuando termines?

—¿Y esa insistencia? No te creas que por un par de besos vas a mojar, no soy de esas.

Duncan acarició su pelo y la besó en el cuello, su olor le embargaba, de buena gana le habría bajado la falda y las bragas, pero no lo haría porque ella era especial.

—Lo sé, por eso te elegí a ti.

—¿Qué tú me elegiste? ¡Vamos nene! Eras mío desde el mismo momento en que te hablé en esa cafetería.

Duncan sonrió, es probable que ella tuviera razón, ninguna mujer le había calado tan hondo en tan poco tiempo.

—Te espero a las cinco junto a los ascensores, no te retrases.

—¿Y si me retraso?

—Mejor no me retes, ni pruebes mi paciencia. —contestó Duncan frunciendo la frente y dedicándole una última mirada de deseo antes de salir del pequeño cuarto.

Tris se abanicó con las manos y resopló, qué caliente se había puesto, y eso de que no iba a mojar... dos minutos más y ella misma se quita las bragas.

Tris regresó a su despacho y se sentó en su silla, dichoso Duncan, ahora concéntrate en el trabajo, bueno empecemos, esto no me gusta, esto está mal, esto hay que cambiarlo. ¡Pufff!

A las cinco de la tarde Duncan espera impaciente a Tris, Ford permanece tranquilo y se limita a mirar su móvil.

Tris aparece, se cuelga bien el bolso, que para variar, no deja de

escurrírsele del hombro por culpa de la chaqueta de tela sedosa y algo desgastada.

—Llegas tarde.

—Son las cinco, no llego tarde, tú eres un impaciente que no es lo mismo.

Duncan echa la cabeza hacia atrás y pone los ojos en blanco, qué irritante es Tris y qué irritante es que alguien te combata cuando estás acostumbrado a que todos se agachen ante ti.

—Vamos a la azotea.

—¿Para qué? —pregunta Tris.

—Hay mucho tráfico, regresaremos en helicóptero.

Tris tuerce la boca, eso de volar no lo ha probado y no sabe si le va a gustar. Entran en el ascensor y guardan silencio hasta llegar a la última planta.

—Branson espera en el helicóptero, yo regresaré al parking para conducir la limusina. —informa Ford.

—¡Vamos! A ti te toca aguantar el atasco. —responde Tris con seriedad.

Ford sonríe y pulsa el botón de llamada del ascensor, las puertas se abren y él desaparece. Duncan la toma por la mano y tira de ella hacia la puerta que conduce a la azotea. Branson ya tiene el motor del helicóptero en marcha y las hélices comienzan a rotar con brío. Duncan se acerca a la puerta del helicóptero, la abre y ayuda a Tris a subir a la parte de atrás, le coloca el arnés de seguridad y se sienta a su lado.

Branson acciona las palancas y el helicóptero levanta el vuelo con suavidad. Tris mira como se aleja todo, las tripas le suenan, no es muy agradable volar.

—Tiene que ser bonito saber pilotar helicópteros. —dice Tris emocionada.

—No tiene nada de interesante. —responde Duncan sin inmutarse.

—Hablas como si supieras pilotar.

—Tengo licencia de piloto de helicóptero y avión. —responde Duncan con seriedad.

—¿Y no pilotas? —pregunta Tris con los ojos muy abiertos y expresión de sorpresa.

—No, ya te he dicho que me aburren los helicópteros. Solo me saqué la licencia porque a este idiota a veces le dan desmayos mientras pilota y no quiero estrellarme.

Tris mira a Duncan aterrorizada y luego mira a Branson que tiene cara de estar divirtiéndose a lo grande.

—¡Serás imbécil! De mí no te rías que abro esa puerta y te lanzo del trasto este. —gruñe Tris enfadada.

Duncan le coge la mano y ella se suelta, él lo vuelve a intentar y ella se suelta, están así durante un rato hasta que Tris se rinde y resopla con fastidio.

—Si quieres, este sábado te enseñe el juguete que me gusta pilotar.

Tris lo mira con curiosidad, ¿juguete? Asiente con la cabeza y mira por la ventanilla, da miedo ver los rascacielos bajo ellos y los coches parecen hormigas, decididamente prefiere viajar en coche.

Branson aterriza en la azotea del edificio y Duncan libera a Tris del arnés, los dos bajan del helicóptero y caminan hacia el interior del apartamento donde un mayordomo los espera.

—Te presento a Tod mi mayordomo.

Tris se queda mirando al anciano y se horroriza solo de pensar que él sea el encargado de limpiar el apartamento.

—Veo que el señor ha mejorado y demuestra mejor gusto a la hora de elegir a sus damas. Señorita Stanford, es un honor para este insignificante anciano, conocer a tan bella mujer.

Tris siente como sus mofletes arden, fijo que está como un tomate.

—Una placer Tod, pero por favor, llámame Tris.

—Trataré de tomarme esa confianza si usted lo desea. —responde Tod que da media vuelta y camina hacia el interior del apartamento.

—¡Serás negrero! ¿cómo puedes tener trabajando a este pobre hombre aquí? Con lo grande que es este apartamento, bueno apartamento lo llamarás tú, ocupa toda la planta, esto es una mansión.

—Tod solo se encarga de controlar al personal de limpieza y cocina, le ofrecí jubilarse, pero se niega, dice que no sabría ni atarme los cordones de los zapatos sin él. —dice Duncan encogiéndose de hombros.

Tris observa el brillo en sus ojos, está claro que Duncan no es tan insensible como quiere aparentar, Tod, Branson, Ford... Se nota que los aprecia.

—Me voy, quiero merendar algo y trabajar en mi proyecto.

—¿No te quedas? —pregunta Duncan nervioso—. Seré bueno y no intentaré nada.

—Tú no, pero yo soy capaz de arrancarte esa ropa y tengo trabajo.

—¡Yo soy el jefe! —protesta Duncan.

—No seas crío, necesito trabajar, sentirme útil y usar mi cerebro.

Duncan aprieta los labios, tiene claro que no va a conseguir que se quede y eso le molesta, no tiene el menor poder sobre ella.

Tris le da un beso y se marcha, necesita centrarse en el proyecto de Denis. No está dispuesta a ser una novia florero, ni el juguete sexual del jefe.

Capítulo 13

Duncan aprieta el puño, ¿por qué no lo deja en paz? Arruga la carta y la tira a la basura, ya está haciendo por ella más de lo que se merece.

—El jet ya está preparado, saldréis a las cinco de la mañana como querías. —informa Ford.

—Perfecto, gracias Ford. Como Branson me acompaña, puedes tomarte el tiempo libre que quieras para ver a tu chica. Pero... ¿me harías un favor?

—Claro.

—Me gustaría que estuvieras pendiente de Tris por si necesita algo.

—Creo que Tris es autosuficiente, pero puedes estar tranquilo, estaré pendiente.

—Gracias.

Duncan se reclina en su sillón y se gira para ver la calle, desde esa altura la vista es impresionante y de noche se embellece aún más. Se siente tentado de abrir otra botella de whisky escocés, pero últimamente bebe demasiado y le preocupa acabar mal. Demasiados problemas, demasiada presión, si Tris llegara a quererle estaría dispuesto a venderlo todo o nombrar presidente a alguno de sus ejecutivos para de esa forma, olvidarse de los negocios y dedicarse a ser feliz junto a ella. ¿Ser feliz? Nunca pensó que esa palabra pudiera formar parte de su vocabulario.

Se levanta del sillón y mira el reloj, las once, es tarde, pero necesita verla.

Tris está tirada en el sillón, viendo una película antigua, enfundada en su pijama rosa de gatitos, el sueño ya pesa y los ojos se le cierran. Suena el timbre y ella da un respingo, de mala gana se levanta y camina hacia la puerta, mira por la mirilla y sonrío, el estirado no puede pasar sin ella. Abre la puerta y finge estar molesta.

—Hola Tris, sé que es tarde, pero quería verte, mañana salgo de viaje y no regresaré hasta el viernes por la noche.

Tris aprieta los dientes con fastidio, no le hace gracia que se vaya tanto tiempo, le hubiera gustado salir alguna tarde con él. Agarra su mano y tira de él, cierra la puerta y se abraza apoyando la cara en su pecho.

—¿Qué ocurre Tris? —pregunta Duncan alarmado.

—Nada, no quiero que te vayas.

—¿Quieres venir conmigo?

—Sí, pero no puedo, tengo trabajo.

—Puedo hablar con Denis.

—Lo sé, pero no quiero ser la chica del jefe, lo entiendes... ¿verdad?

Duncan acaricia su pelo, la aparta un poco para poder mirar su bella cara y la besa. Su fierecilla trabajadora y maravillosa.

—Lo entiendo, pero te voy a echar de menos.

—¿De verdad?

—Sí, echaré de menos tu genio indomable.

—¿Solo eso?

Duncan la abraza, la inseguridad lo embarga, con ella es otra persona y eso le da miedo. ¿Quién es él, el frío hombre de negocios o el que se derrite con solo mirar sus ojos?

—Debo irme, pero este fin de semana haremos algo especial, te enseñaré mi avión y no pienso permitir que te apartes de mí ni un momento.

—¿Ni para dormir? —pregunta Tris con malicia.

—No me tientes. —gruñe Duncan excitado.

Tris lo besa y él de muy mala gana se marcha, de camino al ascensor, se lleva la mano a la boca. ¡Ojalá pudiera guardar ese beso hasta su regreso!

Tris apaga la televisión y se va a la cama, se tapa con el edredón y gruñe porque la sábana siempre se le revela y le cae en la cara.

—Eres mi juguete y si te portas bien, este fin de semana los dos lo pasaremos muy, muy, bien, mi querido estirado. —los ojos le pesan y acaba durmiéndose con una sonrisa en la boca.

Desde un edificio cercano, un hombre los observaba, dejó los prismáticos encima de una mesa y cogió el móvil.

—Los micrófonos están colocados tal y como pidió, tenemos cubierto tanto su apartamento como el de la chica. Sí, dos escoltas, pero no suelen acompañarlo a la vez y no veo que aumente la seguridad. Mañana se marcha de viaje hasta el viernes por la noche. Entendido, seguiré vigilando.

Durante la semana, Tris trata de concentrarse en el trabajo, Denise parece ser buena persona y eso la tranquiliza un poco. Mira su pequeño despacho y suspira, Martina parece muy concentrada en uno de sus diseños, retoca los colores una y otra vez, no parece muy convencida. Tris chupa el capuchón de

su bolígrafo y mira su informe, está casi listo, pero no sabe si impresionará a Denis. Su mente vuela una vez más, es miércoles y no sabe nada de Duncan, ¿tampoco se acuerda de ella? Quiso llamarlo, pero luego lo pensó mejor, no quería parecer desesperada, aunque lo estaba. Tenía ganas de ver a su estirado y probar sus labios. Apoyó los codos sobre el escritorio y recostó su barbilla en sus manos, el móvil sonó y sus manos flaquearon por el susto hasta el punto de que su cara casi se estrella contra la mesa. Agarró el móvil y miró la pantalla, no conocía el número que le estaba llamando.

—¿Sí?

—Buenas tardes, le llamo de Telecom5. ¡Está de suerte! Tenemos una nueva tarifa que le ahorrará dinero y además... —Tris colgó enfadada, qué harta estaba del típico comercial que llamaba a las horas más molestas para ofrecerte un producto poco novedoso, y aún menos, interesante.

El teléfono sonó de nuevo y Tris se armó de paciencia. ¿Otra vez el mismo número?

—¡Escucha! ¡No me llames más! ¡Métete la oferta por tu trasero! —chilló Tris.

—¡Vaya! ¿En serio no te interesa? —contestó una voz burlona que le resultaba muy familiar.

—¿Duncan?

—Sí, te llamo desde el móvil de empresa, estoy en Texas.

—¿Te crees muy gracioso? —preguntó Tris molesta, ¿cómo no reconoció su voz?

—Te echo de menos.

La madre que le parió, y yo que iba a echarle la bronca del siglo, ahora me dice eso y ya no me sale enfadarme. ¿Joder, qué le digo?

—Yo a ti no.

—¿Ni un poquito?

—Ni un poquito. Nada, estoy en la gloria.

—Bueno en ese caso, le diré a mis asociados en Texas que acepto su oferta de quedarme dos meses aquí.

—¡Ni hablar!

—Creí que te daba lo mismo.

—Y me da lo mismo, pero te quiero aquí el viernes. —gruñó Tris y colgó el teléfono.

Duncan dejó el teléfono sobre la mesa y sonrió, dijera lo que dijera, ella

estaba loca por él. Su móvil sonó y él lo agarró con nerviosismo, pensando que pudiera ser Tris, pero era Brenda.

—Hola Brenda.

—¿Quién es, Tris?

—¿Por qué lo preguntas?

—Quiero saber quién es la chica que es capaz de domar a mi primo.

—A mí nadie me está domando y no sé de qué me hablas.

—¿A caso crees que tú eres el único con recursos para investigar?

—¿Cómo te has enterado? —gruñó Duncan molesto.

—Sí claro, te voy a decir el nombre para que lo/la despidas. ¿Tiene algo de malo que te guste alguien?

—No, pero...

—Recuerda lo que te dije, o tienes pareja o pierdes a la poca familia que te queda.

—Brenda yo... —Duncan dejó el móvil sobre la mesa, Brenda le había colgado sin dejarle opción de réplica.

Sería Tris la indicada, desde luego ninguna mujer había provocado en él tantas emociones encontradas, frustración, nerviosismo, alegría, excitación...

El viernes a última hora de la mañana, Tris agarró el portafolio y caminó hasta el despacho de Denis, se acabó el tiempo, debía presentarle su proyecto. Tocó a la puerta y Denis no tardó en pedirle que pasara.

—Hola Denis, te traigo el proyecto para la campaña de marketing.

—Siéntate por favor, en un minuto estoy contigo.

Tris dejó el portafolio sobre el escritorio y se sentó en una silla contigua a él. Denis no tardó en agarrarlo y abrirlo para echarle un vistazo mientras seguía pendiente de su conversación telefónica. Sus ojos se iluminaron, pero Tris no sabía si era por su informe o por la llamada de teléfono, la duda la estaba matando. Denis colgó el teléfono y se centró en el informe, sus ojos recorrían cada línea con interés.

—Me gusta, es sencillo, hasta un niño lo entendería, pero a la vez es concreto y explica cada detalle importante. Me parece fantástico, esta tarde lo expondremos ante la junta, te encargarás de realizar la presentación.

—¡Yooooo! ¿No puedes hacerlo tú?

—No, tú conoces todos los detalles y no te alarmes, ya verás como no es para tanto.

Tris suspiró, asintió con la cabeza, se levantó y abandonó el despacho.

Caminó hasta el habitáculo de Martina y se apoyó en el delgado muro de madera.

—Martina, ¿tienes mi presentación lista?

Martina le dedicó una sonrisa, rebuscó en uno de sus cajones y sacó un dvd que le entregó sin dejar de sonreír.

—Chica, parece que se te ha muerto alguien.

—Sí, yo. No te fastidia, tengo que hacer la presentación del proyecto delante de toda la junta, con lo nerviosa que me pone hablar en público.

—No seas tonta, además eso es buen síntoma. Un amigo mío trabajaba para Denis y me dijo que ella nunca permitía que nadie realizara una presentación, debe de confiar en ti.

O sabe que soy la chica del jefe y me está haciendo la pelota para congraciarse con él. Tris dejó el dvd sobre su escritorio y miró a Martina.

—¿Vienes al comedor?

—Sí, me muero de hambre. —dijo Martina relamiéndose.

Capítulo 14

Martina se sirvió un plato de puré de patata, un bistec poco hecho, ensalada y tarta de melocotón. Tris agarró una ensalada y un plato con estofado, tenía poco apetito por culpa de los nervios. Martina se acercó a una máquina de refrescos y regresó con dos Pepsis.

—Me parece increíble que sea gratis almorzar en la empresa. —dijo Tris sonriendo.

—Que tu jefe sea millonario tiene sus ventajas, además, él piensa que así estás más contento y rindes más, por no decir que no pierdes tiempo haciendo cola para calentar tu comida en el microondas o en ir y venir de casa.

Tris asintió con la cabeza, eso era muy típico de Duncan, pensar con frialdad, pero ella prefería creer que lo hacía por beneficiar a sus trabajadores.

—Esta noche vamos a ir a una discoteca. ¿Te apuntas?

Tris removió un poco el estofado con la cuchara, no sabía nada de Duncan y no le apetecía estar otro día más encerrada en casa, esperándole.

—¡Vale!, pero un ratito nada más.

—¡Perfecto!

Denis inició la presentación basándose en el informe de Tris, la junta prestaba mucha atención y no parecía tener dudas. Tris se quedó en un rincón, esperaba que Denis se animase y diera ella toda la charla.

—A continuación, mi colaboradora Tris Stanford les explicará los pormenores.

Tris dio un respingo al escuchar su nombre, caminó hasta el reproductor de dvd y pulsó el play. El proyector lanzó una imagen sobre la pantalla en la que aparecían varios gráficos.

—Como pueden ver en los gráficos, la competencia nos aventaja en clientes nuevos. Sus anuncios son más sencillos y la plataforma de bolsa mucho más accesible para neófitos. Mi propuesta es... —Tris pulsó el botón de avance para mostrar otra imagen— Reducir las funciones de la plataforma para que de esa forma resulte menos agresiva o intimidante, siempre se puede

añadir una opción para activar el modo experto para nuestros clientes más aventajados.

—¿Qué costo tendría realizar esos cambios? —preguntó uno de los miembros de la junta.

—Mínimo, nuestros diseñadores tardarían alrededor de un mes en cambiar la estructura de la web y dado que solo hay que añadir algunos elementos y no sustituir dicha web, el gasto sería insignificante. Sin embargo.—pulsó para cambiar de imagen—. En estos gráficos pueden ver como nuestra compañía podría hacerse con el mercado, dado que nuestros márgenes son más reducidos y las herramientas de trading que proporcionamos son superiores a las de la competencia. ¿Alguna pregunta? .—¿por favor, que nadie pregunte?

—Creo que lo has dejado todo muy claro Tris, dejemos que la junta decida. Caballeros, nosotras nos retiramos para que puedan tomar una decisión.

Tris apagó el equipo, extrajo el dvd y siguió tímidamente a Denis hasta la salida de la sala, las piernas le temblaban como si estuviera bailando salsa.

Denis le dio una palmada en la espalda y la miró sonriente.

—Impresionante.

—Denis, ¿le puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—No quiero ofenderla, pero necesito saber si me ha permitido exponer el proyecto porque usted cree que he hecho un buen trabajo o por ser... amiga de Duncan.

—Cariño, no hago favores, mi trabajo es sagrado y nunca me arriesgaría a que ningún idiota arruinara mi reputación. Tu trabajo ha sido excelente, no dudes de ti ni un instante.

—Gracias Denis. —repuso Tris sonrojada, pero satisfecha.

Denis se marchó y Tris se quedó allí parada apoyando la espalda en la pared, desde allí podía ver el despacho de Duncan, lo echaba de menos.

Sacó el móvil y escribió un mensaje, seguramente estaría volando y lo más probable es que no lo recibiera hasta llegar a New York.

—Estirado, he hecho una presentación ante la junta y a Denis le ha gustado.

Tris dio un respingo y sus ojos se iluminaron cuando vio que él estaba escribiendo.

—Me alegro, nunca dudé de ti.

—Esta noche salgo con una amiga.

Tris se puso nerviosa al ver que él tardaba en responder, casi iba a guardar

el móvil en el bolsillo resignada a no obtener respuesta, cuando este vibró.

—Pásalo bien, pero el fin de semana eres mía, no hagas planes.

Un calor muy agradable recorrió todo su cuerpo, él deseaba estar con ella, acapararla, estaba claro que le importaba.

Duncan se retorció en su sillón, miró a Branson y este lo miró sombrío.

—Llama a Ford, que siga a Tris, tengo un mal presentimiento.

Branson sacó el móvil y llamó a Ford, Duncan podía ser muchas cosas, pero no era un paranoico y sus presentimientos no solían fallar.

Martina y Tris se acercaron a la barra y un camarero trató de escuchar sus pedidos.

—¡Una Pepsi y un mojito! —gritó Martina.

Tris se había puesto un vestido gris poco llamativo, no había tenido tiempo de comprar ropa nueva y tampoco había cobrado su primer sueldo. Miró a Martina que vestía un traje de firma bien entallado y de un color granate que acentuaban sus curvas.

—Me encanta esta música dance. —dijo Martina ofreciéndole la Pepsi.

—Sí, este sitio está muy bien.

Las dos chicas caminaron hasta unos sillones blancos muy mullidos y se dejaron caer en ellos como dos colegialas.

—Lo que más me gusta es que la música está al volumen adecuado, se puede hablar sin tener que gritar. —dijo Tris divertida—. Por cierto, ¿tú también vives en el edificio del jefazo?

—¿Vivir allí? ¿No me dirás que tú vives allí?

—Sí.

—Nadie de la compañía vive allí, es un edificio solo para millonarios. ¿Cómo es que tú vives allí?

Tris se encoge de hombros, aunque en el fondo sabe el porqué, el muy sinvergüenza lo tenía todo planeado. Sacó el móvil y mandó un mensaje a Duncan.

—Apartamento gratis para empleados, ¿no? Mentiroso.

—¿Dónde estás?

—En una discoteca, Cielo azul creo que dijo Martina que se llamaba, ¿por qué?

—Curiosidad, pásalo bien, nos vemos mañana.

—Adiós estirado.

Tris sonrió y guardó el móvil en el bolso, se lo estaba pasando genial con

Martina que no dejaba de reírse por todo y hablarle sobre los chicos del trabajo.

—Dax es un bombón, pero hija, de cerebro anda igual que yo de dinero a final de mes. —dijo Martina sonriendo.

—¡Serás mala! ¿Cómo dices eso de ese pobre chico? Si te mira como un borreguito, yo creo que le gustas. —replicó Tris divertida.

—¿En serio? Mira que tonto es un rato, pero un polvo sí que le echaba.

—¡Qué zorrón!

—Niña que al cuerpo hay que darle alegría.

—Hola guapas, ¿os importa que me siente con vosotras? —dijo un tipo rudo y de rostro poco agraciado.

—Nos importa. —contestó Martina molesta.

—¡Vamos nenas! No seáis antipáticas, solo quiero pasar un buen rato con dos chicas hermosas. ¿Por qué no vamos a un reservado?

—No vamos a ir contigo a ningún sitio. —gruñó Martina.

El tipo se levantó, pero lejos de marcharse, agarró a Tris y tiró de ella que chilló asustada. Martina trató de soltar a Tris del agarre del tipo, pero era demasiado fuerte para ella.

—¡Suéltame salvaje! —chilló Tris que miraba de un lado a otro, pero todo el mundo iba a lo suyo y no veía a nadie de seguridad—. ¡Suéltame!

—No te preocupes, te voy a hacer pasar un buen rato.

—¡Nooo! ¡Suéltame imbécil!

—La señorita desea que la sueltes. —dijo una voz que Tris reconoció al instante, Ford.

—No te metas capullo o te daré una buena.

—¿En serio? Estoy impaciente. —dijo Ford sonriendo.

El tipo soltó a Tris y le lanzó un directo que Ford esquivó sin problemas. Intentó darle un derechazo, pero Ford lo esquivó de nuevo, le dio una patada en los testículos y un puñetazo en la cara que lo derribó e hizo caer al suelo, retorciéndose de dolor.

—Será mejor que os lleve a casa. —dijo Ford con seriedad.

Tris asintió con la cabeza y cogió la mano de Martina que miró a Ford con asombro y algo más que no pudo identificar.

Ford las acompañó en silencio hasta la calle, donde las invitó a entrar en la limusina. Primero llevó a Martina a su casa, que vivía en un edificio de seis plantas a las afueras de Brooklyn. Tris le dio dos besos y Martina salió del

vehículo y entró corriendo en el edificio, justo antes de cerrar la puerta miró hacia la limusina, pero hubiera jurado que no la miró a ella. De camino a su edificio, Tris reaccionó, pulsó el botón para bajar el cristal interior y Ford la miró por el retrovisor.

—¿Ocurre algo Tris?

—¿Cuánto hace que sales con Martina?

—Yo no...

—¿Tú no? He visto cómo te miraba en la discoteca y luego al bajarse de la limusina, por no decir que ni siquiera te has molestado en fingir y preguntarle su dirección.

—Me has pillado. —admitió Ford.

—Tranquilo, no me voy a meter en tus asuntos, pero a Martina... lo que me voy a reír.

—No seas mala con ella.

—¿Yoooo? ¡Jamás! —dijo Tris poniendo cara de inocente y metiéndose un dedo en la boca como si fuera un bebé.

Ford meneó la cabeza negativamente, no había quien pudiera con ese terremoto de mujer.

Capítulo 15

El tipo de la discoteca se levantó del suelo y sacó el móvil, marcó un número y caminó hasta la puerta principal del local.

—La chica está protegida, en cuanto me propasé con ella, apareció uno de los escoltas de Duncan. Está claro que esa chica le importa. Ok, me ocultaré para no ser descubierto.

Duncan desabrochó el cinturón y agarró su maletín, estaba furioso. ¡Ojalá hubiera estado él en esa discoteca! No habría sido tan magnánimo como Ford, le habría roto los brazos y las piernas. No le importaban las demandas, para eso estaba el dinero.

De camino a su apartamento, no pudo reprimir más su nerviosismo y la llamó. Branson subió el cristal y empezó a hablar con Ford de un tema que parecía avergonzarle.

—¿Tris, estás bien?

—Sí, solo fue un idiota, yo hubiera podido con él.

—Lo sé.

—¿Qué hacía Ford en la discoteca?

—Yo lo envié.

—¿Para espiarme?

—No, para protegerte.

—¿Protegerme de qué?

—Tuve un mal presentimiento.

—¿No serás de esos que agarran una taza de café y te adivinan el futuro?

—¡Ojalá! No me vendría mal. ¿Quiero verte?

—Estoy en la cama, son las dos de la madrugada.

—Es verdad, lo siento, no miré la hora.

—Cinco minutos.

—No es mucho tiempo, pero acepto. —dijo Duncan sonriendo.

Tris se puso una bata rosa y corrió hacia la puerta. Duncan se quedó mirándola sin decir nada y Tris se puso colorada.

—¡Vale! No tengo mi mejor aspecto, pero es tarde y estaba durmiendo.

—Estás perfecta. —dijo Duncan rodeándola con sus brazos y depositando un beso casto en su mejilla.

—¿Solo eso? Si lo sé no te abro. —gruñó Tris molesta ante la falta de efusividad de él.

Duncan acarició su espalda y la besó en los labios, sus lenguas no tardaron en encontrarse y Tris tuvo que contenerse para no lanzar la bata y su pijama por los aires. ¡Quemooooo!

—¿Mejor?

—Sí, pero ahora te vas a tu apartamento que tengo sueño.

—¿Estás excitada?

—Sí. ¿Serás cerdo? Sabes que no puedo mentir y te aprovechas.

Duncan la besó de nuevo, precisamente por eso estaba loco por ella, era la única persona sobre la faz de la tierra que nunca le mentiría.

—Está bien, me voy, pero mañana a las nueve paso a recogerte.

—¿A las nueve? ¿estás loco?

—No te arrepentirás, te lo prometo.

—Más te vale porque voy a dormir menos que una gallina rodeada de gallos.

Duncan soltó una carcajada y se marchó cerrando la puerta tras de sí.

—¡Las nueve! Con lo que me gusta dormir. —protestó Tris.

Tris se quedó dormida en la limusina, para variar se cayó sobre el regazo de Duncan, que se limitó a acariciar su pelo. Aquella loca lo tenía cautivo, era tan divertida y espontánea, nunca se aburriría con ella.

Una hora después, Ford bajó el cristal interior.

—Estamos llegando al aeródromo.

Duncan asintió y esperó a que Ford subiera el cristal para despertar a Tris. La levantó con cuidado, pero ella ni se inmutó, seguía con los ojos cerrados, la sujetó entre sus brazos y la besó. Tris abrió un ojo, pero lo volvió a cerrar, el sueño era pesado, un nuevo intento, ¡nada, no hay manera! Abrió un ojo, luego el otro y por último se dejó llevar por sus labios y se entregó a Duncan.

—Será mejor que lo dejemos para luego. —dijo Duncan al percatarse de que el vehículo se había detenido.

Tris sacó un espejo de su bolso, se adecentó un poco el pelo y se pintó los labios ante la atenta y seductora mirada de Duncan. Bueno seductora... más bien parecía un lobo a punto de atacar.

Duncan ayudó a salir a Tris y cogidos de la mano, caminaron hasta un

hangar. Ford introdujo una llave en la cerradura y Branson agarró el asidero de la enorme puerta y tiró de ella hasta abrirla por completo.

—¿Qué te parece? —preguntó Duncan mirando su flamante P-51 Mustang.

—¿Ese trasto es tu juguete?

—¿Trasto? Es una maravilla.

—¿Y en eso vamos a volar?

—Sí.

—No sé yo, ese cacharro es tan viejo que parece que se le vayan a caer las alas en cuanto enciendas el motor.

—Eso no pasará, te lo prometo. Está restaurado hasta la última pieza, como si hubiera salido hoy mismo de la cadena de montaje. —dijo Duncan pasando la mano por el fuselaje bien pulido y de color plateado—. Esta belleza participó en la segunda guerra mundial y consiguió sobrevivir.

—Esto... si quieres os dejo solos por si queréis meteros mano.

Duncan la miró divertido, desde luego estaba claro que no la había impresionado.

—¡Ven! Vamos a cambiarnos.

—¡Yo no me monto en ese trasto! —chilló Tris asustada.

—Lo harás y te va a encantar.

—¡Nooooo!

Después de enfundarse en unos monos de aviador y ajustarse los cascos, Tris subió al asiento trasero del avión no sin dar un par de traspies. Por lo menos el avión olía bien, ¡algo es algo!, pensó.

Duncan cerró la cabina y conectó el motor, las hélices no tardaron en empezar a girar, primero despacio, pero ganando cada vez más velocidad. Tris no sabía a dónde agarrarse, aunque tampoco serviría de mucho si ese trasto explotaba en el aire. Lentamente, el morro del avión fue enfilando una de las pistas auxiliares. Entró en la pista principal y poco a poco la recorrió. Duncan aceleró el motor y el avión circuló por la pista a mayor velocidad, tiró de los mandos y el avión se elevó en el aire. Tris apretaba los dientes, pero reconoció que fue divertido. Con cuidado fue girando en el aire, tomó altura y luego descendió en picado. Tris chilló medio asustada, medio divertida, aquel trasto no estaba tan mal después de todo. Duncan alzó el vuelo y se mantuvo estable durante unos minutos, conectó los auriculares de los cascos y envió un pitido de aviso a Tris.

—¿Te gusta mi juguete? —preguntó Duncan sonriendo.

—¿Cuál de ellos? —preguntó Tris con malicia.

—Eres terrible, el avión.

—No está mal.

—¿Quieres pilotarlo?

—¿En serio?

—Sí, yo siempre hablo en serio.

—Lo sé, por eso eres tan aburrido.

Duncan puso los ojos en blanco, no había forma de agradarla.

—Agarra los mandos y mantenlos firmes.

Tris agarró los mandos y obedeció.

—Ahora suavemente, gira a la izquierda.

Tris obedeció de nuevo, giró y una sonrisa se dibujó en sus labios al ver como el avión respondía a sus órdenes. Estuvo un rato probando los mandos, pero se aburría y decidió hacer los movimientos más bruscos. Duncan apretó los dientes al ver como el avión giraba bruscamente y se colocaba con la cabina hacia abajo. Tris giró de nuevo, puso recto el morro y se lanzó hacia abajo, eso sí que era divertido, pero llegó a un punto en que no conseguía levantar el morro y temió que iban a estrellarse.

—¡Duncan, que nos matamos!

Duncan agarró los mandos y levantó el morro con suavidad, el avión respondió sin problemas y en cuestión de segundos volaban tranquilamente hacia el aeródromo.

—Por hoy ya es suficiente, quiero que tú y yo hagamos más cosas.

Tris asintió con la cabeza, tanto subir y bajar, fue divertido, pero empezaba a sentirse un poco rara.

Duncan llamó por radio a la torre de control y esta le asignó una pista. Se dirigió hacia ella e inició el descenso. Tris se agarró a un asidero junto a la ventanilla y apretó los dientes. El avión se posó suavemente, las ruedas emitieron un leve chirrido y poco a poco fue desacelerando hasta alcanzar una velocidad reducida. Duncan dirigió el avión por una pista de servicio hasta el hangar y una vez allí lo detuvo.

Abrió la cabina y salió fuera para ayudar a Tris, que se liberó del cinturón y casi salta fuera.

—¿A que te ha gustado? —preguntó Duncan con ojos brillantes.

—Sí, ha sido fantástico, me ha ¡encantadoooooooooo!

Tris vomitó justo al lado de Duncan que se limitó a sujetarle la cabeza y

tratar de cogerle el pelo, mientras ella seguía echando hasta la primera papilla.

Branson miró a Ford con seriedad.

—Yo no pienso limpiar eso.

—Pues a mí no me mires. —gruñó Ford.

Capítulo 16

Duncan dio un bocado a su hamburguesa, no es que tuviera mal sabor, pero estaba acostumbrado a comidas más glamurosas y eso de que a cada bocado la salsa salpicara su boca...

—¡Está buenísima! Me encantan las hamburguesas y tenemos que comer pizza y burritos mexicanos. —dijo Tris entusiasmada.

—No te emociones, tú come lo que quieras, pero a mí me dejas en paz. —protestó Duncan.

Tris se terminó su hamburguesa, se limpió la boca con una servilleta y dio el último trago a su refresco de cola, luego se levantó y tiró de Duncan que no daba crédito a su reacción. Branson caminó hasta la barra del restaurante y pagó la cuenta mientras Ford trataba de seguirlos de cerca.

—¡Deja de correr! —gruñó Duncan.

Tris se detuvo y trató de besar a Duncan que se apartó con expresión de asco.

—Ni se te ocurra acercarte a mí con ese pestazo a salsas, vinagre o lo que quiera que llevara ese engendro que nos hemos comido.

—¡Serás idiota, te has manchado la camisa!

Duncan miró su camisa y Tris aprovechó para besarle, luego salió corriendo.

—¡Serás sinvergüenza! —gritó Duncan corriendo tras ella.

Tris chillaba, aprovechó un bosque cercano para esquivarlo entre los árboles, se escondió tras un matorral y se llevó la mano a la boca para evitar que él pudiera escuchar sus risas.

Duncan pasó junto a ella, su expresión había cambiado, ya no sonreía, ahora parecía nervioso y preocupado. Tris se rascó la pierna que le picaba bastante y contuvo la risa, el estirado lo estaba pasando mal. Se rascó otra vez, ya molesta, ¿por qué le picaba tanto? Miró hacia abajo y vio un ciempiés subiendo por su muslo.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaah! —gritó Tris y salió corriendo dándose manotazos en la pierna a medida que corría. ¡Quítameeee este bichooooo!

¡Quítamelooooo!

Duncan soltó una carcajada, la alcanzó y le quitó el ciempiés que cogió con cuidado y lo dejó sobre un matorral.

—Te lo tienes merecido por provocadora.

Tris le sacó la lengua y corrió hacia el camino que llevaba hasta el restaurante, de camino se topó con Ford al que casi hace caer al suelo.

—¡Lo siento Ford, me persigue un loco!

Duncan pasó junto a él, con una sonrisa en la boca, Ford también sonrió y los siguió.

Branson esperaba pacientemente al volante de la limusina, cuando los vio venir, suspiró aliviado, estaba deseando regresar al apartamento. Ford abrió la puerta y se sentó a su lado.

—El jefe está colado por Tris. —dijo Ford.

—Así es, pero lo que más gracia me hace es que tú lo digas. Una palabra más sobre Martina y vomito.

Ford sonrió y se recostó en el asiento mientras Branson encendía el motor y esperaba a que los niños entraran en la limusina.

Duncan sacó unas toallitas de la guantera y trató de agarrar a Tris que se resistía con todas sus fuerzas.

—No me vas a limpiar la cara con esa toallita vieja que debe llevar un siglo en este coche. ¡Déjame cara culo!

—¿Cara culo?— dijo Duncan divertido y le restregó la toallita a conciencia por toda la boca.

—¡Aaaarg! ¡Qué asco! —chilló Tris que agarró otra toallita y le limpió la boca a Duncan—. A ti también te canta el aliento, estirado.

Duncan la agarró y la abrazó, Tris no tardó en quedarse quieta y acurrucarse.

—Esta noche no quiero salir. —dijo Tris susurrando.

—¿No quieres que estemos juntos?

—Yo no he dicho eso estirado, solo digo que no quiero salir. Podemos pedir una pizza y cenar en mi apartamento.

Duncan puso los ojos en blanco solo de pensar en comer pizza.

—Y si te portas bien, yo pondré el postre. —anunció Tris.

—¿Y cuál será ese postre?

—Yo. —dijo Tris y se quedó dormida.

Duncan la miró, ¿cómo podía alguien quedarse dormida con tanta

facilidad?

Nada más llegar al apartamento, Duncan la dejó sobre su cama y le quitó los zapatos, luego la cubrió con una manta y la dejó dormir. Se sentó en un pequeño pero cómodo sillón y se quedó allí mirándola.

Sobre las seis de la tarde, Tris abrió los ojos, no tenía ni idea de dónde estaba, había un gran ventanal desde el que se veía la ciudad, ya había anochecido, se giró y se encontró con los ojos de Duncan.

—¡Aaaaaaaaah! —chilló Tris—. ¿Pero tú estás loco? ¿Cómo se te ocurre quedarte ahí sentado en silencio? Menudo susto me has dado. —gruñó Tris.

—Dormilona.

—¿Y por qué estabas ahí?

—Me gusta verte dormir.

—Eres un poco raro.

Se levantó de un salto y casi se cae al suelo enredada con la manta, la retiró y la dejó caer en la cama, luego caminó con dignidad hacia el baño. Necesitaba lavarse bien la cara y...

—Necesito mis cosas.

—Ahora te acompaño a tu apartamento, pero antes me gustaría ducharme.

Tris se quedó pensando, de buena gana se duchaba con él, pero luego tener que ponerse su ropa que olía a campo y hamburguesa... ¡Pufff! Mejor no.

Después de ducharse, Duncan se enfundó en otro de sus trajes y Tris torció la boca con desaprobación.

—Así no vienes a mi apartamento. —abrió el armario y sacó un suéter negro de cuello alto y unos pantalones vaqueros azules—. Esto está mejor, que vamos a comer pizza, no a trabajar.

Duncan se quitó la camisa y Tris pudo ver sus músculos bien torneados y sus abdominales marcados, debía ir a un gimnasio, pero le costaba imaginar a Duncan haciendo deporte cerca de otras personas. La cosa se puso interesante cuando se quitó los pantalones y se ajustó los vaqueros y el suéter. ¡Joder, qué bueno está! Menuda diferencia de verlo con esos trajes amplios a esa ropa que le marcaba todo, ¡todoooooo!

—¡Vamos! Que yo también me quiero duchar y cambiar de ropa.

Duncan se colocó el cinturón y los zapatos y la siguió hasta la salida del apartamento, hizo una señal a Ford para que no los siguiera y los dos caminaron hacia los ascensores.

Tris entró en el baño y abrió el grifo del agua caliente, se quitó la ropa y la

tiró al suelo. Enjabonó su cuerpo, se estaba excitando solo de pensar en que en unas horas, otras manos pudieran recorrerlo. Se llevó las manos a la cabeza y comprobó que tocaba lavarse el pelo, entre el vuelo y la carrera campestre, mejor lavárselo, no quería oler a arbusto.

Duncan encendió la televisión y buscó algún canal interesante, en un canal estaba terminando El caso Bourne y no dejaban de anunciar la siguiente película, Una extraña en mi ventana, esa no la había visto y parecía interesante.

Tris se enrolló en una toalla y salió del baño, se quedó mirando a Duncan durante unos segundos, parecía muy entretenido con una película. Le resultaba raro verlo relajado y hasta parecía feliz, pero... ¿lo sería?

Buscó unas braguitas sexis y una camiseta muy, muy larga que solo dejaba al descubierto parte de sus muslos. Quería calentarlo un poco, pero no demasiado, antes quería cenar y ver una película.

Duncan sacó el móvil y encargó una pizza, Tris entró en el salón y él tragó saliva al verla tan ligerita de ropa. Le iba a costar reprimir las ganas que tenía de poseerla y ella no parecía ponerle las cosas fáciles.

Media hora después, Duncan abrió la puerta del apartamento y pagó al repartidor, no quería que nadie la viera así vestida. Cerró la puerta y dejó la pizza sobre la isleta de la cocina, Tris corrió hacia ella, agarró una porción y empezó a devorarla.

—Te vas a ahogar comiendo con esa ansiedad.

—Está buenísima, ¿no sabía que entendieras de pizza?

—Que no las coma no significa que no sepa nada sobre ellas, uno de mis clientes tiene una cadena de pizzerías.

—Lleva atún, champiñones, tomate casero, queso de cabra, trocitos de carne... ¡Qué buena!

Duncan agarró un trozo y le dio un mordisco, no estaba mal, pero seguía sin volverle loco ese tipo de comida. Tris no dejaba de comer, la pizza estaba deliciosa y tenía mucha hambre, además, luego pensaba quemar unas cuantas calorías.

Media hora después, Tris recogía la caja de la pizza, la aplastaba un poco y la tiraba a la basura. Corrió al baño y se lavó los dientes y las manos, dio un respingo al ver que Duncan entraba con un cepillo de dientes.

—¿Te has traído un cepillo?

—Claro, no querrás que te bese con restos de comida en los dientes.

—¿Y quién te ha dicho que vas a besarme? —preguntó Tris con malicia.

—Es lo que quiero hacer y siempre consigo lo que quiero. —respondió Duncan agarrando el tubo de dentífrico.

Tris lo miró divertida, nunca pensó que Duncan pudiera ser tan interesante y empezaba a cuestionarse si podría aguantar hasta terminar de ver alguna película, sus planes se desmoronaban.

Duncan se lavó los dientes y salió del baño donde para su sorpresa, le esperaba Tris que nada más verlo, se quitó la camiseta y la dejó caer al suelo. Duncan se quedó mirándola, sus ojos parecían temerosos, como si pensara que él pudiera rechazarla, sus pechos bien formados y hermosos... Se quitó el suéter, caminó hacia ella y la alzó en el aire. Tris se abrazó a él y lo rodeó con sus piernas, a la vez que sus bocas se devoraban, ya no podían más, ni uno ni otro. Sus lenguas buscaban dominarse, pero ninguna ganaría esa batalla. Duncan la dejó sobre la cama y con cuidado le quitó las braguitas. Se despojó de su ropa y se tumbó sobre ella, acarició sus pechos mientras sus labios se apropiaban de su cuello. Tris gimió, podía sentir como su cuerpo lo reclamaba, ya habría tiempo para regodearse, ahora lo quería dentro. Deslizó la mano por sus abdominales hasta llegar a su miembro que acarició, sintiendo su piel suave y su vigor creciente. Se arqueó y le obligó a penetrarla. Duncan se estremeció al sentirla tan íntimamente, se apoderó de sus labios y dejó que la pasión lo dominara, nunca antes había sentido nada parecido. Aquella mujer había conseguido romper todas sus barreras y ahora él le pertenecía.

Lentamente él la penetró una y otra vez, mientras ella lo agarraba por el cuello y lo miraba a los ojos, podía sentir como el clímax se acercaba, la besó y ambos se dejaron llevar por el placer.

Capítulo 17

Duncan acariciaba el pelo de Tris que lo miraba con dulzura, aquella salvaje lo había domesticado, comería pizza y hamburguesa cada día, ya nada le importaba salvo estar con ella.

—¿En qué piensas? —preguntó Tris.

—En mi familia, los sentimientos no se nos dan muy bien, no te haces una idea de la que tuve que armar para que mi prima admitiera que estaba enamorada de su actual marido.

—¿Y tú?

—Te quiero Tris, nunca pensé que podría decir esto a nadie, pero no me imagino vivir sin ti.

—Yo también te quiero, aunque seas un estirado que aborrece la comida basura y asiste a fiestas aburridas.

Duncan le sonrió, agarró sus labios con dos dedos y la obligó a callar.

—Cuando me conociste, estaba lleno de odio y resentimiento. Solo mis tíos y mi prima conseguían hacerme bajar la guardia.

—Vas de duro, pero se te nota que quieres a Tod, Ford y a Branson.

Duncan la miró con seriedad, no estaba acostumbrado a hablar de sentimientos.

—Digamos que los aprecio y dejémoslo ahí.

—Cuando estábamos en la fiesta, ¿quién te llamó? Tu actitud cambió radicalmente después de esa llamada.

—Es una persona de la que prefiero no hablar.

Tris asintió, no quería estropear ese momento hablando de algo que le incomodara. Duncan la abrazó y la besó en la mejilla, Tris no tardó en quedarse dormida y él la mantuvo entre sus brazos hasta que el sueño le venció.

Por la mañana, Duncan miró el móvil que había dejado sin sonido para que no lo despertaran los continuos mensajes que recibía. Echó un pequeño vistazo al correo y abrió uno que le había llamado la atención por el concepto, “Te conviene verlo”. Nada más abrirlo, aparecieron fotos de Tris en la discoteca

el día que fue atacada por aquel bastardo. Alguien había provocado ese ataque, recordó el día en que él fue atacado, aquello no fue una coincidencia, iban a por él y ahora habían fijado su mira en ella. Reenvió el mensaje a Branson y le ordenó que tratara de localizar al remitente. Se levantó de la cama y caminó hasta el salón, ¿cómo podían saber que ellos estaban juntos? Apenas si se habían dejado ver en público, la limusina tenía los cristales tintados... empezaba a sospechar que hacía meses que lo seguían y posiblemente hubiera algo más.

—Ford, baja al apartamento de Tris y trae el equipo de detección de micrófonos, sospecho que los dos apartamentos están infestados.

Duncan entró en el dormitorio y con cuidado despertó a Tris.

—¿Qué pasa? —preguntó Tris medio dormida.

—Vístete, Ford estará aquí en unos minutos.

Tris no entendía nada, pero se levantó agarró un par de prendas del armario y entró en el baño. Duncan se vistió y esperó impaciente a que Ford llegara.

Ford conectó el pequeño aparato que llevaba enganchado a su cinturón y alzó la pequeña antena hacia arriba, luego lo movió de izquierda a derecha, el detector no tardó en emitir un pitido estridente que indicaba que había encontrado un micrófono. Duncan apretó los dientes, nervioso, no permitiría que nadie hiciera daño a Tris, haría el sacrificio que fuera necesario para impedirlo, aunque eso significara alejarse de ella.

Tris entró en el salón y miró a Duncan, su expresión dulce se había evaporado, ahora sus ojos destilaban frialdad, el viejo Duncan había regresado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tris.

—Haz las maletas, te vienes a mi apartamento. —ordenó Duncan.

—¿Pero qué pasa?

—Ahora no, Tris. —replicó Duncan con tono cortante.

Tris hizo las maletas, no entendía qué podía haber alterado de esa forma a Duncan, aunque la idea de compartir apartamento con él sí que le atraía. Una vez más, se entristeció al ver que su vida seguía reduciéndose a un par de maletas, bueno y a un bolso muy bonito que se había comprado hace poco y el traje que Duncan le regaló.

—¡Ya está! —anunció Tris dos horas más tarde.

Duncan agarró una de las maletas y cogió a Tris de la mano, Ford agarró el resto del equipaje y los tres abandonaron el apartamento. Duncan tenía la

mirada perdida, pero seguía tenso, no había ni rastro de ese Duncan dulce que últimamente tanto la mimaba.

Branson abrió la puerta y miró con expresión sombría a Duncan.

—¿Qué ocurre? —preguntó Duncan.

—Mejor lo hablamos en privado.

Tod apareció de la nada y se acercó a Tris.

—Señorita, acompáñeme, le mostraré su cuarto. Ford, ¿te encargas del equipaje?

Ford asintió y agarró las dos maletas que arrastró tras ellos hasta cruzar el pasillo principal del apartamento. Tris sintió una gran decepción al ver el pequeño dormitorio, desde luego ese no era el dormitorio de Duncan, los armarios estaban vacíos y la cama no era muy grande. Sonrió a Tod y a Ford y esperó a quedarse sola para tumbarse en la cama. No era esa precisamente su idea de compartir apartamento, pero al parecer los dos no sentían lo mismo.

—El apartamento está listo, he destruido todos los micrófonos y puedes estar seguro que cuando el contratista aparezca para reparar los daños del apartamento de Tris y el tuyo, pienso estar con el detector en la mano todo el tiempo. Los voy a registrar a conciencia, por cierto, ya he llamado a los chicos, en una hora estarán aquí.

Duncan asintió.

—¿Pudiste localizar el punto de recepción de la señal de los micros?

—No, son profesionales.

—Quiero a los chicos armados con Mp5, vigilancia exterior, ascensores, terraza... No quiero correr riesgos y sobre todo quiero que Tris esté a salvo, tú te quedas conmigo, pero quiero a Ford todo el día con Tris.

—Cuenta con ello, por cierto, tu chica no parece muy emocionada con su nuevo cuarto.

Duncan lo miró con frialdad, él deseaba estar con ella, pero debía estar concentrado ahora que sus vidas estaban amenazadas y eso era del todo imposible teniéndola cerca.

Tris se sentó en la cama, no tenía el menor interés por deshacer las maletas. Duncan entró en el dormitorio y se sentó junto a ella, no mostró el menor signo de acercamiento, mantenía las distancias.

—He recibido fotos tuyas del día en que te atacaron en la discoteca.

—¡Dios mío!

—Te quedarás aquí hasta que encuentre a esa gente.

—Pero igual es una broma de mal gusto por parte de alguien a quien le caigas fatal. —dijo Tris tratando de quitarle hierro al asunto.

—Hace un tiempo intentaron secuestrarme y ahora esto, saben que estamos juntos. Gracias a mí, ahora tú también eres su objetivo. —dijo Duncan mirando hacia el frente con la mirada vacía—. ¿Por qué no has deshecho las maletas?

—Pensé que estaríamos juntos. —admitió Tris casi en un susurro.

—No, lo que ha pasado es la prueba de que no podemos estar juntos. —dijo Duncan mientras se levantaba y se marchaba.

Tris se angustió al pensar que él quisiera alejarla de su lado, no podía hacer eso, ella le amaba y no creía que él pudiera olvidarse de ella con tanta facilidad. No se lo permitiría. Se levantó de la cama y corrió tras él, lo agarró de la mano y tiró de él.

—No me vas a alejar de ti.

—Si la cosa no mejora, en unos días Ford te llevará a un lugar seguro, lejos de New York, tendrás trabajo y una nueva vida.

—No pienso marcharme a ningún sitio.

—¿No lo entiendes? Si te quedas conmigo, sabe Dios lo que podría pasarte, no pienso arriesgarme, no lo soportaría.

—Yo no soportaría alejarme de ti, te quiero Duncan.

Duncan la abrazó y la besó en la cabeza, su pequeña rebelde no permitiría que le pasara nada, aunque eso provocara que tuviera que sacar fuera su lado más cruel.

—Quiero dormir contigo, no me gusta ese cuarto.

Duncan sonrió y la abrazó con más fuerza, él tampoco quería tenerla lejos, pero el miedo atenazaba su corazón.

—Está bien. —cedió Duncan al ver que no tenía alternativa.

Tris dio un grito y corrió hacia el dormitorio para recoger sus cosas, se colgó el bolso al cuello y agarró las dos maletas, salió del cuarto y casi arrolló a Duncan que la miró entre sorprendido y divertido.

—¡Oyeee! Que no sé dónde está tu dormitorio.

—Al fondo del pasillo, la puerta negra. —dijo Duncan.

—¿Qué pasa, no piensas ayudarme?

—Pensé que no necesitabas ayuda. —replicó Duncan con burla.

Tris le sacó la lengua, arrastró una maleta por el pasillo y empezó a cantar. Tod se acercó a Duncan tan sigiloso como siempre.

—Señor, me he permitido despejar su vestidor para hacer sitio a la señorita, también he vaciado una de las mesitas y la segunda cómoda.

—¿Sabías que iba a ceder, viejo zorro?

—El señor es como un libro abierto para mí.

—Gracias Tod.

—Un placer señor.

—Deja de llamarme señor. —protestó Duncan.

—No me da la real gana. —contestó Tod.

Duncan lo miró sorprendido, hoy todo el mundo pasaba de él, perdía el poco poder que tenía a cada segundo que pasaba.

Capítulo 18

Tris se pasó la mañana colocando sus cosas en el vestidor, cuando terminó, curioseó las cosas de Duncan, era poco original, casi todo trajes oscuros, camisas de color claro, corbatas muy serias, gemelos poco atrevidos, eso tendría que cambiar, parecía un empleado de funeraria con esos colores tan tristes.

—¿Has terminado de registrar mis cosas? —preguntó Duncan sonriendo.

—Tenemos que ir de compras, tu ropa apesta, necesitas un look más moderno y alegre.

—Sí, claro, supongo que camisetas con caritas de perro o algo así. —gruñó Duncan.

—No es mala idea.

—¡Ni de broma me pongo eso!

—¿Seguro? —dijo Tris quitándose la camiseta y bajándose los pantalones.

Duncan ladeó la cabeza y apretó los labios, eso era una jugada muy rastrera. Entró en el vestuario, cerró la puerta con llave y la tomó en brazos para llevarla hasta uno de los muebles. La dejó sobre él y le arrancó las bragas sin miramientos, luego le quitó el sujetador. Abrió la cremallera de su pantalón y sacó su miembro, tiró de la cadera de Tris hasta acercarla lo suficiente y la penetró. La besó con intensidad, sintiéndola cada vez más, disfrutando de la creciente excitación, ella era suya.

Tris se agarró a su cuello y lo besó, él la transportaba a un mundo diferente, un mundo de amor y sexo. Los dos se estremecieron, se abrazaron y disfrutaron sin prisa de la creciente excitación.

—No ha estado mal, pero la camiseta de perritos te la compro y te la vas a poner o esto no se repetirá.

Duncan puso los ojos en blanco, no había manera de dominar a esa mujer y siempre acababa él cediendo, qué irritante llegaba a ser.

Por la tarde, Tris estaba recostada en un sillón de la terraza junto a Duncan, al ser el edificio más alto de esa zona, no corrían ningún riesgo según él. Tres hombres se habían sumado al equipo de seguridad, Ted, Bob y Ron. Tris no

soportaba verlos con esas ametralladoras portátiles, pero entendía que la situación debía ser grave si Duncan tomaba esas medidas de seguridad.

—Duncan, háblame de tu familia.

—Mi abuelo me crió casi en solitario, pero pasé largas temporadas con mi tío Adrian y su mujer Abie. Mi prima Brenda es un terremoto, no sabes el genio que gasta, pero para mí es más mi hermana que mi prima. Cuando terminé la universidad, le pedí un préstamo a mi abuelo para montar un negocio, en solo un año le había devuelto el dinero y ya disponía de mi propia empresa. Mi abuelo quería que yo dirigiera su imperio junto con Brenda, pero yo necesitaba crear mi propio futuro. Unos años más tarde ya superaba la fortuna de mi abuelo. Lo mejor de todo es que gracias a ti no voy a perderlos.

—¿Perderlos? ¿y qué he hecho yo?

—Brenda me lanzó un ultimátum, si no tenía pareja antes del verano, tanto ella como mis tíos dejarían de hablarme.

—¡Joder con tu prima!

—Así son los Clanion, mandones, controladores y...

—¿Ricos tontos?

—No eran esas las palabras que buscaba. —dijo Duncan agarrándola por el cuello para besarla—. Este verano los visitaremos, aunque te advierto que el marido de Brenda está muy loco.

—¿También es uno de esos aburridos millonarios?

—Ni es millonario, ni es aburrido, es buena gente, pero mejor que no suene ninguna canción cuando estés cerca de él.

Tris lo miró sin comprender, pero había algo que Duncan seguía ocultando.

—Nunca hablas de tus padres. ¿Murieron?

—No, desaparecieron cuando era pequeño y nunca más volví a saber de ellos. No hay nada que contar.

El móvil de Duncan empezó a sonar y cuando lo agarró y miró la pantalla, su sonrisa se esfumó, colgó y dejó el móvil sobre la mesita.

—Perdona Tris, necesito beber algo. ¿Quieres un refresco?

—Vino mejor, un ricachón como tú seguro que tiene alguna botella.

—Desde luego.

Unos minutos después, el móvil de Duncan volvió a sonar, no dejaban de insistir y Tris se puso nerviosa. ¿Sería algo importante? Agarró el móvil y descolgó.

—¿Sí?

—¿Quién es?

—Soy amiga de Duncan.

—Por favor, necesito hablar con él, es muy importante.

—Le diré que la llame.

—Por favor, su vida corre peligro.

—¿Quién es usted?

—Soy su madre, por favor, tienes que conseguir que me escuche, es muy importante que hable con él.

—Se lo diré. —dijo Tris y colgó, ahora sí que no entendía nada, ¿por qué Duncan le había mentado acerca de su relación con sus padres? No tenía sentido.

Duncan regresó y miró con seriedad a Tris que sostenía su móvil entre las manos y tenía una expresión extraña.

—¿Qué ocurre?

—¿Por qué me has mentado?

—¿Sobre qué?

—Tu madre te ha llamado.

Duncan dejó las copas sobre la mesita de cristal y se acercó a la barandilla, apoyó las manos sobre ella y apretó los dientes.

Tris se levantó y se acercó a él, parecía muy nervioso.

—¿Por qué has tenido que contestar?

—Pensé que igual era algo importante, lo siento.

—No vuelvas a hacerlo.

—Tu madre dijo que tenía que hablar contigo, que tu vida corría peligro.

—¡Cállate! —gritó Duncan con ojos vidriosos y llenos de ira—. Tú no sabes nada de ella, es una mentirosa, es escoria, todo lo que sale por su boca es mentira.

—Pero estoy preocupada, ¿y si sabe algo sobre los que te enviaron esas fotos?

—Ella no sabe nada. —gruñó Duncan—. Solo quiere sacarme el dinero.

—Duncan parecía muy afectada, yo la noté preocupada.

—¿Qué sabrás tú!

—Duncan.

—¡Déjame en paz! Estoy harto de ti, de tu curiosidad, siempre metiendo las narices en todo, desde que te conozco no has hecho más que complicarme la vida.

Tris lo miró, estaba paralizada, ¿eso era lo que él sentía hacia ella? ¿que era un estorbo? Las lágrimas llenaron sus ojos, no podía creer que esas palabras tan crueles hubieran salido de su boca, corrió hacia el interior del apartamento, cruzó el pasillo principal esquivando al equipo de seguridad, abrió la puerta exterior y siguió corriendo, necesitaba alejarse de él.

Duncan cerró los ojos y golpeó con furia la barandilla.

—¡Tris! —gritó.

Ford entró corriendo en la azotea y miró nervioso a Duncan.

—Tris se ha marchado.

—¿Qué? ¿Cómo la habéis dejado salir del apartamento? ¡Para qué os pago, malditos inútiles! —gritó Duncan apartando a Ford. Corrió hacia la puerta del apartamento, ajustó su pistolera para que no le fuera dando golpes en las costillas y pulsó el botón de llamada del ascensor, pero justo cuando las puertas se abrían, escuchó algo y salió corriendo hacia las escaleras de servicio. Ford y Branson le seguían, pero él le hizo una señal para que se quedaran en el descansillo. Bajó las escaleras y pudo escuchar mejor el sollozo de Tris, el fuego del remordimiento quemaba su corazón, acababa de hacer daño a la única mujer que había querido en su vida. Continuó bajando hasta llegar junto a ella que ocultaba su cara entre sus manos apoyadas contra sus rodillas. Duncan se sentó a su lado, no se atrevía a tocarla, tampoco creía que ella se lo hubiera permitido. Todo su poder, su carácter frío y dominador, todo eso era historia, con cada sollozo, su vida valía menos, era un auténtico monstruo.

—Te dije que si te quedabas conmigo, te haría daño. Yo no soy como tú, soy cruel, frío... no merezco tu amor, no merezco nada, pero no soy capaz de renunciar a ti. Elige una ciudad, pagaré todos los gastos y le pediré a Ford que te acompañe.

—No, quiero irme.

Duncan la miró con los ojos muy abiertos, ¿por qué no quería irse? No tenía sentido.

—No debí contestar a esa llamada, tienes razón, siempre me meto en todo, es culpa mía, sabía que eras una persona difícil y reservada, pero aún así no respeté tus límites.

Duncan la tomó entre sus brazos, limpió sus lágrimas con el dorso de su mano y acarició su mejilla.

—No, tú no tienes la culpa de nada, soy un cabrón acostumbrado a tratar a

los demás a mi antojo. Por favor, perdóname.

Tris lo besó y se abrazó a él, por un momento temió perderlo para siempre, pero ahora sabía que él nunca podría vivir sin ella.

—Acompáñame, quiero enseñarte algo, te lo contaré todo.

—Duncan, no es necesario.

—Sí, debo hacerlo, no pienso permitir que nada se interponga entre nosotros.

Tris vio la pistola bajo su chaqueta y sintió un escalofrío, si él llevaba un arma eso significaba que la situación era verdaderamente grave y eso explicaba que alguien con un autocontrol de acero perdiera el control. Debía estar aterrado y él no era un hombre temeroso, pero ahora tenía una debilidad, ella.

Los dos subieron las escaleras, cruzaron entre Ford y Branson y continuaron su ascenso hasta el apartamento.

Capítulo 19

Duncan la llevó hasta su despacho, cerró la puerta y rebuscó en un cajón del escritorio. Sacó una foto y se la entregó a Tris. En ella aparecía un hombre de pelo negro y ojos verdes y una mujer muy bella con ojos azules y pelo rubio que tenía en brazos a un bebé.

—Son mis padres.

—No entiendo nada, ¿desaparecieron y ahora retomaste la relación con tu madre?

—Es complicado. Ambos acabaron en la cárcel por un asunto de tráfico de drogas, mi padre aún cumple condena y mi madre... contrajo una enfermedad que le paralizó las piernas, fue indultada por razones humanitarias y desde entonces vive en una pequeña casa a las afueras Long Island. Yo me hice cargo de todos los gastos.

—¿Llegaste a verla?

—No, me limito a pagar las facturas.

—¿No sientes deseos de hablar con ella?

—Aún no lo sabes todo. —dijo Duncan y por un momento pareció como si su rostro envejeciera por el dolor—. Mis padres eran drogadictos, dilapidaron su fortuna y llegados a ese punto, decidieron venderme a mi abuelo.

Tris se llevó las manos a la cara, horrorizada, las lágrimas cubrían su cara y ya no pudo más, corrió hacia él y lo abrazó.

—Mi familia me mintió, me dijeron que habían desaparecido y que a pesar de nuestra fortuna, no consiguieron dar con ellos. Cuando empecé a ganar dinero con mis negocios, decidí investigar y no tardé en averiguar la verdad, desde entonces, no confío en nadie. ¿Comprendes ahora por qué te quiero tanto? ¿por qué me obsesioné contigo? Todo el mundo me miente, mi familia, mis socios, mis clientes, mis trabajadores, solo puedo confiar en ti. Tú eres mi único refugio. —dijo Duncan acariciando el pelo de Tris y depositando un beso en sus labios carnosos y suaves. Por eso necesito que estés a salvo, debes marcharte lejos con Ford, cuando todo haya pasado, te buscaré, te lo prometo.

—No insistas, no me alejaré de ti, no puedo y no me lo pidas más. —dijo Tris entre lágrimas.

Duncan la abrazó con fuerza y la besó en la cabeza, no podría soportar que a ella le pasara algo, a ella no.

Por la noche, Tris dormía plácidamente, Duncan la tapó y se echó a su lado, no podía conciliar el sueño. Dejó su pistola sobre la mesita de noche y se quedó mirándola por unos instantes, había tanto que Tris desconocía de él. Con ella era otro hombre, pero con sus enemigos era implacable, no era de esos que mandaban a otros para solucionar sus problemas. Se giró y se acurrucó contra Tris, su respiración tranquila, su belleza, ella lo calmaba, era el mejor bálsamo para su alma torturada. ¿Tendría razón Tris? ¿Sabría su madre quién quería hacerles daño? Pensar en ver a su madre en persona era algo que le ponía muy nervioso, aquella mujer ya no era esa drogadicta que vendió a su hijo, pero aún así, para él no era más que una extraña. Cerró los ojos y aspiró el olor del cabello de Tris, su perfume frutal, la adoraba y daría su vida por ella si era necesario, no permitiría que nadie le hiciera daño, haría lo que fuera para impedirlo, lo que fuera.

Un escolta se quedaría en el apartamento, Branson estaría siempre junto a Duncan y Ford escoltaría a Tris, los otros dos escoltas harían rondas para asegurar siempre el perímetro.

Por la mañana, los dos acudieron a la oficina, Duncan no ocultaba lo que sentía por Tris, la besó delante de todos, quería marcarla a fuego, que todos supieran que era suya y que cualquiera que la tratara mal, lo pagaría muy caro. Ford agarró una silla y la colocó entre el despacho de Tris y el de Martina, las dos chicas que más le importaban. Martina no podía evitar mirar a Ford y este trataba de concentrarse en vigilar quién entraba y salía del departamento. Tris miraba los informes que Denis le había dejado para estudiar y suspiró agobiada. Su móvil vibró y ella dio un respingo.

—Te echo de menos.

Tris miró la pantalla, divertida, Duncan estaba juguetón, a pesar de todo lo que había pasado.

—Acabamos de separarnos.

—Lo sé y eso no cambia que te eche de menos.

—Me encanta cuando te pones dulce.

—No soy dulce.

—Sí lo eres.

—Bueno un poco nada más. ¡Puuffff! Ya tengo que entrar en la sala de juntas, voy a ver tu proyecto.

—¡Déjame trabajar!

—¡Adiós rebelde gruñona!

Tris sonrió y dejó el móvil a un lado de su escritorio, agarró un rotulador rojo y comenzó a subrayar todo lo que no le convencía del informe.

Durante el almuerzo, Martina no dejaba de bromear con Tris que la miraba extrañada. Estaba tan nerviosa que le temblaba la voz y no dejaba de decir estupideces. Ford se limitaba a comer y mirar de un lado a otro, evitando fijarse en Martina.

—¡Basta ya chicos! Martina, ya sé que estás liada con Ford, así que habla con él y déjame un rato tranquila.

Martina miró a Ford y este se limitó a encogerse de hombros y engullir un buen puñado de patatas fritas.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó Martina sorprendida.

—Desde lo de la discoteca, perdona si he sido brusca, pero estoy algo nerviosa últimamente y me gustaría comer en silencio.

—Claro, no hay problema. —respondió Martina algo cortada por la brusquedad de Tris.

Duncan se sentó junto a Tris y depositó una bandeja con un bistec, patatas y tarta de moras.

Martina se puso roja, ahora sí que estaban todos, el jefe era el novio de su amiga y el jefe de su novio.

Tris miró a Duncan algo confusa y siguió comiendo. Duncan podía notar la tensión en el ambiente, así que se limitó a comer y callar.

—Martina, tú y Ford podríais venir a vernos este viernes por la noche.

—Como desee señor Clanion. —respondió Martina.

—Corta el rollo, eres la única amiga de Tris y la novia de Ford, que para tu información, es uno de los pocos amigos que tengo. Relájate y llámame Duncan, por cierto, es una invitación, no una orden.

—Por mí encantada. —contestó Martina sonriendo.

—Tris, ¿te importa quitar esa expresión de estirada? —dijo Duncan con sarcasmo.

Tris lo miró con seriedad, pero acabó sonriendo, el estirado le llamaba estirada, eso sí que era un puntazo.

—Ford, tengo que solucionar unos asuntos, Ron se quedará contigo.

—Estaré atento. —dijo Ford con seriedad.

Tris miró a Ford, sabía que era más educado y dulce que Branson, pero le intrigaba cómo sería en la intimidad con Martina. Tendría que interrogarla a conciencia porque lo que es Ford dudaba que confesara.

Después de almorzar, Duncan tomó de la mano a Tris y la llevó a su despacho, necesitaba estar a solas con ella. Cerró la puerta con llave y pulsó un botón que volvió opacos los cristales, ahora tenían la intimidad que deseaba. Se dejó caer en el sillón y Tris se acopló sobre él rodeándolo con sus piernas a la vez que con sus manos le obligaba a levantar la cabeza para poder besarle.

—Lo haré. —dijo Duncan.

—¿El qué?

—Visitaré a mi madre y veré qué es lo que tiene que contarme.

Tris sonrió, en el fondo guardaba la esperanza de que ella hubiera cambiado en todos esos años y que Duncan pudiera recomponer un poco su corazón.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Tris.

Duncan la miró, sus ojos reflejaban temor, aquello debía ser muy doloroso para él.

—¿Lo harías?

—Sí. —dijo Tris mientras abría la cremallera del pantalón de Duncan y sacaba su miembro ya en creciente erección. Retiró a un lado sus braguitas y lo introdujo en su húmeda vagina—. Pero antes tú tendrás que darme placer.

—Tus deseos son órdenes para mí. —contestó Duncan con los ojos perdidos en los labios de Tris.

Capítulo 20

Tris apoyó su cabeza sobre el hombro de Duncan, en esos instantes parecía tan frágil, nunca pensó poder verlo en ese estado.

La limusina se detuvo frente a la casa, el equipo de apoyo se bajó del vehículo auxiliar y aseguraron la zona. Ford y Branson hicieron lo propio y Duncan ayudó a salir a Tris. Los dos subieron la pequeña escalinata y Duncan llamó al timbre.

Una enfermera abrió la puerta, era alta y aunque su expresión era dulce, se notaba que estaba tensa.

—Vengo a ver a mi madre. —aquellas palabras salieron de su boca como si hubiera escupido ácido.

La enfermera se apartó y los dejó pasar, los dos entraron y la acompañaron hasta una salita donde una mujer de unos sesenta años, en silla de ruedas, miraba la ventana con ojos vacíos.

—Señorita Clanion, tiene visita.

La anciana giró la silla de ruedas y se quedó asombrada al ver a su hijo. Se pasaba el día mirando fotos de él en su pequeño portátil, pero verlo en persona le superaba, después de tantos años, allí estaba su pequeño.

—Hijo, yo...

—Le agradecería que no me llamara así, solo he venido para que me de esa información tan importante que dice poseer.

—Lo entiendo. Tu padre ha obtenido la condicional, él y otros compinches de la prisión planean secuestrarte y cobrar un rescate por tu liberación.

Tris se estremeció, agarró con fuerza la mano de Duncan que se mostraba más frío que nunca, típico de él, no mostrar emociones cuando la situación se tornaba hostil.

—Gracias, lo tendré en cuenta. —dijo Duncan dispuesto a marcharse.

—Entiendo tu odio y lo acepto, pero no es justo juzgarme antes de saber toda la verdad. Te agradezco lo que haces por mí, pero no es necesario, ya he pedido mi traslado a una residencia pública.

Duncan la miró fijamente, no sabía qué clase de estrategia estaba usando

para manipularle.

—Si tanto me odias, prefiero desaparecer de tu vida para siempre, mientras tengas que pagar una sola factura a mi nombre, ese odio seguirá vivo.

Duncan bajó la vista y salió de la habitación, pero Tris se quedó, había algo en esa mujer que le intrigaba.

—Gracias por conseguir que viniera a verme.

—¿A qué se refiere con saber toda la verdad? —preguntó Tris nerviosa.

—Cuando desaparecimos de la vida de Duncan, tanto su padre como yo estábamos muy enganchados a la heroína. Mi marido vendió mi hijo a su padre, cuando llegó a casa sin él, intenté recuperarlo. Soy la peor madre del mundo, pero lo quería, es mi niño y eso no hay droga capaz de cambiarlo. Poco después, la policía nos detuvo por tráfico de estupefacientes, mi marido había montado una red clandestina, yo no sabía nada, desde lo de Duncan me mantenía colocada la mayor parte del tiempo. En la cárcel me sometieron a un tratamiento de desintoxicación y desde entonces estoy limpia. Cada día, cada hora, cada minuto lo pasaba pensando en mi niño, ¿cómo estaría? ¿lo cuidarían bien?

—Duncan seguirá pagando sus gastos. —dijo Tris—. No creo que eso cambie y tampoco creo que permita que se marche a esa residencia pública.

—No quiero su dinero, quiero su perdón. —dijo la mujer cabizbaja.

—Conseguí que viniera, tal vez consiga que... intente perdonarla.

La mujer la miró con ojos llenos de agradecimiento y se puso a llorar. Tris se acercó y ella le cogió las manos que besó con cariño. Desde el pasillo, Duncan lo había escuchado y visto todo, tragó saliva y abandonó la casa.

Una vez en la limusina, Tris no hizo ningún comentario sobre la conversación con su madre, algo que Duncan agradeció. Las emociones encontradas lo agobiaban y en esos momentos debía estar concentrado, no estaban a salvo.

Branson inició la marcha seguido por el coche de apoyo que mantenía una distancia prudencial.

Tris cogió la mano de Duncan y este la miró, trataba de mantenerse frío, pero se notaba que se encontraba mal.

—Hoy te quedarás en el apartamento, puedes usar mi despacho para conectarte a la red de la compañía y trabajar.

Tris asintió, por el momento no le llevaría la contraria, bastantes problemas tenía ya.

Ford bajó del coche seguido de Ron y los tres subieron al ascensor. Duncan miró a Tris que le devolvió la mirada antes de que las puertas se cerraran y tuvo un mal presentimiento.

Tris entró en el despacho con el portátil bajo el brazo y se sentó tras el escritorio, buscó el conector de red y se conectó a internet. Introdujo unas claves y ya estaba en la red de la compañía, abrió unas carpetas y empezó a leer los correos de Denis y varios informes, tenía trabajo de sobra para entretenerse.

Duncan sacó el móvil y entró en su galería fotográfica, Tris no lo sabía, pero mientras dormía, él solía hacerle fotos. Le encantaba su expresión dulce mientras dormía, se quedó mirando las fotos ensimismado, ella le había enseñado lo que era ser feliz.

Branson apretó los dientes, la calle por la que circulaban solía tener un tráfico denso y ese día estaba alarmantemente despejada.

—Bob, prepara tu arma, algo va mal. —dijo Branson—.

Una furgoneta con los cristales tintados se detuvo frente a ellos, cortándoles el paso, Branson intentó dar marcha atrás, pero una explosión lo cegó. Bob abrió los ojos, la limusina estaba en llamas. Los dos escoltas salieron del vehículo y abrieron la puerta de atrás para sacar a Duncan que estaba sin sentido. Aquellos tipos debían saber que era un vehículo blindado, habían usado el explosivo exacto para inmovilizarlo sin destruir el habitáculo interior. Varios hombres encapuchados se acercaron a ellos con Ak-47. Bob y Branson sacaron sus armas, estaban en inferioridad numérica, pero aún así no estaban dispuestos a entregarles a Duncan.

Duncan abrió los ojos y comprendió rápidamente lo que pasaba, apartó a Bob y a Branson y se colocó entre ellos y sus atacantes.

—Iré con vosotros, pero ni se os ocurra hacer nada a mis hombres.

—¡Duncan! —gritó Branson.

—Me parece bien, que tiren las armas y se echen al suelo con los ojos cerrados. Si alguno de los dos abre los ojos o se mueve, lo mataremos.

Duncan miró a sus hombres y asintió con la cabeza. Bob y Branson apretaron los dientes, tiraron las armas y se tumbaron en el suelo con los ojos cerrados, la impotencia los embargaba, debieron haber sido más precavidos, debieron mantener el coche de escolta.

Duncan dejó que uno de los tipos le registrara y le quitara el arma. Después del cacheo, otro lo agarró de un brazo y lo obligó a entrar en la furgoneta.

Conductor, un acompañante armado con Ak-47, dos tipos más con el mismo armamento junto a él, uno a su lado y el otro enfrente. Cerró los ojos y pensó en Tris.

Tris sintió que las piernas no la sostenían, Tod y Ron acudieron en su ayuda. Ford acaba de comunicarle que Duncan había sido secuestrado.

Tris se desmayó y Ford la tumbó sobre el sillón. Se sentó en el suelo junto a ella, Duncan no era su jefe, era su amigo y solo pensar que le pudiera pasar algo malo...

Ron salió corriendo para recoger a Branson y a Bob, Ted se quedó custodiando la puerta del apartamento.

Cuando Tris recuperó el conocimiento, Tod le entregó una infusión de tila y valeriana que bebió de mala gana, necesitaba ser como Duncan, mantener la frialdad en los momentos difíciles.

Duncan regresaría, estaba segura, tenía que regresar.

Capítulo 21

Duncan escuchó como los secuestradores hablaban entre ellos en ruso, suerte que él tenía los conocimientos necesarios para entender la mayor parte de la conversación. Pensaban llevarlo a una casa abandonada a las afueras, allí se reunirían con sus compinches. Si conseguían llevarlo hasta allí, no tendría escapatoria, miró sus manos desnudas y sonrió, aquellos idiotas debían pensar que era uno de esos millonarios que pagaban escoltas para que los defendieran, ignoraban un dato importante, él era diferente.

El secuestrador de enfrente miró hacia el conductor, divertido por la conversación sobre un partido de baseball. Duncan lanzó un codazo a la tráquea del tipo que tenía a su lado, cuando el de enfrente quiso reaccionar, Duncan se inclinó y le propinó una brutal patada en la cabeza y le quitó el arma. El tipo que estaba junto al conductor abrió fuego, pero Duncan lo abatió sin contemplaciones, luego colocó el cañón en el cráneo del conductor y le ordenó en ruso que detuviera el vehículo. En cuanto el tipo paró el motor, Duncan le dio un culatazo que lo dejó sin sentido.

Registró a uno de los secuestradores y le quitó el móvil, marcó el número de Branson y este no tardó en descolgar.

—Calle 49, llama a la policía. —dijo Duncan y colgó.

Branson ordenó a Ron que diera media vuelta y golpeó el salpicadero del coche, sonriente.

—¡Maldito cabronazo!

Tris notó que algo había cambiado, Ford no dejaba de dar vueltas de un lado para otro.

—¡Maldita sea Ford, para ya!

—Lo siento Tris, estoy muy nervioso. He recibido un mensaje de Branson diciendo que ha localizado a Duncan, pero el muy imbécil no me ha confirmado en qué estado se encuentra.

Tris tembló solo de pensar que Duncan pudiera estar herido o ... no, tenía que estar bien, no podía haberle pasado nada.

Una hora después, Duncan entraba en el apartamento, seguido de Bob, Ron

y un sonriente Branson.

Tris corrió hacia él con lágrimas en los ojos, pero se detuvo impactada al ver su camisa llena de sangre. Duncan cogió sus manos y le sonrió.

—Tranquila, no es mía, pero mejor te esperas a que me quite esta ropa y me duche.

Tris se abrazó a él, no podía creer que estuviera allí, que todo hubiera sido una pesadilla pasajera. Lo sabía, sabía que Duncan regresaría, lo besó una y otra vez hasta que él tiró de ella hasta el pasillo. Caminaron hacia el dormitorio y rápidamente Duncan se desvistió, necesitaba quitarse esa sangre de encima. Entró en el baño y terminó de desnudarse, abrió el grifo del agua caliente y agarró una esponja marina y el bote de gel, vertió un poco en ella y lo soltó en la estantería de mármol, se enjabonó el cuerpo y notó que unos brazos se aferraban a su pecho. Se giró y vio a Tris abrazada a él, toda su ropa se había empapado, pero ella parecía incapaz de reaccionar. Muy despacio la desnudó y arrojó la ropa fuera de la ducha.

—Estoy bien, la policía tiene a tres de los secuestradores, pronto descubrirán el paradero de su jefe y estaremos a salvo.

—¿De verdad?

—Sí, te lo prometo.

Duncan pasó la esponja por su cuerpo, no quería manchar de sangre el preciosos y delicado cuerpo de Tris. Ella le quitó la esponja y comenzó a lavar a Duncan que la miraba maravillado. Se dejó acariciar por la esponja, pero llegó a un punto en el que ya no podía aguantar más.

—Tris, será mejor que dejes eso o te haré el amor aquí mismo.

—Hazlo. —replicó Tris apoderándose de sus labios, deseando que la hiciera suya y la respuesta no se hizo esperar.

Duncan la levantó y ella lo rodeó con sus piernas, entrar dentro de ella era una locura, su cuerpo resbaladizo era toda una tentación. Paseó su lengua por todo su cuerpo, pasando por sus pechos y su cuello hasta acabar en su boca sedienta de deseo. Tris sintió como la penetraba, se aferró a su cuello y se dejó llevar, deseaba con todas sus fuerzas que la poseyera.

Durante la noche, Tris se despertó sobresaltada, acababa de tener una pesadilla, se acercó a Duncan que dormía profundamente y lo besó en la mejilla. Cerró los ojos y trató de dormir, pero le costó bastante y aún sería más difícil olvidar ese día. Duncan abrió un ojo y la miró adormilado, acarició la mejilla de Tris y ella clavó sus ojos en él.

—Duérmete pequeña, ya pasó todo.

Tris se acurrucó a su lado y él la abrazó hasta que ella se quedó dormida.

Ahora era Duncan quien se había desvelado, ¿cómo pudo su madre saber los planes de esos criminales?

Al día siguiente, Branson había aumentado la seguridad hasta límites que rozaban la paranoia. Duncan aprobó la seguridad y envió dos hombres para custodiar a su madre, al fin y al cabo intentó avisarle y él pagaba sus deudas.

Tris estaba muy molesta, vale que Ford la acompañara, pero ¿Ron también? ¡Ni que fuera el presidente! De mala gana fue a trabajar, más por no pensar que por tener un trabajo realmente urgente que terminar. Entró en su despacho y se sentó en su silla. Martina le guiñó un ojo y le dedicó una sonrisa a Ford, que como de costumbre, se había sentado en una silla en el estrecho pasillo. Ron vigilaba el acceso a marketing y desde allí controlaba quién se acercaba.

Duncan estaba sentado en su despacho, Branson miraba por la cristalera y escuchaba por el auricular de la oreja derecha a su equipo que patrullaba y controlaba en secreto todos los accesos del edificio.

El móvil de Duncan sonó y él se apresuró a cogerlo.

—¿Sí?

—Buenas tardes señor Clanion, soy Robert Mack, el agente del FBI que lleva su caso.

—¿Ha conseguido que esos tipejos hablen?

—Me temo que no y será imposible que saquemos nada de ellos.

—¿Qué quiere decir?

—Los tres llevaban cápsulas de cianuro implantadas en una muela. En cuanto comprendieron que no tenían alternativa, las accionaron y se suicidaron. Me temo que son profesionales altamente preparados y fanáticos.

Duncan pensó en su padre, dudaba que él pudiera conseguir ese tipo de seguidores, había estudiado su expediente policial y nunca fue más que un simple camello con una pequeña red de drogadictos que hacían circular su droga.

—¿Alguna pista? —preguntó Duncan.

—En estos momentos estamos a ciegas, le informaré si la investigación avanza.

—Bien, adiós.

Duncan enterró su cara en sus manos y se reclinó hacia atrás.

—¿Qué ocurre? —preguntó Branson.

—Esos tíos eran unos fanáticos, se han suicidado con cápsulas de cianuro.

Branson maldijo por lo bajo y se controló para no pegar un puñetazo al cristal de la ventana. Esta vez no lo pillarían por sorpresa, controlaría cada movimiento, cada llamada, cada acción de Duncan y Tris.

Capítulo 22

La semana transcurrió con normalidad, la calma invadió sus vidas, pero ninguno de ellos dudaba de que la gente que trataba de hacerles daño seguían acechando en la sombra.

El viernes por la tarde, Ford y Martina pasaron por el apartamento, tal y como habían quedado con Duncan. Tris y Martina caminaron hasta la terraza, donde uno de los escoltas hacía guardia con un Mp5 y unos prismáticos. Martina lo miró y miró a Tris que se encogió de hombros con fastidio, cualquier rastro de intimidación se había disipado.

—No sé cómo puedes aguantar esto. —dijo Martina sentándose en uno de los silloncitos.

—Después de lo que le pasó a Duncan, no tenemos otra opción. El FBI no ha conseguido dar con su paradero y no aparecen nuevas pistas.

—Es frustrante, no voy a negar que tener a Ford todo el día cerca me gusta, pero no por ese motivo.

Tris asintió, echaba de menos esos momentos de soledad en los que podía caminar sola por la calle, pero aunque la amenaza desapareciera, al ser la chica de un millonario, siempre podrían surgir otras, por lo que esos tiempos no regresarían, a no ser claro, que dejara a Duncan y por ahí sí que no pasaba.

Duncan hablaba con Ford sobre el Aston Martin cuando recibió una llamada, miró el nombre que aparecía en la pantalla y se sorprendió.

—Perdona Ford, tengo que contestar.

Duncan caminó a paso rápido hacia su despacho, cerró la puerta con llave y descolgó.

—¿Sensei?

—Hola Duncan, ha pasado mucho tiempo.

—Sí, demasiado, me hubiera gustado visitarle, pero los negocios me absorben.

—Veo que no solo los negocios, parece una buena mujer.

—¿Cómo sabe...?

—Duncan, no preguntes cuando ya sabes la respuesta. Los hombres que te

atacan pertenecen a la mafia rusa, debes tener cuidado. ¿Aún entrenas?

—Cada día.

—Me agrada escuchar eso, cuando llegue el momento, deberás apartar a tus hombres, el Clan te apoyará.

—Sensei, no merezco tu ayuda, me marché.

—Tu destino no estaba junto a nosotros, pero sigues siendo nuestro hermano.

—Domo arigatou gozaimasu sensei.

*(Muchas gracias maestro en japonés)

Duncan esperó a que su sensei colgara y guardó el móvil en el bolsillo de sus vaqueros, nunca olvidaría el año que pasó en Japón, el año que cambió su vida para siempre, el año en que aprendió a ser fuerte.

Tris entró en el apartamento junto con Martina y agarró una de las copas que Tod le ofrecía.

—Gracias Tod, ¿por qué no te quedas con nosotros?

—Sería un placer señorita, pero en unos minutos empieza mi telenovela favorita.

Tris sonrió y bebió un trago, se alegró al ver que Duncan se acercaba, aunque parecía afectado. ¿Por qué sería?

Desde uno de los rascacielos, un hombre de pelo canoso los observaba a través de las lentes de unos prismáticos.

—Bien, hijo, has pasado la prueba con nota, veremos cómo actúas cuando no seas tú el objetivo. —dijo mientras enfocaba a Tris y la observaba con expresión fría—. Informa—. Ordenó a uno de sus hombres.

—Ha aumentado la seguridad, dos hombres en recepción, una patrulla motorizada en el parking, dos en la puerta del apartamento y unos seis hombres más en el interior.

—Retírate y que nadie me moleste.

El hombre asintió y abandonó la habitación.

Duncan recibió otra llamada, no pensaba contestar y a punto estuvo de poner el móvil en modo silencio cuando vio quién lo llamaba. Se levantó de nuevo y esta vez salió a la terraza.

—¿Hijo estás bien? Perdona, sé que te molesta que te llame hijo.

—Estoy bien.

—Le entregué mi móvil al agente del FBI, dicen que tratarán de localizar la llamada que recibí.

—Gracias madre. —respondió Duncan y colgó.

Su madre dejó el teléfono sobre la mesita de noche y suspiró con lágrimas en los ojos, era la primera vez que su hijo la llamaba madre. ¿Sería posible que él llegara a perdonarla?

Duncan regresó, se sentó junto a Tris y sonrió al ver la cara que Ford ponía cuando Martina lo besó en público.

—¡Vamos Ford! Te has puesto como un tomate. —dijo Duncan burlón y dejó soltar un grito ahogado cuando Tris le lanzó un codazo al estómago—. Traidora.

Ford soltó una carcajada y miró cómplice a Martina, tenía planes para ella cuando se marcharan del apartamento.

—Ford, ¿qué te parece si le doy unos días libres a Martina y os vais de viaje?

—No creo que sea el mejor momento. —protestó Ford.

—Branson estará conmigo y tenemos todo un ejército para protegernos. —replicó Duncan sacando un sobre del bolsillo de su pantalón—. Aquí tienes los billetes de avión. ¡Marchaos y disfrutad mi casita en el Caribe!

—Gracias señor... Duncan, quiero decir. —dijo Martina algo colorada.

Duncan sonrió, acarició la mejilla de Tris y la besó. En realidad la idea había sido de ella, su amiga estaba muy tensa porque su novio estuviera en primera línea de fuego en esos momentos y quería que se relajaran un poco.

El pequeño grupo empezó a contar anécdotas y Ford recordó un día en el que Duncan rajó sus pantalones de deporte en uno de sus entrenamientos diarios en un parque cercano. Duncan lo miró con seriedad, no le hizo ninguna gracia que contara eso.

—¿Te recuerdo cuando te pillé dando besos a una almohada a la que llamabas Martina?

—¡Serás bastardo! —gruñó Ford otra vez rojo.

Martina se abrazó a él y lo besó de nuevo, así que su tipo duro era más tierno de lo que parecía.

—¿En serio hiciste eso? —preguntó Martina con tono dulce.

—Sí, estaba durmiendo y Duncan... cuida tus palabras o les contaré aquella vez en California cuando una abuela te agarró el culo y... —Duncan se levantó y cargó contra Ford que de un salto lo esquivó y salió corriendo perseguido por Duncan.

—Tan mayorcitos y siguen actuando como bebés. —dijo Tris, y Martina

soltó una carcajada—. Suerte que estamos nosotras para poner un punto de madurez.

—¡Anda, anda! Y lo dice la que tiene de fondo de escritorio en la oficina a los osos amorosos.

—¡Serás borde! —chilló Tris divertida.

Por la noche, Duncan estaba mirando a través del ventanal del dormitorio cuando sintió los brazos de Tris rodeándole. Se giró y la besó, no podía amarla más, era su pequeña rebelde.

—¿Estás bien? —preguntó Tris.

—Siempre que esté junto a ti, estaré bien. —dijo Duncan acariciando su mejilla—. Tris... hay algo de mí que desconoces.

—¿Aún eres más estirado?

Duncan sonrió y la abrazó, depositó un beso en su cabeza y cerró los ojos.

—Te quiero Tris.

—Yo también te quiero, mi estirado.

C. J. Benito

Duncan y Tris

Nada me separará de ti

© 2016 Safe Creative
All rights reserved
Imagen original: Pixabay

Capítulo 1

Mes de febrero

Tris estaba sentada en un sillón de la terraza, sus ojos recorrían cada palabra con gran concentración. Duncan se acercó sin hacer ruido y se sentó a su lado, ella lo ignoró sin contemplaciones.

—¿Qué lees?

—El pacto, de la escritora Blanca Miosi. —respondió Tris sin mirarle.

—¿Te gusta? —preguntó Duncan divertido.

—¡Me encanta! Y ahora, ¡cállate y déjame leer tranquila!

Duncan se recostó en el asiento y sonrió, su pequeña salvaje lo tenía loco.

Sonó su móvil y todo su cuerpo se tensó, esperaba noticias del agente del FBI. Miró la pantalla y frunció el ceño, era él, Robert Mack.

—¿Sí?

—Señor Clanion, hemos hecho algunas averiguaciones, cuando practicaron las autopsias a los cuerpos de sus secuestradores, el forense hizo fotos de sus tatuajes, pertenecen a una rama de la mafia rusa.

—Algo es algo. —respondió Duncan sin emoción, dado que ya su maestro le había informado de ese dato.

—Hay algo más, su padre ha dejado de contactar con su agente de la condicional.

—¿Y qué tiene que ver eso con el caso?

—Su padre compartió celda con Andre Komarov, un importante jefe de la mafia rusa. Komarov se fugó de la cárcel hace unos días y está en busca y captura.

—Bien, si averigua algo más, llámeme. —dijo Duncan y colgó. Se levantó del sillón y entró en el apartamento, no quería que ella le preguntara sobre ese tema.

Entró en su despacho, se sentó en su sillón y se quedó mirando su escritorio. Su mundo se venía abajo justo cuando empezaba a ser feliz. Recordó las palabras de su maestro, “El clan te apoyará”.

Se recostó en el sillón y dejó que su mente lo llevara hasta el día en que

visitó Japón. Necesitaba escapar de su familia, acababa de averiguar que sus padres estaban en la cárcel y que fue vendido como una mercancía a su abuelo. Su recién creada empresa despegaba, pero aquel descubrimiento lo sumió en una fuerte depresión que agrió su carácter ya de por sí reservado y tímido. Dejó su empresa en manos de sus directivos y se marchó de viaje, primero fue a Inglaterra, luego España, Francia, Italia... al final acabó en Japón. Abandonó los típicos destinos turísticos y se internó por las zonas rurales más apartadas. Recordó cuando entró en una pequeña taberna en una aldea cerca del monte Iwate, sus rasgos occidentales evitaban cualquier integración, era un extraño en una zona donde los extraños no eran bienvenidos. Tomó un vaso de sake, agarró la botella y vertió su contenido hasta volver a llenar el vaso, lo bebió de un trago y repitió el proceso hasta acabar la botella. Una joven entró en la taberna, no debía tener más de quince años, era bajita y algo desgarbada, pero bonita. Uno de los hombres la agarró del brazo y la chica trató de zafarse de él. Otro tipo se acercó y la miró con fiereza, Duncan, algo aturdido por la bebida, observó la escena y contempló con horror que uno de ellos sacaba un cuchillo. Se levantó y apartó la mesa de una patada, corrió hacia ellos y le asestó una feroz patada en el pecho al que tenía más cerca. El tipo del cuchillo lo miró fijamente.

—No te metas, Gaijin (extranjero). ¡Márchate!

Duncan le dio un puñetazo, pero el tipo era duro de pelar, esquivó el resto de ataques y acabó clavando el cuchillo en su estómago. Duncan taponó la herida con la mano y miró a la chica, que estaba aterrorizada. Sacó fuerzas y de una patada consiguió que el tipo soltara el cuchillo, se acabó el juego limpio. Le dio una patada en los testículos y aprovechando que el tipo se retorció de dolor, comenzó a golpearle en la cabeza hasta que lo dejó sin sentido, el otro tipo salió corriendo. La chica cogió de la mano a Duncan y tiró de él hacia afuera de la taberna.

—Tienes que venir conmigo, estamos en peligro.

Duncan hablaba japonés, pero la chica debía usar un dialecto local porque no lograban entenderla bien, no obstante, la siguió. Los dos juntos caminaron lo más rápido que podían entre las callejuelas de la aldea hasta que llegaron al bosque, la chica lo condujo campo a través para despistar a sus agresores.

—¿Por qué querían matarte? —preguntó Duncan taponando la herida con la mano.

—Son de un clan rival, juraron acabar con mi familia y me temo que

cuando mi padre se entere de lo que han hecho, la sangre bañará estas tierras.

Duncan siguió a la chica de cerca, pero no dejaba de perder sangre y la visión se le nublaba, no tardó en perder el conocimiento y caer al suelo. La chica lo miró, arrancó unos pequeños arbustos y comenzó a cubrir el cuerpo de Duncan para que no pudieran localizarlo, luego salió corriendo en busca de ayuda.

—¡Estiradoooooo! ¿en qué piensas? —dijo Tris mirándole fijamente y con los brazos cruzados.

—Nada importante, ¿te apetece que vayamos a un restaurante?

—Prefiero una hamburguesería.

Duncan puso los ojos en blanco, no había manera de librarse de la comida basura, gruñó, se levantó del sillón y bordeó el escritorio hasta llegar a Tris.

—Está bien, pero yo me pediré una ensalada.

—¿Ensalada? ¡Joder! Ni que fueras un conejo, que luego no tienes fuerzas para nada.

Duncan la estrechó entre sus brazos y la besó, se separó de ella y la miró fijamente.

—Te aseguro que tengo fuerzas de sobra y cuando regresemos te lo demostraré.

Tris se mordió el labio inferior, eso le había gustado. Buena salida la del estirado, cuando regresaran se iba a enterar él de quién era ella y ya veríamos si tenía energías de sobra cuando acabara con él.

Branson y otro escolta se sentaron al fondo de la hamburguesería, Ford regresaría de sus vacaciones con Martina en unos días y hasta entonces, Duncan no se sentía cómodo.

—Denis quiere que sea su ayudante, pero a mí no me gusta destacar, me gusta hacer mi trabajo, cobrar mi sueldo y vivir la vida sin contemplaciones. —dijo Tris sonriendo mientras miraba su flamante hamburguesa, le dio un bocado y la salsa especial de la casa le chorreó por la barbilla.

Duncan agarró una servilleta y le limpió la cara ignorando las protestas de Tris.

—¡Que no tengo cinco años!

—Pues lo parece. Deberías aceptar, progresar es bueno. Hasta el agua se corrompe cuando se queda estancada.

—¡Ooooooh! ¡Qué filosófico! Serás estirado, agua estancada, a ti te gusta progresar porque no soportas tener jefe, a mí me da lo mismo ocupar el mismo

puesto toda la vida.

—Eres mi chica y quiero lo mejor para ti, eso es todo. —dijo Duncan clavando su tenedor de plástico en la ensalada, bueno si es que se podía llamar así a esa cosa insípida y de extraños colores.

—Mañana por la mañana quiero ir de compras, pero a las tiendas que me gustan, no a esas aburridas y caras a las que tú vas.

Duncan frunció el ceño, algo no le gustaba en ese tonito de voz. Su móvil vibró, acababa de recibir un mensaje, lo sacó del bolsillo y lo leyó.

“¡Felicidades! Lograste escapar, la próxima vez no fallaremos.”

Duncan apretó los dientes y reenvió el mensaje a Branson para que tratara de localizarlo, aunque estaba seguro de que sería inútil. ¿Estaría su padre tras su intento de secuestro? ¿Hasta qué punto ese bastardo estaba dispuesto a arruinarle la vida?

—Últimamente parece muy preocupado. —dijo Tris con tristeza.

—No puedo evitarlo, ahora que tú estás en mi vida, tengo miedo. —admitió Duncan.

—Todo irá bien, ya lo verás. —contestó Tris sonriendo. ¿Pero qué es ese pestazo? ¡Oye tú, que te he escuchado! ¡Será guarro el tío, que se ha tirado una pederreta a mi lado! —gruñó Tris enfadada.

Duncan soltó una carcajada, su salvaje entraba en escena. Tomó a Tris del brazo y los dos juntos caminaron hasta la puerta, no estaba dispuesto a que Tris le partiera la cara a aquel tipo y tampoco se quedaría allí sentado, degustando ese espantoso olor. Ted pagó la cuenta y Branson los siguió de cerca.

Los dos subieron a la limusina y Duncan pulsó el botón para subir el cristal interior. Sacó una toallita húmeda y empezó a limpiarle la boca a Tris.

—¡Que me dejes!

—No, tengo que limpiarte la boca.

—¿Por qué?

—Porque quiero besarte.

Nada más escuchar esas palabras, Tris se sentó recta, obediente y puso morritos para facilitar la limpieza. En cuanto él terminó, ella se lanzó sobre él y le desató el cinturón, bajó la cremallera del pantalón y liberó su miembro. Se colocó encima y movió sus bragas a un lado para dejar que aquel miembro erecto y viril se introdujera en su vagina.

—Dije que quería besarte. —susurró Duncan muy excitado.

—Ya, pero yo no me conformo con eso. Veamos si era verdad eso de que tenía energías de sobra.

Capítulo 2

Esa noche, Duncan se despertó y se quedó mirándola. Tris era de esas chicas que dormían con una sonrisa en los labios, era adorable, divertida y muy sexy. Se levantó con cuidado de no despertarla y caminó hacia el ventanal, abrió un poco la cortina y se quedó mirando el cielo estrellado. Su mente regresó a Japón una vez más, recordó como dos hombres lo subían a una camilla de bambú. Apenas recordaba nada acerca de cómo llegó a aquella fortaleza en la montaña.

Cuando abrió los ojos, estaba en una cama modesta, el colchón debía estar relleno de lana o algo así porque era demasiado blando e inconsistente. A su lado estaba la chica que sonrió al verlo despierto y mojó un trapo en agua y acto seguido se lo colocó en la frente.

—Te pondrás bien, mi padre ha curado tu herida, pero necesitarás descansar.

—No puedo quedarme, me marcharé mañana. —contestó Duncan con voz susurrante.

—No puedes. —replicó la chica.

—¿Qué?

—Nadie puede entrar en el hogar del clan y abandonarlo después.

Duncan cerró la cortina para evitar que la luz exterior despertara a Tris. Caminó hacia la cama y se tumbó a su lado, no podía dormir y los recuerdos regresaban a él con mayor intensidad. Su maestro le devolvió la cordura, le enseñó a ser fuerte y otras cosas que hubiera preferido no aprender.

El sábado por la mañana, Tris se levantó de la cama y corrió al baño, urgencias mañaneras. Duncan la esquivó y meneó la cabeza, divertido, pero recordó lo de ir de tiendas y apretó los labios. Hacía días que Tris lo venía amenazando con comprarle ropa más alegre, estaba aterrado.

Tod se encargó de que el chef preparara tortitas con sirope, tostadas y churros. Todo tenía que estar al gusto de Tris, para él era muy importante que ella se sintiera cómoda y sobre todo que no saliera corriendo por culpa del mal carácter de Duncan.

—Tod, ¿has hecho café? —preguntó Duncan.

—Sí, pero no te voy a servir una taza.

—¿Y eso?

—¿Acaso piensas desayunar sin Tris?

—Tengo la sensación de que últimamente cuidas más a Tris que a mí.

—No es una sensación, es la realidad, tú ya has recibido demasiados mimos. Además la señorita Tris me cae mejor que tú, estúpido millonario arrogante. —dijo Tod con seriedad.

Duncan sonrió, le encantaba el sarcasmo de Tod, aunque sentía un poco de celos, pero bueno, si todo era porque Tris estuviera feliz, lo aceptaba.

Tris entró en la cocina, enfundada en una bata gris que había robado a Duncan, se sentó en uno de los banquillos de la isleta y suspiró, tenía la cabeza llena de cosas que quería hacer ese día. Tod no tardó en servirle un café, luego dejó sobre el mármol un plato con churros y una taza de chocolate.

—¡Gracias Tod! ¡Qué buena pinta tiene todo!

—Un placer señorita Tris, si después de degustar los churros desea unas tostadas, no dude en pedírmelas.

—¿Y mi café? —protestó Duncan.

—En la cafetera, puedes servírtelo tú mismo, yo estoy ocupado atendiendo a la señorita Tris.

Tris le sacó la lengua a Duncan y este se encogió de hombros, ahora todo el mundo se revelaba contra él.

Tod se acercó a Duncan y le dio un manotazo en la mano justo cuando se disponía a pulsar un botón de la cafetera.

—Deja, eres demasiado torpe, no quiero que me vuelvas a romper la cafetera. Siéntate y cómete una tostada.

Duncan puso los ojos en blanco, regresó a la isleta y se sentó en un banquillo. Agarró una tostada y justo cuando le iba a dar un mordisco, Branson se la arrebató.

—Por lo visto, hoy todo el mundo se ha levantado en mi contra.

—¡Toma y calla! —dijo Tris agarrando una tostada que metió en la boca de Duncan sin miramientos.

Duncan, con la tostada en la boca, se quedó mirando a Tris, ¿en qué momento había perdido el control sobre su mundo?

Durante la mañana, pasearon por las calles cercanas a Central Park, Ted cargaba con las bolsas y Branson vigilaba a todo el que se acercaba a ellos,

Bob iba delante, abriendo la marcha. Tris se agarró al brazo de Duncan, le ponía nerviosa tanta seguridad, temía que en cualquier momento alguien se abalanzara sobre él y le hiciera daño.

—Tris... te veo triste, ¿he hecho algo mal? —preguntó Duncan con ojos temerosos.

Tris lo miró y sonrió, su estirado, frío como el hielo, se empezaba a derretir.

—Tengo miedo de que te hagan daño.

Duncan la abrazó, la besó y clavó sus ojos en ella.

—Hay cosas que no sabes de mí, no soy una buena persona Tris... hice cosas...

—No me importa tu pasado, solo que me quieras en este momento.

Duncan la besó con más intensidad, ¿cómo contarle a la persona que amas, que tus manos están manchadas de sangre?

Tris tiró de él hacia una de las tiendas, estaba llena de camisetas divertidas, objetos de coleccionistas bastante frikis, todo le hacía gracia en esa tienda. Duncan se quedó en un rincón, maravillado ante las emociones que Tris despertaba en él, ¿así sería siempre su vida junto a ella?

Branson se acercó y se colocó a su lado, lo miró y se ajustó las gafas de sol.

—¿Un pañuelo?

—¿Para qué? —preguntó Duncan confundido.

—Para que te limpies la baba, Duncan quiere a Tris, Duncan está enamorado...

Duncan lo miró, puso los ojos en blanco y le dio un codazo en el estómago. Branson tosió un par de veces, pero más que dolor, lo que le provocó fue una risa nerviosa.

—¿Cuándo viene Ford?

—El lunes.

—Bien, pues el lunes te largas unos días, estoy harto de ver tu cara.

—Lo que tú digas, osito amoroso.

Duncan lo miró con frialdad y gruñó, se estaba pasando y empezaba a irritarle que todo el mundo lo tomara a broma.

—¡Duncan ven! He encontrado unas camisetas que te van a encantar. —dijo Tris.

Duncan se acercó, miró las camisetas y tragó saliva, mejor que no se

hubiera levantado ese día.

Ted pagó las compras y Branson controló el exterior, no quería llevarse más codazos. Duncan ayudó a entrar a Tris en la limusina y ordenó a Branson que los llevara al restaurante.

—¿Me gustará ese restaurante? —preguntó Tris con picardía.

—¡Ohhh, sí! Les pediré que te hagan un solomillo con dos litros de tomate frito, mostaza y todas las especias que tengan, así no echarás de menos esos antros en los que te gusta comer.

Tris le dio un pellizco en la mejilla y Duncan lo miró escandalizado, no le pellizcaban la cara desde que tenía cinco años.

Duncan miró por la ventanilla y vio un bonsái en el escaparate de una tienda, lo que le trajo recuerdos.

Duncan se levantó de la cama y caminó hacia la puerta de madera, giró el picaporte y se sorprendió al ver que estaba cerrada. Comenzó a golpear la puerta y gritar hasta que notó que alguien introducía una llave en la cerradura.

Un hombre bajito, de melena blanca y profuso bigote, abrió la puerta y lo miró con curiosidad.

—¿Por qué me retienen? —preguntó Duncan aturdido.

—No te retengo, me aseguro de que sanes para que puedas marcharte. —respondió el anciano en un tosco inglés—. Soy el maestro Akiyama.

—Pues tenga cuidado de no quemarse. —gruñó Duncan malhumorado.

El maestro se quedó en silencio, analizando las palabras, se puso serio y lo miró.

—Aki -yama. —soltó una carcajada—. Muy gracioso, acompáñame, quiero enseñarte algo.

Duncan lo siguió y se sorprendió al ver que estaban en una caverna, recorrieron los fríos túneles hasta llegar a una gran puerta. El anciano la abrió con facilidad, lo que le dejó claro que estaba en mejor forma física de lo que parecía. Los dos hombres se asomaron al balcón de piedra y contemplaron la muralla que rodeaba la fortaleza.

—Bienvenido a mi humilde casa, el hogar de mis ancestros, la cuna del clan del dragón plateado.

Duncan se quedó en silencio, observando a los guardias que custodiaban las murallas y las gentes que caminaban por las calles de aquella pequeña ciudadela.

—Su clan tiene enemigos muy peligrosos. —dijo Duncan con severidad.

—Sí, pero nuestros enemigos suelen cometer el error de subestimarnos. Los hombres a los que te enfrentaste han muerto.

—¿Los ha matado?

—Sí, quien ataca al clan, lo paga con su vida. Te agradezco que salvaras a mi hija, es muy rebelde, le tengo prohibido salir sola de la ciudadela, pero siempre se las arregla para escaparse.

—¿No teme que lo detengan?

—Si no hay cuerpos, no hay delito. El mundo en el que yo vivo es diferente al tuyo, joven Duncan.

—¿Sabe cómo me llamo?

—Miré tu cartera. —contestó el anciano sonriendo.

—Bueno, supongo que eso es mejor que pensar que fuera adivino. —resopló Duncan.

El anciano soltó una carcajada y le dio una palmada en la espalda.

—Me gustas joven Duncan, pero veo en tus ojos mucha tristeza para tu edad. Huyes de algo que te persigue, los problemas no se alejan con los kilómetros, se combaten con decisiones.

—Mi padre me vendió a mi abuelo para comprar drogas, y ahora tanto él como mi madre están en la cárcel.

El anciano lo miró, apretó los labios y levantó la vista para poder ver las estrellas.

—Mi hija me contó que peleaste bien, me dijo que eras como un dragón desbocado. Eso es bueno, pero también es malo porque cuando pierdes el control, tu rabia puede hacer daño a los demás.

—Y me lo dice alguien que acaba de matar a unos hombres.

—Duncan, mi clan jamás mata a inocentes, vivimos en la sombra desde que el emperador renunció a nuestros servicios. En los tiempos pasados, servíamos con lealtad y honor, ahora nos mantenemos apartados de la sociedad para conservar nuestras tradiciones. —un móvil empezó a sonar con la melodía de la banda sonora del Equipo A.

—¿Apartados de la sociedad? —replicó Duncan con burla.

—Apartados, no ignorantes. Disculpa, tengo que contestar. —dijo el anciano sonriendo.

Capítulo 3

El restaurante estaba situado a las afueras de la ciudad, desde las ventanas se podía ver el océano. El olor a salitre inundaba la estancia, entremezclándose con ambientadores florales del local. Tris cortó su solomillo y Duncan contempló con horror como ella había cubierto la carne de una capa inmensa de salsas.

—Ahora sí está a mi gusto. —dijo Tris satisfecha.

—No sé cómo puedes estropear una carne de primera con tanta salsa, sería incapaz de comerme eso.

—Tú eres demasiado soso como para disfrutar de nada.

—Disfruto de ti. —replicó Duncan con malicia.

—Soy la excepción, algo bueno tenías que tener.

—Eso no lo discuto.

Duncan miró el océano y una vez más, su mente regresó a sus recuerdos pasados.

—Te presentaré a Akira, él será tu guía en la ciudadela.

Duncan asintió y siguió al anciano por la red de túneles, aquello parecía un laberinto excavado en la roca. Un muchacho aparentemente de su edad, pero más corpulento que él, le dedicó una sonrisa bastante inocente. Tenía el pelo de color castaño y le llegaba hasta la altura de los hombros, lo miró con sus ojos negros y curiosos, pero lo más extraño en él, eran sus rasgos occidentales.

—Como podrás ver, Akira no es japonés. —aclaró el anciano.

—¿En serio? No me había dado cuenta... —replicó Duncan con expresión aburrida, estaba harto de que lo trataran como si fuera de cristal o un idiota.

Akiyama lo miró y sonrió, el gaijin era muy gracioso y no parecía ser una persona temerosa.

Akira lo miró con ojos fríos, apretó los dientes y los puños.

—Gaijin habla con respeto a mi maestro o te arrancaré la lengua. —amenazó Akira.

—Cuando quieras y donde quieras. —respondió Duncan con frialdad.

Akira se lanzó contra él, pero Duncan lo esquivó a la vez que le hizo un barrido con la pierna derecha que provocó su caída y lo remató con una patada en el estómago.

—Sabes luchar, pero tu arrogancia supera a tus habilidades. —dijo el maestro sin emoción.

Duncan lo miró, ¿qué querría decir? Había vencido a su oponente con suma facilidad. El anciano se acercó a él, y con un solo golpe en la frente, lo dejó sin sentido.

—Akira, llévalo a su cuarto.

—Sí, sensei.

Tris devoró su tarta de chocolate y no satisfecha con eso, le robó su porción a Duncan que pareció ignorarla, estaba absorto en sus pensamientos. Últimamente le ocurría muy a menudo, estaba hablando con él y de repente era como si desapareciera en su mundo. Debía estar muy preocupado por esa maldita gente que trataba de secuestrarlo.

—Mi tarta ha desaparecido. —gruñó Duncan divertido.

—Te fastidias, eso te pasa por ignorarme.

—Lo siento Tris, no sé qué me pasa, mi mente se escapa de la realidad.

—¿En qué pensabas?

—Cuando descubrí lo de mis padres, dejé mi empresa en manos de mi junta directiva y me marché de viaje. Recorrí medio mundo, pero fue Japón el país que cambiaría mi vida.

—¿Allí te volviste soso y aburrido?

—En cierto modo sí, antes era un loco que no dudaba en despilfarrar su fortuna en todo tipo de vicios.

—¿Ya no tienes ningún vicio? —preguntó Tris incrédula.

—Solo tú.

—Buena respuesta. —dijo Tris agarrándolo de la corbata y tirando de ella para acercarlo y poder darle un beso. —¿Nos vamos? Quiero pasear por la playa, pero antes tengo que ir al servicio.

—¿No puedes aguantar?

—No, y creo que con lo que llevo dentro, voy a hacer subir el nivel del mar. —dijo Tris poniéndose colorada y llevándose las manos a la boca, maldita verdad.

Duncan soltó una carcajada y se quedó observando como se alejaba en dirección al servicio.

Tris cruzó un pasillo, seguida de Ted, cuando llegó al servicio de señoras, se encontró con que había cola, apretó el culo contra la pared y cruzó las piernas, no aguantaría mucho. Una señora mayor salió del servicio y otra chica entró, ya solo quedaban dos mujeres más.

—¡Por favor, lo que tardan! ¿Es que no han meado en su vida? —gruñó Tris malhumorada. Abrió la puerta del servicio de caballeros y entró, echó el cerrojo y colocó un mantel de papel higiénico sobre la taza de váter. No podía más, iba a reventar, tanto zumito, batido y refrescos acababan pasando factura. Cuando salió del baño, Ted estaba apostado en la puerta para impedir que nadie la molestara. Tris pasó junto a él, una de las chicas que esperaba en la cola, le miró sonriendo.

—¿Ya te quedaste a gusto?

—Más a gusto que un arbusto. —respondió Tris con tono altivo, será estúpida la tía esta, pensó.

Duncan acababa de pagar la cuenta cuando vio aparecer a Tris, tenía los mofletes algo sonrosados, lo que indicaba que algo la avergonzó o puso de los nervios.

—¿Qué ocurre?

—Nada, una tonta del culo que se me ha puesto borde porque he entrado al servicio de caballeros.

—¿Y por qué has hecho eso? —preguntó Duncan divertido.

—Eso ooo....

—¡Vale! No quiero detalles.

—¿Seguro? Me hubiera orinado, meado, lluvia dorada, inundación total...

Duncan tapó con la mano la boca de su maleducada salvaje y ella le lamió la palma. No tenía remedio, menuda rebelde estaba hecha, la cogió de la mano y la sacó del restaurante.

—No me vuelvas a tapar la boca.

Duncan la besó con tal intensidad que a ella pareció abandonarle su genio y acabó agarrándose a su cuello.

—Bueno, así te dejo que me calles cuando quieras.

—Rebelde.

—Estirado.

Cruzaron el acceso a la playa, las tablas de madera con las que estaba hecho el camino, crujían bajo el peso de sus pies. Branson estaba muy nervioso, ordenó a Ted que se quedara atrás para controlar quién se acercaba,

debió traer más gente.

Duncan se quedó mirando como se acercaban las olas y rompían en la playa.

—¿Te gusta el mar? —preguntó Tris.

—Tengo un yate, pero no suelo usarlo porque me mareo.

—¿Y para qué te lo compraste?

—Para presumir y para hacer negocios, las fiestas en los yates son muy codiciadas.

—Aburrido, quiero verlo, navegar y pasar unos días en él.

—Tris... tú... ¿me quieres...?

—Sí.

—Hace tiempo, mi prima me amenazó con romper el contacto conmigo si no le presentaba a mi novia. Por aquel entonces no tenía pareja y ahora no sé cómo lo sabe, pero está al corriente de que estamos juntos y quiere conocerte.

—¿Cómo es ella?

—Muy temperamental, pero es una buena chica. Lo malo es su marido, está loco de remate.

—Suena divertido. ¿Cuándo los conoceré?

—¿Te gustaría que pasáramos una semana con ellos en mi casa, en el Caribe?

Tris lo miró con los ojos muy abiertos, “casa en el Caribe”, esas palabras le gustaban mucho.

—¡Siiiiiiiiii! ¿Cuándo nos vamos?

—¿Tanto te apetece?

—Sí, con todo lo que ha pasado, creo que nos vendrá bien desconectar un poco y me apetece conocer a la prima de mi estirado y su marido loco.

Duncan la abrazó y depositó un beso en su cabeza, no sabía cómo podría vivir sin ella, esperaba conseguir que ella no dejara de amarle jamás.

—Ya he visto bastante playa, vámonos a casa, quiero ver una película y hacer guarradas contigo.

Duncan entrecerró los ojos, divertido, Tris estaba más loca que el marido de Brenda.

Capítulo 4

Por la noche, Tris se quedó dormida viendo una película, al parecer se había quedado sin sexo. La tomó en brazos y la llevó hasta el dormitorio, parecía una muñeca, le quitó la bata y la tumbó en la cama, la tapó y la besó. Salió del dormitorio, y de camino a la terraza, tomó una cerveza del frigorífico. Fuera hacía mucho frío, de no ser por la continua limpieza, la terraza estaría cubierta de nieve.

Se sentó en uno de los sillones, tiró de la anilla de la cerveza y dio un trago, se recostó y cerró los ojos. Echaba de menos a su maestro, aquel hombre de apariencia débil, que estaba lleno de una sabiduría que él jamás acabaría de entender.

Sacó el móvil del bolsillo y llamó a Brenda, no le apetecía nada salir de viaje y dudaba que pudiera ser capaz de relajarse, dada la situación.

—Hola Duncan.

—Brenda, he hablado con Tris y ella también quiere conoceros. ¿Te gustaría que pasáramos unos días en mi casa del Caribe?

—Estupendo, así aprovecho y le dejo el bebé a mis padres que no dejaban de darme la lata con que no pasaban tiempo con la chiquitina. ¡Verás cuando se lo diga a Joe!

Duncan tragó saliva, Brenda todavía, pero Joe... era difícil aguantarlo cuando se ponía a hacer el payaso.

—Podríamos salir este miércoles y quedarnos allí hasta el lunes. —dijo Brenda.

—Por mí, bien, nos vemos en el aeropuerto de New York, en la sala Vip, sobre las doce de la mañana. —dijo Duncan nervioso.

—¡Fantástico! Estoy deseando que llegue el miércoles, te quiero Duncan.

—Yo también te quiero Brenda.

—¿Con quién hablas? —dijo Tris a su espalda, aún medio dormida.

—El miércoles nos vamos al Caribe.

Tris soltó un chillido y saltó a los brazos de Duncan, que la agarró al vuelo.

—Ahora que estoy despierta, podríamos jugar un poco. —dijo Tris con

tono lascivo.

—Me parece bien.

Duncan no la soltó, la besó y entró al apartamento con ella en brazos, cruzó el pasillo principal y se desvió hasta llegar a su dormitorio. Cerró la puerta de una patada y la llevó hasta la cama. Tris empezó a quitarse el pijama en cuanto él la dejó en el suelo, estaba muy caliente, demasiado hasta para ella.

Duncan se quedó mirándola, su cuerpo desnudo era tan bello que podría pasarse la vida observándola. Tris se metió en la cama y se tapó, él se desvistió y la siguió. Nada más tumbarse en la cama, se perdió entre las sábanas, se colocó entre las piernas de Tris y ella gimió, eso era juego sucio. Paseó su lengua por su sexo con tal delicadeza que Tris se agarró a las sábanas y mordió su labio inferior.

—Por favor Duncan, si sigues así no aguantaré.

—Es lo que quiero. —contestó Duncan y renovó sus caricias, esta vez con mayor intensidad y deseo hasta que Tris se dejó llevar por un fuerte orgasmo.

Duncan empezó a masajear sus pechos, y sin darle tregua, la penetró una y otra vez. Tris se abrazó a él y se dejó amar, había conseguido que el deseo la embargara de nuevo.

De madrugada, Duncan se despertó, había soñado con el clan. Recordó a Akira, aunque no le pareció nada simpático cuando lo conoció, con el tiempo acabó convirtiéndose en su mejor amigo, algo que había ocultado a todos, nadie sabía lo que le ocurrió en Japón.

En cuanto Duncan sanó de sus heridas, se dispuso a marcharse, caminó hacia el templo en el que solía meditar Akiyama y esperó a que uno de los guardias, vestido con traje similar a esos ninjas de las películas, le diera permiso para verlo.

Duncan entró en el templo y encontró a Akiyama sentado en el suelo, con los ojos cerrados.

—Disculpe, creí que había terminado.

—¿Te marchas?

—Sí. Su hija me dijo que nadie puede salir de la fortaleza sin su permiso.

—Así es, y por el momento, no te permito abandonar estos muros.

—¿Qué? ¿salvé a su hija? ¿Es que eso no significa nada? No puedo creer que me quiera mantener prisionero.

—No eres mi prisionero, eres mi invitado.

—Una forma muy educada de decirlo. ¿Por qué me retiene?

—Yo no te retengo, retengo tu ira. El mundo ya tiene bastante ira y tú eres un buen hombre, pero estás confundido. Lo que hicieron tus padres no te define, lo que te define es lo que tú haces al respecto. Entrenarás con Akira y como muestra de agradecimiento por haber salvado a mi hija, desde hoy serás miembro de nuestro clan.

—No quiero ofenderlo, pero yo no quiero ser miembro de ningún clan, solo quiero marcharme.

—Cuando seas capaz de derrotar a Akira y te conviertas en un hombre honorable, serás libre de marcharte, de ti depende que eso ocurra, antes o después.

—Ya derroté a Akira.

—¿Eso crees? ¡Akira!

De las sombras apareció un ninja, Duncan solo podía ver sus ojos, sin duda era él.

—Akira, demuestra a Duncan tus conocimientos.

Akira inclinó la cabeza en señal de respeto y comenzó a ejecutar una técnica de combate, sus manos y pies se movían describiendo extrañas formas que a Duncan le hizo sonreír divertido.

Akira se lanzó sobre Duncan con tal rapidez, que no fue capaz de esquivar ni uno solo de sus ataques. Recibió varios golpes en el pecho, otro en la cara y un barrido que lo hizo caer al suelo.

El anciano se acercó y lo miró con severidad.

—No entiendo nada, la otra vez lo derroté con facilidad. —gruñó Duncan.

—Lo sé, eso es porque yo le ordené que se dejara vencer en el caso de ser atacado por ti. Sentía curiosidad por ver como luchabas, tu formación en artes marciales es muy deficiente, tus manos atacan sin control y tu mente no está bien templada. A partir de ahora me llamarás sensei Akiyama, cualquier falta de respeto será duramente castigada. Te aconsejo que prestes atención a las enseñanzas de Akira, al menos, si quieres abandonar la ciudadela algún día.

El anciano abandonó el templo y Akira se quitó la capucha del traje.

—¡Levántate! Aún no he acabado contigo, ya es hora de que aprendas a respetar, patético gaijin.

—Veo que te han lavado bien el cerebro, ¿acaso no te has dado cuenta de que tú también eres un gaijin?

Akira agarró un palo largo que había colgado en una pared y se lo mostró.

—Esto es un bo, se usa como apoyo al caminar, como defensa y para

impartir respeto. —dijo Akira al mismo tiempo que golpeaba con él a Duncan en el estómago.

Duncan cerró los ojos y trató de dormir, estaba cansado y no quería pensar más en ello, debía centrarse en la amenaza. Todo apuntaba a que su padre estaba tras el ataque, ¿hasta cuándo ese maldito hombre estaría intentando arruinarle la vida? ¿acaso no le había hecho ya bastante daño?

El domingo por la mañana, Duncan se despertó y vio que Tris se había levantado. Se vistió y abandonó el dormitorio, debía estar con Tod o viendo la televisión, pero aun así necesitaba saber que estaba bien. Entró en la cocina y la vio sentada en un taburete, observando como Tod ayudaba al cocinero con un asado de ternera, suspiró y se marchó al salón.

Tris lo siguió y se abrazó a su cintura, su hombre la volvía loca, se había vuelto adicta a él.

—Es la primera vez que yo me despierto antes que tú. ¿Tan agotado te dejé?

—Parece que así fue. Tal vez seas mucha mujer para mí.

Tris lo tomó de la mano y tiró de él hasta la azotea, donde lo empujó sobre uno de los sillones y se tumbó encima.

Tod apareció con una bandeja repleta de dulces y dos tazas de café.

—Aquí os traigo el desayuno, si sois capaces de dejar de copular como conejos durante unos minutos os lo agradeceré. —dijo Tod dejando la bandeja sobre una mesita de cristal.

—La diplomacia nunca ha sido lo tuyo. —replicó Duncan.

—No, ser hipócrita no me va. Ahora será mejor que los niños desayunen y se vayan de paseo, es domingo y quiero estar tranquilo. —dijo Tod mientras se alejaba en dirección a la puerta de la terraza.

—Me encanta Tod, es más borde que yo. —dijo Tris sonriendo.

Tris agarró una napolitana y le dio un mordisco, luego cogió una de las tazas y le dio un sorbo, estaba hambrienta. Duncan se limitó a tomarse el otro café, volvía a distraerse pensando en su padre.

—¿Por qué no me hablas de Japón? —preguntó Tris llena de curiosidad.

—Salvé a la hija del líder de un clan ninja y ellos en agradecimiento me enseñaron artes marciales. —dijo Duncan con seriedad.

—Sí, claro, y yo soy la princesa del reino de las nubes, no te jode.

—¡Vale! Estuve de vacaciones por la costa, me pasé un año viajando de un lado a otro.

—¡Por fin la verdad!

Duncan se quedó mirándola, si supiera que le había dicho la verdad... ¿seguiría confiando en él?

—¿A dónde me vas a llevar luego? —preguntó Tris devorando una torta con mermelada.

—¿A dónde te apetece ir?

—No sé, hay un mercadillo cerca de Central Park, podríamos ir y ver si hay alguna cosita bonita para mí.

—Me parece bien, cuando termines de comer, aviso a Branson.

—¿Y Ford?

—Mañana estará aquí.

—¡Genial! Branson es aún más soso que tú.

Duncan sonrió, se levantó y se apoyó en la barandilla, Tris no tardó en abrazarse a su espalda, como acostumbraba a hacer. Cerró los ojos y respiró profundamente el aire fresco de la mañana, se sentía vivo, feliz, cómo te amo Tris.

Capítulo 5

Una hora más tarde, Branson y tres hombres más los rodeaban lo más discretamente posible, mientras ellos curioseaban los puestos ambulantes repletos de tesoros para Tris y basura para Duncan.

—Me encanta este libro, hacía mucho que lo buscaba. —Tris metió la mano en su bolso para sacar el monedero, pero Duncan no le permitió pagar—. ¡Oyeeee! Que yo soy una mujer independiente, no necesito nenazas que me lo paguen todo.

—¿Me has llamado nenaza?

—¡Nenaza, nenaza, nenaazaaaaa!

Duncan la miró fingiendo estar enfadado y Tris decidió que mejor salir corriendo. Branson gruñó, así no había forma de protegerlos, ya estaban otra vez los dos locos corriendo de un lado para otro.

Tris salió corriendo, Ted la siguió de cerca, pero tropezó con la carretilla de un hombre que transportaba tomates y acabó tirado en el suelo, Branson siguió a Duncan que saltó la carretilla y ya se acercaba peligrosamente a Tris. Ella chilló y siguió corriendo, se ocultó tras unas cajas apiladas y vio como Duncan y Branson pasaban de largo.

Duncan se paró en seco, la había perdido, sintió un escalofrío, miró en todas direcciones hasta que la divisó tras unas cajas, ese susto merecía una venganza. Se acercó a uno de los puestos y compró un globo, caminó hasta una fuente y lo llenó de agua, se iba a enterar esta de quién era él.

Tris se tapó la boca con la mano para evitar que nadie escuchara su risa. De repente sintió un impacto en la cabeza y acto seguido vio como el agua cubría todo su cuerpo, con los ojos como platos por la sorpresa, miró en todas direcciones sin comprender, hasta que vio a Duncan riéndose y lo comprendió todo. Se levantó, sus ojos destilaban rabia y se lanzó corriendo hacia Duncan que esta vez menos gallito, optó por salir corriendo.

Branson ayudó a levantarse a Ted que aún estaba aturdido y gruñó.

—Si lo llevo a saber me dedico a cuidar bebés en una guardería. —se quejó Branson.

Te voy a matar, me has puesto chorreando y ahora me estoy congelando. Duncan agarró como pudo sus manos y la besó, menuda fiera estaba hecha.

—Regresemos, la limusina está cerca. —dijo Duncan sonriendo.

—No ha tenido gracia. —protestó Tris.

—Para mí sí.

Tris lo miró rabiosa, ya pensaría algo para vengarse del estirado, se acordaría de ella, pegamento en la espuma del pelo, polvos pica pica en los bóxers...

Ted apareció con la limusina y los otros dos escoltas subieron al coche de apoyo, Branson se aseguró de que entraran en la limusina, luego de cerrarles la puerta, entró él en el vehículo, se podía mascar la tensión en el ambiente a pesar de que Duncan parecía imperturbable como siempre.

—¿Se sabe algo de esa gente que...?

—No, pero puedes estar tranquila, Branson ha aumentado la seguridad. Estoy seguro de que pronto les darán caza. —mintió Duncan.

—Ojalá los cojan, estoy harta de estar siempre tan vigilada, me gustaría poder estar más tiempo a solas.

—Mi mundo es así, hoy son esos, mañana serán otros, el dinero es demasiado atractivo para esta escoria. —dijo Duncan acariciando el pelo de Tris que se había tumbado en el asiento y recostó su cabeza sobre su regazo.

—Te quiero Duncan.

—Yo también te quiero, mi fierecilla.

Akira se pasó el resto de la semana entrenando a Duncan, no entendía por qué el maestro se empeñaba en adiestrarlo, pero obedecería sus órdenes.

Por la mañana lo llevaba al río y le obligaba a sumergirse en las aguas heladas una y otra vez, sin importarle que pudiera sufrir hipotermia, luego le hacía correr largas jornadas y por la tarde le enseñaba técnicas de ataque y defensa.

—Nunca saldrás de aquí si no aprendes. —dijo Akira con frialdad.

—¿Aprender el qué? Me paso el día corriendo, nadando y usando unas técnicas que jamás emplearé en la vida real.

—Debes dominar tu mente y tu cuerpo, solo cuando la emoción no te llene, obtendrás el poder del autodomínio.

Duncan negó con la cabeza, tenía razón, jamás saldría de allí si todo dependía de que él dominara su rabia. En la oficina, siempre estaba irritado y era típico de él pasarse el día gritando a todo el mundo, era el jefe más

insufrible. Odiaba ser así, pero no podía evitarlo, la ira y el resentimiento lo consumía, ya no confiaba en nadie.

—Tienes razón, será mejor que me resigne, no saldré de aquí. —admitió Duncan sentándose en el suelo, cabizbajo.

Akira se acercó y se sentó frente a él.

—Yo era como tú, el maestro me acogió en el clan cuando tenía seis años. Me contó que unos contrabandistas sorprendieron a mis padres haciendo fotos cerca de una de sus plantaciones de opio y los mataron. Yo escapé de milagro y uno de los hombres del clan me encontró.

—Lo siento.

—Era muy pequeño y ya me cobré la deuda.

—¿Cobraste la deuda?

—Hace unos años localicé a los contrabandistas y acabé con ellos. —dijo Akira con frialdad.

Duncan lo miró y sintió un escalofrío, ¿eso era lo que esperaban de él? ¿Que fuera un asesino?

—Debes vaciar tu mente, no pienses en nada, deja que los pensamientos abandonen tu cerebro y céntrate en tu cuerpo, cada movimiento, cada acción, las emociones deben ser silenciadas.

—Yo no soy un asesino. —replicó Duncan.

Akira se levantó y caminó hasta la puerta del templo, justo antes de abrirla, se giró y lo miró.

—Te equivocas, el hombre es un depredador por naturaleza. Lo único que nos diferencia de los animales es que nosotros matamos por placer.

Duncan se quedó mirándolo en silencio, se esforzaría en dominar sus emociones o trataría de fingir lograrlo para poder escapar de ese lugar de locos.

Tris se secó el pelo con el secador, no pudo reprimir una carcajada, sí que había tenido gracia, nunca pensó que el estirado pudiera tener esas ocurrencias. Al parecer, había conseguido despertar a su niño interior, estaba deseando terminar de secarse para correr a su lado, eso sonaba a sumisa, pero estaba tan loca por él que le daba lo mismo.

Branson entró en el despacho y cerró la puerta tras él. Caminó hasta una de los sillones y se sentó, estaba muy nervioso, pero Duncan parecía tranquilo.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Duncan.

—Está todo muy tranquilo, estoy seguro de que nos observan, estarán

buscando un punto débil para atacarnos.

—Lo sé, no podemos hacer nada más. —dijo Duncan—. Tranquilo, sé defenderme.

—Los chicos estarán atentos, son buenos en su trabajo, pero no me pidas que me tranquilice. Espero que con la llegada de Ford, consiga relajarme y descansar un poco.

—Organízalo todo para nuestra excursión en el Caribe, contrata el personal que necesites. Pero quiero que me hagas un favor.

—Lo que quieras.

—Una vez allí, sal y despéjate un poco, estresado no me sirves.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada. —contestó Branson con seriedad.

Capítulo 6

Por la noche, después de cenar un poco de asado, los dos se retiraron al salón privado donde Duncan encendió la televisión de cincuenta pulgadas y buscó algún canal de cine. Tris se tumbó en el sillón y cerró los ojos, estaba llena y con mucho sueño, no estaba muy segura de poder aguantar mucho despierta. Duncan se sentó a su lado y comenzó a acariciar su pelo mientras veía una película de acción, estaba empezada así que miró en información para averiguar el título, “Deker Harrison 1, Orígenes”.

—Si me sigues acariciando el pelo, me voy a dormir. —susurró Tris medio en trance.

—Duérmete.

—¿En serio quieres que me duerma?

—Sí, luego te despertaré para que satisfagas mis más depravados deseos sexuales. —bromeó Duncan.

—¡Vale! Entonces me duermo. —respondió Tris cerrando los ojos a la vez que esbozaba una sonrisa pícaro.

Duncan no dejaba de pensar, su mente volaba del pasado al presente y vuelta a empezar.

Akira observaba a Duncan, sin duda estaba progresando, sus emociones parecían más controladas y sus conocimientos previos de defensa personal aceleraban el aprendizaje, aun así, algo no iba bien.

—Duncan, hace meses que te entreno y veo tu avance, pero... tal vez a mí puedas engañarme fingiendo frialdad, sin embargo, el maestro es diferente, él te descubrirá.

—Es cierto, finjo mi autodomínio, yo no soy como tú, he sufrido mucho, pero no por eso estoy dispuesto a convertirme en un asesino.

—¿Eso es lo que crees que quiere el maestro para ti?

—Sí.

Akira se quitó la capucha y dejó la espada sobre una estantería de bambú, se sentó en el suelo y se puso a meditar con los ojos cerrados.

—¿Ya está? ¿Te sientas y te callas? —gruñó Duncan malhumorado.

—Si ya has decidido creer que somos el enemigo, nada puedo hacer por ti. Te seguiré entrenando y cuando crea que estás listo, el maestro deberá decidir tu futuro.

—¿Mi futuro?

—Si tienes razón y somos unos asesinos, eso significará tu ejecución inmediata, si por el contrario te equivocas, será tu liberación.

—¡Mataste a esos tipos! —gritó Duncan colérico.

—Merecían morir, mataron a mis padres y a muchas otras personas, sus drogas han arruinado muchas vidas.

—¿Y quién eres tú para decidir quién vive o muere? ¿te crees un Dios?

—Yo no decido nada, no poseo la sabiduría necesaria para ello, obedezco las órdenes del maestro.

—Entonces... ¿el maestro es Dios, no?

Akira guardó silencio y se centró en meditar, no se dejaría perturbar por el extranjero, él solo era su instructor, no su amigo.

—Despierta dormilona, nos vamos a la cama.

—¡Ummm! Llévame en brazos, estoy muy cansada. —susurró Tris entre sueños.

Duncan la tomó entre sus brazos y la llevó hasta el dormitorio. Su princesita se había dormido otra vez, le encantaba verla con sus ojitos cerrados y su sonrisa traviesa en los labios, parecía tan feliz a su lado. Apartó las sábanas y la dejó con cuidado sobre la cama, la tapó y comenzó a desvestirse. Bordeó la cama y se sentó, no dejaba de pensar en cómo protegerla de esa gentuza, la mafia rusa no era un enemigo fácil y su padre los había guiado hasta él, le haría pagar caro ese detalle.

El lunes por la mañana, Ford entró en la cocina y se preparó un café, Branson se alegró al verlo y suspiró aliviado.

—Me alegro de verte compañero. —dijo Branson.

—¿Todo bien?

—Según como lo veas, no ha pasado nada grave, pero tampoco sabemos nada de esos bastardos y el FBI no ha realizado ningún avance en su investigación.

—Entiendo, pues solo nos queda hacer nuestro trabajo lo mejor posible. —claudicó Ford.

—¿Y tus vacaciones?

—¡Genial! Martina es muy especial, me tiene loco. —admitió Ford.

—Bueno, dejemos el tema, total, me vas a amargar todos los días con los detalles.

—No te pongas celoso, a ti también te quiero. —dijo Ford lanzándole un beso a Branson que lo miró sorprendido.

—¡Estás loco!

Tris entró en la cocina con los ojos medio cerrados y vestida al estilo ejecutiva aburrida, con falda larga, camisa blanca de seda y chaqueta.

—¡Hola Ford! Me alegro mucho de verte, estaba aburridísima con Branson. —dijo Tris.

—Yo también me alegro de verte Tris.

—Gracias por lo que me toca. —gruñó Branson.

—Cuando aprendas a ser más dulce, hablamos, mientras, te fastidias. —dijo Tris mirando a Branson, divertida.

Branson agarró su café y se marchó, ya estaba harto de aguantar nenazas. Duncan casi tropieza con Branson que lo miró con fastidio.

—Hola Ford, veo que ya habéis enfadado a Branson y es primera hora de la mañana.

—Tod, ¿me acercas el pan para hacerme unas tostadas?

—De ningún modo, se las prepararé yo mismo. —dijo Tod con solemnidad.

Tris corrió hacia Tod y le plantó un beso en la mejilla. Tod se puso colorado y trató de ocultar la sonrisa, disimulando estar concentrado, cortando hogazas de pan y encendiendo el tostador.

—Ford, te agradecería que te ocuparas de la seguridad, Branson necesita un día libre, creo que o se despeja un poco o será él quien querrá eliminarnos. —dijo Duncan sonriendo—. Por cierto, el miércoles nos vamos a mi mansión del Caribe, será mejor que se lo comentes a Martina.

—Lo sé, me avisó Branson y ya lo hablé con Martina que por cierto está como loca por pillarte Tris, quiere ponerte al día de nuestras vacaciones. —dijo Ford avergonzado.

—¡Genial! Espero que no omita nada, quiero detalles.

Ford se puso rojo como un tomate, agarró su taza y abandonó la cocina. Duncan sonrió divertido, su chica conseguía sacar de quicio a cualquiera y eso le encantaba.

Tod les sirvió las tostadas y el café, a la vez que miraba de soslayo a Duncan, parecía ofendido.

—¿Te ocurre algo Tod? —preguntó Duncan con malicia.

—No, a mí no me pasa nada, ¿por qué debería pasarme algo? Al fin y al cabo solo soy un simple mayordomo al que nadie tiene en consideración, como ya estoy viejecito, estorbo. —dijo Tod con sarcasmo mientras salía de la cocina en dirección al salón.

—¿Qué le pasa a Tod? —preguntó Tris sorprendida.

—Está molesto porque nos vamos al Caribe y no le he pedido que venga, se pone como loco cada vez que me lo llevo.

—¿Y por qué no viene?

—Me gusta hacerle sufrir, lo estoy dejando pasar un mal rato, luego le digo que él también viene.

—No seas abusón, pobre hombre, o se lo dices tú o se lo digo yo. —amenazó Tris.

Duncan dio un trago de café y suspiró, con lo que le gustaba fastidiar a Tod y tenerlo todo el día sufriendo.

Al cabo de un rato, Tod entró en la cocina y se puso a lavar los platos. Tris le dio un codazo a Duncan que puso los ojos en blanco y claudicó.

—Era broma, ¿en serio pensabas que no ibas a venir? —preguntó Duncan extrañado.

Tod se giró, tenía las manos mojadas y las mejillas sonrosadas, parecía entre sorprendido y sentirse culpable, como esos niños que hacen trastadas y luego tratan de parecer inocentes.

—Me temo que el señor va a necesitar comprar ropa interior nueva antes de viajar al Caribe.

—¿Y eso? —preguntó Duncan sorprendido.

—Sus bóxer han sufrido un encontronazo con unas tijeras.

—¿Un encontronazo?

—Quizás yo haya tenido algo que ver. —admitió Tod.

Duncan se tapó los ojos con las manos y suspiró, Tod y sus venganzas infantiles.

Tris soltó una carcajada y tiró la taza al suelo sin darse cuenta, nunca pensó que Tod, con ese aire solemne, pudiera tener esos arrebatos infantiles.

—Pues creo que alguien tendrá que salir y comprarme ropa interior nueva, al menos... si quiere acompañarnos. —gruñó Duncan con fastidio.

—Por supuesto, en seguida marchó a comprar los preferidos del señorito.

—¡Basta ya de señorito!

—Lo que diga el señorito.

—La madre que lo... —masculló Duncan exasperado.

Branson se negó a tomarse el día libre, condujo la limusina mientras Ford le ponía al día de sus vacaciones. Subió el cristal interior y contuvo como pudo sus nervios, un coche de apoyo los seguía y dos escoltas en moto iniciaban la marcha, no pasarían desapercibidos.

Capítulo 7

Duncan cerró los ojos y recordó como Akira le enseñó a meditar.

Tu mente está llena de rabia, debes abandonar lo que te hace sufrir, los pensamientos entrarán en tu mente, ignóralos y céntrate en el sonido de la cascada, el agua te relaja, sientes como la paz te llena y tu cuerpo es uno con tu espíritu.

Duncan siguió las pautas que Akira le iba dando y notó por primera vez en su vida que su cuerpo se relajaba y su dolor menguaba.

—Lo he sentido. —dijo Duncan emocionado.

—A partir de ahora, cada vez que necesites relajarte, recuerda el sonido de la cascada y mis palabras.

—¿Sientes curiosidad por conocer tus orígenes? Quiero decir, visitar los Estados Unidos, yo podría pagarte el viaje.

—Mis orígenes no me importan, soy miembro del clan y aquí soy feliz. —respondió Akira sonriendo.

—Últimamente estás muy pensativo, ¿Japón otra vez? —preguntó Tris.

—Sí, ese viaje me marcó. Te aseguro que de haberme conocido antes... me habrías odiado. —dijo Duncan con voz temblorosa.

—Cuando te conocí no eras precisamente un encanto. —dijo Tris sonriendo, lo atrajo hacia ella y le besó—. Te quiero demasiado y me da igual el mal carácter que tengas, siempre te querré.

—¿Estás segura?

—Sí.

Duncan tragó saliva, saber que el clan estaba en New York... No era un hombre que evitara los conflictos, pero los métodos del clan no le agradaban.

A media mañana, Tris apartó el teclado y apretó los labios, tenía hambre, sed y ganas de ir al servicio, todo a la vez y en grandes dosis.

—Martina, voy al servicio y a picar algo.

—¿Picar? Ni que fueras una gallina. —rio Martina divertida.

—Bueno voy a mear, a tomar media máquina de café y comerme un cesto de bollería industrial, ¿contenta?

—No, pero eso es más de tu estilo.

Tris le dio un pellizco en el culo y Martina se giró dispuesta a tirarle lo primero que pillara. Ford entrecerró los ojos, aburrido y siguió a Tris, estaba un poco harto de ser su escolta, Duncan era insoportable, pero al menos solía ser más silencioso, Tris lo estaba dejando sordo con tantos gritos.

Entró en el servicio, esquivó a una chica y abrió la puerta de un baño, ¡uuufff! Casi no llega, su expresión se turbó, acababa de darse cuenta de que se había sentado sobre la tapa del váter sin fijarse si estaba limpia, ni poner papel como solía hacer. Se levantó de golpe y después de revisarla a conciencia y colocar varias capas de papel, se sentó de nuevo y terminó su labor. Sacó una toallita húmeda y se la pasó por el trasero, era un poco paranoica con los gérmenes. Abrió la puerta del pequeño baño y se acercó a uno de los lavabos, abrió el grifo y pulsó en el botón del dosificador de jabón, le relajaba sentir el agua fría sobre sus manos. Pensó cómo sería estar con Duncan y su familia en el Caribe, serían sus primeras vacaciones de verdad.

Ford tocó a la puerta y se asomó con cuidado de no ver nada que no debiera ver.

—¿Todo bien?

—Sí, he tenido un problema con dos secuestradores, pero les he dado una paliza y los he tirado por el váter, ya no corro peligro porque tiré de la cisterna. —confesó Tris con seguridad y sarcasmo.

Ford la miró con los ojos muy abiertos, apretó los dientes y cerró la puerta, directa captada.

Tris se ajustó un poco la ropa y atusó el pelo, ahora tocaba comer algo y agarrar una botella de agua. ¡Oh, Dios mío! ¡No tengo bikini!

Duncan anuló una de las reuniones de la mañana y ordenó a su vicepresidente que se ocupara de todo en su ausencia, el martes lo pasaría preparando el viaje, necesitaba desconectar y seguramente Tris necesitaría comprar algunas cosas para el viaje. Lo que debía ser ocio, para él era un calvario, Brenda, Joe y Tris... ¿Cómo se llevarían?

Cerró los ojos y se recostó en el sillón, Branson estaba sentado en la salita anterior a su despacho, lo que le concedía un poco de intimidad. Suspiró y pensó en la cascada y las indicaciones de Akira.

Akiyama se quedó mirándolo, Duncan parecía diferente, más calmado, más callado y menos ofensivo.

—Akira ha hecho un buen trabajo, siento tu energía.

Duncan lo miró desconcertado, esos rollos filosóficos no le gustaban nada.

—¿Puedo marcharme ya?

—¿Tan mal te tratamos? —dijo Akiyama sonriendo.

—No, temo que mi familia piense que me ha pasado algo, llevo meses aquí y no les he llamado ni una sola vez.

—Te marcharás pronto, hasta entonces puedes pedirle a Akira un teléfono y llama a tu familia las veces que necesites.

—¿De verdad? —preguntó Duncan inseguro.

—Tarde o temprano comprenderás que no eres mi prisionero, la cárcel está dentro de ti.

Duncan se inclinó y se alejó del maestro, recorrió uno de los túneles de la montaña, no había vuelto a ver a la hija de Akiyama, seguramente sería alguna costumbre de ellos o simplemente la chica no quería verlo.

Akira apareció tras un recodo y se le quedó mirando, su rostro era más inexpresivo de lo normal.

—Hemos capturado a dos hombres del clan del norte, intentaron matar al maestro.

—¿Qué?

—Ya te lo expliqué, el maestro es la única fuerza que mantiene la paz en esta zona. La policía y el gobierno ignoran la existencia de los clanes, cree que esta es una comunidad agrícola tranquila.

—¿Qué pasará con ellos? —preguntó Duncan que ya sospechaba la respuesta.

—Se les concederá la oportunidad de luchar por su vida, si sobreviven podrán servirnos como esclavos.

—¿Esclavos?

—Mejor esclavo que muerto, ¿no?

—Yo preferiría morir, a ser el esclavo de nadie.

—Por eso el maestro decidió adiestrarte. —respondió Akira—. Acompáñame, hoy probarás tu valía luchando con uno de ellos y recuerda, o muere él o mueres tú.

Duncan tragó saliva, esa noche sus manos se mancharían de sangre o la única liberación que recibiría sería su muerte. ¡Maldita suerte!

Tris miró aburrida el reloj, quedaba una hora para ir a almorzar y encontrarse con Duncan. Denis le había ordenado supervisar la gestión de la nueva web antes de su lanzamiento oficial y era insufrible tener que revisar

una y otra vez las mismas funciones, cuadros de diálogos y diseños.

Duncan colgó el teléfono y se levantó del sillón, necesitaba tomar el aire, abrió la puerta del despacho y vio como Branson se levantaba de la silla.

—¿A dónde vamos? —preguntó Branson mirando el reloj.

—Tranquilo, solo quiero dar una vuelta por la oficina, necesito estirar las piernas.

—Te acompaño, al final tendré que instalarme un juego en el móvil como Ford.

—Odias los juegos, eres demasiado torpe y con esas manazas...

—Duncan, será mejor que no me los toques, no estoy de humor.

—¿Quiere decir eso que si estuvieras de humor te gustaría que te los tocara?

Branson lo miró y le dio un manotazo en la nuca, él atacado de los nervios y Duncan con ganas de bromear.

Ford jugaba a Call of Duty, aunque no por ello dejaba de estar atento a todo el que se acercaba. Martina mordisqueaba un lápiz sin dejar de mirar la pantalla y Tris resoplaba aburrida mientras revisaba unos documentos. ¡Menudo rollo de vigilancia!

Durante el almuerzo, Martina aprovechó para hablar con Ford que al estar en compañía de Branson y otros escoltas, parecía más relajado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Duncan a Tris.

—Sí, estoy nerviosa por el viaje y por conocer a tu familia y encima no tengo ropa, ni me apetece salir a la calle rodeada de mercenarios.

Duncan sonrió, acarició su mejilla y la besó, su fierecilla estaba nerviosa y con razón, le esperaba un interrogatorio por parte de Brenda y aguantar al insoportable Joe.

—Puedo hacer unas llamadas y mañana alguien te traerá todo lo que necesites.

—Qué fácil es todo cuando eres rico. —suspiró Tris.

—Renunciaría a mi dinero por pasar cinco minutos contigo.

—¡Tú eres tonto! ¿Cómo me dices eso aquí?

—¿Y dónde debería decírtelo? —preguntó Duncan sonriendo y sorprendido.

—En casa, para que te pueda arrancar la ropa y matarte a polvos como a las cucarachas.

Duncan soltó una carcajada, tiró de ella y los dos caminaron hacia la salida

del comedor de la oficina.

—Luego te diré más cosas.

—¿Me lo prometes?

—Sí, aunque espero que no te quedes dormida como de costumbre.

—Tomaré café, litros de café. —dijo Tris sonriendo con malicia—. Te voy a dejar en los huesos.

Capítulo 8

Martina apareció tras ellos y tiró de Tris hacia un rincón.

—Nena, Ford me acaba de decir que quiere ir en serio conmigo, conocer a mis padres, etc...

—¡Fantástico! —gritó Tris.

Duncan miró su móvil que acababa de vibrar y palideció al ver la imagen que le habían enviado, en ella aparecía su padre con el pelo largo y blanquecino, anudado en una coleta, junto con un texto breve: “ Prepárate, atacarán pronto”

De buena gana habría estrellado el móvil contra el suelo, el clan lo ponía sobre aviso, ¿cómo podría mantener la calma? Tendría que centrarse, meditar, recuperar su frialdad, la frialdad que odiaba Tris y que solo ella había logrado resquebrajar como un cristal golpeado por un martillo.

Por la noche, Duncan se desanudó la corbata y se tumbó en el sillón de la terraza, se quedó mirando los calefactores integrados en la pared, un invento ingenioso que permitía estar fuera a pesar de las bajas temperaturas. Conectó la fuente de agua y se relajó escuchando su sonido. Era una réplica de la montaña en la que estuvo viviendo durante su estancia en Japón, ordenó construirla siguiendo unas especificaciones muy claras, quería el mayor lujo de detalles y que el sonido fuera exacto al de la cascada donde solía entrenar con Akira. En apenas un metro cuadrado por un metro de alto, habían conseguido recrear sus deseos. Cerró los ojos y se tumbó, Tris se había quedado dormida y para variar, lo había dejado lleno de deseo.

Akira estaba sentado junto al maestro, todos observaban con atención a los dos hombres que armados con katanas, permanecían inmóviles dentro de la pequeña superficie circular, en el centro de la plaza.

Duncan sostenía la katana con firmeza, tal y como le había enseñado Akira. Su oponente lo miraba con ojos llenos de odio, su vida ya estaba condenada, pasara lo que pasara.

La estocada pasó justo al lado de su costado, Duncan bloqueó el ataque con la espada y lo obligó a alejarse con un gesto rápido y una contundente patada

en el estómago. Nuevamente, aquel tipo no muy alto, pero corpulento, trató de asestarle un ataque que de no ser por el duro entrenamiento al que había sido sometido, le habría seccionado la cabeza. Duncan rodó por el suelo, se levantó de un salto, giró sobre sí mismo y clavó su espada en el corazón del pobre desgraciado. La sangre cubrió su espada hasta llegar a manchar sus manos, todos coreaban su nombre, pero él no sentía ningún orgullo. Caminó hacia su maestro, se inclinó y se sentó junto a Akira.

—No ha estado mal, lento, pero aceptable. —dijo Akira con frialdad.

—¿Lento? —protestó Duncan.

Akira se levantó, desenvainó su katana y saltó al círculo, donde ya le esperaba el que sería su oponente. Era un hombre más alto y corpulento que el anterior, parecía seguro de sí mismo, eso lo haría más interesante.

Akira paró cada ataque con facilidad, su inexpresividad era patente. Duncan veía en él la calma del río, pero este también podía ser letal y esa gran verdad no tardó en dejarse ver.

Akira se arrodilló ante su oponente, dejó su espada en el suelo a escasos centímetros de él. El otro guerrero lo miró con desprecio, interpretando su gesto como una rendición. Alzó su espada y la bajó dispuesto a acabar con Akira, pero este agarró su espada, la clavó en el estómago del guerrero, trazando una curva mortal. El pobre desgraciado cayó al suelo, sus ojos quedaron abiertos y una expresión terrorífica cubría su rostro.

Duncan miró a Akira, ahora comprendía el poder de su pasividad, su frialdad, su aparente insensibilidad.

—Deberías descansar, son las dos de la madrugada. —dijo Ford ofreciéndole un vaso de whisky.

—Gracias Ford, ¿y Branson?

—Intentando dormir, pero sin mucho éxito. Espero que en el Caribe consiga distraerse.

—Eso espero yo también, habrá que incrementar la seguridad. He recibido información recientemente, mi padre y sus compinches planean atacar.

—Si lo hacen, lo pagarán. —contestó Ford con tal frialdad que por unos segundos Duncan creyó estar ante Akira.

Ford se marchó y Duncan se quedó pensando en el clan, ¿estaría Akira en New York?

Duncan se pasó todo el día en su despacho y Tris con Tod que se encargó de conseguirle todo lo que necesitaba. Ford se esforzaba en ocultar lo molesto que se sentía al tener que separarse de Martina y Branson, empezó a embadurnarse el cuerpo con una crema que le había recetado el médico, la urticaria nerviosa ya cubría su pecho y brazos, por fortuna parecía respetar su cara.

Tod guardaba la ropa de Tris en una maleta, ella se sentía muy incómoda y trataba de ayudarle, pero no la dejaba hacer nada y al ser una persona de avanzada edad, no se atrevía a ponerse borde y era tan majo...

Duncan revisaba minuciosamente todos los preparativos del viaje, ya no solo se trata de Tris, ahora también había que preocuparse de Brenda y Joe. Los recuerdos de Japón parecían empezar a desvanecerse en su mente, o al menos ya no la poblaban tan a menudo. Se levantó del sillón y salió del despacho, no podía seguir ignorando a Tris sin que esta dedujera que algo pasaba, necesitaba que ella fuera feliz a toda costa, no quería verla preocupada.

—¡Vaya, por fin! Ya creí que te habías evaporado, Tod no me deja hacer nada, son las cinco de la tarde y me ¡aburroooooo! ¿Salimos un poco? Vi algo en una tienda y lo quiero.

Duncan la abrazó y la besó, como una persona podía aportar tanta luz a su vida.

—Lo que sea por mi chica.

Branson se quedó en el apartamento, debía organizar la seguridad y aprovecharían que Tris no estaba para preparar el armamento que usarían en el Caribe, Duncan no quería que ella viera como montaban las armas, las engrasaban y guardaban en maletines.

—Esta me gusta mucho para ti, ¿te la pondrías por mí? —preguntó Tris haciendo pucheritos.

Duncan cerró los ojos y su mandíbula se contrajo visiblemente, aquello era demasiado hasta para él que lo daría todo por ella.

Nada más salir del vestidor, Ford soltó una carcajada y se tuvo que llevar las manos a la boca para tratar de contener la risa. Duncan lo fulminó con la mirada, él que siempre lucía trajes caros, ahora llevaba puesta una camiseta blanca con la cabeza de un bulldog con gafas de sol y un chupete en la boca. El

resto del equipo de seguridad se limitó a apretar la boca, no se atrevían a reírse.

—Eres mi niño chiquito, mi consentido. —dijo Tris dándole un beso y acto seguido se introdujo en la limusina.

—Menos mal, porque si llego a ser la persona que odias... Maldita camiseta. —masculló molesto Duncan.

Ford condujo el vehículo, Ted ocupaba el asiento del acompañante, los dos controlaban por los retrovisores al coche de apoyo, habían sido prevenidos por Duncan y se mantenían en alerta ante un posible ataque.

—Te quiero un montón, sé que para ti llevar esa camiseta es un tormento.

Duncan la miró con ojos divertidos, lo tenía más que calado, rezaba en silencio porque ella no hubiera comprado más ropa de ese estilo en secreto.

La limusina entró en el parking del edificio, Ted se quedó en el vehículo, y Ford seguido de dos escoltas, los acompañaron hasta los ascensores.

Tris suspiró, estaba tan cansada de aguantar ese nivel de seguridad, entendía y aceptaba llevar escolta, pero aquello era todo un ejército, le aterraba pensar que Duncan pudiera ser atacado de nuevo.

—Tris, ¿en qué piensas?

—Tengo miedo.

Duncan la abrazó y clavó sus ojos en ella, no consentiría que nada malo le ocurriera, aunque eso significara sacar la bestia que llevaba dentro y volver a manchar sus manos de sangre.

—Está todo controlado, confía en mí, el FBI tiene pistas nuevas y pronto los cazará. —mintió Duncan.

Tris asintió, apoyó su mejilla sobre su pecho, solo allí se sentía segura, aspirando su olor a ropa limpia y colonia suave.

Lejos de allí, en un sucio almacén, el padre de Duncan observaba como sus esbirros preparaban sus armas, su topo les había informado acerca del viaje que su hijo iba a realizar. Sacó el móvil y marcó un número, se lo llevó a la oreja y esperó a que diera señal de llamada.

—¿Sí?

—Mañana parten hacia el Caribe, vuelo privado 765896.

—¿Objetivo?

—Espera al domingo, quiero que dispires a su chica, no la mates, pero que la herida sea de gravedad.

—Recibido, contactaré con el equipo dos horas después de haber cumplido

la misión.

Capítulo 9

Tris fue la primera en entrar al apartamento, Branson ya había terminado su trabajo con las armas y les esperaba sentado en uno de los sillones del salón. En cuanto vio aparecer a Duncan con aquella camiseta, soltó una carcajada de lo más escandalosa, parecía incapaz de controlarse, el estirado con camiseta de perritos.

—¿De qué te ríes? ¿No tienes nada mejor que hacer? —gruñó Duncan con fastidio.

—¿Y perderme este espectáculo? Todo puede esperar.

—Anda y que te joda un pez sierra por el trasero. —dijo Duncan molesto, pero esas palabras solo consiguieron que Ford se uniera a la fiesta con su risa nerviosa—. ¡Cabrones! Os voy a poner uniformes de payasos, a ver si eso os hace gracia.

—No te enfades Duncan, no sea que nos muerda el perro de tu camiseta.

Duncan se mordió el labio inferior y se internó por uno de los pasillos, habían cometido un grave error, nadie se metía con él y salía airoso.

Después de cenar, Duncan tiró de Tris hacia el dormitorio, esa noche no estaba dispuesto a quedarse sin sexo. Nada más cerrar la puerta, la desnudó y la llevó en brazos hasta la cama, se arrojó sobre ella y se coló entre sus piernas. Deseaba poseerla a toda costa y ella se mostraba más que dispuesta, abrazándose a él, dejándose penetrar con dureza, gimiendo y rogándole que no parara.

Tris apoyó su cabeza sobre el pecho de Duncan y suspiró, era una sensación tan maravillosa que el hombre más sexy del mundo la deseara de esa manera.

Ford abrió el cajón para guardar en él su arma cuando sintió algo peludo rozando su mano, gritó como un loco al ver que se trataba de una tarántula enorme. Branson entró corriendo en la habitación que compartían y soltó una carcajada al ver que se trataba de una araña falsa, sin duda había sido cosa de Duncan que sabía que Ford tenía fobia a las arañas.

—Te la ha devuelto Ford, serás pardillo. —dijo Branson divertido.

Ford se limitó a coger la araña con un calcetín y tirarla a una papelera.

Branson entró en el baño y se desnudó, necesitaba una ducha, abrió el grifo y el agua empezó a caer sobre su cabeza, se pasó las manos por la cara y el cuerpo, le relajaba el agua fría, pero notó que el agua dejaba rasposa su piel, abrió los ojos y comprobó que todo su cuerpo estaba cubierto por un extraño polvo, maldijo por lo bajo y dio más fuerza al agua, se enjabonó y gritó. Aquel polvo blanco empezó a picar en cuanto empezó a restregárselo con el jabón.

—¡Puto Duncan! ¡Me las vas a pagar! —gritó Branson colérico y cubierto por lo que ya tenía claro que eran polvos pica pica.

Tris se sobresaltó al escuchar gritar a Ford y dio un brinco al escuchar gritar y maldecir a Branson minutos después. Miró a Duncan que parecía tranquilo y no muy dispuesto a salir para averiguar qué les pasaba.

—¿No vas a ver qué pasa?

—No, sé exactamente lo que pasa, les he aplicado un correctivo por su actitud irrespetuosa.

—¿Pero qué les has hecho?

—Después de comprarme esa camiseta tan bonita, decidí comprar un par de cosas por mi cuenta y por lo que parece, les han encantado. —dijo Duncan sonriendo burlón.

—Eres malvado.

—Pues este malvado necesita más de ti.

Tris se relamió y se colocó sobre él, decidida a saciar su deseo, no estaba dispuesta a dejarlo con ganas.

El miércoles por la mañana, Duncan dejó que Tris durmiera y ordenó a su equipo que fuera trasladándose al aeropuerto. Tod se encargaría de que su personal fuera el primero en ser trasladado, Ted vigilaría celosamente el embarque del equipaje y comprobaría la bodega de carga. Esta vez no usaría su jet, eran demasiados, así que había avisado a sus pilotos para que prepararan el avión de la compañía un Airbus a320.

Una hora más tarde, Branson se impacientaba, había enviado a dos hombres para reforzar la seguridad de Brenda y Joe. Ford esperaba sentado en un sillón, jugando en su móvil, cuando Duncan apareció acompañado de Tris, vestida, pero adormilada.

—Bien, ¡vámonos! —gruñó Branson.

Tris estaba muy nerviosa, ¿cómo sería la familia de Duncan? Estirados como él, ¿hablarían poco o mucho? ¿aburridos o divertidos?

Duncan acarició su pelo y la besó, podía notar lo nerviosa que estaba su chica, pero lo que a él le preocupaba era si la seguridad sería suficiente, ¿le seguirían al Caribe? ¿intentarían algo?

La limusina esquivó las zonas públicas y se internó por rutas privadas dentro del aeropuerto. Los escoltas de la patrulla motorizada se adelantaban y retrasaban una y otra vez para asegurarse de que no les esperaba ninguna emboscada. Ford aparcó cerca de una de las puertas de acceso al aeropuerto y dejó que otros escoltas custodiaran la limusina. Ford y Branson siguieron de cerca a Duncan y Tris, que trataron de mostrarse despreocupados para no asustar a Joe y a Brenda con tanta seguridad.

Nada más salir del ascensor y entrar en la sala VIP, Brenda dio un respingo y corrió hacia Duncan, le dio un beso y se giró hacia Tris, sonriendo.

—¿Así que tú eres la chica que ha conseguido derretir el corazón helado de mi primo?

—Eso parece. —contestó Tris con timidez. Aquella mujer de pelo rojo y ojos azules la miraba como si quisiera traspasar su cerebro y analizarla. ¡Jodeer!

Tras ella, un tipo corpulento se acercó a ellos, examinó con sus ojos negros a Tris, de arriba abajo, hasta que la incomodó.

—¡Oye, tú! ¡Deja de mirarme así! —gruñó Tris molesta.

—¡Joe! —le reprendió Brenda fulminándolo con la mirada.

Joe estrechó la mano de Duncan que parecía estar en otro sitio porque pasaba de todo.

—¿Qué pasa? Zolo estaba mirando a la moza que está wena . —respondió Joe con asombro.

Duncan se pasó la mano por la cara y resopló, ya empezaba el número de paleta. Tris miró a Joe, no había entendido nada de lo que había dicho, parecía como si tuviera un zapato en la boca y le costara trabajo articular palabras.

—Nada de ir de paleta. —gruñó Brenda.

Joe se encogió de hombros y sonrió divertido, abrazó por sorpresa a Tris y le dio un beso en la mejilla.

—¡Bienvenida a la familia, Tris! Te advierto que esta gente es bastante aburrida, suerte que me tienen a mí para animar. —dijo Joe sin dejar de sonreír.

—¿Qué es eso de paleta? —preguntó Tris confundida.

—Me gusta fingir que soy un bruto, la gente me toma por tonto y yo me

muerdo de la risa al ver sus caras de espanto. —confesó Joe.

—Pues parecías un idiota, no un bruto y como me vuelvas a pegar un repaso, te sacó los ojos. —amenazó Tris.

—¡Vaya! Sí que es directa tu novia, al menos no es tan aburrida como tú, Duncan, por cierto... ¿Conseguiste que dejara de hablar bajito como el conde Drácula?

Tris soltó una carcajada, se notaba que tenía calado a Duncan, no, si al final sería divertido estar con ellos, aunque la pelirroja le intimidaba bastante, prefería las miradas de Joe a esos ojos azules inquisitivos.

—El avión espera, será mejor que nos larguemos antes de que Joe nos deje en ridículo. —dijo Duncan y justo en ese momento empezó a sonar una canción por los altavoces, “Teen feet tall” y Joe se puso a bailar como un loco.

Brenda se tapó los ojos con la mano, Duncan puso los ojos en blanco y Tris se quedó mirando a Joe, asombrada.

Duncan hizo una señal a Ford y a Branson y los dos agarraron por los brazos a Joe y le obligaron a salir de aquella pequeña sala. Brenda cogió de una mano a Tris y de la otra a Duncan que resopló fastidiado, su prima se ponía muy sentimental con él.

Nada más subir al avión, Joe gruñó al ver a tanta gente, solo se relajó cuando Duncan lo condujo hasta la planta de arriba donde disponían de salas privadas alejadas de todos esos extraños. Brenda se sentó en uno de los sillones y miró a Joe con seriedad, parecía estar leyéndole la cartilla para que se portara bien. Ford y Branson se alejaron de ellos y se mantuvieron alerta, lo que no le pasó desapercibido a Tris. Estaba claro que no soportaban a Joe, ¿tan pesado era?

Duncan se sentó en el extremo opuesto del sillón en forma de ele y Tris se dejó caer a su lado.

—Me parece mentira que un cacharro tan grande sea capaz de volar. —dijo Joe con asombro.

—Esperemos que lo consiga o lo pasaremos mal. —respondió Duncan con sarcasmo.

Joe sonrió y agarró la cerveza que una azafata le ofrecía. Tris se quedó mirando a Joe y a Duncan, eran hombres muy diferentes y sin embargo parecían llevarse bien, como si algo los hubiera unido en el pasado.

La azafata les pidió que se abrocharan los cinturones y todos se prepararon para el despegue. Joe miraba por la ventana como aquel monstruo alzaba el

vuelo como si apenas pesara unos gramos, parecía emocionado. Brenda bebía un Martini, pero no dejaba de mirar a Tris disimuladamente y Duncan, Duncan seguía en su mundo. ¿Qué estaría pensando este hombre? Tris dio un trago a su refresco de cola y suspiró, parecía que estuviera ante un consejo de guerra, se sentía más estudiada que un marciano en una convención científica. Como no me deje de mirar, le arranco ese bonito pelo rojo.

En cuanto la azafata les informó de que ya podían desabrocharse los cinturones, Brenda se puso en pie, agarró de la mano a Tris y tiró de ella hasta un reservado. ¡Verás la loca esta! pensó Tris.

Capítulo 10

Brenda se sentó en uno de los sillones y miró a Tris con curiosidad.

—¿De verdad estás con él o te pagó por representar el papel de novia? —preguntó Brenda con frialdad.

—Mira guapa, o retiras eso de que me ha pagado o te arranco la melena, aquí y ahora.

Brenda sonrió divertida, nadie con ese carácter podría estar fingiendo ser la novia de su primo.

—Perdona, es que mi primo... no suele tener novias y le lancé un ultimátum, por eso desconfío.

—Tu primo es mi novio y te lo advierto, no he venido aquí para que me interrogues, quiero pasármelo bien, bastante tiene Duncan con esos bastardos que lo intentaron secuestrar. —se quejó Tris.

Brenda le cogió las manos y la miró con ojos temblorosos.

—Lo siento Tris, solo quiero que sea feliz, me aterra la idea de pensar que se quede solo para siempre, es un buen hombre, pero...

—Es un estirado, borde y desagradable por lo general. —respondió Tris.

—Exacto, no me extraña que Duncan se haya fijado en ti.

—A ver, aclara eso, que no sé si es un piropo o insulto. —gruñó Tris.

—Tienes carácter y pareces muy sincera, justo lo que necesita, ya sabes que no es una persona que confíe en los demás.

¿Sincera? Madre mía, si la pelirroja supiera su problemilla con la verdad.

—Quiero que sepas que me quedo tranquila y que a partir de ahora vamos a ser muy buenas cuñadas. —dijo Brenda sonriendo.

—¡Para, paraaaa! ¡No me cases tan pronto! —replicó Tris asustada.

Brenda sonrió, la tomó de la mano y las dos regresaron donde los chicos, que parecían estar hablando de algo interesante.

—Entonces usaremos tu yate y veremos si pescamos algo. —dijo Joe animado.

—No me va mucho la pesca, pero si te apetece puedo conseguir un par de cañas de pescar, cebo y demás.

—Perfecto, así cuando estas dos cotorras empiecen a despedazarnos, tendremos una excusa para quitarnos de en medio. —dijo Joe sonriendo con malicia al ver que las chicas lo habían escuchado.

Duncan sonrió, sacó su móvil y leyó el mensaje que acababa de recibir.

“El clan estará atento, procura descansar”

Duncan se recostó en el sillón y cerró los ojos, podía escuchar como Brenda le contaba a Tris como conoció a Joe. Su mente regresó a Japón, una vez más.

Akiyama lo mandó llamar, Akira se quedó en la puerta del templo en el que su maestro solía despachar los asuntos privados de los miembros del clan.

Duncan se apostó de rodillas ante el sillón de piedra en el que Akiyama estaba sentado.

—Nunca olvidaré lo que hiciste por mi hija, no tenías por qué y arriesgaste tu vida por ella, eres un hombre de honor y a partir de hoy, eres miembro del clan, siempre estaré en deuda contigo.

—Maestro, agradezco el honor, gracias a usted he encontrado la paz interior, soy otro hombre, pero debo regresar.

—Lo sé, nunca pretendí conseguir que te quedaras con nosotros. En tu mundo intentarán corromperte, debes permanecer puro, recuerda mis enseñanzas y practica a diario.

—Maestro, ¿cómo puedo evitar corromperme en un mundo repleto de corrupción?

—Aparenta caer en sus garras, que te crean uno de ellos, pero en tu interior debes permanecer incorruptible.

—Maestro, no deseo irme, pero no puedo abandonar a mi familia, ellos me lo dieron todo, me necesitan.

—El clan siempre estará contigo, ahora ha llegado el momento de tu partida, pero antes quiero hacerte un regalo. —dijo Akiyama dando unas palmadas.

Akira entró en el templo, caminó hasta un armario y sacó un arcón de madera, lo dejó ante los pies del maestro y este, con un movimiento de sus manos, invitó a Duncan a abrirlo.

Duncan abrió el arcón y se quedó mirando su contenido.

—Maestro, yo no merezco este regalo. —admitió Duncan con tristeza.

Akiyama colocó sus manos sobre los hombros de Duncan y lo miró con ojos llenos de orgullo.

—El clan es y será siempre tu familia, no olvides despedirte de mi hija antes de marcharte o es capaz de buscarte y vengarse.

Duncan sonrió al pensar en la chica, era muy rebelde y divertida, aunque también bastante peligrosa.

Nada más llegar al aeropuerto de Puerto Rico, varios helicópteros los esperaban. Joe alucinaba con aquel despliegue, su cuñado tenía pasta para aburrir.

Ford y Branson los acompañaron hasta uno de los helicópteros y les ayudaron a subir, la tensión se mascaba en el ambiente y Duncan no conseguía mantener su acostumbrada frialdad, lo que intranquilizaba a Tris.

El séquito voló hacia su destino, Cayo Lindo, un pequeño islote en el que Duncan había construido su mansión, estaba lo suficientemente alejada para no tener que aguantar a los turistas y lo suficientemente cerca para ser evacuados. Branson comprobaba algo en un tablet y Ford miraba al resto de helicópteros.

Duncan temía sufrir un ataque, en el aire eran vulnerables y esos helicópteros no tenían contramedidas ni armamento. Tris agarró la mano de Duncan y le sonrió.

—Tranquilo, yo te protegeré. —le susurró Tris al oído.

Duncan la besó sin percatarse de que Brenda no les quitaba ojo. Brenda disfrutó ese beso, su corazón se llenó de felicidad al ver que su primo estaba enamorado, siempre ocultó su tristeza, pero ella lo notaba.

Los helicópteros aterrizaron y todo el equipo fue bajando y encaminándose hacia la mansión. Varios jeep armados con ametralladoras se acercaron a ellos y Brenda sintió un escalofrío al ver lo fuertemente armados que estaban los miembros del equipo de seguridad, su primo debía estar en serios problemas.

Las dos parejas caminaron por el sendero de losas blancas hasta la mansión de dos plantas, cuya extensión era simplemente colosal, con sus muros de piedra y mármol blanco, sus columnas estilo griego y sus jardines bien cuidados y repletos de flores exuberantes.

—Joe, Brenda, nos vemos mañana, estoy cansado, cualquier cosa que necesitéis solo tenéis que pedírsela al personal de servicio. —informó Duncan.

—Que descanses primo. —dijo Brenda despidiéndose de él con un beso en la mejilla.

—Yo también estoy cansado, la bruja de tu prima me tiene agotado con tanto parlotear. —dijo Joe sonriendo hasta que vio que Brenda clavaba sus

ojos en él.

Tris se aferró al brazo de Duncan, deseaba estar a solas con él, lo notaba muy nervioso y estaba cada vez más preocupada.

Duncan la acompañó hasta su dormitorio, nada más entrar, los dos se desnudaron y juntos caminaron hasta la ducha. Tris empezó a enjabonarlo, no dejaba de pensar que él era suyo, el hombre más difícil de soportar, el más sexy, el más cerrado, el más especial.

—Lo siento. —dijo Duncan mirándola apenado.

—¿El qué?

—Todo, estar siempre ausente, que esa gente trate de hacernos daño, me siento impotente, tanto dinero y no puedo mantenerte a salvo.

Tris rodeó su cuello con sus brazos y lo besó, no imaginaba un lugar más seguro que junto a él, solo con mirar aquellos ojos verdes comprendía que lo daría todo por ella.

—Te quiero, prefiero que mi vida corra peligro estando contigo, a estar a salvo lejos de ti. —dijo Tris con seriedad, tanto roce desnudo, empezaba a excitarla.

Duncan cogió el relevo y la enjabonó a ella, masajeando todo su cuerpo con tal suavidad que la hizo gemir. Mientras el agua los liberaba de la capa de jabón, ellos ya se besaban con el corazón acelerado y llenos de deseo. Duncan acercó su mano al sexo de Tris y lo acarició con suavidad, dejando que sus dedos se internaran en él. Tris agarró su miembro que estaba cada vez más erecto y deslizó su mano mojada hacia arriba y hacia abajo con un ritmo que a él lo hacía enloquecer.

—Si sigues tocándome así, me voy a correr. —gimió Tris.

Duncan la giró y ella apoyó sus manos contra la pared, dejó escapar un gemido al sentirse penetrada y agarrada por la cintura.

De madrugada, Duncan salió al balcón de la habitación y se quedó mirando el océano, la playa estaba desierta, solo algunos de sus hombres patrullaban a pie, guiados por sus linternas. Se puso unos pantalones y abandonó el dormitorio, le apetecía tomar algo, dado que le era imposible dormir. Cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido y chocó con algo duro, extrañado, se giró y vio a Joe que se llevó el dedo índice a la boca para pedirle que guardara silencio.

Duncan le hizo una señal para indicarle que le siguiera, los dos bajaron las escaleras y entraron en la cocina. Agarraron un par de cervezas y salieron al

porche trasero, donde había un sillón balancín. Los dos hombres se sentaron en él y dieron un trago a sus cervezas.

—Me gusta tu chica, es muy directa, sincera y tiene un genio... —dijo Joe sonriendo.

—¿Qué tal con Brenda?

—Bien, a veces me vuelve loco, y otras la vuelvo yo loca a ella.

Duncan sonrió y dio un trago, miró la piscina y dejó que sus ojos se quedaran fijos en el escudo de su empresa, en el fondo del suelo de azulejos color esmeralda.

—He visto tu ejército, ¿tan seria está la cosa?

—Muy seria Joe, pero te agradecería que no se lo contaras a Brenda.

—No, quiero que lo pase bien, pero sabes que sé manejar un arma, solo tienes que decírmelo y...

Duncan lo miró, Joe era de los pocos hombres que respetaba, a pesar de que soportarlo era todo un tormento para él.

—Lo sé, pero no es necesario, relájate y disfruta estas vacaciones.

—Sabes, no me gustó nada el ultimátum de Brenda, cada uno ha de encontrar pareja cuando le toque, nadie te puede obligar. Me da igual lo que ella diga, si la cosa no saliera bien, que espero no sea el caso, yo seguiré a tu lado. Yo no puedo olvidar a los que me ayudaron en el pasado. —dijo Joe.

—Eres toda una caja de sorpresas para mí, nunca sé cuando hablas en serio o estás de broma, pero lo que sí tengo claro es que Brenda no pudo elegir mejor.

—En eso estoy de acuerdo contigo. —replicó Joe guiñándole un ojo, divertido—. ¿Y mañana qué vamos a hacer?

—Una excursión en yate, ver la costa, comer, dormir y si te portas bien, me encargaré de que te pongan música y bailes todo lo que te apetezca.

—Eso suena genial, bueno, será mejor que suba y me lave los dientes, como Brenda se entere que he bajado por una cerveza, me mata.

—Yo te cubro si te pillan, le diré que te obligué a tomarte una cerveza conmigo.

—¡Joder, cómo te quiero! —dijo Joe abrazando a Duncan y dándole un beso en la cabeza.

Duncan puso los ojos en blanco y respiró con calma, las muestras de afecto nunca fueron lo suyo, ni darlas, ni recibirlas.

Capítulo 11

Jueves

Joe bailaba en la cubierta, al ritmo de una vieja banda de rock and roll, moviendo el culo y los brazos como un loco y Tris seguía su ritmo a su lado.

—Hacen buen equipo esos dos. —dijo Duncan sonriendo.

—No sé de dónde la has sacado, pero está más loca que Joe.

—Dímelo a mí, que llevo puesto una camisa con pitufos. —dijo Duncan apretando los labios.

—Jamás pensé que llegaría a verte vestido informal, si hasta llegué a creer que te duchabas con traje. —dijo Brenda con malicia.

Duncan la agarró y tiró de ella para darle un abrazo, era una auténtica bruja como la llamaba Joe, pero era su segunda chica perfecta.

—¿La quieres?

—Nuestra familia nunca fue buena con los sentimientos y tú lo sabes. No sé qué es lo que siento, solo sé que no me imagino viviendo sin ella.

—Con eso me basta. —dijo Brenda depositando un beso en su mejilla—. Sabía que algún día una mujer se fijaría en ti y no por tu dinero, como siempre temías.

La música cambió de ritmo y Joe dejó de bailar, demasiado lento para él, se acercó a la barandilla y miró el mar. Tris se apoyó junto a él, Joe era más divertido de lo que parecía, un poco loco e impulsivo, pero era genial, parecía un buen hombre, alguien de confianza.

—Tienes suerte Tris, has dado con un buen hombre, algo aburrido y siniestro, pero en fin... nadie puede ser tan perfecto como yo.

—Claro, si todos fueran tan perfectos como tú, la raza humana se extinguiría. —replicó Tris.

—¡Oye!

—Que Brenda esté loca por ti no significa que nos gustes a las demás y ¡por favor! ¿pantalones cortos con manchitas de colores y camisa con las mangas arrancadas? Me duelen los ojos solo de mirarte.

—Borde, ahora tengo una bruja y una borde en la familia.

—Claro y yo a un paleta.

Joe la miró divertido, Tris le caía cada vez mejor, su sinceridad era algo irritante, pero era muy alegre y eso al capullo de Duncan parecía venirle bien, al menos ya no hablaba tan bajito.

—Me caes bien Tris, algún día tenéis que venir a Morgan y os presentaré a mis amigos.

—Por mí, encantada, pero más te vale que la música sea más metal o me largo.

Joe la miró, al menos ahora tenía otra loca de la música para dar la nota y escandalizar a los estirados Clanion.

Duncan se levantó, caminó hasta Joe y Tris y tiró de su chica hasta las escaleras que bajaban hasta una pequeña plataforma sobre el mar, una vez allí, saltó al agua y Tris le siguió.

Joe se quedó mirándolos y Brenda se abrazó a él, los dos estaban nerviosos y preocupados por ellos, pero al menos parecían felices.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó Duncan.

—Sí, Brenda ya dejó los interrogatorios y Joe es muy divertido, está más loco que yo.

—Después de almorzar, podemos descansar un poco en nuestro camarote.

—Sí, descansar, eso es lo que yo tenía en mente. —dijo Tris con malicia, relamiéndose los labios.

—Eres terrible.

—Y eso te encanta, no finjas pudor.

Duncan la atrajo hacia él y la besó, luego la apartó y comenzó a dar palmadas en el agua para salpicarle hasta hacerla gritar.

—Me has mojado el pelo, te voy a ahogar aquí mismo.

—Sueña muñeca, eres muy lenta. —dijo Duncan con tono retador mientras se alejaba nadando.

Tris nadó tras él, ahora sí que se divertía.

Ford vigilaba desde el puente y Branson se aseguraba de que sus hombres estuvieran atentos, ya había tenido que echar la bronca a uno de ellos por distraerse con el viaje, no estaban de vacaciones.

Duncan dejó a Tris en su dormitorio y paseó por cubierta, miró el mar y recordó cuando dejó Japón, su viaje de regreso en avión, el recibimiento de su familia, el impacto que tuvo en ellos su nueva personalidad, más tranquila y fría.

Branson se detuvo junto a él y agarró con fuerza la barandilla.

—Entiendo que trates de mantener las apariencias, pero en el mar estamos en peligro. Una lancha con varios hombres están en patrulla continua, pero es una seguridad ridícula. Si un barco se nos acercara y tratara de abordarnos...

—Branson, relájate o yo mismo te lanzo por la borda. —gruñó Duncan.

—Lo siento, no puedo evitarlo, aquí no puedo protegerte como quisiera.

—¿En serio crees que estamos a salvo en algún sitio? Esto terminará mal, habrá derramamiento de sangre, la única incógnita es si será su sangre o la nuestra.

Tris dio un respingo al comprobar que Duncan no estaba, pero se relajó al verlo entrar en el camarote.

—No me gusta que me dejes sola.

—Aquí estoy y no tengo intención de irme a ninguna parte. —dijo Duncan tumbándose a su lado y acariciando su pelo—. Tris, hay muchas cosas de mí que no sabes, cuando estuve en Japón hice cosas...

—No me importa tu pasado, solo me importa el presente y que me ames.

Duncan la abrazó y cerró los ojos, deseaba tener su capacidad para perdonar, para estar siempre alegre y feliz, hasta envidiaba su facilidad para dormir.

Por la noche, el grupo cenó en cubierta antes de regresar a la isla, había sido un día en el mar, bastante tranquilo, y todos estaban muy animados.

—Me ha encantado esta selección de platos típicos de Puerto Rico. —dijo Brenda entusiasmada.

Joe seguía comiendo, hacía tiempo que Brenda se había empeñado en ponerlo a dieta y ahora que parecía despistada, estaba dispuesto a comerse hasta las patas de la mesa. Duncan seguía perdido en sus recuerdos y Tris se entretenía hablando con Brenda, que a esas alturas era más accesible, aunque seguía siendo muy preguntona.

—Luego en la mansión podíamos ver alguna película, me apetece tirarme en un sillón y con un poco de suerte, si mi estirado no nos ha fastidiado, comer aperitivos. —dijo Tris mirando a Duncan, preocupada, nunca lo había visto tan ausente y temía que el hombre frío de negocios, regresara.

—Yo me apunto a eso y si ponemos algo de música para bailar, mejor aún. —repuso Joe.

Ford se acercó al grupo y se inclinó sobre Duncan.

—Regresamos a la isla. —informó Ford.

Duncan asintió con la cabeza y trató de unirse a la conversación, aunque esta no era especialmente interesante para él.

Bajo el barco, varios buceadores nadaban sigilosos, sacaron unos artefactos negros y los colocaron en el casco. Minutos después, desaparecieron sin ser vistos, alejándose en dirección a la costa.

Branson comprobó que el yate quedara anclando en el embarcadero y revisó el informe de seguridad que uno de sus hombres le ofrecía en un tablet. Ford se limitó a seguir al grupo y no bajar la guardia, desconfiaba de todos, incluido el personal del servicio, salvo Tod que había sido prevenido para que avisara ante la menor sospecha.

Tris se tiró en el enorme sillón en forma de ele y encendió el televisor de sesenta pulgadas, empezó a cambiar de canal y se sorprendió al ver que iba a empezar su película favorita, “Domínate si puedes”. Joe puso mala cara y Brenda ya armada con un recipiente rebosante de palomitas, se sentó a su lado.

—Yo me largo al patio, prefiero tomar cerveza, tranquilo. —gruñó Joe con fastidio.

Duncan estaba sentado en el sillón de su despacho, revisó sus documentos y encendió el portátil por si había alguna novedad importante, aunque lo dudaba porque durante el día revisó el móvil a menudo.

Se levantó y pulsó sobre un extremo de un cuadro, este se deslizó hacia arriba y dejó a la vista una enorme pantalla dividida en pequeñas cuadrículas en las que cada una representaba la imagen de una de las cámaras de seguridad. Vio a Joe encender la radio de la piscina mientras se tomaba una cerveza y sonrió al verlo bailar, Branson patrullando con Ford, las chicas viendo una película. Deseaba estar con ellos, pero le era imposible relajarse, aunque había seguido entrenando, estaba bajo de forma y su concentración se había esfumado, por primera vez, en mucho tiempo, tenía miedo. Se quedó mirando a Tris riendo y a Brenda comiendo palomitas sin dejar de mirar la pantalla. Sus chicas especiales por las que estaba dispuesto a perder la vida, llegado el momento.

Lejos de allí, un hombre miraba una foto de Duncan tirada sobre una cama, aquel antro hediondo en el que se alojaba estaba infestado de cucarachas y mosquitos, pero no estaría allí mucho tiempo. Terminaría su misión y regresaría pronto al continente. Desenvainó su espada y comenzó a afilarla con paciencia, luego prepararía su armamento, pronto correría la sangre, muy pronto...

Joe y Duncan se quedaron mirando a sus chicas, las dos dormidas en el sillón. Cada uno cogió en brazos a su chica y después de un breve saludo con la cabeza, ambos partieron hacia sus dormitorios, que para mayor intimidad, estaban cada uno en un ala opuesta de la mansión.

Capítulo 12

Tris se despertó, no sabía cómo había llegado a la cama, sonrió al ver que Duncan estaba a su lado, dormido. Se lo estaba pasando muy bien, aunque le hubiera gustado pasar tiempo en Puerto Rico y conocer a sus gentes y costumbres. Se acurrucó junto a él y lo besó, era tan feliz a su lado que hasta sentía miedo, nunca había vivido nada parecido.

Duncan se despertó, suspiró aliviado al ver que Tris dormía plácidamente y miró el móvil, juraría que lo había escuchado vibrar. Activó la pantalla y leyó el mensaje.

“Cada día debo saber tus movimientos o no podré protegeros”

Duncan conocía esa forma de expresarse, el clan cumplía su palabra.

Se levantó de la cama y caminó hasta la terraza, necesitaba sentir el frescor de la noche en su cuerpo. Pocos minutos después, sintió como unas manos se aferraban a su estómago, Tris apoyó su cara contra su espalda.

—Hoy has estado muy ausente, debes relajarte, no puedes hacer más de lo que haces.

Duncan se giró y la abrazó, nada era suficiente si seguía existiendo la posibilidad de que alguien pudiera hacerle daño a la chica de sus sueños.

—Lo intento, pero me cuesta mucho relajarme y fingir que no pasa nada. Branson está al borde del colapso, si no fuera porque Ford permanece tranquilo...

—Ordénale que vaya al continente y se divierta, quiera o no. —dijo Tris con seriedad.

—Lo haré, mañana mismo o se toma el día libre o se acordará de mí, me tiene de los nervios. Y lo peor de todo es que está así por nosotros, desde mi secuestro, no es el mismo.

—Branson es un buen tipo, pero necesita descansar un poco y no podrá hacerlo junto a nosotros y menos con Joe cerca.

—Menudo pelmazo está hecho Joe.

—Sí, pero a Brenda la tiene loca, hoy los vi besarse.

—Creo que yo puedo hacerte enloquecer. —replicó Duncan con

sensualidad.

Tris se quitó la camiseta y la dejó caer al suelo, seguida de sus braguitas, ahora estaba desnuda ante él.

—Palabras, quiero hechos. —dijo Tris mordiéndose el labio inferior.

Duncan la atrajo hacia sí, la besó y acarició su espalda, pasó su lengua por su cuello y la tomó en brazos. Aquella rebelde iba a pagar su osadía, no la dejaría dormir en toda la noche.

Ford revisaba las pantallas, sus hombres no dejaban de patrullar la isla, nadie entraría sin ser descubierto, y si alguien intentaba hacer daño a sus protegidos, se encargaría de que acabara en el fondo del océano, donde nadie los encontraría jamás.

Viernes

—¿Qué te ocurre Tris?

—Nada, es que esta isla es demasiado tranquila, me aburro un poco, me gusta la gente, el ruido...

—Mañana hay una fiesta blanca en uno de los complejos hoteleros, habrá música de todos los estilos y desde la zona VIP puedes ver a los Disc jockeys a solo unos metros. —dijo Duncan sonriendo.

—Suena genial, pero... tú lo pasarás fatal.

—Yo solo quiero hacerte feliz, además me tomaré algo para perder un poco la cabeza. —dijo Duncan con malicia.

—¿Y hoy qué vamos a hacer? Joe dice que va a montar una barbacoa en el jardín y temo que ese loco nos haga volar por los aires.

—Tranquila, cocina bien, te lo aseguro, y bueno, no nos vendrá mal un poco de tranquilidad, y tienes la piscina para perderte un poco cuando te canses de mi familia.

—Tu familia me cae bien, lo que ocurre es que... estoy harta de verte siempre tan preocupado.

—Trataré de relajarme. —dijo Duncan dándole un beso y tirando de ella hacia el jardín donde ya empezaba a oler a carbón.

Nada más salir, Duncan se quedó mirando la piscina, Tod con un bañador rosa que dañaba los ojos, estaba sentado sobre un sillón inflable, tomando un cóctel, se levantó sus gafas de sol y miró a Duncan.

—¿Qué miras? A ver si te creías que me iba a pasar todo el día metido en la cocina o siguiendo al personal. —gruñó Tod con voz altanera.

Tris soltó una carcajada, se quitó el pareo y se lanzó a la piscina.

—¡Niñaaa! No seas loca y no me mojes que este abuelo no está para sustos.

—¿Qué abuelo? Yo solo veo a un hombre muy apuesto. —replicó Tris con tono meloso mientras nadaba hacia Tod.

—Señorita, ¿le he dicho ya que la amo?

Tris soltó una carcajada y continuó nadando, Tod era muy divertido, en especial cuando Duncan no estaba, ante su presencia se mostraba más serio, se notaba que le preocupaba mucho el estado de su pupilo.

—¡Tú, agarra una cerveza y tráemela! Que tu culo de ricachón trabaje algo. —dijo Joe revisando el fuego y añadiendo más carbón.

Brenda salió con un tablet en la mano, revisando para variar una de sus operaciones. Joe la miró y frunció el ceño, ya estaba otra vez con el trabajo.

—Brenda, o apagas ese trasto o lo tiro a la piscina, hemos venido para joder las vacaciones a Duncan, no para trabajar.

Duncan miró a Joe, sorprendido, apretó los dientes y suspiró, lanzó la cerveza a Joe que la agarró a tiempo de evitar que se estrellara en su pecho.

—¡Joder Duncan! Era una broma.

—Joe, te odio.

—¡Venga ya! Si sabes que me amas, estás loco por mí.

—Loco por tirarte al mar, atado a un bloque de hormigón. —dijo Duncan con sarcasmo.

Brenda apagó el tablet y lo dejó sobre una mesita de cristal, corrió hasta Joe y le dio un beso, le tocó el culo y salió corriendo hacia la piscina, se despojó de su vestido y se lanzó al agua.

—¡Nada, que no me dejan! Hoy toca aguantar a los niños. —bufó Tod dando otro trago a su copa.

Joe conectó la radio y sintonizó una emisora que emitía música de discoteca. Brenda y Tris empezaron a bailar en la zona menos profunda de la piscina y Tod puso los ojos en blanco.

Duncan se sentó cerca de ellas, se quitó la camisa y se quedó en bañador, no le apetecía bañarse, por más que lo intentaba no estaba de humor. Sacó el móvil del bañador y mandó un mensaje al clan indicándole sus próximos movimientos.

Joe fue acercando a una mesa el solomillo de ternera que había estado preparando al fuego, una chica apareció de la nada y empezó a vestir la mesa, trajo copas, cubiertos, platos y Joe se limitó a mirarla con fastidio. Su idea era algo informal, filetear la carne y unos cuantos platos, nada de comer “estilo

ricachón”.

Duncan se acercó a Joe y miró la carne con satisfacción, el paleta sabía darle su punto, eso estaba claro.

—Estoy deseando probar esa carne. —dijo Duncan sonriendo.

Joe le pasó el brazo por encima del hombro y le dio un pequeño estrujón.

—Te va a encantar, está aliñado al estilo secreto de Morgan.

—¿Secreto?

—Sí, le robé la receta a un amigo cocinero, el muy imbécil se negaba a explicarme cómo preparaba la carne. Un día me colé por una ventana de su casa, agarré su cuaderno de cocina y copié la receta. El muy bruto me sacó a tiros de su casa, suerte que la cargaba con sal.

Duncan lo miró, ¿en serio estaba así de loco? Meneó la cabeza negativamente y dio un respingo al sentir algo muy frío contra su espalda.

—¿De qué habláis? —preguntó Tris abrazada a la espalda de Duncan.

—Hablábamos pestes de vosotras. —respondió Joe con seriedad.

—Joe, te voy a arrancar el flequillo, no me busques que me encuentras. —amenazó Tris.

—¡Joder! Tu novia me da casi más miedo que tu prima.

Duncan sonrió y se apartó de ellos, buscó una toalla y cubrió los hombros de Tris, hacía calor, pero aun así deseaba secarla, le preocupaba los cambios de temperatura. Tris se giró y lo besó, para él era tan agradable sentir su cuerpo húmedo, sus labios sedosos... tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para continuar secándola y no llevársela a la cama.

Al medio día, todos se acostaron un rato y por la tarde, Joe preparó otra de sus recetas en colaboración con Tod. Todo empezaba a reducirse a llevar vida de bebé, comer y dormir.

Por la noche, Duncan tiró de Tris fuera de la mansión, los dos tomaron uno de los caminos de losas que conducían a uno de los extremos de la playa. En cuanto llegaron, Branson los esperaba a los mandos de uno de los helicópteros, no parecía de humor.

—¿A dónde vamos? —preguntó Tris.

—Vamos a llevar a Branson a Puerto Rico, le he obligado a tomarse el día libre hasta mañana por la noche. No le ha gustado la idea, pero cuando esté de marcha, se le pasará. También quiero enseñarte algo a nuestro regreso.

—¿El qué?

—Si te lo digo no tendría gracia.

Los dos subieron al helicóptero y en cuanto Duncan abrochó el cinturón a Tris y el suyo propio, Branson levantó el aparato y lo guió en el aire, ladeando el morro en dirección contraria a la isla.

—Branson, estaremos bien, relájate un poquito y pásalo bien. —dijo Tris con tono dulce.

—Lo intentaré, Tris, tú cuida de este idiota irresponsable en mi ausencia. —dijo Branson.

Duncan miraba por la ventanilla, ausente para variar, le preocupaba lo que el clan fuera a hacer para protegerlos, no era un hombre temeroso, pero tampoco le agradaba matar, aunque se tratara de seres despreciables.

Capítulo 13

En poco más de diez minutos, aterrizaron en un helipuerto de un complejo hotelero, Branson le dio una cachetada en la cara a Duncan y acarició la mejilla de Tris.

—Bueno, a ver qué puede ofrecerme este país. —dijo Branson alejándose de ellos mientras se quitaba la chaqueta y se desabrochaba los botones de la camisa.

—¿Preparada? —dijo Duncan con ojos ilusionados.

—Sí, pero... ¿quién nos va a llevar de vuelta?

—Te recuerdo que soy piloto.

Duncan tiró de ella hasta el helicóptero, la ayudó a sentarse en el asiento del copiloto y bordeó el morro para ocupar su asiento, colocó unos auriculares a Tris y luego se ajustó él los suyos. Realizó unas comprobaciones e informó por radio a la torre de control más cercana, luego tiró de los mandos y alzó el vuelo. Tris sonrió al verlo pilotar, su superhombre, capaz de todo, no le impresionaba su dinero, le impresionaba su habilidad, su calma en los momentos difíciles y que la tratara como si fuera una de esas princesitas caprichosas de los cuentos.

—Mañana, sobre las nueve, iremos a la fiesta de la que te hablé. Allí nos esperará Branson, te va a encantar.

—¿Por qué la llaman fiesta blanca?

—Todos los asistentes deben vestir con prendas blancas.

El resto del camino, los dos guardaron silencio, Duncan concentrado en el vuelo y ella pensando las cosas que planeaba hacerle esa noche.

—Estamos llegando, ¿qué querías enseñarme?

Duncan frenó la marcha y mantuvo el helicóptero estático en el aire, frente a su isla, desde allí se podía ver la mansión y algo más.

—Mira la isla. —ordenó Duncan con dulzura.

Tris al principio no vio nada, pero poco a poco lo vio, las farolas, el resto de iluminación de la isla, la mansión, en conjunto formaban un corazón blanquecino y en el centro se podía leer dos nombres, Duncan y Tris.

—¡Aterriza! —ordenó Tris con seriedad y firmeza.

—¿No te ha gustado? —preguntó Duncan preocupado.

—¡Aterriza!

Duncan posó el helicóptero junto al resto de aeronaves, detuvo el rotor y bajó de él, lo bordeó y ayudó a Tris con los anclajes del cinturón, ella se quitó los auriculares y los lanzó al asiento contiguo, luego, en cuanto quedó liberada, saltó sobre Duncan, haciéndolo caer sobre la arena. Lo besó con ansiedad, lo deseaba con todas sus fuerzas, su hombre imperfecto y perfecto a la vez. ¿Cómo alguien tan frío podía cambiar de esa forma?

—Veo que sí te ha gustado.

—Te quiero Duncan, no te haces una idea de lo que te quiero.

Duncan la besó, la tomó en brazos y caminó hacia la mansión bajo la atenta mirada de sus guardias.

Sábado noche

Ford se alegró al ver llegar a Branson, varios escoltas se quedaron custodiando los dos helicópteros y el resto siguieron al pequeño grupo.

El complejo hotelero estaba muy animado, se podía escuchar la música dance de fondo. Entraron por una puerta de servicio y cruzaron la cocina hasta llegar a un pasillo muy largo que los llevó hasta un ascensor, y de ahí a la segunda planta donde les esperaba la zona VIP. Tris se quedó mirando aquella terraza llena de gente que bebía y reía al son de la música. Corrió hasta la barandilla y se quedó mirando al DJ que pinchaba música, llevaba una camiseta con un nombre escrito, “BassHunter”. Duncan la tomó entre sus brazos y la besó en la nuca, ella ya empezaba a moverse al ritmo de la música, aunque de forma muy sexy.

—Nena, no te muevas así o...

—Te voy a calentar a fuego lento y luego te daré el premio.

Tras ellos, Brenda reñía a Joe que ya empezaba a dar su numerito de baile. Duncan y Tris los miraron y se rieron, Brenda los miró y acabó riéndose también. Joe lo interpretó como que le daban carta blanca y corrió hacia la barandilla, levantó los brazos y empezó a bailar como un loco, estaba en su salsa.

Pasaron las horas y el alcohol empezaba a perjudicar las mentes, cócteles, cerveza y otros combinados minaron la razón de Joe, Brenda y Tris, pero no a Duncan, que se limitaba a ir derramando el contenido de su copa en una maceta cercana a su asiento. Necesitaba estar alerta, usar todo lo aprendido en

Japón y proteger a Tris.

En una azotea del complejo, un tipo alto y corpulento, montaba un rifle de francotirador, colocó las guías en el suelo y ajustó el arma sobre él, se tumbó, miró por la mirilla y buscó su objetivo, municionó el arma y enfocó bien la mirilla telescópica, reguló distancia y altura y se preparó. Podía ver a Tris bailando al lado de un tipo alto y corpulento, apuntó al hombro de la chica. Tal y como le ordenaron, causar una herida de gravedad, pero no mortal. Introdujo el dedo en el gatillo y se preparó para disparar, su dedo se tensó, incapaz de asir el gatillo, la sangre resbalaba por sus labios y sus ojos acabaron cerrándose para no volver a abrirse jamás. Tras él, un hombre ataviado con ropas oscuras al más puro estilo ninja, retiraba su espada de la espalda de aquel desgraciado. Sacó un pañuelo y la limpió con cuidado antes de envainarla a su espalda, junto a la otra katana. Apartó el cadáver y se tumbó junto al rifle, miró por la mirilla y apretó los labios. Por unos segundos se quedó mirando hacia la zona en que Duncan y sus amigos parecían estar pasándolo bien, luego se levantó y desapareció saltando de tejado en tejado hasta acabar perdiéndose en la oscuridad.

Duncan se puso tenso, miró en todas direcciones como si presagiara algo malo, pero no encontró ningún indicio que corroborara su malestar. Miró el reloj, las cuatro de la madrugada, ya era suficiente. Con cuidado, cogió a Tris de la cintura y miró a Brenda.

—Chicos, es hora de irnos. Mis hombres también tienen derecho a descansar.

Branson y Ford miraron a Duncan, sabían lo que significaba esa expresión en su rostro, presentía algo malo.

Joe cogió de la mano a Brenda y todos emprendieron el camino de regreso. Branson suspiró aliviado por poder alejarse del gentío, donde era extremadamente difícil poder protegerlos.

New York

—Señor, el tirador ha sido abatido.

—¿Duncan?

—No, alguien le atravesó la espalda con un cuchillo o algo similar.

—El domingo por la noche enviad el mensaje y regresad.

—Sí señor.

Brad apoyó la cabeza contra el cristal, todo se complicaba y su plan empezaba a escapársele de las manos. ¿Quién habría matado a su hombre?

Domingo por la mañana

—Joe, ¿no querías pescar? —preguntó Duncan.

—Sí, pero no tenemos cañas, ni cebo, ¿no?

—Las trajeron esta mañana, podemos salir hasta la hora de almorzar.

—Se lo diré a las chicas, están en la piscina cotorreando. —dijo Joe nervioso ante la idea de salir de pesca.

Duncan se quedó mirando como Joe corría por el jardín, su móvil vibró y se apresuró a mirar la pantalla.

“Ayer un francotirador se preparaba para atentarse contra vosotros, lo eliminamos.”

Duncan sintió como todo su cuerpo se tensaba, no podía creer que la noche anterior, alguno de sus seres queridos o él pudiera haber muerto, de no ser por el clan... No cometería más errores, nada de exponerse y se acabó vivir esperando, ahora sería él quien los buscaría y no dudaría en acabar con ellos.

Joe regresó con las chicas y los cuatro acompañados de Branson, Ford y sus hombres caminaron hasta el embarcadero.

Duncan se alejó un poco del grupo y se acercó a Branson y a Ford.

—No me preguntéis cómo lo sé, pero ayer un francotirador se preparaba para abrir fuego contra nosotros.

Branson se llevó las manos a la frente y mostró los dientes, estaba furioso, sabía que salir en público era mala idea. Ford se mostró más calmado, de nada servía añadir más tensión.

—¿Qué ha sido de él? —preguntó Ford.

—Digamos que ya no debe preocuparnos, pero no debía estar solo. Hoy saldremos a pescar y esa será nuestra última salida de la isla hasta que regresemos.

—Te lo avisé. —gruñó Branson tratando de no gritar para no llamar la atención de las chicas.

—Lo sé, lo siento. —dijo Duncan bajando la mirada, dolido y hundido.

Branson lo agarró del cuello y apoyó su frente contra la de él.

—Acabaremos con esa escoria, que te quede claro, pero debes hacerme caso. —dijo Branson.

Duncan se apartó, le dio una palmada en el hombro y caminó hacia la pasarela del yate.

Ahora tocaba actuar como si no pasara nada, pero... ¿cómo hacer eso cuando las personas que más le importaban podían haber muerto por culpa

suya?

Se sentó junto a Tris que le alargó una cerveza, se recostó en el sillón y se quedó mirándola. Joe contaba anécdotas sobre su vida en Morgan, Brenda hablaba a Tris sobre su boda y la invitaba a ir a visitarlas y presentarle a su hija y a sus padres. Él los contemplaba, como si de una película antigua se tratara, vivían ajenos al peligro, eran felices en la ignorancia.

—Duncan, preparemos las cañas, quiero enseñarles a las chicas como pesca un machote.

—¿Machote? Paleta, la última vez que fui de pesca contigo yo saqué el pez más grande. —dijo Brenda sonriendo.

—¿En serio? —preguntó Tris sorprendida.

—Sí, no veas qué rebote pilló el machote.

Duncan ayudó a Joe a preparar las cañas, las cebaron y tiraron el anzuelo al mar, luego las dejaron sujetas en los anclajes especiales con los que venía equipado el yate.

—Ahora toca esperar. —anunció Joe sonriendo.

Duncan dio un trago a su cerveza y trató de sonreír al ver que Tris se acercaba a él.

—Necesito mimos. —dijo Tris haciendo pucheritos.

—Pues has venido al sitio indicado. —respondió Duncan abrazándola y dándole un beso.

—¡Por favor, chicos! Usad un camarote. —gruñó Joe—. ¡Bruja, tráeme una cerveza!

Brenda agarró una cerveza y se la lanzó al pecho, Joe la cogió justo a tiempo de evitar el impacto, le guiñó un ojo y le lanzó un beso.

—Paleta borrico, te voy a quitar la manía de llamarme bruja.

—Claro, cuando tú dejes de llamarme paleta.

Duncan negó con la cabeza y Tris lo miró confundida.

—Es un rollo de ellos, se pasan el día llamándose bruja y paleta, son así de tontos.

—¡Oyeeee, que te he escuchado! —gritó Brenda.

Duncan suspiró y usó a Tris como escudo para evitar los ataques de Brenda, Tris soltó una carcajada y Joe dio un respingo al ver que el sedal de su caña se tensaba.

—¡Chicooooos! ¡El machote ha pescado algo!

—Será una bota. —dijo Brenda con tono despectivo y Joe la fulminó con la

mirada.

—Una bota no se revuelve. —agarró la caña y empezó a recoger el sedal, no tardó en ver como un pez enorme se retorció sobre la superficie del agua y tiró de él hasta dejarlo sobre la cubierta—. ¡Es enorme! Es un...

—Una cría de tiburón punta negra. —informó Duncan.

Tris y Brenda salieron corriendo, se resbalaron y dieron con el culo en la cubierta, se ayudaron entre ellas para levantarse y continuaron su huida.

Joe miró el animal, con fastidio, no era esa especie la que tenía en mente pescar. Se arrodilló y con cuidado le retiró el anzuelo de la boca, lo agarró como pudo y lo dejó caer al mar.

—Es su día de suerte, creo que mejor dejamos la pesca, con la emoción me ha dado hambre. —dijo Joe.

—Me parece bien, ve a buscar a esas locas y diles que ya ha pasado el inmenso peligro.

Joe fue a buscarlas y Duncan retiró su caña y recogió el sedal, no tenía ganas de acabar pescando otro tiburón.

Capítulo 14

Un vez en la mansión, después de almorzar, Brenda y Joe se retiraron a su dormitorio para descansar un poco. Duncan acompañó a Tris hasta las hamacas de la piscina, se tumbó en una y ella se acurrucó sobre su cuerpo.

—Me gusta verte lejos de tu mundo, con ropa informal y con tu familia.

—Soy un tipo más normal de lo que parezco, reservado, sí, pero normal y corriente, el resto solo son apariencias.

—¿Podrías vivir sin tu dinero?

—Sí, cuando estuve en Japón lo hice y eso me cambió la vida.

—Ya lo veo, todo el mundo tiene una isla privada, mansión y varios helicópteros.

—Los helicópteros son alquilados.

—¡AAAhh, perdonaaaaaa! Como alquilarlos es tan barato. —replicó Tris con malicia.

—Te lo digo en serio, renunciaría a todo por ti, de hecho, no dejo de darle vueltas a algo.

—¿El qué?

—Vender mi compañía y retirarme contigo a un lugar tranquilo.

Tris lo besó y acarició su pecho con la mano, nunca le pediría eso, ese era su mundo y en el fondo le divertía hacer negocios, su pequeño juego de poder.

La radio de la piscina no dejaba de emitir canciones de Elvis y Tris empezaba a quedarse dormida, no podía estar más a gusto.

Duncan le acarició el pelo hasta que ella se quedó dormida, la idea de abandonarlo todo y centrarse solo en ella, le apasionaba, pero no podría hacerlo mientras no acabara con esa gente. Sacó el móvil del bolsillo del bañador y tecleó un mensaje.

“Estoy listo, ¿qué debo hacer?”

La respuesta no se hizo esperar.

“Esperar, cuando llegue el momento deberás hacer sacrificios personales”

¿Sacrificios personales? ¿Qué querían decir? Guardó el móvil en el bolsillo y besó a Tris en la cabeza.

Brenda los observaba desde la ventana de su cuarto, parecía mentira, su primo no dejaba de dar mimos a su chica. Duncan podía ser muy frío, pero siempre estaba ahí, protegiéndola, queriéndola, estaba con Joe gracias a él. Joe la abrazó y miró por la ventana.

—No seas cotilla y déjalos en paz, ya le tocaba ser feliz.

Brenda se giró, besó a Joe, lo tomó de la mano y lo llevó hasta la cama donde pensaba darle su recompensa.

Por la noche, los cuatro estaban cenando en una de las terrazas, Tod se había esmerado con la selección de carnes, salsas y postres exóticos. Joe se levantó de la mesa, caminó hacia uno de los sillones y se dejó caer con pesadez, estaba lleno. Brenda apuró su copa y corrió a sentarse en las rodillas de su marido. Duncan tomó de la mano a Tris y los dos se acercaron a la barandilla de piedra, desde allí se podía ver el océano, el embarcadero y el yate.

—Me lo estoy pasando muy bien, nunca pensé que pudieras ser tan divertido. —dijo Tris sonriendo.

—Soy muy divertido, pero no por ello te creas que me vas llenar la casa de cuadros de perritos, ropa informal y comida basura.

—Eso ya lo veremos. —contestó Tris retándolo.

Una explosión hizo vibrar la mansión, todos los guardias corrieron hacia la zona del embarcadero, Joe se giró y miró hacia el yate sin dejar de abrazar a Brenda que parecía aterrorizada. Tris se quedó paralizada, el yate había saltado por los aires y sus restos ahora estaban cubiertos por las llamas. ¿Habrían sido los secuestradores de Duncan?

Duncan se quedó mirando los restos del yate, la frialdad cubrió su alma, sacó su móvil, envió un mensaje y lo volvió a guardar en el bolsillo. Branson entró en la azotea para asegurarse de que se encontraban bien. Duncan caminó hacia él, se paró a su lado y le susurró al oído.

—A primera hora de la mañana quiero un equipo de buceadores revisando los restos del yate. Ahora llama a Ford que se deje ver caminando hacia el yate y que regrese dentro de una hora, suba hasta aquí y diga que la explosión se ha debido a un problema técnico con uno de los depósitos de gas.

Branson asintió con la cabeza, sacó su móvil y desapareció en el interior de la mansión.

Una hora más tarde, después de que Ford contara el motivo de la explosión, Tris se relajó un poco, pero Joe y Brenda no.

—Y pensar que esta mañana estuvimos dando una vuelta en él, pudimos haber muerto. —dijo Brenda asustada.

—Lo que importa es que estamos bien, lo mejor es no pensar más en ello. —dijo Joe cargando con Brenda al hombro, le dio un azote en el culo y Brenda chilló divertida—. Chicos me voy al dormitorio, quiero hacerle olvidar a mi chica todo esto. —dijo Joe guiñándoles un ojo.

Tris se abrazó a Duncan y suspiró aliviada, pese a todo, saber que fue un accidente le tranquilizaba.

—Me alegro de que haya sido un accidente y no esos malnacidos.

Duncan acarició su espalda, la besó y se quedó mirando el yate, sus ojos se oscurecieron y el deseo de venganza lo embargó.

El lunes y el martes transcurrieron sin incidentes, Joe trataba de animar y calmar el ambiente. Brenda seguía con los nervios de punta por la explosión del yate y Tris notaba que Duncan estaba cambiando, una vez más su personalidad fría salía a la luz.

—Mañana por la mañana regresamos, han sido unas vacaciones moviditas, pero me lo he pasado bien y tu familia me cae genial. —dijo Tris metiendo su ropa en la maleta.

—Otros pueden hacer eso. —dijo Duncan mirando la maleta de Tris.

—Lo sé, pero me gusta hacerlo yo misma, no quiero convertirme en una ricachona, manitas rotas, me gusta hacer cosas.

—Tú nunca serás como esas mujeres florero, no es tu carácter. Brenda me dijo que no podía haber elegido mejor y Joe dice que eres fantástica.

—Lo sé, soy genial. —dijo Tris sonriendo divertida.

—Eres una creída.

—Eso también.

Duncan salió a la terraza del dormitorio y se apoyó en la barandilla, los buzos habían confirmado que el yate explotó por la acción de varias cargas explosivas. Miró el embarcadero vacío, había pagado un remolcador para que se llevaran los restos del yate, no deseaba tener ese recordatorio de su incapacidad para proteger a su familia.

—Duncan, espero que cuando regresemos te sientas mejor.

—¿Por qué dices eso?

—No soy tonta, sé que estas vacaciones son para callar a Brenda y para complacerme a mí. Tienes miedo de que esa gente nos haga daño, por eso no disfrutas lo más mínimo, hagamos lo que hagamos.

Duncan abrazó a Tris y recordó las palabras del clan, “Sacrificios personales”.

El miércoles, todos tenían en mayor o menor grado la típica depresión postvacacional. Joe se sentó en uno de los sillones de la parte VIP del avión y Brenda ocupó el asiento de al lado. Duncan revisó una información que Branson acababa de pasarle y Tris se dejó caer en uno de los sillones, pronto despegarían y regresarían a la normalidad, al menos eso se podía aplicar a Joe y Brenda. Ellos deberían seguir esclavos del miedo y privados de toda intimidad.

Una hora más tarde, Joe tarareaba una vieja canción country, tamborileaba con los dedos sobre el reposamanos y de vez en cuando miraba por la ventanilla. Brenda leía un libro sobre viajes, estaba muy preocupada y no terminaba de creer que el yate hubiera explotado de forma accidental, Duncan estaba demasiado tenso y no era un hombre que acostumbrara a demostrar debilidad.

Tris se estiró en el sillón y se quedó dormida. Duncan la miraba, haría cualquier cosa por ella, cualquiera... pero temía que el clan le pidiera algo imposible de soportar.

New York

Brad miraba los planos del edificio donde su hijo tenía la sede de la compañía, examinó las salidas y las entradas, los sistemas de vigilancia, pronto actuarían.

Por la noche, Joe dio un abrazo a Duncan y otro más fuerte a Tris.

—Me ha encantado conocerte, pequeñaja.

—¡Oye, que te arreo una torta! —protestó Tris.

Brenda besó a Duncan en la mejilla, abrazó a Tris y se quedó mirándola con dulzura.

—Cuida de tu estirado y tenedme informada de cualquier avance en la captura de esos bastardos. —dijo Brenda y acto seguido la besó en la mejilla y cogida de la mano de Joe se alejaron de ellos, abandonando la sala VIP del aeropuerto de New York.

Tris se quedó mirando como se alejaban, cuando cruzaron la puerta de la sala, sintió un extraño vacío y un mal presentimiento, como si no fuera a volver a verlos más, como si su vida estuviera a punto de dar un cambio drástico.

Capítulo 15

El camino de regreso al apartamento quedó ensombrecido, no solo por ser de noche, llovía torrencialmente y Duncan a pesar de tenerla entre sus brazos, permanecía distante. Ojalá se acabara ya esa pesadilla y el FBI cazara a esos delincuentes, los dos podrían relajarse, retomar sus vidas y avanzar en su relación.

—Mañana debo viajar a Pensilvania por negocios, si quieres hablaré con Denis y le diré que te tomarás unos días libres. —dijo Duncan acariciándole el pelo.

—No, prefiero ir a trabajar, así no te echaré tanto de menos.

—¿Insinúas que trabajar provoca que te olvides de mí?

—No, tonto, pero me distraigo y no se me hace tan difícil aguantar que no estés a mi lado.

—Eso me gusta más, además voy en el jet, saldré a primera hora de la mañana y estaré de vuelta por la noche.

Tris se incorporó y lo besó, le alegró saber que no estaría sola mucho tiempo.

Ford se detuvo frente a la puerta de los ascensores y dejó que Ted se encargara de la limusina. Branson abrió el camino y pulsó el botón de llamada, estaba deseando llegar al apartamento y descansar un poco.

Duncan cogió la mano de Tris y la miró con ternura, no le agradaba separarse de ella ni un minuto, si por él fuera colocaría su mesa en su despacho para poder verla a todas horas.

—¿En qué piensas? —preguntó Tris.

—En ti, aun estando a tu lado, sigues siendo mi primer pensamiento.

—¡Por favor! —gruñó Branson.

Ford sonrió y se cruzó de brazos, demasiado amor en el ambiente, si su compañero respiraba más romanticismo, acabaría cagando corazones.

Duncan y Tris sonrieron ante la reacción de Branson, desde luego, aquel tipo duro no estaba hecho para el amor, pero ya le tocaría a él.

Después de una larga ducha, los dos se tumbaron en la cama. Tris se quedó

dormida nada más caer en ella y Duncan se quedó mirándola, agarró el móvil y envió un mensaje para informar de su viaje. Tenía un mal presentimiento, pero llevaba meses aplazando ese viaje y no podía dejarlo para más adelante. Cerró los ojos y se acurrucó junto a Tris, que nada más sentir su cuerpo, se abrazó a él.

—Te quiero Tris. —susurró Duncan consciente de que ella no le escuchaba.

El jueves por la tarde, después de almorzar en la oficina con Martina y Ford, Tris los dejó un rato solos, aunque eso no significaba que ella quedara libre de vigilancia, dos escoltas la seguirían a todos los sitios y no la dejarían ni a sol ni a sombra. Se sentó en su cubículo y miró el móvil, ¡mierdaaaaa! Se le había olvidado el móvil y Duncan la había llamado, marcó su número, pero saltaba el contestador, debía haber entrado otra vez en la reunión. Estaba tan rabiosa que agarró un lápiz y lo mordió, eso o morder la mesa. Suspiró e intentó relajarse un poco. Sonó su teléfono fijo, debía ser Denis.

—Tris, la nueva web será lanzada al mercado esta noche, saldrá en todos los canales de televisión, felicidades, has hecho un gran trabajo.

—Gracias Denis. —respondió Tris tímidamente y colgó. Miró la pantalla de su ordenador y revisó su correo, nada pendiente, el nuevo proyecto sería sobre una de las empresas auxiliares de Duncan, pero aún no había nada claro, por el momento no tenía nada que hacer y de seguro, su noviete habría tenido algo que ver en eso, una indirecta para que se tomara unos días libres.

Martina regresó a su puesto y Ford se sentó en su silla en el pasillo, sacó su móvil y empezó a mirar las noticias por entretenerse.

Tris apoyó los codos en la mesa y dejó caer su cabeza entre sus manos, no quería irse a casa. Quería trabajar y sentirse útil, pero Duncan seguía obsesionado con tenerla presa en el apartamento.

Por la noche, Tris entró en la limusina, Ford se sentaba a su lado en ausencia de Duncan, Ted conducía y otro escolta lo acompañaba, siempre seguidos por dos escoltas motorizados. Se disponían a cruzar una de las calles del aparcamiento, para acto seguido, tomar un desvío hacia la rampa de salida cuando encontraron que una furgoneta bloqueaba el camino. Ted intentó dar marcha atrás y llevar a Tris hasta la zona de ascensores, pero sintió un fuerte impacto en la parte trasera de la limusina, miró por el retrovisor y vio como otra furgoneta le cerraba la única salida posible. Las puertas de las furgonetas se abrieron y unos doce hombres fuertemente armados con ak 47 abrieron fuego contra los dos motoristas que cayeron al suelo abatidos y sus motos

acabaron resbalando por el suelo, cubriéndolo de chispas. Ted intentó salir de la limusina, pero recibió un tiro en el pecho y cayó al suelo. Ford abrió la puerta de la limusina y disparó a dos de los atacantes, el otro escolta consiguió acertar a uno más, pero recibió un disparo en el estómago y no tardó en caer contra el capó de la limusina. Ford tenía pocas opciones de sacar a Tris de allí ilesa, miró a aquellos tipos y tragó saliva, no podría protegerla y lo más probable es que no volviera a ver nunca más a Martina.

—¡Entrégnosla y os perdonaremos la vida! —dijo uno de los tipos.

Ford apuntaba de un lado a otro, estaba rodeado, pero vendería cara su vida, si querían a Tris, antes tendrían que matarlo.

Tris estaba aterrorizada, las lágrimas ya cubrían su rostro, sacó el móvil y llamó a Duncan que esa vez sí le cogió el teléfono.

—Tris.

—Duncan, estamos en el aparcamiento de la compañía, nos están disparando, creo que han matado a todos los escoltas, solo veo a Ford y son muchos.

—Tranquilízate, ya estoy en camino, no ofrezcáis resistencia, solo quieren dinero.

—Tengo miedo. —susurró Tris entre llantos.

Duncan agarró el reposamanos del asiento del jet y casi lo arranca, se sentía impotente, ojalá estuviera allí con ella.

—¡Aaaaaah! —chilló Tris al ver a Ford caer al suelo y herido, podía ver como la sangre resbalaba por su cuerpo y empezaba a cubrir el suelo.

—¿Qué ocurre Tris?

—Han herido a Ford, está en el suelo.

—¡Tris!

—Si quieres volver a ver a tu chica de una pieza, seguirás las instrucciones que te demos y no se te ocurra llamar a la policía o la mataremos, pero antes haré que mis hombres la disfruten. —contestó una voz rasposa y desagradable desde el móvil de Tris.

—Escúchame hijo de puta, ¿queréis dinero? Os lo daré, tócala y os mataré a todos.

—Palabras.

El secuestrador dejó caer el móvil al suelo y lo pisó con fuerza, miró hacia la derecha, alertado por unos disparos y se quedó mudo al ver a un tipo vestido de negro sobre el techo de una de las furgonetas. ¿Un ninja? ¿en serio?

Varios de sus hombres abrieron fuego contra él, pero el traje debía estar hecho con algún tipo de kevlar porque las balas resbalaban. Desenvainó sus dos katanas y saltó hacia atrás, perdiéndose tras la furgoneta.

—¡Matadlo! ¡metedla en la furgoneta y larguémonos de aquí! —ordenó con voz ronca y nerviosa.

La primera furgoneta abrió la marcha, pero cuando se disponía a subir la rampa, el ninja estaba parado justo en medio de ella, lanzó dos cuchillos que atravesaron la luna delantera y mataron al conductor. Rodó por la rampa y lanzó otros dos cuchillos que se clavaron en las ruedas delanteras, provocando que estas se desinflaran ruidosamente y la furgoneta quedara parada, bloqueando la única salida. Corrió hacia el vehículo, saltó al capó y lanzó varias shuriken (estrellas ninja) contra sus ocupantes que apenas si tuvieron tiempo de acertar algún que otro disparo que no llegó ni a rozar a su enemigo. La otra furgoneta se quedó parada a una distancia prudencial, dio marcha atrás e intentó retroceder hasta la zona de ascensores. Varios hombres dispararon contra el ninja que dio un salto hacia atrás y desapareció entre los coches, para segundos después reaparecer tras ellos y atravesarlos con sus espadas. El líder de los secuestradores bajó de la furgoneta tirando de Tris que lloraba con desesperación. El resto de sus hombres lo seguían de cerca, todos corrieron hacia los ascensores. El tipo de la furgoneta miró con furia al ninja y aceleró con intención de atropellarle. El ninja se quedó quieto, ladeó la cabeza y esperó a que la furgoneta se aproximara. Cuando la distancia fue la adecuada, dio un giro muy pronunciado sobre sí mismo, saltó sobre el capó de la furgoneta y atravesó el cristal y el pecho del conductor con su espada. El ninja saltó al suelo y corrió hacia los ascensores, tras él se escuchó un fuerte golpe, la furgoneta debía haber chocado contra uno de los coches aparcados.

Envainó las katanas y preparó sus cuchillos lastrados, en cuanto llegó a la puerta de la sala de ascensores, vio a los secuestradores. Uno de ellos pulsaba desesperadamente el botón de llamada, pero las puertas del ascensor no se abrían, ni se abrirían porque él había bloqueado los ascensores. Varios tipos abrieron fuego sobre él, no lo matarían a no ser que le acertaran entre los ojos, pero los impactos eran muy dolorosos. El espacio era demasiado reducido para usar las espadas, así que lanzó sus cuchillos contra dos tipos, sacó un puñado de estrellas y saltó hacia la derecha, cayendo rodando por el suelo, a la vez que lanzaba cada una de las estrellas hacia la cabeza de sus oponentes.

Ahora solo quedaba uno, el tipo que retenía a la chica.

—¡Si te acercas, la mato! —gritó el tipo con voz temblorosa, apuntando con su pistola a la cabeza de Tris.

El ninja desenvainó una de sus espadas, apuntó con ella al tipo y con un movimiento rápido introdujo la hoja de la espada por debajo de la pistola, levantó la espada hacia arriba, alejando así la pistola de la cabeza de la chica y acto seguido, con un giro la clavó justo bajo la axila del tipo, que lo miró con los ojos muy abiertos. El ninja sacó la espada y la clavó en su corazón, no habría compasión.

Sacó un pequeño mando y desbloqueó el sistema informático de los ascensores. Las puertas de estos no tardaron en abrirse y Tris entró dentro de uno de ellos, estaba aterrorizada. El ninja se quedó mirándola con ojos inexpresivos, por alguna razón sus ojos le recordaron a los de Duncan, pero eso era imposible, él estaba en esos momentos volando hacia allí.

Las puertas del ascensor se cerraron, pulsó nerviosa el botón de la planta donde estaba la sede de la compañía y en cuanto llegó a esta, caminó unos pocos pasos hasta la recepción y cayó al suelo desmayada.

Capítulo 16

Tris abrió los ojos, estaba tumbada en el sillón de un despacho, Martina le acariciaba el pelo, nerviosa, tenía el rímel corrido por las lágrimas, recordó lo que había pasado.

—¿Y Ford y los otros chicos? —preguntó Tris aturdida.

—Ford y Ted están en el hospital, los otros escoltas han muerto.

Tris tragó saliva, esas personas estaban heridas o muertas por su culpa, era una dura carga que no estaba segura de poder aguantar.

—Estoy bien, márchate al hospital, Ford te necesita.

—Está Tod con él, lo están operando y me tiene al tanto de todo. No voy a dejarte aquí sola y ha llamado Duncan, no quiere que salgas de la oficina, han llegado diez escoltas y la policía ha tomado el edificio.

Tris cerró los ojos, no estaba herida, pero sí deshecha, perdió el conocimiento de nuevo y Martina suspiró.

Duncan estaba fuera de sí, no tenía que haber viajado, ahora Tris y sus hombres estaban...

—No podías hacer nada, de haber estado, a estas alturas estarías muerto. —gruñó Branson.

—¡Me da igual! Tris es mi responsabilidad, de haber estado, habría notado en seguida que algo iba mal, quizás las cosas hubieran resultado de otra manera.

—Por supuesto, habrías sacado tu capa y con tu fuerza sobrenatural habrías acabado con todos. ¡Basta ya! ¿Crees que no me siento mal? Ford y mis chicos están heridos o muertos, yo los contraté, conozco sus vidas, a sus familias...

—Lo siento Branson... —dijo Duncan abatido, todas esas muertes ocurrieron por su culpa, si se hubiera dejado secuestrar, nada de eso habría pasado.

Tris abrió los ojos, era de noche, estaba débil, pero no pasaría más tiempo en ese sillón. Se quedó mirando sorprendida la estancia en la que se encontraba, ¿qué hacía en el dormitorio de Duncan?

Llevaba puesto un camisón negro, ¿quién la habría cambiado de ropa? Se

levantó de la cama y caminó hasta la puerta que justo en ese momento se abrió. Duncan la miró con ojos cargados de culpa, la abrazó y ella no pudo más, empezó a llorar desconsoladamente. Él se limitó a abrazarla y guardar silencio, su garganta estaba tensa, las palabras no fluían, el dolor sí.

—Lo siento Tris.

—No es culpa tuya, esos bastardos... no nos dejan vivir.

—Debí estar contigo.

—Te habrían matado o herido y yo no hubiera podido soportarlo. Ven conmigo a la cama. —pidió Tris con voz susurrante.

Duncan se tumbó a su lado, la abrazó y le acarició el pelo, sus ojos se encontraron y él pudo ver su tristeza, su dolor y como su alma volvía a oscurecerse. Acabaría con esa gente, no tendría piedad.

El viernes por la mañana, Duncan y Tris visitaron a Ford y a Ted, había pagado al hospital para que los dos estuvieran en la misma habitación y ordenó a uno de sus hombres que permaneciera a su lado por si necesitaban algo. No temía que los atacaran, pero no quería que estuvieran solos.

Ted evolucionaba bien, en cuanto las heridas mejorasen y no necesitara los drenajes, le darían el alta para que se marchara a casa. Ford presentaba una herida de bala en el hombro y otra a escasos centímetros del corazón, estaba vivo de milagro.

Tris se acercó a Ted y le dio un beso en la mejilla, estaba sedado y dormía plácidamente. Bordeó la cama y acarició la cara de Ford, su escolta favorito. No pudo reprimir las lágrimas, Ford abrió los ojos y le cogió la mano.

—Tranquila, estoy bien. —dijo Ford con su acostumbrado tono tranquilo y dulce—. ¿Me harías un favor?

Tris asintió con la cabeza.

—Dile a Martina que no venga a verme, no quiero que me vea así, es muy asustona.

—No creo que pueda evitarlo, aparte de asustona tiene un genio del carajo.

—¡Vaya! Tenéis algo en común.

—¡Oyeeee! Te libras porque estás malito.

Ford sonrió, cerró los ojos y se quedó dormido debido a la fuerte medicación que le administraban a través de una vía.

Duncan la tomó del brazo y tiró suavemente de ella, era mejor dejarlos descansar. Los dos salieron de la habitación y uno de los escoltas se apostó en la puerta.

Branson y tres hombres los seguían de cerca, tomaron el ascensor hasta el parking y nada más bajar, los recibieron cinco hombres que los acompañaron hasta la limusina. La seguridad era alarmante, Duncan no estaba dispuesto a correr ningún riesgo.

Branson se puso al volante y Duncan y Tris ocuparon sus asientos. Los coches y motoristas de apoyo los escoltaban con celo.

—Es horrible, no soporto verlos así. —dijo Tris con tristeza.

—Están vivos, eso es lo importante. Cuando les den el alta, me encargaré de que no les falte nada.

Tris se acurrucó junto a él, ahora sí se sentía a salvo, solo era un hombre, pero le transmitía tal seguridad que todo su miedo se evaporaba estando a su lado.

Duncan se pasó el resto del día trabajando desde su despacho, no saldrían del apartamento a no ser que fuera estrictamente necesario. Tris asumió que no volvería a trabajar en un tiempo, no le agradaba, pero tampoco quería arriesgar la vida de los chicos porque ella se muriera de aburrimiento. Agarró un libro de la biblioteca de Duncan y se puso a leer en la azotea. Le costaba concentrarse, no dejaba de pensar en Ford y Martina. Ella le había comentado que pensaba quedarse con Ford en el hospital todo el fin de semana. Pobre, le hubiera gustado estar con ella, pero estaba cautiva hasta que esos bastardos fueran atrapados.

Duncan apartó el portátil, no podía concentrarse, envió un correo electrónico a su vicepresidente para que él tomara las riendas de la compañía en su ausencia. Debía solucionar el problema de los rusos de inmediato, no aceptaría más muertes. Su móvil vibró sobre el escritorio, lo agarró y sintió un escalofrío.

A las once, en la azotea del edificio Harrison.

Akira

Duncan se atusó el pelo, nervioso, el momento había llegado y su maestro le había enviado a su mejor hombre para ayudarlo. Akira despertaba en él muchas sensaciones, desde respeto, hasta miedo, era como el hermano que nunca tuvo. ¿Por qué querría citarse con él? ¿Habría descubierto algo?

Una cosa tenía clara, algo grave había pasado para que se pusiera en contacto directo con él. Apagó el portátil y abandonó el despacho, buscó a Tris por el apartamento y no tardó en encontrarla sentada en la azotea con un libro entre las manos. Se quedó allí parado, mirándola, la mujer más bella que

había conocido en su vida, con esos rasgos dulces y esa actitud de niña traviesa que tanto le gustaba. Se acercó a la puerta de la azotea y apoyó el hombro en el bastidor de la puerta.

—Podría pasarme la vida observándote.

—Yo preferiría que me abrazaras y me dieras un beso. —replicó Tris con sensualidad.

—Tus palabras son órdenes para mí.

Duncan se sentó a su lado y la besó, tenía un mal presentimiento y no quería pensar en ello, la abrazó y la besó en la cabeza, nunca creyó que él fuera de esos que siempre están dando abrazos.

—He hablado con Denis, te enviará trabajo, he pensado que dado que no puedes estarte quieta un minuto, te vendrá bien estar entretenida.

—Te lo agradezco, me estoy volviendo loca aquí metida, pero me he dejado el portátil en la oficina.

—Enviaré a alguien para que lo recoja, por cierto, esta noche tengo que salir, no sé lo que tardaré.

—¿Trabajo?

—Siempre es trabajo. —mintió Duncan.

Martina se levantó del sillón y se acercó a la cama, Ford había abierto los ojos y la miraba sonriendo.

—Hola pequeña.

—No me vuelvas a dar un susto así o...

—¿Me matas?

—¡Maldita sea Ford! Hasta medio muerto sigues manteniendo tu buen humor.

—¿Prefieres que de gritos o insulte a las enfermeras?

—No, pero nadie es tan perfecto.

—No gano nada haciéndote sentir peor, márchate a casa y descansa, yo estoy bien, pronto me largaré del hospital.

—En cuanto te den el alta, te vienes a mi casa.

—¿Tu casa?

—Sí, lo que ha pasado me ha abierto los ojos y no quiero arriesgarme a perderte otra vez.

—No voy a dejar mi trabajo, Duncan y Tris me necesitan y tampoco sé hacer otra cosa.

—Lo sé, pero creí que habías muerto, nadie me informaba y solo escuchaba

el rumor de que los escoltas habían muerto. Por eso, no quiero seguir más formalidades, quiero que vivamos juntos.

Ford la miró, acarició su mejilla y la besó, ahora entendía lo que sentía Duncan cuando no esperas que el amor llegue, pero este inunda tu vida hasta colapsarla de luz.

Branson estaba revisando las cámaras de vigilancia cuando Duncan entró en el cuarto, lo miró con seriedad y se sentó en una silla frente a él.

—Esta noche tengo que salir, quiero que te quedes con Tris, me llevaré varios escoltas.

—Está bien, pero... ¿me dirás qué demonios significan esos mensajes que recibes?

—¿Me has hackeado el móvil?

—Sí, desde que intentaron secuestrarte.

Duncan apretó los labios y miró por la ventana, no le agradaba hablar del clan a nadie, ni siquiera a Branson.

—¿Recuerdas mi etapa de chico rebelde?

—Sí, eras un completo imbécil y yo tu único amigo. Cuando regresaste de Japón, eras otro. ¿Por qué me preguntas eso?

—Me metí en líos y pasé un año viviendo con una gente un poco extraña, ellos me hicieron cambiar y ahora están aquí, quieren protegerme, pero también me exigen enfrentarme a los rusos.

—¿Están locos! ¿Enfrentarte a ellos?

—No soy el frágil millonario que finjo ser, pero tampoco quería que nadie conociera mi secreto.

—¿Secreto?

—Pertenezco a un clan ninja.

Branson lo miró con seriedad y no tardó en soltar una carcajada, ¿Duncan un ninja? Claro y él era un burrito de colores, no te jode.

—Sabía que no me creerías.

Duncan se levantó, caminó hasta un espacio vacío de la habitación y le hizo una señal a Branson para que se acercara.

—Atácame. —pidió con voz calmada.

Branson lo miró y sonrió, Duncan había practicado artes marciales y se mantenía en forma, pero nunca fue un gran luchador. Se quitó la chaqueta y la lanzó sobre una silla, acto seguido, sin avisar, trató de golpearle en la cara, pero Duncan lo esquivó con facilidad, probó otra vez, pero fue inútil, le lanzó

una patada y Duncan la bloqueó con su pierna.

—Podemos seguir así todo el día, pero tengo que irme.

—No entiendo nada, ¿por qué has fingido ser un debilucho?

—Tienes razón, hubiera sido mejor ir por ahí vestido de ninja y dar saltos por las azoteas.

Branson apretó los dientes, ahora entendía como pudo escapar de sus captores, Duncan era toda una caja de sorpresas.

—Ten cuidado. —pidió Branson.

Duncan sonrió y se marchó, la limusina lo esperaba en el parking y estaba nervioso ante el inminente reencuentro con Akira.

Capítulo 17

Duncan iba de camino al edificio Harrison, cuando decidió enviar un mensaje.

—¿Cómo sé que eres Akira?

La respuesta llegó a los pocos segundos.

—Nunca quise entrenarte, me pareciste un capullo.

—Ok, eres tú.

Duncan guardó el móvil en la chaqueta y sonrió, no había cambiado nada en todo ese tiempo.

La limusina aparcó fuera del edificio, varios escoltas se quedaron junto a ella y cuatro hombres se bajaron del coche de apoyo para escoltarlo en el interior. El vigilante del edificio aceptó el fajo de billetes y los dejó pasar. Tomaron el ascensor hasta la última planta y todos guardaron silencio. Duncan miró la hora en su reloj y esperó a que el ascensor se detuviera. Nada más salir, caminó hasta las escaleras que daban acceso a la azotea y una vez allí, se detuvo.

—Esperadme aquí y pase lo que pase, escuchéis lo que escuchéis, no entréis en la azotea. ¿Queda claro?

Los escoltas asintieron de mala gana, a ninguno le agradaba la idea de esperar en el rellano de la escalera, sin saber qué era de su protegido.

Duncan giró el pomo y abrió la puerta, el suelo de la azotea estaba cubierto de gravilla blanca, apenas si había alguna construcción, solo tuberías de ventilación, por lo que la visibilidad era total.

—Llegas tarde.

Duncan se giró y vio a Akira, ataviado con el uniforme del clan, parecía uno de esos ninjas de las películas, ellos detestaban esa comparación.

Akira se bajó la capucha y retiró el pañuelo de su boca, ahora su rostro estaba a la vista. Abrazó a Duncan con formalidad y se separó de él.

—Te pido disculpas por lo sucedido en el yate. Acabé con el francotirador, pero no preveía que fueran a usar explosivos.

—Gracias por salvar a Tris, no sé qué hubiera sido de mí si ella...

—Ella es la razón de que te haya pedido que te reúnas conmigo.

—¿Ella?

Akira le lanzó un directo a la cara que tumbó a Duncan, cayó al suelo de gravilla, se frotó la mejilla dolorido y se levantó.

—¿A qué ha venido esto?

Akira le dio una patada en el estómago y lo hizo caer al suelo de nuevo y apretó su bota contra la garganta de Duncan.

—Estoy aquí para protegerte.

—No me digas, cualquiera lo diría.

Akira le ofreció la mano y Duncan la rechazó, se levantó y lo miró ceñudo.

—Te advertí que tendrías que hacer un sacrificio personal.

—¿De qué hablas?

—Debes romper con Tris.

—¿Estás loco? La amo, no pienso renunciar a ella.

Akira le lanzó otro directo a la cara, seguido de una patada en el pecho, le agarró el brazo derecho y le provocó una luxación, pero Duncan no gritó por el dolor, nada físico sería comparable al dolor de perderla.

—¡Reacciona, maldita sea! ¡reacciona! Esa mujer te ha vuelto débil, morirás si no consigo que despiertes.

—No puedo renunciar a ella, pídemelo lo que quieras menos eso. Renunciaré a mi fortuna, me marcharé lejos, pero no me pidas que renuncie a ella, no puedo.

—Duncan, cuando acabé con el francotirador revisé su rifle y cuando acerqué mi ojo a la mira telescópica descubrí algo. Tú no eras el objetivo, planeaban disparar a Tris.

Duncan lo miró, su rostro palideció, Tris estuvo a punto de morir dos veces por su culpa.

—Lo siento hermano, pero necesito que te alejes de ella, debo entrenarte y ella es una distracción.

—No sé vivir sin ella.

—En ese caso, no tengo nada que hacer, el clan se retirará y la muerte de Tris pesará sobre tu conciencia. —dijo Akira dando media vuelta dispuesto a marcharse.

—¡Espera! Acepto.

Akira se giró y observó la expresión de dolor en el rostro de Duncan.

—Acabaremos con ellos y cuando no haya peligro podrás volver con ella.

—No, cuando haga lo que tengo que hacer, ella me odiará y jamás volverá a quererme. —dijo Duncan, caminó hacia la puerta, la abrió y desapareció escaleras abajo.

—Lo siento hermano. —masculló Akira.

Tris estaba dormida cuando Duncan regresó, se sentó en un sillón frente a la cama y la observó, no se acostaría a dormir, prefería pasarse la noche mirándola porque tal vez nunca más volvería a tener la oportunidad de disfrutar de su belleza. Las lágrimas brotaron de sus ojos, revelándose contra su voluntad.

—Descansa Tris, porque mañana será el peor día de nuestra vida.

El sábado por la mañana, Tris se despertó, bostezó y estiró los brazos, Duncan ya se había levantado. Saltó de la cama y corrió al baño, tenía una urgencia mañanera.

Después de una ducha rápida, se vistió y salió del dormitorio, buscó a Duncan, pero no lo encontró por ningún lado, tropezó con Branson y este hizo maravillas para no tirar su taza de café.

—¿Has visto a Duncan?

—Está en su despacho. —respondió malhumorado.

Tris sonrió y echó a correr hacia el despacho, tenía unas ganas horribles de abrazar a su estirado y decirle lo mucho que le había echado de menos la noche anterior.

Abrió la puerta y vio a Duncan plantado de pie frente al ventanal, parecía muy serio y... ¿Qué demonios le había pasado en la cara?

—¿Te han atacado? —preguntó temerosa.

—Ayer tuve un pequeño accidente, no es nada grave.

—¿Qué te ocurre? Pareces muy preocupado. —dijo Tris angustiada por su expresión fría.

—Lo siento Tris, lo intenté, pero no funcionó.

—¿A qué te refieres?

—Creí que te amaba, pero no te amo.

Tris sintió como si el corazón se le detuviera, acaso era cierto lo que escuchaban sus oídos, ¿el hombre de su vida no la amaba?

—¿Es una broma?

—Yo nunca bromearía con esto, no es mi intención hacerte daño, pero sin querer lo he hecho.

—Pero, todo este tiempo juntos... nadie finge estar enamorado así y en el

Caribe parecías muy feliz, no entiendo nada.

—No negaré que te tengo aprecio, pero no te amo y no quiero que sigas perdiendo el tiempo conmigo.

—Duncan... si he hecho algo mal, dímelo, intentaré corregir lo que no te guste de mí, haré lo que me pidas. —dijo Tris ya entre lágrimas.

—No, no permitiré que cambies por complacer a alguien como yo.

—Me da igual, yo quiero hacerlo, te quiero Duncan, no me apartes de tu lado.

—Lo siento, no voy a permitir que desperdicies tu vida con alguien que nunca será capaz de amarte. Regresarás a tu apartamento, el apartamento de enfrente lo ocupará el servicio de seguridad y mantendrás tu puesto de trabajo.

—¡No quiero tu seguridad! Tampoco tu trabajo, ¡te quiero a ti!

—Yo ya no estoy a tu alcance. Tendrás la seguridad, lo quieras o no, he hablado con el FBI, si no quieres a mis hombres, serán ellos los que se ocupen de ti, pero no permitiré que estés en peligro. Tu seguridad es mi responsabilidad.

Tris se acercó a Duncan, posó sus manos sobre sus mejillas y lo miró sin dejar de llorar.

—Dime a los ojos que no me amas, que nunca me amarás y me marcharé para siempre.

—No te amo, nunca te amé y nunca te amaré. —respondió Duncan con frialdad.

Tris se alejó de él, echó a correr, abrió la puerta y desapareció.

Branson agarró a Tris justo cuando se disponía a abrir la puerta del apartamento y la zarandeó.

—¿Qué te ocurre?

—Duncan me ha dejado. —respondió entre llantos.

Branson la abrazó y la besó en la cabeza, ¡maldito Duncan! Ordenó a uno de los escoltas que se quedara junto a ella y que no le permitiera salir del apartamento. Caminó hacia el despacho, abrió la puerta y la cerró de un portazo.

Duncan seguía de pie, frente al ventanal, inmóvil, con ojos fríos e inertes.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—El apartamento de enfrente al de Tris deberá ocuparlo parte de nuestro equipo de seguridad, la quiero vigilada las veinticuatro horas.

—¿Y ya está? ¿La abandonas?

—Te pago para protegerme, no para que me aconsejes sobre mi vida privada. Si tienes algún problema, puedes despedirte, buscaré a otro.

Branson se quedó sin palabras, aquella frialdad era demasiado hasta para Duncan, algo pasaba y por el momento guardaría silencio y fingiría obedecer.

Abandonó el despacho y junto con varios de sus hombres, acompañaron a Tris hasta su apartamento. Branson revisó cada cuarto y le pidió a Tris que se sentara en el sillón del salón hasta que él regresara. Dos hombres se apostaron junto a su puerta, uno de ellos se incorporó al grupo, portando las llaves del otro apartamento. Branson hizo unas llamadas y a media mañana, cinco hombres se alojaban junto a Tris para custodiarla.

Branson entró en el apartamento de Tris, ella seguía sentada en el sillón, había dejado de llorar, pero parecía como si la vida le hubiera abandonado. Se sentó junto a ella, sintiendo como el pecho le ardía, no entendía qué le había llevado a su amigo a hacer eso. Ver a Tris en ese estado era devastador, estaba acostumbrado a verla siempre chillando, poniéndole de los nervios, con ese carácter infantil que le caracterizaba. Sacó una tarjeta y se la entregó a Tris.

—Si necesitas algo, llámame, no importa la hora.

Tris asintió y trató de sonreír a Branson. Se quedó mirándole y en cuanto cerró la puerta del apartamento, rompió a llorar. No entendía nada, cómo alguien podía fingir estar enamorado, ¿cada vez que hicieron el amor, fue solo sexo para él? No podía ser, su mirada cambió, era un hombre frío y arrogante y luego pasó a ser dulce y atento, no podía ser todo mentira, no quería creer que eso pudiera ser cierto.

¿Qué haría ahora? Seguiría trabajando para él, no, eso no podría aguantarlo, verlo cada día sabiendo que se había reído de ella, que la había tratado como a un juguete que luego despreciaba cuando ya se había hartado de jugar con él. No, aguantaría en el apartamento hasta que los rusos fueran atrapados, pero luego se marcharía muy lejos de allí, donde jamás pudieran volver a encontrarse.

Miró su apartamento y todo le recordaba a él, pudo escuchar la música clásica que él solía poner y sintió un nudo en el estómago. Estar tan cerca y tan lejos de él era asfixiante para ella. Alguien tocó a su puerta, agarró su camisa y la usó para secarse la cara, ahora tendría toda la pintura de los ojos difuminada y lo más seguro es que luciera ojos de panda. Le dio igual, se levantó y abrió la puerta, era Tod.

—Señorita, ¿puedo pasar?

Tris asintió con la cabeza, y Tod cerró la puerta, la tomó de la mano y la llevó hasta el sillón donde los dos se sentaron y se miraron con complicidad.

—No sé qué le ha pasado al imbécil de Duncan, pero quiero que te quede claro que no ha sido culpa tuya.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, eres perfecta y si Duncan no es capaz de ver eso, es que no te merece. A partir de ahora me encargaré de que la señorita esté bien servida, ni se le ocurra cocinar, eso es cosa mía.

—No es necesario, Tod.

—Para mí sí, señorita, necesito saber que está bien atendida y ahora si me disculpa, me marchó, me están entrando ganas de llorar y no quiero ensombrecer más el ambiente.

Tris le dio un beso en la mejilla y Tod se ruborizó, tomó su mano y se la besó.

Tris se recostó en el asiento, suspiró y cerró los ojos, todos parecían quererla, todos menos él. ¿Por qué? En el fondo lo sabía, una pobretona, sin modales, que no podía evitar decir la verdad, tarde o temprano acabaría siendo un incordio. Era prescindible y ahora debía vivir cautiva en una cárcel de oro.

Capítulo 18

Martina colgó el teléfono y lo guardó en el bolso, se había quedado muda y Ford lo notó.

—¿Qué pasa Martina?

—Nada. —contestó Martina que no quería preocupar a Ford.

—Te conozco, sé que pasa algo y no me vengas con chorradas de no querer darme disgustos.

—Duncan ha dejado a Tris.

Ford la miró sorprendido, eso no tenía ninguna lógica, Duncan estaba muy enamorado, podía ocultárselo a otros, pero no a Branson o a él que lo conocían desde hacía muchos años. Algo debía haber pasado, Duncan quería a Tris, eso ni lo dudaba.

—Tris es fuerte, no te preocupes.

—Eso espero, porque ahora mismo está destrozada, me dan ganas de clavarle el tacón de mi zapato en el ojo del señorito Clanion.

—No seas dura con él, no creo que le haya sido fácil...

—¿Deshacerse de ella?

—Yo no lo diría de esa forma, Duncan está bajo presión, no es él.

—Lo que tú digas, yo solo tengo ganas de meterle una patada en su estirado culo y dejarme el zapato dentro.

Ford sonrió divertido, de ocurrir eso, querría verlo.

Duncan escuchó gritos en la azotea y salió corriendo del despacho, cuando llegó al salón, comprobó que varios escoltas apuntaban con sus armas a alguien. Se acercó con prudencia y vio que se trataba de Akira.

—¡Chicos! Guardad vuestras armas, es un amigo.

Los escoltas guardaron sus armas, pero se quedaron mirando a aquel tipo vestido con un chándal gris que cargaba una mochila al hombro.

—¿Qué haces aquí?

—Mudarme, te dije que tenía que ponerte a punto y mientras me puedo dar algún caprichito, ya sabes que la vida en el clan no es precisamente lujosa.

—Que le preparen una habitación y... ¡largaos de una vez! —gruñó Duncan

malhumorado a sus hombres.

—¿Y?

—He cumplido mi parte, ella vive en el apartamento de abajo, me encargaré de que siga a salvo y no te atrevas a decirme que no puedo hacer eso u os mando a la mierda a todos.

Akira se encogió de hombros, le agradaba que la chica estuviera fuera del juego, no tenía nada en contra de ella, pero era una distracción en mitad de una guerra.

—Me parece bien, siempre y cuando mantengas una actitud fría y distante con ella.

Duncan lo miró, sus ojos destilaban odio, pero lo necesitaba, estaba claro que había perdido su concentración y debía acabar con los rusos cuanto antes.

Brad aparcó el coche frente a la casa de su mujer, hacía tiempo que sabía que Duncan se ocupaba de ella, sacó unos prismáticos y miró en dirección a una de las ventanas. Allí estaba ella, tan bella como siempre, ni la edad, ni su enfermedad habían sido capaces de cambiar eso.

—Lo siento amor mío, te he dado una mala vida, elegí el camino equivocado y una vez más la he vuelto a fastidiar.

Sonó su móvil, lo agarró, descolgó y se lo llevó a la oreja.

—Espero que sea importante.

—Señor, hemos captado una conversación entre la chica y una de sus amigas, al parecer su hijo la ha dejado.

—Perfecto, olvidaos de la chica y concentrad todas vuestras fuerzas en él, pronto será nuestro.

Colgó el teléfono, miró una última vez a su mujer y arrancó el motor, había llegado la hora de dar el golpe final.

Dos semanas después

Tris estaba tecleando un informe para Denis cuando escuchó el timbre, se levantó de un salto y corrió hasta la puerta, miró por la mirilla y sonrió.

—¿Ford?!

—Hola Tris.

Tris le dio un abrazo, lo besó en la mejilla y se apartó para examinarlo a conciencia.

—Estoy bien, algunas pastillas para el dolor, pero listo para el servicio, por cierto, yo me encargaré de tu seguridad.

—Me alegra mucho verte fuera del hospital y también me alegra que tú te

encargues de la seguridad. ¡Pasa! ¿Quieres tomar algo?

—Refresco, ya sabes, por las medicinas, además estoy de servicio.

Ford caminó hacia uno de los sillones y se sentó. Tris regresó con dos latas de refresco de cola, le entregó una y se sentó en el sillón de al lado.

—¿Cómo estás tú?

Tris dejó su refresco sobre la mesita, apoyó sus manos sobre las rodillas y se quedó mirándolas unos segundos.

—Mejor, no es fácil olvidar cuando él vive arriba y estás en el apartamento en el que viviste tantas cosas.

—Siento lo que ha pasado, quiero que sepas que te considero mi amiga y siempre podrás contar conmigo. Hasta el bruto de Branson me pidió que te saludara de su parte y Tod, pobre, menudo sofocón tiene.

—¿Cómo está Duncan? —preguntó Tris con timidez.

—Ha vuelto a cerrarse al mundo, camina por ahí con expresión amargada, en resumen, vuelve a ser el mismo.

—¿Y Martina?

—Bien, si quieres, este viernes podemos venir a hacerte una visita, pedir unas pizzas...

—Me encantaría, no poder ir al trabajo y estar siempre aquí encerrada y sola me está volviendo loca.

—Pues ya sabes, este viernes pizza, cerveza y lo que surja. Ahora debo irme a hablar con los chicos y ver que todo es correcto. —dijo Ford levantándose del sillón, dispuesto a marcharse, agarró el refresco y la miró sonriendo—. Me lo llevo.

—¿Fue Duncan quién te asignó a mí o lo elegiste tú? —preguntó Tris antes de que saliera del apartamento.

—Duncan me pidió que me encargara de tu seguridad, pero de no habérmelo pedido, lo habría hecho igualmente. —dijo Ford guiñándole un ojo.

Tris le sonrió, Martina había tenido una gran suerte al encontrar a Ford, era dulce, amable, educado y siempre parecía estar de buen humor.

Volvió a trabajar, necesitaba no pensar y eso solo lo conseguía centrándose en el nuevo proyecto que Denis le había asignado, pronto lanzarían una campaña para ganar accionistas, era algo aburrido, pero podía darle su toque. Aunque le aterraba la idea de presentar su proyecto ante la junta porque eso la obligaría a estar frente a él.

Duncan esquivaba como podía los golpes de Akira, los dos entrenaban en

una sala especial que nunca enseñaba a nadie. Doscientos metros cuadrados cubiertos por completo por mármol blanco y sin ventanas, una sala pensada solo y exclusivamente para entrenar. Estaba insonorizada, nadie escucharía sus gritos de dolor, sus caídas, sus golpes, era el único lugar del apartamento en el que estaba totalmente a solas.

Akira le lanzó varios golpes, Duncan los esquivó y le dio una patada en el pecho que lo hizo retroceder. Akira saltó sobre él, pero Duncan lo esquivó de nuevo y le propinó una fuerte patada en el estómago, esta vez sí acabó cayendo al suelo.

—Vas mejorando. —dijo Akira a la vez que le hacía un barrido con la pierna y conseguía que Duncan acabara en el suelo—. Pero aún no estás listo.

—¿Cuándo atacaremos?

—El clan los está siguiendo, tu padre cubre bien sus huellas.

—No me nombres a ese degenerado.

—Deberías salir, tu nivel de frialdad es demasiado hasta para mí. Cargado de odio no me sirves, las emociones al extremo siempre son problemáticas.

—¿Y qué quieres que haga? Estoy solo gracias a ti, ¿recuerdas?

Akira se puso en pie y lo miró con ojos inexpresivos.

—Antes ibas a morir por estar ciego de amor y ahora morirás por estar ciego de odio.

Duncan se quedó en el suelo, pensando en las palabras de Akira, tenía razón, desde que rompiera con Tris, su corazón estaba roto y vacío. Se levantó y abandonó la sala, necesitaba una ducha y una copa.

Pensó en ir a cenar al restaurante del edificio, pero temía encontrarse con Tris, no quería hacerle más daño y tampoco él podría soportarlo.

Branson miraba a Akira con recelo, no le gustaba que ese extraño hubiera tomado el control sobre la seguridad. Era un tipo raro, esquivo, no hablaba con nadie salvo con Duncan, y solía perderse cada noche sin avisar, era como un animal salvaje.

Tod colocó la comida en sus recipientes y los fue dejando uno a uno sobre la mesita con ruedas. Tiró de ella hasta el pasillo y tropezó con Duncan.

—¿A dónde vas?

—Voy a llevarle la cena a tu prisionera.

—Ella no es mi prisionera.

—Lo que tú digas, ahora apártate, no quiero que se le enfríe la cena.

—¿Cómo está? —preguntó Duncan con voz susurrante.

—¡Como si a ti te importara! —gritó Tod, pero después de ver la cara de Duncan, sintió una punzada en el corazón—. Apagada, ya no es la que era, trata de ser agradable con los demás y fingir que está bien, pero no lo está.

Duncan asintió y se marchó, no estaba dispuesto a que Tod lo descubriera, una sola mirada del anciano y todo se iría al garete.

Tod, ayudado por uno de los escoltas que le abrió la puerta, salió al pasillo y desde allí empujó la mesita hasta el ascensor que no tardó en llegar. Entró en él y sonrió, Duncan no lo iba a engañar por mucha máscara que llevara, pero no le diría nada a Tris, si él se lo ocultaba era por una razón muy importante.

Tris abrió la puerta y sonrió al ver a Tod.

—Señorita, le he preparado una buena sopa de calabaza, merluza a la plancha y tarta de chocolate para mantener la línea.

—Eres un amor Tod, debí haberte elegido a ti y no a ese estirado.

—Cierto, pero con los años que tengo no sería un buen partido, otros hombres llegarán, ahora déjate de charlas y come que se enfría la comida. Por la mañana vendré para recoger el carrito. Bueno preciosa, me marcho que empieza mi telenovela.

Tris soltó una carcajada y acompañó a Tod hasta la puerta, cerró y suspiró. Comería algo y tiraría el resto por el váter, como solía hacer, mejor que creyeran que comía bien a que le dieran la paliza con la comida.

Encendió la televisión y buscó algo que ver, pasó canal tras canal hasta dar con una película, “Qué bello es vivir”, bueno, le serviría para desahogarse un poco. Arrastró el carrito hasta el sillón y empezó a destapar la comida, oler, olía de maravilla, pero no se veía capaz de comérselo todo.

Duncan se preparó un bocadillo de salami con queso y después de beberse una buena copa de vino tinto, se marchó a su dormitorio, no quería ver a nadie y estaba harto de las miradas inquisitivas de Branson.

Cruzó el pasillo, entró en su dormitorio y cerró la puerta con pestillo. Caminó hasta un sillón y se sentó, desde allí podía ver la calle, la gente paseando o camino a sus casas después de una dura jornada laboral. Echaba de menos las conversaciones con Tris, abrazarla, acariciar su pelo mientras dormía. Dio un mordisco a su bocadillo y torció la boca con expresión de asco, para él eso era comida basura, pero no tenía hambre, solo comía para no derrumbarse en los entrenamientos. Ahora su vida se reducía a entrenar durante todo el día, en cualquier caso, ya no le importaba lo más mínimo salir vivo de aquella guerra, con que esa gente desapareciera de la vida de Tris, se

conformaba.

Se terminó el bocado y agarró una carpeta, tiró de las gomillas para liberarla y sacó un documento. Lo leyó y acarició el nombre de Tris con los dedos, esa misma mañana, había hecho testamento, si moría a manos de los rusos, toda su fortuna pasaría a Tris, junto con una carta en la que le explicaría por qué rompió con ella. Era consciente de que saber la verdad le haría más daño, pero deseaba que su riqueza pasara a ella, que disfrutara de la vida en su ausencia, que fuera feliz.

Se levantó del sillón y se acercó al ventanal, no tenía claro si quería vivir, después de conocerla ya nada podría ser como antes, había despertado su corazón al amor y ahora este solo latía por ella.

Capítulo 19

Ford abrió tres cervezas y las acercó a la mesa, las chicas lo miraron confundidas.

—¿Tres cervezas? Nosotras queremos vino.

—Son para mí, hoy conduces tú Martina, ya tenía ganas de beberme tres cervezas del tirón. Aquí tenéis dos copas y una botella de vino tinto que he robado a alguien. —dijo Ford sonriendo.

Tris bajó la vista, sabía a quién se refería, trató de animarse y sonreír antes de que la descubrieran. Martina llenó las copas y le ofreció una.

—Las pizzas estaban buenísimas, si quieres, mañana podemos traerte unas hamburguesas y nos quedamos contigo. —sugirió Martina.

—Gracias chicos, pero estoy algo desganada, prefiero que salgáis por ahí y os toméis una copa a mi salud.

—¿Seguro? —preguntó Ford mirándola fijamente.

—Seguro, estoy bien, solo necesito tiempo y que cojan a esos canallas para poder rehacer mi vida.

—¿No pensarás dejar el trabajo y marcharte? —preguntó Martina angustiada ante la perspectiva de perder a su mejor amiga.

—No lo tengo claro y supongo que cuando todo esto acabe tendré que dejar el apartamento.

—Puedes venirte con nosotros y buscar apartamento con tranquilidad. —replicó Martina.

—¿Con nosotros? —preguntó Tris con malicia—. Así que ya compartís piso, vaya, vaya...

—¡Chica, que casi me lo matan! No estoy para perder el tiempo. —dijo Martina cogiéndole la mano a Ford que se puso colorado.

—¿Cambiamos de tema? —dijo Ford con tono de súplica.

—¡Valeeee! Seré buena, tú tómate tus cervezas y tú llena mi copa que hoy quiero dormir del tirón. —dijo Tris sonriendo feliz por su amiga.

—No quiero que te vayas. —dijo Martina con tristeza—. Denis te adora y es un buen trabajo con un gran sueldo, tienes futuro, no lo tires todo por la

borda.

—Ya veremos, no quiero hacer planes, al fin y al cabo nada ha cambiado, bueno sí que ha cambiado, pero para peor.

Akira se quedó mirando a Duncan, parecía demacrado y su aspecto físico mostraba dejadez, estaba empezando a descuidarse y eso no era bueno. Suspiró con fastidio, él no estaba acostumbrado a esas estupideces amorosas y en esos momentos lo necesitaba centrado al máximo, tendría que pensar algo y rápido.

Tris se despidió de Ford y cerró la puerta con llave, estaba rendida, el alcohol le había pasado factura y ahora se moría por llegar hasta la cama y dormir, solo dormir, nada de pensar. Se desnudó y se puso su pijama, apartó la ropa de cama y se metió en ella, se tapó y cerró los ojos, un día más.

Duncan agarró una botella de whisky y se encerró en su dormitorio, como ya era su costumbre, se sentó en el sillón junto al ventanal, se había acostumbrado a mirar la calle y observar a la gente. Giró el tapón de rosca y lo tiró al suelo donde fue a reunirse con el resto de tapones y botellas. Necesitaba perder la consciencia y por más que bebía, no podía olvidarla, había entrado en un proceso autodestructivo del que ya no veía la forma de salir. Dio un trago a la botella y cerró los ojos, su camisa estaba manchada de vino y restos de comida, estaba asqueado de sí mismo, pero era incapaz de reaccionar. Por la mañana se ducharía, desayunaría fuerte y se prepararía para entrenar, por la noche repetiría su orgía de alcohol.

Branson siguió a Akira, condujo a una distancia prudencial para no ser descubierto. Aquel tipo parecía estar paseando sin más, entró en un callejón y desapareció. Aparcó junto a la entrada y bajó del vehículo, ¿dónde diablos se habría metido?

—¿Me buscas? —preguntó Akira con frialdad.

Branson lo miró, no le gustaba nada ese tipo, le parecía tan peligroso como esos rusos.

—Sé que no te inspiro confianza, pero te aseguro que antes me quitaría la vida que hacer algo que perjudicara a Duncan. Ahora necesito que te marches, no puedo seguir a los rusos contigo pegado a mi culo.

Branson asintió, regresó al coche y se marchó. Seguía sin confiar en él, pero al menos, ahora sabía qué hacía cuando se escabullía del apartamento.

Brad revisó el plan una y otra vez, todo estaba previsto, pero debido al incidente en el parking, la prensa los seguía de cerca, no sería fácil actuar,

debían esperar el momento apropiado.

La vieja fábrica les serviría de refugio durante un tiempo, allí aguardarían sus hombres a que llegara la oportunidad. Obligaría a Duncan a pagar un buen rescate y luego desaparecería, su parte del trato estaría cumplida y su deuda saldada, pero... ¿a qué precio?

Dos meses después

Tris cerró la tapa del portátil y corrió hasta la puerta, abrió y casi tropieza con uno de los escoltas que la custodiaban.

—Me han dejado un paquete en recepción. —informó Tris que estaba deseando recoger el paquete que Martina le había enviado con dulces y otras cosillas.

—Le acompañaremos. —dijo el escolta con seriedad, hizo una señal a otro de sus compañeros y los tres caminaron hacia el ascensor.

Tris se rascó el cuello, nerviosa, hacía meses que no tomaba ni el ascensor, tenía complejo de monja de clausura.

Uno de los escoltas pulsó el botón de la planta baja y las puertas se cerraron. Tris echaba de menos a Ford, al parecer se había tomado unos días libres para ayudar a Martina con una pequeña reforma, muebles nuevos.... no recordaba qué es lo que le habían dicho.

Las puertas del ascensor se abrieron y Tris se quedó petrificada. A unos cuatro metros de ella, pasó Duncan seguido de Branson, un tipo corpulento que no había visto jamás y dos escoltas. Duncan parecía más delgado, sus pómulos se veían más marcados y lucía una barba descuidada. No parecía él, por unos segundos, sus ojos se cruzaron y Tris sintió una punzada en el corazón, aquellos ojos que antes la miraban con pasión, ahora parecían sin vida. Duncan caminó hacia el otro ascensor, Branson la saludó con la cabeza y desapareció junto con el resto del grupo cuando las puertas se cerraron.

Tris se acercó al mostrador y la recepcionista le sonrió.

—Soy...

—Sé quién es, aquí tiene el paquete.

—Gracias.

Agarró el paquete que desprendía un olor muy tentador y caminó hasta el otro ascensor, vuelta a su reclusión.

Una vez en el apartamento, dejó el paquete sobre la isleta de la cocina y buscó unas tijeras para cortar el lacito y ver qué le había metido Martina en el paquetito. Cortó la cinta y retiró el papel, levantó la tapadera de cartón y se

relamió al ver lo que contenía, golosinas, pasteles de diferentes sabores, aperitivos. Martina estaba en todo, era la mejor suministradora de comida basura. Cogió un pastelito de chocolate y se lo comió de un bocado, estaba delicioso, pero hasta eso le amargaba, ¿por qué estaría Duncan en ese estado? ¿Habría sufrido otro ataque? ¿sería por ella? No, al fin y al cabo él la había plantado. Le entristecía verlo así, él, que siempre iba tan elegantemente vestido, el hombre perfecto, siempre atento y con ese olor a perfume caro.

Duncan se encerró en su despacho, estaba pálido, apoyó la cabeza contra el cristal y suspiró, verla había sido demasiado para él, demasiado... En cuanto acabara con los rusos, ella se marcharía y no la volvería a ver, conocería a otro hombre y lo olvidaría. Apretó los dientes y golpeó el cristal con el puño derecho. El dolor le agradó, al menos eso significaba que aún estaba vivo, se quedó observando el cristal agrietado y suspiró de nuevo.

Tris guardó el paquete en la despensa, abrió el frigorífico y sacó un refresco de cola, tiró de la anilla y le dio un sorbo. ¿Qué haría cuando todo acabara? Por un lado, deseaba marcharse para alejarse de Duncan, era un suplicio tenerlo tan cerca y a la vez tan lejos. Por otro lado, Ford y Martina eran los únicos amigos de verdad que había tenido y alejarse de ellos le desagradaba, y Denis..., mejor jefa no podía ser. La primera persona que vio potencial en ella, sintió una punzada en el estómago al pensar eso, Duncan fue el primero que apostó por ella.

Sonó el timbre de la puerta y Tris se apresuró a mirar por la mirilla, tal y como le había ordenado Ford, y mira por donde, era Ford.

—¡Hola!

—Hola Tris, ¿nos sentamos?, me temo que vengo por trabajo y no de visita.

—Claro, ¿y qué te trae por aquí? —dijo Tris cerrando la puerta y encaminándose hacia los sillones.

Ford suspiró y se frotó las manos, nervioso, lo que tenía que decirle conociendo el carácter de Tris podría ser un problema para todos.

Ford dejó una carpeta sobre la mesita y miró a Tris, al ver que esta no hacía nada, señaló la carpeta con la mano y Tris la cogió. Abrió la carpeta y sacó un documento, sus ojos pasaron del asombro a la ira.

—¿Qué es esto? ¿así quiere pagar mis servicios? No soy una putilla de esas que él acostumbraba a frecuentar.

—No es eso, Tris, él solo quiere que continúes en la compañía, diseñó este apartamento para ti y desea que te lo quedes. Míralo como un incentivo que te

da la compañía, nada más.

—No quiero nada de él, solo que todo esto termine y largarme lejos. —dijo Tris rabiosa—. Ahora mismo voy a subir a su apartamento y le voy a romper estos papeles en su cara.

—Tris, si significo algo para ti, te ruego que no lo hagas.

—¿Te pones de su lado? Claro, él ya era tu amiguito cuando te conocí.

—Los dos sois mis amigos, pero... ¿sabes qué? Quiero que aceptes porque quiero que te quedes en New York, por puro egoísmo personal debo añadir, nos haría muy feliz a Martina y a mí. Sin embargo, si es cuestión de orgullo, adelante, sube, te garantizo que en el estado en que se encuentra, conseguirás destrozarlo. Así ya estaréis igualados en estupidez y orgullo.

Tris bajó la vista, Ford tenía razón, conocía o al menos creía conocer a Duncan y en el fondo aunque le fastidiara, sabía que él solo deseaba lo mejor para ella.

—Está bien, me quedaré el apartamento.

Ford asintió con la cabeza, se levantó y caminó hacia la puerta.

—¡Ford!

—¿Tan mal está?

Ford la miró con tristeza y se marchó sin contestar.

Capítulo 20

Brad entró en su despacho y vio que alguien estaba sentado en su sillón, era un tipo alto, no podía ver su rostro porque la estancia estaba a oscuras.

—¿Qué haces en mi sillón?

—Clanion, Clanion, Clanion... deberías tratar mejor a tus benefactores.

El tipo encendió la luz del flexo y dejó que Brad lo reconociera.

—¿Komarov?

—He visto las noticias, parece que tu hijo te está dando problemas.

—Está todo controlado, he dejado que se apacigüen las aguas y cuando menos se lo espere, lo traeré aquí y haré que su gente pague lo que pidamos.

—Me gustaría creerte, pero soy un hombre impaciente, no se me da bien esperar, a partir de ahora, asumo el control de esta operación.

Brad se quedó mirando a Komarov, era un tipo alto y corpulento, de pelo corto y teñido de blanco, que era capaz de aterrorarlo cada vez que aquellos ojos marrones se posaban en él. En la cárcel lo protegió del resto de presos, no por altruismo, sabía que su hijo era un multimillonario y tenía planes para los dos. Antiguo capitán de las fuerzas especiales rusas, era el spetsnaz más cruel de su división, motivo por el cual fue expulsado del cuerpo con deshonor. Ahora que estaba en New York, tenía la certeza de que con él al frente, correría la sangre.

Duncan estaba tirado en el suelo de su habitación, con la cabeza apoyada contra el cristal, no se había duchado y el sudor lo cubría, sentía repulsión por sí mismo, pero no tenía fuerzas para levantarse. Sonó su móvil y de mala gana lo agarró de la mesita de noche y descolgó.

—¡Cómo has podido!

—Brenda, no estoy de humor.

—¿No estás de humor? Eres un cerdo, esa chica estaba loca por ti... ¿y tú la dejas?

—No todos estamos hechos para amar, lo intenté, pero no pude. Prefiero apartarla a tenerla viviendo una mentira.

—Jamás pensé que pudieras estar tan vacío, ya te lo advertí. No vuelvas a

ponerte en contacto con mis padres ni conmigo. —dijo Brenda y colgó.

Duncan dejó caer el móvil al suelo y cerró los ojos, las lágrimas escapaban de ellos, resbalando por sus mejillas, ahora ya estaba solo, listo para luchar y con un poco de suerte, morir. Al menos había conocido lo que significaba estar enamorado y por un tiempo fue feliz.

Tris dio un respingo al escuchar su móvil, ¿quién la llamaría a las once de la noche? Miró la pantalla y su sorpresa fue en aumento, Brenda.

—Hola Brenda.

—¿Cómo estás cariño?

—Bien.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—¿Sobre qué?

—Tris...

—Es tu primo, no quería malmeter, son cosas que pasan.

—Es un cerdo, acabo de hablar con él y le he dejado claro que ya no tiene familia.

—Brenda, creo que eso es demasiado, no ha matado a nadie, solo ha roto conmigo. Él no tiene la culpa de no haberse enamorado de mí, y yo no me arrepiento de nada, siempre me trató bien.

—Tris, eres una buena chica y te mereces un buen hombre, siento que mi primo haya resultado ser un tipo vacío y sin corazón. Cualquier cosa que necesites solo tienes que pedírmelo y por cierto, puedes trabajar conmigo y con Joe.

—Gracias Brenda, lo cierto es que me gusta mi trabajo y tengo buenos amigos aquí.

—Mañana Joe te recogerá, te vienes unos días con nosotros.

—No creo que sea buena idea, Duncan me tiene aquí rodeada de guardaespaldas.

—¡Que se joda! Además, yo he mandado a paseo a sus escoltas y he contratado mi propia seguridad, no quiero nada que proceda de él. Mañana te vienes con nosotros, necesitas despejarte y alejarte de él.

—Me parece bien. —dijo Tris sonriendo ante la expectativa de salir del apartamento y estar con ellos.

Nada más colgar, Tris salió corriendo, abrió la puerta del apartamento, esquivó a uno de los escoltas y entró en el apartamento de enfrente. Ford estaba sentado en un sillón, hojeando un periódico.

—Ford, tengo que hablar contigo.

—Siéntate y cuéntame.

—Me ha llamado Brenda, dice que mañana viene Joe para recogerme, quieren que pase unos días con ellos.

—Lo sé, Brenda me ha llamado hace unos minutos.

—¿Y qué dice Duncan?

—Nada, se lo comenté y solo me pidió que me asegurara de que contábais con protección.

—¿Entonces puedo irme?

—Sí, pero ten cuidado, no hagas locuras y haz lo que el equipo de seguridad de Brenda te diga.

—No haré locuras, ya me conoces.

—Te conozco, por eso te lo digo.

Tris le sacó la lengua y salió corriendo en dirección a su apartamento. Estaba nerviosa, corrió al dormitorio y rebuscó en su armario hasta encontrar una maleta que empezó a llenarla a lo loco. Salir de New York sería fantástico, pero... ¿saldrían de New York? Brenda no le había dicho nada, bueno, prepararía la maleta y ya se las apañaría sobre la marcha.

Por la mañana, Tris dio un salto al escuchar el timbre de la puerta, corrió a abrir y se le olvidó mirar por la mirilla.

—¡Joe!

—¿Cómo está mi chica borde?

—Dispuesta a darte un guantazo como me vuelvas a llamar eso.

—Me encanta. —dijo Joe dándole un abrazo.

Dame la maleta y sígueme, por cierto, yo traigo mis propios hombres de negro. Tris miró a sus dos escoltas que parecían estar bastante fastidiados, proteger a Joe debía ser un suplicio para ellos.

—¿Y a dónde vamos?

—Al lugar donde conocí a mi bruja, Morgan. Cogemos un avión y a disfrutar de mi tierra, Brenda se reunirá con nosotros en el jet, está deseando verte. Aunque tiene un cabreo con Duncan...

—Lo sé y no lo veo justo. —dijo Tris con tristeza, la imagen de Duncan en el vestíbulo no dejaba de rondarle y toda la ira que sentía hacia él, se había convertido en pena.

—Bueno, nosotros a lo nuestro, ¿tienes hecha la maleta?

—Sí.

—Buena chica, pues dámela y vámonos, no quiero que se mosquee más la bruja.

—Como se entere de que la llamas así...

—Me mata, pero no puedo evitarlo, tiene un carácter...

Nada más subir al jet, Brenda dejó los informes que estaba revisando y se levantó de un salto, las dos se abrazaron y se miraron sonrientes. Joe se sentó en uno de los sillones y encendió el televisor.

—¡Señor Clanion!

Brenda y Tris miraron la televisión al escuchar ese nombre, Joe subió el volumen.

—¿Se sabe algo sobre las personas que trataron de secuestrarle? ¿Es cierto que varios de sus escoltas murieron en el último intento de secuestro?

Duncan caminaba con los ojos vacíos, Branson y el resto de escoltas se afanaban intentando apartar a los periodistas.

La reportera devolvió la conexión y el presentador comenzó a hablar sobre las consecuencias del Brexit. Joe apagó la televisión y resopló, ya no le apetecía ver la tele.

Brenda se quedó impactada al ver a Duncan, nunca lo había visto tan demacrado, no parecía él, se maldijo por las palabras tan duras que le dedicó la noche anterior. Él estaba mal, muy mal y una duda empezó a germinar en su interior. ¿Duncan dejó a Tris porque no la amaba o para protegerla?

El resto del viaje, Brenda decidió dejar a Tris a su aire, ver a Duncan en televisión le había afectado y hasta Joe se ahorró sus bromas inocentes.

Tris estaba cansada, no había dormido mucho esa noche y no le gustaba volar, cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas llegar cuanto antes, necesitaba sentir el aire fresco de la noche en su cara.

Nada más llegar a Louisiana, un monovolumen acudió a la pista para recogerlos, seguido de una furgoneta en la que viajaba su equipo de seguridad.

Brenda bajó las escalerillas del jet, ayudada por Joe, y Tris la siguió. Dos escoltas recogieron las maletas y las llevaron a la furgoneta.

Un tipo fornido, de pelo negro, muy corto, y ojos verdes, se acercó a ellos, para sorpresa de Tris, abrazó a Brenda y le dio un beso en la mejilla, luego estrechó la mano de Joe que lo miraba divertido.

—Gracias Gabriel por encargarte de nuestra seguridad. ¿Qué tal Alexia?

—Bien, descansando en Miami, pronto empezaremos la gira, pero puedes estar tranquila, la dejo en buenas manos y ella no quiere que os abandone hasta

que el peligro haya pasado. —dijo Gabriel que se giró hacia Tris y le ofreció la mano—. Disculpa, soy un maleducado, mi nombre es Gabriel y a partir de ahora seré el jefe de seguridad de Brenda.

Tris estrechó su mano y asintió con la cabeza, sus ojos verdes le recordaban a los de Duncan, todo parecía un cúmulo de señales.

—En marcha, este no es el mejor lugar para charlar, ya nos pondremos al día en Morgan. Joe, tu gente...

—Están todos avisados, mis suegros se alojarán en el hotel del pueblo y tienen asignados varios escoltas. Si un extraño llega a Morgan, lo sabremos.

—contestó Joe tajante.

—Bien, cuando llegemos hablaré con esos chicos y les informaré sobre mi proceder en seguridad. ¡Vámonos!

Joe, Brenda y Tris subieron al monovolumen, Gabriel esperó a que sus hombres subieran a la furgoneta y ocupó el asiento del acompañante junto al conductor de Brenda.

El pequeño convoy emprendió la marcha, aún quedaba un buen tramo hasta llegar a Morgan.

Capítulo 21

Ya entrada la noche, llegaron a la mansión Clanion. Brenda suspiró y se abrazó a Joe, siempre que llegaban a Morgan, aquella casa era el recordatorio de su amor. Tris bajó del monovolumen, y se acercó a ellos.

—Es preciosa. —dijo Tris con admiración.

—Este paleta la restauró y le devolvió su antiguo esplendor.

Joe la miró molesto, ¿otra vez con lo de paleta? Luego se quejaba cuando la llamaba bruja, agarró sus maletas y caminó hacia la casa. Adele abrió la puerta y corrió hacia ellos, pasando por al lado de Joe sin decirle nada, se abrazó a Brenda y la llenó de besos.

—Mi niña pequeña, qué alegría tenerte aquí de nuevo.

—Yo también me alegro de verte. —gruñó Joe fastidiado.

—Luego te daré lo tuyo, sinvergüenza, te he preparado pastel de moras, tu preferido. —repuso Adele.

Joe sonrió, eso estaba mejor, entró las maletas dentro y salió para recoger el resto, pero los escoltas ya le habían ahorrado el trabajo.

Gabriel se perdió, quería inspeccionar la zona, ordenó a todos los escoltas que tomaran posiciones y se centraran.

Tris abrió la puerta del dormitorio y dejó su maleta a los pies de la cama. Pensar que Duncan había pasado parte de su infancia en esa casa... tal vez incluso hubiera dormido en esa cama. Te quiero Duncan y nada podrá cambiar jamás eso.

Duncan se levantó del suelo y Akira le lanzó una mirada feroz.

—¡Maldita sea! ¡Reacciona! —gritó frustrado.

—Es inútil, creí que era más fuerte, pero no puedo seguir. Dile al clan que puede marcharse, que sea lo que tenga que ser.

Akira le lanzó un directo a la cara y Duncan cayó al suelo, no se quejó, simplemente ya no sentía nada.

—El clan nunca abandona a uno de los suyos. Me marchó, estaré unos días fuera, más te vale comer y seguir entrenando o haré que te arrepientas de haber nacido.

—No creo que puedas hacerme más daño. —susurró Duncan.

Al día siguiente, Tris se levantó de la cama, se duchó y bajó a desayunar. Joe había salido y Tris tomaba un café mientras miraba las noticias en el tablet.

—¡Hola Tris! ¿qué tal has dormido?

—Sorprendentemente bien. —admitió Tris.

Adele se acercó, le dio un beso y la obligó a sentarse a la mesa.

—Ahora mis niñas van a desayunar como es debido, tostadas, tortitas y tarta de chocolate.

Tris miró a Brenda que se limitó a encogerse de hombros.

—Más te vale no llevarle la contraria y comértelo todo porque se pone endemoniada cuando hay que tirar comida.

Tris se sirvió un café y se quedó mirando los platos que Adele iba dejando sobre la mesa.

—¿Y Joe?

—En el embarcadero, tras la casa, está pescando. Yo tengo que atender algunos asuntos, después de desayunar puedes ir a verle y pídele que te enseñe esto.

—Lo haré, me parece mentira estar aquí después de tanto tiempo encerrada en el apartamento.

—¿Ninguna novedad sobre esa gentuza?

Tris negó con la cabeza, cogió una cuchara y la clavó en el trozo de tarta que Adele le había dejado, estaba deliciosa, le recordaba a esos dulces caseros, aunque lo más probable es que lo fueran.

—Brenda, no quiero que dejes de hablar a Duncan, te necesita, ahora más que nunca.

Brenda resopló, dejó el tablet sobre la mesa y agarró una tortita que untó con sirope de fresa.

—Lo sé, soy muy impulsiva, ¿quién soy yo para imponerle tener pareja? ¿Te contó lo que tuvo que hacer para que yo admitiera que estaba enamorada de Joe?

Tris asintió y dejó escapar una sonrisa.

—Los Clanion somos muy fríos, bueno, salvo mis padres, esos aburren con tantos mimos.

—Cuando regresemos, habla con él, aunque sea por teléfono, hazlo por mí.
—pidió Tris.

—Después de lo que te ha hecho... ¿sigues defendiéndole?

—Que él no me ame, no significa que yo haya dejado de quererle. Si no soy yo, otra habrá que llene su corazón. —dijo Tris con tristeza—. Adele, no te enfades, está todo exquisito, pero no tengo apetito, no te molestes, por favor.

Adele la miró, primero con desaprobación, pero no tardó en sacar una sonrisa bonachona.

—Tranquila mi niña, pero antes de que te vayas, tengo que conseguir que llenes esos huesos con carne, que estás muy canija.

Tris sonrió, aunque eso de que la llamaran canija le sentó como si le arrancaran los pelos del pubis. Se levantó de la mesa y se despidió de las chicas, necesitaba tomar el aire.

Nada más salir al patio trasero, vio a los guardias armados con mp5 y pistolas automáticas, tanto tiempo con Duncan le había servido para acabar entendiendo un poco de armas. Siguió el camino que conducía al embarcadero y encontró a Joe silbando. Tenía la caña de pescar tirada sobre los maderos del embarcadero y a su lado reposaba una nevera.

—¿Con que de pesca? —dijo Tris divertida.

Joe la miró y sonrió, le había pillado, dio unos manotazos sobre las tablas para indicarle que se sentara a su lado. Tris se sentó al borde y dejó que sus piernas colgaran a un metro del agua.

—En la nevera tienes refrescos o algo más fuerte si quieres.

—No me apetece, pero gracias.

—Aquí estás a salvo, Morgan es mi ciudad, aquí todos nos conocemos y te garantizo que si alguien pone un pie en ella, me enteraré y Gabriel es un exagente de la CIA.

Tris asintió con la cabeza, no hacía falta que Joe le dijera nada, allí se sentía segura, pero temía que Duncan estuviera en peligro. Ojalá le hubiera permitido permanecer a su lado, le daba igual que él no llegara a amarla, se conformaba con estar a su lado, el poco cariño que pudiera darle le bastaba. Nunca pensó que pudiera llegar a pensar así, ella que leía novelas románticas.

—Siento lo de Duncan y tú, hacíais una buena pareja. La vida es así, hoy eres feliz y mañana... A veces me despierto en mitad de la noche, después de soñar que lo mío con Brenda no fue real y cuando la veo dormida a mi lado... Eres una buena chica, sé que te irá bien, si no es él, otro será.

Tris sonrió, prácticamente eso es lo que acababa de decirle a Brenda, hacía unos minutos. Joe colocó su brazo rodeando a Tris y la atrajo hacia él hasta

que sus cabezas se tocaron.

—Joe estás muy loco, pero eres genial.

—¿Yo loco? Pues... ¿sabes qué es lo peor de los locos?

Tris negó con la cabeza.

—¡Que son impredecibles! —gritó Joe y la tiró al agua.

—¡Te voy a matar! ¡Está muy fría! —chilló Tris furiosa.

Joe le ofreció la mano y Tris se agarró, fingió resbalarse y mientras nadaba, se volvió a agarrar a su mano, apoyó las piernas sobre uno de los pilares del embarcadero para hacer fuerza y tiró de Joe hacia el agua.

Tris soltó una carcajada, Joe no se lo esperaba y su expresión de asombro al caer al agua fue de lo más cómica.

—Eres una salvaje.

—Y tú un paleta sin modales.

Joe nadó hacia ella y esta nadó con más fuerza, dejando escapar gritos y risas.

Branson agarró a Duncan por el hombro y lo obligó a entrar en el servicio, prenda a prenda lo fue desnudando y luego lo empujó para que entrara en la ducha.

—Agarra el champú y el gel, yo no te voy a untar el cuerpo. ¡Espabila!

De mala gana, Duncan se enjabonó el cuerpo, vertió un poco de champú en su mano derecha y se lo expandió por el pelo que ya lo tenía más largo de lo habitual. Branson tragó saliva, Duncan parecía un muerto viviente, se sentía impotente por no saber cómo devolver la vida a los ojos de su amigo.

Duncan se enjuagó el pelo y el cuerpo, y agarró la toalla que Branson le ofrecía. Tod entró en el baño y Branson se hizo a un lado, no se marcharía, si hacía falta arrearle un guantazo, lo haría, Duncan no podía seguir teniendo ese aspecto.

Tod le acercó unos slips que Duncan tomó y se puso, luego se sentó en un banquillo y Tod lo miró con tristeza. Sacó unas tijeras y comenzó a cortar el pelo, era demoledor ver al que consideraba su ahijado en ese estado catatónico. En circunstancias normales, jamás hubiera permitido que le cortara el pelo y mucho menos que lo afeitara y ahora se dejaba hacer lo que ellos quisieran.

Después de terminar de arreglarle el pelo, vertió un poco de espuma de afeitar en un cuenco y con ayuda de una brocha la fue expandiendo por la cara de Duncan, al menos después de ese acicalamiento luciría un aspecto más

agradable.

Capítulo 22

Brad entró en el que antes fuera su despacho y se quedó parado a unos metros de Komarov.

—¿Querías hablar conmigo?

—Sí, tienes razón, las aguas están demasiado bravas, es mejor esperar a que se tranquilicen, dentro de un tiempo el caso Clanion no será novedad y podremos actuar.

—¿Cuáles son tus planes?

—Lo secuestraremos, pediremos un rescate y cuando lo cobremos, lo mataremos, no quiero dejar cabos sueltos y tu hijo ya nos ha hecho quedar en evidencia ante mis rivales.

—Como quieras, pero cuando esto acabe, quiero recuperar mi libertad.

—Por supuesto Brad, no tengo ningún interés especial en conservar a mi lado a alguien capaz de robar y matar a su propio hijo.

Brad lo miró con frialdad y se marchó. Komarov se quedó mirando el paisaje desolador del polígono industrial, debió haber sido abandonado hacía años.

—Me has hecho quedar en evidencia, por eso te mataré con mis propias manos, Duncan Clanion.

Tris estaba sentada en el jardín, junto a Joe y Brenda, después de cenar habían insistido en tomar una copa fuera. Joe le contó varias anécdotas sobre su vida en Morgan y Brenda no dejaba de reírse con sus ocurrencias.

Gabriel estaba tenso, su etapa en la CIA le había enseñado a desconfiar de los momentos de paz, tenía un mal palpito, entró en la casa y caminó hasta su cuarto, esa noche él mismo estaría de guardia, pero a su manera.

Tris estaba cansada y no dejaba de pensar en Duncan, se lo imaginaba de niño, corriendo por ese jardín, cenando en la cocina... aquel bello lugar empezaba a serle tan torturador como su apartamento.

—Me retiro, estoy muy cansada. —dijo Tris.

Brenda se levantó para darle un beso y Joe se limitó a poner su dedo índice sobre la mejilla para indicarle a Tris que quería un beso. Tris se acercó, le dio

un beso y le manoseó el pelo para despeinarle.

En cuanto Tris entró en la casa, Brenda miró a Joe, furiosa.

—¿Cómo estás para tirarla al agua? Eres un bruto.

Joe se encogió en el sillón y dio un trago a su copa, la bruja le iba a echar la bronca.

Tris subió las escaleras hasta la planta alta, Joe le había contado como las había reparado, ahora estaban preciosas. Iba a entrar en su dormitorio cuando vio que la puerta de uno de los balcones estaba abierta, supuso que debían dejarla así para ventilar ese ala, pero le atrajo la idea de asomarse a ese balcón que desde fuera parecía tan señorial.

Se acercó a la barandilla de madera y se apoyó en ella, Morgan era muy bella, un buen sitio para vivir. Escuchó algo a su espalda, se giró y se quedó muda.

Frente a ella, estaba el ninja que le salvó la vida en el parking de la compañía.

—No temas, no estoy aquí para hacerte daño.

—Gracias por ayudarme en el parking.

El tipo asintió con la cabeza de una forma bastante ceremonial. Se quitó la capucha y dejó que Tris viera su rostro.

—Mi nombre es Akira, yo fui el instructor de Duncan en Japón.

Tris abrió los ojos, sorprendida, Duncan no había bromeado, la historia que le contó sobre el clan ninja era cierta.

—¿Duncan es miembro de un clan ninja?

Akira la miró y su expresión se agrió.

—No nos gusta que nos comparen con los ninjas, nosotros no servimos a un señor, pero técnicamente se podría decir que somos algo parecido y sí, Duncan pertenece a nuestro clan.

—¿Por qué has venido?

—Necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Yo ordené a Duncan que rompiera contigo.

Tris se quedó sin palabras de nuevo, ahora lo entendía todo. Sintió unas ganas terribles de partirle la cara a ese imbécil. ¿Quién se creía que era él para ordenarle eso a Duncan?

—Me salvas la vida, para luego separarme de él y... ¿ahora me pides ayuda?

Akira se arrodilló ante ella y bajó la vista.

—Duncan es como un hermano para mí, te pido perdón, no era mi intención separaros. Pero Duncan debe enfrentarse al enemigo y pensé que alejarlo de ti aumentaría su concentración.

—¿Enfrentarse a su enemigo? Para eso ya está el FBI.

—No, sospechamos que hay un topo en el FBI y las leyes de nuestro clan nos obligan a enfrentarnos personalmente a nuestros enemigos.

—Pero podrían matarlo. —respondió Tris tratando de no gritar para no alertar al equipo de seguridad.

—Son las leyes del clan, ni siquiera yo puedo incumplirlas.

—¿Qué quieres que haga?

—Al principio, como te he dicho, pensé que alejándolo de ti se concentraría, pero ha resultado ser un error, sin ti está como muerto. Si nos enfrentamos a los rusos, no creo que sobreviva, es más, creo que él busca que lo maten.

Tris sintió un escalofrío al pensar que él pudiera morir, prefería verlo con otra, a verlo muerto.

—¿Y cómo puedo ayudar?

—Debes conseguir estar con él, pero sin estarlo.

—A mí no me vengas con mierdas filosóficas, habla claro, ¿estar con él, pero sin estar con él?

—No puedes decirle que yo he hablado contigo, no debe saber que conoces la verdad. Acércate a él, consigue que recupere la ilusión.

—¿Por qué no decirle la verdad?

—Si lo amas, deberás confiar en mí. Encuentra el modo de acercarte a él.

Akira se colocó la capucha, saltó al tejado y desapareció. Desde detrás de la puerta del balcón, Gabriel había estado vigilando con la pistola en la mano, dispuesto a abatir a aquel extraño.

Tris se quedó mirando la luna, Duncan nunca había dejado de amarla, ahora comprendía ese aspecto demacrado, esos ojos vacíos. Una idea surgió en su mente, era bastante loca, pero podría servir.

Brenda sacó el móvil, aprovechó que Joe se había ido a la cama y marcó el teléfono de Duncan, necesitaba algo de intimidad.

—Sí. —dijo una voz susurrante y apagada.

—Lo siento Duncan. Solo quiero que sepas que siempre estaremos contigo y que te quiero.

—Yo también te quiero.

Brenda colgó, las lágrimas le llenaban los ojos y no quería que Duncan la escuchara llorar.

Duncan dejó el móvil sobre la cama y se quedó mirando el techo. Tris estaba con Brenda y Joe, esperaba que lo estuviera pasando bien, con ellos se animaría. ¿Lo habría olvidado ya? ¿Habría pasado página? Su móvil volvió a sonar, descolgó sin mirar la pantalla y se lo llevó a la oreja.

—Hola Duncan.

—¿Tris?

—Tenemos que hablar, quiero hacerte una proposición.

C. J. Benito

Duncan y Tris

Mi vida a cambio de tu amor

© 2016 Safe Creative
All rights reserved
Imagen original: Pixabay

Capítulo 1

Duncan tembló al escuchar su voz, cerró los ojos y trató de parecer tranquilo y frío, pero le resultó imposible.

—Nunca había sentido por un hombre lo que he llegado a sentir por ti. — dijo Tris.

Duncan tragó saliva, “llegado a sentir”, ¿ya no lo sentía?

—Después de la ruptura... he cambiado, yo tampoco creo en el amor.

Duncan abrió los ojos y apretó el puño, se odiaba a sí mismo por haberle hecho tanto daño.

—Ya no quiero tener una relación, ahora lo único que me interesa es centrarme en mi trabajo, vivir lo mejor que pueda y en cuanto a hombres solo busco tener sexo sin compromiso. Lo que te propongo es tener un pacto, quedaremos las veces que deseemos para tener sexo y luego cada uno regresará a su vida. Sin compromisos, sin ataduras, solo sexo.

Duncan se estremeció solo de pensar en volver a tenerla entre sus brazos, pero resultaba muy duro saber que por su culpa ella había experimentado un cambio tan radical, había conseguido que ella no creyera en el amor. ¿Qué haría cuando descubriera que él sí la amaba y que la había engañado? ¿lo entendería o su corazón seguiría cerrado al amor?

—Acepto con la condición de que te mudes a uno de los dormitorios libres de mi apartamento. Así el equipo de seguridad tendrá más fácil protegernos y también podremos mantener esos contactos de forma más cómoda y discreta.

—Estaré en Morgan unos días, te avisaré cuando llegue a New York.

—Adiós Tris.

—Adiós Duncan.

Tris colgó el teléfono y suspiró, su pecho subía y bajaba agitado por la emoción, volvería a estar con él, le iba a costar mucho no contarle la verdad y dado su problemilla, tendría que evitar mirarlo y sus preguntas más íntimas. Debía ser más lista que él o la descubriría, no quería que Akira los separara

de nuevo.

A la mañana siguiente, Tris se levantó de la cama, se duchó y se vistió a toda prisa, estaba llena de energía, toda su tristeza se había evaporado como por arte de magia. Bajó las escaleras corriendo y esquivó a Adele que la miró sorprendida.

—¡Perdona Adele!

Aflojó el ritmo y caminó por el pasillo hasta la cocina, Joe para variar no estaba y Brenda miraba su tablet distraída.

—Hola Tris, ¿has dormido bien?

—Sí, parece que me encuentro mejor. —dijo Tris agarrando una tostada a la que no tardó en untar mermelada y mantequilla.

Gabriel se quedó mirando a Tris, ya había informado a Brenda de lo sucedido la noche anterior. Si ese extraño volvía a aparecer, lo llenaría de plomo y preguntaría después.

Brenda la miró con ojos inquisitivos, no estaba dispuesta a dejar pasar lo ocurrido y necesitaba respuestas. ¿Qué tenía que ver Tris con ese tipo?

—Dime Tris. ¿Puedes explicarme qué hacía un tipo vestido raro y con espadas en el balcón de mi casa?

Tris se atragantó y empezó a toser. Brenda se levantó corriendo y le dio un par de golpecitos en la espalda hasta que dejó de toser y pareció sentirse mejor.

—Tengo un equipo de seguridad, ¿recuerdas? Y Gabriel es de los mejores.

—Por favor Brenda, no puedo contarte nada, solo te diré que tengo un plan para volver con Duncan y ese hombre es amigo de tu primo, no mío.

Brenda agarró su taza de café y suspiró fastidiada, odiaba los secretos.

—Está bien, guardaré silencio, no se lo contaré ni a Joe, pero a cambio quiero que me mantengas informada.

Tris asintió y miró la tostada, lo había pasado tan mal con el primer mordisco que ya dudaba si darle otro bocado.

—Este viernes regresaremos a New York, espero que sepas lo que haces, no quiero que os hagáis más daño.

—Eso espero yo también. —dijo Tris nerviosa.

Duncan se pasó el resto de la semana comiendo, quería recuperar los kilos perdidos o al menos no parecer tan demacrado. Tod lo miraba con ojos llenos de esperanza, sabía que Tris iba a volver, pero eso de que serían solo amigos, no terminaba de creérselo. Branson y Ford no opinaron, se limitaron a guardar

silencio, al menos así volverían a tenerlos juntos y sería más fácil mantenerlos a salvo.

Duncan cambió las botellas de alcohol por comida basura, rosquillas de chocolate y todo lo que pudiera hacerlo engordar rápidamente. Estaba obsesionado con no parecer débil ante Tris, le costaba creer que ella volvería a estar a su lado, pero sería extraño no poder mostrarse como antes, solo sexo.

El viernes por la mañana, Tris sintió que le temblaban las piernas. Ford le había llamado para avisarle de que ya habían trasladado sus cosas al apartamento de Duncan y su habitación estaba lista. Sería la primera vez que lo tendría cara a cara, ardía en deseos de abrazarlo y sentirlo dentro de ella, pero debía mostrarse más distante si quería que aquella farsa fuera creíble y sobre todo evitar sus preguntas, al menos las más comprometidas.

Tod fue el primero en salir a recibirla, le dio un abrazo y la apartó para mirarla a los ojos.

—No sé qué te traes entre manos, pero puedes contar conmigo. —dijo Tod y se marchó para evitar que ella lo viera llorar.

Branson la miró, la abrazó y le dio un beso en la mejilla, luego se marchó sin decir nada. Ford se quedó mirando a su amigo, nunca le había visto mostrarse sentimental.

—Te acompañaré a tu habitación, está junto al dormitorio de Duncan. — Ford la acompañó hasta su habitación y en cuanto ella entró, él cerró la puerta y se cruzó de brazos—. Más te vale tener cuidado, Duncan ha cambiado y no quiero que te vuelva a romper el corazón.

—Tranquilo, no estoy aquí por amor, ahora solo busco divertirme.

—No puedo creer que te hayas vuelto tan fría.

—La vida te hace cambiar, Ford. Tú tienes a Martina, pero yo no tengo a nadie.

—Pero puedes encontrarlo, Duncan no es el único hombre sobre la faz de la tierra.

—Cierto, pero era el único que ha llegado a interesarme.

Ford negó con la cabeza, abrió la puerta y se marchó, no podía aguantar ni un minuto más el cambio de personalidad de Tris.

Tris se sentó en la cama y suspiró, si Ford hubiera seguido así, habría acabado confesando.

Estudió la habitación, parecía sacada de un hotel, fría, sin nada especial, tendría que darle su toque o se volvería loca viviendo allí.

Duncan estaba paralizado, no se atrevía a salir del despacho. Akira había aceptado su pacto, siempre y cuando él mejorara en los entrenamientos, ahora sí se sentía con fuerzas. La puerta del despacho se abrió y Tris entró.

—Hola Duncan.

—Tris.

—Si quieres que viva en esa habitación, quiero hacer algunos cambios.

—Habla con Tod y pídele lo que desees. Ya sabes que el dinero no es problema.

—Bien, adiós. —dijo Tris dispuesta a marcharse.

—¡Tris!

—¿Sí?

—¿Estás segura de querer hacer esto?

—Sí. —contestó Tris y se marchó.

Duncan respiraba con dificultad, su presencia lo turbaba, la deseaba, pero necesitaba su amor. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado?

Tris se apoyó en la pared y trató de tranquilizarse, Duncan tenía muy mal aspecto, sentía un inmenso deseo de entrar en el despacho, abrazarle, decirle que sabía la verdad, pero no podía... temía la reacción de Akira. Trató de reunir fuerzas y regresó a su habitación, más tarde hablaría con Tod, traería algunas cosas de su apartamento.

Tris dejó que pasara el fin de semana, el domingo por la noche pidió a Tod que entregara una nota a Duncan, no se atrevía a hacerlo ella misma, temía que la descubriera con alguna pregunta directa.

Duncan estaba en la terraza, observaba como de costumbre la ciudad, le apasionaba la vista nocturna de New York. Tod se acercó y le entregó la nota, no le dio ninguna explicación y se limitó a marcharse. Duncan miró con curiosidad aquel extraño documento y sonrió, era la letra de Tris.

Contrato personal

Todas las normas deberán ser cumplidas, si una sola de ellas se incumpliera, se daría por finalizado el presente contrato.

Duncan sonrió, qué formal había resultado ser su salvaje.

1º No podrás hacerme ninguna pregunta directa sobre mi situación sentimental, emociones o vida privada.

2º Los encuentros se harán de forma discreta y en silencio, nada de hablar, sexo y punto.

3º Quiero volver a trabajar en cuanto la situación lo permita.

4° Me reservo el derecho de renovar o cancelar este contrato.

Capítulo 2

Duncan miró la firma de Tris y la acarició con los dedos, como si esa fuera la única forma de estar cerca de ella en ese instante. Sacó su pluma de la chaqueta y firmó, era tarde y Tod ya estaría en su dormitorio, por lo que decidió acercarse él mismo a la habitación de Tris. Branson estaba en la cocina sirviéndose una copa cuando lo vio pasar por el pasillo, meneó la cabeza negativamente y dio un trago, esos dos lo ponían de los nervios, nadie deja de amarse de la noche a la mañana, hasta él sabía eso.

Duncan iba a deslizar el papel por debajo de la puerta cuando Tris la abrió y tropezó con él.

¿Estás bien? —preguntó Tris al ver a Duncan tirado en el suelo y rascándose la cabeza.

—Sí, es tarde y pensé en entregarte yo mismo el contrato.

—¿Por debajo de la puerta?

—No quería despertarte.

Tris recogió el contrato del suelo y lo dejó sobre la cómoda de su dormitorio, miró a Duncan de soslayo y cerró la puerta.

Duncan se quedó mirando como se alejaba en dirección a la cocina, se levantó del suelo y caminó hacia su dormitorio, estaba tenso, parecía un crío en su primer día de guardería.

Tris entró en la cocina, abrió el frigorífico y sacó una botella pequeña de agua, miró a Branson y entrecerró los ojos ceñuda.

—¿Qué pasa?

—¿Ya empezó vuestro estúpido juego? —preguntó Branson malhumorado.

—Eso no te importa, tú dedícate a beber de tu copa o búscate una novia que te aguante, si es que eso es posible.

Branson dio un trago y esperó a que ella abandonara la cocina para sonreír, su bordería no había cambiado.

Tris se tumbó en la cama, cogió el contrato y acarició la firma de Duncan.

Le hubiera gustado estar con él esa misma noche, pero aún no estaba preparada.

Akira saltó de un tejado a otro, ayudado por un artefacto que lanzaba un cable metálico con un garfio en el extremo. Se balanceó en el aire y observó por uno de los cristales sucios de aquella vieja fábrica. Por mucho que le hubieran cambiado el nombre a Clinton, todos seguían conociéndolo como la cocina del infierno y una vez más hacía honor a su nombre. Allí estaban los rusos y planeaban algo muy serio, había mesas metálicas en las que reposaban cientos de armas. Después de su incidente en el parking, se habían tomado muy en serio los preparativos, parecía que se prepararan para una guerra. Akira se balanceó hacia una de las azoteas, recogió el cable y se ajustó a la espalda el lanzador, debía advertir a Duncan, pronto atacarían esa fábrica y con un poco de suerte acabarían con la amenaza.

El lunes por la mañana, Duncan estaba desayunando en su despacho, esa era su nueva costumbre desde que Tris hubiera regresado al apartamento. Le aterraba mirar sus ojos y verlos llenos de rencor o peor aún, vacíos, no soportaría verlos sin vida y más cuando sabía que él era el culpable de ese mal.

Tris estaba sentada en la cocina, moviendo su cacao una y otra vez. Tod la miró ceñudo, no sabía qué hacer para que ella se sintiera cómoda.

—Tris, deja de dar vueltas a la leche y tómatela, pareces una colegiala.

Tris sonrió, sacó la cucharilla y la dejó en el pequeño platito, agarró el vaso y se bebió el cacao, estaba delicioso. Llevó el vaso y el resto de platos que había usado al fregadero y se marchó, temía que Tod le sacara algún tema embarazoso.

Entró en el salón y se quedó mirándolo, Branson y Ford estaban en el cuarto de seguridad, varios hombres vigilaban la puerta del apartamento, otros hacían rondas por el resto del edificio, vivía en estado de sitio, pero lo aguantaría, todo por estar junto a él.

Dos semanas después, Tris estaba muy nerviosa, deseaba consumir el contrato, pero tenerlo cerca le aterraba, ¿podría contener lo que sentía?

Akira entró en el despacho de Duncan, cerró la puerta y caminó hasta uno de los sillones situados frente al escritorio. Se sentó y lo miró con seriedad.

—¿Conservas el uniforme que te entregó el maestro?

—Sí. —respondió Duncan confundido.

—He localizado el paradero de los rusos, ha llegado el momento de atacar.

Mis fuentes me han informado de que intentarán secuestrarte esta misma semana.

—¿Tus fuentes?

—Tomé un rehén, me informó y lo eliminé. —respondió Akira con frialdad, nunca sintió remordimientos por acabar con gente que él consideraba peligrosa o despreciable.

—¿Cuándo atacaremos? —preguntó Duncan temiendo la respuesta.

—Esta noche.

—¿Crees que estoy listo?

—Esta noche lo descubriremos. —repuso Akira levantándose del sillón—. Si quieres volver a ver a tu chica, más te vale sobrevivir.

Akira abandonó el despacho y se cruzó con Tris, la agarró del brazo y tiró de ella hasta la terraza.

—¿Qué quieres? —preguntó Tris molesta por aquellos malos modos.

—Duncan está tenso, sería bueno que lo relajaras.

—¿Pero qué te crees tú, que soy una prostituta?

—Esta noche visitaremos a los que intentaron secuestrarte, no te garantizo que regresemos con vida, de manera que tú decides si quieres estar con él, pero recuerda... guarda en secreto lo que sientes o lo desconcentrarás y los dos sabemos qué pasará si eso ocurre.

Tris tragó saliva, ¡maldito Akira! En cuanto se perdió por uno de los pasillos del apartamento, Tris le dio una patada a una silla. Suspiró y trató de respirar profundamente varias veces, luego dio media vuelta y caminó hacia el despacho de Duncan.

Por la tarde, Akira entrenó con Duncan, sus reflejos habían mejorado y su estado físico era más adecuado. Le lanzó un par de puñetazos, pero Duncan los paró sin problema, para acto seguido revolverse contra él y darle una feroz patada que le hizo caer al suelo y lo dejó sin aliento.

—Parece que tener a esa chica cerca, te ha beneficiado.

Duncan no respondió, se limitó a ofrecer la mano a Akira y en cuanto este se levantó, agarró una toalla y se secó el sudor.

Tris dejó la puerta de su dormitorio abierta, esperaba a que Duncan cruzara el pasillo, necesitaba estar con él.

El temor atenazaba su corazón, no podía soportar la idea de que tuviera que luchar esa noche contra esos asesinos, ¿por qué tenía que pertenecer a ese maldito clan?

Duncan cruzaba el pasillo, dispuesto a entrar en su dormitorio para darse una ducha, cuando sintió que alguien lo agarraba del brazo, se giró y la vio.

—Quiero que nos veamos en quince minutos. —dijo Tris con aparente frialdad.

—Tris, no creo que sea el mejor momento.

—Si incumples el contrato, regresaré a mi apartamento y buscaré a otro.

Duncan apretó los labios, solo de pensar que ella pudiera estar en brazos de otro... no lo permitiría, aunque quizás no tuviera opción porque esa noche podría ser la última.

—Está bien. —respondió Duncan y se marchó.

Tris entró en su cuarto y se sentó, no podía disimular hasta qué punto le temblaban las piernas, iba a estar entre sus brazos, lo sentiría como nunca debió dejar de sentirlo, sería suyo otra vez y quizás... ¡No!, volvería sano y salvo, debía volver.

Tris entró en el dormitorio, era espacioso y tenía una decoración austera, Duncan lo había dispuesto solo para sus encuentros. Se desnudó y se metió en la cama, estaba impaciente por verlo.

Duncan se quedó parado frente a la puerta, estaba temblando, temía que ella fuera fría, ¡maldito Akira! Abrió la puerta y la cerró con llave, no quería interrupciones. Se desnudó ante los ojos de Tris, que no dudaba en mirarlo como a un objeto sexual. Se acercó a la cama y se sorprendió cuando ella se subió encima y comenzó a besarlo con ansiedad. Era una sensación indescriptible, sentir los labios de la persona que amas, a pesar de que tu mente te recuerda una y otra vez que ella ya no te ama, tenerlo todo y nada a la vez, deseó que al menos lo que él sentía fuera suficiente para los dos. Devolvió cada beso, acarició su espalda y bajó hasta su culo que acarició con deseo, dejó que sus dedos se deslizaran por él hasta llegar a su húmedo sexo. Tris gimió al sentirse acariciada en tan íntima zona, lo deseaba tanto que no podía aguantar más, por mucho que deseara que aquello nunca acabara. Agarró su miembro y lo introdujo en su vagina, comenzó a deslizarse para hacerlo entrar y salir, quería sentir ese placer que solo él era capaz de brindarle. Duncan la miraba en silencio, dejaba que ella lo besara y por unos instantes hubiera jurado que sus ojos lo miraban como antes. Tris se incorporó un poco, estaba cerca de llegar al orgasmo, demasiado tiempo esperándolo. Los dos se dejaron llevar por el climax y por unos instantes quedaron abrazados y sin fuerzas. Tris se recompuso, lo miró fijamente y trató de parecer fría, recogió

su ropa y entró en el baño para vestirse.

Duncan se levantó de la cama, se vistió y se marchó, no podía aguantar por más tiempo estar tan cerca y tan lejos de ella.

Duncan miró su uniforme, estaba cubierto por minúsculas placas de metal negro, era un material extraño porque no pesaba nada.

—Siempre me pareció extraño este metal. —dijo Duncan mientras saltaba al tejado cercano.

—No es para menos, el maestro me contó que procede de un meteorito, sus antepasados lo llevaron a la ciudadela y lo usaron para crear las protecciones que ves y nuestras katanas.

Akira se paró en seco, frente a ellos estaba la fábrica, miró a Duncan con seriedad y sacó su lanzador.

—Recuerda, la protección evitará que te apuñalen, ningún metal, ya sea una bala o una espada, puede atravesarlo, pero recuerda que somos vulnerables en la zona de los ojos y en las uniones de los metales, no te arriesgues.

Capítulo 3

Duncan sacó su lanzador y asintió con la cabeza, los dos accionaron el mecanismo y observaron como el cable de acero se clavaba en una de las paredes del cuarto de la azotea. Se deslizaron hacia allí, recogieron el cable y lo engancharon a su espalda, desenvainaron sus katanas y se acercaron a una claraboya de cristal cubierta de mugre tras años de descuido y ausencia de limpieza.

—Buscaré el panel de control y apagaré las luces. —dijo Duncan.

Akira corrió hacia uno de los cables de alta tensión, dio un salto y lo cortó con su espada. Duncan asintió, esa también era una buena opción.

A través de los cristales podían ver como varios hombres hacían la ronda, serían unos cuatro, pero Akira sabía que eran muchos más, gracias a los reconocimientos previos. Los dos saltaron por la claraboya, el estallido de los cristales bajo su peso alertó a los guardias que no dudaron en abrir fuego. Akira cayó sobre una viga de metal y Duncan usó su lanzador para engancharse a otra y desde allí caer al suelo.

Duncan avanzó hacia uno de los guardias que no dejaba de dispararle, cruzó sus espadas sobre sus ojos y corrió hacia él, saltó, giró sobre sí mismo y clavó su espada en el corazón del guardia, no habría piedad.

Akira se dejó caer sobre dos guardias, atravesó sus cuerpos con las espadas y le lanzó una de las katanas a otro guardia que se acercaba. Los rusos alertaron al resto de sicarios y todos acudieron fuertemente armados. Akira hizo un gesto a Duncan, los dos sacaron unas bolas negras de su uniforme y las lanzaron contra ellos, en cuanto estas tocaron el suelo, una nube de humo negro difuminó la poca visibilidad de la que disponían. Caminaron entre ellos, matando uno a uno, a aquellos despreciables seres.

Los rusos disparaban en todas direcciones, se mataban entre ellos, algunos gritaban asustados, pero sus gritos eran rápidamente silenciados.

Minutos después, el humo empezó a disiparse y todo estaba en silencio.

Duncan subió las escaleras y entró en el único despacho que había en aquella desvencijada fábrica, estaba vacío, pero en un panel habían dispuesto numerosas fotos de Tris, él mismo, su edificio, recorridos habituales y su compañía. Maldijo por lo bajo y salió corriendo escaleras abajo, se reunió con Akira y los dos abandonaron el lugar. Habían mandado un mensaje, pero no acabaron con la amenaza, su padre seguía vivo y dispuesto a joderle la vida.

Los dos se alejaron, saltando de tejado en tejado, bajaron por las escaleras de un viejo edificio y recogieron unos macutos, se cambiaron de ropa y guardaron su uniforme y armas, salieron fuera y subieron a la limusina donde les esperaba Branson.

Duncan dio un golpe en la puerta del vehículo y resopló, todo podía haber acabado esa noche si hubiera estado su padre, pero ahora ignoraba cuáles serían las consecuencias de sus actos.

Tris estaba sentada en la cama, no podía pensar en dormir sabiendo que Duncan estaba en peligro, se levantó y caminó de un lado a otro como una loca. Escuchó un ruido y decidió hacerse la despistada e ir a la cocina a por algo. Nada más abrir la puerta, vio pasar a Branson con su acostumbrada mirada de pocos amigos. Akira le guiñó un ojo y entró en su habitación, pero... ¿y Duncan? Caminó hasta el salón y se quedó mirando la terraza, las puertas estaban abiertas, se acercó para cerrarlas y fue entonces cuando lo vio. Apoyado en la barandilla de metal, miraba la ciudad con ojos vacíos.

—¿Mucho trabajo? —preguntó Tris fingiendo no saber lo que había ocurrido.

—Sí, pero todo ha sido para nada, no he conseguido cerrar la operación.

Tris se giró dispuesta a marcharse cuando escuchó su voz.

—Tris... no quiero volver a hacerte daño.

Tris lo miró y rezó para que no le hiciera ninguna pregunta directa.

—Pues límitate a cumplir nuestro pacto y todo irá bien.

Duncan la miró y sus ojos reflejaron un dolor insondable, su frialdad había desaparecido y ella tuvo que marcharse para evitar derrumbarse.

Akira se quedó mirando su uniforme guardado en el macuto, él no era tan sentimental como Duncan, pero entendía que Tris era una gran chica y no merecía sufrir, por otro lado, su amigo había luchado con un instinto suicida poco conveniente, debía tomar una decisión, pero... ¿cómo unirlos de nuevo sin que perdiera su concentración? Miró hacia la puerta del dormitorio y

sonrió, ya sabía lo que tenía que hacer.

Duncan salió de la ducha y se paró en seco al ver a Akira sentado en su cama.

—Tenemos que hablar, en la fábrica actuaste como un suicida.

—No tengo nada que perder, alguien me lo quitó todo, ¿recuerdas? —replicó Duncan.

—Tris te quiere y ese pacto no es más que una excusa barata para estar contigo.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis fuentes, de manera que sí tienes algo que perder, pero debes mantener el secreto. Si le confiesas tu amor, haré que nunca más la vuelvas a ver.

—¿Serías capaz? —preguntó Duncan sorprendido.

—Si con eso salvo tu vida y la de ella, sí. —Akira miró a Duncan con frialdad y abandonó el dormitorio, ahora su amigo y su chica estarían entretenidos jugando al gato y al ratón.

Duncan sonrió, no era de los que lloraban, pero lo hubiera hecho de buena gana, Tris lo quería, le iba a costar mucho no correr a su habitación, abrazarla, besarla, estaba deseando tenerla entre sus brazos, pero antes...

Brad se quedó sin palabras al ver el estado en que había quedado la fábrica, entró en su despacho, acompañado de varios hombres y cogió sus cosas. Bajaron las escaleras y salieron de la fábrica. En cuanto el vehículo se alejó, sacó un pequeño mando y pulsó un botón, tras ellos, una explosión sacudió el terreno, la policía no encontraría gran cosa. Ahora Komarov tomaría la iniciativa, lo conocía lo suficiente como para saber que pediría la cabeza de su hijo en bandeja de plata y todos esos asquerosos sanguinarios se la servirían sin dudar.

Durante el resto de la semana, Duncan actuó con frialdad, sentía el deseo de provocarla, la ilusión lo llenaba, ella lo seguía queriendo. Estaba deseando que aquella pesadilla acabara para que todo volviera a la normalidad.

Tris entró en la sala, la junta directiva esperaba pacientemente a que Denis activase el proyector y comenzara a explicar la evolución de la nueva web.

Denis revisó sus documentos y sonrió, los datos eran excelentes y todo fue gracias a Tris y su honestidad, ella nunca habría reparado en esos detalles.

Duncan entró en la sala y se sentó al final de la enorme mesa, se recostó en su sillón, que era el más alto de todos y clavó sus ojos en Tris, que trató de

evadirle.

—Como pueden ver en los gráficos, la evolución de la nueva web ha sido espectacular, el número de clientes nuevos diarios supera en un cuarenta por ciento a los que obteníamos con anterioridad. La web no solo es un éxito, además es una fuente de captación para nuestros próximos proyectos, en ella pensamos implantar anuncios de otras redes de negocio. Por favor Tris.

Tris se acercó al proyector, cargó un programa y en cuanto este empezó a proyectarse en la pantalla, miró a los componentes de la junta. Duncan no dejaba de mirarla, la tenía de los nervios, de buena gana le hubiera lanzado el proyector a la cara y le habría borrado esa expresión de superioridad.

—Si la junta da luz verde, iniciaremos una campaña, no solo anunciaremos los productos de la compañía, también ofreceremos servicios de publicidad a otras empresas.

—¿No robará protagonismo a nuestros productos? —preguntó Duncan mirándola fijamente.

—No, los anuncios de la compañía utilizan un sistema gráfico diferente y con ello logramos mayor visibilidad.

—No lo veo claro, ¿por qué usar esa web para anunciar otros productos?

—Previamente hemos realizado un estudio, como puede ver en este gráfico, nuestra presencia en la red se intensifica y los mismos clientes que compran publicidad, amplian este nicho de mercado. Básicamente les cobramos y ellos nos generan publicidad extra al compartir la web con sus clientes.

Duncan asintió sin dejar de mirarla, estaba disfrutando viendo como los ojos de Tris lo fulminaban.

Media hora después, la junta dio luz verde al proyecto y se levantó la sesión. Duncan se acercó a Tris y sonrió.

—Lo has hecho bien, aunque parecías querer matarme con la mirada.

—No te has comido el portátil de milagro. —gruñó Tris.

—¿Cuándo tendremos nuestro siguiente encuentro?

—Me has cabreado, no estoy para pensar en eso.

—Tenemos un pacto, ¿recuerdas?

Tris lo miró y tembló al pensar en ello, había algo diferente en los ojos de Duncan, como si la vida hubiera regresado a ellos.

—Por cierto, se te marcan mucho las bragas rojas. —dijo Duncan dándole la espalda y caminando hacia la salida.

Tris se miró el culo en uno de los espejos y gruñó, era mentira. ¡Maldito

idiota!, pensó, pero acabó sonriendo.

Capítulo 4

Dos semanas después

Robert Mack entró en el despacho de Duncan, Branson lo miró con desconfianza.

—¿En qué puedo ayudarle señor Mack? —preguntó Duncan con suspicacia.

—Hace unas semanas hubo una explosión en una fábrica abandonada. La policía científica analizó la zona en busca de pruebas y encontró los cuerpos de varios hombres. —explicó Mack ocultando información—. Pertenecían a la red mafiosa que trataba de extorsionarle.

—¿Está seguro?

—Sí, comprobé sus identidades y lucían los mismos tatuajes que los que capturamos con anterioridad.

Duncan sonrió con desprecio al escuchar eso, ¿capturamos? Él se los entregó.

—Tanto su líder Komarov, como su padre han abandonado el país.

—¿Cómo puede saber eso?

—Tomaron un vuelo privado, aunque usaban identidades falsas, una cámara los captó acercándose a un hangar privado. Por desgracia, el operador no le dio la importancia debida y las imágenes nos llegaron cuando ya no podíamos hacer nada. Aquí tiene unas fotos sacadas del vídeo de vigilancia del aeropuerto.

Duncan agarró las fotos y las miró con rabia, Komarov era corpulento, de ojos negros y pelo ridículamente blanco, parecía un cantante de pop barato y su padre... con ese pelo rubio canoso, sus mismos puñeteros ojos azules y su cuerpo delgado, ese bastardo... tarde o temprano lo cazaría y le haría pagar. Tiró las fotos sobre la mesa y miró a Robert.

—¿Cambia esto algo?

—Sí, deben haber reconsiderado sus opciones y por lo que dicen mis contactos, sus adversarios han empezado a enfrentarse a Komarov.

—Bien, gracias Robert.

—Un placer, no obstante seguiré pendiente del caso, cualquier cosa, no dude en llamarme.

Duncan asintió y guardó silencio hasta que Robert abandonó el despacho.

—¿Qué piensas? —preguntó Branson.

—Refuerza la seguridad, esto me huele a una treta para que bajemos la guardia.

—Eso mismo pienso yo. —respondió Branson sonriendo.

Tris entró en el servicio, Mack acababa de informarle de que su pesadilla había terminado, pero... ¿permitiría Akira que ellos dos volvieran?

Por la tarde, los dos regresaron juntos en limusina al apartamento, las medidas de seguridad seguían vigentes, pero se respiraba un ambiente más relajado.

Duncan entró en el cuarto de Akira y lo encontró vacío, sintió un palpito y comenzó a registrar la habitación, sin duda se había marchado, pero... ¿por qué? ¿acaso pensaba que el peligro había pasado?

Salió del cuarto y se tropezó con Tris, tuvo que agarrarla para que no cayera al suelo.

—¡Serás bruto!

—Perdona, no te vi.

—¿Y Akira? —preguntó Tris con fingida y medida indiferencia.

—Se ha marchado.

—¿Se ha marchado? Entonces... ¿se ha acabado? Robert Mack me dijo que habían desarticulado la organización y que sus cabecillas habían huido de Estados Unidos.

—Sí, eso dice.

—No pareces convencido.

—Prefiero ser precavido y no pienso dejarte sin seguridad mientras esos bastardos no estén muertos o en la cárcel.

Tris lo miró, tuvo que contenerse, deseaba contarle la verdad, pero la sombra de Akira planeaba por su mente y tenía miedo de que los volviera a separar.

—Por cierto Tris, tengo que viajar a Denver y necesito que me acompañes.

—¿Yo? ¿por nuestro pacto?

—No, aunque eso tampoco lo descarto. Debo cerrar un negocio y necesito tu sinceridad y tu visión de marketing.

—¿Por qué no va Denis?

—¿No te enteraste?

—¿De qué?

—Se ha tomado unas vacaciones, hacía tiempo que tenía ganas de visitar a su hijo que estudia en Londres. ¿Vendrás?

—Es mi trabajo. —respondió Tris con frialdad y se marchó, no podía soportar por más tiempo estar cerca de él.

Duncan se marchó con Branson y Ford se quedó al mando. Tris se acercó al cuarto de control y se quedó observando a Ford que no dejaba de mirar unas cámaras y anotar cosas en una libreta.

—Yo nunca podría trabajar en seguridad, es aburrido y peligroso.

—Cierto, pero es lo único que sé hacer. —replicó Ford divertido.

—¿Qué tal con Martina?

—Bien, pero empieza a asustarme.

—¡Cuenta, cuenta, cuenta! —gritó Tris corriendo hacia él, agarró una silla y la colocó frente a él.

—Me pidió matrimonio.

Tris soltó una carcajada al ver la cara de espanto de Ford.

—No es que tenga miedo al compromiso, pero me pilló de improviso, soy un antiguo y yo pensaba que debía hacerlo yo... cuando estuviera preparado.

—Martina no es nada tradicional. ¿Qué te da miedo?

—No es la primera vez que estoy a punto de morir, antes era más fácil, pero ahora con ella... no quiero romperle el corazón.

—¿La quieres?

—Sí.

—Le romperás el corazón si no aceptas, ella ya sabe a lo que se expone.

Ford asintió con timidez y regresó la mirada a los monitores. Tris se levantó, le dio un beso en la frente y se marchó. Deambuló un poco por el apartamento, sin rumbo, sin saber qué hacer. Una idea comprometida surgió en su mente, ¡no lo hagas!

Tris entró a hurtadillas en el cuarto de Duncan, había escuchado a Branson algo de una reunión y que regresarían sobre las doce, eran las nueve de la noche, tenía tiempo de sobra. Registraría sus cosas, necesitaba encontrar algo que probara que Akira tenía razón. Las palabras de Duncan fueron muy duras, necesitaba pruebas. Abrió los cajones de la cómoda con cuidado de no desordenar sus cosas, luego registró los armarios, entró en el vestidor, nada,

no había el menor resquicio de esperanza. Se sentó en uno de los sillones y se quedó mirando la cama en la que tantos buenos momentos había pasado. Miró la mesita y decidió abrirla, para su sorpresa, uno de los cajones tenía cerradura, eso prometía. Se quitó una pinza del pelo, la dobló y la introdujo en la cerradura. En la universidad había aprendido algunos trucos no muy legales. Poco a poco la cerradura fue emitiendo leves quejidos, hasta que el pestillo se liberó y pudo abrir el cajón. Sus ojos se abrieron como platos, estaba lleno de fotos suyas, hasta había guardado una pulsera hecha con papel que le había fabricado para gastarle una broma, en ella estaba escrita la palabra “estirado”. Vio una carpeta, la sacó y la abrió, empezó a leer y sintió una punzada en el corazón, era su testamento, empezó a leerlo y se le puso la piel de gallina. Dejaba una fuerte asignación para asegurar el cuidado de su madre de por vida, Ford, Branson y Tod también recibirían un buen pellizco y... no podía ser... no tenía sentido.

Ella aparecía como la principal beneficiaria de su fortuna. ¿Por qué?

Escuchó ruido en el pasillo y se asustó, lo guardó todo en el cajón y se apuró en volver a cerrarlo con la pinza. Se acercó a la puerta y miró con cautela, Duncan había regresado, pero estaba de espaldas a ella, aprovechó para salir y correr a su cuarto.

Duncan no necesitó girarse para saber que Tris acababa de salir de su dormitorio, pero... ¿por qué habría entrado allí?

Se despidió de Branson y entró en el dormitorio, era un maniático del orden y no tardó en darse cuenta de que había estado hurgando en sus cosas. ¿Qué buscabas Tris?

Tris se dejó caer en la cama, si no la amaba... ¿por qué le dejaba su fortuna? No tenía sentido, cada día todo se volvía más confuso para ella, odiaba las complicaciones, pero no tenía más remedio que esperar a que diera alguna señal porque ella no era capaz de separarse de él.

Pasaron los meses y nada cambiaba, ni para bien ni para mal, los rusos seguían desaparecidos, Duncan se mantenía distante y Akira... nadie sabía nada de él.

Día 1 de diciembre.

Denver

Tris seguía a Duncan por el estrecho pasillo que conducía a la sala de juntas, donde serían recibidos por Mark, el presidente ejecutivo de Marketing Benice.

Los dos entraron en la sala y se sentaron frente a Mark y a su equipo de negociación. Tris se sorprendió de que Duncan no trajera su propio equipo, ¿tan seguro estaba?

—Bienvenido a Denver, Duncan. —dijo Mark sonriendo.

—Corta el rollo Mark, nunca me has soportado y yo tampoco te admiro, quiero tu empresa y tú me la vas a vender.

Tris miró a Duncan, sus ojos eran puro hielo, pero esas palabras hicieron mella en Mark que bajó los ojos y apretó los dientes con frustración.

—He estudiado tus cifras, la última campaña fue un fracaso, no por culpa tuya, tu estrategia era buena, pero tu cliente no invirtió suficientes recursos y el resultado fue nefasto. Tus acciones han bajado y a cada minuto que pasa, su valor sigue depreciándose. Sin embargo, si pasa a formar parte de Clanion, el valor de las acciones subirá y podrás levantar cabeza. —explicó Duncan con su acostumbrado tono de voz monótono, como si negociar le aburriera.

—¿Podré levantar cabeza? Dirás que me arrebatarás la empresa que tanto me costó crear.

—No, como podrás comprobar. —Duncan sacó un documento de su portafolio y lo deslizó por la mesa hasta las manos de Mark—. Mi oferta es superior al valor de mercado de tu empresa, no pretendo hundirte, pero mi oferta tiene una condición innegociable.

—¿Cuál? —preguntó Mark confuso, ¿el tipo más despreciable del mundo se mostraba justo con él?

—Tú seguiras presidiendo la empresa, necesito tus ideas y tu liderazgo.

—¿Quieres mantenerme en mi puesto?

—Ya me has oído, estaré en Denver todo el fin de semana, tienes hasta el domingo para pensarlo, después de esa fecha, retiro mi oferta. —dijo Duncan levantándose del sillón, tocó en el hombro de Tris para indicarle que lo siguiera y ambos caminaron hacia la puerta.

—Tienes la oportunidad de hundirme... ¿y me ayudas? Yo pensaba que eras un cabrón.

Duncan se giró, lo miró con frialdad y esbozó una sonrisa.

—Lo soy. —respondió Duncan y se marchó.

Mark se quedó mirando la oferta, tenía pocas opciones, pero necesitaba meditarlo un poco.

Tris apuró el paso y se colocó junto a Duncan, menuda negociación, no se andaba con chiquitas ni rodeos.

—¿Qué pasa Tris? —preguntó Duncan cansado de sentir los ojos de Tris clavados en él.

—Por más que intentas hacerte el duro, al final sale tu buen corazón. —dijo Tris casi susurrando.

Duncan la agarró por los hombros y la aprisionó contra la pared, la besó y la miró con frialdad.

—Dime, ¿crees que te he besado porque te amo?

—No, ya me dejaste claro que no sentías nada por mí. —mintió Tris.

—Exacto, yo no quiero a nadie, no tengo buen corazón, solo actúo por interés. ¿Queda claro?

Tris asintió con la cabeza, hazte el duro, pero vas a caer, por mucho que te hagas el estirado, vas a caer.

Capítulo 5

Cuando llegaron al hotel, Duncan puso el grito en el cielo, el inútil del recepcionista había anotado mal la reserva.

—Mi secretaría especificó claramente, dos suites. —gritó Duncan colérico.

El recepcionista se hubiera metido debajo del mostrador de haber podido, hasta en una jaula con leones se habría sentido más cómodo. Tris decidió que ya había sido demasiado.

—Creo que no te morirás por compartir cama conmigo. —gruñó Tris.

Duncan claudicó y caminó hasta el ascensor, Tris le guiñó un ojo al recepcionista y le entregó doscientos dólares que el pobre hombre cogió y guardó con rapidez.

Ford, que había estado observando la escena, negó con la cabeza y sonrió, eso confirmaba sus sospechas, Tris seguía loca por Duncan.

Duncan se asomó al balcón y cerró los ojos, se había mostrado como un déspota, tal y como solía ser antes de viajar a Japón, pero pensar que ella estaría todo el día cerca de él, lo ponía de los nervios. Ya no era el mismo, no podía mantenerse frío y calculador, la amaba demasiado y temía a Akira.

Duncan se marchó con Branson y Ford se quedó con Tris, llevaban más escoltas, pero estos se dividieron para cubrir a los dos por separado.

—Buena estrategia. —dijo Ford dando un trago a una botella pequeña de agua.

—¿Estrategia? —preguntó Tris intentando disimular.

—Tris, sé tu problemilla con la verdad, no me hagas aprovecharme.

—Yo no tengo ninguna estrategia.

—¿Manipulaste al recepcionista para que te diera una sola suite y así estar a solas con Duncan?

—Sí. —respondió Tris sin pensar, se puso roja y miró a Ford llena de ira —. ¡Eres un bastardo!

—Claro, qué malo soy, tú eres mucho mejor, menudo mal rato ha pasado el

repcionista por tu culpa y engañar a Duncan es muy honesto.

Tris se sentó en el sillón frente a él y resopló.

—¿Se lo vas a decir?

—No, que me dé cuenta de las cosas no significa que tenga por qué contarlas.

—Gracias Ford.

—Solo espero que no os hagáis más daño. —dijo Ford levantándose del sillón para marcharse.

—Lo quiero. —dijo Tris casi entre sollozos.

Ford dejó la botella sobre una mesita, se acercó a Tris y la abrazó.

—Lo sé, lo sé.

Tris se pasó todo el día sola, Duncan la evitaba y estaba segura de que solo regresaría cuando Ford le avisara de que estaba dormida, así que había llegado la hora de mentir. Después de una cena ligera a base de pizza tres quesos, hamburguesa y raviolis, se lavó los dientes y se acostó. Tal y como imaginaba, una hora más tarde, Duncan entraba en la habitación.

Duncan se desnudó hasta quedar en bóxer, se metió en la cama y procuró estar lo más lejos de ella, sentir su contacto lo haría enloquecer, cerró los ojos y deseó que la noche pasara rápida. Tris abrió los ojos y lo miró, disimuló, rodó hacia él y lo abrazó con los ojos entreabiertos para no ser descubierta, se quedó mirándole expectante. Duncan abrió los ojos, la miró, estaba muy nervioso, no sabía qué hacer, alejarla y arriesgarse a despertarla o... ¿no sería capaz de...?

—Tris... ¿estás despierta?

—Sí, ¡mierdaaaa! —respondió Tris cabreada porque hubiera usado su debilidad para descubrirla. Se apartó de él y se giró.

—No quiero que te apartes de mí. —susurró Duncan con un tono de voz casi inaudible.

Tris se giró y lo miró, él había cerrado los ojos, ¿qué debía hacer? La razón le decía, ¡no lo hagas!, pero el corazón le gritaba, ¡corre a su lado!

Tris rodó hacia él y se acurrucó a su lado. Duncan apretó los dientes y cerró con fuerza los ojos, no quería derramar ninguna lágrima, debía ser fuerte.

—Tris... ¿me quieres?

—Sí. —respondió Tris ya sin poder ocultar sus lágrimas, era inútil, no podía mentir.

—Perdóname. —dijo Duncan acariciando su mejilla con la mano—. Te amo Tris y me da igual lo que diga Akira, no permitiré que nadie me aleje nunca más de la única mujer que he querido.

Tris abrió los ojos y lo miró, ¡maldito Akira! Si Duncan estaba dispuesto a correr el riesgo, ella también lo haría.

—Lo sé, Akira me lo contó todo, pero me obligó a guardar el secreto.

—¿Por eso surgió el pacto? —preguntó Duncan.

—Sí. Akira me contó que te estabas volviendo loco y un suicida, me pidió que me acercara a ti, pero manteniendo ciertas distancias. Lo que pasó en esa fábrica... ¿fuisteis Akira y tú?

Duncan asintió.

—No creo que la amenaza haya pasado, lo que no entiendo es por qué Akira se ha marchado.

—Por mí que no vuelva. —gruñó Tris.

Duncan la besó y ese fue uno de los mejores besos de su vida. Tris se quitó el camisón y lo dejó caer al suelo, ahora que sus sentimientos estaban claros, lo deseaba, se quedó quieta y esperó a que él se liberara de sus bóxer. Él la miró, sus lágrimas manchaban su cara, era la mujer más bella del mundo, devoró sus labios carnosos, la deseaba con tanta intensidad que no creía que ninguno de los dos llegara a dormir esa noche.

Por la mañana, Tris se despertó, no tenía claro si todo había sido un sueño o había ocurrido de verdad, se giró y vio a Duncan tumbado a su lado, mirándola.

—Perdóname Tris.

—¿Por qué?

—Por haber sido débil y no haberme enfrentado a Akira.

—Eso es agua pasada, no hablemos más de ello, lo que importa es que volvemos a estar juntos. —dijo Tris acurrucándose a su lado.

—Vístete, demos una vuelta por Denver. —sugirió Duncan.

—¿No tienes que esperar a que te diga algo Mark?

—No me importa su respuesta, no me importa nada, solo quiero estar contigo.

—Tengo miedo de salir. —dijo Tris apenada.

—Conmigo estarás a salvo, te lo prometo.

Tris lo besó, le dio un empujón y se levantó de la cama dando un salto torpe que hizo que Duncan sonriera.

Komarov apretaba el puño con furia, viajaba de regreso a New York, sus adversarios le habían atacado en varias ocasiones, lo creían débil, pero ese no era el caso, devolvió cada golpe recibido con un mar de sangre. Duncan moriría y si Brad no acababa con él, se encargaría personalmente de que los dos yacieran juntos bajo tierra.

Brad estaba nervioso, la situación se le había escapado de las manos, lo que debía ser un simple secuestro para recaudar dinero para Komarov, ahora se había convertido en una vendetta personal. Era su hijo o él, no había otra opción.

Los dos caminaban por las calles de Denver, Branson no dejaba de sonreír y Ford le lanzó un directo al hombro, los dos contuvieron la risa, al fin y al cabo eran escoltas y debían parecer tipos duros. El resto de la seguridad se dispersó, para de ese modo pasar desapercibidos, si alguien intentaba algo, caerían en la trampa de creer que solo les acompañaban dos escoltas.

—Ha sido horrible tener que fingir que no te amaba, aún tiemblo solo de recordar como te hablé. —confesó Duncan.

—Ese día me hiciste mucho daño, te creí, pero en el fondo, la culpa fue mía por infravalorar de esa forma tu amor, debí desconfiar, pero era más fácil resignarse.

El móvil de Duncan empezó a sonar, lo sacó del bolsillo de la chaqueta y descolgó.

—Entendido, mis abogados se pondrán en contacto contigo, adiós Mark.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tris llena de curiosidad.

—Mark ha aceptado, ahora tu departamento tendrá que inventar una estrategia para relanzar nuestra nueva adquisición y hacer que suba el precio de las acciones.

—Eso es fácil, un anuncio explosivo con mucho rollo de marketing y está en marcha en dos días.

Duncan la abrazó y la besó, ahora se sentía vivo, ni Akira sería capaz de separarlo de ella y los rusos lo pagarían muy caro si osaban acercarse. Ella era suya y nadie se la arrebataría.

—Tris te quiero tanto...

Tris lo besó, sabía lo que le costaba expresar sus sentimientos, su estirado empezaba a abrir su corazón, por fin estarían juntos de verdad.

—Me apetece tomar un refresco. —dijo Tris feliz.

—Pues eso para mi es una orden directa, elige un sitio. —dijo Duncan.

—Esa cafetería me gusta.

—¿No te recuerda a...?

—La cafetería en la que nos conocimos, por eso quiero ir.

Los dos entraron en el pequeño local, Tris se acercó a la barra y pidió un refresco de cola para los dos, sacó su monedero y lo pagó ante la fastidiada mirada de Duncan.

—No te cabrees estirado, al fin y al cabo mi sueldo sale de tu bolsillo, ¿no?

Duncan puso los ojos en blanco, agarró su refresco y la siguió hasta una mesa cerca de una de las ventanas. Ford se quedó dentro de la cafetería y Branson prefirió vigilar fuera.

Capítulo 6

—Eres irritante. —gruñó Duncan.

—Y tú un estirado. —respondió Tris sacándole la lengua—. ¡No me lo puedo creer!

—¿Qué te pasa?

—Que he tocado la mesa por debajo y algún cerdo había pegado un chicle. ¡Aaaaarg! —rebuscó en su bolso y sacó una toallita húmeda, se limpió las manos con fuerza hasta hacerlas enrojecer.

—Me gustaría ser como tú. —dijo Duncan sonriendo.

—¿Y cómo soy?

—Una loca rebelde y feliz.

—Lo de loca viene de fábrica, pero si soy feliz es porque estoy junto a ti.

Duncan se recostó en su asiento, esas declaraciones eran demoledoras para él, seguía costándole encajar que alguien pudiera quererlo.

—Nunca entenderé qué viste en mí.

—Yo tampoco, pero algo debí de ver. —replicó Tris con malicia.

—Salvaje.

—Estirado remilgado.

Durante el almuerzo, Duncan apagó el móvil, si había algo urgente avisarían a Branson o a Ford, quería dedicar toda su atención a Tris.

Tris se quedó mirando su plato de espaguetis con mini albóndigas de ternera, agarró un bote con tomate frito y empezó a verter su contenido sobre la pasta.

—Si sigues así ahogarás las albóndigas. —gruñó Duncan asqueado.

Tris soltó una carcajada e intentó darle un beso, pero él la esquivó.

—Con esa boca llena de tomate, ni me toques.

Tris se levantó y se acercó a él que lo miraba aterrorizado.

—¿No te atrevas?

—Estamos en la suite, la seguridad está fuera, nadie puede protegerte. —

amenazó Tris.

—No te acerques, te lo digo en serio.

Tris agarró el bote de tomate y le lanzó un chorro sobre la camisa blanca, luego siguió manchándole la chaqueta y los pantalones. Duncan la miraba con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer lo que ella estaba haciendo. Con un gesto rápido, le arrebató el bote, le quitó el tapón y vació el bote sobre la cabeza de Tris que chillaba divertida.

—¡Qué pestazooo! —chilló Tris y acto seguido se lanzó sobre Duncan y lo besó.

—Estás loca. —dijo Duncan apartándola un poco para poder mirarla a los ojos.

—¿Me cambiarías por otra más cuerda?

—Jamás, pero ahora te lo digo en serio, si me vuelves a besar con toda esta pringue, me harás vomitar, no soporto este olor.

Tris soltó una carcajada, lo tomó de la mano y tiró de él hasta la ducha.

Por la noche, los dos estaban tumbados en la cama cuando escucharon un golpe seco, Duncan se puso unos pantalones y salió del dormitorio. Ford estaba tirado en el suelo, sin sentido, y junto a él, estaba Akira mirándolo con ojos desafiantes.

—Te dije que no retomaras tu relación con Tris. —dijo Akira con frialdad.

—Yo mando en mi vida y no permitiré que nadie me diga lo que debo hacer.

Akira saltó sobre él, pero Duncan lo agarró de un brazo y lo lanzó sobre una mesa del salón. Akira se levantó y corrió hacia él, dispuesto a golpearlo, pero Duncan ya no era el hombre débil y sin vida con el que él estaba acostumbrado a combatir, lo paró en seco con una patada en el pecho, le dio un puñetazo en la cara y continuó golpeándolo con dureza. Akira cayó al suelo, la sangre resbalaba por su boca. Tris se llevó las manos a la cara cuando vio a Ford y a Akira en el suelo.

—Tú decides, ¿aceptas lo mío con Tris?

—¿Y si no acepto? —preguntó Akira levantándose del suelo.

—Te mataré a ti y a todo el que intente separarme de ella. —respondió Duncan con un tono glacial.

Akira sonrió y eso descolocó a Duncan, caminó hacia él y puso su mano derecha sobre su hombro.

—Si hubieras demostrado este valor desde el principio, nunca habría

intentado separaros. Bueno, se acabó la charla. El maestro quiere veros.

—¿Vernos? ¿Está en América?

—No, debes regresar a Japón.

Duncan apretó los dientes, no le agradaba la idea de regresar y menos con Tris.

—Tris se queda. —dijo Duncan.

—No, el maestro desea conocerla. ¿Qué temes? ¿acaso crees que correrá peligro? —preguntó Akira confundido.

—Intestaste separarnos.

—Nunca tuve una intención real de hacerlo, solo quería que sacaras la bestia que llevas dentro Ryu.

Duncan miró a Akira, hacía mucho que nadie lo llamaba así.

—¡Iré! —gritó Tris que no deseaba que la dejaran a un lado. Caminó hacia Akira y lo miró a los ojos, luego le dio un rodillazo en los testículos—. Esto por pegarle a Ford.

Duncan sonrió, Akira contempló como Tris se alejaba con ojos llenos de asombro.

—¿Tiene alguna hermana? —preguntó Akira sonriendo.

El domingo por la noche todos estaban de regreso en New York, Akira seguía mostrándose esquivo con todos y no parecía tener la menor intención de desvelar los deseos de su maestro. Ford comenzó a planificar el viaje a Japón, le molestó que Akira hubiera tomado el control. Salvo Branson y él, no permitía que ningún otro miembro de la seguridad viajara con ellos y para empeorar las cosas, tomarían un vuelo comercial de Oceanic. Branson entró en la sala de control, parecía estar del mismo humor que Ford.

—¡Puto Akira!

—No te quejes, fue a mí al que dejó sin sentido. —gruñó Ford.

—Normal, eres el más débil de los dos.

Ford miró a Branson con cara de pocos amigos, agarró unos documentos de su escritorio y se los entregó.

—Menuda locura, viajar en un vuelo rodeado de extraños, este tío está loco. En fin, mañana a las nueve nos vamos, habrá que preparar las maletas y por lo que me ha dicho Duncan, no esperes un hotel cinco estrellas. —dijo Branson resoplando.

Tris se quedó sentada en la cama, mirando la puerta abierta del vestidor, no tenía ni idea de qué ropa meter en la maleta. Duncan entró en el dormitorio y

se quedó mirándola.

—¿Qué pasa Tris?

—No sé qué ponerme para el viaje.

—Ropa de abrigo y deportiva, aquello es... no es nada lujoso y no querrás estropear tu ropa. Las calles son de tierra, las casas de madera o roca, es como volver a la edad media.

Tris hizo un puchero, se levantó, le dio un beso en la mejilla a Duncan y corrió al vestidor, dispuesta a pelearse con su ropa.

Akira entró en el cuarto de control, Ford se giró y lo miró molesto. Akira inclinó la cabeza ante él y habló.

—Te pido disculpas por mi ataque, sé que Duncan te aprecia y necesitaba hacerlo enfadar. No volverá a ocurrir.

Ford asintió con la cabeza, le resultaba chocante que aquel tipo raro pudiera tener modales.

—No debéis temer nada, en todo momento estaréis protegidos por mi clan.

—dijo Akira con seriedad, lo miró fijamente y se marchó.

Ford agarró un lápiz y mordió el extremo, cada día entendía menos a Duncan, nunca pensó que pudiera tener un pasado tan peculiar. Sacó el móvil y marcó el número de Martina.

—Hola amor.

—Hola preciosa, me temo que tengo malas noticias, mañana salimos de viaje a Japón y no sé cuándo volveremos.

—No te preocupes, aquí estaré esperándote, no corras riesgos. Te quiero Ford.

—Yo también te quiero Martina. —confesó Ford con los mofletes sonrosados.

Tod estaba sentado en uno de los taburetes de la cocina cuando Duncan apareció.

—Tengo miedo Duncan.

—Es un viaje, solo eso, no correremos ningún riesgo. —dijo Duncan en un intento de calmarlo.

—Esos despreciables pueden seguiros. —dijo Tod nervioso.

—Me encantaría que lo hicieran porque te aseguro que ni uno solo de ellos regresaría jamás de Japón.

Duncan se acercó a Tod y le dio un abrazo, no en vano, para él siempre fue padre y madre a la vez.

—Allí las llamadas no están muy permitidas, así que no te asustes si tardo en llamar. Ahora vete a la cama y descansa. —ordenó Duncan con cariño.

Capítulo 7

De regreso al dormitorio, se encontró a Tris sentada en el suelo, dormida y recostada sobre una de las maletas. La cogió en brazos con cuidado y la llevó hasta la cama, le quitó la bata y la tapó.

Se sentía extraño, regresar a Japón, volver a ver a su maestro, el hombre que consiguió cambiarlo y desviarlo de un camino autodestructivo. Cuando volvió a New York, no es que fuera el alma de la fiesta, pero era más educado y desde luego sabía controlar sus emociones, bueno, hasta que la encontró a ella, su pequeña, traviesa y rebelde.

Se llevó la mano hasta la nuca y acarició la cicatriz bajo su pelo, Tris ignoraba que ellos ya se conocieron en el pasado, a decir verdad, él no hacía mucho tiempo que lo había recordado, pero entre Akira y los rusos había preferido ocultárselo.

Por la mañana, el equipo de seguridad los acompañó hasta la misma terminal, a pesar de la legalidad de sus armas, estas tuvieron que viajar en el compartimento de equipajes. Branson resoplaba a cada momento, era la primera vez que viajaría completamente desarmado. Ford parecía más relajado, sonreía a Tris y miraba distraídamente la foto de Martina en la pantalla de su móvil. Tris se acomodó en su asiento y Duncan trataba de relajarse leyendo un libro. Tris abrió la bandeja y apoyó las manos sobre ella, sonrió, parecía que fuera a dar una conferencia, pasó un buen rato registrando cada resquicio de su asiento, la pantalla de televisión, todo le llamaba la atención.

—Tris, para de registrar, me estás poniendo nervioso. —dijo Duncan sonriendo.

—No puedo evitarlo, yo no soy como esa momia. —replicó Tris señalando con la cabeza a Akira, que estaba sentado en el asiento contiguo a Ford, parecía una estatua con los ojos cerrados y la espalda recta—. Está tan tieso que parece que le hayan metido una escoba por el culo.

Duncan sonrió y la dejó como causa perdida, agarró su libro y retomó la lectura.

El avión no tardó en despegar y Tris sintió un nudo en el estómago al ver las alas moverse arriba y abajo como si se fueran a partir. Tragó saliva y cerró los ojos, seguía sin gustarle volar, ni avión, ni helicóptero, donde estuviera el coche o el tren... no había color para ella, sus pies en la tierra, si el hombre hubiera nacido para volar, tendría alas.

El avión solo haría una escala en Hong Kong, el viaje duraría unas once horas, desde las diez de la mañana hasta las nueve de la noche en que llegarían al aeropuerto de Morioka. Una vez allí, el clan había dispuesto unos vehículos para recogerlos y llevarlos hasta la fortaleza. Akira le había contado a Duncan en una de sus escasas conversaciones, que el clan se había adaptado a los nuevos tiempos, ahora también usaban vehículos y armas de fuego. Duncan pensó en Arale, la hija de Akiyama, era una chica muy divertida y mordaz, le hubiera gustado que hubiera tenido una vida más occidental y con mayores comodidades.

Tris se quedó dormida con los auriculares puestos y la televisión encendida. Duncan siempre envidió eso, él no conseguía dormir salvo en su propia cama y a veces ni aun así. Sacó el móvil y lo conectó en modo avión, se sorprendió al ver que tenía un mensaje enviado por un número oculto.

“Tu secuestro es inminente, extrema la seguridad.”

Miró a Akira que seguía con los ojos cerrados, meditando como solía hacer cuando estaban en el río, no tenía sentido que él le hubiera enviado ese mensaje, además, según el texto, lo había recibido hacía tan solo unos minutos, tampoco creía que fuera cosa de su maestro. ¿Quién trataba de prevenirle? Guardó el teléfono en su chaqueta y cerró los ojos, no dormiría, pero al menos trataría de descansar un poco.

Tris estaba devorando un pastel de carne cuando Duncan la miró sorprendido.

—No sé dónde echas toda esa comida. —dijo divertido.

—En mi estómago, soy muy nerviosa y lo quemo todo. ¿Te vas a comer la tarta?

Duncan agarró el pequeño envase de plástico y se lo entregó, ella se relamió y no tardó en hincarle el diente.

—El lugar al que vamos es especialmente bello en invierno, pero prepárate a pasar frío e incomodidad.

—¿Por qué tienes que obedecer a ese maestro? —preguntó Tris curiosa.

—Le debo lo que soy, es mi segunda familia. Cuando llegemos, te

presentaré a Arale, la hija de mi maestro, es aún más insoportable que tú.

Tris le sacó la lengua y siguió concentrada con su comida, apurando con la cuchara cada trocito de tarta.

Akira estaba concentrado, pero Duncan conseguía distraerle, no lo admitiría, pero le envidiaba, él no había conocido el amor y sentía curiosidad. ¿Cómo sería gustarle a una mujer? Él nunca le gustaría a ninguna chica, era demasiado rústico y cerrado de mente, no se veía llevando flores o comprando bombones. Suspiró y abandonó todo pensamiento para continuar meditando.

Branson apretó los labios, el avión estaba lleno de turistas de todas las nacionalidades y japoneses que regresaban a casa. Él se había sentado varios asientos más atrás de Duncan y Tris, y Ford al principio, de esa forma verían desde las dos perspectivas quién se acercaba y quién se alejaba de sus protegidos, no tendrían armas, pero aún así, no estaban indefensos.

La azafata comenzó a retirar las bandejas y Tris se relajó en su asiento, pulsó un botón y el asiento se elevó, otro y bajó, otro y el respaldo empezó a bajar, otro y subía. Duncan la miraba, no sabía si reír o llorar, lo tenía de los nervios, por fortuna no tardó en cansarse de probar botones, conectó la televisión y minutos después se quedó otra vez dormida. ¡Joder, qué envidia!

El avión aterrizó con suavidad y lentamente fue aminorando, tomó una vía de servicio que conducía a una de las puertas de embarque y finalmente se detuvo. Los pasajeros empezaron a levantarse de sus asientos y recoger sus pertenencias. Ford tomó la delantera y Branson se colocó tras ellos, poco podían hacer sin armas, pero estaban dispuestos a ser escudos humanos si era necesario. Un grupo de japoneses se mezcló con ellos, envolviéndolos, Branson gruñó y Ford se afanaba en mantener las distancias. Cuando por fin llegaron a la sala de embarque, el grupo de japoneses se detuvo justo entre la puerta de la salida y ellos, cortándoles el paso.

Akira se acercó a ellos e inclinó su cabeza a modo de saludo, dijo algo en japonés y el grupo dejó un espacio libre para que pudieran pasar.

—Los vehículos nos esperan a la salida del aeropuerto, mis hombres nos escoltarán todo el camino. —explicó Akira con su acostumbrada frialdad.

Branson entrecerró los ojos, sorprendido, habían estado protegidos durante todo el viaje sin saberlo.

El grupo se acercó a la cinta transportadora de equipajes y esperaron pacientemente a que sus maletas aparecieran, las primeras en llegar fueron las de Tris y poco a poco las del resto. Un hombre cargado con una pesada

mochila se acercó a ellos, fue sacando del interior varios paquetes, que fue entregando a cada miembro del grupo. Akira entregó uno a Duncan y otros dos a Branson y a Ford.

—Será mejor no correr riesgos, aquí no solo podrían esperarnos vuestros enemigos. —dijo Akira.

Branson abrió el paquete con cuidado de que no lo viera ningún guardia de seguridad y escondió la pistola en su pistolera vacía.

El grupo reanudó la marcha y cruzó el pasillo principal, nada más salir del aeropuerto, les esperaban una serie de camiones pequeños.

—¿Vamos a viajar en eso? —preguntó Tris sorprendida.

—Sí, donde vamos no hay otro vehículo capaz de llegar. —informó Duncan.

Akira subió a la cabina del primer camión, Ford y Branson fueron conducidos a la caja del camión y Duncan y Tris subieron a la cabina de uno de los camiones, el resto del grupo se apresuró a subir a los vehículos y en apenas unos minutos ya estaban en marcha.

Tris se percató que cada hombre del grupo se había inclinado ante Duncan, en sus ojos había respeto, empezaba a no estar segura de conocer al hombre que tanto amaba.

Los camiones recorrieron las abarrotadas carreteras durante más de media hora, poco a poco los edificios se fueron haciendo más escasos y la naturaleza empezaba a mostrarse tímidamente. Abandonaron la carretera y tomaron un camino de tierra, a partir de ahí el trayecto se tornaría más incómodo, salvo para Tris que parecía divertirse con tanto sube y baja.

La noche hacía rato que había hecho acto de presencia, Tris estaba destrozada, apoyó su cabeza contra el hombro de Duncan y cerró los ojos, estaba agotada. Duncan no podía ni pensar en cerrar los ojos, volver allí le resultaba incómodo, Akiyama era una mezcla de maestro y padre severo, no podía negar que posiblemente era la única persona en el mundo a la que temía. No entendía por qué quería verle, esperaba que no quisiera obligarle a quedarse en la fortaleza, él tenía su vida en New York y no estaba dispuesto a acabar viviendo en una casa de madera por miedo a que los rusos pudieran encontrarle.

Capítulo 8

Dos horas más tarde el convoy se detuvo a las puertas de la fortaleza, Duncan despertó a Tris que se quedó pasmada nada más ver aquel recinto amurallado.

—Es como un castillo, ¡es precioso! —exclamó Tris emocionada.

Las puertas se abrieron y el convoy no tardó en cruzarlas, todo había cambiado en el interior, Duncan no reconocía casi nada, se habían modernizado, los guardias ya no portaban lanzas, mantenían sus dos catanas a la espalda, pero también llevaban una pistola y un ak47. Las casas conservaban sus fachadas, pero por la iluminación quedaba claro que el uso de la electricidad se había generalizado por todo el pequeño pueblo. Ahora completamente iluminado, no le parecía tan intimidante. Los camiones se detuvieron y el grupo empezó a bajar de ellos.

Duncan ayudó a bajar a Tris y se reunió con Branson y Ford, era consciente de que debían estar muy nerviosos. Akira pasó junto a ellos, alzó una mano y les hizo una señal para que lo siguieran. El resto del grupo se dividió y dejó de acompañarles.

Akira los condujo hacia el interior de la montaña, cruzaron varias galerías y subieron lo que debían de ser un par de plantas.

—Branson, Ford, esta es vuestra habitación, dispone de ventanas y está situada junto a la de Duncan, espero que estéis cómodos, aquí no gozamos del mismo nivel de lujo que en vuestro apartamento de New York.

Branson abrió la puerta y se quedó mirando, dos camas, un pequeño escritorio y dos armarios, recordaba a una camareta de cuartel, pero al menos no era un colchón de algodón lleno de piojos. Ford entró en el cuarto y dejó su maleta sobre una de las camas, Branson se quedó en la puerta para asegurarse de que Duncan entraba en la habitación de al lado.

Tris entró en la habitación, no era muy grande, pero al menos estaba limpia y tenía una cama de dimensiones razonables, abrió uno de los armarios y pegó un grito.

—¡AAAAAAAAAh! ¡Un bichooooo! —gritó asustada, corrió hacia Duncan y

se ocultó tras él.

Duncan encendió la luz y vio que se trataba de una paloma que debió haber quedado atrapada en el armario. Abrió la ventana y dio un manotazo en el aire para asustarla, la paloma huyó y Tris suspiró, menuda cobardica estaba hecha, solo era un pajarito.

—Como veo que ya está tu chica a salvo, me marchó. —dijo Akira con sarcasmo.

Tris lo miró rabiosa, agarró una lámpara tosca que había sobre una mesita de noche, la desenchufó y caminó hacia Akira que la miraba divertido. Duncan se interpuso entre ellos, estaba cansado y de mal humor.

—Vete antes de que Tris te mate. —dijo Duncan agotado.

Akira asintió con la cabeza y se marchó, Duncan cerró la puerta y miró a Tris.

—No soporto a ese imbécil.

—Él tampoco te soporta a ti. —dijo Duncan sonriendo.

—¿No me soporta? Pero si yo le caigo bien a todo el mundo, ¿o no? ¿por qué le caigo mal? —protestó Tris.

Duncan puso los ojos en blanco, dejó su maleta junto al armario y miró a Tris.

—Voy a ver a mi maestro, volveré en un rato.

—¡No quiero quedarme sola! —chilló Tris asustada—. Esto parece una secta.

—Si necesitas algo, Branson y Ford están en la habitación de al lado y no es una secta. —contestó Duncan molesto.

Aún podía recordar aquellas galerías, aunque ahora bajo la luz artificial, resultaban más acogedoras, subió unas escaleras talladas en la roca y tocó a la puerta de los aposentos de su maestro.

—Puedes pasar.

Duncan abrió la puerta y entró, su maestro parecía congelado en el tiempo, vestía con su larga túnica, mantenía su pelo largo y blanco y su bigote característico.

—Supongo que tendrás preguntas.

Duncan se acercó y lo miró, no sabía por dónde empezar.

—¿Por qué estoy aquí?

—Tu enemigo ha cambiado de planes, ya no busca tu dinero, ahora es cuestión de honor, quiere tu muerte.

—Pues entonces pelearé, no creerá que voy a vivir recluido aquí, no tengo miedo.

—No es esa mi intención, Akira me habló de Tris y el influjo para bien y para mal que ejerce sobre ti.

—La amo y no me separaré de ella.

—Tranquiliza tus ánimos, no soy el enemigo. ¿Recuerdas?

—Perdóneme maestro.

—Regresarás pronto, pero antes quiero asegurarme de que estás listo. Amar es bueno, pero también lo es saber mantener el autocontrol mental, si quieres que ella deje de correr peligro, tendrás que volver a ser Ryu.

Duncan asintió de mala gana, odiaba que lo llamaran así porque esa era la faceta de su personalidad que más detestaba.

—Retírate y descansa, mañana empezaremos a entrenar.

—¿Con usted? —preguntó Duncan confundido.

—Sí, Akira te enseñó lo necesario, ahora ha llegado el momento de que yo te enseñe el resto.

—¿Y Tris?

—Arale se ocupará de ella, ardo en deseos de conocerla, la mujer que consiguió dominar a Ryu debe ser interesante.

Duncan se inclinó y se marchó, no regresaría a su cuarto, aún no, necesitaba tomar el aire. Subió las escaleras hasta llegar a la última planta, la cima de la montaña, desde aquel mirador se podía ver gran parte de la región y sobre todo, se apreciaban las estrellas con total claridad.

Akira, que hacía rato que lo seguía, lo contempló por unos instantes antes de acercarse, entendía el dilema de su amigo, amante y guerrero despiadado no eran la mejor combinación para llenar un corazón.

Se acercó a él y se quedó parado a su lado, no pronunció palabra alguna, solo se quedó allí, demostrándole que él era su hermano y siempre estaría para él.

Tris se tumbó en la cama, aquella habitación resultaba aterradora para ella, parecía un calabozo, ¿cuánto tiempo tendrían que pasar allí? Estaba deseando que amaneciera para dar una vuelta por aquella fortaleza, lo malo es que no sabía ni una palabra de japonés, nadie la entendería, menudo aburrimiento, al menos tenía a Branson y a Ford.

Ya de madrugada, Duncan regresó a su cuarto, Tris estaba tapada hasta la barbilla, movía levemente los labios, debía estar soñando. Se desnudó y se

metió en la cama, necesitaba descansar.

Por la mañana, Branson acompañó a Duncan fuera de la montaña.

—No me siento nada cómodo aquí. —admitió Branson.

—Olvídate de la seguridad y relájate, aquí estamos a salvo, nadie nos hará daño. —dijo Duncan con seriedad—. Habrá momentos en los que tendré que ausentarme y no podréis seguirme. Podéis pasear y curiosear por la fortaleza, pero no salgáis de ella sin escolta, este territorio puede llegar a ser muy hostil.

Branson asintió, entendía a Duncan, pero no por ello estaba dispuesto a bajar la guardia, esa gente le ponía los pelos de punta.

Tris abrió los ojos y dio un respingo al ver a una chica sentada en la cama, mirándole.

—¿Quién eres tú?

—Arale.

Tris se quedó mirando a aquella chica de pelo castaño y ojos negros que la devoraban con curiosidad.

—¿Así que tú eres la que ha domado a Ryu?

—¿Quién es Ryu?

—Duncan, así lo llama el maestro.

—¿Y por qué lo llama así?

—Ryu significa Dragón, Duncan era muy rebelde cuando llegó, a mi padre le costó mucho enderezarlo, aunque le divertía su sarcasmo.

¿Duncan sarcástico? ¿rebelde? Parecía que estuvieran hablándole de otra persona. A todo esto... esta chica habla mi idioma. ¡Genial! Así no me aburriré tanto.

—Bueno chica, ¿piensas levantarte algún día? Mi padre me ha pedido que me ocupe de ti, soy de las pocas mujeres que hablan tu idioma.

Tris se levantó, buscó su ropa y se vistió con prendas deportivas, tal y como Duncan le había sugerido.

La chica vestía un mono con estampados florales, llevaba un chaquetón azul en el brazo y la miraba con extrañeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Tris ya de los nervios con tanta miradita.

—Me cuesta acostumbrarme a ver tus ojos, son muy grandes.

—Sí, como un sapo. ¡Vámonos! Tengo hambre.

La chica soltó una carcajada, la tomó de la mano y tiró de ella fuera de la habitación.

—¡Oyeeeeee, paraaaaaa! ¡Que me vas a tirar por las escaleraaaaaas!

Arale no dejó de tirar de ella hasta que salieron a la calle, allí se enderezó y caminó más formal.

—¿Ahora te haces la fina con modales? —gruñó Tris.

—Claro, soy la hija del líder, debo guardar las formas en público.

—¡Vaya rollo!

—Pues sí, pero no tengo alternativa. ¡Ven! Kumiko está haciendo dulces, verás lo buenos que están.

Capítulo 9

Arale habló con Kumiko y le pidió que preparara el desayuno. La anciana, entrada en carnes, miró a Tris con curiosidad y Tris puso los ojos en blanco, tenía complejo de mono de feria.

Kumiko no hablaba apenas nada en su idioma, solo decía cosas como: “tú comel, no, sí, yo tilalte del pelo”. Tampoco es que necesitara saber más, echaba unas miradas que hablaban por sí solas.

Tris agarró un dulce cuadrado con una llamativa capa blanca encima, no tenía ni idea de qué era eso, le dio un mordisco y se le iluminó la cara. Dio un sorbo a su vaso de leche e hizo un mohín.

—¿No tenéis cacao o algo así?

Arale negó con la cabeza.

—Sois un poquito básicos.

—Pues no te quejes, hace un año que mi padre nos dio permiso para introducir la tecnología en la villa. Antes era horrible.

—¿Vas al instituto? —preguntó Tris.

—No, tenemos nuestros propios maestros, aquí aprendemos nuestras costumbres y todo lo necesario para integrarnos en vuestro mundo si fuera necesario.

—¿Nuestro mundo? Ni que fuéramos aliens.

Arale soltó una risotada y Kumiko la reprendió, la hija del líder y sus apariencias de nuevo. Tris no hubiera podido aguantar ese control y con su problemilla ardería Troya a la más mínima.

Tris se apuró cuanto pudo y se levantó de la mesa, Kumiko resultaba cargante. Arale la tomó nuevamente de la mano y tiró de ella, quería enseñarle todo el pueblo.

Ford y Branson pasearon por la fortaleza, ninguno de los dos se sentía cómodo estando lejos de sus protegidos, pero en cualquier caso, allí la vigilancia era muy severa. Ford sacó su móvil y descubrió con sorpresa que la señal estaba bloqueada, miró a Branson y luego miró a los guardias de las murallas que parecían ignorarles.

—Esta gente no es tan anticuada como parece, los móviles están inutilizados. —dijo Ford.

—Lo sé, estoy deseando marcharme de aquí. —gruñó Branson.

Duncan entró en el templo, ataviado con un uniforme parecido a un kimono, Akiyama lo miró con seriedad. Sacó un bastón de bambú y lo golpeó en la cara con fuerza.

—Si no puedes con un anciano, no podrás con tu enemigo.

—Pero... yo no pensaba que me fuera a atacar, maestro.

—No estás en situación de pensar, debes actuar por reflejo, da igual quién te ataque, si alguien te ataca, debes contraatacar como reflejo.

Akiyama lanzó de nuevo otro golpe, pero esta vez Duncan lo paró con una mano y con un golpe certero partió el palo en dos.

—Eso me complace más, pero no será suficiente, el clan no puede permitir que nuestros enemigos nos consideren débiles. Tris te debilita, por eso debe morir.

Duncan se lanzó sobre su maestro, trató de golpearlo, pero este esquivaba sus puños con facilidad. Trató de darle una patada en el estómago, pero todo parecía inútil, nada funcionaba, su maestro parecía preveer sus golpes. Antes de que pudiera reaccionar, Akiyama dio un saltó y lo derribó con una patada brutal.

—Tu ira te ciega, sigues desconfiando de todos. El clan no mata inocentes, deberías saberlo, ahora Tris es una de nosotros y es nuestro deber protegerla.

—¿Por qué me ha dicho eso entonces? —preguntó Duncan limpiando la sangre de su boca con la mano.

—Para demostrarte tu debilidad, solo es nombrarla y bajas la guardia. Debes mantener el control en todo momento, la frialdad es tu mayor arma, si nadie puede provocarte, tú tendrás el control de la lucha.

Duncan asintió y los dos reanudaron el combate, un combate que él seguía perdiendo.

Después de cenar, Tris regresó a su dormitorio, ducharse en esos baños tan básicos le había recordado a su antiguo apartamento. Durante la tarde, había hablado con Branson y sobre todo con Ford, ambos estaban deseando marcharse, al igual que ella. Se desnudó y se metió en la cama, la habitación era fría, pero las mantas abrigaban bastante.

Duncan entró en el cuarto, lucía moratones por toda la cara y tenía expresión de enfado.

—¡Madre mía, estás horrible!

—Eso parece.

—¿Qué te ha pasado?

—Entrenamiento con mi maestro. —dijo Duncan mientras se quitaba la vestimenta y se quedaba en ropa interior.

—Podía ser un poquito más suave, ¿no crees?

—Akiyama no sabe ser delicado, al menos no con sus hombres.

Duncan se sentó al borde de la cama y se quedó mirando el suelo de baldosas rojas desgastadas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tris preocupada.

—Tú eres mi debilidad, mi maestro trata de enseñarme a ser más fuerte, pero me preocupa tanto que alguien pueda hacerte daño que bajo la guardia y bueno... el resultado ya lo ves en mi cara.

Tris se destapó y se acurrucó en su espalda, su millonario, a la vez que ninja y estirado, lo estaba pasando fatal.

—En lugar de pensar que me pueden dañar, ¿por qué no piensas en lo feliz que seremos cuando todo esto acabe?

Duncan se giró, la miró y la besó, eso era justo lo que necesitaba oír.

Los días iban pasando y la rutina pasaba factura a Tris, por la mañana desayunaba con Arale, paseaban por la ciudad, almorzaban, por la tarde todas las mujeres se reunían en una gran sala para hablar, bailar y cocinar, por la noche cena y por fin ver a Duncan y con suerte algo más, pero tenía poca suerte últimamente.

Una mañana, Arale tiró de Tris hacia la montaña, las dos pasaron junto a unos guardias que no les prestaron la menor atención.

—¿A dónde vamos? —preguntó Tris nerviosa.

—Vamos a salir fuera, te enseñaré el bosque.

—No creo que sea buena idea Arale, Duncan y tu padre se enfadarán.

—Solo si se enteran. —respondió Arale guiñándole un ojo.

Arale abrió una puerta y la cerró en cuanto la pasaron, el túnel fue haciéndose cada vez más angosto hasta que las dos tuvieron que caminar encorvadas. Abrió una portezuela y las dos salieron fuera donde sintieron el azote del viento helado en sus mejillas. Tris se irguió y contempló el bosque cubierto de nieve, aquello parecía una postal.

—¡Vamos! Quiero que veas el río, es impresionante.

Tris la siguió, estaba nerviosa, no quería que Duncan le regañara. Arale

caminaba delante, abriendo la marcha, cruzaron un pequeño sendero y no tardaron en ver el río a lo lejos.

—¿Qué te dije?

—Es precioso. —dijo Tris maravillada por las vistas.

—Podemos patinar sobre el hielo. —sugirió Arale.

—No, ni loca camino sobre el hielo.

—Serás miedica.

Dos hombres se acercaron a ellas, ninguna de las dos se habían percatado de su presencia. Tris no se sorprendió, pensó que serían hombres del pueblo, pero la expresión de terror en el rostro de Arale dejaba claro que no era ese el caso.

—¿Qué pasa Arale?

—Son hombres de un clan rival, no hables, déjame aquí.

Tris contempló la escena sin saber qué hacer, Arale se mostró enérgica con ellos, pero aquellos tipos sonreían con burla, cuando vio que los dos desenvainaban sus espadas, sintió como el terror la paralizaba. Arale dio un paso atrás y se interpuso entre ellos y Tris. El más alto se acercó a Tris, extendió la mano dispuesto a agarrar su barbilla cuando se apartó de ella con brusquedad. Los dos hombres miraban hacia la espesura, parecían nerviosos, pero ni Arale ni Tris conocían el motivo, hasta que un ninja apareció de la nada y se interpuso entre ellas y aquellos dos hombres.

Los dos guerreros rodearon al ninja, que se limitó a desenvainar sus katanas y mirar al frente. El más alto fue el primero en lanzar una estocada, la cual el ninja detuvo con su espada a la vez que alejaba al otro hombre de una patada en la cara. Volvieron a atacar y el ninja no dudó en clavar una de sus espadas en la pierna del más alto que gritó por el dolor. El otro trató de atravesarle el corazón, pero el ninja desvió el golpe y con un movimiento en espiral consiguió despojarle de su espada.

El ninja dijo algo en japonés y los dos hombres recogieron sus espadas del suelo y se alejaron lo más rápidamente que les era posible, dado la herida en la pierna de uno de ellos.

—¿Es Akira? —preguntó Tris a Arale.

—No, es Duncan, reconozco su acento gaijin.

Tris se quedó paralizada, sabía que Duncan estaba en forma, conocía su pasado en el clan, pero aún así nunca lo había visto pelear y ahora estaba impresionada, de no haber estado Arale, le habría pedido que se lo hiciera allí

mismo.

—Regresad a la fortaleza de inmediato. Arale, estoy muy enfadado contigo, ¿no te basta con ponerte en peligro? ¿también tienes que arriesgar la vida de Tris?

Arale bajó la vista dolida, tomó la mano de Tris y las dos se encaminaron hacia la fortaleza, pero esta vez no regresarían solas, Duncan las seguía de cerca.

Capítulo 10

Una vez dentro, Duncan agarró del brazo a Tris y tiró de ella por una de las galerías, estaba furioso. Arale decidió que mejor los dejaba solos, ahora tenía que completar su misión.

—¡Estás loca! ¡Podían haberos matado! —gritó Duncan quitándose la capucha del traje.

—No ha sido para tanto.

—¿Sabes japonés?

—No.

—Esos tipejos dijeron que primero te violarían y luego te matarían.

Tris sintió un escalofrío, empezó a verlo todo blanco y se desmayó. Duncan la agarró para evitar que cayera al suelo, había sido muy brusco, pero no podía ocultarle la verdad, los habitantes de esos dominios podían llegar a ser muy crueles y despiadados.

El resto del día, Duncan no se despegó ni un minuto del lado de Tris, permaneció sentado en una silla observándola sin decir nada, ni siquiera se había quitado el traje de combate, las katanas aún reposaban sobre su espalda. Tris lo miraba y apartaba la vista, no sabía qué hacer, tenía razón, no debió seguir a esa estúpida niñata, pero ya se estaba pasando con las miraditas.

—¡O dejas de mirarme así o te largas! ¡Tú me traiste a esta mierda de sitio! ¡Tú eres el culpable de todo esto! ¿Lo recuerdas? No es a mí a quien querían secuestrar, todo es culpa tuya.

Duncan se levantó, la miró y se marchó. Nada más salir, se topó con Ford que lo miró sorprendido por la indumentaria que portaba.

—¿Estás bien Duncan?

—Sí, debo irme. —respondió Duncan con frialdad.

Necesitaba alejarse de ella a toda costa, sus palabras estaban llenas de la más cruel de las verdades, se le habían clavado en el alma, no necesitaba que nadie le recordara que por ser rico todos sus seres amados corrían peligro.

Salió al exterior de la montaña y pasó cerca del templo, uno de los guardias le hizo una señal y Duncan se detuvo.

—El líder desea verte.

Asintió con la cabeza y entró en el templo, no entendía qué quería a esas horas, esperaba que no se tratara de otro entrenamiento.

Duncan entró y se sentó apoyando las rodillas en el suelo y con la mirada baja.

—¿Desea verme, maestro?

—Arale cumplía mis órdenes, en estos momentos está llorando en su habitación.

Duncan lo miró con ojos vacíos, las palabras de Tris seguían retumbando en su cabeza.

—Mi hija me ha contando tu reacción, ninguna te vio llegar y tu forma de combatir demostraba maestría y sangre fría a pesar de que la vida de ambas corría peligro.

—Esos hombres...

—Yo les pagué.

—Pude haberlos matado.

—No me importa la vida de dos miserables, ahora sé que estás preparado. Debes partir.

Duncan se levantó, inclinó la cabeza y se marchó. Caminó de regreso a la montaña para hablar con Akira, se marcharía de allí al día siguiente.

Akira estaba sentado en su cama, afilando su espada cuando vio entrar a Duncan, ya sabía lo que había pasado y lo que él le pediría.

—Mañana te llevaré al aeropuerto. —dijo Akira sin dejar de mirar su espada.

—Alquilaré un jet privado. —contestó Duncan con acritud.

Akira asintió con la cabeza y Duncan se marchó, hasta a él le parecía que su maestro se había pasado de la raya, pero entendía que debía probar su valía. El clan arriesgaría las vidas de sus hombres para protegerlo.

Duncan entró en el cuarto de Branson y Ford, y los miró con frialdad.

—Haced las maletas, mañana a primera hora nos vamos.

—¡Por fin! —gritó Ford.

—Comunicádselo a Tris, yo tengo cosas que hacer.

Duncan se desvió y tomó una de las galerías que pocos conocían, las que llevaban a los aposentos privados de la familia del líder.

Tocó a la puerta del dormitorio de Arale, pero la chica no dijo nada, abrió la puerta y ella dio un respingo, se tapó con una manta y siguió llorando.

Duncan la destapó, la tomó en brazos y le dio un beso en la mejilla.

—Sé que tu padre te obligó.

—Yo no quería, no sabía lo de esos asquerosos, mi padre solo me dijo que la llevara al río.

—Lo sé, no llores más, todo está bien. —mintió Duncan recordando las palabras de Tris.

Tris se levantó de la cama al ver que la puerta del cuarto se abría, estaba muy arrepentida de sus palabras, él no tenía la culpa, solo era la víctima de aquella maldita situación. Cuando vio a Ford, sintió un nudo en la garganta.

—Hola Tris, mañana por la mañana nos vamos, prepara tus cosas.

—¿Y Duncan?

—Me dijo que tenía que hacer algo.

Tris asintió con tristeza y en cuanto Ford cerró la puerta, abrió el pequeño armario y comenzó a hacer las maletas, no tardaría mucho porque prácticamente no había sacado nada de ellas.

Solo media hora después ya había acabado, así que decidió guardar las cosas de Duncan. Agarró uno de sus jerséis y lo olió, se odiaba a sí misma por lo que le había dicho, pero ahora era él el que no daba la cara, ¿Cómo disculparse con alguien si no sabes dónde encontrarlo?

De madrugada, Tris se despertó, acercó la mano y tocó el lado de la cama que Duncan solía ocupar, pero seguía vacío, se puso nerviosa solo de pensar que él quisiera apartarse de ella, volver a enviarla a su apartamento... ¡No! ¡No lo permitiría!

Duncan bebió otro vaso de sake, Akira se limitaba a mirarlo, no sabía qué hacer, en cuestión de conflictos y combates era el mejor, pero en temas de amores no tenía la menor idea.

—Tienes suerte Akira, las mujeres son una complicación, nunca, por más tiempo que pases con ellas, llegarás a entenderlas.

—¿Y por qué debería entenderlas? —preguntó Akira confuso—. No entiendo la naturaleza y eso no me impide disfrutarla, cada uno ha de ser como es, no hay que intentar comprenderlo todo.

—Fácil decirlo, tú no tienes pareja, ¿cómo vas a hacer feliz a alguien que no entiendes?

—Ella se enamoró de ti, supongo que lo único que tienes que hacer es ser tú mismo y limitarte a amarla todo lo que puedas.

—¡Joder Akira! Para no tener chica, parece que entendieras del tema.

Akira se encogió de hombros, a sus veintiséis años no había conocido mujer, las chicas de la fortaleza le hacían ojitos, pero él estaba centrado en las artes marciales y no quería distraerse con mujeres.

—Ve con Tris, debe estar preocupada.

—No, estoy demasiado bebido, no estoy para conversaciones problemáticas.

Por la mañana, Duncan llamó a la puerta de su maestro para despedirse, golpeó la puerta varias veces y fue Arale quien le abrió. Duncan le dio un beso en la mejilla y Arale lo abrazó.

—Te echaré de menos.

—Cuando tu padre te lo permita, llámame y vendré por ti, te enseñaré mi ciudad y te compraré muchas cosas.

Arale ya empezaba a notar los ojos húmedos, por lo que le dio un beso a Duncan y se marchó corriendo.

Akiyama estaba asomado al balcón, miró hacia atrás y vio a Duncan, le dedicó una sonrisa y continuó observando las calles.

—Maestro, ¿no cree que ha llegado la hora de modernizarse?

—¿Tú crees?

—Mejorar las casas, agua caliente, mejor sistema eléctrico, internet, móviles, televisiones... usted me enseñó que el progreso es inevitable y el estancamiento es la muerte.

—Sabias palabras para un aprendiz.

—Puedo financiar las obras. —ofreció Duncan.

—Eres un hombre generoso, pero no es necesario, el clan tiene recursos acumulados durante siglos. Haremos una cosa, sobrevive a la amenaza que te acecha y tienes mi promesa de que convocaré una reunión, si mi pueblo quiere abrazar la modernidad, yo les procuraré todo lo que necesiten.

—Adiós maestro.

Akiyama colocó sus manos sobre los hombros de Duncan y sonrió.

—Adiós Duncan, lucha y vive como el dragón que llevas dentro.

Duncan asintió con la cabeza y caminó hacia el interior de la estancia, había llegado la hora de marcharse y enfrentarse a la mirada de Tris.

Tris estaba junto a la cabina de uno de los camiones, se negaba a subir hasta que llegara Duncan. Cuando lo vio aparecer, corrió hacia él, lo abrazó y apretó su frente contra su pecho.

—Perdóname, ya sabes que no puedo reprimir la verdad y no dejabas de

mirarme mal, me enfadé...

—No tienes que pedir perdón, tienes razón, todo es culpa mía.

—No, tú no tienes la culpa de que haya gente mala que quiere hacerte daño porque deseen tu dinero.

—Eso no excusa que te haya puesto en peligro por mi egoísmo.

—Querer a alguien no es ser egoísta, porque... ¿tú me quieres aún?

Duncan la apartó para poder mirarla a los ojos, la besó y la abrazó.

—Nada podría acabar con lo que siento por ti, nada, ni siquiera la muerte.

Los dos subieron a la cabina del camión y Akira dio la orden, el convoy se puso en marcha y lentamente abandonó la fortaleza.

Capítulo 11

Esta vez el viaje de regreso se le hizo más corto, ansiaba regresar a New York, ver de nuevo a Martina, a Tod, estar los dos solos. Tris sonrió cuando el convoy se detuvo frente a la puerta del aeropuerto, Akira y sus hombres los acompañaron hasta una oficina privada, donde Duncan pagó una fuerte suma de dinero para que pusieran a su disposición un jet. Tendrían que esperar dos horas, pero a Tris eso ya no le importaba, estaba con él y mientras lo tuviera cerca, todo estaría bien, sería feliz.

Entraron en una de las salas Vip, Akira dispuso a sus hombres a la entrada y luego de cerciorarse que todo estaba en orden, entró y se reunió con Duncan, Tris, Branson y Ford que ya le aguardaban.

Duncan tiró de Tris hacia unos sillones y le hizo sentarse en su regazo. Branson, Ford y Akira continuaron sentados junto a una pequeña mesa en el otro extremo.

—¿Tú no vienes? —preguntó Branson a Akira.

—No, debo solucionar antes un asunto, pero puedes estar seguro de que cuando llegue el momento, el clan estará con Duncan.

—¿Siempre eres tan serio y cortante? —preguntó Branson.

—Mira quién fue a hablar. —replicó Ford divertido.

—Tú cállate y sigue mandando corazones a tu Martina.

—¡Yo no mando corazones! —protestó Ford.

—No, peor, tú mandas ositos, gatitos y perritos dando besitos, que te he visto.

—¡Serás cotilla! —gruñó Ford.

Branson dio un trago a su vaso de whisky y sonrió, le encantaba molestar a Ford.

Durante el vuelo, Duncan agasajó a Tris con todo tipo de cuidados, recostó al máximo sus asientos y levantó su reposabrazos, se taparon con una manta y Tris se durmió cortándole el rollo. Suspiró, sonrió y encendió la televisión, sería un viaje largo y aburrido si su marmota solo se despertaba para comer.

Hicieron solo una escala muy breve y retomaron el viaje, sobre las once de

la noche ya estaban en el aeropuerto de New York. Su equipo de seguridad ya los esperaba, varios motoristas no dejaban de patrullar el perímetro y tres coches blindados formaban el convoy. Tris bajó las escalerillas del jet y tragó saliva al ver las medidas de seguridad, eso la devolvió a la realidad.

Las calles de New York estaban vacías y cubiertas por la nieve, los vehículos circulaban a baja velocidad para evitar derrapar. Duncan miraba la calle con desconfianza, estaba seguro de que su padre y Komarov le acechaban.

Desde una azotea, un tipo enfundado en un chaquetón polar negro, observaba el convoy con unos prismáticos. Sacó el móvil del bolsillo y marcó un número.

—Ya han regresado. —dijo y colgó.

Tod se abrazó a Tris y la cubrió de besos, luego miró a Duncan con desconfianza, algo había cambiado en él, pero no sabía decir qué. Le dio la mano con formalidad y lo miró con seriedad.

—No quiero más viajes sorpresa, ¿entendido?

—Entendido. —respondió Duncan con burla.

17 diciembre, lunes.

Tris estaba sentada, revisando unos documentos en su pequeño despacho cuando Martina se acercó por detrás y le tapó los ojos.

—¿Quién soy?

—¡Una gallina!

—Frío, frío.

—Martina apestas a colonia de limón, ¿en serio esperas que no te reconozca?

—¡Oyeeee! Tanto no huele, solo me echo una poca por la mañana.

—¿Una poca? Yo creí que tenías una botella de cinco litros junto a la ducha y nada más salir te rociabas con ella.

—¡Serás exagerada! —dijo Martina riendo—. Al menos a Ford le gusta.

—Pues quédate con eso porque a los demás nos duele la cabeza.

—Te voy a atizar como sigas por ahí. —amenazó Martina.

—Ya tengo la presentación que me encargaste y Duncan me ha pasado los datos para empezar con la fusión de la empresa de Denver.

—Haz algo parecido al montaje de Chicago, yo te pasaré en cuanto lo tenga, el nuevo guión. —dijo Tris.

—Ok capitana, me marcho a mi oscura madriguera.

—Martina, cada día estás más loca.

Martina soltó una carcajada, se sentó en su silla y se perdió tecleando códigos en el ordenador.

Duncan examinó las invitaciones que acababa de entregarle su secretaria, ¿le gustaría a Tris ir a una exposición de arte? Descolgó el teléfono y la llamó.

—¿Sí? ¿ya empezamos a dar la lata?

—Esta noche hay una exposición de arte, ¿te apetece?

—No sé, nunca fui a ninguna y suena aburrido.

—Hay comida, bebida y gente interesante.

—¡Eeeeem! Bueno, ¡vale! Ahora déjame que tengo trabajo.

Duncan colgó y se quedó mirando hacia el ventanal, Tris provocaba que nada le importase salvo estar junto a ella, la idea de venderlo todo y retirarse a su isla del Caribe sonaba cada vez más tentadora.

La fiesta de inauguración de la galería estaba siendo un éxito, los millonarios invitados no dejaban de comprar cuadros y esculturas. Un hombre delgado y de aspecto algo excéntrico se acercó a ellos y Tris dio un paso atrás.

—Señor Clanion, señora, espero que estén disfrutando de la fiesta, si necesitan información sobre alguna obra, solo tienen que decírmelo.

—Gracias Austin. —respondió Duncan con tono cordial.

Tris se acercó a uno de los cuadros, era igual que el resto, algo abstracto a lo que no encontraba ningún sentido. Paseó junto a un cordón rojo que delimitaba el paso e impedía el contacto con las esculturas y su decepción iba en aumento. ¿Esto es arte? Cuatro hierros mal soldados, una piedra que parecía un váter, un montón de escombros pintados de colores. Un tipo alto se acercó a ella, llevaba el pelo largo y la miraba con curiosidad.

—¿Le gusta la exposición?

—No. —respondió Tris enfadada por la pregunta directa.

—¿No le gusta este tipo de arte?

—He encontrado cosas mejores en la basura y esos cuadros parecen que los hubiera pintado un niño.

El tipo soltó una carcajada, dio un trago a su bebida y la miró divertido.

—Yo pienso lo mismo, estos ricachones pagan sumas indecentes por este tipo de arte, pero... ¿quién soy yo para decirles que no?

—¿Decirles que no?

—Sí, yo soy el creador de toda esta basura.

—Lo siento, yo...

—Tranquila, no me has ofendido, ven, quiero enseñarte algo.

Tris lo siguió hacia un pasillo, él abrió la puerta y le mostró un cuadro, era un paisaje de la edad media, con un bonito castillo, gente cultivando la tierra y hasta un pequeño séquito de soldados que cabalgaban por la espesura.

—¡Es precioso!

—Esto es lo que me gustaría pintar, pero por desgracia, son el otro tipo de obras las que me dan de comer.

—Pues a mí me encanta, esto sí que es arte.

—Hola Bred, veo que ya conoces a mi chica.

—Tienes suerte amigo, bella, inteligente y sincera, por no decir que posee un gran gusto, me refiero al arte, claro, haberte elegido a ti.... —dijo Bred golpeando amistosamente el hombro de Duncan.

—Parece que te gusta ese cuadro. —dijo Duncan.

—Es precioso.

Bred lo descolgó, hizo una señal a Austin que acudió enseguida para recogerlo y llevárselo.

—Te lo regalo Tris. —dijo Bred.

—Pero no puedo aceptarlo. —replicó Tris incómoda.

—No se rechaza una obra de arte, además, nunca lo vendería.

Bred se alejó y se puso a hablar con un matrimonio de avanzada edad. Duncan miró a Tris, siempre pensó que en el caso de encontrar pareja sería uno de esos hombres celosos, pero la confianza que tenía en ella, anulaba ese tipo de sentimientos.

—¿Celoso? —preguntó Tris con malicia—. Has tardado lo justo en buscarme.

—Te buscaba porque te necesitaba a mi lado, no por celos.

Tris rodeó su cuello con sus brazos y acarició su pelo, a la vez que lo besaba. Esas respuestas bajaban las bragas a cualquiera y por desgracia no podía hacer nada al respecto.

—Eres un cerdo, no puedes decirme esas cosas y luego pedirme que me comporte.

—Me gusta provocarte, así cuando llegemos al apartamento no te quedarás dormida.

—Olvídate de dormir, te lo voy a hacer pagar muy caro.

—Estoy deseando ver como me castigas.

Ford observó a un tipo, no dejaba de mirar a Duncan, caminó hacia él y este lo miró y se alejó corriendo por uno de los pasillos. Ford lo siguió, pero cuando llegó al final del corredor, encontró una puerta abierta, había huído por el callejón trasero. Tocó su comunicador y avisó a Branson.

—La galería no es segura, evacúa a alfa uno y alfa dos.

Branson se acercó a Duncan y le susurró algo al oído.

—Tris, debemos irnos. —pidió Duncan.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tris sorprendida.

—Alguien nos observaba.

Capítulo 12

Tris sintió un nudo en la garganta, pero sentir la mano de Duncan siempre la relajaba. Los dos caminaron hacia la salida donde el resto de los escoltas ya los esperaban. Entraron en la limusina y cerraron los pestillos de las puertas, ahora solo viajaban en vehículos blindados.

Tris bajó la vista con tristeza, cuándo los dejarían en paz y podrían ser felices. Duncan la atrajo hacia él y la besó, la abrazó y acarició su cabello.

—Todo esto es temporal, acabaré con esa amenaza, te lo prometo.

—Tengo miedo de que te hagan daño. —dijo Tris nerviosa.

—Confía en mí, nada me separará de ti.

Nada más llegar al apartamento, Tris tiró de Duncan hacia el dormitorio, lo necesitaba, estaba muy nerviosa y solo conocía una forma eficaz de calmarse. Se desnudó ante él y se acercó lentamente, abrió la cremallera de su pantalón y liberó su miembro que no tardó en ponerse erecto.

—Tris... me vas a volver loco.

Se acercó y dejó que su miembro se colara justo debajo de su sexo y lo apretó suavemente con sus muslos, a continuación, dejó que su creciente humedad lo lubricara. Sus labios se encontraron, acarició sus dientes con su lengua, a la vez que lo despojaba de su chaqueta y la camisa, necesitaba sentir su cuerpo desnudo.

—Basta ya... no puedo más. —susurró Duncan cada vez más excitado. La apartó, se quitó los zapatos y el resto de la ropa, la empujó suavemente sobre la cama y se deslizó entre sus piernas—. Voy a penetrarte con dureza, no debiste haberme provocado tanto.

—¿A qué esperas? —retó Tris mirándolo con ojos llenos de deseo.

Duncan la penetró, al principio con suavidad, pero poco a poco fue aumentando la intensidad, estaba como loco, nunca había deseado tanto a una mujer.

18 diciembre, martes.

Duncan se entretuvo un poco con unas llamadas, demasiados clientes, demasiados compromisos. Tris entró en su despacho, caminó hacia él y lo

rodeó con sus brazos, le besó en la mejilla y le dedicó una sonrisa. Esos pequeños detalles maravillaban a Duncan que nunca creyó ser merecedor de un amor así.

—¿Nos vamos? —preguntó Tris.

—No puedo cariño, tengo trabajo. Dile a Branson que te lleve a casa, luego nos vemos.

—¡Valeeee! Pero no tardes que hoy también quiero jugar. —dijo Tris y le dio un beso.

Duncan pasó las horas terminando de revisar unos informes de la fusión con Mark, todo parecía estar correcto, pero temía una bajada del precio de sus acciones por culpa de algún cabo suelto. El teléfono empezó a vibrar y Duncan lo agarró nervioso, pensando que sería Tris.

—Señor Clanion, soy Mack, estoy en su edificio, ¿podríamos vernos junto a los ascensores?

—Sí, claro. —Duncan se levantó, quizás tuviera noticias de Komarov y con un poco de suerte lo habrían detenido. Salió del despacho y dos de sus hombres lo siguieron hasta los ascensores.

Robert estaba solo, vestía su habitual traje azul oscuro, parecía de buen humor.

—Señor Clanion, ¿podemos hablar a solas?

Duncan hizo una señal a sus escoltas y estos abandonaron la pequeña sala de ascensores.

—¿Y bien?

—Komarov le envía saludos.

—¿Qué?

Cuatro hombres entraron en la sala desde la puerta que conducía a las escaleras, dos de ellos corrieron hacia Duncan y los otros dos hacia los escoltas, a los que obligaron a soltar las armas y luego los noquearon con un fuerte golpe.

—Por lo visto, ya no se puede confiar en nadie.

Mack sonrió y le guiñó un ojo, hizo una señal a uno de los hombres y este pulsó el botón de llamada del ascensor. Las puertas no tardaron en abrirse y Duncan fue obligado a entrar en él. Uno de los tipos pulsó el botón de parking dos y el ascensor comenzó su descenso, un descenso que lo llevaría lejos de Tris, tal vez para siempre.

Branson conducía de regreso a la oficina cuando vio una furgoneta con los

cristales tintados, tuvo un mal pálpito y decidió seguirla, pero esta aceleró y se perdió por un callejón. Ahora tenía claro que algo iba mal, llamó por el manos libres a los escoltas que estaban con Duncan, pero ninguno respondía. ¡Maldita sea!

Aceleró el motor y enfiló el callejón, por fortuna, su todoterreno tenía más potencia y no tardó en divisarlos al final de la calle. La furgoneta trató de despistarlos tomando un desvío que conducía a las afueras de la ciudad. Aceleró y preparó su arma, pronto las cosas se complicarían y ni él mismo podía llegar a pensar cuánto.

La puerta de atrás de la furgoneta se abrió y vio a Duncan tirado en el suelo, sintió un escalofrío, pero la cosa iba a peor. Uno de los secuestradores sacó un pequeño lanzacohetes y apuntó al todoterreno. Branson giró el volante en cuanto vio que el tipo apretaba el gatillo, vio una estela de fuego y el todoterreno saltó por los aires.

Duncan gritó al ver como el coche explotaba, las lágrimas cubrieron sus ojos, ¡Bransoonnn, nooo!, ¡Bransoonnn, nooo!

Las puertas de la furgoneta se cerraron y Duncan cerró los ojos, tal vez ese fuera su último día en la tierra, pero si tenía la menor oportunidad, se lo haría pagar claro a Komarov.

Branson dio una patada a la puerta y salió como pudo del vehículo, de no haber sido blindado, ahora estaría muerto. Se llevó la mano a las costillas y gruñó, estaba vivo, pero no intacto. Sacó el móvil del bolsillo y vio que tenía la pantalla partida, intentó entrar en contactos, pero la pantalla no respondía bien, marcó como pudo el teléfono de Ford y rezó porque aquel maldito trasto diera señal.

—Ford.

—Han secuestrado a Duncan, estoy herido, han volado mi coche... recógeme al sur de la gasolinera de Riverdale.

—¡Branson! —gritó Ford, pero al otro lado de la línea se hizo el silencio.

Ford colgó el teléfono y llamó a todos los escoltas que estaban de descanso. Salió del cuarto de control y avisó al resto de escoltas.

—Quiero a todo el mundo armado con mp5 y cargadores extra. Tom, al tejado con el rifle, Brad y Sum, puerta principal, nadie se acerca al apartamento. Steve y Derek, interior apartamento. El resto os venís conmigo, cuando lleguen los demás, que vigilen el edificio, parking, exterior y zonas comunes.

Ford caminó hacia la puerta del apartamento y revisó su arma. Tris salió del dormitorio, alertada por las voces, miró a Ford y tembló.

—¿Qué ocurre?

—Han secuestrado a Duncan, y Branson está herido. Tris, sé que es duro, pero necesito que seas fuerte, tengo que concentrar todas mis fuerzas en encontrar a Duncan.

Tris asintió, entró en el dormitorio y se arrojó a la cama, no podía contener las lágrimas, sería fuerte, pero no ahora.

La furgoneta se detuvo, Duncan no podía ver nada, le habían colocado una capucha que apestaba a grasa para metal. Lo levantaron y le empujaron fuera del vehículo, pudo sentir en su espalda el cañón de un arma. Por su mente no dejaban de aparecer imágenes de Tris, cuando la conoció, sonriendo y riendo como solo ella sabía, con Brenda y Joe, la galería de arte, ¿acaso esos momentos serían los últimos que pasaría con ella?

Branson se negó a ir al hospital, Ford llamó a un médico de confianza para que le hiciera las curas pertinentes en el apartamento. Tod trataba de consolar a Tris, pero era del todo imposible, sus ojos ya no rebosaban vida, las lágrimas habían desaparecido y solo el rastro de su maquillaje desdibujado quedaba como recuerdo de su paso.

—He llamado a Mack, pero su teléfono está apagado. En el FBI no saben nada de él desde hace unos días.

Branson apretó los dientes, pero no por el dolor que aquel médico le estaba infringiendo para colocarle las costillas, nunca le gustó Mack.

—Revisa las llamadas de Duncan.

—¿Cómo? —preguntó Ford confuso.

—Desde mi portátil instalé un programa espía en todos los teléfonos.

—Me alegro de que seas un paranoico. —dijo Ford, agarró el portátil de Branson y buscó el programa, nada más entrar, seleccionó el móvil de Duncan y se estremeció—. La última llamada que recibió fue realizada desde el número que Mack nos dio.

—¡Hijo de puta! Avisa al FBI, que esos idiotas busquen a Mack, él sabe dónde está Duncan.

Tris pidió a Tod que la dejara sola y él de mala gana obedeció. En cuanto vio como la puerta se cerraba, corrió al vestidor y descolgó de una percha una de las camisas de Duncan. Lo necesitaba, ¿dónde estaba Akira? ¿por qué lo había abandonado cuando más lo necesitaba?

Capítulo 13

Duncan fue empujado sobre una silla de madera, ataron sus manos a los reposamanos y los pies a las patas, por último le quitaron la capucha y pudo ver que se encontraba en una habitación sin ventanas. Por el moho en las paredes debía ser un sótano, dos tipos lo miraron y se marcharon, no tenían mostrarle su rostro, lo que dejaba claro algo, no saldría vivo de allí.

Media hora más tarde, la puerta se abrió y apareció el ser que más despreciaba, su padre. Brad lo miró, estaba demacrado, sus planes se habían venido abajo.

—¿Qué quieres bastardo?

—Yo no quería esto, pero la cárcel es un sitio horrible, me ofreció protección a cambio de ayudarlo a secuestrarte.

—Y tú accediste, total, ya me vendiste una vez. —gruñó Duncan.

—Escúchame, él iba a hacerlo conmigo o sin mí. Por eso me uní a ellos, para asegurarme de que nada salía mal.

—¡Claro! Te preocupaba mucho mi seguridad y de paso te llenabas los bolsillos, ten cuidado... igual te nombran padre del año.

—Tú no lo entiendes, Komarov es muy peligroso y está muy enfadado. Ha fallado dos veces y sus enemigos no dejan de atacarle, ahora necesita dar un escarmiento.

—¿Un escarmiento?

—Ya no le basta con tu dinero, va a matarte.

Brad sacó una navaja, se agachó y empezó a cortar las cuerdas que ataban sus pies.

—¿Qué haces?

—Soy el peor padre del mundo, pero no soy un asesino. —Brad escuchó voces en el pasillo y rápidamente ocultó la navaja bajo la manga de la camisa.

—Esto no cambia nada. —gruñó Duncan.

—Lo sé. —respondió Brad.

Komarov entró en el cuarto, seguido de uno de sus hombres que empujaba un carrito con un televisor, el tipo se agachó, tiró del cable y lo conectó a un

enchufe.

—Brad, déjanos solos, tu hijo y yo tenemos temas que tratar en privado.

Brad abandonó el cuarto, tenía que pensar en algo, no podía dejar que lo mataran, Komarov quería destruirlo antes de matarlo. Tenía poco tiempo para planear algo, le habían quitado el móvil y estaba vigilado en todo momento, aun así debía hacer algo, lo que fuera.

Komarov se sentó en una silla frente a Duncan, lo miró y sonrió.

—Eres duro de pelar, lo reconozco, mis hombres no pudieron contigo y luego ese mamarracho con espadas volvió a truncar mis planes. Mis enemigos no dejan de acecharme por tu culpa.

—No sabes cuanto lo siento. —dijo Duncan con sarcasmo.

Komarov se levantó y le pegó un puñetazo. Duncan podía sentir como el labio sangraba, pero el clan lo había adiestrado para aguantar torturas.

—Lo sentirás, créeme, lo sentirás. ¿Ves ese televisor? Te permitiré ver mi venganza en directo y luego te mataré.

Duncan guardó silencio, no quería gastar saliva hablando con ese chimpancé con músculos creados a base de esteroides.

Tris no podía dejar de llorar, no había ninguna noticia acerca del paradero de Duncan, temía por su vida, los rusos se la tenían jurada y el solo hecho de pensar que pudiera estar muerto....

19 diciembre, miércoles.

Sobre las doce de la mañana, el agente Jake Sanan se presentó en el apartamento, al igual que Branson, había hecho sus deberes y sospechaba de Mack.

Tris se sentó en uno de los sillones, Branson la miró nervioso.

—Tris, es mejor que te retires a tu cuarto, te avisaré si hay novedades. —dijo Branson sin acritud.

—No, nadie me va a apartar a un lado, no soy una niña. —gruñó Tris.

Ford miró a Branson y asintió con la cabeza, al fin y al cabo nadie tenía más derecho que ella a estar allí.

—Mi nombre es Jake Sanan, soy agente especial del FBI. Cotejé la información que me pasó su equipo de seguridad, sospecho que Mack está implicado en el secuestro.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó Tris.

—Por el momento no, todos los aeropuertos, puertos, estaciones de trenes y autobuses, controles de aduana, están en alerta. Creo que Duncan está retenido

en New York.

Tris se levantó y se alejó en dirección a la azotea, no quería seguir escuchando hipótesis, como siempre, nadie sabía nada, la suerte de su amado estaba echada y su querido clan lo había dejado en la estacada.

El teléfono del apartamento sonó y Branson lo descolgó.

—Sabemos que el FBI está con vosotros, pero no os confiéis, no nos preocupa. Queremos diez millones de dólares, encontraréis el número de cuenta en una caja de bombones de color roja que hemos tirado en una de las papeleras de la 49. Volveremos a llamar.

Jake sacó el móvil y marcó un número con rapidez.

—Chicos, quiero un equipo en el apartamento en quince minutos. —colgó y miró a Branson—. Voy a buscar esa caja.

—No, iré yo, cuanto menos presencia del FBI vean, mejor.

Jake asintió, sacó el móvil de nuevo y comenzó a hablar acaloradamente con su jefe.

Ford entró en la terraza y miró a Tris, estaba deshecha y no tenía buenas noticias.

—Han llamado los secuestradores, piden diez millones de dólares.

—Pues dádselos.

—Branson ya está en ello.

Branson agarró uno de los deportivos de Duncan y salió a todo gas, las calles estaban abarrotadas como de costumbre, pero conocía varios atajos, callejones y demás rutas que le harían llegar rápidamente hasta la 49. En cuanto llegó a la calle, paró el motor y salió corriendo, registró papeleras a papeleras hasta dar con una que contenía una caja roja de bombones, la abrió y sacó un trozo de papel con un número de cuenta. Corrió hacia el coche, guardó el papel en el bolsillo del pantalón y agarró la caja con fuerza, quizás en ella encontrarán alguna pista. De regreso al apartamento, tuvo que esquivar varios coches y a punto estuvo de estrellarse contra un camión, se limpió el sudor de la frente con la mano y aceleró de nuevo, debía llegar cuanto antes, los secuestradores llamarían en cualquier momento.

Ford descolgó el teléfono justo cuando Branson entraba en el apartamento.

—¿Sí?

—Depositen el dinero en esa cuenta y hoy mismo liberaremos a su amigo.

Jake le quitó el teléfono a Ford y se lo llevó al oído.

—FBI, si quieren el dinero, antes necesito una prueba de vida.

Al otro lado de la línea, se hizo el silencio, Tris corrió hacia el interior y Jake activó el altavoz del teléfono.

—Estoy bien. —dijo una voz casi susurrante.

—¿Duncan? —preguntó Tris angustiada.

—Te quiero Tris.

—¡Duncan, te quiero! —gritó Tris.

—Ya tenéis vuestra prueba, si antes de cuatro horas no habéis transferido el dinero, ya sabéis lo que pasará.

Tris sufrió un ataque de histeria, Ford la cogió en brazos y la llevó a su dormitorio.

—¿Puede conseguir ese dinero? —preguntó Jake.

—Sí, tengo autorización. —dijo Branson.

—Transfiérela a este número de cuenta y desde allí nosotros nos encargaremos de rastrear el dinero. —dijo Jake entregándole una cuartilla con un número de cuenta.

Branson lo agarró y accedió a las cuentas de Duncan a través de su portátil, introdujo la cuenta y depositó los fondos.

—Ya está. —anunció Branson.

Jake llamó por teléfono a la central y esperó pacientemente.

—Te envío un mensaje con un número de cuenta, necesito que hagáis una transferencia, rastreadla. —Jake se rascó la cabeza—. Esperemos que esos inútiles dejen pistas.

—¿Cree que cumplirán su palabra?

Jake negó con la cabeza, tenía un mal presentimiento, de haber llevado el caso desde un principio, jamás habrían llegado a esos extremos.

—Señor, la transferencia está realizada y verificada.

—Comienza el blanqueo, esa cuenta debe estar siendo rastreada por el FBI. —dijo Komarov divertido.

—Entonces... ¿se acabó? Liberarás a mi hijo y yo tomaré mi parte y podré marcharme. —dijo Brad nervioso.

—No, ya te lo dije, esto ya es algo personal, debo dar un escarmiento.

—¿Vas a matarlo?

—Sí, pero como un detalle personal hacia ti, lo haré de forma rápida e indolora.

Brad asintió con la cabeza, nada podía hacer, ¿o sí?

Capítulo 14

Por la noche, Jake le pegó una patada a una silla y maldijo por lo bajo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ford.

—Esos bastardos son demasiado buenos, disponen de un hacker que ha conseguido borrar su rastro.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Branson furioso.

—Los diez millones han desaparecido del sistema bancario y con ellos cualquier posibilidad de dar con su paradero.

Branson agarró a Jake de las solapas del abrigo y lo estrelló contra la pared, sus ojos destilaban rabia.

—Pues más te vale dar con él o seré yo quién te borre a ti del sistema. —amenazó Branson.

Ford se limitó a contemplar la escena de brazos cruzados, por él agarraría a Jake y lo tiraría desde la azotea.

Duncan abrió los ojos, uno de los guardias se había entretenido golpeando su cara, al parecer, su sentido del humor no le hacía ninguna gracia. Contempló con sorpresa que le habían quitado la ropa, ahora lleva puesto unos pantalones vaqueros negros, unas zapatillas de deporte blancas muy raídas y una camiseta gris despintada, no entendía nada. ¿Por qué despojarle de su ropa?

Komarov entró en el cuarto, sonreía con malicia, se sentó frente a él y lo miró con ojos de cuervo.

—Gracias a ti, ahora soy diez millones de dólares más rico y lo mejor está por llegar.

—Eres un cabrón. —dijo Duncan con frialdad.

—Sí, y me encanta. Encended la televisión, tómatelo como un regalo de despedida, luego te traeremos tu última cena. ¿Quieres algo en especial?

Duncan desvió la mirada y observó la pantalla de televisión que en ese momento emitía anuncios. El guardia cerró la puerta y él aprovechó para sacar la navaja y seguir rasgando sus ligaduras.

20 de diciembre, jueves.

Branson dejó caer el móvil al suelo, no podía creer lo que acababa de

escuchar, no podía ser cierto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ford nervioso, nunca había visto así a Branson.

—Han encontrado el cuerpo de Duncan junto al río. —informó Branson.

—¿Están seguros de que es él?

—Me han enviado una foto, lleva la misma ropa que cuando desapareció, incluso portaba la cartera, lo han matado de un disparo en la cara. ¡Esos hijos de puta le han destrozado la cara! —gritó Branson fuera de sí—. Nos han negado hasta poder verlo por última vez.

Ford lo agarró por los hombros y lo zarandeó. Ambos se miraron y Branson empezó a llorar, no podía creer que hubiera perdido a su mejor amigo. De algún modo se había creído esa mierda del clan ninja, pero ahora comprendía que lo habían dejado solo, si volvía a ver a Akira lo mataría.

Tris se sentó en la cama, se había despertado al escuchar gritar a alguien. Se puso una bata y salió fuera para ver qué pasaba, pero lo que vio la dejó sin habla. Branson estaba llorando, el hombre de piedra que nunca mostraba sus sentimientos, estaba llorando, eso solo podía significar una cosa.

—Ford, ¿y Duncan? —preguntó Tris con un nudo en la garganta.

—Lo siento Tris, han encontrado su cuerpo cerca del río. —confesó Ford entre lágrimas.

Tris sintió como si el mundo se desvaneciera bajo sus pies, sus piernas ya no la sostenían y todo se movía muy rápido a su alrededor, sus ojos se cerraron y cayó al suelo desmayada.

Tod acudió corriendo y al verla tirada en el suelo, se asustó, miró a Ford y este negó con la cabeza. Tod se sentó en el suelo, acunó a Tris y lloró amargamente, su ahijado había muerto, jamás podría superar eso, jamás.

21 de diciembre, viernes.

Ford y Branson se ocuparon de todos los preparativos del funeral. Tris era incapaz de levantarse de la cama, acarició con la mano el lado de Duncan y se aferró a su almohada que aún olía a él. La garganta le dolía, había chillado hasta quedarse afónica y los ojos le ardían de tanto llorar. Recordó el día que se conocieron en la cafetería, la preocupación en su rostro cuando le dijo que tenía un problemilla, la entrevista de trabajo... El viaje en ese avión que tanto adoraba y que ya nunca más podría pilotar, cambiaría lo que le quedaba de vida por pasar unos minutos junto a él.

Tod marcó el teléfono de Brenda y suspiró, aquello iba a ser muy duro para los dos.

—Brenda, soy Tod.

—¡Hola Tod!

—Brenda, tengo que contarte algo, pero necesito que te sientes.

—Tod, me estás asustando, ¿qué ocurre?

—Duncan ha muerto. —dijo Tod entre lágrimas, era inútil hacerse el fuerte.

—¿Qué? No puede ser, él no puede haber muerto.

—Sí, mi niña, lo siento mucho, esos maldadidos lo han matado.

—¿Y Tris? —preguntó Brenda.

—En la cama, no consigo que coma nada, está destrozada.

—Mañana por la noche estaré con vosotros para ayudar con el entierro y acompañar a Tris.

—Gracias Brenda, hasta mañana.

—Hasta mañana, Tod.

Brenda miró a Joe que estaba sentado con la tablet entre las manos, se sentó junto a él y rompió a llorar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Joe muy alterado.

—Esos bastardos han matado a Duncan.

Joe abrazó a Brenda, no podía creerlo, Duncan, el hombre al que debía agradecer que ellos estuvieran juntos... ya no estaba.

22 de diciembre, sábado.

Tris pasó todo el día en la terraza, Tod no dejaba de mirar la temperatura de los calefactores para asegurarse de que no pasara frío y la tapó con una gruesa manta. Ella miraba al vacío, de buena gana caminaría hacia la barandilla, pasaría las piernas por encima y se dejaría caer, así volverían a estar juntos, pero no lo haría, Duncan no habría querido eso. Recordó el testamento y empezó a llorar, ella no sería capaz de asumir el control de sus empresas, temía hundir todo lo que él había conseguido crear.

Branson entró en la azotea, se sentó en uno de los sillones frente a ella y la miró con ojos tristes.

—Tris, Duncan me pidió que te entregara esto en el caso de que él...

—¿Qué es?

—El testamento y una carta.

—No tengo ánimos para leer. —dijo Tris sin mirarle.

—Eres la heredera de toda su fortuna, tanto a Ford, Tod, como a mí, nos ha legado una cantidad de dinero extremadamente generosa, pero los tres estamos de acuerdo en algo y es que si nos aceptas, seguiremos a tu lado.

Tris se levantó del sillón, tomó la carta entre sus manos y besó en la mejilla a Branson, luego se marchó, no era capaz de estar con nadie cercano a Duncan, todo eran recuerdos. Caminó por uno de los pasillos secundarios para evitar pasar cerca de la cocina y que Tod pudiera verla, entró en el dormitorio y cerró con llave. Se dejó caer en la cama y miró el techo, ¿cómo podría vivir sin él? Tendría que poner en venta el apartamento, sería incapaz de vivir allí, pero a quién quería engañar, eso sería como eliminarlo de su vida para siempre, no podría marcharse por mucho que lo deseara, él siempre estaría en su mente. Cogió el sobre, sacó la carta, acercó la nariz y disfrutó del olor de Duncan.

“Querida Tris, las palabras siempre se me daban bien en los negocios, pero en cuestión de sentimientos es otra cosa.

Te lego toda mi fortuna, espero que la aceptes y la uses como gustes, solo quiero que estés protegida y que nunca te falte nada.

Te amo Tris y siempre te amaré, intenté combatir a mis enemigos, solo quería vencer y tener una vida feliz junto a ti, pero si estás leyendo esta carta, eso significará que no lo logré.

Quiero que me olvides, busca un hombre digno de ti y ten una vida plena y feliz.

Te amo”

Tris apretó la carta contra su pecho mientras se hundía en un mar de lágrimas. ¿Cómo pudiste pensar que podría sustituirte? Jamás volveré a estar con otro hombre, jamás.

Por la noche, Brenda y Joe tocaron a la puerta del dormitorio, Tris se levantó, se ajustó la bata y se peinó un poco con las manos, abrió la puerta y vio a Brenda, estaba aún más demacrada que ella.

Brenda la abrazó y las dos acabaron llorando, no necesitaban palabras, el sentimiento era demasiado compartido. Joe se quedó a un lado, incapaz de acercarse o alejarse.

23 de diciembre, domingo.

Tris estaba sentada en el banco de la iglesia, junto a Cristin, Brenda y Joe. No escuchaba nada, estaba ajena a todo, solo podía ver el ataúd que contenía el cuerpo de su amado. Ni siquiera le permitieron verlo una última vez, un último beso, una última caricia.

Joe intentaba consolar a Brenda, la acunaba, pero todo era inútil. Cristin solo miraba al frente, incapaz de dejar de llorar, cuando por fin empezaba a

recuperar a su hijo, la muerte se lo arrebató y lo peor de todo... por culpa de su marido, el hombre que más había querido en su vida, pese a todo.

Branson no redujo la seguridad, no pudo proteger a Duncan, pero no permitiría que nadie hiciera daño a Tris, si es que eso era ya posible porque se encontraba sumida en un estado terrible. Ford se mantenía firme aunque con ojos húmedos, no lloraría, tenía que ser fuerte por Tris, por la memoria de Duncan. Martina apretaba su mano y no dejaba de besar su mejilla, pero él estaba muy lejos de allí, no haber podido proteger a su amigo lo había sumido en una fuerte depresión.

Capítulo 15

La ceremonia terminó, Branson, Ford, Joe, Tod y Ted alzaron el ataúd y caminaron hacia la puerta de la iglesia con ritmo pausado y sombrío.

Tris se levantó ayudada por Martina, Brenda y Joe la siguieron, la enfermera de Cristin empujó su silla de ruedas tras la comitiva, manteniendo la distancia.

Caminaron por el sendero de losetas blancas hasta el que sería el lugar de reposo eterno de Duncan. Tris vio el agujero excavado y sintió escalofríos, allí quedaría el cuerpo de su amado, miró el montón de arena que cubriría su ataúd de por vida, estaba tapado con una tela roja. Martina la guió hacia una silla y ambas se sentaron.

La ceremonia continuó y Tris empezó a llorar, se acercaba el momento de la despedida, esa sería la última vez que tendría a Duncan cerca de ella. Los operarios colocaron el féretro sobre una plataforma y comenzaron a bajarlo con suavidad. Tris se levantó y corrió hacia la zanja, Ford la agarró y ella chilló.

—¡Nooo, Duncan, noooo!

—Por favor Tris, no. —rogó Ford.

Algo se rompió dentro de Tris, dejó de llorar y su alma se quebró, se deshizo del abrazo de Ford y caminó hacia una mesita en la que habían dispuesto una fila de rosas rojas, cogió una, se acercó a la zanja y la arrojó sobre el ataúd.

—Te amo Duncan, espérame hasta que llegue el momento de reunirnos de nuevo. —dijo Tris con voz susurrante.

Cristin agarró a Tris de la mano y la miró con dulzura, ella se limitó a esbozar una débil sonrisa y alejarse de ella y de todo el mundo. Branson la siguió de cerca, no la perdería de vista nunca más.

Akira observaba el entierro desde lejos, apoyó la mano sobre una lápida y bajó la vista abatido.

24 de diciembre, lunes.

Tris se levantó por la mañana, entró en la cocina y pidió a Tod que le

preparara el desayuno. Tod no se alegró de que hubiera recuperado el apetito porque sus ojos demostraban una frialdad que nunca había visto antes, ni siquiera en Duncan después de regresar de Japón. Le sirvió una taza de café y preparó unas tostadas. Brenda entró en la cocina y se sentó junto a ella.

—¿Cómo estás?

—Mejor. —respondió Tris con frialdad.

—He hablado con mi vicepresidente para que se encargue de todo, nos quedaremos un tiempo contigo.

—Gracias Brenda, pero no es necesario, estoy bien y necesito estar sola.

—¿Estás segura?

—Sí, a partir de ahora seré más fuerte, no permitiré que la compañía de Duncan se hunda.

—Puedo ayudarte con eso.

—Gracias, pero necesito hacerlo sola.

Brenda dio un sorbo al café que le acababa de servir Tod y suspiró, el cambio de Tris empezaba a asustarle, es como si hubiera adoptado la personalidad de Duncan.

Por la tarde, Brenda abrazó a Tris y le dio un beso en la mejilla.

—Solo tienes que llamarme y volveré.

Tris le sonrió y miró a Joe que no pudo más, la abrazó y le susurró al oído.

—Te quiero mucho Tris, siempre estaremos para ti, siempre.

Tris acarició su mejilla, los miró por última vez y se retiró a su dormitorio.

Brenda miró a Joe y los dos acompañados de Tod, salieron del apartamento.

—Cuidala bien Tod, te va a necesitar más que nunca.

—Lo haré Brenda, como si fuera mi propia hija.

25 de diciembre, martes.

Tris entró en la sala de juntas, la directiva estaba compuesta en su mayor parte por hombres de avanzada edad, en otros tiempos se habría sentido intimidada, pero todo había cambiado dentro de ella.

—Señores, señoras, la voluntad de Duncan de legarme su compañía es algo que no deseaba, pero que acepto por honrar su memoria.

—No se preocupe, nosotros nos ocuparemos de todo y usted no tendrá que hacer nada. —dijo uno de los directivos.

—¿En serio? ¿Piensa que voy a dejar la compañía de mi amado en sus manos para que puedan hacer con ella lo que gusten? Yo dirigiré esta compañía, yo tomaré las decisiones y si alguien no está de acuerdo, puede

salir de esta sala para no regresar jamás.

Todos los miembros de la junta guardaron silencio, ninguno estaba dispuesto a renunciar, pero tampoco llevaban bien ser dirigidos por una desconocida.

—Quiero un informe detallado de los datos de la fusión y todas las operaciones que se estén llevando a cabo en estos momentos.

—Señorita, entiendo su duelo y su intención es loable, pero si quiere que la compañía sobreviva debe dejarla en nuestras manos, usted carece de experiencia.

Tris lo fulminó con la mirada, hizo una señal a Branson para que se acercara.

—Branson, acompaña al señor Mendez a la salida, desde hoy deja de prestar sus servicios en esta compañía.

Branson caminó hacia el hombre, lo agarró de un brazo y lo obligó a marcharse. Dos escoltas lo tomaron de los brazos y lo acompañaron hasta los ascensores.

Tris se levantó, apoyó las manos sobre la enorme mesa de roble y miró a todos los componentes de la junta.

—¿Alguien más duda de mi experiencia o capacidad?

Todos guardaron silencio, Ford la miró con tristeza, Tris había muerto junto con Duncan, aquella mujer era una completa desconocida para él.

Tris entró en el despacho de Duncan, había dado órdenes explícitas de que nadie tocara nada, quería conservarlo todo tal y como él lo dejó. Se sentó tras el escritorio y revisó el portátil, retiró el fondo de escritorio en el que se mostraba una foto de ellos dos en el Caribe y en su lugar aplicó una foto de Komarov.

—Tú me quitaste lo único que quería en esta vida, acabaré contigo, cueste lo que cueste.

Branson entró en el despacho y se sentó en un sillón frente a ella.

—Ford no parece muy contento, si quiere dejarlo, por mi parte no hay ningún problema, al fin y al cabo tenéis dinero de sobra, no necesitáis trabajar para mí.

—Ford no se marchará, te considera parte de su familia y yo también. ¿Qué planes tienes?

—Refuerza la seguridad, quiero que todos nuestros conocidos estén a salvo.

—¿Ocurre algo?

—Sí, la guerra con los rusos no ha terminado, solo acaba de comenzar.

—¿Tris?

—O estás conmigo o contra mí, no pienso permitir que esa gente se salga con la suya. No disfrutarán el dinero de Duncan, no puedo soportar que ahora mismo ese repugnante hombre siga respirando.

Branson asintió, él tampoco estaba dispuesto a permitir que los asesinos de su amigo quedaran impunes.

26 de diciembre, miércoles.

La prensa ocupaba la sala de conferencias, la muerte de Duncan había acaparado todas las portadas de las principales revistas y periódicos a nivel internacional, las cadenas de televisión no dejaban de emitir historias sensacionalistas.

Tris entró en la sala, acompañada de Branson y Ford, vestía un traje negro que le aportaba sobriedad, algo que complementaba a la perfección su mirada gélida. Se acercó al atril y miró a los periodistas que ya habían empezado a hacer fotos.

—Mi nombre es Tris Clanion y quiero dar un comunicado.

Los periodistas empezaron a hablar entre ellos, los flashes iban en aumento y la tensión ante la expectativa de una gran noticia mantenía un ambiente tenso.

—Andre Komarov, tú mataste a mi amado, pero no dejaré que tu crimen quede sin castigo. Ofrezco cien millones de dólares para aquel que lo capture y entregue a las autoridades vivo o muerto.

Los periodistas empezaron a gritar sus preguntas, pero Tris no contestó ninguna, se limitó a dejar que la fotografiaran, quería que Komarov viera en sus ojos la determinación. No descansaría hasta verlo muerto o pudriéndose en la cárcel.

27 de diciembre, jueves.

Komarov agarró el escritorio y lo volcó con furia, aquella zorra acababa de provocarle públicamente, ¿cómo se atrevía? Acabaría con ella y lo haría con crueldad para dar un escarmiento.

Pasaron los días, Komarov no dejaba de sufrir ataques, una veintena de sus hombres fueron asesinados y varios de sus negocios locales en Moscú habían sido quemados. Esa maldita mujer había puesto precio a su cabeza y sus enemigos querían cobrarlo a toda costa.

Tris visitó a Cristin, la mujer estaba junto a la ventana como solía

acostumbrar.

—Hola Cristin.

—¡Hola Tris! Te vi en televisión, tengo miedo, no debiste hacerlo.

—Debo hacerlo, no permitiré que los asesinos de tu hijo queden libres.

—Pero podrían hacerte daño.

—Es un riesgo que no temo, ya acabaron conmigo cuando mataron a Duncan.

Cristin accionó el mando de la silla de ruedas y se acercó a ella, le cogió las manos y la miró con lágrimas en los ojos.

—No pienses así, Duncan habría deseado que reicieras tu vida y fueras feliz.

—Nunca seré feliz, por eso necesito vengarme.

—La venganza no trae la paz.

—Cierto, pero al menos, por unos instantes podré sonreír. Debo irme Cristin, solo pasé para ver cómo te encontrabas, si necesitas algo, no dudes en llamarme.

Capítulo 16

Tris se agachó y besó en la mejilla a Cristin que la miró con tristeza, no podía soportar verla así, tan cambiada, tan herida, tan fría.

Una vez en la limusina, Branson inició la marcha, dos vehículos reforzaban la seguridad y tres motoristas avanzaban en vanguardia.

Tris miró la pantalla de su teléfono, estaba vibrando y no se encontraba de humor, pero era Brenda.

—¿Sí?

—Tris, ¿cómo estás?

—Bien Brenda, no tienes por qué preocuparte.

—He visto tu anuncio en televisión, creo que sí tengo de qué preocuparme.

—No rectificaré.

—Lo sé y eso me preocupa, no quiero que acabes como mi primo.

—Es mi elección Brenda, no te pido que la compartas, tampoco que la apruebes, solo necesito que la respetes.

—Lo siento Tris, pero no voy a respetar una elección que puede acabar con tu vida.

Tris colgó y dejó el teléfono en el bolso, no necesitaba el permiso de nadie, su única familia era Duncan y ya no estaba.

Por la tarde, Tris se ajustó el equipo deportivo y entró en la sala que Duncan solía usar para entrenar. Allí le esperaba su entrenador personal, no solo la pondría en forma, también le enseñaría defensa personal, no volvería a ser la mujer frágil que un día fue.

Komarov estaba sentado en el asiento trasero de la furgoneta, miraba sus correos y sentía como la furia le invadía, sus negocios seguían siendo atacados, lo estaban buscando, todos querían capturarlo, enemigos, corruptos... su móvil empezó a vibrar.

—¿Sí?

—Señor, he descubierto una posible brecha en la seguridad de Tris Clanion.

—Cuéntame. —dijo Komarov relamiéndose.

—Cada semana, normalmente los domingos, viaja a una playa, según mis fuentes, solía ir allí con Duncan. La ruta cruza un bosque, podríamos emboscarlos dado el aislamiento de la zona, nadie podría socorrerles a tiempo.

—Bien, haz los preparativos y reúne a los hombres en la fábrica.

—Sí, señor.

Komarov suspiró, a su lado estaba sentado Brad que por ahora no había conseguido su tan ansiada libertad.

Brad miró por la ventanilla, las calles estaban abarrotadas, la gente debía estar haciendo sus compras navideñas o quizás preparaban su fiesta de fin de año. No pudo hacer nada por su hijo, cuando Komarov lo mató, él estaba lejos de la ciudad, debía temer que hiciera algo al respecto y lo apartó. Ahora su preocupación estaba centrada en Cristin y Tris, no podía permitir que les hiciera daño, por eso había colocado un rastreador en el móvil de Komarov.

Akira estaba en la cornisa del edificio contiguo a la fábrica, aquellas ratas gustaban de refugiarse en fábricas abandonadas.

—Señor, ¿cuáles son sus órdenes? —le preguntó uno de los ninjas de su clan.

—Matad, que no quede nadie con vida, deben pagar la muerte de nuestro hermano.

El ninja asintió y ordenó a los otros que saltaran a la azotea de al lado. Una veintena de ninjas esperaban en la azotea, Akira saltó y cayó de pie sobre el suelo de grava. Uno de los ninjas forzó la puerta en silencio y uno a uno fueron bajando las escaleras.

Akira y cinco hombres desplegaron unas cuerdas y se dejaron caer por la fachada, cubrirían la puerta principal, nadie escaparía.

Akira irrumpió por la puerta principal, los rusos no tardaron en abrir fuego, pero sus trajes los protegían, los ninjas saltaron sobre ellos y no tardaron en cubrir de sangre sus espadas. Una veintena de hombres bajaba por una de las escaleras, mientras en la planta baja unos treinta hombres plantaban cara. Los ninjas de la azotea usaron cuerdas para dejarse caer desde el hueco de las plantas superiores hasta el centro del conflicto. Akira avanzó entre las filas enemigas, atravesó el pecho de un hombre de aspecto tosco y cara repleta de tatuajes, dio una patada en el pecho a otro y le lanzó una estrella a la frente, no conocería la piedad, habían matado a su hermano. Varios ninjas cayeron abatidos por la explosión de una granada, otros murieron porque sus trajes no

podieron soportar por más tiempo la intensidad de las balas, aun así el clan no cedía terreno, seguía avanzando y cubriendo de sangre el suelo de la fábrica.

Akira envainó las katanas, saltó sobre los hombros de uno de los hombres y le partió el cuello con un movimiento rápido de sus pies. Agarró su ak47 y abrió fuego sobre un pequeño depósito de gas que explotó y acabó con cinco de sus adversarios, arrojó el arma al suelo y continuó su avance.

Uno de los rusos trataba de llamar por teléfono para pedir refuerzos, pero Akira había colocado un bloqueador de señal, nadie acudiría en su ayuda.

Saltó sobre el tipo del teléfono y se lo arrebató de una patada, luego le golpeó una y otra vez en la cara hasta dejarlo sin sentido.

Poco a poco la resistencia fue cediendo y los disparos eran cada vez menos frecuentes. Los rusos comprendieron que no hacían prisioneros y luchaban por sus vidas, pero el clan seguía imparable y no cedió hasta que todos sus enemigos yacían en el suelo sin vida.

—Registrad el edificio, quiero a Komarov y a Brad, si no los encontráis, buscad cualquier indicio que nos conduzca a su paradero. —ordenó Akira.

Diez minutos más tarde, uno de sus hombres se acercó a él y se inclinó.

—Señor, hemos encontrado algo que debería ver.

Akira asintió con la cabeza y lo acompañó.

Komarov estrelló el móvil contra el suelo, la fábrica había sido atacada y todos los hombres que se encontraban en ella, ahora estaban muertos, sus fuerzas estaban cada vez más debilitadas. Si no mandaba pronto un mensaje, acabarían con él.

Se sentó en el sillón de su ático y suspiró, había mandado a Brad a un apartamento a las afueras de New York, no confiaba en él y temía que filtrara sus planes, más adelante ya se desharía de él, pero ahora debía concentrarse en Tris, esa zorra debía morir, la violaría hasta desgarrarla, luego la degollaría.

Tris estaba sentada en el sillón del despacho de Duncan en el apartamento, miró su foto y suspiró.

—Pronto estaremos juntos, solo espero que al menos logre mi venganza.

Branson entró en el despacho y se sentó en uno de los sillones.

—He dispuesto todo, diez hombres nos cubrirán en todo momento, podrás visitar la playa con tranquilidad.

—Prepárate para lo peor, Komarov no deja de sufrir ataques y solo mi muerte podría cambiar el rumbo de su destino.

Branson asintió, la escolta iría fuertemente armada, no había comunicado nada a las autoridades locales porque temía filtraciones.

31 de diciembre.

Tris entró en el restaurante y se sentó junto a la ventana, Ford y Branson se sentaron en una mesa contigua para darle más intimidad. El camarero se acercó y le dedicó una sonrisa.

—¿Lo de siempre señorita?

—Sí, por favor.

Tris siempre se pedía lo que había tomado con Duncan la última vez que estuvieron allí, era su ritual, un ritual doloroso, pero necesario para ella.

Después de apurar su tarta de chocolate, recordó a Duncan, miró la playa y por unos instantes se vio corriendo en ella perseguida por él, revolcándose sobre la arena, besándose, no fue una convivencia fácil, siempre amenazados, pero aquellos ratos lo compensaron todo. Te amo Duncan, no sabes cuanto deseo reunirme contigo para siempre, nada en este mundo puede consolarme, te necesito a mi lado.

Ford pagó la cuenta y Branson la siguió hasta la playa. Tris se quitó el pañuelo del cuello y dejó que el viento se lo llevara, hubiera deseado ser ella la que desapareciera mecida por la brisa. Se acercó a la orilla del mar y se descalzó, el agua estaba muy fría, pero no le importaba.

Branson tenía cubierta toda la playa por escoltas armados con mp5 y pistolas automáticas, nadie interrumpiría el único momento de paz que tenía Tris.

Estaba anocheciendo y Branson ya no quiso esperar más.

—Tris, es hora de irnos, se hace de noche.

Tris asintió, miró por última vez el mar y caminó junto a Branson hasta el restaurante. Una vez allí, subió a la limusina y todo el séquito se puso en marcha. Tomaron un desvío y enfilaron la carretera de montaña. Ford conducía y Branson revisaba su arma, estaba tenso, aquella zona era ideal para una emboscada. Diez minutos más tarde, sus peores sospechas se hicieron realidad, dos árboles cayeron sobre la carretera, cortándoles el paso, el convoy intentó dar marcha atrás, pero dos furgonetas salieron del bosque y cerraron la única vía de escape disponible. Los rusos salieron de las furgonetas y abrieron fuego contra ellos, desde el lado sur del bosque, una veintena de hombres iniciaron el ataque. Uno de los vehículos del convoy saltó por los aires al sufrir el impacto de un cohete. Branson pudo ver como el

tipo del lanzacohetes se preparaba para disparar. Agarró la radio y la activó:
—Corred hacia el bosque, ¡rápido! ¡Cubrid a Tris!

Capítulo 17

Todos los hombres abandonaron los vehículos y corrieron hacia la limusina y formaron un escudo en torno a Tris. Corrieron hacia el bosque y trataron de poner la mayor distancia posible entre ellos y sus asaltantes. Branson sacó el móvil y llamó a la policía, pero era consciente de que tardarían en llegar.

Subieron una loma escarpada y tomaron posiciones. Los rusos les seguían de cerca, Ford apuntó con su mp5 al tipo del lanzacohetes y abrió fuego. Al menos ese no molestaría más, disparó a dos más que cayeron al suelo abatidos, pero eran demasiados, Komarov estaba dispuesto a quemar todas sus fuerzas con tal de acabar con Tris.

Tris se agazapó tras una roca y cerró los ojos, al menos pronto todo acabaría, lo único que sentía es que Branson y Ford morirían, a menos que... Tris salió corriendo hacia una de las laderas, Komarov la vio y sonrió, ordenó a sus hombres que se interpusieran en el camino de sus escoltas.

Branson gritó furioso, Ford comprendió lo que trataba de hacer y bajó la vista dolido. Los hombres de Komarov avanzaron y rodearon a Branson y a sus hombres, ya no podrían acudir en ayuda de Tris.

Komarov avanzó a paso rápido en la dirección que había tomado Tris, su venganza llegaría, iba a disfrutar.

Tris se agazapó tras el tronco de un árbol, pudo ver como uno de los hombres de Komarov pasaba de largo y suspiró hasta que lo vio llegar.

—Tris, Tris, Tris, has sido una chica mala y ahora voy a tener que castigarte. No me lo pongas más difícil, si sales te mataré rápido, si me haces esperar te torturaré durante horas, tú decides.

Tris guardó silencio, rebuscó en su chaqueta, pero no encontró la pequeña pistola que Ford le había entregado, debió perderla durante la carrera. ¿Estarían bien Branson y Ford?

Una mano la agarró del cuello y la obligó a levantarse, luego tiró de ella hasta hacerla caer sobre la hierba.

—¡Uuumm! Duncan no tenía mal gusto, creo que antes de matarte voy a disfrutar de ese cuerpecito.

Tris le miró aterrorizada, aceptaba la muerte, pero pensar en que ese bastardo la tocara...

—¡Apártate de ella! —gritó una voz que Tris no reconoció.

—¡Vaya, vaya! Sabía que me traicionarías, pero nunca pensé que sería de este modo. Siempre pensé que me robarías dinero y desaparecerías.

—¡Aléjate de ella! No te lo repetiré Komarov.

—¿Y a ti que más te da? ¿No moviste un dedo por tu hijo y ahora quieres defender a esta zorra?

—Me engañaste, me enviaste a la otra punta de la ciudad para asegurarte de que no intentaba nada.

—¿De haber estado allí lo habrías salvado? ¿no me dirás que habrías saltado como en las películas para atrapar la bala con tu decrepito cuerpo?

—Sí, lo habría hecho, es mi hijo.

—Claro y tú eres el padre del año.

—No, soy el peor padre del mundo, pero nunca habría permitido que mataras a mi hijo. ¡Nunca!

Komarov miró hacia la izquierda y gritó:

—¡Matadlo!

Brad miró asustado en esa dirección y Komarov abrió fuego contra él. Brad cayó al suelo junto a Tris que se agachó sobre él y trató de hacer presión sobre la herida.

—Lo siento Tris, no pude salvar a mi hijo y tampoco a ti.

—Pobre diablo, has caído con el truco más viejo del mundo. Bueno, ¿sabéis qué? Tengo prisa, así que acabaré con los dos y me marcharé, tengo más gente a la que liquidar.

Komarov gritó de dolor, la pistola resbaló de sus dedos y cayó al suelo. Miró su mano y sacó la estrella de metal que tenía clavada. Sus ojos se movían en todas direcciones, otra vez esos malditos encapuchados.

Branson abrió fuego contra dos hombres que empezaban a avanzar, la munición se les estaba terminando.

—¡Ford!, ¿munición?

—Un cargador.

Branson miró a sus hombres, unos ocho quedaban en pie y tres estaban heridos, no aguantarían mucho tiempo. Los disparos parecían cambiar de dirección, Branson se asomó y por un resquicio entre las rocas observó con sorpresa como un grupo nutrido de ninjas se descolgaban desde los árboles y

atacaban a sus enemigos. Se estremeció al sentir un golpe junto a él y a punto estuvo de disparar cuando vio a un ninja con las espadas desenvainadas, mirándolo fijamente, pero reconoció esos ojos negros, Akira.

Komarov agarró el arma de Brad y recogió la suya, abrió fuego sobre el ninja, que se limitó a cubrir sus ojos con las espadas.

Komarov arrojó las armas al suelo, miró con burla al ninja y sonrió.

—Bonito traje, cuando te mate será mío.

El ninja arrojó una de sus katanas a los pies de Komarov que miró divertido la espada clavada en la tierra.

—¡Vaya, qué nobleza! —dijo mientras agarraba la espada—. Sabes, estoy un poco oxidado, pero en mis tiempos de universidad fui capitán del equipo de esgrima. Nunca pensé que esos conocimientos me servirían de ayuda.

—No te servirán. —respondió el ninja con voz fría.

Komarov se lanzó al ataque y el ninja se limitó a parar cada golpe con su espada. Se giró sobre sí y clavó la hoja de su espada en el hombro de Komarov, que lo alejó con una fuerte patada en el pecho. El ninja cayó al suelo, se levantó y avanzó hacia él. Komarov alzó su espada y lo golpeó con toda su furia, pero ninguno de sus movimientos conseguían llegar a rozar el cuerpo de su oponente. El ninja golpeó la cara de Komarov con la empuñadura de la katana y este aprovechó para darle un puñetazo en la cara. El ninja se alejó unos metros renqueando, alzó la barbilla y caminó hacia Komarov.

—¡Maldita sea! ¿qué eres un robot? ¿qué es lo que quieres? Te pagaré lo que pidas.

El ninja caminó hacia él, evitó su espada y clavó la suya en la pierna de Komarov que gritó dolorido.

—Nada puedes ofrecerme que sea de mi interés salvo tu muerte.

Komarov sacó una pequeña pistola de la bota y le disparó a la mano.

El ninja dejó caer la espada, recogió la katana con la otra mano y con un movimiento rápido cortó la mano de Komarov.

Komarov miró horrorizado la mano tendida en el suelo, con los dedos inertes aún agarrando el arma. Empuñó la espada con fuerza y saltó sobre el ninja, que paró el golpe, se giró sobre sí y clavó su espada en el estómago de Komarov.

Komarov cayó al suelo, soltó la espada y se agarró el estómago.

—¿Quién eres? ¿quién te envía?

El ninja se acercó a él, lo miró y clavó su espada en su corazón.

Tris estaba aterrorizada, ¿quién era ese ninja tan despiadado? ¿Akira? ¿uno de sus hombres?

El ninja envainó sus katanas y miró a Tris.

—Gracias. —dijo Tris casi susurrando.

El ninja se quitó la capucha y la miró.

Tris abrió los ojos sorprendida y se desmayó.

Cuando Tris despertó, estaba en su cama, las cortinas estaban descorridas y la escasa luz del exterior se colaba con timidez en el cuarto.

—Hola Tris.

Tris miró a Duncan, estaba sentado en un sillón junto a la cama, vestía uno de sus trajes caros y de color gris.

—¡Genial! Ahora me he vuelto loca.

—No estás loca.

—No, claro, ahora hablar con los muertos es de cuerdos.

—Estoy vivo.

—Sí, claro, y yo enterré una caja de galletas. En fin, mañana pediré a mi secretaria que me pida cita para un psicólogo.

Duncan se levantó del sillón, se sentó en la cama y la besó. Tris cerró los ojos, aquel sueño era tan real...

—Estoy peor de lo que pensaba, hasta he sentido tus labios.

Duncan puso los ojos en blanco, se levantó de la cama y abandonó el dormitorio. Minutos después, Tod entró, se acercó a la cama y la miró divertido.

—Tod, he visto a Duncan, hasta me ha dado un beso, creo que empiezo a perder la cabeza.

—Pues en ese caso, nos van a tener que encerrar a los dos en el mismo manicomio.

—¿Qué quieres decir?

—Es real, Duncan está vivo, aunque se encuentra algo confundido, lo torturaron.

Tris se levantó de un salto, pasó como un rayo junto a Tod, abrió la puerta del cuarto y corrió por el pasillo, resbaló y se estrelló contra uno de los jarrones, ¿a quién se le habría ocurrido ponerlo allí? Se rascó el culo, se levantó y siguió corriendo, buscándolo, no estaba en el salón, tampoco en la cocina, ni en el cuarto de control con Ford, ¿dónde estaba? Aquello empezaba a parecer una broma de mal gusto, vio luz en la azotea y corrió hacia allí.

Cuando lo vio allí sentado, saltó sobre él y lo besó, no podía parar, ¿cómo pudo sobrevivir? No entendía nada, pero tampoco le importaba, Duncan estaba vivo y junto a ella.

—No lo entiendo, te enterramos.

—No soy un zombie, por si es eso lo que te estás preguntando.

Tris lo miró divertida, de ser un zombie seguía estando muy bueno.

Capítulo 18

—Komarov buscó un cuerpo cuya apariencia concordara con la mía, incluso buscó que tuviera el mismo grupo sanguíneo, le desfiguró la cara, lo vistió con mi ropa y colocó mi cartera en su bolsillo. Pensó que nadie sospecharía y así fue, colocó un televisor para que pudiera ver en directo mi propio entierro.

—¿Pero cómo sobreviviste?

—Mi padre intentó desatarme, pero no tuvo tiempo, me entregó una navaja que yo conseguí conservar. Me desaté justo a tiempo, Komarov había ordenado a uno de sus hombres que acabara conmigo. Tuve suerte, el clan atacó ese mismo día y me liberó.

—Tod dice que te torturaron.

Duncan la besó y la abrazó, la mayor tortura fue verla llorar sobre su tumba.

—Estoy bien, ahora nuestra vida será diferente, te lo prometo.

—Tu padre intentó salvarme, pero Komarov le disparó.

—Lo sé. Ahora no quiero hablar de él, solo quiero besarte y amarte.

—¿Te viene bien aquí o vamos dentro? —dijo Tris sin ocultar el deseo que la invadía.

—Mejor dentro. —respondió Duncan sonriendo.

Por la mañana, Duncan entró en la habitación de su padre, un escolta se levantó y salió fuera para dejarlos solos.

Brad tenía los ojos abiertos, pero no lo miraba.

—¿Cómo estás?

—¿Qué más da? No merezco ni que preguntes, ¿por qué me vigila ese tipo y no un policía?

—He hablado con el FBI, les he contado como te infiltraste en la organización de Komarov para recabar información y salvar mi vida.

Brad lo miró escandalizado, ¿por qué su hijo había hecho eso?

—Eres un hombre libre.

—Sabes que eso no es cierto, yo no merezco tu ayuda y mucho menos la

libertad.

—Yo solo veo que trataste de salvar mi vida y luego la de mi novia. Estamos en paz.

—Nunca estaremos en paz, pero hay algo que quiero que sepas.

Duncan lo miró con curiosidad, ¿qué podría ocultarle?

—Antes de que tu madre y yo acabáramos en la cárcel, supe que la policía me seguía de cerca, por eso te entregué a tu abuelo.

—¿Me entregaste? ¡Me vendiste!

—Sí, era la única forma de que tu abuelo me repudiara, no quería verlo en la cárcel, eso sería una humillación para él y tampoco quería que tú nos vieras en ese estado, preferí que me odiaras. Aunque tomé la decisión equivocada, al menos por parte de tu madre, ella no merecía estar separada de ti.

—Me ocupé de ella en cuanto me fue posible.

—Lo sé, por suerte heredaste el corazón de tu madre y no el mío.

—El pasado es pasado, si quieres limpiar tu alma, ahora tienes la oportunidad de ser un buen hombre, un buen padre y un buen marido.

—¿Un buen padre? ¿marido? —dijo Brad sin comprender hasta que vio que Cristin entraba en la habitación y ya no pudo contener las lágrimas ni la vergüenza—. Por favor Cristin, aléjate de mí, ya te he destrozado bastante la vida.

Duncan se marchó y Cristin rodeó la cama hasta llegar a la cabecera, detuvo la silla y cogió la mano de su marido.

—Aún soy tu esposa.

—¿Qué? ¿por qué?

—Siempre supe que eras un buen hombre, confundido, pero noble, nunca perdí la esperanza de que cambiaras.

—Yo no te merezco, no lo merezco a él.

—Como ha dicho tu hijo, el pasado es pasado, demuéstranos que eres el buen padre y marido que nosotros esperamos que seas.

Brad besó la mano de su mujer, jamás pensó que pudiera recuperar a su familia ni en sus mejores sueños.

—Cuando te recuperes, vendrás a vivir a nuestra casa, te va a gustar, es como esa que intentamos comprar hace años.

—Me da igual donde vivamos, solo quiero estar junto a ti.

Cristin apoyó los pies en la silla y temblorosa se levantó y lo besó.

—Pero... ¿yo pensé que no podías mover las piernas?

—Apenas puedo moverme, Duncan me pagó un tratamiento en Houston, no es seguro que vuelva a caminar, pero si estás conmigo seguiré intentándolo.

—Yo seré tu apoyo Cristin, ahora y siempre.

Robert Mack estaba sentado en la terraza de un hotel en el Caribe, no podía creer que Duncan estuviera vivo y Komarov bajo tierra, en cualquier caso, le daba lo mismo, él había cobrado una buena suma y nunca más volvería a pisar suelo americano. Tenía pasaportes falsos que le permitirían viajar por todo el mundo y ocultarse para siempre de las garras del FBI. Apuró su copa y se levantó, era una noche fresca, la luna llena iluminaba la pequeña ciudad, un buen sitio para retirarse, pensó.

Entró en el salón y caminó hacia los ascensores, le apetecía dar una vuelta. Pulsó el botón de la planta baja y cruzó la recepción. Un coche pasó a gran velocidad y Mack soltó una maldición. Bajó las escaleras y caminó por la acera, al fondo de la calle se podía ver el puerto, era un sitio espectacular.

Escuchó un ruido tras él y se giró, no había nadie, pero ya no podía confiarse. Tanteó la pistola bajo la chaqueta y siguió andando, tal vez se tomara otra copa en el Club del puerto.

Sacó una petaca del bolsillo de su americana y dio un trago de whisky, era fuerte, pero de gran calidad como a él le gustaba.

—Robert Mack.

Robert se sobresaltó al escuchar su nombre, un nombre que ya había dejado de usar, miró hacia el callejón y sacó su pistola, pero antes de que pudiera disparar, sintió una punzada en el cuello como si un insecto le hubiera picado. Extrajo un pequeño dardo y se quedó mirando a un hombre que vestía un extraño uniforme.

—Duncan Clanion te envía saludos.

Robert intentó disparar, pero sus ojos no conseguían enfocar nada, todo se veía turbio, hasta que el callejón se convirtió en una mancha negra. Cayó al suelo, se llevó las manos a la garganta y murió.

Akira miró con desprecio a Mack y desapareció en la oscuridad, ahora Duncan estaba a salvo, su misión había terminado y ya podía regresar a Japón, pero antes se despediría de Duncan y Tris.

Brenda entró en el apartamento como un tornado, apartó a Branson y a Ford y corrió hacia Duncan, lo abrazó y lloró como una loca, no podía creer aquel milagro.

—Te quiero Duncan, te quiero mucho.

—Yo también te quiero prima.

—Tienes que contármelo todo, quiero detalles, no entiendo nada.

—¡Déjalo respirar! —gruñó Joe caminando hasta ellos.

Brenda se apartó y Joe abrazó a Duncan con tal fuerza que lo hizo gritar.

—¡Joder Joe! ¿quieres matarme?

—Perdona, con la emoción no calculé la fuerza. —dijo Joe sonriendo.

Tris, que acababa de llegar, corrió hacia Brenda y las dos se abrazaron.

—Yo siempre el último. —gruñó Joe

Tris soltó a Brenda y se colgó del cuello de Joe, le dio un beso en la mejilla y el sonrió.

—No seas envidioso, tengo para todos.

—¡Vale! No te pases, a ver si Brenda se va a mosquear.

Brenda soltó una carcajada, cogió la mano de su primo y tiró de él hacia la azotea.

—No te imaginas el cambio que dio Tris, era incluso más fría y dura que tú.

—Lo sé, es lo que peor llevo, ahora en la oficina tengo la sensación de que la respetan más a ella que a mí. —dijo Duncan sonriendo—. Ya no creo que la junta me permitiera devolverla a su antiguo trabajo, no se lo digas, pero será mi vicepresidenta.

—¡Clarooo! Y de paso aprovechas para tenerla más cerca. —dijo Brenda guiñándole un ojo.

—¿No me culparás por ello?

—No, desde luego que no, os merecéis ser felices.

Un estruendo llamó su atención, Joe había conectado el equipo de música a todo volumen y Tod no dejaba de echarle la bronca, pero Joe lo ignoró, agarró a Tris de la mano y la obligó a bailar junto a él.

Duncan meneó la cabeza negativamente y miró a Brenda que se limitó a encogerse de hombros.

—Qué quieres que te diga, hay cosas que nunca van a cambiar. —dijo Brenda sin dejar de sonreír, Joe estaba loco, pero era el mejor a la hora de animar ambientes.

Capítulo 19

Esa noche todos quedaron en Luxury Land, la discoteca de moda. Ford apareció acompañado de Martina, los dos sonrieron al ver a Joe y a Brenda que estaban sentados en una fila de sillones rojos de la sala VIP reservada por Duncan. Branson se sentó junto a ellos, Joe le resultaba insoportable, pero al menos ese día otros se ocupaban de la seguridad. Suspiró y se recostó en el sillón, dio un trago a su cerveza y se relajó, ahora el nivel de seguridad era mucho menor aunque siempre existiría un mínimo de riesgo mientras su protegido fuera millonario.

Duncan subió las escaleras de la mano de Tris y ella no podía dejar de sonreír, era sorprendente como la vida puede cambiarte en tan poco tiempo. Nada más entrar, todos se levantaron para saludarles.

—Estás preciosa con ese traje de lentejuelas. —dijo Martina.

—Chicas, por qué no dejamos a estos aburridos y nos sentamos aquí para hablar de nuestras cosas. —sugirió Brenda guiñándole un ojo a Tris.

Las tres chicas se pasaron la noche riendo y despotricando sobre sus parejas, algo que ellos parecían intuir pues no dejaban de mirarlas y mirarse entre ellos.

—¿Y ahora qué? ¿Cómo te va con tus padres? —preguntó Joe a Duncan.

—Vamos poco a poco, descubrir que lo que creía de ellos no era cierto... no es fácil de asimilar.

—¿Qué te parece si montamos algo en Morgan? Creo que ya es hora de que la familia se reúna al completo.

Duncan tragó saliva, su padre y Adrian juntos... eso lo ponía tenso, no tenía ni idea de cómo saldrían las cosas, ¿se pelearían?, pero Joe tenía razón, ya era hora de que se vieran las caras.

—Me parece bien, ¿qué te parece si nos vemos allí la semana que viene?

—Por mí estupendo, jaleo y fiesta son mis apellidos. —dijo Joe sonriendo.

—Branson, Ford, sois hombres ricos, ya no tenéis por qué trabajar para mí.

—Técnicamente, al estar vivo, el testamento no tiene validez. —puntualizó Ford.

—Ya me he encargado de que sí la tenga. —dijo Duncan—. Gracias chicos, jamás podré pagaros lo que habéis hecho conmigo.

—Mira imbécil, me estoy gastando tu dinero tan rápidamente que pronto tendré que pedirte un aumento. Por otro lado, tú no sabrías ni atarte los cordones sin mí. —dijo Branson sonriendo.

—Estoy de acuerdo, compré una casa para vivir con Martina y... francamente, no sé hacer otra cosa, así que me quedo contigo. —dijo Ford dando un trago a su mojito.

—¿De manera que me toca aguantaros? Pues nada, dos amigos aburridos y medio cuñado loco, menuda vida me espera.

—¡Oyeee, yo no estoy loco!

—No, qué va. —gruñó Branson mirando a Joe.

—Branson, no te hagas el duro, en el fondo sé que me amas. —dijo Joe poniendo ojitos.

—Yo a este tío no lo aguanto, me va a dar una subida de tensión. —gruñó Branson levantándose para poner tierra de por medio.

Caminó hasta la barra y se sentó en uno de los taburetes.

—Ponme lo más fuerte que tengas. —pidió Branson sin levantar la vista de la barra de madera.

—Lo más fuerte no puedo servírtelo aquí.

Branson levantó la vista y se quedó mirando a la camarera, una chica alta, morena y de ojos color miel.

—En ese caso, ¿Qué tal si espero a que acabe tu turno y nos vemos fuera?

—Sueña campeón, no te lo voy a poner tan fácil.

—Mejor, me gusta batallar un poco.

La chica le sirvió un whisky y le guiñó un ojo. Branson sonrió, aquella chica le había gustado.

—Branson, Branson, estás viejo, ya te han cazado. —dijo Ford burlón, golpeando suavemente su hombro.

—¡A mí nadie me ha cazado!

La camarera se acercó y dejó una servilleta junto a la mano de Branson, que la miró con curiosidad, le dio la vuelta y en ella estaba escrito un número de teléfono. Branson sonrió.

—Bueno, ya veremos.

Ford soltó una carcajada y lo dejó solo, a ver si así se animaba y conseguía conquistar a la chica aunque no imaginaba a Branson en plan romántico.

Duncan se levantó, tomó a Tris de la mano y la llevó hasta la pista de baile, sonaba la canción “The power of love”. Él la agarró por la cintura, mirándola con deseo y ella rodeó su cuello, acariciando su pelo, dejando que sus labios se perdieran guiados por su amor.

—Cuando te vi, creí que eras un fantasma, como si hubieras regresado de la tumba para salvarme.

—Lo hubiera hecho llegado al caso, jamás descansaría en paz sabiendo que tú no eras feliz o estabas en peligro.

—¿Te he dicho hoy que te amo?

—Unas cien veces, pero no me canso de escucharlo.

—¿Ahora ya podemos ser felices? —preguntó Tris.

—Sí, he pensado que podríamos pasar unos días en Morgan, ha llegado el momento de que mi familia se reúna al completo.

Tris asintió y apoyó su cabeza contra el pecho de Duncan, su héroe, su amor, ¡jodeeeer, su ninja!

—Cuando peleas pareces otro.

—Lo soy, cuando vi a Komarov cerca de ti...

—Me salvaste la vida.

—Era lo menos dado que yo te puse en peligro.

—No empecemos, esa es una guerra que no vas a ganar y lo sabes.

—Cierto, ¿qué te parece lo de Morgan? Vicepresidenta.

—Es curioso, yo pensaba darte ese cargo a ti, al fin y al cabo, a mí me quieren más. —dijo Tris guiñándole un ojo.

—Según mis fuentes, te temen más.

—Eso también. —admitió Tris sonriendo—. ¿Cuándo viajaríamos a Morgan?

—El médico de mi padre dice que para el viernes de la semana que viene le dará el alta, siempre y cuando me asegure de que reciba los cuidados médicos pertinentes. Contrataré a una enfermera y viajaremos en mi jet.

—Me parece genial, ¿nos vamos?

—¿Te aburres?

—No, solo quiero recuperar el tiempo perdido, tengo mis necesidades.

Duncan se despidió del grupo agitando la mano y los dos corrieron escaleras abajo como dos niños traviosos.

Branson sonrió, apuró su copa y suspiró.

—En dos horas termino mi turno. —le susurró la camarera y se alejó para

atender a un cliente.

Branson se quedó mirándola, no, si al final le tocaría a él ser feliz, pero de ningún modo sería como Ford, nada de muñecos o corazones.

Una semana después, viernes.

Brad subió al jet, seguía sintiéndose incómodo, pero Tris no dudó en darle un beso y un abrazo.

—Hola papá político.

Brad sonrió, no sabía qué decir o hacer, caminó hasta el asiento contiguo al que ocupaba Cristin, se sentó y le cogió la mano.

—Te he echado de menos. —dijo Brad.

—Pero si solo nos hemos separado diez minutos. —repuso Cristin sin comprender.

—Me han parecido una eternidad. —dijo Brad besando sus labios con ternura.

Tris casi llora al verlo así, Duncan se parecía tanto a Brad que por unos segundos se imaginó que eran ellos dentro de muchos años, sí, muchos años, porque ella aún era muy joven y por supuesto aparentaba unos dieciocho años y a ver quién tenía un par de llevarle la contraria con eso.

Duncan entró seguido de dos escoltas, agarró a Tris de la cintura y la obligó a sentarse junto a él.

—Se me hace raro viajar sin Branson y Ford. —admitió Tris con tristeza.

—A mí también, Ford se ha cogido unos días libres para viajar con Martina y Branson, esto si que me cuesta creerlo, ha empezado a salir con una chica.

—¿Branson enamorado? —preguntó Tris con ojos como platos.

—Sí, increíble, pero cierto. Le he dicho que se vaya de vacaciones, tenemos escoltas de sobra y creo que le ha quedado claro que sé defenderme.

—¡Y tan claro! Eres como rambo mezclado con Bruce Lee, pero más guapo.

Duncan le abrochó el cinturón y se recostó en el asiento, el avión despegaría en breve y estaba muy nervioso, no sabía cómo recibiría Adrian y Abie la visita de sus padres.

Capítulo 20

Los vehículos circulaban por la carretera de Morgan, a lo lejos se divisaba la ciudad, pero tomarían un desvío para no cruzarla. Brenda y los demás los esperaban en la mansión. Brad miraba por la ventana, estaba desconcertado, todo había cambiado tanto... Cristin no le soltaba la mano, estaba tan nerviosa como su marido.

Duncan miró su reloj, acababan de dar las nueve de la noche, mandó un mensaje a Brenda para anunciarle su llegada y guardó el móvil. Tris estaba tarareando una canción de la radio que él no entendía, todo era “Boom, boom” y una voz femenina muy melosa. Le encantaba que fuera tan infantil y descarada, recordó cuando la vio en televisión, demacrada y fría, aún sentía escalofríos al recordarlo.

Tris se dejó caer sobre su regazo y lo agarró por la barbilla.

—Quiero mimos.

—Estamos a punto de llegar. —repuso Duncan contrariado.

—¡Quiero mimooooos!

—Eres una consentida.

—Lo sé y me encanta.

Duncan se inclinó sobre ella y la besó, tenía una sorpresa para ella, pero no la desvelaría aún. Los dos se merecían una escapada romántica y nada más romántico que Venecia.

Los vehículos entraron en la finca y fueron deteniéndose a unos metros, unos de otros junto a la entrada de la mansión.

Adele fue la primera en salir, estaba impaciente por ver a Brad y a Cristin. En cuanto Tris salió del vehículo Adele la estrujó.

—¡Mi niña! Pero... ¡qué canija estás! —gritó Adele.

Por suerte para Tris, Adele ahora se centraba en Duncan que no sabía cómo deshacerse educadamente de ella. No llevaba bien que la llamaran canija, nada bien.

Brad junto a uno de los escoltas, ayudaron a bajar a Cristin, la rampa de la furgoneta fue descendiendo hasta quedar a ras del suelo. Adele se acercó a

ellos, cogió las manos de Cristin y la besó, luego abrazó a Brad, hacía tantos años que no los veía, que le parecía un sueño.

—¡Bienvenidos a casa!

—Gracias Adele. —susurró Brad.

Varios escoltas desplegaron una rampa portátil sobre las escaleras de la mansión y ayudaron a Cristin a subirlas. Brenda y Joe aparecieron por la puerta, saludaron a Brad y a Cristin como si nunca hubiera pasado nada y corrieron hacia Duncan y Tris, que ya empezaban a agobiarse con tanta efusividad.

Joe dio un beso a Tris y agarró del brazo a Duncan, tiró de él hacia la mansión y le susurró algo al oído.

—Mañana nos vamos de pesca tú y yo.

—Joe, no sé pescar.

—Da igual, nosotros nos llevamos las cañas y si no pescamos, nos emborrachamos. —dijo Joe riendo y por primera vez en mucho tiempo vio a Duncan sonreír.

Brenda se acercó a Tris y la abrazó, ella ya era como una hermana y estaba loca por presentarle a su hija.

—Ven, mi chiquitina quiere verte. —dijo Brenda sonriendo.

—Pues no quiero hacerla esperar. ¡Vamos!

Brad se quedó mirando las escaleras que conducían a la planta superior, habían reformado la mansión y ahora parecía como nueva, cuántos recuerdos...

—Parece como si no hubiera pasado el tiempo, mi yerno hizo un gran trabajo.

Brad bajó la vista y vio a Adrian, no sabía qué decir.

—Yo...

—No digas nada, Duncan ya nos contó lo ocurrido, olvidemos el pasado y centrémonos en el presente. ¿Una copa?

Brad asintió y aceptó la mano que su hermano le ofrecía con lágrimas en los ojos.

Abie se inclinó sobre Cristin y la besó, antes de que todo cambiara, ella era su mejor amiga de la infancia y ahora estaba muy contenta de poder volver a verla.

—Cristin, cuánto tiempo... tenemos que ponernos al día, he hablado con Adrian y él está de acuerdo, nos gustaría que pasarais una temporada con

nosotros.

—Por supuesto, estaremos encantados. —respondió Cristin agradecida, temía un recibimiento doloroso, pero todos parecían contentos de verlos.

Tris tomó en brazos a la niña y sonrió, olía a colonia fresca con toques afrutados. La niña rió al verla y le agarró el pelo y empezó a jugar con él.

—Es preciosa. —dijo Tris mirándola sin dejar de sonreír.

—Mi cielo y la perdición de Joe. Me parece mentira, tener a toda mi familia bajo el mismo techo, es un sueño. ¿Qué tal Duncan?

—Está algo más distante, lo que pasó aún lo tiene demasiado presente, por la noche se despierta con pesadillas...

—Duncan es fuerte, se sobrepondrá, ya lo verás, y ahora que estáis juntos, las cosas van a cambiar. Por cierto... ¿así que ahora eres una jefaza?

—Sí. —admitió Tris con orgullo—. No solo mando sobre Duncan, ahora también en su compañía.

Brenda soltó una carcajada y acarició la mejilla de su hija, que en manos de Tris parecía ignorarla por completo.

—¡Vaya! La tienes encandilada, a ver cuándo te animas, tengo ganas de ver la cara que pone Duncan al ver un pañal sucio.

Tris soltó una carcajada solo de pensarlo, ¿su estirado cambiando pañales? No lo tenía claro.

Después de cenar, sus padres pasaron a una sala privada, encendieron la chimenea y comenzaron a recordar los viejos tiempos, pero centrándose en los buenos recuerdos.

Joe puso un poco de música en otro salón y preparó las bebidas, Adele se había marchado a una de sus reuniones de lectoras.

Brenda acostó a su hija y luego, acompañada de Tris, bajaron las escaleras y se reunieron con sus chicos. Duncan estaba mirando por una de las ventanas, todo estaba nevado y parecía una imagen de postal, dio un trago a su cerveza y suspiró. Su mente iba y venía, Komarov y sus hombres lo torturaron física y psicológicamente, de no ser por el entrenamiento de Akiyama y Akira, no habría podido sobrevivir. Sintió que unos brazos rodeaban su cintura y trató de relegar esos pensamientos al más absoluto de los olvidos.

—¿Otra vez pensando?

—Sí.

—Estás conmigo, ahora yo te protegeré. —dijo Tris.

—Entonces no tengo nada de qué preocuparme. —dijo Duncan sonriendo,

se giró y la besó.

—¡Joder Duncan! No me acostumbro a verte en plan cariñoso, cuando te conocí parecías el conde Drácula con esa voz baja y esas miradas de hombre de hielo. —dijo Joe dando un trago a su cerveza y gruñendo de dolor por el codazo que Brenda acababa de darle en el estómago.

—Tienes razón Joe, era otro hombre hasta que conocí a Tris, aunque tener un cuñado capullo que no deja de tocarte los testículos a diario, no ayudaba mucho.

Joe levantó su cerveza y brindó por eso, así era él y le encantaba.

—No hagas caso a este paleta, un poco más burro y en lugar de nacer, lo tienen que arrancar de la tierra como las zanahorias.

—Ya habló la bruja, por cierto, llamaron del taller. —le informó Joe.

—¿Del taller, para qué?

—Dijeron que ya tenías la escoba reparada. —dijo Joe riendo.

—¡Te voy a matar paleta! —chilló Brenda y empezó a perseguirlo por toda la sala.

—¡Que me mata la brujaaaa! —gritó Joe riendo a carcajadas mientras esquivaba los ataques de Brenda.

Duncan tomó a Tris de la mano y la llevó hasta la puerta, le apetecía dar una vuelta lejos de esos locos.

—¿A dónde vamos?

—Fuera, necesito tomar el aire y no quiero estar cuando esos dos dejen de pelear y empiecen a darse mimos. —admitió Duncan.

Tomaron un sendero que llevaba hasta el pequeño muelle, la noche estaba en calma y los dos miraron el lago casi cubierto en su totalidad por el hielo y la nieve. Duncan se giró, había escuchado algo tras ellos, llevó su mano derecha hasta su axila izquierda dispuesto a coger su arma, ya no salía a la calle sin ella.

De la espesura empezaron a salir hombres vestidos con el uniforme ninja del clan. Uno a uno empezaron a formar filas, cuando completaron la formación, caminaron hacia Duncan. Uno de ellos dio un grito y todos se inclinaron, colocando una rodilla en tierra. Uno de los ninjas avanzó hacia Duncan con decisión, bajó su capucha y los miró.

—Hola hermano.

—Akira. —respondió Duncan sonriendo.

—Nuestra misión aquí ha terminado, ha llegado el momento de regresar a

Japón.

—Lo sé hermano, lo sé. —dijo Duncan y lo abrazó—. Siempre estaré para ti y para el clan.

Duncan se apartó de Akira y caminó hacia los hombres del clan, dijo algo en japonés y todos ellos rompieron la formación y se acercaron para saludarlo.

Tris se abrazó a Akira, nunca creyó que ese tipo tan raro y serio llegaría a caerle bien.

—Siento lo que te hice pasar. —dijo Akira con voz temblorosa, las mujeres no eran un terreno seguro para él.

—No importa, me alegro de que estuvieras aquí y de que encontraras a Duncan.

—¿No te lo ha contado? —dijo Akira burlón.

—¿Contarme? Él me dijo que lo habíais rescatado.

—Lo encontramos peleando con cinco tipos a la vez, mis hombres se limitaron a mirar. Duncan no es un chico fácil de abatir, créeme, he peleado con él y tiene una cabeza más dura que el cemento.

Tris soltó una carcajada, miró a Akira por última vez y este se cubrió la cara con la capucha. Duncan regresó al lado de Tris y los dos contemplaron como el clan los saludaba por última vez antes de desaparecer en la oscuridad.

Capítulo 21

—Tienes los amigos más raros del mundo.

—Sí, cuando creía que estaba solo, descubrí que formaba parte de una gran familia. Tal vez nos visite Arale el año que viene y me gustaría que Akiyama y Akira les acompañaran.

—Sería fantástico, aunque no imagino a Akiyama en tu mansión del Caribe. Duncan sonrió, su gata rebelde y su sinceridad que tanto amaba.

Joe y Brenda espionaron a sus padres, parecían estar divirtiéndose, ya eran las dos de la madrugada y seguían charlando con energía. Normalmente sus padres no pasaban de las diez de la noche y hoy... Los dejaron disfrutar y se retiraron a la cama, era hora de revisar pañales e intentar dormir un poco.

Duncan acarició la mejilla de Tris y la besó en los labios, no podía entender qué había hecho él para merecer aquella mujer tan divertida y fuerte. Cuando la conoció parecía tan insoportable y frágil... pero vio en sus ojos algo que le cautivó, vio a la mujer que podría acabar con su soledad.

Los dos regresaron a la mansión, cogidos de la mano, Tris empezó a tararear una canción y Duncan... Duncan se limitaba a sonreír y sentir aquella extraña felicidad.

A la mañana siguiente, Joe tiró de Duncan hacia el embarcadero, allí les esperaba una barca de madera con un viejo motor.

—¿Vamos a subir a eso? —preguntó Duncan nervioso.

—¡Oyeee! Esa barca es fantástica, la uso para cazar caimanes.

—¡AAAAh! ¿pero eso flota? —gruñó Duncan.

—¡Cagado! ¡sube y deja de protestar!

Duncan subió a la barca y respiró aliviado al comprobar que no hacía aguas. Joe dejó la nevera portátil en el centro y se sentó junto al motor. El agua estaba parcialmente helada, por lo que no podrían alejarse mucho. Encendió el motor y dirigió la barca hacia el centro del lago, desde allí Brenda no podría ver que estaban bebiendo y no pescando.

Joe abrió la nevera y sacó una cerveza que lanzó a Duncan, pero este estaba despistado y ni la vio, por lo que la lata cayó al agua. Joe gruñó, cogió

otra lata y se la lanzó al pecho, esta sí la agarró a tiempo.

—Este lago es precioso.

—Sobre todo si lo miras desde vuestra mansión, yo tenía una cabaña justo al lado, pero se quemó. Tu prima me construyó otra nueva.

—Mi prima odia las cabañas.

—Esta no, créeme, le damos un uso muy interesante. —dijo Joe guiñándole un ojo.

Duncan puso los ojos en blanco y miró hacia otro lado, no quería ese tipo de imágenes en su mente.

—Bueno, ¿y tú cuándo te casas? —dijo Joe dando un trago a su cerveza—. ¡Joder! Esta cerveza de importación es bastante amarga.

—Ya veremos.

—Pues no lo pienses u otro se adelantará, Brenda me ha contado que puso unos ojitos al coger a mi bebé...

Duncan apretó los labios, eso de que otro se le adelantara no le hizo ninguna gracia, pero estaba seguro de que Tris no se iría con nadie.

—Lo cierto es que sí tengo algo preparado, pero no te lo voy a decir porque estoy seguro de que Brenda te lo sacará.

—Yo soy un tipo duro, a mí nadie me saca nada si yo no quiero. —protestó Joe.

Brenda bajó los prismáticos y sonrió, el tonto de Joe seguía creyendo que ella se tragaba ese rollo de la pesca, qué casualidad que siempre se iba de pesca cuando lo ponía a dieta o no le dejaba tomarse una cerveza.

—Hola Brenda.

—¡Tris! ¿Me acompañas a la ciudad? Voy a comprar algunas cosas y esos dos están de borrachera, no creo que aparezcan antes de la hora de almorzar.

—Me apunto, así me libro de Adele que no deja de tratar de engordarme como a un pavo.

Brenda soltó una carcajada, la agarró del brazo y las dos juntas bajaron las escaleras.

Brenda entró en el supermercado y miró las verduras. Tris se sentía como una extraña en ese lugar, desde que estaba con Duncan no había vuelto a hacer la compra, bueno, algo de comida basura caía, pero nada de cocinar. Se acercó a una estantería y agarró un bote de mantequilla de cacahuete, lo dejó en el carro y siguió curioseando, ¡aperitivoooooos! Brenda se quedó mirando a Tris, parecía una niña pequeña, solo llenaba el carro de caprichos, resopló y

continuó mirando su lista de la compra, no le iba a decir nada a la pobre después de lo que había pasado.

Brad estaba sentado en un balancín en el jardín trasero, Adrian apareció con unas cervezas, era consciente de que su hermano se sentía desubicado allí. Se sentó a su lado y le ofreció una cerveza.

—Nuestro padre debe estar contento allá arriba. —dijo Adrian.

—Por ti seguro, hiciste un buen trabajo con Brenda y Duncan.

—Duncan se educó solo, siempre fue un buscavidas.

—Me perdí todo por avaricioso y estúpido. —admitió Brad con amargura.

—Puedes lamentarte o por el contrario esforzarte por conocerlo ahora, tú decides.

Brad asintió, su hermano siempre fue el más sabio y sensato de los dos. A pesar de todo, su padre nunca mostró predilección por ninguno, ante sus ojos, los dos eran iguales.

—No solo partí el corazón a mi hijo, también a nuestro padre.

—Él nunca te guardó rencor, siempre esperó que un día aparecieras en su despacho.

—La cárcel y mi estupidez lo impidió. ¡Ojalá Komarov hubiera tenido mejor puntería!

Adrian apretó con la mano el hombro de su hermano.

—Entonces Cristin seguiría sola, Duncan moriría pensando que su padre lo odiaba y yo no te habría vuelto a ver.

Adrian asintió de nuevo, pero sentía que no tenía derecho a ser feliz.

Duncan se había tomado varias cervezas y se notaba algo mareado, Joe llevaba cinco y estaba como siempre.

—¿Cómo haces para beber tanto y no emborracharte? —preguntó Duncan confuso.

—No lo sé, supongo que tú eres un blandengue.

—Será eso, dame otra.

Joe metió la mano en la nevera, agarró una lata y se la entregó a Duncan que tiró de la anilla y se la bebió de un trago, agarró otra de la nevera y repitió la operación.

—¡Paraaaa! Te vas a poner malo y luego Brenda me va a matar.

—¡Al carajo! Es la primera vez en mi vida que puedo emborracharme y necesito que mi mente deje de pensar. —dijo Duncan agarrando otra lata.

Joe arrancó el motor y dirigió la barca en dirección al embarcadero, no

estaba dispuesto a que lo mataran por algo que no era culpa suya, se chivaría a Brenda o a Tris, la primera que encontrara.

De regreso a la mansión, Brenda aparcó el coche y sacó las bolsas del maletero, Tris le ayudó a llevar las cosas hasta la cocina. Por el pasillo, Tris creyó escuchar a Duncan, pero sonaba raro, se reía y canturreaba algo. En cuanto hubieron terminado de trasladar la compra y Adele se puso a colocarlas, corrió por la casa buscándolo.

Lo encontró sentado en un sillón junto a la chimenea, meneaba los brazos como un director de orquesta, solo que allí no había ninguna orquesta, ni siquiera música. Se acercó y él la miró sonriendo, parecía que le pesaran los ojos.

—¿Te has emborrachado?

—Sí.

—Levántate y sube a tu habitación.

—Sí mamá, ahora mismo. —Duncan se levantó y se volvió a sentar de golpe—. ¡Jefa! No se enfade, pero creo que no puedo caminar.

—¿Cuántas cervezas te has tomado?

—No lo recuerdo, muchaaaaaaas.

Tris salió al jardín trasero y miró a Joe furiosa.

—No me mires así, yo no he hecho nada, tu novio tenía ganas de pillarla y se marea con nada.

—Ayúdame a llevarlo al dormitorio.

—¡Voooooy! —gritó Joe.

Joe agarró a Duncan y se lo colocó al hombro como si fuera un saco de patatas, escuchó un ruido raro y notó que algo le resbalaba por la camisa, algo que no olía a flores.

—¡Tris dime que no es lo que pienso! —rogó Joe.

—No es lo que piensas, ¡llévalo al dormitorio! Tengo que asearlo un poco.

Joe tragó saliva, el hedor era insoportable, le faltaba lo justo para vomitar. Subió las escaleras corriendo y siguiendo las indicaciones de Tris, lo desvistió, no sin dar más de una arcada y lo metió en la bañera.

Tris colocó el tapón en la bañera y abrió los grifos, Duncan había cerrado los ojos.

—¡Joder Duncan, apestas! —gruñó Tris asqueada.

Agarró el mando de la ducha y lo conectó para ver si la temperatura del agua era adecuada, puso la alcachofa sobre la cabeza de Duncan y le dio

fuerza.

Duncan rugió, pero no abrió los ojos, parecía medio dormido. Tris agarró un bote de gel y lo embadurnó, a medida que el hedor dejó paso al olor a rosas, empezó a ponerse nerviosa, ¡estúpido! En ese estado no le servía para nada.

Capítulo 22

Durante la cena, Brad parecía más animado y no dejaba de mimar a Cristin. Adrian acarició la mano de Abie y Adele sacó su pañuelo y se secó los ojos. Brenda estaba dando de cenar a su hija, que no dejaba de reír con los pucheros y mohines que Joe le hacía para que tragara su comida.

—Brenda, la niña huele a rayos. —dijo Joe acercando su nariz al pañal.

—Pues ya sabes, ya ha cenado, llévala a la habitación y la cambias.

Joe agarró a la niña, le dio un beso y de mala gana salió del salón, había llegado la hora de los vómitos porque los niños comen gloria, pero cagan...

Brenda miró a su padre, recordó su enfermedad, la misma que tan mal se lo hizo pasar a ella y suspiró feliz al verlo tan animado.

—Tío Brad, ¿entonces os quedaréis una temporada con mis padres aquí en Morgan?

—Eso ya está hablado. —respondió Adrian tajante.

—Gracias, no merezco tanta amabilidad. —dijo Brad con tristeza.

—Nunca es tarde para tomar el buen camino. —replicó Cristin acariciando su mejilla.

Brad le dio un beso y trató de componerse, pero le era del todo imposible. Se excusó y abandonó el salón, subió las escaleras y tropezó con Duncan que seguía algo mareado.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, me pasé con las cervezas, lo tengo bien merecido. —admitió Duncan sonriendo.

—Hijo yo...

—Déjalo, ya pasó el tiempo de las disculpas, pásalo bien con Adrian y Abie.

—Pero yo... quiero estar contigo... si me lo permites.

—Te estaré esperando en New York, tenemos toda la vida para hablar.

Brad asintió, abrazó a su hijo y lo besó en la mejilla. Duncan sintió un escalofrío, descubrir que su padre lo había sacrificado todo para que él no pagara por sus errores, era algo difícil de procesar, no era fácil pasar del odio

al amor. Brad se alejó por el pasillo y Duncan se limitó a bajar las escaleras.

Trisapuró su tarta de manzana, estaba preocupada por Duncan, Adele le había llevado algo de comer hacía una hora y ella llevaba mal estar alejada de él. Cuando lo vio entrar en el salón, respiró, ya estaba presentable y tenía mejor aspecto.

Duncan se sentó junto a ella y Tris lo besó. Cristin no dejaba de mirarlos, le parecía increíble lo que esa chica revoltosa y rebelde había logrado conseguir, los ojos de su hijo brillaban con el fulgor del amor, la frialdad se había evaporado, nunca podría agradecerle bastante lo que Tris había hecho por él.

—¿Qué tal la cabeza? —preguntó Brenda con malicia.

—Me va a estallar.

—Mejor, por idiota. Creía que Joe era tonto, pero tú lo has superado con creces.

—Brenda, o me dejas en paz o...

—¿Qué? —respondió Brenda con chulería.

—¡Mujeres! Olvídalo, cualquier cosa que te dijera, tú la superarías. —respondió Duncan acariciándose la frente dolorido.

—Tris, mañana podríamos dar una vuelta por Morgan.

—Me encantaría, pero tenemos que regresar. La fusión con Mark está dando problemas y hay que tomar decisiones. —respondió Tris con tristeza.

Duncan miró a Tris, ¡joder! ¡He creado un monstruo!

El teléfono de Duncan y Tris sonaron a la vez como si estuvieran sincronizados, los dos agarraron los móviles, extrañados. Ford llamaba a Duncan y Martina a Tris, ¿qué habría pasado?

Los dos se excusaron y salieron corriendo hacia el jardín trasero.

—¿Sí?

—Tris, ¿estás sentada? —preguntó Martina.

—No, pero... ¿qué pasa?

—Le he pedido matrimonio a Ford, bueno ya se lo había propuesto antes, pero esta vez va en serio, hemos regresado a New York para iniciar los preparativos.

—¿Querrás decir que Ford te ha pedido matrimonio, no?

—No, se lo he pedido yo con anillo y todo.

Tris soltó una carcajada, le hubiera gustado estar presente y ver la cara de Ford que era algo tradicional para esas cosas, pero Martina no era de las que

dejaban que las cosas sucedieran por sí solas.

—¿Cuándo volvéis? —preguntó Martina nerviosa.

—Mañana por la noche.

—En cuanto llegues, llámame, tienes que ayudarme con todo.

—¡Valeeee! Mañana hablamos, por cierto...

—¿Qué?

—¡Estás muy loca!

Duncan descolgó el teléfono.

—¿Sí?

—Duncan, ¿te gustaría ser mi padrino?

—¿Padrino? —preguntó Duncan sorprendido.

—Martina se me ha adelantado y me ha pedido matrimonio.

—¿No te lo había pedido antes?

—Sí, pero yo le di largas como pude.

—¿Entonces no es otra falsa alarma?

—No, va en serio, estoy cagado de miedo.

Duncan soltó una carcajada, ahora sí que le dolía la cabeza, pero no podía dejar de reír.

—Chica tradicional la tuya.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Hasta me ha regalado un anillo.

—¿Con diamantes? —preguntó Duncan con burla.

—No, idiota, es un anillo con un águila grabada, algo muy masculino.

—Mañana por la noche te llamo, organizaremos algo y como padrino que soy, me ocuparé de las facturas.

—Duncan, no es necesario, estábamos pensando en algo modesto.

—Ni hablar, no todos los días se casa un miembro de mi familia.

—¡Joder Duncan, déjalo estar! —gruñó Ford emocionado.

—¿Queeeeeeeé? ¡No me jodas! ¿en serio te casas? —preguntó Branson incrédulo.

—Sí, deja ya de preguntármelo, Duncan será mi padrino y como te pongas tonto, te enfundo en un vestido y te nombro dama de honor.

—¡Jajajajajaajaj! ¡Te han cazado! Esto... ¿puedo llevar acompañante?.

—Serás idiota, pues claro... ¿No será esa camarera tan atractiva? —preguntó Ford con malicia.

—Sí, deja las coñas o la lio en el banquete. —Amenazó Branson.

—Está bien, te llamaré, no te vas a librar de pringar con la organización.

El domingo por la mañana, Tris anunció a todos la gran noticia, estaban invitados a la boda de Ford y Martina. Tris comenzó a repartir besos y sufrir los estrujones de unos y otros. Duncan trató de librarse un poco de tanta efusividad, se despidió de sus padres, esta vez con una sonrisa y dejó que Adele lo abrazara a su modo.

Joe los acompañó hasta la puerta, no le hacía gracia que se marcharan, se lo pasaba bien junto a ellos, pero entendía que ahora los necesitaban en New York.

—Chicos, si necesitáis algo, llamad, ¿vale?

—Por supuesto Joe. —dijo Tris y le dio un abrazo, Joe era como un enorme oso de peluche para ella.

Duncan intentó darle la mano, pero Joe tiró de él y le dio un fuerte abrazo.

—Cuida de esta bribona, espero que nos veamos pronto y ten por seguro que ya no te vuelvo a invitar a pescar.

Duncan sonrió, le dio una palmada en el hombro y tomó a Tris de la mano, los dos caminaron hacia uno de los vehículos.

Tris se quedó mirando a Joe, Brenda salió al porche con su hija en brazos, amaba a la familia de Duncan, la habían acogido como una más desde el primer momento. Duncan acarició su mejilla y Tris le miró con dulzura.

—Voy a contratar a una organizadora de bodas, Ford quería algo modesto, pero haré que ese día sea inolvidable para todos.

—Siempre supe que mi estirado era muy generoso.

—¿Otra vez con lo de estirado?

—Lo sigues siendo.

—¿En serio?

—Un poco menos, pero sí.

—Cuando lleguemos a casa te vas a enterar, niñaata sinvergüenza.

—No sabes el miedo que me das, cara huevo.

—¿Cara huevo? —preguntó Duncan divertido.

—Sí y una cosa te digo, no permitiré que te emborraches nunca más, menuda peste olías y le vomitaste a Joe encima.

—¡Dime que lo grabaste!

—No, idiota, pero no creo que pueda olvidarlo jamás, qué asquito dabas.

Capítulo 23

El viaje en avión se hizo algo pesado por las turbulencias, Duncan se puso a revisar correos para entretenerse y Tris se pasó medio vuelo durmiendo y medio viendo películas de Disney, algo que cargó los ánimos de los escoltas.

Nada más llegar a New York, Duncan pareció activarse, Tris tenía la sensación de que le ocultaba algo, pero no tenía ni idea de qué pudiera ser. Cruzaron las calles, por primera vez sin miedo a ser atacados, pudiendo disfrutar de las vistas nevadas. La gente caminaba como podía, esquivando el hielo y tratando de no quedarse clavados en la nieve, a algunos esto parecía divertirles. La limusina entró en el parking del edificio y se detuvo junto a los ascensores, uno de los escoltas les acompañó aunque estaban a salvo, no corrían riesgos.

Duncan le cogió la mano y le dedicó una de sus sonrisas deslumbrantes, Tris aún no se acostumbraba al Duncan feliz. El ascensor se detuvo y los tres cruzaron el pasillo con decisión. El escolta se quedó hablando con su compañero que estaba apostado en la puerta del apartamento, controlando el pasillo, seguramente para contarle el sufrimiento de vuelo y lo hartado que había quedado de películas no muy de adultos.

Tris abrazó a Tod, le dio un beso y corrió hacia su dormitorio, necesitaba una ducha y dormir, al día siguiente le esperaban muchas emociones. Sacó el móvil y pensó en llamar a Martina tal y como acordaron, pero decidió activar el modo silencio, esa loca charlaría hasta por los codos y estaba que se caía de sueño, ya hablaría con ella mañana.

Por la mañana, Tris abrió los ojos, se levantó de la cama, se ajustó una bata y entró en el baño, ni después de lavarse la cara podía abrir los ojos. ¡Madre mía, qué sueño! Salió del dormitorio y caminó a paso zombie por el pasillo, entró en la cocina y se preparó un café, por suerte no había nadie para darle la lata. Agarró su taza de café y con los ojos medio cerrados entró en el salón.

—¡Ya era hora Tris!

Tris gruñó, Martina, Ford, Tod, Duncan y Branson estaban sentados a la mesa del salón, la habían llenado de papeles y una chica morena que no

conocía, no dejaba de enseñarle fotos en un tablet. ¡Quiero paz! ¡No quiero hacer nada!

Duncan se levantó, tiró de ella hacia la mesa y la obligó a sentarse en su regazo.

—¿Qué hora es? —preguntó Tris.

—Las ocho de la mañana. —informó Duncan.

—¡¡¡LAS OCHO!!!

—No te quejes, Duncan me contó que te pasaste todo el vuelo durmiendo. —replicó Martina divertida.

—Yo no dormí, solo descansé los ojos un poco. —gruñó Tris.

—Si os parece, necesito que elijáis el modelo de carpa que deseáis y vuestro arco nupcial, así yo puedo marcharme y empezar a buscar. —sugirió Jen, la organizadora de bodas que no dejaba de mirar de reojo a Duncan.

Tris interceptó una de esas miradas y el brillo de sus ojos fue suficiente para conseguir que Jen no volviera a mirarlo.

En cuanto Martina y Ford eligieron, Jen recogió su portafolio y se marchó, esta vez a quien miraba de reojo era a Tris.

—Tris, vístete, tenemos que ir a mirar vestidos. —ordenó Martina.

Tris apuró su café, se levantó del regazo de Duncan y caminó renqueante hacia el pasillo, mascullando por lo bajo.

Ford miró a Duncan y este puso los ojos en blanco, no le gustaba ir de tiendas, pero era consciente de que su amigo no sabría dónde buscar un buen traje. Branson miró su reloj, nervioso, se disponía a decir algo cuando Duncan habló.

—No te vas a ir a ningún sitio, no creeré ninguna de tus excusas. Así que te jodes y vienes con nosotros.

Dos horas más tarde, Branson estaba sentado en una butaca de cuero blanco, mirando a Ford vestido con un traje negro bastante elegante.

—Nenaza, ¡elije ya uno! —gruñó Branson.

—¡Déjalo en paz idiota! —le reprendió Duncan—. Ese me gusta, ahora le pediremos a la dependienta que te de los zapatos a juego y la ropa interior.

—Ya tengo ropa interior. —gruñó Ford.

—Es día de estreno. —replicó Duncan—. En cuanto salgamos de aquí nos vamos de fiesta.

Branson asintió, necesitaba quitarse el aburrimiento de encima, no entendía cómo a las chicas le podía gustar tanto ir de compras.

Tris se quedó mirando el traje de Martina, a ella parecían gustarle todos, pero eso no lo iba a consentir, tenía que ir espectacular.

—No.

—Demasiado corto.

—Mucho escote y pocas tetas, ¡no!

—Largo.

—Color chocho mona.

—Amarillento.

—¡Siiiiiiiiiiiiii! Este es el mejor de todos. —dijo Tris mirando el vestido blanco, con encajes repletos de pedrería—. Pareces una princesa.

Martina sonrió, estaba a punto de quitarse un zapato y estampárselo en la cara a Tris, llevaba doce trajes y estaba reventada.

—¿Tienes miedo? —preguntó Tris a Martina.

Martina se acercó y se dejó caer en el sillón, la agarró por el brazo.

—No, es mi príncipe azul, estoy deseando que llegue el día.

Tris asintió, ¿tendría Duncan miedo? Nunca le había hablado del tema, suponía que para él eso era una tradición sin importancia, no lo veía delante de un altar.

—Reservo el traje y los accesorios y nos vamos por ahí. ¡Vale!

—Por supuesto. —respondió Tris sonriendo y tratando de apartar de su mente esos pensamientos.

Los dos grupitos se pasaron el día de copas, más compras y por último se fueron a cenar. Branson se los llevó a una sala de striptease y Ford se puso rojo como un tomate cuando una chica empezó a hacer su numerito. Duncan no dejaba de reírse, la chica había sido contratada por Branson para hacerle creer que quería tema y ponerlo atacado de los nervios. Ford respiró en cuanto la chica se marchó, miró a Branson y a Duncan y gruñó, ya se habían reído bastante, pero él tenía otra forma de vengarse. Los obligó a levantarse y condujeron hasta la discoteca donde trabajaba la chica de Branson, una vez allí, el mastodonte se volvió tímido y Ford pudo descansar tranquilo.

Tris y Martina cenaron en un restaurante chino y luego regresaron al apartamento, no dejaban de reír por todo, ya les tocaba cambiar el chip y disfrutar un poco.

A la mañana siguiente, Tris se levantó de un salto, miró a su lado y comprobó sorprendida que Duncan seguía dormido, ¿a qué hora habrían regresado los muy sinvergüenzas?

Martina salía del cuarto de Ford y Tris la miró cruzándose de brazos.

—Chica, tengo mis necesidades.

—¡Serás golfa!

—Es lo que hay, para qué negarlo. —dijo Martina sonriendo—. Pero no te creas que me ha servido de mucho.

—Vamos a desayunar. —sugirió Tris aunque sonó como una orden.

Tod estaba preparando el desayuno cuando las vio aparecer, dejó una bandeja con dulces encima de la isleta y comprobó la máquina de hacer café.

—Tod, espero que estés preparando tus mejores galas. —dijo Martina.

—Yo pensaba que no estaba invitado. —admitió Tod.

—Pues lo estás, ni Ford ni yo te hemos dicho nada porque lo dábamos por sentado.

Tod agarró un par de vasos y siguió a lo suyo, pero ahora sonreía.

Duncan apareció, solo llevaba puesto el pantalón del pijama y tenía el pelo muy alborotado.

—Hola chicas, Tod, un café por favor.

—¿Muy cargado? —preguntó Tod irónico.

—Con un vagón de granos de café bastará para que consiga abrir los ojos. —repuso Duncan.

Tris sonrió, cada día estaba más sorprendida con el nuevo carácter de Duncan, ahora entendía lo que le dijo Akiyama sobre él. Últimamente estaba más combativo y juguetón, con Ford y Branson se mostraba más amigable y con Tod. ¡Joder! Si hasta le dio un abrazo.

—Nosotros ya hicimos nuestras compras. ¿Y vosotras?

—También, te va a temblar la tarjeta. —respondió Tris con malicia.

—Como debe ser. —dijo Duncan agarrando la taza de café que Tod le ofrecía.

El móvil de Duncan empezó a sonar con la canción “Coches de tope”, las chicas lo miraron y rieron sorprendidas. Duncan se encogió de hombros, Ford le debía haber cambiado la melodía mientras se sentía algo perjudicado por el alcohol.

—¿Sí? Me parece bien, lo compruebo y te lo confirmo. Gracias Jen. —Duncan colgó y dejó el teléfono sobre la isleta.

—¿Qué quería? —preguntó Tris aún tirante por el recuerdo de las miraditas de esa zorra.

—Martina, ¿cuánto hace que enviaste las invitaciones de la boda?

—Unos veinte días. ¿Por qué?

—Este sábado te casas, ya está todo listo.

—¡AAAAAAAAAAAAAh! —chilló Martina y corrió a abrazarse a Duncan, luego chilló de nuevo y agarró a Tris por los brazos y la zarandéó, la soltó y corrió hacia el pasillo para contárselo a Ford.

—Cuando digo que está loca... —dijo Tris sonriendo.

Sábado por la mañana.

Tris, junto con una de las primas de Martina, la ayudaron a vestirse, estaba muy nerviosa, ya tenían que haber salido para la ceremonia.

—¿Dónde está mi velo? ¡Dios mío, lo he perdido! —chilló Martina.

—Lo tienes puesto. —dijo Tris poniendo los ojos en blanco—. ¡Tranquilízate yaaaaa! Branson nos espera abajo, está todo listo, solo tienes que mover tu culo hasta el ascensor.

—¿Seguro? —preguntó Martina temerosa de olvidar algo.

—Segurísima. ¡Vámonos!

Las dos salieron del apartamento de soltera de Martina y tomaron el ascensor. Algunos vecinos la esperaban, le desearon de todo, desde una vida feliz, hasta suerte y se hicieron algunos selfies mientras llegaba el ascensor. Las puertas se abrieron y Tris pulsó el botón de la planta baja.

Capítulo 24

Branson resoplaba, eso de conducir una limusina blanca con lacitos y flores no era lo suyo, la gente no dejaba de mirarle y hacer fotos, o llegaban pronto o las dejaba tiradas. Escuchó abrirse la puerta de atrás y suspiró aliviado. ¡Por fin!

Martina entró la primera y Tris le ayudó con el traje, cerró la puerta y se sentó a su lado, como pudo se enderezó su vestido azul de gasa, menuda pinta tenía por culpa de su amiga y sus nervios. ¿Se comportaría ella igual en esas circunstancias?

Branson aceleró el motor y enfiló la calle con decisión, cuanto antes llegara, antes acabaría su trabajo. Las calles estaban más abarrotadas de lo normal y era difícil avanzar.

Ford no dejaba de mirar hacia la entrada de la zona habilitada para la ceremonia, los invitados hablaban entre ellos y parecían divertirse, pero él estaba que se subía por la paredes. Su madre le apretó la mano y lo miró con desaprobación.

—Ford, ¡Vale ya! Me vas a subir la tensión con tanto nerviosismo.

—No puedo evitarlo, se está retrasando.

—Es su día, se estará tomando su tiempo.

Ford asintió y miró a Duncan que esperaba a lo lejos a que la limusina llegara. Se escuchó una música y todos los invitados miraron hacia atrás, la limusina acababa de llegar y Duncan se acercó para abrir la puerta.

—Chicas, Ford está al borde del colapso. —informó Duncan divertido.

—Mi pobre Ford... —susurró Martina pasando por encima de Tris e ignorando sus protestas.

Duncan ofreció su brazo a Martina y esta se agarró hasta el punto de que él apretó los dientes por el dolor. Tris se quedó mirando como los dos avanzaban hacia el altar de mármol adornado con rosas de todos los colores. Branson la tomó de la mano y tiró de ella. Tris le sonrió, desde que había empezado a salir con esa chica, estaba más... más... no sabía explicarlo, solo era menos Branson.

Branson alargó la mano y su chica no dudó en levantarse de una de la sillas y aferrarse a ella. Los tres avanzaron hacia la primera fila y ocuparon sus asientos.

El cura empezó la ceremonia, Branson se puso rojo, tenía tantas ganas de reír que hasta la barriga le dolía. Duncan estaba más nervioso que un gato en una fiesta canina, Ford dio un pequeño chillido nada masculino cuando Martina le apretó la mano y ella parecía estar a punto de gritar.

Tris miraba a sus amigos y por un instante se imaginó que Duncan y ella eran los novios, ¿qué se sentiría? Desde luego no le gustaría pasarlo tan mal como Martina, parecía que la llevaran a la horca.

Branson pasó de aguantar la risa a casi dormirse, la ceremonia empezaba a hacerse pesada y Ford y Martina ya no parecían tan nerviosos. Tris miró hacia atrás y vio a Joe haciendo pucheros a su hija, Brenda contemplaba el acto con lágrimas en los ojos. Tod sonreía de oreja a oreja y el resto de la familia parecía feliz, una inmensa sensación de paz llenó su corazón, ahora todo estaba bien.

—Yo, Ford, te tomo a ti, Martina, como mi esposa. Prometo serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad. Amarte y respetarte todos los días de mi vida.

—Yo, Martina, te tomo a ti, Ford, como mi esposo. Prometo serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad. Amarte y respetarte todos los días de mi vida.

—Yo os declaro, marido y mujer, puedes besar a la novia. —dijo el cura y se quedó mirando a Ford que no reaccionaba—. ¡Que la beses!

Ford reaccionó, se había quedado absorto admirando la belleza de Martina y ya ni escuchaba lo que decía el cura. La besó y todos aplaudieron. Los novios caminaron por la alfombra roja mientras una nube de confeti caía sobre ellos. Branson quiso lanzarle arroz, pero con los nervios, no abrió bien el envoltorio para empeorar las cosas, le resbaló de las manos y acabó lanzándole el paquete a la espalda de Ford que chilló y lo miró con los ojos desencajados. Branson se limitó a sonreír incómodo y Martina liberó su tensión en una serie de carcajadas que desembocaron en una risa nerviosa difícil de controlar y muy contagiosa entre los invitados.

Los invitados disfrutaban del banquete que se alargó más de lo previsto, una orquesta comenzó a tocar fuera de la carpa y los invitados salieron fuera y poco a poco entraron en la pista de baile. Todos esperaron a que Ford y

Martina inauguraran el baile. Los dos caminaron hacia el centro, Ford tomó a Martina de la cintura y la besó. Los invitados los rodearon y comenzó el baile.

Duncan tiró de Tris que seguía peleándose con una tarta y la obligó a dejar de comer entre protestas, tiró de ella hasta la pista de baile. Sacó un pañuelo y le limpió la boca, Tris echaba chispas por los ojos.

—¡No soy un bebé!

—Lo pareces. —respondió Duncan agarrándola de la cintura y atrayéndola hacia él—. Cuando esto termine, tenemos que coger un avión, me ha surgido un negocio muy importante.

—No quiero viajar, ¡otra vez no!

—No tienes alternativa, no puedo cerrar este negocio sin ti.

Tris lo besó y se dejó llevar, bailaron durante horas, bueno bailar..., bailaba él, ella se limitaba a no pisarle demasiado.

Sobre las dos de la madrugada, Ford y Martina estaban agotados. Branson y su chica se ofrecieron para llevarlos en la limusina hasta la suite que Duncan le había reservado en el Ritz.

Ford dio un abrazo a Duncan y un beso en la mejilla a Tris, Martina ni hablaba, los estrujó con sus brazos y salió corriendo de la mano de su amado.

—Definitivamente están muy locos. —admitió Duncan sonriendo. Bueno, tenemos trabajo y es hora de irse.

Branson se quedó mirándolos, conocía los planes de Duncan y no dejaba de sonreír.

Karla miró a Branson, le pellizcó la mejilla y lo besó.

—Nena, sigue así y verás. En cuanto deje a estos dos en su hotel, tú y yo continuaremos la fiesta en otro sitio que yo me sé.

—Estoy deseándolo, tengo ganas de atarte y hacerte cochinas. —confesó Karla.

Branson tragó saliva, apretó los dientes y suspiró, con lo tranquila que parecía Karla...

Al poco de subir al jet, Tris se tumbó en el sillón, se hizo un ovillo y se quedó dormida. Duncan sacó una manta de un compartimento y la tapó, estaba exhausta, pero feliz.

—No te haces una idea de lo que te espera.

Tris se despertó, tenía un poco de frío, se levantó de la cama y se quedó mirando la habitación del hotel, parecía decorada al estilo clásico europeo. Se asomó a la ventana y chilló.

—¡Duncan! ¡Las calles están inundadas! ¡Tenemos que salir de aquí!

Duncan se despertó y nada más escucharla, soltó una carcajada. Tris le miró desconcertada, ¿qué tenía de divertido una inundación? Miró otra vez por la ventana y vio una góndola, sobre ella un hombre con un sombrero negro y una cazadora roja pasó cantando por debajo de la ventana.

—¿Venecia? —preguntó Tris dudosa.

Duncan asintió con la cabeza y Tris volvió a chillar:

—¡¡¡Estoy en Venecia!!!

—Tris, o dejas de gritar o nos echarán del hotel.

—Vale, me callo, al menos lo intentaré. —dijo Tris corriendo a la ventana y tapándose la boca para amortiguar sus gritos de felicidad.

Miró el reloj, eran las nueve de la mañana, abrió la ventana y sintió como en esa película en la que se le congela la cara al protagonista y se convierte en una estatua de hielo. Cerró la ventana y se frotó los mofletes, ¡joder qué frío! Tris caminó hacia la cama en plan chulesco y tarareando una canción sobre Venecia de Hombres G. Duncan comprendió que no le iba a dejar dormir, se destapó y se frotó la cara, echó una pierna fuera de la cama y luego deslizó la otra, estaba muy cansado. A diferencia de la marmota de Tris, él apenas si pudo dormir unas horas, la llegada al aeropuerto, el trayecto en coche... el hotel, la muy caradura no se había enterado de nada y le había tocado cargar con ella todo el camino.

—Voy a ducharme y luego pediré que nos suban el desayuno.

—Quiero subir a una góndola.

—Lo haremos, pero tendrás que abrigarte, fuera hace mucho frío.

—Sí papá, lo que tú digas.

Duncan la miró, estaba más rebelde de lo normal la muy descarada.

Tris agarró uno de los platos de tortitas y las roció con crema de chocolate, habían pedido un desayuno más americano, ya tendrían tiempo de probar la gastronomía local. Duncan se limitó a tomar un café y una tostada, seguía cansado y no se hacía ilusiones, la única forma de conseguir dormir un poco esa noche era cansar a Tris y eso no era una tarea fácil.

Alguien tocó a la puerta y Duncan se levantó, se ajustó el albornoz y caminó hacia el salón. Tris escuchó como decía algo en italiano y regresaba junto a ella, su estirado era un crack, sabía de todo y estaba lleno de sorpresas.

—¿Qué es eso? —dijo Tris señalando dos bolsas enormes.

—Nuestra ropa para hoy. —respondió Duncan sin inmutarse.

Tris dejó de comer y le quitó una de las bolsas, cuando vio la ropa, le miró sorprendida.

—Yo no pienso salir a la calle así, ¿quieres que se rían de mí?

Duncan le cogió la mano y tiró de ella hacia la ventana, sonrió y le dijo:

—Bienvenida al carnaval de Venecia.

Tris se quedó sin palabras al ver como las aceras y puentes estaban llenos de personas ataviadas con ropas propias del siglo XVII.

—Duncan, es fantástico... parece como si hubiéramos viajado en el tiempo. —miró otra vez por la ventana y vio a un tipo sobre una barca, parecía buscar algo en ella, pero no se percató de que tenía los pantalones medio bajados y enseñaba su feo culo—. ¡Madre mía! Ese tío me ha quitado las ganas de salir.

Duncan sonrió, la abrazó y la besó, estaba deseando salir fuera, cruzar esos puentes tan bellos y surcar los canales en una góndola.

Tris sacó la ropa de la bolsa y trató de vestirse, pero la verdad es que no tenía la menor idea de cómo hacerlo. Duncan llamó a la recepción y pidió que alguien subiera para ayudarles. Diez minutos más tarde, una chica entró en el dormitorio, empezó a ordenar la ropa de Tris y le enseñó cómo debía vestirse. Duncan entró en otro dormitorio acompañado de un mayordomo.

Capítulo 25

Media hora después, Tris salía de su dormitorio, vestida con un llamativo vestido granate, parecía una aristócrata vestida con esa falda y corpiño repletos de florituras y ese sombrero con plumas blancas. No estaba muy convencida, le daba la sensación de que parecía una mosquetera.

Duncan salió de su dormitorio, vestido de negro de los pies a la cabeza, llevaba pantalón, chaleco y camisa, combinado con unas botas largas y un bastón. Se ajustó la máscara blanca de porcelana y se acercó a ella para darle una rosa roja.

—Das miedo así vestido.

Duncan agarró el sombrero que reposaba sobre una silla y se lo puso, sonrió y Tris pudo ver sus preciosos dientes blancos.

—Me sigues dando miedo, pero estás sexy.

—Toma tu máscara.

Tris cogió la máscara, era de color dorado, de ella salían plumas de color negro, se quedó mirando los bordados, sonrió y se la puso. Aquello resultaba emocionante, salir a la calle así y que nadie se riera de ti... menuda locura.

Duncan le ofreció el brazo y ella no dudó en agarrarse a él sin mucha elegancia.

—Hora de visitar Venecia, mi bella dama.

—Pues ya estamos tardando, estirado.

—La madre que... no hay quién pueda contigo.

Nada más llegar a la puerta del hotel, se dieron cuenta de que la mayoría de los turistas solo llevaban una máscara. Tris tragó saliva, no le agradaba llamar la atención, y el estirado se había pasado siete pueblos con esos trajes, ni que fueran a rodar una película.

Duncan tiró de ella hacia el embarcadero y subieron a una de las góndolas. El gondolero llevaba el típico sombrero de ala, con pañuelo rojo y un jersey blanco con bandas negras. Tris se acomodó en el asiento junto a Duncan y resopló nerviosa al ver como se movía la góndola de un lado a otro.

El gondolero introdujo el remo en el agua y la góndola inició la marcha.

Tris abrió los ojos y miró a Duncan cuando el gondolero empezó a cantar, eso no lo esperaba y mucho menos que cantara tan bien. Duncan abrazó a Tris que no dejaba de mirar los edificios con los techos nevados, los numerosos canales y las góndolas que circulaban por ellos. Tenía frío y se sintió tentada de arrojarse con la manta que tenía junto a ella, pero luego pensó que, a saber quién se ha tapado con eso, hizo un mohín de asco y se acurrucó sobre el pecho de Duncan, él sí estaba limpio, calentito y olía muy bien.

Pasaron por debajo de uno de los puentes y nada más cruzarlo sufrieron una lluvia de flashes, se habían topado con una excursión de japoneses. Si les hubieran echado una foto más, podrían haber logrado una foto 3d, exagerados.

Después de unas horas en la góndola, Tris decidió que ya le dolía bastante el culo y los dos se bajaron de la barca. Duncan pagó al gondolero y siguió de cerca a Tris que ya se había despistado y miraba de un lado a otro perdida.

—No te alejes. —dijo Duncan.

Tris levantó la mano para darle un mamporro, con el traje no le había reconocido y casi se agarra a un tipo que iba vestido de forma parecida.

—Me estoy empezando a hartar de tanto disfraz. —gruñó Tris.

—Te llevaré a almorzar y luego visitaremos el resto de la ciudad.

—¡Vale! Tengo hambre, pero no te pases con las caminatas que estos zapatos son una tortura.

Después de almorzar, continuaron su paseo, los puentes pequeños y antiguos llamaron mucho su atención, sacaron el móvil y se hicieron fotos. Tris no dejaba de poner morritos y Duncan llegó a pensar que le pasaba algo en los labios.

Cruzaron el puente de la Libertad y Tris se quedó de piedra, otro grupo de japoneses, más fotos, ¡qué pesadilla! Duncan se acercó a ella, se quitó el sombrero y adoptó una pose, lo que provocó que el grupo se animara a echar más fotos y Tris lo fulminara con la mirada.

—¡Quiero regresar al hotel! Me duelen los pies y necesito descansar.

—Ni hablar, tenemos cosas aún por ver, si te portas bien, después de cenar te llevaré a un baile de máscaras.

—¡Eso, bailar!, ¿qué parte de, tengo los pies como patatas, no entiendes?

—Bueno, si no me complaces, no te contaré algo. —dijo Duncan misterioso.

—¡Cuéntamelooooo! ¡No quiero esperar! ¡Lo quiero saber yaaaaa!

—Qué mujer más impaciente, nada, te fastidias.

Por la noche, Duncan cogió su mano y la levantó casi por encima de sus cabezas, juntos entraron en el enorme salón donde las parejas bailaban con elegancia. Tris dejó que Duncan la guiara, él parecía todo un galán de los tiempos antiguos, podía imaginarlo como un conquistador y famoso espadachín. Todas las mujeres sucumbirían a sus encantos y los hombre le temerían.

—¿En qué piensas? —preguntó Duncan.

—Te imaginaba viviendo en la corte de Venecia.

—Sería algo interesante, pero si tú no fueras una de las cortesanas, no creo que me gustara esa época. —dijo Duncan guiñándole un ojo.

Los dos hicieron un giro, se soltaron, colocaron sus manos a la espalda, se acercaron y él la tomó nuevamente de la mano.

—Hay algo que descubrí hace algún tiempo y que no te he contando.

—¿El qué?

Duncan acarició su mejilla, la tomó de la mano y tiró de ella hacia uno de los balcones, necesitaba algo de intimidad. Abrió la puerta del balcón y los dos sintieron la brisa nocturna, Duncan se quitó el sombrero y la miró con seriedad.

—Toca mi nuca. —pidió Duncan.

Tris obedeció sin entender qué tenía eso que ver con lo que le ocultaba, notó una cicatriz y lo miró sorprendida.

—¿Te lo hizo Komarov?

—No, me lo hiciste tú.

—¿Yo?

—La primera vez que nos vimos, no fue en esa cafetería.

—No puede ser, lo recordaría.

—Yo mismo lo olvidé porque ocurrió justo antes de mi viaje a Japón. Una noche, circulaba por Washington, la calle estaba resbaladiza por el hielo y las aceras cubiertas de nieve. Estaba pensando en mis cosas cuando vi a una chica, era preciosa, iba enfundada en un chaquetón rosa enorme, la vi cruzar por un paso de peatones. Estaba esperando a que el semáforo cambiara de color para continuar mi camino cuando vi que una furgoneta avanzaba en sentido contrario, debió haberse saltado algún semáforo. Fueron segundos, analicé la trayectoria y comprobé con horror que iba a atropellar a la chica a menos que esta reaccionara a tiempo. Aceleré y destrocé mi Aston Martin, embistiendo a la furgoneta. Evité que la atropellaran, pero lo pagué, un brazo

roto y el cráneo fracturado. De no haber conducido un coche tan veloz, no habría llegado a tiempo.

Tris lo miró, se llevó las manos a la boca y dio un par de pasos atrás. Ese suceso había quedado enterrado en su mente, las lágrimas acudieron a sus ojos, esa noche la pasó en el hospital, estaba en shock. A la mañana siguiente intentó buscar al hombre que le había salvado la vida, pero le comunicaron que había sido trasladado en helicóptero a New York.

—¿Fuiste tú?

—Al parecer, estaba predestinado a ser tu salvador, la esencia del destino nos unió en el pasado y ahora nos ha vuelto a reunir, pero esta vez será para siempre.

Tris lo abrazó y lo besó, no podía creer que el hombre que una vez le salvara la vida, fuera Duncan, bendito destino.

—Cuando estaba cautivo y vi tu discurso ante la prensa, ¿sabes qué fue lo que más me gustó?

—No lo sé.

—Que te presentaras como Tris Clanion. Creo que va siendo hora de que lo formalicemos. ¿No crees?

Duncan sacó una cajita negra del bolsillo, apoyó una rodilla en la capa de nieve que cubría el balcón y la miró de esa forma tan penetrante que la volvía loca.

—Tris, ¿te casarás conmigo y me convertirás en el hombre más feliz de este mundo?

Tris lo miró, no podía dejar de llorar, parecía una tonta, pero no era capaz de contener el llanto.

—¡Sí quiero!

Duncan introdujo el anillo en su dedo y la besó con toda su pasión.

—Te amo Tris y siempre te amaré.

—Te amo Duncan, aunque seas un estirado.

Se escuchó una explosión y ambos miraron hacia el cielo que ya se cubría por la maravillosa luz de los fuegos artificiales.

Fin

Epílogo

Akira esperaba sentado junto al resto de sus hombres en una de las salas del aeropuerto, había llegado la hora de regresar. Su móvil empezó a sonar y se extrañó, no esperaba ninguna llamada.

—Maestro.

—Hola Akira.

—¿Ocurre algo maestro?

—Me temo que sí, ha llegado el momento de que vivas tu vida.

—¿Qué quiere decir?

—Te ordeno que no regreses a Japón.

—¿Hice algo mal?

—No Akira, sabes que te crié como si fueras mi propio hijo, pero ha llegado el momento de que busques a tu auténtica familia en los Estados Unidos, te integres y seas feliz.

—Pero yo soy feliz en Japón, maestro, esa es mi vida, usted es mi familia, yo no deseo quedarme.

—Lo siento Akira, las puertas de la fortaleza están cerradas para ti, solo te permitiré volver cuando estés casado y tu hijo haya cumplido cinco años.

Akira sintió que los ojos le ardían, por primera vez en su vida, tenía ganas de llorar, miró a sus compañeros y apretó los dientes.

—Maestro, haré lo que me pida, por favor, no me destierre.

—Esa es mi voluntad, si quieres volver a vernos, deberás cumplir mis deseos.

Akira escuchó como su maestro colgaba, guardó el móvil en el pantalón y agarró su petate.

—Hermano, ¿a dónde vas? —preguntó uno de sus hombres.

—Lo siento Namira, no regreso con vosotros, el maestro me ha encomendado otra misión.

—Podemos quedarnos y ayudarte.

Akira posó su mano sobre el hombro de Namira y lo miró con tristeza, sus hombres nunca lo habían visto llorar y no permitiría que eso llegara a ocurrir.

—Gracias hermano, pero no podéis ayudarme en esta misión. Regresad y disfrutad de una larga y feliz vida.

A medida que Akira pasaba junto a sus hombres, estos inclinaban la cabeza en señal de respeto. Abandonó la sala y bajó por unas escaleras mecánicas. No tenía ni idea de qué hacer, ¿dónde buscar? Solo recordaba su nombre occidental, Jake Dorbam, por el pasaporte. Las condiciones de su maestro eran absurdas, ¿qué mujer en su sano juicio sería capaz de enamorarse de él? ¿y tener un hijo?

MUESTRAS DE OTRAS NOVELAS DISPONIBLES

49 penurias de Troy

Troy estaba parado delante del ventanal de su despacho, desde allí podía ver gran parte de los Ángeles. Nadie podía llegar a imaginar que el hombre más rico de toda la costa oeste, lo daría todo por encontrar a una mujer que lo amara.

A sus treinta años, había logrado crear la mayor compañía petrolera del planeta, lo había conseguido todo, incluso le propusieron presentarse para senador, pero a él nunca le interesó la política.

Tras él, sonó el timbre de su teléfono fijo, se acercó a su escritorio y pulsó uno de los botones para accionar el manos libres.

—¿Sí?

—La señorita Thelia Komo del canal seis, está aquí.

—Hágala pasar.

Thelia estaba temblando, hacía poco que la habían contratado como becaria y para su desgracia, la periodista que estaba a cargo de su formación, se había puesto enferma justo el día en que debía entrevistar al magnate del petróleo, Troy Khasondo. Al menos todo se reducía a hacerle unas preguntas, sacar la grabadora y salir corriendo a la menor oportunidad.

La secretaria de Khasondo abrió la puerta del despacho y Thelia entró, decidió fingir seguridad y en cuanto escuchó que se cerraba la puerta, caminó con decisión por el inmenso despacho. Tropezó con la alfombra, cayó rondando hasta una mesita de cristal, con la que se dio un cabezazo, se levantó como pudo, pero estaba muy mareada y perdió pie, se cayó contra una vitrina llena de figuritas de vidrio y se agarró a ella para mantener el equilibrio, pero esta cedió y se le cayó encima, junto con todos los objetos que acabaron estrellándose y rompiéndose en mil pedazos contra el suelo.

Troy se quedó mirando el espectáculo, no entendía cómo habían podido enviarle a una periodista tan torpe. Caminó hasta la chica y levantó la vitrina para liberarla, le ofreció la mano para ayudarla a levantarse y fue entonces cuando sus ojos se fundieron en una mirada que acabaría cambiando sus vidas

para siempre. Troy palideció al ver aquellos ojos verdes llenos de inocencia, mil y una imágenes brotaron de su mente, la vio tumbada en su cuarto secreto, adoptando mil posturas eróticas.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. —contestó Thelia apartando de su boca una figura con forma de pene que se le había caído encima—. Lo siento, le pagaré todo lo que he roto.

—No es necesario, solo son objetos. Llamaré al servicio de limpieza para que arregle este estropicio, tenga cuidado, está cubierta de cristales.

Troy sacó su pañuelo y con cuidado fue apartando todos los pequeños cristalitos del pelo de Thelia, de su cuello, de su vestido. Thelia estaba cada vez más nerviosa, podía sentir mariposas en el estómago, las manos de Troy parecían muy expertas, ahora estaba tras ella, limpiando su espalda. Troy fue bajando por su espalda, lentamente, retirando cada pequeño cristalito y dejándolo caer en la moqueta. Deslizó su mano hasta el trasero de Thelia, procurando no hacer presión, no quería parecer un aprovechado, se agachó y apretó un poco con el pañuelo sobre su culo para quitar un cristal que estaba muy enganchado. Thelia se tiró un pedo, al parecer no eran mariposas lo que sentía, se puso colorada como un tomate y Troy se quedó paralizado con los ojos muy abiertos, ¿se acababa de tirar un pedo en su cara? Nooooo, no podía ser, habría sido la tela que habría crujido con la presión.

—Por favor, siéntese. —pidió Troy—. Martina, que limpien mi despacho.

Troy se sentó al otro lado del escritorio, se dejó caer sobre su sillón negro de ejecutivo y clavó sus ojos en ella. Thelia sacó su grabadora y la colocó sobre el escritorio con torpeza, buscó una libreta y leyó algo. Una parte de él quería meterle presión, pero otra se había quedado encandilado con su belleza, no debía maquillarse y parecía muy joven.

—Aquí está la lista de preguntas, pan, cebollas, lechuga, tomates... esta no es, perdón. —Pulsó el botón de grabación y lanzó su primera pregunta—. ¿Cómo logró convertirse en un empresario de éxito?

Troy suspiró, le fastidiaba que siempre le preguntaran lo mismo.

—Trabajo duro, cultivar sabias amistades y elegir bien a mis socios.

—Debe ser muy inteligente, no todo el mundo es capaz de conseguir convertirse en millonario.

—No todo el mundo se ha criado en la más absoluta pobreza, el hambre es un gran motivador y yo juré que nunca más volvería a padecerla.

Thelia lo miró, aquellos ojos azules le intimidaban y haberse tirado un

pedo en su cara de ricachón..., soltó una carcajada involuntaria y Troy la miró sin comprender.

—¿Le hace gracia que pasara hambre?

—No, perdón, me despisté pensando en otra cosa.

—Una periodista con experiencia debería saber concentrarse más en su trabajo.

—¡Ah, no! Soy becaria, mi jefa se puso enferma y me enviaron a mí, parece que todo el mundo le tiene miedo, nadie quería venir.

—¿Y usted me tiene miedo, señorita Komo?

—No, solo es un hombre con dinero y a mí eso no me impresiona.

Troy la miró lleno de curiosidad, Thelia era la primera mujer que no quedaba impresionada nada más verlo.

—Continuemos con la entrevista. —pidió Troy.

Thelia, trató de concentrarse y hacer las preguntas lo más rápido posible, empezaba a sentirse incómoda con las miradas de Troy.

Él se sentía como hipnotizado, no podía dejar de mirarla, contestaba a cada pregunta con frialdad, siempre le hacían las mismas preguntas por lo que podría contestarlas hasta con los ojos cerrados.

Thelia apagó la grabadora, estaba muy nerviosa. Tras ella, se abrió la puerta y el equipo de limpieza se afanó barriendo y aspirando la moqueta.

—¡Ya está!, muchas gracias por recibirme y siento los daños que he provocado.

Troy la miró, sonrió y la acompañó hacia la salida. Thelia aceleró el paso, necesitaba alejarse de él y el muy pesado no dejaba de seguirla. Pulsó el botón de llamada del ascensor y esperó a que las puertas se abrieran, en cuanto lo hicieron, se metió dentro.

—Adiós señor Khasondo.

—Adiós señorita Komo.

Las puertas del ascensor se cerraron y pillaron la cabeza de Thelia, que se apartó y se rascó la cabeza dolorida.

Troy se quedó mirando las puertas cerradas del ascensor, Thelia sería suya.

Thelia salió del ascensor arrascándose la cabeza, menudo chichón le iba a salir y ahora a correr, tomar el autobús hasta la cadena, dejar la grabadora en el despacho de su jefa y tomar otro bus a casa.

El bus olía fatal, estaba sentada junto a un tipo que parecía que llevara una hamburguesa bajo cada brazo. Sacó su pequeño frasco de colonia y

disimuladamente, lanzó una pulverización hacia el tipo que solo arrugó un poco la nariz y continuó leyendo su periódico.

Se levantó y pulsó el botón de parada, estaba loca por salir y entregar la grabadora. Corrió hacia la entrada de la cadena y saludó al vigilante que la miró negando con la cabeza. Subió las escaleras hasta la primera planta y luego resopló y continuó su ascenso, no tomaría el viejo ascensor para quedarse atrapada otra vez.

Pasó entre sus compañeros de oficina y notó que algunos la miraban raro, entró en el despacho de su jefa y dejó la grabadora sobre su mesa, cerró la puerta y se topó de frente con Fred el jefe de redacción.

—¿Has hecho la entrevista?

—Sí, acabo de dejar la grabadora en el despacho de Linsy.

—Bien, recoge tus cosas, estás despedida.

—¿Queeeeeeeeé? ¡Pero si ni me pagas!

—Lo sé, pero la cadena ha decidido no tener becarios durante una temporada.

Thelia, cabizbaja, caminó hasta su mesa, cogió la papelera vacía y aprovechando que tenía una bolsa limpia fue metiendo en ella sus pocas pertenencias, una foto de su madre, su lapicero, un reloj con forma de ranita y poco más, bueno, un paquete de galletas de chocolate, casi se le olvida. Hizo un nudo a la bolsa y caminó hacia la salida, bajo la atenta y triste mirada de los que hasta ese día fueran sus compañeros, pero... ¿serán asquerosos? Ni uno se había levantado para despedirse de ella, ni siquiera Ted que le tocó el culo hace unos días, ahora que el guantazo que le pegó, casi le pone todos los dientes en el mismo lado de la boca.

Unas horas más tarde, estaba sentada en su apartamento, un cubículo de no más de treinta metros cuadrados, compuesto por una única habitación que hacía de cocina, dormitorio, salón y bueno, tenía un cuarto de baño tan pequeño que tenía que entrar de lado, y para ducharse, poner un barreño en el suelo y conectar una manguera al grifo del lavabo. Para hacer sus necesidades, disponía de un agujero en el suelo, vamos que su casero no había reparado en lujos.

La esencia del destino

Lucy aparcó el viejo Chevrolet en el callejón y escuchó un fuerte chasquido en el motor, probó a arrancarlo, pero fue inútil, el coche había pasado a mejor vida.

Salió del coche y abrió la puerta trasera, despertó a su hija y esta la miró sonriendo con sus bonitos ojos color miel, acariciándose su pelito negro y brillante.

Lucy había conseguido una entrevista para un trabajo en un supermercado, ahora debía correr hasta una casa particular que hacía de guardería, no muy legal que digamos, pero no tenía opciones, sin familia ni amigos, estaba sola.

Le entregó un zumo a su hija que no tardó en abrirlo y devorarlo, llevaban años sin comer decentemente y la niña estaba muy delgada para su edad, a sus seis añitos ya había pasado demasiadas penalidades.

—¡No quiero quedarme aquí! —protestó la niña.

—Dalia Parker, no discutas, a mí tampoco me gusta pero no puedo dejarte sola en la calle. Mañana buscaremos un colegio.

—¡No quiero estudiar!

—¡Dalia, no me hagas enfadar!

La niña hizo un mohín de fastidio y entró en la casa tras su madre. Una mujer de unos cincuenta años les recibió y las invitó a ver las humildes instalaciones.

Lucy salió corriendo de la casa, o se apuraba o llegaría tarde a la entrevista. Aunque le gustaba esa mujer, odiaba tener que dejar a su hija, pero no tenía alternativa.

Corría por la acera, esquivando a la gente, cinco minutos para llegar o perdía la entrevista. Dobló por una calle para acortar y corrió hasta la puerta del supermercado, se paró en seco, se miró en un cristal, se acomodó un poco sus cabellos y enderezó su vestido retorcido por la carrera. Entró en el supermercado y caminó hacia una cajera.

—Perdona, tengo una entrevista con el señor Benson.

—La escalera del fondo, sube y encontrarás su despacho, no tiene pérdida. —le contestó la cajera.

—Gracias.

Caminó hasta las escaleras y subió peldaño a peldaño memorizando todas las respuestas que tenía en la cabeza. Tocó a la puerta y una voz bonachona le gritó que pasara.

Benson era un tipo entrado en carnes, calvo y con unos ojillos verdes que

la miraban con curiosidad.

—Soy Lucy Parker, tengo una cita para una entrevista de trabajo. —dijo Lucy nerviosa.

—¡Ah sí! Siéntate, por favor.

Lucy se sentó en una silla junto a la mesa, entrelazó sus pies y lo miró algo temerosa.

—Lucy, veo que tienes experiencia, pero el problema es que ayer cubrí la vacante y en estos momentos tengo toda la plantilla cubierta.

—Por favor señor Benson, necesito el trabajo, tengo una hija pequeña y no consigo ningún empleo. Trabajaré por horas, me da igual atender a los clientes o limpiar.

Benson se recostó en el sillón, que tembló bajo su peso, se rascó la cabeza con la mano derecha y la miró.

—Está bien... pero solo puedo ofrecerte un trabajo a media jornada, quinientos dólares al mes.

Lucy suspiró, con eso no podría buscar un apartamento, entre colegio, seguro médico y comer, poco quedaría, tendrían que dormir en el coche.

—Me parece bien, señor Benson.

—Busca a Becky, ella te dará el uniforme y te explicará tu trabajo.

Lucy asintió con la cabeza, se levantó y caminó hasta la puerta del despacho.

—¡Lucy! Me gustaría poder ofrecerte más, pero me es imposible, tienes mi palabra de que si trabajas duro, haré lo imposible por darte un aumento. —dijo Benson que parecía seriamente preocupado.

Lucy asintió de nuevo con la cabeza y trató de sonreír. De vuelta en el supermercado, preguntó a las chicas de las cajas por Becky, una de ellas la llamó por megafonía y no tardó en aparecer una mujer de unos cincuenta años, delgada, alta, de pelo blanquecino y ojos negros que la miraron con seriedad.

—¿En qué puedo ayudarte?

—El señor Benson me ha contratado a media jornada.

—¡Perfecto, acompáñame!

La mujer la llevó hasta la zona reservada para el personal, abrió una pequeña habitación que contenía material de oficina, la miró de arriba abajo y entró en un pequeño apartado del que regresó con dos juegos de uniformes, rojo el pantalón y blanca la blusa.

—¿Media jornada? Menuda mierda, en fin, como están las cosas hasta por

eso hay que dar las gracias hoy en día. Bien, estos son tus uniformes, creo que te quedarán bien. Yo soy la encargada de la zona de caja, tú trabajarás bajo la supervisión de Jensen, es un cabrón, te lo advierto. Hace que esto funcione y me temo que me supera en autoridad, de manera que cuidado con él.

Lucy asintió, cogió los uniformes y siguió a Becky que la acompañó fuera de la habitación, cerró la puerta con llave y le indicó dónde estaban los vestuarios femeninos. Entró en el vestuario y se cambió rápidamente, dejó su ropa encima de una taquilla y salió. Becky aprobó su uniforme, una vez más su vista no le había fallado con las tallas, la guió hasta la zona de almacén donde debía estar Jensen.

Cuando Lucy vio a Jensen, sintió como las piernas le flaqueaban, era un tipo alto, bastante corpulento, de pelo negro corto y ojos color miel que te atravesaban, por desgracia con crueldad.

—Jensen, esta es Lucy, el señor Benson la ha contratado a media jornada, asígnale sus funciones. Lucy, me alegro de que estés con nosotros.

Lucy le dedicó una sonrisa cómplice y regresó la mirada a su jefe.

—En ese cuarto de ahí atrás tienes un carrito con productos de limpieza, limpia la zona de congelados.

Lucy asintió, caminó hasta el cuarto.

—¡Lucy! —gritó Jensen.

Lucy se giró.

—Estás a media jornada, pero eso solo significa que te pagarán esas horas. ¡Espabila y date prisa o tendrás que echar horas extras gratis!

Lucy corrió hasta el cuarto, agarró el carrito y salió de él rápidamente, no quería perder el trabajo. No se equivocaban con Jensen, era un bastardo.

Durante toda la mañana estuvo limpiando a conciencia, necesitaba impresionar a su jefe y conservar ese trabajo.

Jensen apareció tras ella, se cruzó de brazos y miró el pasillo que acababa de limpiar.

—El suelo está sucio. —gruñó.

Lucy dio un respingo, se giró y lo miró extrañada.

—Acabo de limpiarlo.

Jensen agarró el cubo de agua sucia del carrito de limpieza, lo dejó en el suelo y lo volcó de una patada.

—Te dije que estaba sucio, cambia el agua y límpialo.

—Bastardo. —masculló Lucy.

—¿Has dicho algo? —preguntó Jensen con malicia y soberbia.
—No. —respondió sumisa Lucy.

Loco por Diana 1

La enfermera corría escaleras abajo, lloraba y se agarraba el pelo, entró en el despacho de la señora y entre lágrimas se quejó.

—Renuncio, no pienso estar ni un minuto más con esa loca, me ha cortado el pelo, ayer me echó agua caliente en las piernas y no me quemó de milagro.

—Por favor señorita, ya sabe cuál es su estado, está muy nerviosa por su enfermedad. —repuso Esther Briht, dueña y señora de Manfred House.

—¿Enfermedad? He tratado a personas mucho más graves y ninguna tenía la maldad de su hija, me marchó.

—Si se marcha, me encargaré de que nadie la contrate.

La chica se giró y la miró con desprecio, escupió en el suelo y se marchó.

Esther no pensaba hablar mal de ella, solo quería retenerla, era la quinta enfermera en seis meses. Se sentó en el sillón tras su escritorio, apoyó los codos en la mesa y dejó reposar su rostro sobre sus manos. Diana era una chica viva y alegre, pero desde su accidente... ahora era otra, solo pensaba en hacer daño a los demás, era como si los odiara a todos. Sus amigos le habían recomendado internarla en una clínica privada, pero ella se negaba a desentenderse de su hija.

Suspiró y marcó el último número de teléfono que le quedaba, le habían hablado maravillas de un enfermero, decían que sus métodos no eran muy convencionales, pero que sus pacientes lo adoraban. No le gustaba la idea de que un hombre se acercara a su hija, pero ya no tenía alternativa.

Marcó el número y se llevó el móvil a la oreja, no tenía elección y rezó porque los rumores sobre su hija no hubieran llegado hasta él.

—¿Oliver Banler?

—Sí, ¿en qué puedo ayudarle?

—Mi nombre es Esther Briht, necesito sus servicios para atender a mi hija.

—En estos momentos tengo varias ofertas, puedo recomendarle a otra persona.

—Doblaré la mejor oferta que haya recibido, pero necesito que empiece hoy.

—Bien, haremos una cosa, iré a verla, estudiaré el caso y según lo que vea,

aceptaré o no el trabajo.

—Perfecto, le espero a las dos de la tarde. —dijo Esther y colgó el teléfono.

Diana acercó la silla de ruedas al espejo y se quedó mirando su pelo castaño oscuro, sus ojos marrones, su tez blanca, parecía una muñeca de porcelana. Una muñeca rota y llena de odio hacia el mundo, sonrió al recordar todas las maldades que había hecho sufrir a sus enfermeras. No quería a nadie cerca de ella, se encargaría de que nadie soportara cuidarla, ¡maldito accidente! Si se hubiera matado, ahora no estaría atada a esa maldita silla, toda su vida se había derrumbado. Se giró y miró los marcos con las fotos a las que ella había cortado las cabezas, luego se quedó mirando el jardín trasero, se acercó un poco y suspiró, le gustaba correr por él, no era lo propio de una señorita de alta cuna, pero le encantaba correr como una loca.

Oliver tomó el camino de grava blanca que llevaba a la mansión, a cada lado unos setos redondos lo flanqueaban. Las paredes de la mansión eran de ladrillo rojo, salvo los que bordeaban las ventanas que eran de color blanco, pero lo que le llamó más la atención fueron las dos torres con cúpula de teja que terminaba en punta. Le recordó a esas casas que ocupaban la realeza europea en la antigüedad. Llevó el coche hasta un parking privado, agarró su maletín y bajó del vehículo.

Diana se asomó a una de las ventanas del pasillo de la planta superior, ¿quién sería ese tipo?

Oliver pulsó el timbre de la puerta y esperó paciente, miró su reloj, las dos en punto.

Un hombre de pelo blanco, ojos azules y de edad avanzada lo escrutó con la mirada.

—¿El señor Banler supongo?

—El mismo. —respondió Oliver sonriéndole.

El anciano lo miró con seriedad, se hizo a un lado y Oliver se limitó a pasar. Esther, impaciente, ya lo esperaba en un pasillo cercano al hall. Caminó hacia él y con un gesto de su mano indicó al mayordomo que los dejara solos.

Oliver se quedó mirándola, la señora Briht tenía porte señorial, era alta, delgada, de ojos negros que intimidaban, llevaba el pelo castaño, recogido en un moño, y por la expresión de su cara, parecía muy preocupada.

—Disculpe si he sido algo autoritaria por teléfono, estoy desesperada, mi hija tiene un carácter difícil y las enfermeras salen huyendo.

—Yo no saldré huyendo, estoy acostumbrado a gestionar casos difíciles.

Ya veremos, pensó Diana que los observaba desde el borde de la escalera. Ese tal Oliver era alto, parecía estar en forma, tenía el pelo negro y los ojos verdes, no estaba mal, pero sería su próxima víctima si cometía el error de aceptar el puesto.

—¡Me niego a que un tío sea mi enfermero! —chilló Diana.

Esther la miró con desaprobación, apretó los dientes y la fulminó con la mirada. Diana giró la silla y pulsó el botón de avance para alejarse de ellos, tendría que planear algo para hacerlo huir.

—Ya ve, es insoportable. Contará con la ayuda de Robert mi mayordomo y Tania, mi ama de llaves, son las únicas personas que consiguen que colabore un poco.

—Estupendo, pero le advierto que tengo mi propia metodología y no pienso negociarla con usted. Si acepto el trabajo, usted aceptará mis métodos, si en algún momento me pone trabas, me marchó. —explicó Oliver con seriedad.

—Está bien, acepto.

—En ese caso, voy por mis maletas y después de instalarme, me presentaré a su hija.

—Señor Banler, tenga cuidado, mi hija acostumbra a poner trampas para ratones y todo lo que se le ocurre para asustar a sus enfermeras y hacerlas renunciar.

—Tranquila, le aseguro que estoy preparado.

Diana agarró varias trampas para ratones y las colocó en la entrada de su cuarto, colocó alfileres en las sillas, salvo en la que le había serrado una de las patas. Sonrió, este saldría corriendo a la más mínima, le haría pagar esa arrogancia, hablaba como si fuera a domarla o algo así, se iba a enterar el idiota este.

Oliver colocó su ropa en los armarios, casi todo eran uniformes de enfermero y algo de vestir para sus días libres. Dejó su portátil sobre una de las mesitas y se sentó en la cama, se frotó las manos a pesar de que la habitación disponía de calefacción y de que esta desprendía un calor muy agradable. Era una manía que tenía, se frotaba las manos para tranquilizarse, era la primera vez que cuidaba a una chica tan joven y eso le incomodaba.

Esther acompañó a Oliver hasta la puerta de la habitación de Diana, pero él la miró y la detuvo cuando se disponía a abrirla.

—Puede retirarse, la tendré informada.

Esther lo miró sorprendida, pero resignada se marchó. Oliver abrió la puerta con prudencia, dio una patada a una de las trampas que cayó sobre el resto y estas empezaron a saltar al activarse su mecanismo. Miró a Diana y sintió un escalofrío, era bellísima, se acercó a una de las sillas y pasó la mano por ella, no tardó en detectar los alfileres.

Diana lo observaba con fastidio, había descubierto todas sus trampas, pero aún quedaba la silla con la pata serrada.

Oliver retiró los alfileres de todas las sillas y se quedó mirando la única silla que no tenía ninguno, la dejó caer y descubrió que una de las patas estaba serrada.

—Lo reconozco, de no ser por mi experiencia con pacientes estúpidos como tú, habría picado.

—¡Estúpida será tu madre!

—A partir de ahora seré tu enfermero, también me encargaré de tu rehabilitación.

—¿Rehabilitación? ¡Pasmaooooo! ¡Estoy en silla de ruedas, no hay nada que rehabilitar!

—Yo tengo mis métodos, y si te crees que te voy a tratar como a una dama, es que no me conoces. Eres una maldita bruja que tiene a todo el mundo amargado, pero no podrás conmigo.

—Hablaré con mi madre, cuando le diga cómo te estás dirigiendo a mí, te despedirá.

—Te equivocas, tu madre está tan desesperada que ha aceptado mis condiciones. Ahora eres mía, se acabó aguantar a la niñata estúpida.

—Te haré la vida imposible. —dijo Diana con tono amenazador.

—Lo sé, lo intentarás, pero acabaré domándote.

—¿Domarme? ¿pero tú qué te crees que soy, un caballo? ¡Te voy a hacer pedazos, pedante, engreído y palurdo!

—No gastes más saliva o te quedarás sin veneno. —dijo Oliver mientras caminaba hacia la puerta. Gracias a sus reflejos felinos, esquivó un jarrón, se giró, miró a Diana y le dedicó una sonrisa triunfal.

Diana pulsó el botón de avance de la silla, pero esta no respondía.

—Maldita silla, ya se ha descargado otra vez. —bufó como un gato enfadado y puso los ojos en blanco.

Oliver regresó a su cuarto, tenía que estudiar el expediente de Diana, su medicación y diseñar una estrategia para meterla en vereda.

Diana hizo girar las ruedas con las manos y se deslizó hasta uno de los enchufes, sacó el cable de la silla y lo conectó, una luz roja se encendió en el panel de mandos. Ahora le tocaba esperar entre media hora y una hora, agarró la tablet y se conectó a internet. Ahora su facebook era un cúmulo de páginas que la entretenían, había cerrado el anterior, no quería hablar con nadie. Cuando era la chica más popular de la universidad, todos la adoraban, pero el día que cruzó las puertas en silla de ruedas, todo cambió, ahora solo había una mezcla de desprecio y compasión. Sus amigas le dieron de lado, una chica con ruedas no tenía glamour, y por supuesto, su novio la abandonó. Le quedaba un año para terminar la carrera de derecho, pero ni se planteaba volver, era rica, no necesitaba trabajar.

Oliver entró en la habitación, vestido con un uniforme blanco con estampado de ositos.

—¿Ositos? No soy una niña.

—Lo sé, pero a mí me gustan y tú no eliges mis uniformes.

—Desde luego, porque yo te pondría un traje de acero y luego te empujaría a la piscina. —gruñó Diana.

—Pierdes el tiempo, no me afectan tus desvaríos.

—¿Desvaríos? ¡No estoy loca, imbécil!

Oliver se acercó a Diana, con dos dedos le levantó el párpado derecho y observó sus pupilas dilatadas. Diana contuvo el aliento, aunque fuera un idiota, era guapísimo y desprendía un olor a hierbas muy agradable.

—Termina ya que te huele el aliento a cagada de gato. —protestó Diana.

—Mi aliento es fresco a diferencia del tuyo, que estés en silla de ruedas no significa que no debas cepillarte los dientes.

En cuanto Oliver se giró para revisar sus botes de pastillas, ella echó el aliento en su mano derecha y se la acercó a la nariz. ¿Será cerdoooo? Mi aliento huele a menta, me las va a pagar.

Oliver le metió dos pastillas en la boca y le ofreció un vaso con agua. Diana lo miró furiosa, ¡qué demonios eran esas confianzas! Este tío se había pasado de la raya, nadie mete sus dedos en mi boca.

—Si vuelves a meter tus dedos en mi boca, te los arranco de un mordisco.

—¿En serio? Bueno, optaré por otro método.

Diana sonrió complacida, ya estaba el tonto entrando en vereda.

—¿Por cierto, tu nombre era Danana?

—¡Diana estúpidoooo! ¡Aaaaaarg! —chilló y se quejó Diana—. ¡Estás

loco! Casi me atraganto con la pastilla, ¿eres idiota? ¿Cómo se te ocurre lanzarme una pastilla a la boca?

Oliver se encogió de hombros y la miró sonriendo a sabiendas de que eso la haría enfurecer.

—Tenía miedo de perder un dedo.

—Pues me das las pastillas en la mano como haría una persona civilizada.

—Ya, pero es que una persona civilizada no pone trampa para ratones, alfileres en las sillas, ni sierra patas.

Diana apretó los dientes y frunció el ceño, lo odiaba, haría lo imposible por echarlo.

Una sirvienta tocó a la puerta y entró empujando un carrito con la cena, levantó las patas de una mesita plegable y la colocó en el regazo de Diana, la ajustó a la silla y regresó al carrito para servirle un plato de sopa.

Oliver no dijo nada, solo observaba la escena, todo se lo daban hecho, pero eso iba a cambiar.

Diana agarró la cuchara y probó la sopa, estaba deliciosa, pero no mostró la menor gratitud o agrado, su cara era una permanente expresión de cólera.

Oliver se sentó en una silla y se clavó un alfiler, gruñó por el dolor y Diana casi escupe la sopa por la risa. Él la miró y le sonrió, ella automáticamente se puso seria.

No me busques en Navidad

Esta maldita llave siempre se atasca, no sé como decirle a este idiota que le eche un poco de lubricante para cerraduras. Me tiene tan harta y ahora va y me dice que está muy enamorado de mí, que ya no puede estar separado, que quiere casarse conmigo. ¡Joder, que tengo veintiséis años! No quiero compromisos, ni bebés, ni pienso ser la niñera de nadie. ¡Vaya, por fin se

abrió la puerta! ¿Qué raro? Escucho jadeos en el dormitorio, este tonto se habrá dejado la ventana abierta y estará resfriado. ¡La madre que lo parió!

—¡Serás cerdo! Me armas una escena que ni en una de esas novelas románticas, aburridas y sosas, me pides matrimonio, por cierto, me alegro de haberte dado un no en lugar de un sí, y ahora te pillo en la cama con una golfa.

—Cariño, no es lo que parece.

—¿No es lo que parece? ¿Tú me ves cara de tonta? No, claro, no estabas tirándote a esa zorra, solo le enseñabas el piso cuando por accidente caísteis desnudos sobre la cama y tu pene se encajó en su vagina. ¡Serás imbécil! ¡Fuera de mi casa!

—Valeria, esto... esta es mi casa.

—Es verdad. —digo aturdida por la escena, le arrojo las llaves a los testículos y saboreo su expresión de dolor—. No me vuelvas a llamar en la vida, y en cuanto a ti, zorra, todo tuyo.

Salgo del apartamento, puedo sentir como mis mejillas arden, tengo la boca seca y el pelo revuelto, parece que me hubiera transformado en una de esas arpías, pero yo soy la víctima aquí, bueno, víctima su madre, yo soy una luchadora y ese idiota no merece mis lágrimas, pronto tendré todos los tíos que quiera tras de mí.

El autobús está a tope, dije que pronto tendría a todos los tíos que quisiera, pero esto es pasarse, ni una mujer en todo el bus y... ¡Jodeeeeeer! Aquí la gente no sabe lo que es un desodorante, menudo pestazo a cebolla podrida, ¡buuuagggg!, ¡qué ascoooo!

Delante de mí, un tipo me sonríe, es más feo que pegarle a un padre con la escobilla del váter y espera, eso es... ¡Por favor! Tiene el brazo levantado, se aferra a la barra del techo para permanecer estable y se puede ver claramente como su axila está sudando a mares, ha traspasado la camiseta y ¡madre mía! Como el bus frene, este tío me planta la axila en toda la boca porque esta me queda justo a mi altura. Puedo sentir algo que me roza la falda, me giro dispuesta a darle un guantazo al descarado, pero me doy cuenta de que es la maleta de un tipo trajeteado que se ha pegado demasiado. El autobús frena en un semáforo con brusquedad y siento como la axila mojada impacta en mi mejilla derecha. Estoy paralizada, siento la cara mojada, mis poros están captando y absorbiendo el sudor del tío cerdo y no puedo hacer nada para evitarlo, solo me queda una cosa... ¡chillaaaarr!

Me bajo en la primera parada y me apresuro en buscar una toallita húmeda

en mi bolso, me restriego la cara como si pretendiera borrar el color de mi piel, ¡qué asco! Cornuda y bañada en caldo de cerdo, hoy no es mi día. Camino desanimada por la acera, todos parecen contentos, veo parejas, establecimientos adornados para la navidad que pronto llegará y que por primera vez voy a pasar sola.

Mis padres y mi abuela viven en Barcelona, se marcharon allí al poco de casarse, porque según ellos había más oportunidades. Yo acabé en Cádiz, ironías de la vida, la ciudad donde nació mi padre, por una oferta de trabajo en una agencia de publicidad.

Miro el móvil y veo la fecha, veinte de diciembre. Todos los años viajaba a Barcelona en Navidad, pero este año le tocó un crucero a mi madre y junto con mi padre y mi abuela, estarán surcando el Mediterráneo. Puedo ver la cara de mi padre, vomitando por la borda y mi abuela metiéndose con él a cada momento. Adoro a mi abuela, es la típica que va vestida de negro y con un pañuelo en la cabeza, siempre fue muy tradicionalista, pero me río mucho con ella y sus ocurrencias. Recuerdo cuando le dije que me ofrecía a reparar su audífono y ella me contó bajo pena de castigo severo, que no lo tenía roto, que era una excusa para que la gente se confiara y poder así enterarse de todos los cotilleos. Con eso de, “habla que la abuela no se entera de nada,” y ¡vaya si se enteraba! Lo que me reí con eso, parecía una tonta, todos me miraban en el tren cuando regresaba a Cádiz.

Bueno, no tengo la familia cerca, no tengo novio, pero al menos tengo trabajo y salud, con la crisis eso ya es algo fantástico. Abro la puerta de mi pequeño apartamento de alquiler, y corro hasta mi cama, me dejo caer sobre ella y noto que vibra el móvil, miro la pantalla y veo que tengo un correo. Pulso con el dedo sobre el icono y veo como se despliega el sobre, siempre me gustó esa animación. ¡¿Despedida?! Sabía que la cosa no estaba para tirar cohetes, pero no pensaba que fueran a despedirme. La muy cerda de mi jefa no ha sido ni para llamarme, no se pudo esperar a mañana, así es la vida, te usan y te tiran a la basura. Dejo caer el móvil en la cama y cierro los ojos, ahora solo me queda tener salud. Dejo que las lágrimas cubran mis mejillas, no sé qué voy a hacer a partir de ahora, siempre puedo volver a Barcelona y vivir con mis padres.

No tengo ni idea de lo que será de mí, aquí hay poco trabajo y tampoco me ata nada a esta ciudad.

Después de varias horas de autocompasión, me levanto de la cama y

camino hasta la cocina. Rebusco en la nevera y saco una pizza, no tiene buena pinta, ¿en qué estaría pensando? ¡Aaah, ya recuerdo! El rubio de ojos negros que quitaba el hipo, eso de poner un tipo tan bueno en la caja del súper... me voy a arruinar con tanta compra innecesaria.

Saco la pizza del envase y suspiro aliviada al leer que se puede hacer en el microondas, mi horno se quemó la última vez que lo usé. Me siento en un banquillo y vuelvo a suspirar, parezco un globo que se empieza a desinflar. Me levanto y camino hasta la ventana, desde allí vuelvo a ver el mismo panorama, gente feliz y adornos navideños, ¡los odios a todos! Me pierdo en mis pensamientos, soñando despierta con un hombre perfecto que sé, no existe, hasta que la campanilla del microondas me hace volver a la realidad. Mi pizza de queso con espinacas está lista, ¡aaaarggg!

Un par de chillidos después, nunca me acuerdo de usar los guantes para no quemarme, agarro la bandeja con la pizza y saco una lata de refresco del frigorífico. Parezco un malabarista con tanto trasto en las manos, lo dejo todo sobre la mesa de cristal del salón y enciendo el televisor. Voy pasando canal tras canal mientras espero que la pizza deje de hervir, Oficial y caballero... ummm, no la veas que siempre lloras al final. Suelto el mando y agarro el cuchillo, corto una porción de pizza y me la llevo a la boca, está repugnante, pero no tengo ganas de cocinar. Luego comeré patatas o bolas de queso para quitarme el mal sabor de boca.

La película termina y yo estoy llorando como una tonta, para terminar de fastidiar estoy escuchando a un vecino cantar villancicos. Tengo que hacer algo, no puedo pasar las navidades aquí.

Enciendo el portátil y miro mi cuenta bancaria, la bruja lo tenía todo pensado, hasta tengo una transferencia pendiente con el finiquito por despido y bueno, mis ahorros de toda la vida. Puedo permitirme un caprichito, paso de cruceros, me da miedo estar en el mar. Rebusco en internet, necesito algo lejos, que no tenga nada que ver con la Navidad, algo diferente. Encuentro un hotel rural en Burgos, tiene que ser bonito, todo nevado y con chimeneas de leña, ¿por qué no? Reservo desde el día veintidós hasta el dos de enero, pasaré todas las navidades fuera, lejos de todos.

Al día siguiente, preparo las maletas, me gusta anticiparme y ser previsor. Siento una punzada en el corazón, estaré lejos, pero seguiré estando sola. Pienso en mi ex, él las pasará con su zorrita. Intento apartar de mi mente todos esos momentos que creí eran especiales, y trato de centrarme en mis

vacaciones. Dejo caer algunos libros en la maleta, no creo que en ese hotel haya mucho que hacer y con la nieve cubriéndolo todo, menudo frío debe hacer.

Me paso el día seleccionando canciones para mi móvil, el viaje en tren será eterno, me subiré en él sobre las ocho de la mañana y no me bajaré hasta cerca de las ocho de la tarde, bueno bajaré, pero para cambiar de tren. Estoy nerviosa, no sé qué me voy a encontrar en ese hotel, parejas sin hijos, pero con ganas de fabricarlos, abuelos, nadie, solteros en busca de ligue..., no, no creo que nadie quiera ligar allí. Termino de revisar mi enorme maleta con ruedas y decido prepararme unos bocadillos para el viaje, también llevaré unas latas de refrescos y golosinas, que los michelines no se mantienen solos. Sonrío, pero me cago en la celulitis y en todos esos fabricantes de cremas que no sirven para nada.

Día 22

El despertador chilla, mira que ponerle el canto de un gallo... salto de la cama y corro al baño, soy demasiado dormilona y no me he levantado con mucho tiempo que digamos. Me doy una ducha rápida, me maquillo, sin pasarme, no quiero que ningún baboso me moleste en el tren y salgo corriendo hacia la cocina. Me preparo un café bien cargadito y me como unas magdalenas. Tengo ganas de chillar, no sé si por emoción o por agobio, se me echa el tiempo encima y no puedo correr más.

Cierro la puerta con doble llave y arrastro la maleta hasta el viejo ascensor que me da pavor tomar, pero que no puedo evitar por culpa de la maleta. Nada más abrirse la puerta, salto fuera y tiro de la maleta, tengo que coger un taxi o no llego.

Levanto la mano y un taxista parece que me ha visto, nada, pasa de largo. ¡Cago en toooo! Corro hasta la parada de taxis que está a un par de manzanas y trato de mantener la poca dignidad que me queda.

El taxista tiene puesto un cd de villancicos y a mí me están dando arcadas, dichosa Navidad.

La estación está abarrotada, corro hacia el andén y paso esquivando al vigilante que se disponía a cerrar el acceso. Tiro de la maleta y sigo corriendo, voy leyendo los números de vagón. ¡Genial! El mío es el último, pero no voy a llegar, subo al primero que veo y tiro de mi maleta. Varios tipos me ven, pero pasan de ayudarme, la caballerosidad brilla por su ausencia. Las puertas se cierran y yo comienzo a recorrer los vagones, que parecen un

parque temático. Vagón de padres con hijos salvajes, parejitas, gente durmiendo y ruidos poco glamurosos... Dejo mi maleta en el reservado para equipajes de mano y busco mi asiento, tres ventanilla.

Un tipo alto, pasado de musculitos y pelo negro está leyendo el periódico en mi asiento.

—Perdona, ese es mi asiento. —le digo con seguridad, pero esta se va al carajo en cuanto veo sus ojos azules, creo que se me van a caer las bragas, suerte que llevo pantalones.

—Lo que faltaba, creí que haría el viaje solo.

En mi cabeza sueña como si se rallara un disco, ¡será gilipollas!

—Como si a mí me gustara tener que estar junto a un estúpido maleducado. —le respondo y casi escucho el sonido de una tragaperras dando premio a la bordería femenina.

El tipo se levanta de mala gana y me deja pasar, se sienta a mi lado y vuelve a leer el periódico. Debe ser muy aburrido, yo no leo un periódico ni de broma, prefiero mis novelas románticas.

El viaje transcurre como esperaba, lento, monótono y sin televisión. Suspiro aburrida, no tengo ganas de leer, saco un bocadillo de salami de mi mochila, le quito un trozo de papel de aluminio y le doy un bocado.

—¡Jodeeerrr, qué pestazo!

Miro al tipo repelente de los ojos azules y saboreo con placer mi bocadillo, ahora que sé que le molesta el olor, lo disfrutaré mucho más, jejejejeje...

Llega el momento de bajar del tren y me pongo nerviosa, siempre me preocupa pasarme de estación. El tren se detiene, tiro de la maleta y bajo los escalones, no me veo capaz de bajar la maleta sin quedar sepultada por ella. ¿Qué pasa? De repente la maleta no pesa nada, esto me desconcierta. El tipo de ojos azules sujeta la parte inferior de la maleta y me ayuda a bajarla, me siento confusa.

—Gracias.

—No las merece, solo te he ayudado porque me estorbabas para bajar.

Entrecierro los ojos y aprieto los dientes, este tío es insoportable.

No te soporto pero te adoro

Dan se quedó dormido a mitad de reunión, su jefe lo zarandeó furioso, no era una reunión cualquiera, la fusión de los Hatton supondría una jugosa comisión para su empresa. Afortunadamente Dan despertó con fuerza, salvó la situación y la fusión fue todo un éxito.

Después de firmar el contrato, celebrarlo con champán y acompañar a sus clientes hasta la puerta de la oficina, Derek el jefe de Dan lo agarró del cuello con una mano y lo arrastró hacia su despacho. Dan parecía un crío al que le van a dar unos azotes.

Nada mas entrar en el enorme despacho, Derek le ordenó que se sentara en el sillón con forma de ele. Dan obedeció, cosciente de la bronca que le iba a caer.

Derek sacó un par de cervezas, le ofreció una y se sentó frente a él en un sillón relax que no solía ceder a nadie.

—Me tienes hartó. ¿Cuánto hace que no te tomas unas vacaciones?

Dan se recostó en el sillón de tacto sedoso e hizo memoria.

—Tengo treinta y dos años, entré a trabajar en la empresa con diecisiete como repartidor de correo...

¡¿Nunca me he tomado vacaciones?! —respondió Dan sorprendido—. Tampoco las necesito, estoy aquí para ganar dinero no para descansar.

—¿Tienes novia formal?

—No. Ni la quiero. Tengo mis rollitos de una noche para desfogar y ya está. Solo de pensar en una mujer esperándome todas las noches, pegándome la bronca porque llevo tarde del trabajo.... ¡Uuuufff...!

Derek se pasó la mano por la cara, admiraba a Dan aunque nunca se lo había dicho. Al igual que él, demostró un gran talento al pasar de repartir el correo a convertirse en el mejor ejecutivo de grandes cuentas de la empresa. Pero tanto trabajo y poco descanso le estaba pasando factura, necesitaba descansar o el día menos pensado sufriría un colapso y no estaba dispuesto a permitir que a su mejor hombre y amigo le ocurriera eso.

—Bien, esto es lo que vamos a hacer. Te pagaré unas vacaciones, yo elijo el destino y la duración.

—No necesito vacaciones. —protestó Dan molesto.

No quería admitirlo pero era un adicto al trabajo, por no decir que no tenía vida privada, si no trabajaba no tenía ni idea de a qué dedicar el tiempo libre, no veía la tele, no tenía hobbies...

—Si aceptas las vacaciones te haré socio, si no las aceptas estás despedido. No quiero zombies trabajando para mí. —decretó Deker sin miramientos.

Dan ladeó la cabeza visiblemente molesto pero sin alternativa posible, no iba a renunciar a su empleo y llevaba años trabajando duro para ser socio.

—¿A dónde piensas mandarme?

—Te lo comunicaré esta tarde. Ahora vete a casa y descansa. Después de comer tenemos la cita con Susan y te quiero despierto.

Dan se levantó, caminó hacia la puerta, por unos instantes se quedó mirando el picaporte de la bella puerta de roble, giró el picaporte y abandonó el despacho.

Derek llamó por el interfono a su secretaria y esta no tardó en entrar con su block de notas en la mano.

—¿Señor Young?

—Martina, quiero que inscribas a Dan en uno de esos cruceros para solteros, el primero que encuentres. —ordenó Derek sonriendo—. Por supuesto esto ha de ser un secreto.

—Por supuesto señor Young. —contestó Martina esbozando una sonrisa cómplice.

Amanda estaba coordinando el montaje de la boda en el jardín de la casa Maanor. Los novios no se conformaron con una carpa colosal para instalar las mesas donde se serviría el almuerzo...querían el nova más, un arco estilo románico para casarse, estatuas de hielo, adornos florales y un escalinata con un atril de mármol.

—Señorita Scott,¿dónde coloco los centros de mesa? —le preguntó un chico de unos veinte años.

—En mi cabeza. —respondió Amanda cortante.

El chico la miró desconcertado.

—¡Por el amor de Dios, son centros de mesa! ¿Dónde van a ir? En la carpa, sobre las mesas.

El chico sonrió y corrió hacia la carpa, arrastrando la enorme mesa de plástico con ruedas de goma en la que llevaba los pequeños centros.

—¿Qué hago con las rosas? —le pregunta una de las sirvientas de la casa.

—¡Tírelas! —responde Amanda.

La sirvienta la mira atónita.

—¿Se puede saber dónde estaban todos cuando expliqué como se decoraría el jardín?

La mujer la mira sin saber qué decir y Amanda se apiada de ella.

—Colóquelas junto al atril. ¡Eeehhh... usted, esas figuras de hielo no van ahí! —grita Amanda colérica.

De repente empezó a nublársele la vista y cayó al suelo sin sentido, todos a su alrededor dejaron lo que estaban haciendo y acudieron en su auxilio.

Cuando despertó estaba tumbada en la cama de un hospital y Valeria su jefa la miraba con muy mala cara.

—No vuelvas a darme un susto así. —protestó Valeria.

—¿Qué ha pasado?

—Te desmayaste.

Amanda se incorpora en la cama, asustada.

—¡Dame mi ropa! La boda está a medias, tengo que irme. —dice Amanda nerviosa.

—¿La boda? Ya ha terminado la ceremonia y la fiesta, Linda se encargó de organizarla en tu lugar.

Amanda se deja caer en la cama con expresión rabiosa. No soporta haber dejado un trabajo a medias, desde que empezó a trabajar para Valeria a los veintidós años, nunca le había pasado eso, era una yonki del trabajo.

Amanda se estremeció al sentir que Valeria le cogía la mano, su jefa siempre fue muy cariñosa pero aun así le costaba.

—Te he sacado un pasaje para un crucero. El lunes embarcas y si te niegas a tomarte unas vacaciones estás despedida. No voy a permitir que pase otro año sin que te cojas unos días libres.

Amanda apretó los dientes y la cabeza contra la almohada, odiaba las vacaciones, no tenía amigos, ni hobbies...

Orígenes

Deker Harrison

Marcus se miraba al espejo del baño, vestido con el traje de gala contemplaba sus insignias de capitán y sus numerosas condecoraciones. Su carrera era realmente prometedora, a sus veintiocho años ya estaba considerado el mejor francotirador del estado. Continuamente colaboraba con todo tipo de agencias y organismos, cosa que le molestaba, él era marine y no deseaba participar en ninguna misión ajena al cuerpo.

Se desnudó y se metió en la ducha, necesitaba relajarse, pronto comenzarían las maniobras y se acabarían los días de relax. Vivía por y para los marines, no le interesaban las relaciones amorosas, prefería los escarceos sexuales sin compromisos. Desde que su mujer muriera, su corazón quedó vacío e incapaz de amar. En ocasiones llegó a plantearse usar los servicios de prostitutas de lujo, sin preguntas, sin problemas, solo sexo pero de descubrirse esa actividad sus ascensos no solo cesarían, podría acabar siendo licenciado con deshonor. Alejó todos esos pensamientos de su cabeza y se centró en ducharse.

Una hora después sobre las doce de la noche se dejó caer sobre la cama, se tapó con las mantas y se acurrucó. El frío invierno había llegado a New Jersey y la calefacción de su apartamento hacía tiempo que no funcionaba muy bien que digamos. El sueño lo venció y se quedó profundamente dormido, hasta que ya bien entrada la madrugada el móvil comenzó a sonar con la melodía de James Bond, siempre fue un poco friki con esos detalles.

—¿Sí?

—¿Marcus Lein?

—Sí. ¿Quién es?

—Señor Lein siento comunicarle que hemos encontrado muerta a Jessica Lein. Todo apunta a que ha sido un suicidio.

—¿Suicidio?

—Había varios frascos con pastillas, ansiolíticos, antidepresivos... Aún así habrá que esperar a la autopsia. Necesitaríamos que se pasara por comisaria.

—Deme un día, debo hablar con mis superiores en los marines.

—Desde luego. Señor Lein, lamento su pérdida.

Marcus colgó el teléfono y se quedó mirando la ventana del dormitorio, con los ojos en blanco sin poder asimilar la noticia.

Cuando sus padres murieron en un accidente ferroviario, Jessica y él acabaron en un orfanato. En cuanto le fue posible se alistó en los marines y con el primer sueldo alquiló un apartamento y se hizo cargo de su hermana tres

años menor que él. Fueron tiempos duros pero consiguieron salir adelante, Marcus comenzó a aceptar cualquier misión por peligrosa que fuera, necesitaba ascender para conseguir mejorar su sueldo y ayudar a Jessica con los estudios. Por fortuna entre sus ascensos y los trabajos que ella pudo encontrar reunieron el dinero suficiente. Con el tiempo terminó sus estudios como secretaria de dirección y empezó a trabajar en Medical Farm. Parecía estar muy contenta con ese trabajo que entre otras cosas le hacía ganar mucho dinero, más de lo que Marcus ganaba hasta bajo el rango de capitán.

Esa noche no pudo dormir, algo no cuadraba. ¿Jessica suicidándose? ¡Imposible!, ella no era así, siempre fue una luchadora nata. Decidió que no podría seguir adelante hasta que él mismo por sus propios medios investigara su muerte.

El dolor era tan fuerte que no podía ni llorar, sentía una fuerte presión en el pecho y los ojos le ardían pero era inútil. Se pasó el resto de la noche mirando viejos álbumes de fotos y rezando porque las horas pasaran, deseaba estar cuanto antes en el despacho del coronel Durjan.

Por la mañana se preparó un café, se vistió con el uniforme de campaña y bajó las escaleras a toda prisa. Introdujo la llave en el contacto de su Harley y apretó el acelerador, necesitaba llegar cuanto antes aunque eso supusiera un par de multas.

El coronel Durjan lo miró sorprendido, no podía creer la noticia que Marcus le había dado.

—Lo siento Marcus, sabes que apreciaba a Jessica. —dijo Durjan pasándose la mano por su escaso cabello blanco.

—Señor deseo pedir una excedencia.

—Marcus te necesito aquí, las maniobras internacionales están ya muy cerca.

Marcus dejó una hoja de papel firmada encima del escritorio del coronel.

—¿Qué diablos significa esto? —protestó Durjan.

—Si no me concede la excedencia, solicito formalmente la baja en los marines. —dijo Marcus sin pestañear.

—¡Maldita sea Marcus! ¡Estás loco! Los marines son tu vida, por el amor de Dios, la mayoría de tus compañeros matarían por conseguir lo que tú estás logrando.

—En estos momentos solo me interesa investigar la muerte de mi hermana.

—La policía dice que es un suicidio.

—La policía no conocía a mi hermana yo sí. Usted decide ¿excedencia o baja?

—Tú ganas maldito bastardo, lo arreglaré todo. ¡Ramsey! —gritó Durjan furioso.

Un sargento alto y algo sobrado de peso entró corriendo en el despacho.

—¿Señor?

—Traiga un documento de excedencia para que lo firme el capitán y cúrselo hoy mismo. —ordenó Durjan.

El sargento salió corriendo y regresó cinco minutos después con un documento aún caliente y con la tinta de impresora fresca.

—Capitán, firme aquí y yo me encargaré de rellenar el resto de papeleo. —explicó el sargento.

Marcus asintió con la cabeza, tomó un bolígrafo de la mesa del coronel y estampó su firma, luego entregó el documento al sargento.

—Gracias señor. —dijo Marcus levantando la mano hasta la frente y saludándole con formalidad.

—Hace años que no consumes tus vacaciones, lárgate ya y procura no meterte en líos. —contestó Durjan con preocupación.

—Ya me conoce señor, no puedo garantizarle que no acabe metiéndome en líos.

Marcus aparcó la moto en su trastero, la tapó con una sábana vieja y cerró la puerta con doble llave, la echaría de menos. Tomó el ascensor hasta la quinta planta y entró en su apartamento. Preparó un petate con la ropa necesaria y llamó a un taxi.

La estación de autobuses estaba abarrotada por lo que tardó más de una hora en llegar hasta la ventanilla, donde una mujer de gruesas gafas y pelo canoso le dedicó una sonrisa fría.

—Un billete para Queens.

—Veinte dólares.

Marcus sacó la cartera y cogió dos billetes doblados de diez y se los entregó. La mujer pulsó un par de teclas y cortó el billete que acababa de ser imprimido para luego dejarlo caer sin tacto en la bandeja.

Marcus ni la miró, ya estaba acostumbrado a ese tipo de trato, demasiado acostumbrado.

El autobús olía decentemente, los asientos parecían haber sido renovados y no había muchos pasajeros, aunque previsiblemente recogerían a más gente

durante el camino. Se sentó en su asiento junto a la ventanilla y cerró los ojos. No tenía ni idea de lo que iba a pasar y entrar en el apartamento de su hermana sería doloroso.

El autobús arrancó y a los pocos minutos el conductor encendió la televisión. Aparecieron los títulos de la película y el código de copyright "Misión imposible", no es que fuera un estreno precisamente pero algunos pasajeros silbaron complacidos. Marcus cerró los ojos de nuevo y trató de descansar.

Por la noche tomó un taxi hasta el apartamento de Jessica, el inspector le había dado permiso para entrar dado que consideraba el caso cerrado. Para Marcus el caso estaba muy pero que muy abierto.

Pagó la carrera al taxista y agarró su petate para colgárselo del hombro. Las calles estaban cubiertas de nieve lo que dificultaba el avance hasta la puerta de entrada del edificio. Sacó las llaves que Jessica le había dado hacía años y rezó porque no hubieran cambiado alguna de las cerraduras.

La puerta del bloque se abrió y Marcus respiró, pulsó el botón de la luz que se activaba con solo pasar el dedo por una placa metálica y la luz iluminó el descansillo de la escalera. Contrastaba el interior moderno frente a la fachada anticuada pero la gente de por allí parecía estar agusto con esas apariencias. Tomó el ascensor hasta el sexto piso y en cuanto las puertas se abrieron salió de él y caminó por el estrecho pasillo hasta llegar al final. Por unos instantes se quedó mirando la puerta blanca con adornos plateados en forma de espirales. Sacó la llave y abrió la puerta. Entró y cerró la puerta, nervioso al percibir ese olor a vainilla que tanto le gustaba a ella.

Con paso tembloroso recorrió el apartamento hasta quedarse apoyado en el bastidor de la puerta del dormitorio, observó la cama donde Jessica fue encontrada muerta y por primera vez las lágrimas brotaron de sus ojos, esta vez sin control. Estar en ese apartamento lo estaba matando, no podía seguir allí, no sin perder la cordura. Se centró en investigar, la policía había revisado todo el apartamento y no había encontrado ningún indicio de que las ventanas o la puerta hubieran sido forzadas, todo encajaba según ellos. Para él nada encajaba, Jessica ganaba mucho dinero, era guapa y no le faltaban pretendientes, su vida era puro éxito y poseía un carácter que engatusaba a cualquiera. Ella no se suicidó, estaba seguro.

Buscó su ordenador pero no había ni rastro de él, quizás lo dejara en la oficina. Rebuscó en los cajones hasta dar con uno que contenía varias facturas.

Luz, agua, comunidad, alquiler, tarjetas... Densey seguridad. Sacó el móvil y buscó en google el nombre de esa empresa, realizaban instalaciones de sistemas de seguridad tanto en empresas como en domicilios particulares. ¿Por qué necesitabas seguridad Jessica? Abrió la carta y trató de averiguar qué instalación le hicieron pero no venía nada, solo un importe a pagar.

Marcó el teléfono de la empresa y miró el reloj, era tarde pero debía intentarlo. El teléfono daba llamada y no saltaba ningún contestador, eso era buena señal.

—Densey seguridad, ¿en qué puedo ayudarle?

—Llamo en nombre de Jessica Lein, quisiera saber qué tipo de instalación hicieron en su apartamento.

—Lo siento, no podemos dar información de clientes.

—Soy su hermano.

—¿Puede pedirle a la señorita Lein que se ponga al teléfono?

—Mi hermana está muerta pero si no quiere darme la información puedo enviarle a la policía y que lo interroguen durante unas cuantas horas. Usted mismo.

—La señorita Lein instaló un sistema de vídeo vigilancia, exactamente una mini cámara en cada habitación.

Marcus miró con detenimiento el salón y no encontró ninguna cámara.

—No veo ninguna cámara.

—Son cámaras ocultas señor, de eso se trata de que no se puedan ver con facilidad. Espere un momento, vamos a ver... ¿puede darme el código de cliente?

Marcus agarró la factura y leyó el código.

—145262525AX.

—Ok, en el salón esquina derecha pegada al techo junto a una cenefa de papel, dormitorio pared frente a la cama cerca de televisor, baño junto al marco de la puerta, cocina junto al marco de la puerta, pasillo junto a reloj, eso es todo.

Marcus colgó el teléfono, agarró una silla y se acercó a la pared. Miró la cenefa y descubrió un pequeño orificio, sacó las llaves y con el filo de una rasgó la pared hasta dejar el cable de conexión a la vista, luego tiró de él con cuidado rompiendo parte de la pared en la que estaba oculto. Realizó la misma acción con todas las cámaras pero no tenía sentido, todos los cables acababan en mitad de una pared del pasillo. Enfadado dio una patada a la pared y para

su sorpresa esta cedió, debió haber roto la cerradura de una puerta oculta en la pared. ¿Pero en qué estabas metida?

SOLO ES UNA AVENTURA

Linda Banim es una joven de treinta años, alegre y divertida. De pelo castaño y ojos color miel, cuerpo atlético aunque algo voluptuoso. Era inevitable que los hombres se fijaran en ella, más si cabe cuando su trabajo era de recepcionista en el hotel La cima, uno de los hoteles más lujosos de las Vegas.

Se ajustó la falda, revisó su bolso y cerró con llave la puerta de su destartalado Toyota. Saludó a un compañero de cocina que en ese momento sacaba la basura y entró por la puerta de empleados. Nada más llegar se topó de frente con su jefe Robert Smith. Un tipo repugnante donde los haya, calvo desde la nuca a la frente se afanaba en dejar crecer el resto del pelo como si creyera que algún día poblaría toda su cabeza de nuevo. Alzó con un dedo sus gafas redondas y gruesas y la miró con desprecio. Era la típica persona que llega a los cincuenta creyéndose un ser especial a los que todos debían rendir pleitesía.

—Has llegado dos minutos tarde. La próxima vez recibirás una amonestación económica, así aprenderás a cumplir con los horarios.

Linda se limitó a mirarlo con furia, le habría encantado agarrar el jarrón de porcelana con esas bonitas flores japonesas de plástico y ponérselo de sombrero. Pero necesitaba el trabajo, no es que ganara una millonada pero bastaba para pagar su apartamento y comer todos los meses.

Se acercó y revisó en el ordenador las reservas previstas para ese día. Robert se sentó en una silla y sacó el periódico, como siempre esa era su ocupación la mayor parte del turno, salvo cuando ocurría algún incidente, entonces se evaporaba como agua en el desierto dejándola sola ante el peligro. Otros compañeros hablaban maravillas del resto de jefes de recepción, pero por más que intentó cambiar de turno no hubo manera, siempre le tocaba con aquel imbécil.

Tecléo el día y un listado apareció ante ella. Una entrada en el registro llamó su atención.

—Corporación Vhander. Le resultaba familiar ese nombre pero por más que se esforzaba no conseguía recordar porqué.

Un cliente se acercó al mostrador y le preguntó si había llegado algún sobre para él. Linda revisó el casillero de su habitación y el informó de que no había llegado nada, pero que le avisaría si en el transcurso del día recibían algo. El cliente le sonrió y se alejó satisfecho.

—Eres una inútil. ¿Cómo se te ocurre decir eso? ¿Cuántas veces te tengo que decir que no des tanta información ni le digas que le avisamos si llega algo? Eso es cargarnos de trabajo extra. No hay nada y punto, si quiere algo más que pregunte en otro momento. —repuso colérico Robert.

Linda cabizbaja aguantó como pudo el chaparrón. Justo en frente, un hombre alto se quedó contemplando la escena. Linda se sintió aún más avergonzada al percatarse de que tenía público. Aquel hombre de pelo largo y rubio, era bastante corpulento y de aspecto distinguido. No tardó en acercársele un hombre de color con la cabeza rapada y aún más corpulento si cabe que el primero. Portaba dos enormes maletas con ruedas que dejó junto al tipo rubio. Este le hizo una señal y el tipo de color se dirigió al mostrador de recepción.

De cerca resultaba imponente, su mirada fría chocaba. Era la primera vez que veía un tipo de color con los ojos azules, debía tener sobre los cuarenta años y tenía cara de pocos amigos.

—Necesito la llave de la suite César. —pidió mientras dejaba caer la reserva sobre el mostrador.

Linda aprovechó aquella interrupción para zafarse de la bronca de Robert. Comprobó la reserva y programó dos tarjetas de acceso a la suite y parking.

—Aquí tiene. ¿Señor? —Linda se quedó cortada al ver como el tipo agarraba las tarjetas y se largaba sin contestarle—. Menudo capullo. —pensó.

Durante su turno Robert no es que se reprimiera mucho con sus broncas. Linda estaba al límite, necesitaba el dinero pero aquello ya estaba tocándole la moral a base de bien. No sabía cuánto tiempo aguantaría sin pegarle cuatro voces a aquel estúpido.

A última hora, justo antes de terminar su turno, Robert ya se había marchado como de costumbre. Para exigir puntualidad era el número uno pero para cumplir él los horarios, eso ya era harina de otro costal.

—La admiro. Señorita. No sé cómo puede aguantar a ese tipejo.

Linda levantó la vista y contempló al tipo rubio que había llegado a primera hora de la mañana. Sintió que las piernas le temblaban, el pelo le llegaba justo hasta el hombro, lo tenía algo rizado y ¡Madre mía! ¡Qué ojos

verdes! Vestía un elegante traje azul oscuro con camisa granate y corbata negra, no eran sus colores favoritos pero a él le quedaban como anillo al dedo. Por unos segundos se imaginó cómo sería quitarle esa ropa y pasar su lengua por todo aquel robusto cuerpo duramente definido a base de horas de gimnasio.

—¿Sé encuentra bien señorita?

Linda pegó un respingo, se puso colorada y trató de recomponerse.

—Sí. Disculpe. No me queda otra, es mi jefe, o lo aguanto o ya puedo buscarme otro trabajo. —dijo Linda sonriendo aún colorada y algo aturdida. Le costaba aguantar la mirada a aquellos ojos verdes cristalinos sin saltar el mostrador y devorar aquellos labios sedosos.

—Linda ¿Qué coño te pasa, sólo es un tío? Pero madre mía que bueno está. —la pelea mental se acabó cuando el tipo rubio le dedicó una sonrisa y se alejó tras el tipo de color, que se le acercó para avisarle de que el coche ya estaba en la entrada del hotel.

—¡Joder Linda! Ya eres mayorcita para que se te caiga la baba con un tipo guapo. Además es un ricachón, esos sólo se fijan en chicas como tú para echar un polvo y luego si te he visto ni me acuerdo.

Guardó sus cosas en el bolso y en cuanto llegó el turno de tarde se marchó.

UNA EXTRAÑA EN MI VENTANA

Logan Wallace era alto, de cuerpo atlético, pelo rubio y unos brillantes ojos verdes. Con las mujeres era un auténtico imán, fijaba el blanco y ninguna se resistía. "Cada noche una mujer diferente", era su lema.

Millonario de nacimiento, nunca supo lo que era la pobreza o la adversidad. Por pura afición se dedicó a escribir libros de espionaje, llevándose la inesperada sorpresa, de convertirse en poco tiempo en un escritor famoso de bestsellers. Todo en su vida parecía perfecto a sus veinte y ocho años. Pero en su interior nada de eso le importaba. Usaba a las mujeres para calmar sus deseos sexuales, pero era incapaz de enamorarse o comprometerse, ninguna mujer le atraía lo suficiente como para iniciar una relación seria.

Gastaba el dinero sin control, pues su fortuna se veía incrementada constantemente por los beneficios de sus empresas y novelas. Pero cada día que pasaba, se sentía más vacío. Era como tener la muerte grabada en la

sangre. Nada le ilusionaba, nada le interesaba. Cada día le costaba más levantarse de la cama, no encontraba razón alguna para seguir viviendo una vida totalmente artificial.

Aquella mañana en el aeródromo privado, iba a practicar su deporte favorito, el paracaidismo. Siempre sintió una fuerte atracción por los deportes de riesgo.

La avioneta tenía el motor en marcha. Sólo saltarían su instructor Ted Wilson y él. Ted se le acercó y empezó a revisarle los arneses. Logan levantó las manos para dejarle campo libre.

—¡Joder Logan! Otra vez tienes los arneses flojos, deberías revisarlos.

—Para eso te pago. Responde cortante Logan.

Ted lo ignoró, estaba acostumbrado a los desplantes de aquel millonario excéntrico. Lo aguantaba porque daba buenas gratificaciones.

Subieron a la avioneta, que rezumaba un nauseabundo olor a plástico caliente y habitáculo poco aireado. Terminaron de comprobar el altímetro y el intercomunicador del casco. Logan se colocó las gafas de sol y los guantes. Lentamente la avioneta se encaminó hacia la pista de despegue. No serían más de las doce de la mañana, el sol brillaba y apenas si había nubosidad.

—¡Un día excelente para saltar! —gritó Ted.

Logan lo ignoró una vez más.

El piloto habló con la torre de control que le asignó pista y concedió permiso para despegar. Una vez en la pista, poco a poco fue ganando velocidad hasta elevarse, esa era la parte favorita de Logan. Miró por la ventanilla, todo parecía tan insignificante desde aquella altura, hasta su vacío interior.

Pasados unos minutos, el piloto les avisó que ya estaban en la zona de salto. Ted hizo una señal a Logan para que se preparara, mientras él abría la puerta de la avioneta. El ruido del motor y el aire, era ensordecedor, pero a Logan no parecía molestarle.

Ted levantó el dedo pulgar hacia arriba para indicarle que saltara cuando estuviera preparado. Logan asintió con la cabeza y se colocó justo en el filo de la puerta. Se encorvó y se dejó caer.

Era fantástica la sensación de caer, parecía como volar, con la única diferencia de que si no abrías el paracaídas te matabas. Logan cerró los ojos, se sentía en paz, el viento lo mecía y acariciaba su cara.

La alarma del altímetro saltó ruidosa, Logan abrió los ojos, miró hacia

abajo y se limitó a dejarse caer.

Por el auricular Ted empezó a gritarle.

—¡Logan abre el paracaídas! ¡Maldito loco abre el paracaídas!

Desde la avioneta Ted presintió que algo iba mal y saltó. Se inclinó, pegó los brazos al cuerpo y cayó en picado hacia donde se encontraba Logan con la velocidad de un proyectil. Seguía gritándole por el intercomunicador, pero Logan no respondía. Cuando llegó a su altura, se acercó con cuidado, hasta que pudo agarrarlo del hombro. Logan no lo miraba, parecía ausente. Ted tiró de la anilla del paracaídas de Logan, consiguiendo que éste se elevara inmediatamente. Ted abrió su paracaídas y se mantuvo a una distancia prudencial, observándole.

Una vez en tierra, Ted corrió hacia él y tuvo que contenerse para no golpearle.

—¡Hijo de puta! Si quieres suicidarte, tírate de una azotea, pero no vengas aquí a joder.

Logan se deshizo de los arneses que lo mantenían sujeto al paracaídas y se alejó de allí, como era su costumbre, sin dar explicaciones.

Junto al hangar le esperaba su limusina. Abrió la puerta y se dejó caer pesadamente en el asiento trasero. Cogió una cerveza del minibar, tiró de la anilla y le dio un buen trago hasta casi agotar su contenido. No sabía que le había pasado, pero no pudo abrir el paracaídas. Su instinto de conservación, simplemente se había desactivado. De no ser por Ted ahora estaría muerto.

A veces pensaba que era uno de esos millonarios que una vez lo tenían todo, entraban en depresión porque ya no tenían ninguna meta por la que luchar. Pero él no era así, en su interior algo fallaba o algo faltaba, no sabía cómo explicarlo.

Se quitó las gafas y las tiró al sillón de enfrente. ¿Por qué no podía ser feliz si lo tenía todo? ¿Por qué no conocía a una buena mujer con la que formar una familia? La respuesta siempre parecía esquivarle.

Logan compró un apartamento en la última planta del edificio Madison. La construcción más moderna, más alta y cara de Chicago. Desde allí dominaba la ciudad, aparte de que era el picadero perfecto, todas las mujeres que conocía querían ir allí. Aunque ser guapo y millonario también influía.

Encargó comida china y se tumbó en el sofá dispuesto a disfrutar de un partido de rugby, otro de sus deportes favoritos. A veces pagaba a algún equipo local, para que le dejaran entrenar con ellos.

Encendió la televisión de cincuenta y cuatro pulgadas, cambió al canal treinta y subió el volumen. El griterío era enorme, las gradas estaban entusiasmadas con el equipo de Dallas. Se quitó la camiseta y las zapatillas.

—¡Ah! Ahora a relajarme.

Sonó el timbre del apartamento. Aunque siempre le aconsejaban que contratara un mayordomo, Logan se negaba a semejante invasión de su intimidad. Se levantó de un salto, corrió hasta la puerta y miró por la mirilla.

—¡Llegó la comida!

Abrió la puerta y antes de que el chico asiático dijera nada, le pagó generosamente, agarró la comida y cerró la puerta.

Soltó la caja con el arroz y la bebida encima de la mesa. Y saltó de alegría, Dallas anotó un tanto al poco de empezar el partido.

Unas horas más tarde, estaba dormido en el sofá, las cervezas habían cumplido su cometido. La fría brisa de la noche entraba por las ventanas del apartamento, Logan se rascó la cabeza. El frío lo había despertado.

De mala gana, con los ojos medio cerrados y una fuerte jaqueca, apagó la televisión y caminó hasta la ducha. Seleccionó la temperatura y abrió el grifo. Nunca entendió como la gente se podía apañar regulando el agua fría y caliente con dos grifos.

Se desnudó por completo y entró en la ducha. Qué sensación tan espectacular, el agua cayendo por tu cuerpo, relajándolo y mimándolo. Encendió el mp3 de la ducha. Con música todo era mejor.

Una hora después cerró el grifo y salió de la ducha. Se secó el pelo y el cuerpo. Escuchó un golpe, como si alguien hubiera arrojado una piedra contra una de las ventanas.

—Eso es imposible. —pensó, el apartamento estaba en la planta ciento diez.

Se anudó como pudo la toalla y fue hasta la ventana del dormitorio, que era donde creyó escuchar el ruido. Cuando abrió la puerta, quedó asombrado con lo que vio.

En la cornisa una mujer de pelo negro, ojos verdes y tez extremadamente blanca, le miraba con tristeza. Su pelo negro ondeaba al viento, debía medir por lo menos un metro ochenta. Logan no entendía que hacía allí afuera una mujer tan bella.

UNA SEMANA DE LUJO (UN AMOR PROHIBIDO)

Sentado en una pequeña sala del tanatorio, observaba la urna que contenía las cenizas de su tío. Parecía mentira que aquella vasija contuviera lo que apenas unas horas antes era un hombre de metro noventa. Las lágrimas resbalaban por su mejilla.

Un hombre pequeño se acercó a él. Llevaba puesta una gabardina negra y un traje de aspecto caro, aunque antiguo. Estaba prácticamente calvo, pero trataba de ocultarlo peinándose hacia el lado. Debía tener unos sesenta años. Tras los cristales de sus gafas se podían ver unos ojos cansados, posiblemente por las continuas noches en vela a las que debía estar sometido por culpa de su trabajo.

—¿Clark Evans?

—Sí.

—Mi nombre es Leo Michelle. Era el abogado de su tío. Antes de nada, quería darle mi más sentido pésame. Su tío me ordenó que le entregara este sobre cuando él ya no estuviera.

—¿Qué es?

El hombre se acarició el pelo en una actitud que demostraba nerviosismo e incomodidad.

—Es la comunicación de que debe abandonar la casa de su tío mañana a primera hora, junto con su testamento y otros documentos.

—¿Mi tío? ¿me ha echado de casa?

—No exactamente, pero él me pidió que no le diera más detalles.

Aquel extraño hombre, inclinó la cabeza a modo de saludo y se marchó.

Clark introdujo la urna en una mochila que le había proporcionado la funeraria y se alejó de aquella sala de espera.

Fuera, la noche había hecho acto de presencia. La suave brisa de verano acariciaba su cuerpo. Las ramas de los árboles que bordeaban sendos lados del camino, se mecían a su paso, como caballeros que alzan sus espadas formando un pasillo de honor.

Acababa de vender su coche para pagar algunas facturas médicas de su tío, por lo que le esperaba una larga caminata.

Se sentía abandonado y nunca mejor dicho desahuciado. Al día siguiente estaría en la calle, sin familia, sin apenas dinero, no tenía ni idea de qué sería de él.

Dos horas más tarde, estaba ante la puerta de la que pronto dejaría de ser su casa. Metió la mano en el bolsillo y sacó la llave, siempre le costaba dar

con la llave adecuada. Abrió la puerta, entró por el estrecho pasillo y soltó con cuidado la mochila encima de un aparador. Regresó, cerró la puerta con llave y agarró de nuevo la mochila. Descorrió la cremallera y con sumo cuidado cogió la urna. La colocó en el que era el sillón preferido de su tío. Se sentó en el sofá y fue justo entonces cuando se acordó del sobre. Era un sobre marrón bastante grande y lo cierto es que pesaba. Rasgó la solapa y vació el contenido en la mesita del salón. Había varios fajos de billetes, una carta, pasajes de avión y un colgante de oro con las iniciales CM grabadas. El medallón era ovalado, colgaba de una delicada cadena de finos eslabones y tenía un aspecto caro y sofisticado. Cogió la carta y se recostó sobre los cojines.

Querido Clark:

En estos momentos debes sentirte confundido y extrañado por mi comportamiento. Yo que siempre alardeé de tener una mente racional, vendo la casa y te dejo en la calle.

Pero aunque ahora no comprendas las razones, algún día lo harás.

Te crié lo mejor que supe, te quise como a mi propio hijo y quiero que sepas que siempre estaré cerca de ti, cuidándote y velando por ti.

Aunque la vida nos haya separado, siempre podrás sentirme cerca.

Tengo que pedirte que hagas una última cosa por mí. Sé que te parecerá absurdo, pero es muy importante para mí.

Pedí a mi abogado que después de mi muerte, reservara para ti una de las mejores suites del hotel Senador, en Hawái. El hotel ya está pagado y en el sobre encontrarás dinero extra para tus gastos. Quiero que por una semana, vivas como lo haría un millonario, que te sientas alguien poderoso, y te codees con personas influyentes.

Estoy seguro que la sangre que corre por tus venas hará el resto y te abrirá las puertas que te llevarán, a la que debe ser tu verdadera vida. La vida que te robaron.

Clark soltó la carta.

No podía entender aquellas palabras.

—“¿La vida que te robaron?”

Volvió a coger la carta y continuó la lectura.

Me gustaría que arrojaras mis cenizas a las bellas aguas del océano.

Disfruta al máximo esa semana, hazlo por ti y por mí. Demuestra al mundo lo que yo ya sé que vales.

Voy en paz, porque sé que saldrás adelante, que cumplirás tu destino y serás feliz.

Te quiere tu tío Rob.

Clark miró la urna.

—¿Por qué me has dejado? Ahora que más te necesito.

A la mañana siguiente, Clark había terminado de empacar todos sus efectos personales. Por suerte su tío pagó tanto una empresa de transportes que se encargaría del resto de la mudanza, como de la conservación de estas en un almacén durante dos meses. Eso le daría tiempo suficiente para encontrar un apartamento en alquiler.

Cogió la maleta y una pequeña mochila. El taxi que había llamado, tocó el claxon, había llegado el momento de marcharse. Cerró la puerta no sin antes echar una última y nostálgica mirada al interior.

El taxista agarró su equipaje y lo introdujo en el maletero. Clark no podía evitar mirar de nuevo la casa, demasiados recuerdos, demasiadas vivencias. Abrió la puerta del taxi y se sentó atrás, con aire apesadumbrado.

—Al aeropuerto. Ordenó Clark.

—¡Ahora mismo señor!

El trayecto hacia el aeropuerto fue bastante rápido, a las nueve de la mañana de un domingo no había mucho tráfico, por lo que la mayoría de las carreteras por las que pasaron estaban desiertas. Cuando llegó a su destino, pagó al taxista y miró la hora.

—¡Mierda! —gritó.

Si no corría se arriesgaba a perder el avión. Los pasillos se sucedían uno tras otro, corriendo entre la gente. Cuando llegó a la cola de facturación de equipajes, facturó la maleta y voló hacia la puerta de embarque, donde una azafata le sonreía, a la vez que con las manos le instaba a darse prisa. Tras él cerraron el acceso.

Entrar en el avión no le resultó muy agradable, tenía miedo a las alturas. Otra azafata le pidió el pasaje, que para su sorpresa era en primera clase. Vestido con unos vaqueros y un polo gris, se sentía fuera de lugar. De haber sabido que viajaría en primera, se habría puesto un traje o al menos algo más decente.

La azafata le acompañó hasta su asiento. En primera clase solo había una fila de asientos a cada lado del pasillo, el espacio era abrumador. Guardó la pequeña mochila en el compartimento de equipajes y se sentó. La luz de abrocharse el cinturón, se encendió. Clark se puso nervioso, por más que tiraba no conseguía abrocharse el cinturón, estaba atorado. Estar dentro de un avión le producía cierta claustrofobia y cualquier pequeño problema se convertía en una catástrofe para él. Fue entonces cuando unas manos muy suaves, rozaron las suyas. En un primer momento, pensó que se trataba de una azafata. Pero cuando levantó la mirada, tenía ante él a una mujer rubia, de ojos verdes y un físico que le hizo tragar saliva. La mujer pulsó un botón en el asiento y el cinturón se liberó, lo que permitió abrocharlo.

Ella le sonrió.

Él apenas si consiguió articular un estúpido, gracias, con una voz

temblorosa. Después en frío se sintió como un memo, por no haber sido más locuaz.

En el respaldo del asiento delantero había instalada una televisión led táctil, que cobró vida por sí sola. Un icono se iluminó avisándole de que debía conectar los auriculares, que para variar tampoco sabía dónde estaban. Rebuscó en un compartimento del asiento y para su sorpresa, los encontró. Rápidamente los conectó. Un mensaje de bienvenida de la compañía y un vídeo con las instrucciones típicas de los vuelos, chaleco salvavidas, salidas de emergencia y otras normas de seguridad de la compañía.

—Tanto correr para esto.

En la pantalla pulsó en menú. Opciones de usuario, ocio, cine, música, noticias.

—Cine.

Pulsó varias veces, hasta que apareció una ventana emergente con una selección de películas.

—¡Sin límites! ¡Esta me gusta! —gritó.

Todo el mundo lo miró. Él les sonrió avergonzado, no se acordaba de que tenía los auriculares puestos. A su lado una mujer con un vestido gris y un repeinado moño, le miraba de forma despectiva. Debía pensar que era uno de esos nuevos ricos. Pero al menos él, no tenía cerca de setenta años y cara de amargada.

Después del despegue, una azafata le ofreció café. Lo tomó gustoso, mientras procuraba no perderse la película. Fue en ese instante cuando cayó en la cuenta de quién era la mujer que le ayudó con el cinturón. Charlize Spence, hija del multimillonario Martín Spence. Se dio una palmada en la frente. La mujer de gris le volvió a mirar con idéntica expresión de desagrado. Desde luego no era su fan.

Se inclinó en el asiento y miró por el pasillo en dirección hacia donde creía que ella estaría sentada. Un hombre en la primera fila de asientos, no paraba de hablar, hasta él con los auriculares puestos podía escucharlo. Allí estaba ella con un gesto de aburrimiento. Aquella mujer rezumaba belleza por cada poro de su piel, como le gustaría conocer a alguien así. Poderosa, bella... Posiblemente harta de aguantar tan aburrida conversación, se levantó en un intento de cortar a su interlocutor y caminó por el pasillo. Cuando llegó a la altura de Clark, se inclinó hacia él. Podía sentir su cálido aliento en la mejilla. Le quitó uno de los auriculares y le habló.

—Ya puede quitarse el cinturón, tardaremos varias horas en llegar a Hawái.

Clark la miró con una expresión que dejaba claro que por segunda vez había hecho el ridículo.

Ella se alejó disimulando una sonrisa.

Cuando terminó la película, se quedó profundamente dormido. Una azafata tuvo que despertarlo. Pero no era de extrañar después de toda la noche embalando trastos. Cogió su mochila y salió del avión. Esperó pacientemente a que su maleta llegara por la cinta transportadora y a paso desgano, cruzó el pasillo central en dirección a la parada de taxis. Allí un taxista gordo y de aspecto desaliñado, extremadamente moreno y de pelo largo, le agarró la maleta antes siquiera de que él tuviera tiempo de abrir la boca. Tenía unos dientes tan blancos, que parecía como si una colonia de luciérnagas habitara en su boca.

—¿A dónde le llevo señor?

—Hotel Senador.

—¡Buen hotel! ¿Negocios o placer? —preguntó el taxista.

—Se supone que placer. —respondió Clark.

Al ajustarse el polo notó que algo se arrugaba en el bolsillo que tenía en el pecho. Metió la mano y sacó un trozo de papel. Era una hoja de bloc de notas, que estaba doblada por la mitad. La desplegó con cuidado y leyó.

Felices sueños.

Charlize

Como dicen, no hay dos sin tres. Bueno al menos tenía el consuelo de que difícilmente volverían a encontrarse.

El camino hacia el hotel resultó ser un auténtico placer. Los paisajes eran simplemente espectaculares. El taxista no paraba de hablar, pero él estaba entusiasmado con las vistas y apenas si le hacía algún caso.

El hotel no era un edificio modesto precisamente. Con cuarenta plantas y un hall con columnas de estilo dórico, imponía bastante a alguien como él, acostumbrado a frecuentar sitios más humildes. Todo el hotel brillaba como una perla, no tenía ni idea de qué tipo de materiales debían haber usado para causar ese efecto, pero era de lo más llamativo. Pagó al taxista, que se despidió alegremente.

Antes de que pudiera coger la maleta, un botones corrió para hacerse cargo de su equipaje, cosa que le incomodó.

Si la fachada era fastuosa, la recepción era colosal. Suelos de mármol blanco pulidos al extremo, techos altos decorados con pinturas renacentistas y paredes ricamente ornamentadas. Habían dispuesto una serie de hileras de cómodos sillones que formaban un mosaico con el logotipo del hotel, junto a la cafetería. Embriagado por aquel ambiente de lujo, se acercó tímidamente al mostrador. Mostró su documentación y su reserva. El recepcionista, un hombre alto, tenía la tez blanca, algo que resultaba chocante dado lo soleado del lugar. Le saludó con altivez, mientras tomaba sus documentos y los cotejaba con el programa de reservas en el ordenador.

—Suite Otoño. —dijo el recepcionista con voz monótona y casi inaudible. Hizo un ademán al botones que se aproximó.

—Señor, nuestro botones le acompañará a su suite en la planta 39.

—¿Planta 39?

—Sí, señor.

—¿Algún problema? —preguntó el recepcionista.

—¡No! Ninguno.—respondió Clark.

Con el vértigo que tenía no podían haberle dado peor suite. Entró en el ascensor, y sintió que le faltaba el aire, al ver como los números de las plantas pasaban velozmente. Cuando la puerta se abrió, casi saltó fuera. El botones no pudo reprimir una sonrisa. Clark lo miró.

—No puedo con las alturas. —dijo Clark con ojos desencajados.

—No se preocupe señor, cuando se asome al balcón, disfrutará de unas vistas inigualables. Créame, estará seguro de que mereció la pena disponer de una suite en esta planta.

Cuando llegaron a la puerta de su suite, Clark sacó la cartera y le dio una generosa propina. El botones inclinó la cabeza y se dirigió al ascensor. Clark cerró la puerta y paseó por la habitación, admirando su grandeza y curioseando. Tenía un enorme salón con enormes sofás de tres y cuatro plazas, una televisión de cuarenta pulgadas, un cuarto de baño con placa ducha y jacuzzi, vestidor, una terraza impresionante y un dormitorio cuyas dimensiones le recordaban al salón de su vieja casa.

Pensó en acostarse y descansar, pero recordó un pequeñísimo detalle, no tenía ropa acorde a su nueva situación. Caminó hasta la salita, descolgó el teléfono y marcó el 0, que según un cartel era el número de recepción.

—¿En qué puedo ayudarle señor? —respondió una mujer de voz juvenil.

—Me gustaría saber si hay alguna tienda de ropa de firma, cerca del hotel.

—En la primera planta del hotel, dispone usted de numerosos establecimientos de prestigio.

—Gracias. Contestó Clark y colgó el teléfono.

—¡Otra vez a salir con lo cansado que estoy!

Caminó nuevamente hasta el ascensor y pulsó el botón de llamada. Las puertas se abrieron en cuestión de segundos. Marcó en el teclado digital la primera planta. Aquella planta, era un auténtico centro comercial para millonarios. Todo eran firmas cuyos productos solo unos privilegiados podían darse el lujo de permitirse. Armani, Dior, Dolce y otras que ni siquiera conocía. Cada tienda parecía una proclama a la espectacularidad y el lujo. La opulencia del lugar resultaba ya cargante para él.

Deambuló un poco, sin rumbo, se sentía extraño a la vez que ridículo, no se atrevía a entrar en ninguna tienda. Se quedó mirando el expositor de Armani. En el interior un hombre de aspecto distinguido, salió de la tienda y se acercó a él. No era muy alto, pero su pelo finamente peinado y su bigote repeinado al estilo inglés, resultaba cuanto menos curioso. Parecía un Lord.

—¿Le puedo ayudar en algo señor?

Clark lo miró, algo dudoso.

—Necesito de todo, desde trajes, bañadores, ropa interior, reloj, perfume...

—Veo que le perdieron al caballero el equipaje en el aeropuerto.

—Sí, justo eso fue lo que me pasó. —mintió Clark, mientras se tocaba la nariz en un gesto inconsciente, pensando que tal vez, le fuera a crecer como a cierta marioneta.

Nada más entrar, el hombre dio unas palmadas para llamar la atención de las dependientas. Mientras, él sacó un metro y empezó a tomarle medidas. Varias mujeres fueron mostrándole perfumes, relojes y otros complementos, que él no había visto en toda su vida. Aquel acto, mezcla de adulación y descarado intento de vaciarle los bolsillos, duró un par de horas. Pagó la factura y ordenó que le subieran todo a su suite. Algunos trajes debían ajustarlos y no estarían listos hasta el día siguiente por la tarde. Ya empezaba a cogerle el gusto a eso de ordenar a los demás.

Pasó lo que quedaba de la mañana, almorzó en la habitación y después de una relajante ducha, se echó en la cama, exhausto. Cuando despertó eran las doce de la noche. Bostezó y se ajustó el slip, qué cómoda era la ropa interior de Armani... Se levantó de la cama y caminó hacia donde se encontraba su

mochila. Sacó su teléfono y lo dejó en la mesita de noche. Se armó de paciencia y comenzó a ordenar y guardar todo lo que había comprado aquella mañana dentro del armario. Tomó su pantalón, la ropa interior que llevaba puesta y el descolorido polo gris, los metió en una bolsa y los tiró a una papelera. Abrió el pequeño frigorífico y sacó unas cuantas bolsas de frutos secos, kit kats y una botella de agua. Para ir de rico, iba a cenar como un pobre.

Una vez terminó su suntuoso banquete, abrió la puerta corredera que daba acceso a la terraza. Sacó unos pantalones y una camisa blanca de seda. No iba a salir fuera de cualquier manera. Abrió el mueble bar, cogió una botella de ron añejo y se sirvió un buen vaso. Pensó en dejar la botella, pero acabó llevándosela. Estaba muy despierto y podría ser una noche muy larga.

Mientras daba un pequeño sorbo, salió a la terraza, donde se acercó con algo de reserva a la barandilla de cristal. Las suite estaban delimitadas entre sí por cristalerías semiopacas en forma de ele, lo que aportaba sensación de amplitud y mayor luminosidad. Desde allí se veía Hawái en todo su esplendor. La playa, la espesa y verde vegetación, el oleaje. Ni la oscuridad quitaba brillo a aquella imagen.

—Debería vestir siempre así. Le favorece.

Clark se giró. Allí, apoyada en la barandilla de la suite contigua estaba Charlize. Mirándole con una mezcla de malicia y curiosidad.

Relatos sobrenaturales

LA CARTA

Samuel entró en la pequeña tienda de comestibles. Dejó pasar a una anciana que iba muy cargada de bolsas y se internó entre las estanterías. Cogió una botella de ron y un pack de cervezas. Cuando llegó a la caja, un hombre alto y delgado le sonrió.

Marcó unas teclas en la caja y lo miró.

—¡Veinte dólares!

Samuel sacó el dinero y lo puso en el mostrador, guardó la botella en su gabardina y cogió las cervezas mientras se despedía con una sonrisa.

Aquel hombre se limitó a mirarlo fijamente.

La calle estaba vacía, apenas si algún coche se atrevía a circular por la carretera. Se estaba nublando y la noche estaba al caer. Samuel se apresuró, no vivía lejos pero aún así no quería empaparse con la lluvia. Rebuscó en el bolsillo hasta dar con la llave del portal de su edificio. Entró y a punto estuvo de darse de bruces con el cartero.

— ¡Perdone!

—El anciano cartero le sonrió. No se preocupe joven. Por cierto no será usted ¿Samuel Ferguson?

— Sí.

— ¡Genial! Aquí tiene, justo iba a echarla ahora mismo al buzón.

El anciano pulsó el timbre de la puerta, salió a la calle y continuó con el reparto.

Samuel metió la carta en el bolsillo y subió en el ascensor hasta su casa.

Una vez en casa se quitó el reloj y los zapatos. Tomó el mando de la televisión y se tumbó en el sillón. Para variar no había nada interesante en ningún canal. De repente cayó en algo

—¿El cartero entregando cartas por la tarde un sábado?

Se levantó, cogió la botella de ron y la carta y se sentó en una vieja silla de madera conreposamosque tenía junto a la ventana.

Pegó un buen trago de ron y dejó la botella en el plinto de la ventana. Rasgó el sobre y extrajo la carta. Dentro había un folio, pero estaba en blanco. Miró el remitente pero estaba demasiado desdibujado como para entender algo. Iba a tirar la carta al suelo cuando un par de letras empezaron a dibujarse en el papel.

— ¿Qué demonios?

Soltó la carta pero esta se quedó flotando en el aire, durante unos minutos inmóvil, luego se elevó hasta quedar frente a sus ojos. Samuel intentó levantarse, pero el reposamanos cobró vida transformándose en dos garras que lo agarraron por los brazos. De las patas surgieron otras garras que se entrelazaron apretando con fuerza sus piernas. La silla estaba coronada con un adorno en forma de flor, del que brotaron unas hojas de madera que sujetaron su cabeza mientras otras dos ramitas pequeñas rodearon su nuca hasta transformarse en unas pequeñas manos que impedían que Samuel cerrara los ojos.

La carta empezó entonces a escribirse.

— ¡Hola Samuel! Ha pasado tiempo, varios años ya. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Yo tenía quince años, era alta, rubia y de ojos azules. Mi madre decía que cuando fuera mayor sería modelo.

La carta dejó de escribirse por unos instantes. Pasados unos minutos, volvieron a aparecer las palabras.

— Veo que la vida te ha ido bien, tienes un trabajo en una oficina, incluso sales con una chica.

— Yo nunca podré crecer, nunca saldré con un chico, ni me casaré.

— ¿Sabes ya quién soy?

— Maldita puta, yo no sé quién eres, no te conozco de nada, pero si estuvieras aquí te mataría con mis propias manos.

Las letras empezaron a convertirse en borrones de tinta que resbalaban por el folio y llenaba el suelo de gotas negras.

El folio cambió de color, ahora era otra vez blanco y las letras regresaron.

— ¡Soy Wendy! ¿Me recuerdas ahora? Esa niña tan bonita que te encontraste hace unos años en un centro comercial, a la que querías hacer fotos para una revista.

La carta tomó forma de cara y esta se acercó hasta Samuel.

Samuel lloraba de miedo, no podía ser, ella estaba muerta, él la mató.

— ¡Veo en tu rostro que ya sabes quién soy! La voz se volvió más gutural. Perdona si no se me entiende bien lo que digo. Si no me hubieras cortado el cuello, mutilado y arrojado al río, ahora podría hablar de una forma más correcta.

Samuel se orinó encima, miró a la calle en busca de ayuda, pero el cristal se oscureció.

—Bien Samuel, fuiste un niño malo y ahora yo he venido para hacer lo que no hizo el juez, ni el fiscal, ni mi abogado.

—Ahora voy a hacer justicia.

La carta se estiró hasta convertirse en la figura espectral de una niña.

Samuel intentó gritar pero las hojas de la silla le cerraron la boca.

—¡Ha llegado el momento de que seas castigado!

Las ropas de Samuel comenzaron a humear, hasta que estallaron en llamas. En silencio, la niña lo miraba con seriedad. El fuego consumía el cuerpo de Samuel, y este no dejaba de retorcerse por el dolor, hasta que al cabo de un rato murió abrasado. Cuando el cuerpo quedó reducido a cenizas, la niña sin sonreír, miró a la acera de enfrente y desapareció.

El cartero estaba justo enfrente del edificio. Se colocó su sombrero y se alejó silbando calle abajo, mientras su ropa se transformaba en una túnica negra. Su cartera de correos era ahora una guadaña.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

LA ESENCIA DEL DESTINO

UNA SEMANA DE LUJO (UN AMOR PROHIBIDO)

LA DEBILIDAD DEL MARINE

HASTA LAS ESTRELLAS SE ENAMORAN

SOLO ES UNA AVENTURA

NO TE SOPORTO PERO TE ADORO

DEJA DE TORTURARME

DOMÍNAME SI PUEDES

MI ETERNA PROTEGIDA

DUNCAN Y TRIS NO TE ENAMORES DE MÍ

49 PENURIAS DE TROY

OJOS AZULES

PACK RECOMPILATORIOS DISPONIBLES